

Anatomía de una Utopía

Tomo II

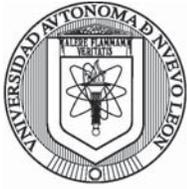
Luis Eugenio Todd

Anatomía de una Utopía

Tomo II

Luis Eugenio Todd

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Anatomía de una Utopía. Tomo II
Primera edición, 2011
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Luis Eugenio Todd

ISBN:

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

Agradecimientos

*Txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt
txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt*

*Txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt
txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt*

*Txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt
txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt*

*Txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt
txt txt txt txt txt txt txt txt txt txt*

*Mi profundo agradecimiento a Roberto Ortiz
por sus excelentes imágenes fotográficas
que aparecen en el primer y
segundo tomo de esta obra.*

Índice

Prologo	13
Introducción	19
La Universidad. Una oportunidad maravillosa 1968 – 1979	
Y apareció la crisis del 68	27
Tlatelolco y el sacrificio	32
Mi práctica médica en esas épocas	33
Facultad de Enfermería, investigaciones científicas y el inicio del movimiento del 68	42
Mi vida personal: ¡Qué lío!	49
Y así hablaremos de la universidad	54
Cómo estaba la universidad y cómo quedó después	55
Tierra y libertad. Una lucha social	61
Y llegó Elvira	70
Y cómo de la prensa nació el amor	72
Las amenazas de la Liga 23 de Septiembre	76
Mis hijos: la inmortalidad	77
El deporte. Generador de autoestima	87
Del fútbol americano y de los viajes deportivos	92
La internacionalización de los Tigres de fútbol soccer	97
Más sobre los Tigres	103
Echeverría, Pedro Zorrilla y la universidad	108
La facultad de derecho: el gran lío	113
La sucesión presidencial	119
Acciones sindicales y su tratamiento	124
Sobre los empresarios y mi relación con ellos	132
La descentralización de la universidad: un sueño interrumpido	140
Y se cumplieron tres años	145
De la medicina a la política	149
Sobre el porqué de mi pensamiento en esa época	154
El Capital. Las largas discusiones sobre el comunismo y el capitalismo	158
Algo más sobre Marx y sobre mi pensamiento	162
Sobre la mujer	165
Ciencia o religión	171
Periodismo. La prensa debe criticar no gobernar	177
La universidad, pionera en desarrollo sustentable	185

Los candidatos de la sucesión	189
Y por qué me tuve que hacer político	193
Mis viajes	198
Otros viajes ilustrativos	204
Contexto Internacional 1968 – 1979	213
Contexto Nacional 1968 – 1979	237
Contexto Local: de la época	246
La Salud Pública y la Maestría en Política. Diputación Federal 1979 – 1985	
Y terminó la rectoría y empezó la salud	257
La Secretaría de Salud. Nuestra visión	263
Olinalá y casa de abajo. Y continúa mi vida personal	270
Sobre mi pequeño refugio en Olinalá	272
La campaña para diputado federal	273
La diputación federal	276
Y cómo me fue con la Diputación Federal	281
¿Y cómo nació la resonancia magnética nuclear?	287
Y sigue la historia de la resonancia, ahora aplicada a la clínica	290
Y regresamos a Monterrey. La campaña de Jorge Treviño	297
Contexto Internacional 1979 – 1985	303
Contexto Nacional 1979 – 1985	321
Contexto Local: de la época	326
Regresamos al mundo de la Educación 1985 - 1989	
La Secretaría de Educación	333
Y cómo la cultura alimentó mi espíritu y la educación la trascendió	342
La educación, psicología y psiquiatría	346
Seguimos con la SE y la Academia	350
Anatomía de la educación. El perfil del Mexicano del Siglo XXI	355
Otra vez mi gran maestro, el licenciado Raúl Rangel Frías	363
Del nacimiento de Marco y otros museos	370
Otro museo	376
Y conocí a Albert von Szent Györgyi, Premio Nobel	379
Música – Bátiz	383
Más de la Cultura y de Martha Chapa. Secretaría de Educación-Cultura	389
Continúa Jorge Treviño: Colaboración	393
Continúa la SE	393
Contexto Internacional 1985 – 1989	403
Contexto Nacional 1985 – 1989	413
Contexto Local: de la época	417
Visión de la época:	
En lo Internacional 1968 - 1989	425
En lo Nacional 1968 - 1989	431
En lo Local 1968 - 1989	439
Para mí, la época de oro	441
Epílogo	444
Galería de Fotos Universitaria. Presencia Histórica	447

Prólogo

El doctor Luis Eugenio Todd Pérez nos ofrece un segundo volumen de la *Anatomía de una Utopía*, relato autobiográfico. En el primer volumen, ya publicado, nos expuso el acontecer de su vida después del nacimiento, hasta el año de 1968. Este segundo volumen abarca el periodo desde 1968 hasta el año de 1989.

Fui convidado para prologar el libro, lo cual agradezco y llevo a cabo con mucho gusto. A continuación, haré algunos comentarios sobre el documento y su contenido, por una parte; y, por otra, expondré unas cuantas notas complementarias.

I.- Los comentarios

El estilo es llano, a veces técnico, siempre claro, fluido, natural. La prosa y la sintaxis cuidadas. No hay nada de barroco, de recargado. ¿Y el método?

La narración arranca prácticamente en el rectorado de la Universidad Autónoma de Nuevo León, UANL, en 1968, y concluye en 1989, cuando el doctor Todd se apresta para enfrentar tareas ejecutivas en el ámbito nacional.

Y aunque los sucesos narrados a veces merecen explicaciones, indistintamente sobre el porvenir y sobre el pasado, se puede decir que el relato se divide en diversas etapas cronológicas sucesivas:

La Rectoría en la UANL; la Secretaría de Salud del Estado de Nuevo León; la Diputación Federal por Nuevo León, y, allí, la campaña política del que esto escribe y, finalmente, la Secretaria de Educación Pública del Estado de Nuevo León.

Sin embargo, debemos advertir que la autobiografía (del griego *autos* = “propio” *bios* = “vida” y *grafos* = “escritura”) comprende en cada una de las etapas un sinnúmero de asuntos diversos (se pueden contar más de 60 en total). En la lista se engloban, en la época de que se trata, categorías tales como filosofía, deporte, ciencia y religión, relación con políticos locales y nacionales, personajes importantes. Destacan en esa lista de tópicos, la vida familiar del doctor Todd, sus reflexiones sobre personajes amigos y no amigos; la singular importancia que da él a su familia, a sus hijos y a su esposa Elvira.

En su narración, el doctor Todd nos explica cómo entra en relación con los presidentes de la república de la época; con los gobernadores de Nuevo León (algunos de éstos buenos, otros regulares y otros francamente malos). Nos dice, además, cómo nace en él la necesidad de estudiar y practicar la política, entendida como una de las aspiraciones más nobles que un ser humano puede anhelar.

Creemos necesario subrayar que el autor describe hechos pero también elabora juicios de valor sobre acontecimientos y personas, sin excluirse él mismo. De esta manera, su descripción se convierte a la vez en un documento literario, histórico, y en un autorretrato de su propia persona.

II.- Notas complementarias

Según el concepto más aceptado, la autobiografía es un relato retrospectivo que una persona hace de su propia vida, de su propia existencia, de la visión del mundo que esa persona tiene. Y cuando, como es el caso del doctor Todd, esa persona es exageradamente polifacética, por necesidad el relato se vuelve más complejo que la natural complejidad que los seres humanos llevamos con nosotros mismos:

- Enciclopedista en su conocimiento
- Padre y esposo preocupón y querendón
- Académico
- Profesionista; nefrólogo destacado y pionero en México y en América Latina de la Resonancia Nuclear Magnética
- Promotor deportivo
- Educador
- Periodista
- Viajero mundano y hedonista
- Filósofo
- Historiador
- Artista (poesía y pintura)
- Político
- Editor y director de revistas científicas
- Rector

Y, desde luego, cabe agregar que en el ejercicio de esas tareas tan versátiles, siempre estarán presentes la entrega y el celo responsable para llevarlas a cabo con éxito.

Ahora bien, quienes tenemos el privilegio de conocer de cerca al doctor Todd, de saber cómo ha actuado en el periplo de su existencia, percibimos con claridad ciertos rasgos fundamentales de su manera de ser.

Entre sus valores destacan, sin duda, el sentido de la amistad, la tolerancia, la lealtad, el saber perdonar y pedir perdón; el saber aceptar, a veces con humor, a veces con tristeza, otras con nostalgia, los avatares de la vida.

Nosotros somos legos en materia de análisis de la personalidad humana. Sin embargo, si se nos pregunta cuáles rasgos de la persona del doctor Todd nos impresionan más, no dudaríamos en afirmar que, entre otros, éstos: tesón constante (1); trabajo permanente; balance, donde el optimismo triunfa sobre el pesimismo; una energía creadora excepcional, y una capacidad ejecutiva a toda prueba. Pero, sobre todo lo anterior, cabe subrayar que el autobiografiado aborda su vida con pasión, “sin chapuza”, entre mieles y acíbar. (2)

Un dato curioso que creemos conveniente describir es la capacidad del doctor Todd ante los tiempos de crisis.

El manejo severo de tiempos de crisis se encuentra presente en cada una de las etapas que narra en este segundo volumen de la autobiografía: cuando entra de rector a la UANL, la universidad está al borde del colapso; y cuando sale, la entrega en paz. Cuando es secretario de Salud en el Estado, la angustia que generaba la falta de agua, la palia con programas de salud profilácticos. Al tomar las riendas de la Secretaría de Educación del Estado de Nuevo León, las relaciones entre el magisterio y el gobierno estaban virtualmente rotas. Gracias en gran medida a la participación del doctor Todd, se pudo restablecer la armonía de la relación Sindicato de Maestros-Gobierno del Estado.

En tiempos del gobernador Pedro Zorrilla y el presidente Luis Echeverría, el orden y los avances de la UANL contribuyen a suavizar las diferencias que se dieron entre empresarios y gobierno.

También participa en actos fundamentales de justicia social; por ejemplo, al coadyuvar en el establecimiento de la llamada 'jubilación dinámica', que rescata de las garras de la inflación a los pensionados. (3)

Podríamos seguir con los ejemplos: promociones culturales; establecimiento de bibliotecas públicas populares, tendientes a prevenir la drogadicción... El aporte, en suma, ha sido abundante, copioso, de mérito. La autobiografía del doctor Todd, decíamos líneas arriba, es, como tal, un testimonio histórico y un retrato de su personalidad.

Como testimonio histórico de una época determinada (1968-1989), el libro permitirá a los jóvenes de hoy y a los adultos de ahora y mañana, constatar a través del telescopio y la lupa del doctor Todd, cómo era la sociedad en Nuevo León y en México, y cómo funcionaban las más importantes instituciones.

Se podrá constatar también el compromiso de una persona humana con la trascendencia del fenómeno educativo, pero en especial con la universidad; es decir, con la educación superior. (4)

Ahora bien, como autorretrato, la *Anatomía de una Utopía* resulta ser un escaparate de la personalidad del doctor Todd.

Aquí, desde luego, se presenta naturalmente la pregunta del ¿por qué?

¿Cuál podría ser el motivo para poner al alcance de lectores conocidos y desconocidos, detalles íntimos del comportamiento humano?

Existen varias razones que, en carácter de hipótesis, pudieren entrañar la respuesta:

- ¿La autoestima?
- ¿El alegato justificativo de lo hecho y actuado?
- ¿El deseo de dejar constancia para la posterioridad de los acontecimientos y hechos sociales que al doctor Todd le ha tocado vivir?
- ¿La necesidad de mostrar a propios y extraños sus cualidades y defectos?

Solo él lo sabrá plenamente.

Epílogo del Pólogo

A través de las páginas de la obra, el lector podrá disfrutar a la par de una amena lectura, del conocimiento cultural del autor: de sus puntos de vista sobre los conflictos entre ciencia y religión; de la evolución de la cultura occidental desde los tiempos griegos hasta los finales del siglo XX; de la significación y valor del comunismo y capitalismo, por citar algunos temas.

Pero, sobre todo, y esto es de destacarse, el lector no deberá albergar duda alguna de que está en presencia de un auténtico relato autobiográfico, que no de una novela histórica; deberá estar cierto, así lo consideramos nosotros, de que en sus manos está un documento que contiene lo que el experto francés Phillippe Lejeune define como un pacto bibliográfico, que en términos sencillos se puede entender como una especie de contrato que se establece entre el autor –el doctor Todd- y el lector –usted o yo–, en virtud del cual el autor se compromete a conducirse con estricto apego a la verdad, y el lector, a presumir esa verdad.

Finalmente, deseo apuntar que los psicólogos, psicoanalistas, historia-dores, sociólogos y alguno que otro charlatán encontrarán material de sobra para diseccionar puntualmente la *Anatomía de una Utopía*, y para escribir muchas páginas sobre la misma. Muchas más que el propio libro contiene. Así sucede muchas veces. Ha sido el caso de muchas ‘confesiones’, como las de San Agustín, o las contenidas en el diario íntimo de Miguel de Unamuno, o las de Baudelaire, por citar algunos casos relevantes.

Entre tanto, con nuestras congratulaciones para el doctor Todd, esperamos la aparición del siguiente o siguientes volúmenes de su *Anatomía de una Utopía*.

Otoño-Ivierno 2012
Jorge A. Treviño

1. *Gracias al tesón y dedicación del doctor Todd, la Universidad Autónoma de Nuevo León cuenta en su Campus con la “Capilla Alfonsina”, que alberga ese tesoro que constituye la colección de libros de Alfonso Reyes.*
2. *“mi...inmadurez emocional que quedó como marca imborrable generada por mi pasado infantil y mi adolescencia” (cita del doctor Todd).*
3. *Por cierto, este sistema que se inicia en el Sindicato de la Sección 50 de Maestros, se extiende a la burocracia estatal en general.*
4. *“.... La libertad que se respira y practica en la Universidad (UANL) es única y el puesto más importante existencialmente para mí ha sido y será el de rector de la Máxima Casa de Estudios” (cita del doctor Todd).*

Introducción

Éste es el segundo volumen de *Anatomía de una Utopía*, documento que espero no sea sólo un alimento de la autoestima personal, sino que, tomando en cuenta el marco histórico que se describe y las vivencias personales, pueda representar un acervo educativo para la nueva juventud, que siempre tiene prisa, pero que a veces requiere voltear los ojos hacia atrás y ver, en la descripción histórica de los antepasados, los errores y los aciertos que forman parte de la comedia humana, en la que todos, algunas veces somos actores, y muchas otras, sólo espectadores.

Es impresionante, al describir una vida inmersa en la llamarada efímera del querer ser, pero alimentada por las circunstancias históricas que se presentan por las confrontaciones entre el hombre y su cultura, observar cómo las épocas tienen una sustentación cronológica y de maduración biológica, pues igual que los vegetales que nacen, crecen, producen, después se reproducen y al final mueren, los seres humanos, con la soberbia que nos caracteriza, en ocasiones, sin darnos cuenta, estamos sujetos a esas etapas, que a veces también se alimentan con el contacto social y las oportunidades y retos que la vida nos brinda.

El primer tomo de esta biografía nos mostró la etapa posterior al nacimiento; o sea, la correspondiente al desarrollo y a la formación

integral de la educación escolástica; pero también señaló la influencia del conocimiento adquirido en el contacto cotidiano con otros seres humanos, y cómo todo eso va fraguando un carácter y desarrollando una actitud que cimienta gradualmente la consolidación de una personalidad; y es que, a diferencia de la vida vegetal o puramente animal, el ser humano sufre el profundo efecto del llamado pensamiento profundo, con el que, al elaborar sus mecanismos de comunicación con él mismo y con las personas que lo rodean, empieza a buscar instintivamente un proyecto de vida y a generar dudas y preguntas que van formando parte de su ansiedad, producto del miedo a lo desconocido y de la incertidumbre ante la pregunta: “¿a dónde vas?”, que no puede responderse más que con otra pregunta: “¿y por qué voy?”

Esas fórmulas inciertas del ser, en su inicio, empiezan a encontrar mínimas respuestas en las áreas que el trabajo productivo o profesional ofrece y, de esa manera, ante la cascada de vivencias, va formando un ideario, una forma de pensar, y creando intereses comunes que comparte con compañeros o amigos, para propiciar la llamada experiencia, que no es más que la impregnación conductista en los órganos subconscientes, que, al reiterarse, genera respuestas semejantes, que nos ayudan a no volver a repetir lo que hicimos mal.

Estas digresiones personales, que explican las diferentes épocas de mi vida, muestran una serie de retos a los que me sometí en el quehacer de las circunstancias que la vida me ofreció, mediante los cuales se fue conformando mi manera personal de entender los procesos de adaptación a la cultura circundante, y de comprender y respetar las fórmulas de vida de mis semejantes, con quienes me tocó compartir estas pausas vitales, que son las que, sin darnos cuenta, nos aceleran, y consolidan una forma de ser que nos permite ver hacia el interior de nosotros mismos y al exterior de los demás.

Mis primeras aventuras administrativas en el sector universitario, como fueron las de dirigir la Escuela de Graduados de la Facultad de Medicina o la Facultad de Enfermería, y mis pininos como administrador de la ciencia en el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad Autónoma de Nuevo León, fueron el preámbulo que me permitió una formación adecuada, para enfrentarme con la gran guerra y extraordinaria oportunidad que Dios me brindó, de ser rector de una institución educativa que, con su profunda raíz histórica regional y con la batalla ideológica a la que estaba sujeta,

representó la aventura más fascinante que he tenido, pues me empujó a una vida distinta, ya que tuve que arrebatarle la brújula al destino y conducir mi camino, buscando siempre, en mi utopía, el brillo de la esperanza de trascender, que sólo se encuentra con la práctica de las virtudes de amar, dar y servir a los demás.

La cristalización de mis inquietudes y mis sueños se dio durante mi época de rector, circunstancia sujeta a un proceso histórico revolucionario y a un despertar de la juventud, que caracterizó el movimiento de 1968, oportunidad que no sólo me alivió las heridas psicológicas de la adolescencia, sino que me permitió probarme a mí mismo que era capaz de sobreponerme a los sentimientos de inferioridad o de minusvalía que me habían acompañado en épocas anteriores.

Esto me produjo una gran confusión mental sobre mis objetivos en la vida, y me impidió comprender a otros seres humanos, a quienes, durante los periodos de mi formación, consideraba mis enemigos, y que después, en la transfiguración de la capacidad de dar y de servir, me fueron mostrando la luz a lo largo del oscuro y profundo túnel en el que muchas veces me sentí inmerso.

Prolífica, celer, romántica y soñadora fue mi gestión en la universidad, en la que surgió mi audacia, y con ella pude consolidar no sólo los resultados institucionales que ahí quedan para la posteridad, sino algunos procesos trascendentes de mi vida personal, con grandes recuperaciones existenciales de mi yo espiritual. Posteriormente, se me presentó la dicotomía entre la vida universitaria y la académica, con la práctica médica, que siempre me acompañó como centinela vigilante de mi personalidad.

Así, en competencia entre la vida política del sector universitario y la medicina, después se me abrió otro mundo: el de la administración pública, con mi llegada a la Secretaría de Salud del Estado, enriquecido posteriormente con la “maestría política” que una diputación federal representa, en donde la visión local se amplía con nuevos horizontes, al ingresar a un universo más complejo, que es el del poder político nacional.

Posteriormente, empujado no sólo por las circunstancias, sino por haber cristalizado y sedimentado mis prioridades personales, tuve la opción de entrar en el maravilloso mundo de la educación básica, que no me fue difícil, porque desde mi pasado médico, y sobre todo en la pluralidad del encuentro

con diferentes actividades profesionales que la universidad me otorgó, yo había estado interesado en el tema, y colocado entre mis soluciones a problemas diversos, el tema de la educación, como elemento de despertar espiritual y de impregnación del conocer, para encontrar una fórmula idónea de ser. De esta manera, a través del método científico que el conocimiento médico me había proporcionado, pude confrontarme con la temática educativa local y nacional.

En esta experiencia, aprendí que nuestra panacea es precisamente la formación integral, pues la educación parecía ser el antibiótico de amplio espectro contra la marginación, la pobreza, la falta de respeto al medio ambiente y el poco desarrollo de la investigación científica y de la tecnología aplicada y, por supuesto, para producir el marco ético de comportamiento y tener un juicio moral en las actitudes costumbristas; todo esto, sin dejar de tomar en cuenta que la educación, al profesionalizar los conocimientos, se va introduciendo en el proyecto económico y en el hacer y producir, y vincula el conocer con la realidad del mundo en que nos toca vivir.

Expuestas estas consideraciones generales, llevando el estandarte de la gratitud a las oportunidades históricas que mi país me concedió, y sacudiéndome las telarañas que había tejido desde la infancia, pero conservando algunas de ellas guardadas en algún almacén menos amargo, fui desarrollando una caracterología y una actitud reiterativa de mis virtudes y defectos; así, al fin logré hacer frente a la ansiedad de la incertidumbre, e incluso gozar intensamente y sufrir a causa de ella, todo lo cual hizo germinar mis mayores cualidades, que fueron la creatividad, la gratitud y la lealtad, que si bien no me dieron satisfactores económicos extraordinarios, sí me permitieron vivir bien, formar una familia, aguantar los laberintos de la contradicción cotidiana de la vida marital y, sobre todo, sentirme en algunas ocasiones satisfecho con mis proyectos, ideas u obras, protegiendo así mi autoestima.

Todo lo anterior impidió la devaluación de mi yo, y me permitió conservar la esperanza de algo mejor; luz de color esmeralda que fue siempre el antídoto de la depresión, y salvaguarda ante la autodestrucción a que frecuentemente nos conduce la vida llena de laberintos y contradicciones, amargas y frustraciones, pero endulzada por los goces transitorios, no solamente de los sentidos, sino de la visión hacia el cosmos universal. Todo esto me hizo reconocer que mi presencia en este universo tenía un sentido y un significado en la fase dinámica de cambiar para poder vivir y luchar siempre, como

un guerrero, contra los embates de la circunstancia y los sinsabores de la decepción, sin jamás voltear hacia atrás, evitando los resentimientos y viendo hacia un horizonte que nunca deja de estar abierto para quien busca en las alternativas las diferentes llaves que permiten abrir muchos cielos, algunos más azules que otros, pero siempre plenos de oportunidades, que lo hacen a uno permanecer sonriente, con la mirada alegre y la actitud de dar y servir para poder crecer y llenarse de grandeza.

Este documento describe parte de mi vida personal y, por supuesto, cuida algunos momentos de intimidad, pues la confidencialidad es a veces una fórmula de cortesía y solemne respeto a la vida de nuestros semejantes, y como esta biografía se escribe cuando muchos de los protagonistas todavía viven, no he considerado ni prudente ni justificada moralmente, la apertura total de las túnicas, pues si bien uno puede descubrir las suyas, no tiene derecho a soltar al viento las intimidades de aquéllos con los que le tocó coexistir.

El tercer tomo comprenderá mi historia a partir de 1989, en que inicié mi participación en el mundo educativo nacional y posteriormente en el ámbito internacional, para luego regresar al quehacer político electoral y, finalmente, sedimentar el último halo vital de mi creatividad en un universo más pequeño y más tranquilo, pero no por eso menos importante, que es el actual.

De la descripción de todas estas experiencias, sobre todo las universitarias, y del efecto que el ámbito internacional tuvo sobre mis ilusiones, así como de mi participación en los nuevos despertares de la juventud en 1968 y mi ulterior presencia en la política local y nacional, quedaron cicatrices permanentes, por los errores cometidos, pero sobrevino también una génesis de madurez, no pasiva, para aceptar la realidad, pues siempre he estado en actitud de lucha, por cambiar lo que hay que cambiar y conservar lo que hay que conservar.

De todo eso dejo mi testimonio, en espera de que me acompañen con su comprensión o su crítica, pues ambas poseen la energía de la vida, ésa que no existe en la penumbra de la pasividad o la indiferencia.



Elvira por David González,
artista regiomontano.

Cuarta Etapa: 1968 - 1979

La Universidad. Una oportunidad maravillosa

Y apareció la crisis del 68

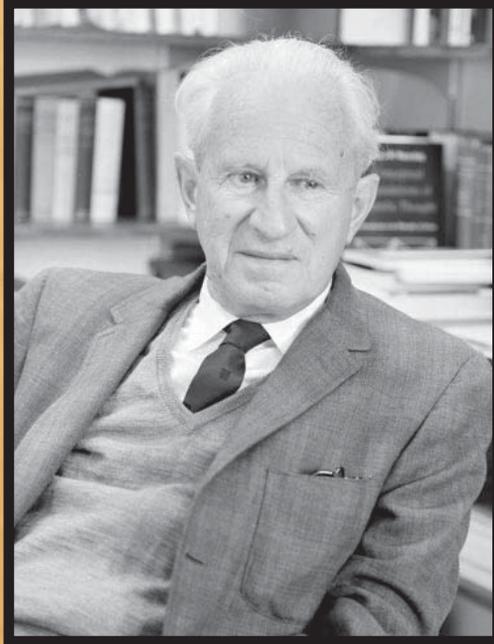
Dice un gran escritor, Arnold Toynbee, que existen procesos de aceleración histórica en el encuentro de los mundos sociales diversos y en choque cultural permanente, que aparecen cuando la angustia individual se hace ansiedad social o cuando existen las características de tiempo, circunstancia y ambiente propicios para, como decía Ortega y Gasset, despertar nuestro instinto de revolución de ideas o de actitudes.

Eso sucedió en la época de la que aquí hacemos mención, en la que el pensamiento unidimensional, el autoritarismo en el mundo público y el paternalismo del mundo familiar, se encontraron en una encrucijada histórica con la nueva juventud, ésa que no aceptaba los intereses creados ni las verdades sospechosas ni la mentira piadosa, y menos aún la simulación y la manipulación de ideas y sociedades, que, con el fin de conservar el poder, se sucedían en esa época.

La respuesta fue violenta y totalmente abierta; y esto germinó de manera gradual y con la catálisis de una nueva sociedad de comunicación, que impedía el aislamiento o el nacionalismo radical, y que permitía el contagio de

nuevas fórmulas gestoras de libertad e independencia, y exigencia para terminar con las verdades absolutas. Así, al grito de “muera el autoritarismo”, “prohibido prohibir”, y con la natural desconfianza hacia todos aquellos que teníamos más de treinta años, por la contaminación y la masificación social preexistente, los jóvenes se lanzaron a la calle, bajo el amparo de una renovación ideológica, con las ideas de Nietzsche, Hegel o Schopenhauer, pero ahora en boca de Bertrand Rusell, de Herbert Marcuse o del existencialista Jean Paul Sartre, o con la insinuación del ideal anarquista de los pensadores rusos del siglo XIX o del mexicano Ricardo Flores Magón.

Todos esos rumbos filosóficos cuestionaron a las instituciones y, como fórmulas de solución, pusieron en práctica ideas revolucionarias populares y sociales, y cambios económicos profundos, así como alteraciones radicales en la forma de gobernar, y claridad sin oscurantismos en temas como la importancia del Estado, la revolución sexual, la libertad en el uso de drogas, la institución matrimonial y, en fin, en todas aquellas ataduras culturales que una sociedad tiene para conservar el equilibrio y el dinamismo de la fuerza social e individual que va produciendo su propia historia.



Herbert Marcuse

Por supuesto, leí muchos de esos textos y conversé largas horas con mis alumnos; además, estuve sujeto a la influencia que mi amistad con el padre Javier D'Obeso, jesuita, había propiciado, y que me llevó a invitar a ese religioso a ser padrino de mi hijo Gabriel, mi primogénito. Luego, ese personaje se fue a la guerrilla en Colombia, con Camilo Torres, pero regresó a Jalisco, colgó los hábitos, se casó y después murió prematuramente; sin embargo, su influencia y la de sacerdotes como Rábago, Von Bertrab y muchos otros, me habían convencido de la generosidad de ese movimiento y de la importancia de la liberación de la juventud. Todo esto se rubricaba semanalmente en las reuniones y comidas que se organizaban en su casa religiosa, cerca del Mercado Juárez; allí también conviví con estudiantes como Marcos, Luis Soto, un joven economista; Olivares, que después se integró a la Liga 23 de Septiembre y que luego reapareció en los acontecimientos relacionados con la muerte de un empresario jalisciense, de nombre Fernando Aranguren.

Reiteramos, como en capítulos anteriores, que otros jóvenes de las juventudes comunistas, azuzados por sus líderes, también participaban esporádicamente en estas reuniones, y así aparecieron personajes que, como señalé en el capítulo anterior, ingresaron posteriormente a la Liga 23 de Septiembre, y murieron al calor de su lucha por la liberación inalcanzable que exigía la destrucción de nuestras instituciones. En el mismo tenor, pero menos agresivos, participaban Alberto Anaya, Camero, Staines y González en la comunidad urbana, todos ellos estudiantes de la universidad, quienes fueron conformando poco a poco una organización y un sistema que, buscando el punto más débil y más frágil de la estructura política, se infiltró en la universidad, y desde ahí trataron de generar movimientos políticos, subversiones en mayor o menor grado, y que se ejemplifican en su simbología con la quema de una bandera mexicana, que, quien después fuera gobernador, Sócrates Rizzo, enarboló en la ciudad de Sabinas, como signo de la ruptura que exigían con nuestra propia historia.

El movimiento generó una gran confusión en la Facultad de Medicina, y mientras los llamados profesores de izquierda la auspiciaban, pero sin comprometerse mucho, la estructura convencional de los grupos empresariales y de los maestros de aparente ideología de derecha fue propiciando choques internos, y los estudiantes, con cualquier excusa, hacían paros, huelgas estudiantiles o solicitud de expulsión de los maestros exigentes, como fue el caso del doctor David González o el mío propio, que por ser duros e inflexibles en nuestra enseñanza médica, éramos muy criticados por los jóvenes que querían perderles el respeto a todos y a todo.



David González

Todavía recuerdo que David, casi con lágrimas en los ojos y a pesar de su excelstitud académica, fue objeto de un movimiento estudiantil para cesarlo, porque según ellos, había insultado a los jóvenes con su intransigencia característica, señalándoles que eran unos “tarados mentales”. En mi caso, fui perdonado, porque para ellos yo era buen maestro, y eso me permitió interceder por David y lograr que, en una reunión especial, los alumnos, en forma increíble, perdonaran a sus maestros.

Mientras eso sucedía y se iniciaban las alianzas, las reuniones y las intrigas cortesanas en la facultad y en la universidad, los rumbos y giros de la derecha empezaron a ocupar los espacios de poder, y de esa manera, como lo hemos mencionado, Héctor Fernández fue electo director y posteriormente rector de la universidad; Roberto y yo, subdirectores; y Alfredo, el más radical, empezó a formar un grupo antitético para los movimientos llamados de izquierda revolucionaria. El factor que aceleró y magnificó el conflicto en nuestra universidad y en nuestro Estado fue la gubernatura de un hombre brillante, sagaz, con una elocuencia manifiesta y una vitalidad presente: Eduardo Elizondo, yerno de don Manuel L. Barragán, y representante jurídico de muchas empresas importantes.

Este personaje, que había sido tesorero estatal, ocupó la Rectoría, y posteriormente la Gubernatura del Estado, y se rodeó de un grupo de asesores economistas, muchos de ellos inteligentes, pero que permitían poco diálogo, y que, aprovechando la incapacidad de escuchar del licenciado Elizondo, le fueron creando un ambiente de cerrazón, que le impidió hacer caso a los sabios consejos de Roberto Moreira. Así, se generó una situación de tensión y de polarización ideológica, que luego estalló y produjo la caída del gobernador Elizondo y el inicio de la anarquía universitaria, con la consecuente pérdida de varios años de tiempo, dinero y responsabilidades académicas.

En esa época, la universidad vivió en un clima de incertidumbre, que culminó con un movimiento universitario que exigía la renuncia del rector Fernández y, en particular, de su secretario general, Roberto Moreira, a quien los estudiantes acusaban de ser el instigador de la derecha en contra de su aparente y, según ellos, generoso movimiento revolucionario. Todo eso favoreció un ambiente de conflicto, y los profesores miembros del Partido Comunista, como era su costumbre, aprovecharon este mar revuelto para llevar agua a su molino. En esa forma, aparecieron figuras como las de Tomás González de Luna, Manir González Martos, Ulises Leal, Salvador Capistrán y alguna gente joven recién llegada de Chile, como Fidel de la Garza, este último con una dosis de autenticidad, que rechazó la oferta de la Rectoría. En esa confusión y en el mar abierto, se seleccionó al doctor Oliverio Tijerina, hombre bueno, excelente jugador de baloncesto, que duró un año en la Rectoría y propició una crisis de identidad entre los jóvenes, que vieron que el rector se rodeaba de sus exlíderes comunistas, quienes, en el ejercicio del poder, empezaron a manifestar síntomas de descomposición y de corrupción, lo que ellos mismos habían criticado en el pasado.

Todo lo anterior generó una gran decepción, que culminó con el abandono del diálogo y de los movimientos pacíficos por parte de muchos jóvenes, y la emigración de algunos a la Liga 23 de Septiembre; de otros, a Tierra y Libertad, y de un grupo mayoritario, a aprovecharse de haber ganado el poder para acomodarse en posiciones favorables para sus intereses personales. Mientras todo eso sucedía en Monterrey, en la Ciudad de México las cosas se pusieron mucho más complicadas.

Tlatelolco y el sacrificio

En el año que aquí menciono, 1968, México estaba listo para ofrecer sus instalaciones para la celebración de los Juegos Olímpicos, y el presidente Gustavo Díaz Ordaz proclamaba orgullosamente ese triunfo internacional de imagen, que había sido fraguado con sistemática organización previa: nuevas construcciones, la ampliación del Estadio Olímpico Universitario y muchas otras fórmulas que le permitirían a nuestro país una excelente representatividad latinoamericana. Todo eso fue aprovechado por los planeadores subversivos, que nunca dan la cara y que, utilizando la generosidad de nuestra juventud, iniciaron un movimiento político contra la autoridad, el cual fue reprimido de inmediato en la preparatoria de San Ildefonso, con un cañonazo del ejército y con la toma de instalaciones de la máxima casa de estudios del país.

En esa forma se inició un gran movimiento nacional, que defendió con gallardía el rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Javier Barros Sierra, quien, en una marcha con sus maestros y con su secretario,



Juegos Olímpicos

Fernando Solana, retó al presidente Díaz Ordaz, quien ni tardo ni perezoso, y dada su rigidez y su autoritarismo, característico de él y de la época, rompió el diálogo, y comenzaron a surgir manifestaciones de represión en contra de los líderes, uno de ellos, de cuya amistad gozo, Gilberto Guevara Niebla, y de muchos otros prohombres de los partidos de izquierda, que sin juicio previo, y arbitrariamente, fueron encarcelados y algunos de ellos desaparecidos por el ejército, en el temido campo militar. El movimiento estudiantil culminó con los hechos de Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, sin que hasta la fecha existan datos históricos comprobables, mediante una represión violenta del ejército y de grupos paramilitares, que mataron a miles de jóvenes, cuyo número exacto todavía no conocemos y que fermentó movimientos políticos posteriores que siguieron sucediéndose hasta el año de 1971. El 12 de octubre de 1968 se inauguraron los Juegos Olímpicos y la rechifla al presidente Díaz Ordaz fue un signo colectivo de repudio a la figura de la autoridad.

Como mi interés no es hacer una descripción de temas históricos que ya están muy documentados, sólo me referiré a la influencia de estos aspectos nacionales e internacionales sobre nuestra universidad y nuestra facultad en particular, sin olvidar el cambio dramático que nuestras personalidades tuvieron al amparo de este proceso de aceleración histórica.

Mi práctica médica en esas épocas

En tanto todo eso acontecía en el ambiente político, yo tenía que trabajar en la práctica privada de la medicina, no sólo en el Hospital Universitario, porque el salario del hospital no me alcanzaba para la manutención de mi esposa y de mis dos hijos, quienes requerían insumos financieros externos. Por lo anterior, ejercía mi especialidad de nefrólogo, tanto en el Hospital Muguerza, como en el recién construido Hospital San José, y en otros hospitales de la entidad y del vecino Estado de Coahuila, donde en una ocasión tuve que ir hasta la ciudad de Monclova a tratar a un paciente recomendado por el famoso líder sindical Fidel Velázquez.

Éste insistió en que no deseaban trasladarlo a Monterrey, y me obligó a, con mis equipos de diálisis y mi enfermera María Inés, atenderlo en aquella ciudad, en un feo edificio hospitalario y con una serie de carencias complejas, pero que pude sobrellevar gracias a la capacidad de instrumentación que había aprendido, tanto con el maestro Pisanti en fisiología, como en los Estados Unidos, en particular en Georgetown, en donde innové métodos dialíticos.



Fidel Velázquez

El mismo don Fidel me recomendó al hermano de un líder sindical muy famoso de la entidad, de apellido Gaytán, para que lo atendiera, a pesar de que yo le señalaba que ya no tenía remedio, porque tenía otros problemas, y que era una mala inversión llevarlo a cabo; sin embargo, ante su insistencia, le practicaba diálisis extracorpórea a un simpático personaje, de nombre Margarito, con quien me reía hasta la saciedad por su folclor norteno y su humorismo negro, pero espontáneo y contagioso. Como don Fidel pagaba muy bien, todo esto me permitió atenuar mi déficit presupuestal y lograr, primero, cambiarme de casa a una de renta por la calle Simón Bolívar, cerca del Hospital Universitario, y, después, adquirir una en la que viví durante muchos años.

Mi prestigio profesional fue en aumento, sobre todo por la ventaja de que yo era el único especialista en esa rama que tenía los instrumentos tecnológicos modernos, pues logré ser el primero en tener un riñón artificial en el Hospital Universitario, después en el San José y luego en el Muguerza, en cuyos departamentos de nefrología se me calificaba como “El Jefe”. Así, con ese equipamiento y con algunos estudiantes que me ayudaban, podía dar un

buen servicio en todas partes, sin olvidar jamás que mi primera responsabilidad eran mi escuela y mi hospital: el universitario.

Esa práctica me permitió ganar algunos pesos y gastarlos rápidamente, como era mi costumbre, pues esa ha sido una de mis características personales, en las que no están incluidos el ahorro o la prudencia en el gasto, ya que, como decía un amigo mío, bastantes problemas y trabajo tenía yo para ganarlos, para que también me diera problemas y esfuerzo gastarlos. Todo transcurría con serenidad, hasta que un ingeniero, Joel González, me ofreció una casa que él había construido, y como lo señalé previamente, gracias a la capacidad de ahorro de Alicia, pude instalarme adecuadamente en la ahora famosa Calzada del Valle. Mis hijos seguían creciendo y Gabriel, desde su infancia, fue y sigue siendo deportista, con capacidad para jugar fútbol, tenis y otros deportes, y Mauricio, un técnico muy calificado, con una gran capacidad de administración; actualmente tiene dos maestrías en administración, pero trabaja de técnico en resonancia magnética nuclear en la madre patria.

Mi vida romántica seguía siendo compleja y acelerada, pues mientras Alicia se refugiaba en sus estudios de psicología y desarrollo humano y en las actividades propias de una joven estudiosa, yo tenía que enfrentarme cotidianamente a múltiples situaciones derivadas de mi ansiedad, producto del dolor ajeno, y como en aquella época no me estaba permitido, por razones de mi trabajo, ingerir una copa de vino o tomar un whisky, derivaba todo hacia mi personalidad extrovertida, y a la tendencia extrovertida para mi comunicación con el ámbito masculino y, sobre todo, con el femenino, pues tenía largas pláticas con muchachas, señoras, e inclusive tuve la osadía de enamorarme, en sentido teórico, de una monja del Hospital San José, con quien hablaba sobre temas filosóficos de psicología profunda y con quien llegué a tener una excepcional y respetuosa comunicación.

En ese tiempo, el Centro de Especialidades Médicas empezó a ampliar su staff, ya que, con la llegada de jóvenes especialistas, y por el prestigio que habíamos consolidado los siete médicos fundadores, nuestro edificio de la Calzada Madero, enfrente de la facultad, empezó a ser insuficiente, por lo que, después de largas discusiones, como era frecuente, decidimos comprar un terreno y construir una nueva unidad en la colonia Obispado, en donde actualmente existen las instalaciones que albergan aproximadamente a 100 médicos que, como lo he mencionado antes, no trabajan con el sistema que diseñamos, porque fueron desplazados de sus buenas intenciones por

el liberalismo económico que ha generado un capitalismo médico en el que predomina el dios del mercado.

Entre mis experiencias clínicas, recuerdo una que produjo un giro ideológico en mi vida personal, que fue el caso de una jovencita de 18 años, hija de un hombre de negocios que trabajaba en la empresa Lamosa, y con quien hice una gran amistad; ella, una linda e inteligente personita, muy llamativa, tenía una enfermedad crónica renal, que le había ocasionado una gran palidez, por la anemia correspondiente, y requería tratamiento con diálisis extracorpórea permanente, metodología que en aquella época apenas estaba iniciando y la cual practiqué con entusiasmo, pero pensando siempre en la necesidad de proponerle a la familia un trasplante renal, para resolver la problemática de esa paciente.

Mi error, o acierto, de haber hecho una relación íntima con los padres, me generó un enorme compromiso y una gran responsabilidad, y gracias a mis relaciones en Estados Unidos, le hablé al doctor David Hume, que era el director del grupo en Denver, Colorado, quien estaba teniendo mejores resultados en trasplantes, y logré que se le diera una cita para la evaluación correspondiente, y se le colocara en el programa de trasplantes, con la salvedad de que sus padres podían ser los donadores para transferirle un riñón a la paciente. Todo iba por buen camino, hasta que sus papás, sabiendo que la niña iba a estar por un tiempo prolongado en el hospital de Denver, me solicitaron permiso para llevarla a un viaje de crucero por el Caribe, a lo cual yo, con desconfianza, pero calculando los tiempos de las diálisis, asentí. Así, con alegría, ellos se fueron a pasear con su hija y yo me quedé con cierto grado de incertidumbre.

Ocho días después, recibí una llamada telefónica desde el barco, en la que se me informaba que la niña había tenido fiebre y que estaba bajo tratamiento con el médico que usualmente llevan esas unidades en sus viajes. Yo me alarmé y solicité a los papás que la trajeran de inmediato, porque sabía del riesgo que corren los pacientes con insuficiencia renal crónica, de sufrir infecciones, debido a su bajo nivel de tolerancia inmunológica. Varios días después llegó la paciente, con altas temperaturas, la interné en el Hospital San José y solicité una consulta con el doctor David González. Juntos hicimos el diagnóstico: se trataba de una neumonía en la base del pulmón derecho, que había emigrado hacia el otro pulmón y empezaba a producir síntomas serios, como falta de aire, disminución en la oxigenación y una recaída del estado general.

Procedí a someterla a diálisis y permanecí con ella durante días en el hospital, y habiendo resuelto el problema renal correspondiente, empecé a notar que la neumonía iba en avance progresivo, de acuerdo a los estudios radiológicos que practicaba en el hospital; pero una noche, la paciente empezó a empeorar y a pesar de los esfuerzos de David y míos, que nunca nos separamos de su área en cuidados intensivos, falleció. Yo experimenté una tremenda sacudida en mi conciencia, porque su muerte me produjo un sentimiento de culpa no racional, ya que yo había autorizado el viaje y la había expuesto a los cambios de temperatura que se dan en esos barcos, por el aire acondicionado intenso y, según yo, basado en mi hipersensibilidad, ese enfriamiento había producido la neumonía que la llevó a la muerte.

Cuando salí a enfrentar a los familiares, a pesar de que estaba acostumbrado a eso, porque en esa época los pacientes renales llegaban con la enfermedad muy avanzada y frecuentemente los perdíamos, un escalofrío sacudió toda mi raíz física y me generó una conmoción de sentimientos y cuando me acerqué a los padres y les dije: “la hemos perdido”, el papá me contestó de inmediato: “Luis, ¿por qué nos permitiste que fuéramos a ese viaje?” Yo me alejé, triste y pensativo, y de pronto algo apareció en mi horizonte mental, que dio lugar a un cambio de actitud, que quizá fue crucial para mi futuro consiguiente. Me refiero a la política universitaria y las oportunidades de liderazgo en ella.

Desde esa época, y a pesar de que yo tomaba la política universitaria como un aspecto lateral a mi fortaleza académica y a mi práctica médica, utilicé las nuevas oportunidades de incrementar mi autoestima con la enfermedad del poder político, haciendo a un lado, poco a poco, mis responsabilidades profesionales. Cumplía con la parte de docencia, pero sin poner atención a la práctica privada de mi profesión, la que encargaba a mis alumnos o a algunos compañeros a los que yo había ilustrado con los conocimientos adquiridos.

Esto, que se dice fácilmente, cambió el rumbo de mi vida, pues desde entonces dediqué más tiempo a mis actividades en el Instituto de Investigación, en el cual fui director en dos ocasiones, una antes de la autonomía y otra después de la misma, y también a otros menesteres de carácter de lucha política participativa, contra las fuerzas de izquierda radical, que en ese tiempo fueron capaces de paralizar el hospital, inventar una escuela de medicina anexa y aprovechar la corriente ideológica del movimiento del 68 para desquiciar la estructura interna de la universidad.



Héctor Ulises Leal

Así, llegó a la Rectoría el ingeniero Héctor Ulises Leal, hombre bueno, pero de carácter débil, que se dejó influenciar por los grupos radicales y permitió muchos desmanes, luchas internas, golpizas entre estudiantes, balazos y hasta la muerte de algunos de los empleados o maestros de la universidad, como fue el caso de un joven a quien llamaban “El Perro”, al que consideraban policía estudiantil y que fue asesinado junto con un bibliotecario.

Además, la Liga 23 de Septiembre y otras organizaciones aparentemente revolucionarias, se escudaban en la universidad y reclutaban allí a sus compañeros de lucha, por lo que el rector tenía que andar de la ceca a la meca, porque las fuerzas, digamos, realmente universitarias, que reaccionaron ante este desastre, como fueron Mecánica, Medicina y Derecho, generaron una conflictiva y una serie de tomas de edificios, movimientos permanentes, pintas de camiones y paredes, robo de material propiedad de la universidad. Incluso, el ingeniero Ulises, en su exilio, porque la Rectoría siempre estaba tomada, llegó al extremo de sacar los archivos de la institución, lo que generó posteriormente un verdadero caos, el cual requirió mucho trabajo para poder restaurar la historia académica de la Universidad de Nuevo León.



Lic. Eduardo A. Elizondo

Así, se sucedieron en forma rápida muchos cambios, y mientras los rectores se movían de un día para otro, Ulises disolvía la Junta de Gobierno y el Consejo Universitario; el licenciado Eduardo Elizondo, con su tozudez característica, anunciaba leyes totalmente inoperantes para ejercer el control político de la universidad y desoía los consejos de Amador, de Moreira, de Piñeyro y los míos, en defensa de la Facultad de Medicina, en tanto que sí prestaba oídos a algunos de sus asesores, y fue capaz de cometer el contrasentido de crear una asamblea popular, formada por las llamadas “fuerzas vivas”, que incluía a los sectores obrero y patronal y muchas otras áreas externas a la universidad, promulgando la llamada “Ley Elizondo”.

Esa ley, que fue rechazada por la mayoría de los universitarios, originó una lucha permanente, en la cual todos salíamos perdiendo, porque los alumnos no iban a clases; los maestros tampoco asistían, y la universidad perdió su prestigio ante la sociedad, lo que propició una actitud negativa por parte de las empresas, que anunciaban en desplegados de ofertas de trabajo, expresiones tan denigrantes, como: “se solicita ingeniero mecánico electricista, pero que no sea de la UANL”.

La “Ley Elizondo” rebasó las fronteras del Estado y causó inquietud en los jóvenes del Instituto Politécnico Nacional, quienes, con esa excusa, manifestaron su apoyo a la universidad el 10 de junio de 1971. En esa fecha, los “Halcones”, que así les llamaban, o policías civiles armados con pistolas y garrotes, disolvieron la manifestación y hubo cientos de muertos (120, dice Wikipedia) y heridos en la Ciudad de México, hecho que reactivó los rencores que había producido la tragedia de Tlatelolco en 1968.

Previamente a esa situación, que ponía en riesgo la estabilidad de la nación, el para ese entonces presidente, Luis Echeverría, había enviado a Monterrey al secretario de Educación, ingeniero Víctor Bravo Ahúja, quien había sido rector del Tec de Monterrey, y él, con su natural capacidad conciliadora, dialogó con el rector efímero, que fue el doctor Arnulfo Treviño Garza, médico militar, a quien el gobernador Elizondo le había ordenado usar su metodología castrense para detener el movimiento estudiantil. En ese ámbito de discusión, en el cual también participamos nosotros en forma lateral, empezó a surgir la idea de generar una verdadera autonomía universitaria, y no la que había engañosamente fraguado el gobernador, pues la institución en ese tiempo no gozaba de las mismas características legales de la UNAM.

Como Eduardo Elizondo sintió que con esa presión iba a ser necesario derogar la ley que había impuesto a la universidad, y reacio a sacrificar su orgullo -porque ésa es la verdad-, se dispuso a presentar su renuncia en el pleno del congreso, el 5 de junio de 1971, y a pesar de que, apenas iniciada la sesión, el presidente Echeverría le habló por teléfono para pedirle que no renunciara, porque iba a producir un caos en la entidad, don Eduardo, con su característica romántica, en apariencia, lo que le ha valido un bello recuerdo histórico, pero con soberbia en su actitud, desoyó las órdenes del presidente y renunció. En esta forma se generó una etapa de grandes conflictos y de anarquía en nuestra universidad, situación que gradualmente y con gran habilidad política, fue resolviendo el recién designado gobernador constitucional sustituto, licenciado Luis M. Farías, político de gran experiencia, con actitud conciliadora y quien sí nos escuchaba a nosotros, a quienes ya desde entonces nos denominaban como “La Bata Blanca”.

El licenciado Farías apoyó la promulgación de una Ley Orgánica muy semejante a la de la UNAM, que le daba autonomía a la universidad, y un ex secretario general de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), Alfonso Rangel Guerra, fue designado para ocupar la posición de rector. De esa manera se logró, no corregir

el desastre y el conflicto, que continuó vigente por mucho tiempo, pero sí apaciguar los ánimos violentos. El rector duró algunos meses y después se nominó al doctor en derecho, Lorenzo de Anda, quien con su política de darles la razón a todos para no tener conflictos con nadie, sobrevivió tres meses y luego presentó su renuncia, dejando como encargado del despacho y rector interino a Genaro Salinas Quiroga, famoso por su capacidad de congelar situaciones de esa naturaleza, ya que había sido gobernador interino en muchas ocasiones.

Del licenciado Farías guardo extraordinarios recuerdos, por su inteligencia, su bonhomía y su enorme capacidad de absorber el alcohol, pues era capaz de tomar media botella de cogniac sin alterar sus palabras y sin perder la lucidez. Él logró un rencuentro con el diálogo, y de él recibí apoyo para mi nombramiento como director del Instituto de Investigaciones Científicas durante el rectorado del doctor De Anda, posición que me permitió, por mi prestigio académico, ser tomado en cuenta en el nuevo gobierno de Pedro Zorrilla, para la máxima posición de libertad de mi vida personal, que es la de haber sido rector de la UANL.

En ese lapso se celebraron elecciones para gobernador, y Pedro Zorrilla, académico oriundo de Monterrey, con experiencia política en Tamaulipas y hermano de un compañero mío de escuela, ocupó esa posición. Durante la campaña, me pidió que le ayudara con el área médica correspondiente; yo, entusiasmado, le reunía a médicos prominentes, con los cuales establecía diálogo, oía sus opiniones y producía el ritual característico que tienen las campañas políticas. Pedro me empezó a tener particular aprecio y reconocimiento por mi elocuencia verbal y liderazgo académico, y me consultaba frecuentemente sobre diversas temáticas de los problemas de Nuevo León, porque él tenía largo tiempo de no vivir en nuestros lares y, dada su naturaleza reflexiva y de estilo francés, no era muy bien visto por los grupos empresariales dominantes de la entidad, porque Pedro se había apoyado en la CTM para su campaña y para su novel gobierno.

En esas circunstancias, se preparó el campo para mi inserción en la imagen política del Estado y, gracias a mi naturaleza combativa, aproveché una visita del presidente Echeverría al Hospital Universitario para, como orador espontáneo, solicitarle apoyo para nuestra institución y recordarle la nobleza de los intereses estudiantiles, que requerían el apoyo federal. Ese discurso, que pronuncié en el auditorio del primer piso del hospital, me abrió los pasos hacia la simpatía del presidente y fue el parteaguas circunstancial que le

permitió a Pedro pensar en mí como un elemento de su gabinete, primero en el campo de la salud, lo cual no fue factible, por la interferencia del doctor Jiménez Cantú, secretario de Salubridad y Asistencia en México, que deseaba que su amigo personal, Carlos Canseco, fuera secretario coordinador de esa área, y también por mi prudencia, pues aunque Pedro quería pelear con el secretario y quejarse con el presidente, yo le convencí de que lo más sabio era que él cediera y que me nombrara su asesor para ayudarle en otras áreas de la administración pública.

La aparente derrota me produjo, como sucede muchas veces en la vida y en la política, un gran triunfo personal, porque habiendo probado mi lealtad, Pedro me dijo un día, con cierto grado de sutileza, como era su costumbre: “Oye, Luis. ¿No te gustaría ser rector de la universidad?” Yo le contesté: “Pedro, los rectores aquí son como las jeringas de plástico, desechables. Si observas, el promedio de duración es menor de un año, y a ti no te conviene, como gobernador, cargar con el problema de que un amigo tuyo sea rector, porque esto generaría que me atacaran a mí para golpearte a ti, cuya fragilidad es manifiesta, porque el Estado sufre todavía los embates de la lucha universitaria del 68 y del conflicto entre la CTM y las empresas locales”.

Con ese acto de humildad, pero no de modestia, que fue real, se me dio la maravillosa oportunidad de ser rector de la universidad y de reestructurar y sistematizar nuestra máxima casa de estudios, conciliar los intereses, negociar y lograr la paz; de eso y muchos más avatares y pesares hablaremos después. Ahora veamos los preámbulos personales e institucionales de esa época.

Facultad de Enfermería, investigaciones científicas y el inicio del movimiento del 68

Después de un tiempo como director de la Escuela de Graduados, como colaborador del doctor Héctor Fernández, había aprendido muy bien las peripicias del posgrado y la planeación necesaria para que internos y residentes tuvieran exposiciones de carácter nacional y aprovecharan así las experiencias de grandes maestros del país y ocasionalmente del extranjero. Esto no fue fácil, porque invitar a un conferencista y pagarle los gastos era sólo el inicio de una serie de maniobras que había que llevar a cabo para asegurar la asistencia de los alumnos de grados superiores y de médicos graduados a las conferencias magistrales correspondientes.

La apatía, el hecho de que muchas fueran en la noche y un cierto grado de indiferencia, por no existir una disciplina de formación continua, dificultaron mucho mi labor, por lo que hacía muchos corajes y hasta tuve que generar verdaderos procedimientos emergentes para asegurar que hubiera concurrencia,



Facultad de Enfermería de la UANL

por el prestigio de nuestros invitados; más aún porque, en el pasado, había una especie de gimnasia intelectual agresiva, encabezada por el doctor Roberto Treviño Martínez, ex director de la facultad, a quien apodábamos “El Loco”, por lo genial, quien tenía amplios conocimientos en múltiples áreas y una agresividad innata, y se dedicaba a ser contestatario de cualquier invitado. Esa lucha libre intelectual agradaba a los estudiantes, pero dejaba muy poco en el sedimento de la información científica necesaria.

Yo respetaba mucho al doctor Treviño Martínez y empecé a ganarme su confianza desde que era estudiante, por lo que frecuentemente podía calmarlo un poco y evitar sinsabores cuando llegaban los nuevos profesores o los conferencistas. Recuerdo las agresiones de que fueron objeto Febronio Peña, José Salazar Dávila, un eminente cardiólogo del Hospital de Cardiología de México, oriundo de Monterrey, el mismo doctor Pisanti, nuestro pionero en la fisiología experimental, así como algunos invitados nacionales y extranjeros, como Herman Villarreal, el doctor Demetrio Sodi Pallares, gran electrocardiografista, con la salvedad de que a los únicos que respetaba era a los norteamericanos, pues como no manejaba el idioma inglés, cosa que era la regla en casi todos los profesores antiguos, cuando venían eminentes cirujanos de Baylor, como el doctor De Backey, y como había que hacer la traducción del idioma, y la misma me tocaba a mí ,yo desviaba las preguntas y evitaba las confrontaciones.

Para ayudarme en las labores de uso del proyector de transparencias, que era lo que se estilaba en esa época en las conferencias, contraté a un estudiante, quien, por ser de escasos recursos y tener mucho interés, puso entusiasmo en ese trabajo complementario, por el que recibía una mínima cantidad al mes, que le permitía mantener sus actividades básicas. Este muchacho, de nombre Miguel Torres Enríquez, estudiante de 5º año, desapareció un día en forma extraña y sin avisar a nadie, pero reapareció en el mes de octubre de 1973, ya como integrante de la Liga 23 de Septiembre, en el proceso por el asesinato de un gran regiomontano, el empresario Eugenio Garza Sada.

Después averiguamos que Miguel había estado en la Universidad Patricio Lumumba, en Moscú, y creo que también en Corea, preparándose en actividades terroristas. Posteriormente, participó en asaltos a bancos, intentos de secuestro; luego, con inteligencia, dejó las armas, pues habiendo sido herido en una pierna, tomó la embajada francesa en México, lo que impidió que se aplicara con él lo que el gobierno federal había indicado con claridad, haciendo remembranza del estilo de Porfirio Díaz, quien expresaba: “Mátenlos en caliente”, para evitar secuestros de aviones y represalias. Con esa fórmula, desapareció gradualmente esa liga, que formó parte importante del movimiento violento posterior a 1968.

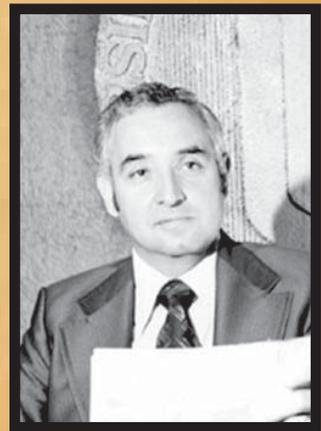
Miguel Torres Enríquez gozó de la amnistía concedida por el presidente José López Portillo, y actualmente sigue “vivo y coleando”, colaborando en el Partido del Trabajo. Igual que él, otros estudiantes de la universidad, como Jesús Piedra y José Luis Rhi Sauzi, forman parte de esa triste historia de jóvenes desorientados que optaron por la violencia como solución a la problemática social.

Previamente a esa época, soplaban vientos sutiles de rebeldía y de organización estudiantil, y las ideas de Herbert Marcuse y de los movimientos franceses y alemanes, así como de California, sobre un reclamo al autoritarismo, empezaron a calentar el ambiente, y eso repercutió en la universidad, por lo que era frecuente que los estudiantes discutieran con sus profesores y organizaran cuadros de estudio y grupos llamados de lucha para, desde la institución, cuestionar la autoridad del gobierno, cuyo liderazgo con el presidente Gustavo Díaz Ordaz se había caracterizado por desarrollo económico creciente, pero pobre desarrollo político, y por una actitud de autoritarismo y hegemonía unidimensional que, al chocar con las ideas libertadoras, generó el terrible proceso de la revolución inconclusa y sangrienta de 1968.

Yo, como es mi estilo, no podía ser solamente espectador, y trataba siempre de ser actor de mi circunstancia. Era un partidario pacífico, pero ideológicamente coincidente con el movimiento libertador, y más aún porque tenía una estrecha relación con el grupo jesuita, dada mi formación religiosa, que también con la excusa del llamado “apostolado de la liberación” encabezaba y preparaba jóvenes para tal objeto. Recuerdo con cariño al padre Javier D’Obeso, quien fue padrino de mi hijo Gabriel; a Herman Von Bertrab; a Rábago; a Chávez; a Llaguno, hermano de un compañero mío, y a muchos más de ese grupo, con quienes yo convivía en algunas comidas que hacían en sus instalaciones, cercanas al Mercado Juárez, y de quienes recibí una enseñanza muy ilustrada pero con tendencia violenta. Así se fue organizando un grupo de activistas encabezados por un brillante joven de apellido Marcos, quien después fue tesorero en el Estado de Coahuila, y había sido un economista elocuente en el Consejo Universitario. Ahora es un rico empresario naviero de PEMEX, que sufre retinitis pigmentaria, pero de eso ya hemos escrito, y no vale la pena insistir.

Existieron también muchos otros simpatizantes del grupo sindical universitario, como Ángel Martínez Maldonado, hijo del gran socialista y ex rector de la universidad; Rolando Guzmán, Manir González Martos y el grupo de los intelectuales, integrado por Salazar Ortiz, Covarrubias y Pérez Sáenz, entre otros, que simpatizaban con el movimiento, aunque tenían su propio ideario, y no eran violentos.

Otro grupo de la misma época, que tuvo sus inicios en los estados de Chihuahua y Aguascalientes y que luego hizo carta de naturalización en Monterrey, fue el de la organización de izquierda denominada “Tierra y Libertad”, en la que participaban en aquel entonces luchadores sociales como Alberto Anaya; su esposa, Guadalupe Rodríguez de Anaya; Héctor Camero, Ignacio Staines y otros estudiantes de medicina, que decidieron tomar tierras en forma ilegal y desarrollar predios en los que disponían, también de manera ilegal, de los servicios de luz, agua y drenaje, y que, con una ideología denominada maoísta, en honor de Mao Zedong, el llamado Filósofo de la Revolución Cultural, empezaron a generar un problema social.



Dr. Ángel Martínez Maldonado, hijo del Ex Rector de la UANL Dr. Ángel Martínez Villarreal

Esos tres grupos: el primero, radical y violento; otro, jesuita, aliado con el de las juventudes comunistas, y el tercero, detractor de la propiedad privada, generaron un caldo de cultivo para un movimiento que posteriormente describiremos con mayor precisión en esta autobiografía, y que formó parte de un cambio radical en la política nacional.

En ese tiempo recibí el nombramiento de director de la Escuela de Enfermería, en sustitución del doctor Nicandro Díaz, y cuando llegué a tomar posesión y empecé a conocer los detalles de la escuela, tuve un sobresalto mayúsculo, porque me di cuenta de la poca importancia que el sistema concedía a lo más importante del cuidado médico, que es la atención de enfermería. La escuela enseñaba rudimentarios aspectos del cuidado de los enfermos; los jóvenes estudiantes, mujeres en su mayoría, no tenían instrucción preparatoria, pues venían directamente de la secundaria; la escuela estaba en el primer piso de un internado, en donde las damitas llevaban a cabo todo tipo de travesuras y eran manjar sexual de individuos de las áreas colindantes, pues había un libertinaje y una organización de muy poco respeto a un área del cuidado médico, que desde los tiempos de Florence Nightingale se había ganado el respeto absoluto en la mayor parte de los países desarrollados del mundo.

Como había vivido y practicado la medicina en los Estados Unidos, en donde la enfermería es considerada una profesión de mucho respeto, rápidamente me asaltó una gran inquietud y una decepción personal al observar lo aquí descrito. Todo esto fue causa de múltiples cavilaciones, hasta que, un día, la oportunidad se presentó y la aproveché. Durante una visita del doctor Faz, director de la Fundación Kellogg, le propuse que hiciéramos un estudio para organizar una verdadera Facultad de Enfermería, con formación preparatoria previa y con la creación de la licenciatura, que no existía.

Él, conecedor de nuestra idiosincrasia latinoamericana, rápidamente secundó el proyecto y gestionó la autorización de un presupuesto que la fundación aportaría para la escuela, con el fin de lograr esa transformación. Como parte de esta idea, se me recomendó la participación de una enfermera de la Organización Mundial de la Salud, de nombre Rosa María Nájera, quien me asesoró en la planeación, organización y formación profesional de toda una nueva visión de la enfermería mexicana, pues nuestra facultad fue la primera que les dio valor jerárquico a las enfermeras, creó la licenciatura y posteriormente la maestría. En la actualidad, la vieja facultad cuenta ya con un edificio nuevo y funcional, y tiene el respeto de la clase médica, aunque

sus profesionales no han logrado percibir todavía los salarios merecidos, debido a la negligencia de algunas autoridades universitarias previas; pero, sobre todo, de la Dirección General de Profesiones.

Como corolario difícil, pero necesario, en un desplante de autoritarismo, pero calculando los riesgos de un movimiento estudiantil, porque las enfermeras eran muy buenas para hacer líos políticos, y sobre todo para tratar de seducir al director, cosa que habían logrado con algunos directores previos a mi persona, de un plumazo mandé cerrar el internado, y bequé, para que vivieran en otra parte, a las estudiantes que no tenían recursos y que venían de rancherías o pueblos circunvecinos. Lo anterior se logró gracias a mi capacidad de persuasión, al apoyo económico y por haber podido resistir las trampas que las alumnas me ponían, al ingresar a mi oficina con afanes de coquetería explícita, situación que yo defendía siempre con la presencia de mi secretaria, que nunca abandonaba el recinto, y de esa manera siempre había un testigo de que no había habido anomalía en el trato personal.

Esto lo hice porque el director anterior, igual que el director de Economía y ex rector, habían tenido que renunciar, ante la trampa de las estudiantes, que les ofrecían favores sexuales a los directores, y luego salían corriendo, denunciando que habían tratado de violarlas. Como estaba enterado de eso, me blindé, obtuve respeto y evité cualquier problema de esa naturaleza. De esa facultad guardo el más bello de los recuerdos, porque de un área técnica y de muy mala reputación, logré consolidar una extraordinaria facultad, que la Fundación Kellogg calificó como un milagro de transformación, y que ahora es reconocida entre las mejores del país.

Mientras todo eso sucedía, los grupos rebeldes se reunían con sacerdotes jesuitas y rompían relaciones, pues algunos de ellos, hartos del diálogo, tomaron la ruta de la violencia y consolidaron la Liga 23 de Septiembre, una organización guerrillera nacional. Otro grupo, el de los jesuitas y algunos menos agresivos, como el caso de Sócrates Rizzo y Salvador Iglesias, se refugiaron en las estructuras institucionales y empezaron a buscar el poder dentro de la universidad, y ante la presencia de ese grupo, el de Tierra y Libertad simplemente se retiró a su lucha maoísta de sistemas comunitarios que todavía persisten, pero ahora sin el escrúpulo y la belleza de un movimiento honesto y auténtico que, al convertirse en un partido político, desvirtuó su proyecto original y generó un mercadeo electoral en busca del poder, sacrificando el ideario original social que les ganaba respeto en el área intelectual y pensante. Con este último grupo tuve relación tanto durante mi época de

rector como en mi vida política. En otras áreas de este libro volveré sobre esta temática, que no quiero dejar sin comentar, porque esa época formó parte de los sutiles vientos de ansiada libertad, que, mal encauzados, derramaron sangre, lágrimas y tristeza.



Por sugerencia del Dr. Héctor Javier Fernández González entonces rector de la UANL, el gobernador Eduardo Elizondo me nombro director del Instituto de Investigaciones Científicas de la UANL.

los grupos de química, física y biología; organicé equipos de trabajo para presentar proyectos de investigación multidisciplinaria y, en fin, como es mi costumbre, soñé en el protagonismo y la trascendencia de un tema vital, pero que no formaba parte de las prioridades de la universidad en aquella época. Esta dinámica activa sufrió el encuentro con el realismo de la circunstancia que, por razones políticas, desvirtuaba los altos objetivos de la universidad.

Así nació un movimiento encabezado por las facultades de Medicina y Química y la llamada Escuela Médica Anexa, que, por influencias políticas grupales, y sobre todo por cuestiones ajenas a la universidad, empezó a generar un proceso de inestabilidad, que fue abonado por la falta de capacidad de diálogo del gobernador Eduardo A. Elizondo, pero principalmente por la organización de grupos del Partido Comunista, que habían consolidado un

Dado mi éxito en la facultad y mis antecedentes académicos, el gobernador Elizondo, por sugerencia del doctor Fernández, entonces rector, decidió nombrarme director del Instituto de Investigaciones Científicas de la universidad, cuya sede estaba en el 6º piso de la Torre de la Rectoría, en donde existían viejos libros y algunos fósiles y piezas biológicas que se habían heredado desde la época de su fundador, Eduardo Aguirre Pequeño. Por supuesto que la investigación científica universitaria era casi nula, y el instituto era más bien un lugar a donde acudían algunos grupos a pedir trabajo, o a tener algún tiempo libre para estudiar o a solicitar becas, todo ello dentro del marco de recursos muy reducidos, que no representaban ni el 0.1 por ciento del presupuesto de la universidad.

Yo, con mi natural entusiasmo, traté de inmediato de generar alguna atracción de

poder estudiantil y sindical que dio lugar al movimiento de 1968 en nuestra universidad y posteriormente a la anarquía y a la caída de Elizondo en 1971.

Más adelante hablaremos de ese y de otros temas, como el del movimiento de 1968 y su influencia en la actividad universitaria, porque fueron un hito histórico en México, que, querámoslo o no, generó un cisma en nuestra forma de pensar y sacudió las entrañas del sistema político, obligando a una mayor participación democrática y propiciando un respeto por la disidencia y la contradicción.

Durante esa época, Roberto Moreira, en ese entonces secretario general de la universidad, fue una pieza clave en los buenos consejos, no escuchados por el gobernador, y pasivamente actuados por el rector, quien a pesar de ser un médico brillante, capaz y de formación de clase media, que le permitía comprender los problemas de esa revolución, se vio obligado a ceder ante los economistas, asesores del gobierno, como Rodrigo Muro, que se dedicaron a hacer política del poder, en lugar de darle a la universidad la oportunidad de recuperar su política del saber. Aquí se advierte, y en retrospectiva, la dificultad que la clase gobernante tuvo para comprender el cambio histórico que se estaba gestando en la universidad y en el país.

Mi vida personal, ¡qué lío!

Durante mi estancia en el Instituto de Investigaciones Científicas, posición que ocupaba por segunda ocasión, y en la interfase de mi separación pasiva de mi primera esposa, cuya responsabilidad fue mi fragilidad emocional, y la respuesta con alto riesgo y sentido dramático de la vida que la práctica médica de enfermos graves me había producido, me reencontré con una de mis ex alumnas, que, por sus características intelectuales y su vitalidad, además de su belleza física, se distinguía sobremanera, Ella me pidió ingresar como asistente a una especie de servicio social en el instituto; yo, por supuesto, acepté de inmediato, dado que esa área estaba anémica de personal y carente de infraestructura de trabajo.

Rosita tenía mucho interés en las enfermedades del riñón, quizá porque mis clases teóricas en la Facultad de Medicina eran muy atractivas, pues combinaba los aspectos propios de la medicina con múltiples disertaciones espontáneas de carácter filosófico o político, o simplemente comunicaba alguna de las propias dudas que yo sufría en mi proceso existencial. Como lo

anterior era insólito, el auditorio de la Facultad de Medicina siempre estaba lleno de estudiantes, aun de años inferiores, que asistían a la clase cuando me tocaba impartir mi materia, que era nefrología clínica. En esa circunstancia, tuve muchos alumnos que se inclinaron por el estudio de la bioquímica del cuerpo humano, y algunos, como Rosita, por la investigación en temas de mi especialidad. Así nació una amistad tutelar que pronto se convirtió en algo más.

Me refiero a que, en una ocasión en que desarrollaba mis actividades docentes, recibí una invitación del doctor Gustavo Gordillo para participar en un congreso de nefrología pediátrica, en la bella hacienda Vista Hermosa, aledaña al Lago Tequesquitengo, en el Estado de Morelos. Al enterarse de la invitación, la, en aquel entonces, pasante de medicina, me pidió que la invitara, porque a ella le interesaba mucho profundizar en los aspectos de mi especialidad, y más aún si se trataba del famoso doctor Gordillo, que desde entonces y por las conferencias que impartía en Monterrey, gozaba de admiración y de un gran prestigio, por su capacidad profesional y su gran bonhomía. Desde luego que acepté de inmediato, pues ella iba a pagar sus gastos; y así, acompañado de mis alumnos Rosita y Baldomero Ramírez, así como de una bella dama de San Antonio, a quien había conocido en el Hospital Muguerza, que tenía interés en conocer México, hicimos la programación para el vuelo correspondiente a dicho evento. Cuando subimos al avión, el novio de la novel doctora la acompañó y testificó la seriedad de esa relación profesional.

A nuestra llegada a la Ciudad de México nos hospedamos en el hotel Aristos, en cuartos separados, y en la noche invité, junto con mis compañeros de viaje, a la maestra de la escuela de San Antonio, de nombre Margaret, para que fuéramos a un pequeño lugar en la Zona Rosa, en donde se podía comer, escuchar música y hasta bailar, aunque esto último no es mi especialidad. Dentro del proyecto nocturno, aproveché la presencia de mi compañera norteamericana y me encaucé a dar un mal paso, no sólo en el baile, sino también porque, al calor de los aperitivos y del vino que había acompañado a la cena, en el transcurso de la reunión me pareció cortés, sin ninguna suspicacia o interés aparente posterior, invitar a Rosita a bailar, y que Margaret bailara con mi alumno Baldomero. Pero, corrigiendo el refrán, yo diría que uno propone y la mujer dispone, ya que durante el baile, Rosy me susurró al oído, en forma directa, que yo, que según decían era inteligente, debía haberme dado cuenta de que ella sentía un cariño genuino por mi persona.

Yo, herido bruscamente en mi tendón de Aquiles, que es el de mi complejo de hombría, y aderezada esta declaración sutil por el narcisismo natural que los seres de mi generación tenemos al sentir el halago de una mujer, caí redondo en las redes de un amor complejo, tormentoso y apasionado, que me acompañó durante mucho tiempo y que fue corresponsable de la decisión final de mi divorcio de la afable y fina mujer con la que ya tenía dos hijos.

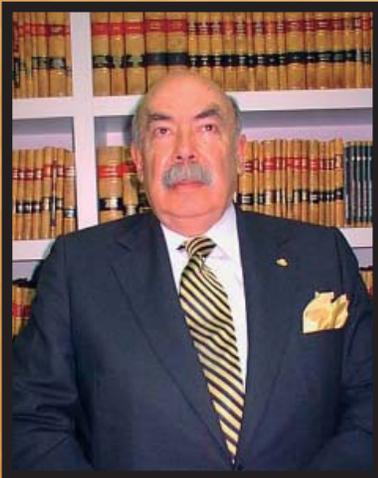
Posteriormente a lo aquí descrito, y durante la reunión, me enfrenté a la dura crítica de una brillante mujer, la esposa de Gustavo Gordillo, oriunda de Jalisco, que me espetó con franqueza, que cómo era posible mi descaro de viajar con mujeres a dicho evento. Yo, apoyado por Baldomero, simplemente me refugié en que esas personas tenían interés en la nefrología, para justificar mi osadía. A partir de ese momento y en el transcurso de muchos meses, tuve lo que los psicólogos denominan un proceso de infatuación, en el cual veía a Rosita como un ideal romántico y dramático que llenaba todas mis expectativas, por su inteligencia, energía y belleza juvenil.

Después, y ya cuando fui electo rector, Rosita me esperó a la salida de la Torre de la Rectoría, para festejar conmigo y elevarme al cenit de las fantasías de un amor etéreo, que se refugiaba en el firmamento y que generaba una enorme dosis de creatividad y de fuerza en mi difícil encomienda, pues la universidad estaba en una crisis política y de violencia que acentuó más mi debilidad emocional y me condujo al rincón de un amor en el que existía una situación bipolar, pues mientras unas veces gozaba con intensidad, otras era fácilmente manipulado y llevado a la ira por los celos que esa inteligente y bella mujer me producía, seguramente en forma inconsciente, pero con el instinto que el sexo femenino tiene para, con su inteligencia emocional, controlar a los aparentemente inteligentes hombres, como yo, en el intelecto, pero torpes en el conocimiento de nuestras debilidades afectivas.

Durante mucho tiempo, Rosita fue el centro de todos mis goces y pesares, y un día, casi sin pensarlo, la hice compartir conmigo un viaje a un congreso en Europa, en el que, como un adolescente, crucé los campos, desde Bruselas, en automóvil, por toda la selva negra alemana, y terminé en Noruega y Suecia, habiendo experimentado durante esa época el placer de la liviandad que ese tipo de amores produce; es decir, el de apostarle todo con audacia a la nada, y así caer en brazos de la diosa, no sólo Minerva, sino también Afrodita.

Debo decir que siempre conservé una especie de sentimiento de culpa, y así yo retraía mis emociones amorosas, por un deseo de protección de mis pequeños hijos, que siempre estaban esperando mis atenciones y que seguramente sufrían en forma inconsciente, al haber sido testigos de mi separación, primero psicológica y después real, de su señora madre. Lo anterior me impedía aceptar los retos que Rosita me ofrecía continuamente para casarme de nuevo, y aunque estaba seguro de que existía un amor profundo, algún ángel de la guarda me impidió consolidar una relación más permanente y más estable.

Todo esto hizo crisis cuando, al regreso de una reunión en Avándaro, y dado que yo había enviado a la doctora, ya titulada, a la Ciudad de México, para que tomara un curso de residencia en el Hospital de Nutrición, ella, cuando íbamos por la carretera, me amenazó bruscamente y en forma singular: “Luis, si no te casas conmigo, me voy a ir a hacer el servicio social en Bangladesh”, país que en aquella época había sufrido una serie de tragedias y al cual nuestra universidad había enviado ayuda, por lo que se estableció una relación administrativa con las autoridades de esa nación pobre. Yo resistí el embate y le señalé con honestidad que no estaba todavía preparado para un nuevo matrimonio y que le pedía, como siempre lo había hecho, una mayor espera para la toma de decisiones.



Dr. José Juan De Olloqui y Labastida, Entonces embajador de México en Washington.

Posteriormente a todo eso, Rosita me pidió que la ayudara para irse a hacer su servicio social, por lo que le conseguí una entrevista con el embajador de México en Washington, que era amigo mío, José Juan de Olloqui, quien la recibió y la atendió con particular interés, pero por vía telefónica me comentó con crueldad: “oye, Luis, esa mujer está enferma de la cabeza, porque ¿cómo quiere ir a un pueblo islámico en donde no permiten que la mujer toque a los hombres para practicar la medicina?” Le expliqué lo anterior y lo único que conseguí fue que aceptara irse a la India, pero le pedí que, si estaba de acuerdo, me lo dijera para iniciar los trámites. Yo, con un aparente dolor y con una lágrima, en mi encrucijada entre el gozo y la responsabilidad, le dije que la uni-

versidad se encargaría de todo y que por supuesto le pedía que continuara con las gestiones para que ella pudiera irse a cumplir su servicio social dentro del programa de apoyo a ese país.

Así culminó mi gran affaire, pues cuando regresó, y a pesar de que ella maniobró todo lo que pudo para regresar a su posición aparentemente privilegiada conmigo, el tiempo, que cura todas las heridas, ya había puesto linimento en mis debilidades emocionales y eróticas, y eso me protegió de volver a reinventar lo que era imposible de recuperar; no obstante, lo que me salvó de estas indecisiones fue la aparición de una figura femenina joven, audaz y muy bella, que emergió como si el destino estuviera de mi parte, y le dio un nuevo rumbo a mis emociones; ella era la que actualmente es mi esposa, Elvira, quien me ha dado cuatro hijos maravillosos y una vida llena de aventuras, de crisis, pero siempre energética y contradictoria, circunstancia que ha acompasado el difícil ritmo de mi psicopatología, logrando erradicar los recuerdos y absorber masivamente mi espacio y mi tiempo, hasta convertirse en una figura dominante en mi vida madura, y ahora en fase de la lisis cronológica actual. De ella hablaré en otros capítulos, porque su presencia siempre me ha acompañado en las diferentes áreas de oportunidad que mi universidad y mi país me han proporcionado.

Al calor de esta nueva visión de mi futuro, gradualmente empecé a dejar de asistir al Centro de Especialidades Médicas, y la política universitaria me fue capturando con todos los grandes retos que la misma tuvo en aquel cometa histórico de enorme crisis administrativa y política y del alto riesgo personal que me tocó vivir. En esa situación, continué fortaleciendo la clínica de la que yo había sido socio y fundador; apoyé a múltiples especialistas, consiguiéndoles plaza en la Facultad de Medicina y oportunidades de práctica privada vespertina, y empecé a fraguar una personalidad menos académica y más en el surco del poder que Pedro Zorrilla me había permitido transitar, y que fue una de las épocas más fascinantes de toda mi vida.

Ocupar la Rectoría de la universidad, y haber sido capaz de, dentro de la transición, equilibrar y concertar las fuerzas políticas e ideológicas de una gran institución, así como estabilizar la estructura académica y apuntarme triunfos en el campo del deporte con los Tigres del fútbol soccer o del fútbol americano, así como iniciar contactos con figuras prominentes de la política nacional y local, me dieron una bandera que todavía enarboleo, en la que me siento orgullosamente universitario y en donde todas mis actitudes en los diferentes puestos que después ocupé, tienen como el centro de la estrella de

mar, mi núcleo emocional y trascendente que es el de mi universidad, la de Nuevo León, la que me ha dado todo y a la cual yo también le he dado mi entrega, mi fervor y mi nostalgia.



Rectoría de la UANL en Cd. Universitaria

Y, así, hablaremos de la universidad

Aunque muchos temas de mi época en la universidad están descritos en una novela que, con el nombre de *Octavo piso, un duende en la universidad*, fue publicada a mi salida de la casa de estudios, y una segunda edición en la actualidad, hay muchos aspectos que vale la pena enumerar y describir, porque representan ejemplos vivos de cómo no es sólo el hombre y su circunstancia, como decía Ortega y Gasset, sino que, refugiándome en Nietzsche, puedo reiterar que es el hombre el que, en lucha contra la cultura circundante, no sólo crea la circunstancia favorable, sino que la transforma.

Y es que siempre hay que recordar que el único animal que puede transformar su ambiente es el ser humano, y que la creatividad, que permite arrojar nuevas luces del ser o del saber o del hacer, es la única fuente que permite la percepción del deber cumplido, y que da siempre reposo transitorio a un alma inquieta, que, como la mía, sigue buscando, como dijo Chesterton, en un cuarto oscuro, un sombrero negro que no existe; es decir, la utopía de la paz y la felicidad.

Me refiero a la felicidad, que se va alejando como un fantasma que flota en el espacio, y que aparece y desaparece bruscamente, y así juega con nuestros deseos, ambiciones, sentimientos de inferioridad o de aparente superioridad; explota nuestras debilidades y minimiza nuestras virtudes, y, en fin, nos trae como a saltimbanqui de las ferias de los circos, haciendo espectáculos en varias pistas de la vida misma, y por supuesto, rozando con otros personajes en el encuentro contradictorio de otras formas de vivir o de hacer.

Así, en el semillero que germina las contradicciones, el fenómeno humano se sublima y quiere vivir, hacer, crear y no se resigna a morir, aunque esto último es inexorable, y mucha gente, al retirarse, se va encaminando paso a paso al encuentro de la inmortalidad.

Yo he preferido seguir siempre en la lucha y, parafraseando a Carlos Castañeda, el escritor, buscar o inventar mis espacios y nunca dejar de ser un guerrero luchador, aunque nadie en su momento te haga caso y te miren como un ente extraño que simplemente no se resigna a su sombrío perecer; que conserva la luz de la vida que los ojos proyectan, a pesar de la edad, y que sólo se pierde con la horrible uniformidad de la muerte.

Cómo estaba la universidad y cómo quedó después

El 12 de octubre de 1973, en la casa del doctor Roberto Moreira, esperaba con ansias los resultados de la reunión de la Junta de Gobierno que se llevaba a cabo, pues allí se estaba eligiendo al rector, y éramos dos los candidatos: el doctor Román Garza Mercado y el suscrito. Esa junta tenía sólo seis miembros, pues en el caos previo, el ingeniero Ulises había desaparecido el organismo, y habían renunciado cinco miembros de la máxima institución, que elegía directores y rector, que era la Junta de Gobierno. Eso quería decir que se requerían todos los votos para tener mayoría. La junta se prolongó y fui citado junto con el doctor Garza Mercado a una especie de examen sobre el conocimiento que teníamos de la universidad, en el que me fue muy bien, porque estaba muy compenetrado con la mayor parte de los temas y conocía profundamente las entrañas de mi Alma Máter; por supuesto, Román también era y es un universitario distinguido, de una familia de intelectuales bien conocida en la comunidad, y ambos, estoy seguro, estábamos en espera del veredicto.

Sin embargo, las horas pasaron, y después conocí la razón de ese retraso: mi compadre, Alfredo Piñeyro, con sus dotes fundamentalistas característi-

cas, estaba promoviendo lo que él llamaba la lógica del absurdo, pues insistía en esa reunión, en que yo era un académico conciliador y lo que la universidad necesitaba era un hombre radical, como Ugartechea o como algún otro que tuviera la fuerza para aplastar a sus contrincantes; eso hizo que se alargara la reunión y no fue sino hasta cerca de las 12 de la noche cuando el doctor Zorrilla me habló a la casa de Roberto Moreira, quien contestó y me pasó el teléfono.



Visita que hice al gobernador Pedro Zorrilla Martínez, en Palacio de Gobierno, acompañado de distinguidos universitarios.

Pedro me preguntó: “Luis, ¿tienes alguna novedad? Estoy enterado de que están reunidos los miembros de la junta por la calle Hidalgo, y te agradeceré que me informes a cualquier hora su decisión”. Yo sabía que Pedro no tenía certidumbre sobre este tema, porque si bien había influido indirectamente sobre los miembros de la junta, el gobernador Zorrilla no era de las personas que amenazara u ordenara y menos aún en la universidad. Pedro era un hombre respetuoso de la opinión de los demás, y realmente creyente en la autonomía universitaria.

La espera continuó y, al calor de los jaiboles que me ofreció Roberto en su bella estancia panorámica, en la colonia Vista Hermosa, de donde se vislumbraban las parpadeantes luces de nuestra ciudad y en donde en años anteriores habíamos celebrado reuniones con el gobernador Elizondo, esperamos tensamente la gran decisión. Ésta llegó cuando Alfredo Piñeyro, quien paradójicamente había sido la antítesis de dicha decisión, me habló y me señaló que, gracias a mi examen, él no había podido evitar que yo fuera rector, y que el susto que produjo a los miembros de la junta el que se incli-

nara por Ugartechea, había hecho que los mismos señalaran que preferían a un académico, que durara tres meses y que estabilizara la universidad, que a un hombre radical.

“Al fin me convencieron, Luis, y te hablo para decirte, -señaló Alfredo- que mañana tomas posesión a las 11 de la mañana, y te va a entregar la venera de rector el licenciado Genaro Salinas Quiroga”, que era el rector interino. Esa noche no dormí, por la emoción de haber logrado mi triunfo personal más importante, y al día siguiente, a las 7 de la mañana, seguía despierto, y, con el nerviosismo que sufro en los momentos preliminares a alguna decisión importante, esperé con impaciencia a Roberto, para que me acompañara a la toma de posesión y entrega de la venera, en la sala del Consejo, en el 6º piso de la Torre de la Rectoría.

Tanto él como yo subimos al automóvil y con cierto temor, porque sabíamos que la Rectoría estaba tomada por los alumnos de Mecánica, nos apresuramos a llegar prematuramente a la cita, y dejamos el carro estacionado en una área lejana de la torre. Desde ahí caminamos, y rápidamente se nos incorporó un grupo importante de estudiantes de la Facultad de Medicina, encabezados por Luis Gómez Danés y Ramiro Alcorta, quienes, con otros compañeros de diversas facultades, como “El Borrado”, habían negociado con la Facultad de Mecánica, que era la que detentaba la posesión de la Rectoría, para que me dejaran entrar y me pusieran a prueba durante unos meses, a ver si mi actitud los convencía.

Así, llegué con paso apresurado, usando la escalinata que emerge gradualmente desde la calle hasta la entrada al majestuoso edificio, y con gritos a mi favor y alguna que otra cara amarga que observé en mi tránsito veloz, me vi rodeado de una especie de aureola de vigor, que me quitó el efecto del insomnio de la noche anterior y me hizo dibujar una sonrisa afable de triunfador. En la puerta, la Sociedad de Alumnos de Mecánica, en donde hacía presencia el famoso “Borrado”, estudiante activista y que gozaba de la confianza del ingeniero Jorge Urencio, me señaló que me abría el paso provisionalmente. En ese momento, “los momios”, como se dice en las apuestas, pronosticaban que sólo duraría tres meses en esa importante posición, porque yo era un académico que no entendía bien la política universitaria. Desde luego que los desorienté mucho, cuando, aparte de ser académico, aprendí la grilla política y, con base en eso, duré seis años en la Rectoría; esos fueron los años más esplendorosos, creativos y refulgentes en mi vida interior y en mi trascendencia exterior; en mi quehacer de vida y de desarrollo personal.

En el octavo piso se encontraba el maestro Genaro Salinas Quiroga, a quien todos respetábamos por su autoridad moral, su austeridad y sobre todo porque él nunca tuvo ansias de poder, sino que siempre cumplió en las diferentes posiciones en el sector público y en el quehacer universitario, con prudencia y propiedad. Juntos nos trasladamos al 6º piso, a la Sala del Consejo Universitario, en donde estaban reunidos alumnos, maestros y directores, ante los cuales recibí un pequeño estilete, que se insertaba en el saco, que tenía el escudo de la universidad y un pequeño brillante en el círculo concéntrico de su diseño, y también, por supuesto, el nombramiento oficial firmado por los miembros de la Junta de Gobierno.

Tomé la estafeta con emoción y pronuncié un discurso en el que me comprometía a emular el ejemplo de Rangel Frías; a regresar la estabilidad a la institución, respetar las opiniones contradictorias de cualquier disidencia, siempre que las mismas tuvieran una base dialéctica y un método científico en su expresión; repudié la violencia y lancé una iniciativa a la comunidad universitaria, para que, juntos, con la “unidad en la diversidad”, recuperáramos el prestigio de nuestra Alma Máter, tan castigada en aquella época por las admisiones e intromisiones de carácter político y por la búsqueda del poder por el poder mismo, que había impregnado su esencia, y el éter del conocimiento, la cultura, la ciencia y la proyección social que caracteriza los objetivos fundamentales de la universidad. Al terminar, con los aplausos conducentes y las emociones compartidas, abandoné el edificio, dejando a Roberto encargado de la oficina y encaminándome a mi automóvil para ir a saludar oficialmente al gobernador Zorrilla y llevar a cabo el protocolo convencional de la presentación del nombramiento ante la representación del ejecutivo estatal.

A la salida me esperaba Rosita, quien quiso incorporarse inmediatamente al triunfo y me pidió que le permitiera guardar por unas horas o por un momento la presea de rector, misma que yo le entregué para que la acariciara, pero le solicité al fin de mi largo caminar hacia mi automóvil, que me la reinsertara en la solapa, porque tenía un compromiso oficial con el gobernador y quería llevarla, por el símbolo de orgullo personal e institucional que la misma representaba. Así se inició mi época de rector, que surgía en una situación universitaria enormemente conflictiva, pues, en ese entonces, 20 facultades estaban tomadas por los estudiantes y con directores de facto; es decir, no tenían la nominación legal correspondiente.

Muchos de ellos simplemente habían tomado las escuelas y se habían autoproclamado directores, defendiendo su posición con un grupo de mucha-

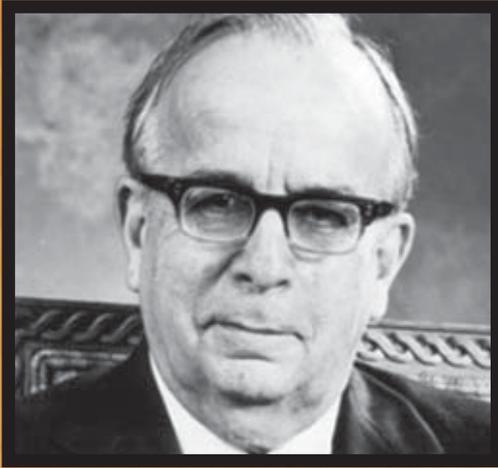
chos fortachones que impedían cualquier disidencia, pues utilizaban la fuerza física y la amenaza como fórmulas de permanencia en su poder espurio. Entre esos jóvenes había estudiantes genuinos que defendían lo que creían justo, pero también había porros contratados en diferentes sectores agresivos de la sociedad, como grupos de lucha libre, obreros o gente sin empleo, a quienes se les ofrecían recursos y actuaban como personal de choque.

También en esas circunstancias y en muchas reuniones posteriores, aparecían armas de fuego en las diferentes juntas que tuve para apaciguar los ánimos y en todas ellas tenía yo el manto protector que seguramente Echeverría me había otorgado, pues la Secretaría de Gobernación, a través de su delegado, el señor Condell, siempre me informaba cuando estaba yo en un riesgo personal inminente.

Mi chofer, que había heredado de Lorenzo de Anda, era militar y, según decían, tenía experiencia, pero nunca le autoricé el uso de arma de fuego, pues, como médico, había sido yo testigo de los múltiples accidentes que existen cuando hay una pistola o un rifle en manos de alguien que, al calor de cualquier agresión o en forma accidental, puede disparar, sacrificando gente inocente, y como eso no lo podía permitir, mis primeros pronunciamientos fueron para erradicar y prohibir las armas de fuego en la universidad.

Lo anterior lo logré dentro de las aulas, con nuestros estudiantes, en pocos meses, pues armé a un grupo de vigilantes sólo con cámaras fotográficas, con la indicación de que, ante cualquier incidente, tomaran fotografías donde quedaran impresas las caras de los participantes y cuyas imágenes mostrábamos en el Consejo Universitario para, una vez probado, cesar a los jóvenes que participaran en hechos violentos. Ésa fue una medida que atenuó internamente los pleitos y me permitió recuperar la paz física; sin embargo, fuera de la universidad, la Liga 23 de Septiembre, con estudiantes egresados de la universidad, continuaba activa. La tragedia de la confusión estudiantil por el ideario de 1968 había conducido a muchos jóvenes a la violencia, con el fin de iniciar una revolución, con el ejemplo de Cuba o de China y la asesoría del Partido Comunista nacional.

El 17 de septiembre de 1973, fue asesinado el gran empresario nuevoleonés Eugenio Garza Sada, fundador del Instituto Tecnológico de Monterrey y además un ejemplar visionario de la seguridad social, pues la organización llamada Cuauhtémoc y Famosa fue precursora de una relación laboral y empresarial en donde se cuidaba al trabajador y se le aportaban recursos para



Don Eugenio Garza Sada
Destacado empresario regiomontano y
Fundador del Instituto Tecnológico de
Estudios Superiores de Monterrey.

logía, a quien confundieron con el director, sufrió una herida en sedal en el cráneo, salvándose milagrosamente.

El gobierno, mientras tanto, se enfrentaba al conflicto de la violencia, aunada a una actitud empresarial muy crítica. Así, Pedro Zorrilla tuvo que refugiarse en la fuerza de la CTM, para poder instrumentar algunas fórmulas de gobernar, ya que con la situación existente, se incrementaban sus propios riesgos de permanencia institucional y legal, por la presencia de grupos de estudiantes de Tierra y Libertad, que se habían apoderado de predios de manera ilegal y que formaban un poder alterno que no respetaba ley alguna, ya que tenían su propio instrumento interno de gobierno.

Como se puede observar, todas esas aristas tenían como centro a la universidad, y esa situación parecía la de un pulpo con múltiples brazos, pero cuyo centro siempre era recogido por la sangre y el oxígeno vital que la universidad le proporcionaba, con sus crisis internas, para el desarrollo de sus actitudes antisociales.

Roberto, Amador y yo, más Alfredo Piñeyro, que se nos incorporó después, siempre con su forma muy personal de ser, hicimos una serie de reuniones, respetándonos nuestra individualidad, y concretamos un plan de trabajo que permitió a la llamada “Bata Blanca” la formulación de una serie

despensa, salud, vivienda y una jubilación digna. Este prohombre murió porque trató de defenderse y fue asesinado cerca de la Cervecería Cuauhtémoc, por un grupo en el que participaron estudiantes de nuestra universidad; algunos murieron posteriormente y otros fueron perdonados por la amnistía que concedió el presidente López Portillo.

También murieron en esas circunstancias, un bibliotecario de la Facultad de Economía y un denominado policía estudiantil apodado “El Perro”. Posteriormente, el secretario de la Facultad de Psico-

de estrategias y reuniones relámpago, para tomar decisiones rápidas, pues los problemas de la universidad se reiteraban cotidianamente y, para combatirlos, teníamos que pensar, vectorizar inteligencias y luego producir una sinergia de actitudes individuales, pero sacrificando nuestro egocentrismo y convencidos plenamente de lo que yo había siempre insistido en practicar: una política fisiológica; es decir, funcional, basada en el realismo, en la negociación y en la concertación de ideas comunes.

Con esta fórmula, tuvimos que negociar, y así nombré, por presión del Partido Comunista, a un miembro académico de ese partido, Juan Ángel, en la coordinación de preparatorias, y por presión de Jorge Urencio y de Neftalí, director de la Facultad de Derecho, a Jesús Lozano como secretario general, y posteriormente, a Jaime Elizondo, como jefe del jurídico, aunque mi compañero de luchas y amigo, Francisco González Salazar, ocupó esa posición durante el tiempo inicial.

Negociamos entonces todo y con todos, y cambiamos la política de la lucha por la del diálogo; la de los desencuentros por la de los encuentros amistosos; la de la hipótesis de escuchar a los de afuera, por la de no sólo escuchar a los de afuera, sino también a los de adentro; todo en el marco de un enorme respeto, increíble, pero cierto, del doctor Pedro Zorrilla, gobernador, quien así destiló su calidad universitaria, a veces aceptando de hecho algunas decisiones nuestras, que traspasaron el área de influencia universitaria y se insertaron en los temas políticos o sociales, como fue el caso de Tierra y Libertad, o en nuestra necesidad de buscar recursos en la federación. Todas nuestras buenas y malas acciones fueron respetadas por el gran gobernante, quien también tenía su propia guerra, difícil, en contra del sector empresarial de Nuevo León.

Tierra y libertad. Una lucha social

Un día soleado, y en el marco de un intenso calor, preparaba yo mis papeles para salir de la Torre de la Rectoría, cuando recibí una llamada personal del presidente de la república, licenciado Luis Echeverría Álvarez, quien, con su natural mesura en la voz, pero contundencia de tono, me saludó con afecto y me dijo lo siguiente: “señor rector, lo saludo con afecto, y, conocedor de su sensibilidad social, le pido que tienda un puente de comunicación con los líderes de ese predio llamado Tierra y Libertad, porque esos muchachos están aislados y están creando un gobierno dentro de otro

gobierno, lo cual no podemos permitir, ya que son innumerables sus violaciones a la ley. Yo sé que algunos de ellos son de la universidad y que usted no tendrá problemas para establecer contacto y ayudarlos para que puedan regresar a los cauces del diálogo, y así podamos evitar cualquier confrontación con ese grupo de tendencia revolucionaria, pero con objetivos de incautación urbana, que han sido muy mal vistos por la comunidad de su Estado y también por nosotros”.

De inmediato le repliqué como a él le gustaba que le contestaran, con premura y soluciones en la respuesta: “Por supuesto, señor presidente. Mañana estableceré contacto con Alberto Anaya y Héctor Camero; este último fue alumno mío, y creo que podré convencerlos de lo que usted me indica”. Él replicó: “Cuento con usted, señor rector, y manténgame informado”.

Esa noche no dormí bien, porque si bien conocía a Camero, a Staines y a otro médico de apellido González, no había realmente tratado a Alberto Anaya, quien era el líder de ese movimiento de “revolución urbana” -llamémosle así-, en el cual estos jóvenes, recogiendo las enseñanzas de Mao Zedong, estaban robándose terrenos y, en forma de “paracaidistas”, que así se les llamaba, ocupaban predios urbanos desocupados, bajo la consigna de que la tierra no podía tener sólo un efecto individual dentro de la propiedad privada. Al contrario, dado que no eran utilizados, ellos decían que deberían tener una utilidad social, y como los miles de inmigrantes de otros estados o habitantes de la entidad que vivían en pequeños cuartuchos, eran explotados por terratenientes o inescrupulosos intermediarios de los dueños de la mayor parte de los terrenos suburbanos, según su ideario y su proyecto político, tenían el derecho a la justicia social, al margen de la norma jurídica y, recordando a Flores Magón, decían: “¿Qué me importa estar en contra de la ley, si estoy a favor de la justicia?”

Todo lo anterior sonaba muy bonito y, por supuesto muy justo, pero había producido una enorme preocupación, no sólo entre los empresarios, sino en la mayor parte de la clase media de Monterrey, que tenían miedo de que estos miles de jóvenes y adultos, con esas excusas, pudieran arrebatarles sus casas y, en fin, terminar con una de las bases fundamentales del Estado mexicano y mundial, que es el de la propiedad privada.

Conocía yo a un oftalmólogo prestigiado, el doctor Chayet, con quien había trabajado Héctor Camero, y por medio de él logré contactar tanto a éste como a Alberto Anaya e iniciar pláticas para mostrarles nuestro interés



Con Alberto Anaya, luchador social
y uno de los líderes del movimiento Tierra y Libertad.

como universidad en apoyarlos y ayudarlos, dado que muchos de ellos eran alumnos o egresados y que nosotros teníamos el deseo y las sugerencias gubernamentales para tender un diálogo y apoyarles en los aspectos básicos de su vida cotidiana. De esa manera logré ingresar al predio, que está en el norte de la ciudad de Monterrey, al cual nunca había entrado ningún funcionario público, pues a pesar de que Ricardo Canavati, con quien después me unió una gran amistad, dirigía Fomerrey, estos luchadores sociales no habían permitido que esa institución ingresara y resolviera sus problemas.

Con el discurso de justicia social, pero pacífica, pude convencerlos de que me invitaran, y así visité la colonia, observé la pobreza de sus viviendas; cómo estaban colgados de los servicios públicos en forma ilegal, y la falta de educación, salud y de oportunidades de empleo que pretendían esos jóvenes dentro de un movimiento que se había iniciado en Chihuahua y Aguascalientes, pero que estaba salpicando diferentes partes del país. Ellos demandaban sus aparentes derechos sociales naturales, pero generaban inquietud y temor a la violencia, ya que sus líderes habían sido partícipes del movimiento del 68, y se habían refugiado en la revolución urbana, en lugar de ingresar a la revolución armada que en esa época preconizó la Liga 23 de Septiembre. Mi primera oferta fue entonces, la de construir una clínica o centro de salud universitario para resolver los problemas básicos inherentes a la salud pública de esas áreas; posteriormente, conocí la pequeña casa de Alberto Anaya, que medía aproximadamente 25 metros, y tenía una biblioteca con libros marxistas y maoístas, pero con una modesta cama, en la cual vivía con su esposa

Guadalupe; realmente convencían con su actitud y aparente honestidad y autenticidad de principios.

Yo, tocado en mis fibras emocionales, y al margen de cualquier ideología, pero dándome cuenta de la injusticia hecha realidad en el hacinamiento de estos mexicanos sin acceso a la salud, educación, vivienda, empleo, realmente me sentí contagiado de su ambición social, y rápidamente inicié los trabajos de construcción de un centro de salud, de una escuela y posteriormente de una maquiladora de uniformes, con equipo que me otorgó Alberto Santos, en aquella época presidente de la COPARMEX. Además, con el apoyo del ingeniero Jorge Arrambide y del actual director de FEMSA, José Antonio Fernández Carbajal, conocido como El Diablo, se establecieron una serie de microempresas para darles autotrabajo, dejando que las ganancias las distribuyeran en su fórmula socialista, las que en un par de años perdieron su efectividad, porque a nadie le gustaba que, mientras unos trabajaban para producir, otros sólo recibían, sin participar en el proceso laboral.

Ese proyecto universitario fue generando cierto grado de estabilidad en ese predio, que se rompió cuando, en un momento de crisis circunstancial, un grupo de policías, que habían sido agredidos con piedras por los habitantes de ese lugar, reaccionaron con violencia y mataron a siete personas, con el consiguiente problema de que la reacción de Alberto Anaya y de su gente fue la de asociarse con los estudiantes de la universidad, que apenas estaban desarrollando sus clases de forma normal y con los cuales se manifestaron en el Colegio Civil, para exigir justicia.

Pero eso no quedó ahí, sino que los cuerpos de los muertos fueron velados dentro del Aula Magna del Colegio Civil, con el soporte de los alumnos de las preparatorias 1 y 3, que estaban establecidas en ese edificio. El movimiento cundió rápidamente a través de rumores, y los jóvenes llamaron a una manifestación en contra de la policía y del gobierno de Pedro Zorrilla. Yo, ni tardo ni perezoso, pensé inmediatamente en el ejemplo del rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, en el movimiento del 68, en el que él había encabezado la manifestación en contra de la policía, encauzando así las inquietudes estudiantiles.

Con esa idea en mente, le hablé por teléfono al gobernador, quien era difícil de localizar a ciertas horas de la tarde; en fin, ya iniciada la noche, le informé que al día siguiente iba a aparecer un desplegado mío en plana completa, apoyando a los estudiantes y exigiendo que se hiciera justicia y

se juzgara a los policías responsables del hecho. “Pedro, -le dije- yo sé que esto te puede molestar, pero creo que es la única fórmula para evitar que este movimiento se extienda y nos vaya a causar muchos más conflictos por despertar las inquietudes de mis estudiantes, que actualmente están estables y trabajando con normalidad”. Con una voz que no denotaba mucha satisfacción, pero reconociendo que era una maniobra estratégica adecuada, me dijo: “bueno, Luis, ni modo, adelante. Yo, por mi parte, tomaré medidas para citar a los líderes y convencerlos de que la ley y la justicia protegerán su integridad física y además castigaremos a los culpables”.

Al día siguiente apareció el desplegado, que sirvió de bálsamo para atenuar los aspectos agresivos, lo que me permitió hablar con los líderes para convencerlos de dialogar con el gobernador y de no incitar a los alumnos a la toma de camiones, pintas o manifestaciones tumultuarias, que había sido la costumbre previa a mi llegada a la Rectoría. Mi buena fe, demostrada en el apoyo que les había dado, fue útil para favorecer esa conciliación de intereses y evitar la polarización de este fenómeno violento y represivo; pero, al margen de que en eso ellos tenían razón, la comunidad regiomontana, los empresarios y los medios de comunicación iniciaron una campaña permanente en defensa de la propiedad privada, y queriendo obligar al gobernador a tomar medidas más agresivas, todo esto exacerbado por los ánimos previos en contra de Pedro Zorrilla, generados después de la muerte de don Eugenio Garza Sada, pues en México se acusaba a Echeverría de ser cómplice del movimiento revolucionario, y a Pedro Zorrilla de ser un emisario del presidente, que, apoyado por la CTM, quería debilitar el tejido social de Nuevo León.

Yo, por metiche y por tratar de arreglar las cosas, empecé a recibir una serie de ataques periodísticos, agresivos y reiterados, todo lo cual se agravó después de una entrevista que le concedí a un periodista de televisión, Juan Ruiz Healy. En aquella época, éste trabajaba en la CBS en Estados Unidos, y me había entrevistado, por el apoyo de la universidad a Tierra y Libertad. Durante esa entrevista aprendí una dura lección, que no he olvidado, ya que en la misma mencioné, haciendo una comparación, que así como la tierra es de quien la trabaja, que había sido una de las consignas de Emiliano Zapata, la casa debía ser de quien la habitara, sin menoscabo de que la propiedad privada es un derecho y que la gente tiene derecho a tener casas alternas o de renta.

Y todo esto sonó muy ecléctico, pero el periodista editó mi comentario y sólo consignó la primera parte. Como el programa de televisión se difundió

tanto en Estados Unidos como en nuestro país y por consiguiente en el Estado, pronto empecé a recibir críticas periodísticas por mi participación, que se emitían sin que sus autores conocieran el diálogo completo y mi opinión real. Todo este proceso culminó con una caricatura en el periódico *El Norte*, en la que aparezo vestido de guerrillero, con charreteras, fusil, sombrero y bigotes superimpuestos al estilo de Emiliano Zapata, con la leyenda: “Luis, ¿te crees Emily Todd?” Con lo anterior, se pretendía caricaturizarme en comparación con el gran caudillo del sur.

La caricatura, firmada por Palacios, generó una gran conmoción, y Pedro Zorrilla me habló por teléfono, y con voz nerviosa me dijo: “Luis, estás arriesgando mucho tu posición; creo que debes rectificar, porque en realidad ya los empresarios te quieren tumbar, porque creen que eres parte del grupo de Tierra y Libertad, al que ellos le tienen pavor”. Meditando por la noche esas palabras, seguí mi instinto político y mi convicción de que los problemas se arreglan enfrentándolos, y que el mejor diálogo es aquel en el que uno puede mirar a los ojos al interlocutor y no el que se celebra a través del litigio periodístico o interpretaciones subjetivas. Con esto en mente, a la mañana siguiente hablé con Alberto Santos y le pedí que me consiguiera una audiencia con los principales empresarios de Monterrey, que en aquel tiempo se les denominaban el Grupo de los 10, cuya nominación continúa vigente, aunque ya no exista el nacionalismo empresarial de esa época.

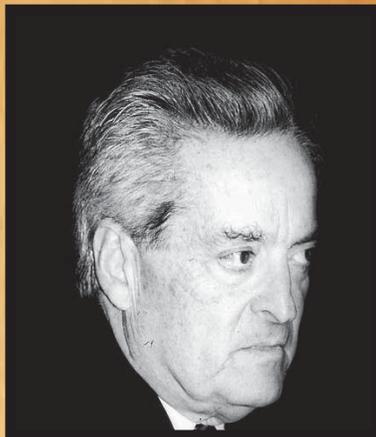
Beto, quien tiene una gran sensibilidad social y es un hombre que respeta la amistad, me consiguió y gestionó que la entrevista se celebrara en las oficinas de Bernardo Garza Sada, en Hylsa, a la cual asistieron: Jorge L. Garza, Octavio Rocha, Eugenio Garza Lagüera, Adrián Sada, Humberto Lobo, el ingeniero Ramírez y algunos otros que escapan a mi memoria. El evento se organizó como una cena, y al calor de exquisitas copas de vino tinto y un ambiente muy elegante, que en aquella época se respiraba en esa empresa, tuve que hacer un exordio de lo más convincente, para señalar que mis intenciones eran de diálogo, de concertación y de acercamiento de esos grupos radicales a la ley, y que les pedía su ayuda y protección en la prensa para poder fortalecer mi presencia y así ser capaz de mediar en ese tipo de problemas. Les aseguré que mi formación no era marxista y que tenía inculcados valores tradicionales regiomontanos, que fortalecían mi ideario personal, y así obtuve una excelente reacción.

Bernardo Garza Sada fue la pieza fundamental para lograr este apoyo y una vinculación empresarial posterior con la universidad; Jorge L. Garza,

a quien después me unió una gran amistad, fue muy frontal, y me señaló que debería yo aclarar públicamente las cosas, meter a los jóvenes al orden y subir las cuotas de la universidad. Con gran diplomacia, le repliqué que ese último tema era intocable, ya que un rector podía hacer muchas cosas en beneficio de la universidad, pero si subía las cuotas, sólo sería recordado y expulsado por lo anterior, porque había una costumbre emanada de la UNAM, plasmada en el Artículo Tercero Constitucional, de que la educación debe ser gratuita y laica.

Aprovechando esa discusión y para neutralizar lo anterior, les reclamé a los empresarios el por qué en muchas publicaciones periodísticas y ofertas de trabajo, ellos tenían el descaro de decir que no querían alumnos egresados de la universidad y que sólo aceptaban del Tecnológico de Monterrey. Todo lo anterior lo rubriqué diciendo que muchos de ellos habían sido alumnos de la universidad, que la mayor parte de sus funcionarios y ejecutivos eran egresados de nuestras facultades de ingeniería, química o mecánica, y que los médicos que los curaban a ellos y a sus hijos eran también de la universidad. Con esos argumentos, terminé con ese absurdo; los convencí de darme su apoyo y los invité y paseé, para que conocieran desde adentro la esencia de nuestra máxima casa de estudios. El futuro fue muy favorable y se organizaron reuniones periódicas, en las que yo tomaba la opinión de los empresarios y solicitaba su ayuda: El eje fundamental de este proceso fue Alberto Santos y el personaje que comprendió mis esfuerzos fue Bernardo Garza Sada. De ellos y de Jorge L. Garza tengo imborrables recuerdos.

Ya estabilizada la situación, Beto Anaya me pidió que algunos de sus compañeros fueran profesores de la naciente escuela de salud pública que yo había fundado en las aulas anexas a medicina, para evitar que el maestro Ugartechea se comiera la salud pública y excluyera a enfermería y a odontología. Acepté la solicitud de Alberto, pero le dije con claridad que si hacían política interna en la universidad, los cesaría de inmediato. La luna de miel duró sólo cuatro meses, porque tanto Camero como Staines y otros más no aguantaron su instinto de pelea y empezaron a desarrollar actividades de



Bernardo Garza Sada, pieza fundamental para lograr el apoyo al proyecto Tierra y Libertad, y más adelante la vinculación empresarial con la universidad.

proselitismo socialista, por lo que, enterado de esa situación, simplemente los cesé y le avisé a Alberto Anaya que como ellos no habían cumplido su compromiso, yo no cumplía el mío.

Beto, enfurecido, trató de contestar ese golpe, que para él había sido bajo, pero que para mí era totalmente olímpico, y empezó a tratar de generar inquietudes en la universidad. Sin embargo, para ese entonces yo tenía mucha fortaleza política interior; la universidad estaba estable; los presupuestos habían subido mil por ciento; se estaban construyendo a gran velocidad cien mil metros cuadrados; habíamos creado nuevas facultades, trece escuelas preparatorias, el Instituto de Ingeniería Civil, y habíamos ganado campeonatos con los Tigres de fútbol soccer y de fútbol americano. Además, el Consejo Universitario me había ratificado su confianza, con sólo seis abstenciones y el gobierno federal me daba, a través del licenciado Reyes Heróles, su apoyo; las conquistas laborales se habían respetado e incrementado, y así, Beto no tuvo más que apechugar, retirarse de la pelea y dedicarse a lo suyo, que era la lucha social por el derecho de sus miembros a tener una propiedad digna.

Beto Anaya es un personaje muy interesante en el mundo político actual; sus inicios verdaderamente revolucionarios y auténticos me inspiraron el máximo respeto; el hecho de vivir en una pequeña casa-habitación y de preocuparse genuinamente por sus agremiados, le daba un liderazgo moral de gran fortaleza e inspiraba respeto; en síntesis, era un luchador social. Esa actitud continuó durante el régimen de Martínez Domínguez, y don Alfonso hasta lo quería mandar golpear, cosa que yo impedí, y lo instaló en la cárcel durante un tiempo; pero el viejo zorro en el fondo lo respetaba y le daba salidas alternas para que los “soldados”, que eran más de 15 mil incondicionales que tenía, no salieran a la calle en forma violenta, sino sólo a protestar en forma pacífica. Sin embargo, las circunstancias cambian y las personas también, y Beto no fue la excepción, pues sufrió la tendencia natural concéntrica de orden costumbrista de evitar desviaciones radicales y así el sistema lo fue absorbiendo y quitándole su autenticidad.

La resultante de esta vida interesante de Alberto Anaya fue que rompió con sus socios Camero y Staines, que sí conservaron su tozudez social; se adaptó a las relaciones políticas convencionales; estableció una fuerte amistad con Ricardo Canavati, quien lo ayudó e incluyó en el ritual político normal, y después, en la época de Salinas, con ayuda de Raúl, que había sido su compañero de estudios, formó el Partido del Trabajo, mismo que me ofreció

más tarde una candidatura ciudadana que acepté. Después, contrariamente a su ideario original, simplemente convirtió al PT en un partido que especula y se adhiere al mejor postor que le ofrece apoyos o posiciones gubernamentales estratégicas; desgraciadamente, Beto se convirtió en un mercader político, hecho que no es prerrogativa de él, sino de muchos partidos que en la actualidad, con la excusa de las alianzas electorales, brincan de un lado a otro y reciben jugosas participaciones del Instituto Federal Electoral, que le han dado una vida burguesa y recursos que le permiten un futuro promisorio para sus hijos, pero que terminaron con su ideario y su proyecto original.



Con Ricardo Canavati,
con quien me une una gran amistad.

Actualmente, Beto y su esposa Lupita, siguiendo el ejemplo de Cuba, han implementado, con grandes recursos, centros infantiles de educación, que tienen mucho éxito, porque son de tiempo completo, ya que, dada su fuerza política, los gobiernos les otorgan más recursos por alumno que los que les otorgan a las escuelas convencionales. Actualmente, acaban de abrir una universidad que sale de las raíces de una preparatoria, con la cual yo le ayudé, y está contento, porque tanto él como Lupita, sus familiares y amigos cercanos, conservan cierta presencia política, tienen recursos financieros, y ahora le están apostando todo a un candidato muy desgastado, con un discurso honesto, pero con tendencias mesiánicas, que es López Obrador.

Ahora, cuando veo a Beto, lo abrazo con afecto, porque pienso en aquel Beto Anaya romántico, inspirado en la justicia social, que con el ejemplo demostraba su austeridad y honestidad, y a ése es al que abrazo con cariño, no al que la costumbre y la cultura circundante han transformado en la actualidad.

Y llegó Elvira

Salía yo del Centro de Especialidades Médicas, ubicado en la avenida Madero, enfrente de la Facultad de Medicina, cuando en lugar de dirigirme al estacionamiento, donde me esperaba mi chofer, Armando Saldaña, sentí un malestar en la boca, y como nunca me ha gustado tener mal aliento, giré hacia la izquierda, rumbo a la Farmacia Benavides, que estaba instalada como vecina nuestra, en el edificio original del CEM. Nunca lo hubiera hecho o ¡qué bueno que lo hice! Ahí me encontré casualmente a una jovencita que vestía unos jeans tipo short y una camisa de color rosado; de cara muy bella, sin maquillaje; de cabello largo color castaño, que flotaba en el aire y que resistía los embates de un viento dominante, que hacía presuponer una inminente lluvia.

Salía yo ya con mis chicles en la mano, cuando ella me abordó, pues casi nos topamos en la puerta exterior, y me lanzó a bocajarro una pregunta que me detuvo en mi prisa normal y me hizo girar la cabeza. Al observar esa bella figura, me detuve, con mi instinto admirador de la estética femenina, y la escuché. “Oiga, -me dijo- ¿usted es el señor rector?” Yo le sonreí y le dije: “quíteme lo de señor, sólo soy el rector”. Ella replicó de inmediato, con ojos vivaces e interesados: “¿Podría usted ayudarme a conseguir una beca para mi novio?” “¿Quién es ese zángano que no se atreve a pedirla él mismo?”, le contesté. Ella sonrió y me dijo: “es que es estudiante de arquitectura y quiere una beca para Europa”. Yo le repliqué: “¿Y a dónde quiere ir?” Ella, ingenuamente, dijo: “Pues no sabe todavía”. Entonces, decepcionado porque esa muñeca tenía novio, quise no hacerle caso; pero como ella insistió, le dije: “hábleme por teléfono a la Rectoría y haga una cita para el mantenido de su novio”. Rápidamente le di el teléfono de mi secretaria Esperanza y me alejé rumbo al carro que ya me esperaba para llevarme a una cita nocturna que tenía con un grupo de estudiantes en un restaurante de cabrito ubicado en Simón Bolívar y Calzada Madero.

Me olvidé del incidente, hasta que tres días después, mi secretaria “Perita”, como le decíamos, me dijo: “doctor, hay una muchacha que le ha estado llame y llame y llame”. ¿Y quién es? Le pregunté. Ella contestó: “Dice que lo conoció en la Benavides y que le pidió una beca para su novio, ¿Qué le contesto?”, “Pues no sé, no tengo tiempo ahorita, pero recuérdemelo en los siguientes días”, le indiqué. Por supuesto, yo pensaba que esa joven era muy bonita y que valía la pena volver a verla, aunque tuviera que cargar con el dichoso novio, que quería una beca sin saber a dónde ir.

Como el trabajo en la Rectoría en esa época era muy complicado, y cada hora había un tema distinto y un problema difícil de resolver, me olvidé del tema, y una semana después, Perita volvió a decirme: “doctor, ya no aguanto a esa muchacha que se llama Elvira y que ha hablado como 50 veces, pues insiste en que usted le dijo que sí la iba a recibir o al menos a tomarle la llamada por teléfono”. “Bueno, cuando vuelva a hablar, me la pasa por teléfono”.

Y así fue, dos días después cometí uno de los mayores errores o de los mejores aciertos de mi vida; le contesté el teléfono, y ella, con su voz juvenil y en un tono agresivo, como sigue siendo hasta la fecha, me dijo: “Usted me prometió que me iba a recibir, y ahora me cumple”. Yo me reí y le dije que se presentara al medio día con Perita, y que si tenía tiempo la recibiría en los días siguientes.



Así era Elvira

Según supe, posteriormente estuvo yendo durante ocho días y permanecía mucho tiempo en la sala de espera, por lo que escuchaba todos los chismes y grillas de los estudiantes, los que después me comentó, pues cuando la recibí, lo primero que me dijo, fue: “rector, quiero decirle que he estado esperándolo afuera como una semana y quiero advertirle que el grupo de la Facultad de Derecho dice que va a organizar un movimiento y en Arquitectura quieren tumbar al director, porque es un arquitecto medio amanerado; además, observé que los de Agronomía van a querer tomar la Rectoría para que usted les construya una unidad”, y muchas cosas más que no recuerdo.

Yo, asombrado y perplejo, casi ni le puse atención al novio, a quien le di esperanzas y le dije que consiguiera un lugar adecuado y le daríamos el apoyo para una beca, lo que hice posteriormente, ofreciéndole una beca perdida de las múltiples que el presidente Echeverría me había otorgado para ir a

China. En síntesis, yo le ofrecí que se fuera a China, pero me quedé con su novia, que se convirtió en una esposa que me ha dado cuatro hijos maravillosos, sanos y hermosos, y me ha producido una vida semejante a la que tienen los alpinistas, llena de riesgos y de adrenalina, pero jamás del aburrimiento solemne del matrimonio complaciente o de la actitud de mandilonería que caracteriza la presencia dominante y poderosa de la mujer actual.

Posteriormente, Elvira me visitó, y ya con una coquetería muy incipiente, me pidió trabajo, porque, según ella, no estaba contenta como ayudante del jefe de Relaciones Públicas de la Fundidora, pues aunque se divertía mucho con el maestro Castellón, quien era toda una institución, creía que podía avanzar más en el área de comunicación, pues le gustaba el periodismo. De inmediato les hablé por teléfono a Jorge Pedraza y a Héctor González, mis colaboradores en esa área, y les dije que les iba a enviar a una joven inquieta que quería dejar un trabajo importante, además del que había tenido como secretaria en Alfa, empresa a la que había ingresado por recomendación de su tío, Jesús Lozano, tesorero de la misma y en la cual estaba muy bien ubicada. Sin embargo, quizá ella tuvo una visión de hechicera, y prefirió las dificultades penosas de un puesto en la universidad, a los lujos de la empresa Hylsa, que en aquella época se caracterizaba por el oropel, bellas secretarías y lujosos edificios, con gran cantidad de prestaciones, que había organizado el sultán de la empresa privada, como yo le llamaba, Diego Sada, y que, bajo el liderazgo de Bernardo Garza Sada, gran empresario, habían hecho de esa industria un ejemplo internacional.

Y cómo de la prensa nació el amor

Durante esa época, nuestro Departamento de Prensa estaba muy activo, y Jorge Pedraza, dada su experiencia, hacía muy buen trabajo, sobre todo fortalecido por Héctor González. Ambos habían sido discípulos del maestro Francisco Cerda, y tenían las relaciones suficientes en los periódicos para atemperar algunas de las noticias políticas universitarias en las que nosotros participábamos, porque, dado el hervor ideológico y el ambiente nacional, la musa coqueta y compleja de la política había invadido los recintos universitarios.

Con la ayuda de Jorge, y por iniciativa mía, para tratar de neutralizar algunos ataques, iniciamos un periódico que se editaba diariamente, por cinco días a la semana, *Universidad*, del cual editábamos 10 mil ejemplares, que se

distribuían en las escuelas y facultades y que permitía escribir no sólo de la universidad, sino de temas nacionales e internacionales.

Este medio de difusión causó mucho impacto en el Estado, por lo que los directivos del periódico *El Norte* se quejaron con el gobernador Zorrilla,

de que les estábamos invadiendo su espacio de comunicación, y que, dado que la universidad tenía un mercado cautivo, les estábamos haciendo competencia desleal, según ellos, y que aparte cobraba una cantidad mínima, pero les quitábamos oportunidades financieras.



Elvira, en entrevista con Alvin Toffler.

Como ese periódico, igual que muchos otros, siempre clama auxilio y llora simbólicamente cuando le afectan sus intereses financieros, el mismo utilizó su contundencia y agresividad, de la que había dado ejemplo en contra de Pedro Zorrilla, para presionarlo, haciendo que el gobernador nos traspasara esa presión a nosotros. Yo lo aguanté lo más que pude, pero ante la insistencia de Pedro, tuvimos que cerrar ese importante medio a los 10 meses de su apertura. Desde luego que continué con las actividades editoriales convencionales e históricas, como han sido *Vida Universitaria*, *Armas y Letras* y todo lo que habíamos heredado de la escuela de verano y de la época gloriosa de la cultura que proyectó Rangel Frías.

En ese departamento inscribí a Elvira, dada su experiencia previa con el maestro Castellón, en un periódico que editaba la Fundidora Monterrey, y también porque la oficina de difusión estaba ubicada en el 8º. piso, y así a mí no me costaba mucho esfuerzo salir por la puerta de atrás y enterarme qué estaba sucediendo ahí, además de gozar de la presencia física de Elvira, a la que un día encontré escribiendo en máquina a una velocidad impresionante, hecho discordante con lo que ella me había informado en su entrevista previa, porque cuando le pregunté si era buena secretaria, me dijo que no sabía

escribir, y después averigüé que lo había hecho porque quería trabajar sólo en el campo de la comunicación.

Con esa excusa, la asignamos para que me acompañara a todos los eventos en las escuelas, facultades o fuera de ellas, en las que me tocaba tomar la palabra y decir algún discurso sobre algún tema específico. Estos hechos me arrojaban a un entrenamiento plural en diferentes temas, lo que me permitió ir perfeccionando mi elocuencia y además aprendiendo mucho de conceptos y formas académicas distintas a mi génesis de médico; es decir, esta exposición incrementó mi cultura y aprendí rápidamente la gimnasia de la dialéctica y de la polémica, porque yo siempre estaba abierto a preguntas y discusiones, y los universitarios de esa época eran muy participativos y contestatarios, no como en la actualidad, que están bastante tranquilos.

Como Elvira me acompañaba y grababa todas mis discursos, fuimos comunicándonos a través de mis ideas y conceptos con una retórica emocional e intelectual que increíblemente contagiaba admiración, pues mientras ella me admiraba por mi forma de expresarme, yo acariciaba con mi vista su bella presencia, pues usualmente estaba sentada en la primera fila en los auditorios, y así me inspiraba para aumentar mi capacidad de persuasión y combinar aspectos mentales románticos que hacían explosión en mi mente, con el abordaje de las ideas que quería comunicar y transmitir a los asistentes, que comúnmente permanecían tranquilos y muy atentos.

En fin, la diaria convivencia fue aumentando el potencial crítico del amor compartido. Todo lo anterior sucedía posteriormente a mi época crítica de mi trabajo político y académico, mientras mis relaciones con Alicia, mi buena esposa, cada vez tenían menos dosis de comunicación y se abría más el abismo de separación entre dos caracteres totalmente distintos. Yo viajaba mucho y dormía frecuentemente fuera de la casa, y había logrado, como lo señalé previamente, crearme una gran incertidumbre y generar dudas sobre mi futuro emocional. Por todo lo anterior y dada mi inseguridad para tomar una decisión, mi relación con mi esposa había quedado exangüe, y con Rosita se había roto, por su viaje a la India a desarrollar su servicio social y posteriormente haber ingresado en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición.

Yo seguía viendo a mis hijos Gabriel y Mauricio, por quienes sentía un enorme peso de responsabilidad, pues estaba siempre atento a sus llamadas o a sus necesidades inmediatas. Estos hechos generaban una especie de torbellino mental, que me hundía a veces en una actitud ansiosa y depresiva,

por faltar la decisión correspondiente, que yo compensaba con algunas salidas nocturnas o encuentros con amigos o amigas junto con los que, al calor del alcohol, olvidaba mis aparentes penas y sinsabores de esa indecisión.

Elvira se convirtió, posteriormente, en una balsa de salvación, porque me mostró una personalidad distinta, auténtica, generosa, joven y, aunque con problemática existencial familiar, había una dosis de belleza espiritual o de sencillez y de entrega que fueron minando todas mis resistencias emocionales a establecer un compromiso. Por supuesto que ella se dio cuenta, y conocedora de toda esta problemática, aguantó con paciencia y cierto grado de estoicidad mis actitudes caprichosas y disímbolas, así como mis temores a cualquier compromiso permanente. Sin embargo, probablemente herida en su amor propio o cansada de estar en medio de una situación incierta, un día me manifestó su intención de ir a trabajar a la Ciudad de México, donde su tío Jesús Lozano, hermano de su papá, tenía una posición importante en el grupo Televisa, y ella había manifestado interés en continuar sus actividades como locutora, que había iniciado en el Canal 3 en forma amateur, leyendo noticias, pero que le había dado cierto grado de experiencia para continuar con ese enfoque profesional.

Un día, mientras cenábamos en el hotel Ancira, viejo e histórico edificio de Monterrey en el que estuvo Francisco Villa, y que conserva todavía los aires románticos de la posrevolución y es historia vívida de los viajeros importantes de principios del siglo XX, ella me manifestó su deseo de irse; y es que, como yo no tomaba ninguna determina-



Nuestro casamiento.

ción, y ella tenía esa oportunidad, me lanzó ese provocativo ultimátum, al cual yo reaccioné instintivamente y caí en sus redes. Si lo anterior fue o no planeado, no lo sé, pero ante el miedo de perder a alguien que consideraba valiosa, simplemente no le permití irse, y le prometí firmemente el casa-

miento lo más inmediato posible. Ella aceptó, y creo que jugó un auténtico póker ganado, pues mi personalidad no permite fácilmente que me abandonen, quizá porque me recuerda el tema de mi padre, y aunque la anterior consideración siempre me había permitido a mí abandonar a los demás, lo cual hacía con cierto grado de eficiencia, esa fórmula de presionarme indirecta fue muy útil, y ahí tome la gran decisión.

Desde luego que no me arrepiento de haberlo hecho, porque gozo a la fecha de cuatro hijos maravillosos, sanos, inteligentes, todos distintos, y cada uno de ellos conserva un sabor representativo de mi personalidad; además, sirvieron para extender mi proyecto de vida, darme una responsabilidad comprometida y una razón propia del existir, porque mientras el amor del casamiento se convierte gradualmente en compañerismo, cuyas ataduras son menores, el amor a los hijos, que yo señalo, es el amor a uno mismo, porque es la inmortalidad hecha otra persona; es un nexo más profundo y es un lazo más apretado, porque además alimenta nuestro propio deseo de trascender, y al amar sin interés, se recibe la satisfacción de dar, al margen de recibir o de ser amado.

Las amenazas de la Liga 23 de Septiembre

La situación en la universidad era difícil, y mi imagen personal empezó a adquirir una percepción desfavorable ante los empresarios, que en sus boletines internos mencionaban mi tendencia a la frivolidad amorosa, y mis relaciones con Rosita. También hacían el análisis de mi nuevo amor, que había nacido en la universidad. Todo eso no era bien visto en aquella época por los fariseos, que aunque tenían sus salidas laterales, practicaban una doble moral, pues la sociedad regiomontana juzgaba hacia afuera a los que consideraba que estaban siendo pecadores o lastimando las tradiciones, pero veían sólo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio.

Como resultado de esa situación, traté de ser más discreto y prudente, lo cual no fue fácil, porque cuando Elvira me anunció que iba a nacer un bebé, y aunque ya estábamos legalmente comprometidos, yo, para evitar la presión social y ante las amenazas de la Liga 23 de Septiembre, le pedí que se fuera a vivir a Saltillo, en donde, en una pequeña colonia, pasó su primer embarazo, acompañada de su hermana Marta, de un perro doberman, muy leal y hermoso, y de una asistente doméstica, que le ayudaba en las labores de la casa.

Para evitar que mi hija naciera en Saltillo, y no queriendo que en Monterrey se esparciera la noticia, tomamos nuestros bártulos y nos fuimos a la Ciudad de México, en donde Elvira pasó sus últimos días de embarazo, en un departamento que no usaba el embajador Roque González Salazar, por encontrarse fuera del país y que nos había conseguido mi buen amigo Francisco González Salazar, hermano del embajador emérito. El departamento estaba ubicado en Coyoacán, por lo que nos permitía cierto grado de discreción, y se me facilitaba tomar el avión cada fin de semana, para ir a visitar a Elvira, aprovechando que la universidad tenía en México una representación que dirigía el licenciado Mier Ayala, con el apoyo de Lourdes Grajales, afa-ble asistente, que tuvo una especial dosis de entrega hacia mi trabajo, y con quien establecí una excelente amistad.

En ese ambiente de inútil secrecía, nació Lucía, en el Hospital de Maternidad Número 1, ubicado cerca del Viaducto, y en el que atendía los partos un ex compañero mío de escuela, el doctor Santos, discípulo predilecto de un famoso ginecólogo, Castelazo, y quien, con gran eficacia y técnica instrumental, había ganado prestigio y excelencia en esa rama de la medicina. Ese hombre, simpático y amable, me informó de inmediato que la niña venía con el cordón umbilical alrededor del cuello, y que, para evitar posibles complicaciones, había indicado una cesárea, la que se le practicó a Elvira el 23 de mayo de 1976. Así nació una linda bebé que pesó tres kilos 200 gramos y a quien le pusimos el nombre de Lucía, que significa luz, en honor de mi ópera preferida, que es la *Lucía*, de Donizeti y que canta con perfección la gran soprano australiana Joan Sutherland.

Para evitar informaciones y escándalo periodístico en Monterrey, se nos ocurrió que en la pulsera nominativa de la niña, en lugar de ponerle el apellido Todd, se le pusiera el apellido Torres y como conservamos una foto de esa época, mi hija Lucía, ahora ya adulta, bella y creativa, se mofa de nosotros por ese hecho, ya que se autonombra Lucía Torres. En fin, todo eso fue producto de esa sociedad hipócrita que nos obligaba a esconder no sólo nuestras realidades, sino algo muy hermoso de nuestras propias vidas.

Mis hijos: la inmortalidad

Siempre he manifestado, en serio y/o en broma, conforme a la última tesis de Milán Kundera, que la broma es un instrumento de comunicación y forma parte de la risoterapia que se requiere en el mundo actualmente; que el amor

a los hijos es el más egocéntrico sentimiento del fenómeno humano, porque amar a los hijos es amarse a uno mismo, ya que los cromosomas y nuestro ADN se transmiten y perpetúan la especie y la señal genética, pues como se ha señalado recientemente, los embriones sueñan y recuerdan vivencias de sus padres; por lo tanto, la inmortalidad o perpetuación del cromosoma o ADN familiar lleva implícita la percepción anímica y genética de no morir.

Obviamente, a mí, que fui hijo único, dada la naturaleza de mis frustraciones, mis resentimientos infantiles y las culpas correspondientes por mis errores personales, me otorgaban una calificación de buen padre, con el consabido defecto proteccionista, y por supuesto, con la tutela preocupante y auspiciado por el deseo de controlar la vida de mis descendientes. Sin embargo, en términos vernáculos, la verdad es que sí he tratado de ser un buen padre, quizá lejano a veces o descuidado en otras ocasiones, pero siempre preocupado por el devenir existencial de mis hijos; de ahí que esos sentimientos forman parte de mi verdadera anatomía psicológica y requieren una explicación pormenorizada.

Gabriel, quien nació en Washington, D. C., el 26 de diciembre de 1963, me produjo una percepción de responsabilidad inaudita, porque durante muchos años, Alicia, mi primera esposa, había manifestado temor a los embarazos y cierto grado de incertidumbre para desear la llegada de un bebé que acompañara y cristalizara nuestro vínculo personal y consolidara una visión familiar; por lo que, cuando ella voluntariamente decidió embarazarse, y sabiendo lo difícil que esa decisión había sido, en medio de la tormenta de su propia problemática infantil, percibí de inmediato una gran responsabilidad, que me ha acompañado siempre en el tratamiento de mis otros descendientes, y me ha generado sentimientos de culpa cuando siento que no estoy cumpliendo con esa hiper-responsabilidad que yo mismo me eché a costas. Desde su llegada a este inhóspito ambiente que el mundo representa, Gabriel, como lo he señalado en otras partes de este libro, fue un varón fuerte y muy sano, que tuvo una evolución infantil tranquila y sin problemas serios, aunque, como es normal, sufrió algunas enfermedades propias de la niñez, que me hacían sentir ansiedad y temor, producto de mi hipocondría natural, ejemplificada en el ejercicio de la práctica médica.

Gabriel, ya lo he mencionado, nació para ser deportista, y desde los primeros ensayos en sus partidos en fútbol soccer y posteriormente en tenis, demostró una actitud triunfadora y una disciplina muy firme, con tendencia a obedecer las órdenes de sus superiores y una excelsa convicción intelectual



Mis hijos: la inmortalidad. Aquí incluyo yernos y nueras: Millet, Gaby, Francisco, Blanca y Fernando. Y por supuesto, los nietos.

para obtener buenas calificaciones; tan es así, que cuando pasó los primeros años en el Colegio Irlandés, sus promedios escolares lo colocaban siempre en el primer lugar de su grupo, y en una ocasión compitió por el alto honor de ser el mejor estudiante de su generación con el hijo de un exgobernador de Tamaulipas, de apellido Terán, y como este último hacía donativos al Colegio Irlandés, a pesar de que en la competencia era obvio el triunfo de mi primogénito, los maestros se inclinaron, con base en las recomendaciones de la jerarquía, por el otro alumno. Esa acción me desagradó sobremanera, por lo que procedí a sacar a Gabriel de ese colegio, y lo transferí al Colegio Americano, que tenía la ventaja de la enseñanza bilingüe. El hecho de vivir esa situación me enseñó que el dinero abre casi todas las puertas de lo convencional.

Posteriormente la evolución académica de Gabriel fue siempre de alto nivel, y sus triunfos deportivos llegaron a grados semiprofesionales y le produjeron una autoestima que seguramente ha sido factor de equilibrio en contra de la percepción de aislamiento y abandono que yo le causé cuando sufrió el proceso de la separación matrimonial.

En el transcurso del tiempo, Gabriel ha tenido algunos tropiezos afectivos en su vida familiar, pero ha formado una familia sana y hermosa, y dado que tiene una inclinación permanente a estudiar el desarrollo humano y la medicina alternativa, por influencia de su madre y algunas nuevas concepciones

de física cuántica o metafísica existencial, ha desarrollado una personalidad afable, simpática y generosa, pero a veces insegura y con incapacidad para enfrentar la guerra personal o institucional que en ocasiones se le presenta, principalmente en el ámbito público, área en la que ha ganado prestigio en el tema del desarrollo urbano y ambiental

En la actualidad, Gabriel tiene cuatro hijos, de dos familias, un trabajo estable y éxito académico; pero su falta de adaptación a la cruda realidad de la política del poder no le ha permitido las oportunidades que se merece para el desarrollo de sus brillantes ideas transformadoras. En el transcurso de esos años que menciono, su comportamiento fue cariñoso pero distante, y percibo en él una dosis de insatisfacción cuando me mira a los ojos, y en esa mirada clara y transparente, noto también un dejo de preocupación, sin menoscabo de su actitud afectuosa, siempre en medio de una tendencia natural a la despreocupación, que encubre muy probablemente sus verdaderas angustias personales.

Mauricio tiene también su propia historia, y ésta emerge a raíz de un alumbramiento con alto riesgo, como lo mencioné anteriormente, producto de un aparente descuido que generó una aspiración bronco neumónica y que hizo confundir a los médicos con la posibilidad de membrana hialina, una enfermedad de la inmadurez, ya que nació un poco prematuramente y produjo en mí una terrible ansiedad y un gran miedo a la muerte, lo que, como señalé antes, compensé con una aparente frialdad, ya que pensando en lo peor, preparé con antelación todo el rito mortuario, que favorablemente no se presentó, pues un diagnóstico acertado y un tratamiento inmediato hicieron resurgir a una personita sana y fuerte, que actualmente vive en la madre patria, con los problemas financieros normales inherentes a su relación compleja con la compañía de mi amigo Raymond Damadian, ya que es el tecnólogo experto en mantenimiento de aparatos de resonancia magnética nuclear, y ha logrado salvar el terrible problema generado por el cáncer que padeció una de sus hijas, Valeria, una bellísima niña que gracias a Dios y a la excelente medicina española actual, sobrevivió a ese terrible padecimiento. Mauricio tiene dos hijas, Valeria y Juliete y una esposa que, como todas las mujeres modernas, en aras de su independencia, establece reglas y convenios matrimoniales muy tensos, que se agravan con la aparente problemática financiera.

Mauricio fue totalmente distinto a Gabriel durante su infancia, pues nunca tuvo la disciplina y la asiduidad escolar, ni tampoco la responsabilidad

comprometida de obtener buenas calificaciones; más bien se caracterizó por una libertad que le impedía seguir los procedimientos normativos de las escuelas, bajo el sistema tutelar y patriarcal que les caracteriza, por lo que tuvo que estar cambiando de escuela y ser sujeto a cursos extraordinarios. Al final, quizá encontró su espacio con la afable, amorosa y siempre vigilante actitud de Bárbara Hibner, la psiquiatra que, dada su inteligencia y su visión, había fundado una escuela con un sistema original único, en el cual se enseñaba con base en la atención personal y no en el tratamiento colectivo masificado. Bárbara y su sistema, como es costumbre en una sociedad amorfa y oscurantista que impide los cambios, fracasaron, y tuvo que cerrar la escuela por problemas económicos, no obstante que para mí, su sistema representó una idea original que he preconizado permanentemente en mis experiencias en el sector de educación, que es la de individualizar el proceso educativo.

Aunque Mauricio no fue muy buen estudiante, sí fue y es un extraordinario y habilidoso instrumentista en las áreas tecnológicas; además, posee una capacidad administrativa innata, que le permite planear y proyectar nuevas empresas o tener la creatividad necesaria para generar alternativas, y así, con su espíritu emprendedor, hacer frente a sus necesidades; sin embargo, igual que su padre, su debilidad fundamental es la llamada inteligencia emocional, en la que Mauricio tolera y concilia, pero no es muy amante de las decisiones radicales que le permitan aprovechar sus enormes virtudes y emprender rumbos de superación personal para equilibrar su inteligencia, y de esa manera estar tranquilo y en paz consigo mismo y con los demás.

Otras épocas y otras circunstancias han acompañado el nacimiento de mis otros cuatro hijos, producto de mi casamiento con Elvira. La primera experiencia la he descrito también previamente, y fue la maravillosa llegada al mundo de una linda niña: Lucía, que surge como un bálsamo de unidad y de alegría en el tropel tormentoso de un amor pasional y de una incertidumbre institucional que caracterizó mis primeros años como rector de la universidad. Habiendo nacido en el cenit de las llamaradas políticas y personales, Lucía fue quizá el sello que cristalizó todas mis incertidumbres afectivas y me permitió consolidar mi matrimonio y generar una familia dentro de los cauces de la normalidad, aunque producto de mi personalidad conflictiva, y de la presencia de su madre, que recogía también vientos negativos de su pasado familiar.

Lucía, al igual que Gabriel, fue una niña ideal en su comportamiento y en su actividad escolar, demostrando siempre su capacidad de liderazgo y

una gran belleza física y emocional, pues dada su naturaleza transparente y cristalina, desde la infancia y en la adolescencia, su presencia generó admiración, y aunque posteriormente sus estudios en el área del derecho le han propiciado una actitud contestataria y crítica, altamente intelectual, adereza su tenaz y persistente formación analítica con una actitud de relaciones públicas de muy exquisita y aterciopelada fórmula, lo que la hace lograr automáticamente una imagen de liderazgo y un contagio social de autenticidad.

Lucía, mi hermosa niña, es ahora una señora casada con un bello hijo y con un joven abogado con aspiraciones y presencia política en el quehacer del poder estatal; ella tiene estudios de posgrado en derecho internacional, trabajó en Baker & McKenzie, una firma jurídica de gran prestigio, y actualmente está en su lucha permanente por invitar a otro ser humano al planeta Tierra, lo que le ha costado grandes esfuerzos e incontables sacrificios y siete intentos de fecundidad asistida, exitoso el último de ellos, por lo que está con los dedos cruzados, esperando la victoria final, que ella ya logró en la disciplina emocional que se ha impuesto, y que representa cumplir al fin su feliz deseo de ser mamá. Lucía es, entonces, la luz que hace que mis párpados se abran y se cierren en los recuerdos luminosos de la génesis de una bella alma, que nace en la tormenta de mis pasiones, mis audacias y mis temores, y en el alumbramiento de mis fantasías y deseos trascendentes, no sólo de decir, sino de hacer y dejar huella; todo en el marco de un inconsciente deseo de presencia y aplauso social.

En diferente circunstancia, pero sin haber perdido el ámbito de mi guerra intestina y externa durante mi época en la Rectoría de la universidad, nació mi hijo Rodrigo, quien tuvo su génesis en una visita en tiempo de Navidad que yo le hice a su mamá, cuando ella estudiaba en Montreaux, Suiza, y que se consolidó durante unas vacaciones que, arregladas por la maestra de la escuela, pudimos gozar en el pequeño pueblo alpino de Gstaad, en donde la belleza del paisaje, la blancura de la nieve, el calor interno del apartamento, y con el aderezo de la comida sofisticada de acento francés y de los buenos vinos de esa región de Europa, pudimos tener la armonía amorosa indispensable para lograr el encuentro de dos almas y de dos células que en su evolución natural produjeron un bello espécimen humano, que nació en la maternidad Conchita, en el tiempo en que se discutía la sucesión de la Rectoría y en la que, al calor de la crisis, por un lado asistíamos al fin de una época extraordinaria de mi vida política universitaria, y por el otro, al inicio de la vida biológica de un niño que responde al nombre de Rodrigo Hiram, este último para hacer perdurar de alguna manera el nombre de mi padre ausente.

Su llegada a la luz del cielo ardiente de Monterrey fue muy fácil y sin complicación alguna para él y para su mamá, e inició un camino que, igual que su llegada, ha sido muy sencillo, porque a ese niño, ahora joven marido, no se le negó ninguna oportunidad de aprendizaje y de desarrollo personal, gracias una economía estable, con solamente un problema, que fue el de mi trabajo en los diferentes espacios de la vida pública del país, que no me permitieron una convivencia familiar tan ritual como sucede en lo convencional.

Rodrigo tuvo todo y de todo, y así fue desarrollando una actividad escolar media, con estudios de posgrado brillantes en el campo del derecho ambiental, y con esa espléndida, pletórica y rica imaginación creativa que le ha caracterizado, acompañada de una capacidad de soñar y fantasear vuelos hacia el infinito, no sólo en la aeronáutica, en la que es experto, sino en sus propias proyecciones personales de triunfador y de generador de riqueza financiera, que no ha alcanzado todavía. Actualmente está casado con una bella dama, oriunda de la ciudad de Tampico, Tamaulipas, y tiene una hermosa hija que responde al nombre de Alexia, lo que le ha permitido estabilizar sus desvaríos emocionales, que forman parte de una personalidad ansiosa, con el defecto, igual que el de su padre, de estar siempre en aceleración permanente, pero lo que es incapaz de practicar la meditación profunda o la reflexión.

Para mí, Rodrigo tiene las máximas expectativas de triunfo profesional. Si logra neutralizar las crisis de ansiedad, le auguro, dada su preclara y analítica inteligencia, un futuro promisorio; pero quizá él todavía está buscando, como diría el escritor Carlos Castañeda, su espacio en el mundo actual, en donde confluyen intereses monetarios ilustrados y actitudes pragmáticas funcionales; y en medio de esa crisis de valores, en donde la generación de plástico a la que él pertenece se moviliza, tendrá que recoger en algún momento algunas de las percepciones utópicas y románticas que yo he logrado hacer que formen parte de mi personalidad y que son quizá el motor espiritual que me ha mantenido vivo, pues estoy convencido de que el romanticismo histórico y el humanismo pueden ser la salvaguarda de la felicidad, musa perdida, cuyo paradero, tanto Rodrigo, como yo, todavía no encontramos.

Isabella, mi otra bella hija, nació en 1985, en una encrucijada de un cambio histórico personal, pues en ese tiempo dejé atrás mi rutinaria pero educativa actividad de diputado federal y presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología, y tomé la gran oportunidad que el gobernador Jorge Treviño me estaba ofreciendo, para dirigir los destinos de la educación estatal. En esa época, mis constantes viajes a la Ciudad de México y

mi encuentro con la política nacional, fueron rumbos de vitalidad que me permitieron conservar mi aparente libertad personal, al estar fuera de mi casa durante mucho tiempo, pero que lograron también amacizar y consolidar mi matrimonio, porque dada mi naturaleza inestable y mi fórmula de vivir en la orilla del precipicio, a veces se complicaba mi relación familiar. Isabella llegó como un sello que cristalizó y le dio marco a mi futuro; su presencia estuvo también rodeada de alegría, con absoluta normalidad, con excepción de una ictericia del recién nacido, que la obligó a estar en el hospital varios días más de lo normal, y seguramente su primera crisis biológica le generó un carácter extraordinariamente resistente y fuerte y una actitud de orden y legalidad que han formado parte de su quehacer personal y han dado lugar a una actitud crítica permanente y a una rigidez que en ocasiones parece corresponder a una fórmula teutónica, germánica o escandinava, y no al romanticismo cultural que caracteriza a nuestro país y que forma parte de la cultura hispanoamericana.

Isabella fue una niña muy compleja en su despertar emocional, que siempre requería de una gran dosis de ternura y afecto, por su caracterología, a veces iracunda y otras veces melancólica, producto quizá de la falta de asiduidad que sus padres teníamos para con ella, y a la educación prestada que le impartía nuestra querida enfermera Conchita, o después los cuidados esmerados de Verónica, una joven muy noble que posee una gran ternura, que suplieron nuestra falta de atención. Isabella es probablemente la niña mejor dotada para profundizar en el ámbito intelectual, y dados sus estudios de psicología y su experiencia en el análisis y tratamiento de niños con problemas de aprendizaje, así como tal vez su propia experiencia existencial con la patología psicológica de los miembros de su familia, ha forjado un ensamble propicio para la investigación, la norma rígida y la fortaleza espiritual, y para mirar, con visión de lo correcto, las acciones futuras que marquen su comportamiento y el de las personas con las que ella convive. Isabella no tiene clarososcuros, pues para ella las cosas son blancas o negras, y así se juzga a sí misma y a los demás. Sus ansiedades y miedos tienen que ver con las pérdidas que ella visualiza de la figura paterna o de aquellos muchachos con los que ha compartido su gran riqueza emocional; es decir, su inteligencia emocional no está, igual que la de mis otros hijos, al mismo nivel que su cociente intelectual, éste último ávido y listo para abreviar el conocimiento, y el primero sujeto al torbellino de las incertidumbres del conflicto de un alma noble ante un ambiente tórpido y una presencia permanente de trastornos axiológicos que caracteriza al mundo actual. Actualmente se está preparando para el matrimonio.

La última, sólo en cronología, pero primera en inteligencia sintética, heredada quizá de mi propia caracterología, es Carolina, que nació también en una transición personal, durante mi salida de la Subsecretaría de Educación Superior y mi ingreso a la carrera de la diplomacia, como embajador de México en la UNESCO, en París, Francia. Eso también le dio a ella, igual que a mis otros hijos, una personalidad distinta, pues habiendo viajado como bebé en nuestra aventura intercontinental, Carolina aprendió a caminar a la luz de los faroles, prendidos todavía en la mañana, de la famosa calle de Rivoli, en la ciudad de París, Francia, pues los arcos que le dan una estética especial a esa avenida, y su vecindad con el más grande y bello museo del mundo, el Louvre, fueron las áreas donde esa niña, que nació hermosa y continúa preciosa en su adolescencia y primaria adultez, tuvo a bien iniciar, caminando, su lucha por la libertad y la independencia, situación que ha seguido teniendo a lo largo de su vida, y que se ha enrarecido en los últimos años, porque esa personita despierta y deseosa de sacudirse el control exagerado de sus padres, que la atormentan con su proteccionismo, ha encontrado sólo dos caminos: adaptarse o rebelarse, para evitar la imposición imperial de su mamá y los errores, producto de mi crisis andropáusica emocional y de la dependencia consiguiente a la guerra interna de mis propios sentimientos, para equilibrar mi instinto de autodestrucción con mi deseo de supervivencia, hasta lograr encontrar el mundo ideal, por supuesto inexistente, y la estabilidad armónica de la vida, desde luego imposible, y abandonar así este nido de problemas o mar de lágrimas, como dicen algunos poetas, para llegar a una vida llena de grandes oportunidades y esplendorosos encuentros con la belleza y la penumbra de la servidumbre humana, pero dentro del marco del fenómeno vicariante de virtudes y defectos que la vida nos proporciona.

Carolina ha cumplido ya 20 años y no permite la injerencia de sus padres en su vida, por lo que se refugia unas veces en la melancolía y otras en el aislamiento, cuando percibe algún estímulo doloroso que le recuerda algunas actitudes familiares que le han dejado huella y que no quiere volver a sufrir o a repetir; no obstante, contra todos estos quehaceres negativos del ambiente que la rodea, Carolina tiene autenticidad, y aunque aparenta frialdad y rigidez, es totalmente expansiva en sus emociones, sobre todo con su madre, a la que le pide comprensión y ternura y le reciproca también con comprensión, y olvido en apariencia, aunque para mí siempre tiene una actitud de respeto y de amor, pero quizá también de desconfianza, dado que ella, como era muy pequeña, percibió en su comunicación no verbal toda la problemática de mis desaparegos, mis ansiedades, mis choques culturales o mi sentimiento de

incomprensión, que a veces sacudió mi estabilidad y me generó problemas, que, sin querer, impactaron también la evolución psicológica y la formación integral de esa bellísima niña.

En el análisis de esta personalidad y en el ansia culposa por mi responsabilidad como padre, a veces hago a un lado los bellos recuerdos de la presencia de su madre, Elvira, que a través del tiempo y de mis encuentros en actividades diferentes, siempre ha sido un parteaguas de protección, por su presencia, su elegancia y sobre todo su tolerancia, así como por su capacidad para las relaciones públicas y humanas, que no han tenido otro objetivo que el de sentir ella su presencia social, pero cuidar y salvaguardar la dignidad y los valores que todavía conserva hacia mi persona, a través de la esperanza incierta, pero anímicamente presente, de mi importancia en su vida personal.

Elvira goza y padece de una obsesión compulsiva por arreglar todo y a tiempo; eso, que es una virtud ante un personaje desordenado en apariencia, como es mi caso particular, pero sistemático en mi quehacer profundo y vivencial, ha sido importante, y el orden, que a veces es indispensable en una relación de padre e hijos, parece ser su mejor carta de presentación, la que transfiere a su trabajo y a todas sus actividades, ejerciendo una actitud, a veces dictatorial, en su trato con los seres humanos con los que comparte sus minutos y horas, quizá porque quiere compensar la minusvalía de su infancia con un aparente supercontrol de sus actividades administrativas, que amplía también a sus relaciones familiares.

Sin embargo, eso que puede parecer bueno en un marco de demasiada libertad en mis hijos o de impredecibilidad en mis acciones personales y que requiere un sistema de organización interna, se ve debilitado por la parte negativa de la obsesión compulsiva, que es aquella que hace que, a través de esa actitud mental, que muchos tenemos, ejerza un aparente control, que, al no verse satisfecho, produce una esporádica depresión; además, también el ansia por terminar bien con todos y a tiempo es factor causante de dependencias, que en el caso de ella se ven reflejadas en la actitud permanente de reforzar su autoestima, que también yo padezco en ocasiones y que forma parte del proceso de la modernidad en la sociedad del consumo; pero, en el caso particular de Elvira, esa aparente inseguridad le produce una percepción interna de insatisfacción y ansiedad, y le genera un carácter fuerte, que a veces fortalece la armonía y las relaciones costumbristas que forman parte de la vida familiar.

Al margen de que los seres humanos no somos moneditas de oro, ni tampoco ángeles o querubines, y que lo imperativo es reconocer lo que alimenta el propio camino y el devenir existencial, y que hay que cerrar los ojos a las debilidades y fragilidades del fenómeno humano, la resultante es una actitud bilateral de comprensión mutua; y, analizando el caso de Elvira, ella no me ha conducido de la mano a buscar la felicidad, sin duda porque esta última no existe en realidad, sino que me ha permitido transitar con la mirada puesta en el firmamento y caminando por la cresta frágil de la cordillera de la vida, sin percepción de monotonía o aburrimiento, y con incertidumbre, que unas veces es fuente de creatividad y otras genera resignación. En todo caso, la pregunta está en el aire y se refiere a: ¿qué es lo que tengo y qué es lo que hubiera tenido? Y como él hubiera no existe, es mejor no pensar en lo que yo debería tener, sino en lo que tuve, en lo que tengo y en lo que realmente merezco. Así, el análisis crítico y la conclusión son más justos y por lo tanto más humanos, pues nunca se debe exigir lo que no se ha dado. En fin, en la síntesis de mi relación con Elvira, hay una resultante positiva y unos hijos bellos todos, distintos pero con apego familiar, además en mis crisis han sido la fuente de la resistencia increíble por la fortaleza que me han producido.

Por lo anterior, reitero que con mi familia ni hago negocios ni hago política, porque ambas cosas generan siempre contradicciones, y en el caso de mi primer casamiento, cuando tuve que retirarme, lo hice con toda gallardía y hombría, sin necesidad de conflicto alguno y entregándole todo mi patrimonio, con excepción de la obra gris de la casa de Olinalá, a mi primera esposa, Alicia, quien con la organización que le caracteriza, ha logrado, con ese patrimonio, impulsar su vida personal y tener estabilidad financiera.

Lo mismo ha sido mi génesis de la atención a la problemática de Gabriel y de Mauricio, quienes ahora ya vuelan con sus propias alas y viven con los conflictos que da la vida, pero también con las virtudes y los amores que ésta les propicia; están con rumbo, y, como siempre les enseñé, con la frente en alto y la mirada fija en el horizonte.

El deporte, generador de autoestima

Mucha gente me pregunta cuál fue el secreto que utilicé para tranquilizar las agresivas y violentas mareas de la sinrazón que la universidad sufría, cuando tuve la honrosa oportunidad de ser su rector, y siempre contesto que, si algún secreto hubo, fue el de escuchar, conciliar, y fomentar exage-



Con Elvira, Pele, Blanco y el querido Don Ramón Cárdenas.

radamente y con vehemencia y fervor entusiasta, la práctica del deporte en nuestra institución, generando triunfos para recuperar la autoestima social de los universitarios, que se había perdido debido a la anarquía que la lucha política previa había producido; es decir, no sólo se habían destruido los proyectos académicos y administrativos, sino que el tejido más sensible, el del orgullo de ser universitario, que alimenta el romanticismo individual, estaba totalmente deshecho.

Como podemos recordar, la universidad sufrió el cataclismo del 68, más la lucha de grupos con idearios comunistas totalmente abiertos y la fragmentación de la institución por las desavenencias internas, aunadas a un gobierno “metiche”, que desde afuera quería resolver los problemas internos de la institución, y a un grupo de vivales que, aprovechando las crisis y conflictos aparentemente de ideas, habían usufructuado beneficios y ventajas individuales o grupales. Además, la ignorancia y la estupidez, aunadas a la miopía de los líderes sobre los objetivos fundamentales de la universidad, habían producido una imagen comunitaria de una institución a la que los maestros no iban a enseñar; los alumnos no aprendían nada y los empresarios no les ofrecían trabajo en forma equitativa.

Así, al encontrarse en la calle con un grupo de estudiantes, se producía una actitud de miedo, por la frecuencia con que los mismos tomaban camio-

nes y los quemaban, pintarrajeaban toda la ciudad, hacían mítines y estorbaban la vialidad o simplemente cometían actos de vandalismo, amparados por su aparente lucha por la libertad, sin dejar de reconocer que esta última sólo se justifica cuando no sacrifica la libertad de los demás. El desastre, pues, era profundamente psicológico y social.

Dada mi formación deportiva previa, que me había permitido solucionar algunos de mis problemas emocionales personales y mis carencias afectivas, con el instinto político que se forma por la reflexología conductista de experiencias almacenadas en el inconsciente, apoyé todo aquello que tuviera que ver con el deporte, y fortalecí la presencia política de Cayetano Garza, quien tenía grupos dentro de la universidad, con presencia previa en el quehacer de la lucha intestina, y gozaba de una imagen de deportista.

Cayetano tenía un gran liderazgo y le apodaban “El Rabioso”, por su aparente mal carácter. Ese personaje fue muy importante para lograr la estabilidad universitaria, ya que con él, y preguntando a muchas otras personas, pude intuir que el equipo de los Tigres, que en ese tiempo estaba en la Segunda División, podía ser un símbolo que aglutinara el pensamiento universitario, razón por la que, con ayuda de Roberto Méndez, quien había sido su presidente y con la colaboración de Ramón Cárdenas, Rogelio Cantú y de Peñaíta, logré otorgarles un apoyo económico concertado y concurrente, fortaleciendo así las opciones de triunfo de ese equipo para ascender a la Primera División.

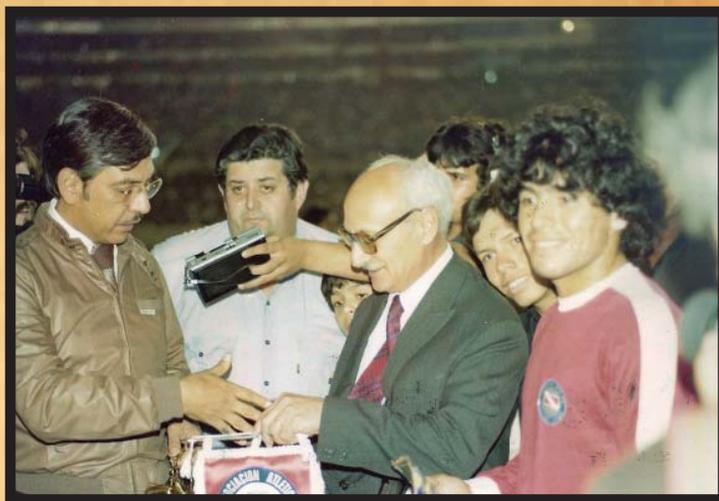
Lo anterior se logró después de un fragoroso partido, en el que los Tigres le ganaron a la Universidad de Guadalajara con un marcador de 3 a 0 en nuestro estadio, para posteriormente perder por 2 a 0 en un juego caracterizado por la presencia de porros, metrallitas y lanzamiento de pequeños proyectiles a nuestro portero, José Luis Brizuela. Con la presidencia de Roberto Méndez, la presencia de Leopoldo González Sáenz, alcalde de Monterrey, y mi intervención personal en una de las tribunas, tratando de pasar desapercibido, lo que logré gracias a mi vestimenta común y a mi aparente juventud, y a que estaba acompañado de algunas damas universitarias, pude aprovechar el liderazgo para evitar que hubiera una guerra fratricida, en la que hubiéramos perdido por ser minoría. Todo lo anterior no evitó que hubiera golpes, sangre, carros destrozados por la violencia criminal de los porros de la Universidad de Guadalajara, que eran, famosos por su característica política sui generis agresiva.

Ese triunfo nos permitió ascender a Primera División e iniciar lo que se llamó la “Época de Oro” del fútbol en Monterrey, en la que Alberto Santos, presidente del Monterrey, y nosotros, lográbamos abarrotar el estadio cada semana, y sembrábamos la semilla de lo que ahora se llama “La mejor afición de México”, que siempre llena los estadios, en medio de un ambiente generalmente familiar, y usualmente no hay muchos actos violentos que lamentar. Esto se logró no sólo con dinero, sino con pasión y participación comprometida con las causas de los dos equipos. Tanto Alberto como yo, que posteriormente nos hicimos compadres, sabíamos que el fútbol tiene una consonante de influencia sociológica y económica muy importante, y que además produce no sólo entretenimiento, sino una especie de símbolo de admiración que rebasa las condiciones pragmáticas y monetarias de las fuentes de trabajo y que se introduce en la profunda emoción de los jóvenes y los adultos que se identifican con los colores de su equipo.

La resultante de nuestra participación generó un sello de triunfadores que la universidad había perdido, ya que con pasión y compromiso personal, pero sobre todo preguntando a los que sabían de la parte técnica del tema, como era el caso de Méndez, Miguel Gómez Collado o del brillante Claudio Loustanau, pudimos equivocarnos muy poco y logramos consolidar un equipo que rápidamente fue campeón de copa, con un golazo de Edmundo Manzotti y bajo la dirección de Claudio Loustanau; años después, Carlos Miloc los llevó a ser campeones de liga, tras derrotar a los Pumas en su estadio, con goles de Mantegaza y Barbadillo, la defensa inexpugnable de Osvaldo Batocletti y de jugadores como Chava Carrillo, Alejandro Izquierdo, Pilar Reyes, Orduña, Leo Álvarez, el “Abuelo” Cruz y nuestros brillantes extranjeros como Edú y muchos otros que le infundieron su esencia y sabor al equipo y les dieron autoestima a los universitarios.

Con esa tesis se lograron dos campeonatos de liga, uno de copa y un subcampeonato, en un juego que fue llamado el juego del siglo, por lo dramático que estuvo el encuentro contra el Cruz Azul en la Ciudad de México y en el que los Tigres, que habían tenido un comienzo tormentoso, habían rectificado su rumbo bajo la dirección del más brillante entrenador que he conocido: Claudio Loustanau, quien desafortunadamente perdió su rumbo en el tropel atropellado de su conflicto interno emocional y cultural de la obnubilación que a veces produce el consumo exagerado de comida y alcohol.

Por supuesto, de esta época futbolística hay muchas anécdotas que contar, alegres y festivas, y algunas de ellas muestran mis debilidades y/o fortalezas



Cuando vino Maradona, y le ganamos a su equipo.

personales; pero la síntesis de todas ellas, que puede servir como colofón, es que todo eso generó una autoestima social interna en la universidad.

Sin embargo, eso no fue exclusivamente por el fútbol soccer, ya que en el fútbol americano, con el apoyo y dirección de Cayetano Garza, obtuvimos lo que nunca se había logrado ni se ha vuelto a lograr integralmente; es decir, durante dos años fuimos campeones nacionales y le ganamos a nuestro acérrimo rival: el Tecnológico de Monterrey. Todo eso contagió un enorme entusiasmo, y con el apoyo de Guillermo López Portillo, primo del presidente José López Portillo, compramos, sin pagar impuestos, más de 40 equipos de fútbol americano completos, que distribuimos en las escuelas y facultades; construimos cinco gimnasios y un nuevo estadio, pequeño, con sus pistas de atletismo, y hubo presupuestos importantes dedicados al quehacer deportivo, lo que consolidó que la universidad fuera campeona en muchas áreas del deporte, logrando así un fortalecimiento de nuestra imagen nacional y de nuestro auto respeto institucional.

Desde luego, la comunidad del Estado olvidó rápidamente las tragedias políticas previas, se sumó al apoyo a nuestros triunfos y nos regresó el lugar que la universidad jamás debió haber perdido: el de ser la guía y faro luminoso -como dijo Reyes-, que alumbra el noreste de México.



El deporte, alta prioridad en la universidad.

Del fútbol americano y de los viajes deportivos

El fútbol americano es un deporte muy arraigado en el ambiente universitario, por el desbordamiento cultural, ya que forma parte de todo el contexto deportivo de Norteamérica, y quizá heredando al rugby, que se juega sin defensas, ha hecho estremecer a la afición deportiva norteamericana y generado un enorme negocio, comparable al del béisbol, que era considerado en el pasado como el deporte nacional de Estados Unidos. El fútbol americano, entonces, está vigente en nuestra universidad desde hace más de 50 años, y fueron célebres los clásicos

entre la Universidad y el Tecnológico, en el Estadio Tecnológico, con los consiguientes conflictos agresivos y violentos que se sucedían después de que, frecuentemente, y casi en forma rutinaria, los Tigres de la Universidad perdían contra los Borregos del Instituto Tecnológico.

Consciente de la importancia de ese deporte en nuestra universidad y siguiendo mi ideario de querer recuperar la autoestima a través de los triunfos, dediqué particular atención a los mismos, acompañado por la figura de un hombre especial que reunía caracteres políticos estudiantiles universitarios y un antecedente en este deporte. Me refiero al ingeniero Cayetano Garza, quien fue una pieza humana muy importante en el control político de la universidad, y también, dada su nominación como entrenador en jefe de las fuerzas del fútbol americano en liga mayor, en la derivación de estos equipos hacia la liga intermedia y/o juvenil y posteriormente hasta la infantil.

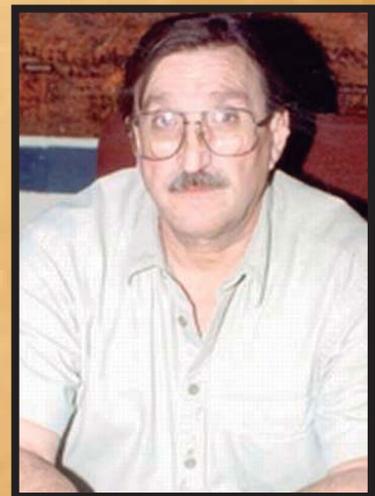
Cayetano fue el prototipo del universitario agresivo, que igual consolidaba un grupo de jóvenes que defendieron la universidad durante los años 70, en la anarquía, a través de organizaciones de estudiantes fuertes y entrones, para contrarrestar la violencia de la izquierda, como extendía su papel a toda la estructura deportiva de la Universidad de Nuevo León. Baste mencionar, como ejemplo, que juntos, él y yo, fundamos la Facultad de Organización Deportiva, para darle un carácter académico sólido a ese tema, que, aunque parezca trivial, tiene un elemento de formación integral, pues la práctica

del ejercicio físico en un entorno de competitividad es un antídoto contra la violencia, el alcoholismo y la drogadicción, y produce arraigo institucional en las facultades y escuelas y, en el caso particular de los Auténticos Tigres, en toda la universidad.

Cayetano tenía tanta importancia que, al revisar la nómina de la universidad algunos meses después de mi toma de posesión, vi que él estaba en primer lugar en cuanto a ingresos, como resultado de sus múltiples actividades. Yo, bromeando, le señalé que no podía estar, en cuanto a ingresos, por arriba del rector y así me ubiqué, sin quitar el dedo del renglón, pero también sin perder de vista el realismo objetivo, que me permitía reconocer la importancia de Cayetano, quien, asociado con el estratega político, director de la Facultad de Ingeniería Mecánica, Jorge Urencio, formaba un baluarte que en su época había defendido la universidad contra la anarquía y los contrasentidos de la izquierda, fragmentada y dividida, que quería luchar, pero no sabía para qué, y que, cuando tuvo el poder de la universidad, con Oliverio Tijerina, no entendió qué hacer con él y se perdió por la disgregación de sus miembros, en dicotomía con el conflicto de sus intereses personales.

Con esto en mente, hablé con Cayetano y le dije: “Oye, tú eres muy importante para la universidad, y el deporte tiene que ser una alta prioridad, pero yo ya estoy cansado de ver que nuestro equipo siempre pierde con el Tec, por lo que te exhorto y te indico que, al margen de cuánto cueste, necesitas contratar jugadores, como lo hace el Tec, de la frontera, para que busques en el Junior College algunos apoyos, y además quiero que organicemos un internado especial para los Tigres, que se ubique en el estadio chico, donde los vamos a atender como si fueran niños, poniendo especial atención en su comida y en su recreación; dándoles consejos para evitarles adicciones y generar un ambiente de unidad que nos permita conquistar los campeonatos nacionales en esa materia”.

Él me contestó: “Estoy totalmente de acuerdo con usted, rector, y vamos a hacerlo así, cueste lo que cueste”. Con esa filosofía tan



Con Cayetano Garza hice la mancuerna para apasionar a nuestros jóvenes deportistas y de esa manera pudimos ganar dos campeonatos nacionales.

campirana, nuestro entrenador en jefe y director de la Facultad de Organización Deportiva, se dedicó a ese objetivo, que logró, para beneplácito de todos los universitarios. Nuestros Tigres comían como tales; tenían grandes facilidades, becas de manutención y escolares, y fuimos seleccionando gradualmente algunos elementos chicanos que contrarrestaran a los que el Tec de Monterrey contrataba por tradición, gracias a sus relaciones con las universidades de Texas y California. Así se inició una época de gloria en ese deporte, y Pedro Zorrilla y yo asistíamos a los partidos, y en forma insólita, porque nunca se había visto eso con antelación, el gobernador y el rector dirigían las porras en un estadio lleno, el universitario, a donde asistían de 35 mil a 45 mil estudiantes a cada uno de los partidos que sosteníamos en contra del Politécnico, la UNAM, el Tecnológico y otros equipos de universidades que estaban en la liga correspondiente.

Con angustia, coraje y con discursos célebres de Mario Curzio, el asistente de Cayetano, lográbamos encender la pasión en nuestros jóvenes deportistas, y de esa manera pudimos ganar dos campeonatos nacionales, derrotar al Tecnológico, que era nuestro rival principal; a la UNAM y al Politécnico. Todo eso dio un enorme prestigio a nuestra universidad y creó una serie de grupos de estudiantes, ahora todos profesionistas, que conservan su mística de asociación y de entrega deportiva a favor de la universidad, y que fueron un reducto valiosísimo para dar ejemplo de triunfadores a todas las escuelas a las que yo había habilitado con el equipo que me había facilitado Guillermo López Portillo, primo del presidente López Portillo, y quienes, con la práctica del deporte, se olvidaban de la política y de la violencia que había caracterizado a nuestra institución en tiempos pretéritos.

Todo lo anterior parecía un cuento de hadas, hasta que en un juego contra los llamados Burros Blancos del Politécnico, un grupo de porros drogados de esa institución, que se ubicaron en la parte sur del estadio, empezaron a causar disturbios, ya que su área colindaba con aquélla en donde estaban ubicados los alumnos de nuestra histórica escuela Álvaro Obregón, pionera de la educación tecnológica, y quienes eran estudiantes de la clase popular, que defendían con ardor nuestros colores deportivos. En ese tropel de insultos de palabra que era usual, un muchacho del Politécnico, apodado “El Malamadre”, que hizo honor a ese nombre, sacó una pistola y empezó a disparar al azar.

Los ruidos de esa arma, de calibre 45, retumbaron en de manera insólita en el ámbito de nuestro quehacer universitario y en el entorno del estadio,

y por casualidad, tomando en cuenta que los juegos de ese deporte se transmitían utilizando el equipo audiovisual, recientemente comprado por José Manuel Pérez Sáenz, por cierto muy barato, ya que había sido usado en los Juegos Centroamericanos, se pudo, quizá por primera vez, en vivo y a todo color, observar al culpable de estos crímenes, porque entre el estruendo de los balazos, un joven quedó tirado en la parte inferior, con un orificio en el ojo, y otro en la parte superior del área sur, al cual atendí personalmente y quien, al preguntarle, me dijo: “rector, no siento las piernas”. Yo como médico que era y con experiencia previa, de inmediato diagnosticué que tenía lesión medular.

Y en efecto, el joven quedó paralítico y, para compensarlo, le ofrecí un trabajo permanente en la universidad, que después algún rector, Silos o Reyes Tamez, le retiró; ese muchacho todavía vive y recuerda la escena con dolor. En el caso del otro joven, revisé personalmente su herida, y se lo encargué a Roberto Moreira, diciéndole: “oye, compadre, llévatelo de inmediato al hospital porque esta herida es de gravedad”, y murió en el trayecto, cubriendo de luto la justa deportiva. Estando yo como siempre, ubicado en el campo, acompañado de mis hijos Gabriel y Mauricio, quienes asistían en la cancha a esos eventos, puse a mis hijos bajo resguardo y le ordené a Armando Saldaña, mi asistente móvil (chofer), que cerrara las puertas del estadio en la parte posterior para evitar que estos porros violentos pudieran irse sin ser capturados por la policía.

De inmediato tomé el teléfono portátil del carro, y le hablé al jefe de la policía, quien titubeó y me dijo que no querían violar la autonomía universitaria, a lo cual le respondí: “oiga, perdóneme, pero esto no es autonomía y no tiene nada que ver con ese concepto; esto es un crimen y tienen que venir de inmediato para detener a estos criminales que acaban de segar la vida de uno de nuestros jóvenes. Mientras ellos llegaban, Armando cerró las puertas y tuvo que ser, junto con Juan Roberto Zavala, sometido a una huida rápida, pues fueron blanco de balazos para evitar que las puertas se cerraran con los candados; este acto de heroicidad de Armando, quien recientemente falleció, debe ser recordado como un acto de entrega y de gran responsabilidad.

Al mismo tiempo que esto sucedía, los alumnos de la Preparatoria Álvaro Obregón y todos los que estaban separados por una malla, empezaron a tirarla y querían linchar a los 300 estudiantes del Politécnico. En ese momento, yo demostré la autoridad moral que debe tener un rector, pues me paré enfrente de ellos y utilizando un altoparlante que me había traído un

colaborador, en un lacónico discurso les señalé: “ustedes me conocen y saben que se hará justicia, pero no quiero que brinquen la cerca y lleven a cabo una pelea que puede traer más lesionados de parte nuestra y de inocentes que no están involucrados en estos hechos”, logrando pacificarlos algo que parece fácil, pero que no es sencillo en ese ambiente universitario, en que la gente estaba hirviendo de rabia por la agresión recibida.

El juego continuó como debe ser; mi equipo aplastó al Politécnico por más de 50 puntos, y entonces las autoridades nacionales de ese deporte consideraron seriamente evaluar la agresividad y evitarla con nuevos procedimientos. Esto último quizá fue lo único que justificó la respectiva muerte y parálisis de dos de nuestros jóvenes, que al menos padecieron por alguna causa superior que evitó en el futuro el ingreso de porros con armas de fuego a los eventos deportivos. Los triunfos y los campeonatos en dos ocasiones quedan para la historia; hasta la fecha, la universidad ha vuelto a ser campeón, pero como el Tec juega en otra liga, no ha podido realizarse el sueño del actual rector, el doctor Jesús Áncer, que además comparto, para quitarme la responsabilidad histórica, de que el nuevo equipo de mi Alma Máter derrote al tecnológico, nuestro acérrimo adversario deportivo, que, por la organización, la sistematización adecuada, la selección de buenos entrenadores y la contratación de jugadores extranjeros, nos ha ganado en la mayoría de las ocasiones y, aunque parezca increíble, ha generado un conflicto entre la clase media alta que el Tec representa y las bases populares que una universidad pública tiene en sus raíces.

En la actualidad, estas dos acciones están superimpuestas, pues la universidad ha disminuido su factor de permeabilidad social y cultural que la caracterizaba en mi época de estudiante, ya que actualmente existen cuotas escolares, más por servicios, etc... que implican gastos que en otros tiempos no eran parte de la rutina, ya que la universidad era casi gratuita, pues se pagaban 40 pesos por año, mientras que en la UNAM sólo se aportaban 10 pesos como colaboración simbólica.

Grandes recuerdos, todavía compartidos con los ex jugadores de esas generaciones, conservan la esencia de los colores azul y oro, y la muestra del triunfo que debe acompañar toda actividad deportiva, pues nunca he estado de acuerdo con el barón de Coubertin, que decía que lo importante era competir; para mí, en el deporte, lo importante es ganar, y si se pierde hay que llorar, y si se gana hay que festejar, pero nunca hay que resignarse, que es parte de nuestra esencia nacional, de aceptar la derrota como algo normal.

La internacionalización de los Tigres de fútbol soccer

Después de obtener el campeonato de 1977, al derrotar a la UNAM, en su propio gallinero, con espléndidos goles de Barbadillo y Mantegaza, el equipo recibió ofertas para ir a Europa a jugar, y también tuvo aportaciones presupuestales del director nacional de deportes, para tal objeto. Con mi entusiasmo puesto en el objetivo de hacer de mi equipo un proyecto que desbordara nuestras fronteras,



Con Don Carlos Miloc.

planeé de inmediato un viaje al viejo continente, y tuve el apoyo de toda la directiva y el beneplácito de la afición. Por esa razón, un día, ya cuando habían regresado los jugadores de sus vacaciones, le hablé al entrenador que nos había hecho campeones, Carlos Miloc, y le pedí que en compañía de los muchachos subiera a la Rectoría, para informarles de los planes futuros para el equipo.

Juan Roberto Zavala entró con cara de sorpresa, y me informó que ante la invitación, que podía llamarse indicación, don Carlos Miloc, que era conocido por su firmeza, dureza de carácter y contundencia en sus argumentos, hechos que aprovechados positivamente nos habían ubicado en el campeonato, le había dicho al mensajero que llevaba esta afable invitación, lo siguiente: “dígame al rector que nosotros no subimos, que baje él a hablar con el equipo”. Me le quedé viendo a Juan Roberto y sonreímos, y con la comprensión de que ese acto de soberbia no podía ser tolerado, simplemente le dije: “bueno, no te preocupes, entonces dile que si me hace el favor, le agradeceré mucho que, al terminar el entrenamiento, suba él solo para conversar conmigo”, y seguí atendiendo los asuntos de la Rectoría. que en esa época eran muy complicados, por los problemas cotidianos, la recepción de grupos estudiantiles y magisteriales, y, en fin, por todo un combinado de actividades que implicaban una gran capacidad de trabajo y

requerían una gran velocidad en la toma de decisiones, para evitar que los problemas fueran a crecer.

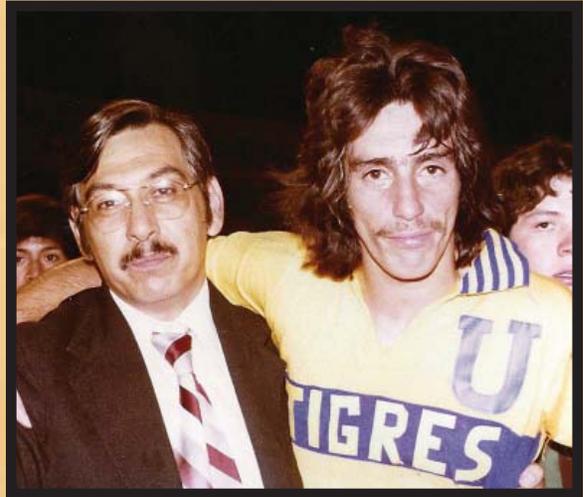
A las 13.00 horas del mismo día se me informó que ya estaba don Carlos, como le decíamos, en la sala de espera, y por supuesto, lo hice pasar de inmediato, y de entrada y sin esperar muchos diálogos convencionales, le dije: “Don Carlos, quiero felicitarlo, porque gracias a usted y a su atinada dirección técnica hemos logrado poner el nombre de la universidad en el primer lugar del campeonato nacional. Estoy seguro de que en la historia de nuestro deporte será usted muy bien recordado”. Él, con una sonrisa y un despliegue facial que le caracterizaban, y que no se le ha quitado a lo largo de toda su vida, me miró con un dejo de comprensión, y se manifestó en su cara un gran orgullo, haciendo un movimiento manual que mostraba su gran beneplácito de sentirse reconocido como el gran campeón.

Después de esta introducción le lancé la siguiente frase: “Don Carlos, usted es el entrenador y yo soy el rector, y represento a toda la universidad por su historia y su presencia académica, y como usted sabe, ésta es una universidad popular de gran prestigio nacional, por lo que, dado que usted no aceptó mis indicaciones de venir con los jugadores a la Rectoría, y que el rector tiene la dignidad de su representatividad, permítame decirle que a partir del día de hoy está usted cesado como director técnico de nuestro equipo”. La cara de don Carlos se ruborizó y después tomó un tinte pálido y una mirada vitriólica furibunda, y tuvo la audacia de contestar: “rector, usted no me puede cesar, porque se le va a echar encima toda la prensa nacional; tiene usted que rectificar lo anteriormente dicho”. Yo, paciente y observándolo con cierto grado de piedad, le dije: “eso no me asusta, porque ya estoy curado de susto con la prensa; ya que he recibido múltiples ataques por una serie de circunstancias políticas, y como puede ver, estoy vivo y coleando, y en la Rectoría, así que considere usted, repito, que ya no pertenece al equipo, y le suplico que pase al jurídico para arreglar nuestra relación legal”.

Sin poder replicar, levantando las manos con asombro, volvió a insistir: “bueno, usted sabrá y se arrepentirá”. Yo acerté a decirle antes de que se fuera: “Don Carlos, yo soy conciliador por naturaleza propia, pero cuando tomo una decisión ya no me retracto de ella, así que, buenas tardes y que le vaya bien”. Él, furioso, giró sobre su pierna derecha, que gozaba de una gran fortaleza, pues había sido un goleador en sus tiempos de jugador, y quiso golpear la puerta, como era su estilo entre los jugadores del equipo cuando no estaba contento con cualquier actitud, pero dejó la puerta entreabierta y

abandonó mi oficina en el 8° Piso de la Torre de la Rectoría, no sin antes señalar que él no estaba de acuerdo con ir a Europa ni los jugadores tampoco.

Una vez que se fue “el huracán hecho ser humano”, a quien le agradecemos los campeonatos, y a quien dos años después, al encontrármelo en el Aeropuerto de Guadalajara lo invité a volver a los Tigres, lo que él, asombrado, aceptó casi de inmediato, mandé llamar a los jugadores, y les expuse que los Tigres viajarían a Europa para demostrar su calidad y darle prestigio a la universidad. Por supuesto, ninguno de ellos manifestó su desacuerdo, y muchachos temperamentales, como Tomás Boy o Pilar Reyes, sencillamente expresaron con gratitud que estaban contentos y que harían todo lo posible por quedar bien. Posteriormente, invité a Carlos Peters, un entrenador de Brasil, a hacerse cargo del equipo, y con este personaje, que era inteligente para plantear sus estrategias, pero con cierta dosis de debilidad, que hacía que los jugadores le tomaran la medida, el equipo ganó en táctica pero perdió un poco su fortaleza. Por supuesto, Peters era un caballero y un hombre bien nacido, que nunca presentó síntomas de la enfermedad de la soberbia, ésa que no tiene curación y que es, como decía José María Escrivá, la fuente básica de todos los pecados capitales.



Con Tomás Boy, capitán del equipo.

Recomendado por alguien de la federación de fútbol, si mal no recuerdo Del Castillo, el promotor Berlanga se encargó de planear los juegos en Europa, y así, acompañado de mi compadre y médico de los Tigres, doctor David González Morantes, y de todo el equipo, incluidos los directivos, con gastos pagados por el gobierno federal, iniciamos nuestro viaje y aterrizamos en París, donde, según Berlanga, se había cancelado un juego contra un equipo francés y sin salir del aeropuerto compramos boletos para ir a Yugoslavia, que en aquella época era gobernada por el mariscal Tito, y uno de cuyos equipos en la ciudad de Split, el Hajduk, había sido campeón de Europa.

Aterrizamos en esa bella ciudad, donde nos recibió el embajador de México, un preclaro intelectual, y en donde recibimos todo tipo de atenciones y deferencias, pero no un pago adecuado, por razones de la dificultad de la paridad del peso o dólar con la moneda yugoslava.

El juego se programó para la noche siguiente. El estadio estaba lleno y dentro del mismo no había una sola mujer. Todos los aficionados eran del sexo masculino, y apoyaban con entusiasmo a su equipo, dirigido por uno de los estrategas que había diseñado el llamado sistema de fútbol total, que fue la base del fútbol moderno actual, y que de inmediato arengó a sus jugadores para que arrasaran a nuestro equipo y produjeran una goleada, que ellos esperaban, por su fortaleza y experiencia, así como por el conocimiento que tenían del campo en donde se jugó aquel encuentro. En el primer tiempo, los Tigres pudieron aguantar la presión total que ejercieron los jugadores del Hadjuk; pero, en el segundo, un golazo perforó la portería de Pilar Reyes, y entonces los Tigres reaccionaron y el juego se puso extraordinariamente interesante; y en una pared con una salida veloz de Barbardillo por el extremo derecho y un pase a Tomás Boy, éste, sin pensarlo y desde fuera del área, lanzó un tiro que se incrustó en el ángulo superior derecho. De nuevo ellos tomaron la iniciativa y lograron el gol número 2, y otra vez mis Tigres, como les llamaba, empezaron a rugir, sacaron las uñas y abrumaron a la defensa de nuestro rival.

Jiménez, con su velocidad característica, recibió un precioso pase de Tomás y se enfiló a la portería, y ya dentro del área y por la espalda, fue derribado por el defensa central. Yo grité desde mi lugar en el estadio: “penalty”, igual que había gritado cuando logramos el primer gol y fui el único que lo hizo en todo ese inmenso auditorio, pero el árbitro recogió pacientemente el balón, que estaba junto con el jugador, tirado en el suelo, enfrente de la portería y parsimoniosamente lo retiró, hasta ponerlo fuera del área, y entonces ordenó un tiro libre indirecto. Por supuesto que no se pudo hacer el gol del empate, y los Tigres perdieron su primer partido en el viejo continente.

Posteriormente al juego, y durante el protocolo y recepción, en que se acostumbra un brindis al calor de unos aguardientes de alta concentración alcohólica y que además tienen que terminarse bruscamente para señalar la alegría y el compañerismo, cuando yo me había ya echado a la garganta varios de esos cañonazos, hubo una ceremonia en donde tomó la palabra el secretario del sindicato que era el dueño del equipo, porque Yugoslavia era un país socialista pero independiente de la Unión Soviética. Las palabras que

me tradujo un agregado de la embajada fueron muy afables y demostraban que, al haber ganado, nos otorgaban cierto grado de piedad, señalando que habíamos jugado muy bien.

En mi turno, y ya sometido al calor de la oleada alcohólica, yo hice un buen discurso, que iba traduciendo gradualmente el agregado cultural de la embajada, pero al final, y ya encarrerado en mi verbo, le solté la siguiente expresión: “señor secretario, he aprendido que aquí, en Yugoslavia, ustedes juegan con 12 hombres, porque el de negro o sea el árbitro, juega con ustedes, ya que la falta a nuestro jugador Jiménez fue un claro penalti, y el árbitro lo encubrió”. Volteó la cara el traductor y dijo: “¿en serio quiere que traduzca esto?, porque aquí son muy sensibles”, y yo, envalentonado, le dije que sí, y cuando lo iba haciendo, la cara afable del rubicundo y grandulón secretario se iba poniendo más y más rojiza, y las manos enormes que poseía este caballero, de casi dos metros de estatura, se agitaron con cierto grado de agresividad. Yo me di cuenta y le dije al traductor: “dígame que esa es una broma que hacemos en México en relación con los árbitros”; volvió el traductor a señalarle esas palabras y la cara del corpulento personaje empezó a cambiar; se sonrojó, se sirvió otra copa, me dio otra copa a mí y brindamos; nos abrazamos y ya con tanto brebaje dentro de mi torrente sanguíneo, no recuerdo que más sucedió, sólo que comimos muy bien y nos fuimos a descansar para prepararnos para nuestro siguiente partido.

Posteriormente, y en un camión especial, fuimos a Mostar, una bella ciudad que fue destruida por el genocidio de la lucha bosnia-serbia-croata, y conocimos un bellissimo lugar con vista al Adriático, que recoge una ciudad amurallada de nombre Dubrovnik, y que es una pieza histórica de este bello país lleno de valles, llanuras, mares y montañas, que por un lado colinda con Austria y por otro con Grecia, y que tiene una mezcla de razas tan especial, que produce en sus mujeres una belleza excepcional, pues uno puede encontrar mujeres muy blancas con un pelo muy negro y ojos azules como el mar, producto de la combinación de serbios y croatas y con la influencia de la bella Turquía y de su misteriosa Estambul.

Nuestros jugadores se divertieron de lo lindo, conquistaron corazones, pero muchos se decepcionaron porque en ese país no se podía salir del mismo sin un permiso especial y sus amores quedaron ahí en el recuerdo y en la melancolía. En mis largos viajes nunca he vuelto a ver en una zona del mundo un marco geográfico tan bello y unas personas tan dotadas de la simetría y de la rareza hecha belleza que da la genética adecuada. Posteriormente a

la muerte de Tito, Yugoslavia se disgregó, y en los años 90 tuvo una lucha fratricida, en la que murieron miles de seres humanos inocentes, producto de la actitud genocida de Radislav Krstić y Ratko Mladić. El primero acaba de ser enviado a la cárcel por genocidio.

En ese país volvimos a perder con el equipo de Mostar y después ganamos con otro equipo, y preparamos nuestras maletas para ir a Hungría, en donde el promotor Berlanga, que ya había dado síntomas de su incompetencia, nos abandonó al llegar a Budapest, bella ciudad cercada por un río y que une a Buda y Pest. En nuestra parada para comer, Jorge Berlanga dijo que iba a ir al baño, y desapareció de nuestra vista, dejándonos solos y sin contrato en una ciudad extraña, detrás de la Cortina de Hierro, y a donde habíamos llegado en forma milagrosa, y es que, en efecto, por nuestra ingenuidad y por la estupidez de Berlanga, no habíamos obtenido visa, por lo que fuimos detenidos en la frontera, en la que sobaban armas y torretas de vigilancia, ya que en aquella época, Europa oriental estaba totalmente controlada por el comunismo de Stalin.

En Hungría, gracias a las gestiones de la embajada, conseguimos partidos, y nos hospedaron en una pequeña ciudad cerca de la frontera de Checoslovaquia, que se llamaba Leninvaros, en honor del prócer de la revolución rusa, Lenin, quien había logrado, con la muerte del zar y de toda su familia, ubicar un gobierno bolchevique, mandar matar a Trotski, y así, a partir de 1913, producir un estado socialista en la gran romántica, y bella e histórica Rusia. Esa revolución y la sanguinaria actitud de Stalin produjeron la muerte de más de 50 millones de inocentes, y al final Rusia volvió a una economía liberal. Tanta crueldad y tanta sangre al servicio de nadie y de nada; sólo del recuerdo imborrable del devenir negativo de la historia.

En Leninvaros, mi compadre David González y yo asistíamos con frecuencia a un pueblo cercano, de nombre Miskolc, donde, cuando pedíamos manteca, nos servían manteca y un vino dulzón pero fuerte como un aguardiente poderoso, pero con la paradoja de que en nuestras cenas, el caviar, el arenque y el salmón eran cotidianos. Todos estábamos hospedados en dos pisos del hotel, de paredes prefabricadas, y los ronquidos de mi compadre David, que estaba en el 701, se oían hasta el 726, donde me hospedaba yo. Durante la noche, parecía que un tigre verdadero rondaba por el piso del hotel, y era que David, desde entonces y sin saberlo, padecía la apnea ruidosísima del sueño, misma que actualmente ya controló, utilizando la modernidad del aparato de presión positiva que se estila para el tratamiento de estos padecimientos.

En esa misma ciudad, Leninvaros, los jugadores se amotinaron, porque querían regresar, y yo les dije que no, hasta que ganáramos más partidos de los que habíamos perdido, porque la dignidad de los Tigres no podía quedar por los suelos. Después de esas amenazas y a pesar de los lloriqueos de Pilar Reyes y colaboradores, los Tigres sacaron fuerza y coraje y en Hungría ganamos todos los partidos y disfrutamos el placer del triunfo y de los aplausos del público que gritaba al unísono el nombre de México. Ahí conocí bellísimas mujeres, que se nos acercaban suplicando casamiento, porque sólo así podían salir y venir a occidente; recuerdo a la administradora del hotel, una bella y extraordinariamente llamativa joven, que desfiló con nosotros en la inauguración del partido original y que demostró siempre sus deseos de venir a América. Por supuesto, el casanova de Jiménez y toda la compañía tuvieron múltiples encuentros amorosos, y al menos en esa forma se tranquilizaron, jugaron como Tigres, ganamos y regresamos, como siempre lo habíamos hecho, con la cabeza en alto y con excelentes resultados.

Después volvimos a ir a jugar a España y a Italia, incluyendo en este último país, un juego contra el Perugia -equipo en que militaba Gino Rossi, un gran y célebre jugador. Al Perugia lo derrotamos con un golazo de Edú, que había sido compañero de Pelé y que ya en sus postreros años de jugador le dio prestigio y brillantez a nuestro equipo, pues la gente en todo el mundo lo conocía, y a pesar de que sólo podía jugar medio tiempo, porque había engordado un poco, fue reconocido por la precisión y calidad de su juego; además, gracias a él, conocí posteriormente a Pelé y lo invité a Monterrey donde se hicieron grandes ceremonias en su honor, por haber sido en esa época el mejor jugador del mundo, título que no estoy seguro que le puedan arrebatarse Maradona, por su frívola vida, o el gran Messi o Ronaldo, que están de moda.

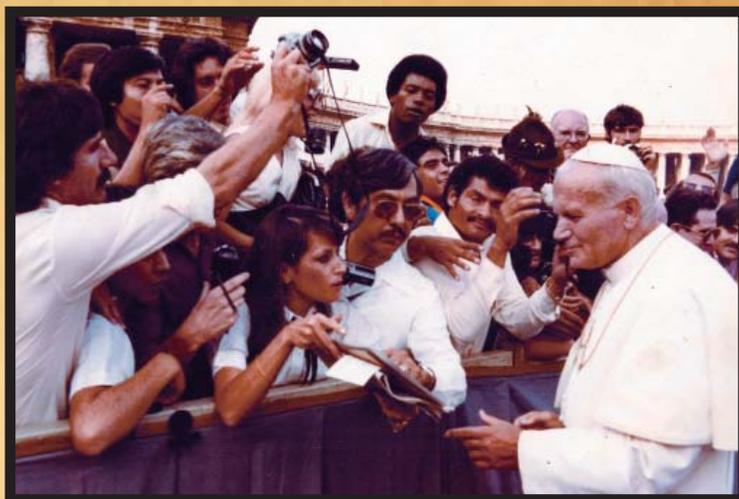
Más sobre los Tigres

De nuevo, la tentación tocó a nuestra puerta, y por convencimiento propio y gracias a las sugerencias de Roberto Méndez, organizamos otra gira a Europa, en donde Italia y España, lugares clásicos del fútbol mundial, fueron nuestros anfitriones. Ahí los Tigres demostraron su valía y nuestro promedio de triunfos fue muy superior al del viaje anterior. Ya en ese momento, Carlitos Peters había logrado consolidar un equipo mucho mejor organizado en su sistemática de juego, aunque con cierta debilidad, que permitía a los jugadores un grado de manipulación que no era común durante las épocas en

que Carlos Miloc tenía al grupo bajo su mando. Por esa razón contratamos para esa época al gran Claudio Lostanau.

Dormido en mi hotel, a las 5 de la mañana, después de haber asistido a una cena que nos ofreció la dirección del equipo Perugia, donde jugaba el gran Gino Rossi, y al que habíamos derrotado con un golazo de Edú, sonó el teléfono. Era el conserje, quien me dijo en inglés: “aquí están unos jóvenes que fueron capturados por la policía por no pagar la cuenta del restaurante”, a donde el equipo de casa nos había invitado cordialmente. Yo le pregunté: “¿cómo se llaman esos jóvenes?” Él entonces me pasó el teléfono, y, con voz atropellada, Juan Roberto Zavala me dijo: “oye, doctor, nos metieron a la cárcel a Manuel Kopara y a mí, y aunque él dijo que tú eres el director del equipo y que ibas a pagar lo que no pagó el equipo anfitrión, no nos dejan salir, y estamos en medio de una bola de facinerosos”. Yo me sonreí, a pesar de la cruda realidad matutina, y le pedí que me enviara a uno de los guardias que hablara inglés para poder resolver el asunto, y así, un guardia tocó la puerta, y con cara de sargento mal pagado, en un pésimo inglés y con voz amenazante, me pidió que arreglara ese asunto, o de otro modo mis afamados secretarios iban a sufrir otras penas. Yo, medio dormido, le entregué mi tarjeta de American Express, para que hiciera todos los trámites, y le pedí que la dejara en la administración, y así, a las 8 de la mañana, según me contaron después, Juan Roberto y Manuel salieron indemnes, y yo me levanté muy enojado, porque las directivas de los equipos italianos, como es costumbre en ese bello país, son muy amables y muy gentiles mientras no les toque uno la bolsa, y son capaces de defender una lira -que era la moneda de aquella época-, hasta con la vida.

Después, y ya en Roma, tuvimos la oportunidad de visitar al Papa en una de sus reuniones dominicales, y él, con toda gentileza, se detuvo y aceptó tomarse unas fotos y platicar con nosotros; nos dijo que recordaba a Monterrey, y señaló que en su juventud había jugado fútbol. Triunfadores y contentos, nos retiramos, y nuestro equipo volvió a renovar mis sufrimientos en todos los juegos de fútbol en donde mi ansiedad y el dramatismo de los resultados, seguramente consumieron, por el estrés, muchas de mis reservas emocionales. Esta situación sólo la tranquilizaba utilizando el sedante de alguna cerveza bien helada durante el juego, o mediante mi propia motivación personal, que me hacía involucrarme personalmente con los problemas de los jugadores, al grado de que en el caso de uno de ellos, excelente jugador, que había perdido su ritmo porque estaba enamorado de una mujer bella, pero conocida por su frivolidad, tuve que pedirle a otro de mis muchachos, que



Los Tigres campeones, saludan al Papa.

era bueno para la seducción, que le demostrara con hechos a su compañero que por esa muchacha no valía la pena arriesgar una bella familia e hijos que el jugador tenía. Además, yo actuaba como psicólogo del equipo y entrevistaba personalmente a los muchachos, para conocer sus problemas y apoyarlos en la medida de mis posibilidades.

Por supuesto, el equipo no pudo ser campeón todos los años y a veces sufrimos los riesgos del descenso, pero siempre se conservó un ambiente de lucha y defensa de los colores universitarios, a pesar de que en el fútbol hay muchas tropelías administrativas y corrupción financiera en las compras de las cartas de los jugadores, ya que algunos promotores son unos verdaderos pillos, aunque algunos otros, como Ney Blanco, un brasileño con quien tuve yo una gran amistad, sí eran honestos y demostraban su amor al fútbol.

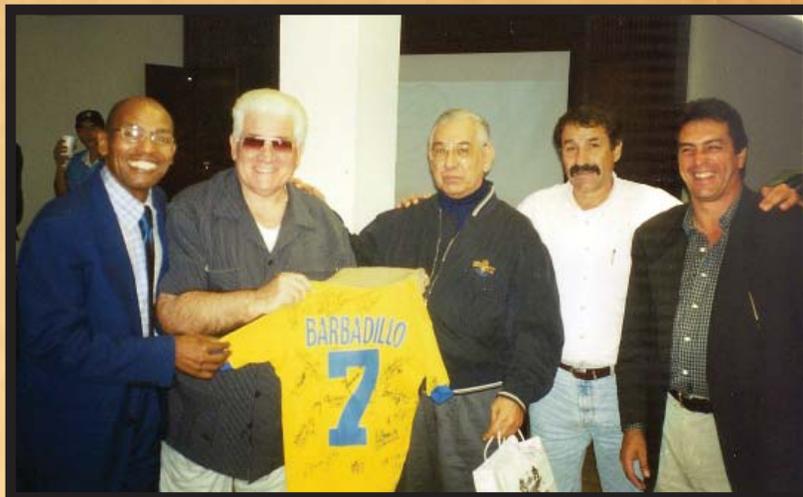
En ese tropel de ansias de triunfo, tuvo el equipo entrenadores de mucho prestigio, como Marcos Calderón, que no se adaptó a nuestra forma de vida, y otros muy inteligentes, como el “Catrín” Mireles, quien, después de que derrotamos al América en el Estadio Azteca, inició una carrera alcohólica que culminó con su muerte. En este caso, una vez tuve que bajar al vestidor e impedir que saliera a la cancha, pues no estaba en condiciones adecuadas para tal objeto, y los jugadores me pidieron: “doctor, usted diríjanos; usted nos conoce muy bien”. Les contesté: “jóvenes: yo estoy loco por el fútbol, pero no tanto, así que los va a dirigir su capitán, que es Osvaldo Batocletti”, un excelente jugador argentino, hombre de bien y con una

enorme capacidad de liderazgo, que goza de un gran prestigio en toda la comunidad del Estado

Oswaldo, que estaba renuente a dirigir el equipo, aceptó y ¡oh, sorpresa negativa!, perdimos en la peor goleada que ha recibido nuestro equipo, por 7 goles a 0 ante el Atlante, encabezados por la aplastante figura goleadora de Cabinho. Años después, nos vengamos de esa afrenta, y en la Ciudad de México derrotamos al Atlante, cuyo presidente era el secretario del Trabajo, licenciado Arsenio Farrell Cubillas, un brillante abogado, de carácter endemoniado, con quien me unió una gran amistad. En ese juego, Cabinho nos empató con un gol de cabeza, y ya en penaltis, logramos, con la angustia mía presente en la parte posterior de la portería, después de un gol de Orduña y dos maravillosas paradas del que llamaron “San Mateo” Bravo, alzarnos con el campeonato.

Lo que siguió después fue una verdadera algarabía tumultuaria, pues en el trayecto del aeropuerto a la plaza Zaragoza, miles de aficionados vitoreaban a nuestro equipo. Ya en el aeropuerto me habían obligado a cumplir la promesa que había hecho, en un alarde de palabrería, de que quería tanto a mi equipo, que si éramos campeones, me vendría descalzo del aeropuerto. Ante los gritos que reclamaban lo anterior, me quité los zapatos, me bajé del avión y durante el trayecto al autobús que nos esperaba, sufrí el temor de que entre los miles de personas me dieran un pisotón y me fracturan mis ya fatigados dedos del pie. Esta exigencia duró todo el viaje, y tuve que mostrar, con los pies al aire en la ventana del camión, que iba descalzo, pues la gente me exigía el cumplimiento de mi oferta, y así llegamos al evento tumultuario en la plaza Zaragoza, que, según dicen, congregó a más de medio millón de personas, récord histórico que sólo superó la visita de Juan Pablo II en el seco cauce del río Santa Catarina.

Durante toda la trayectoria, observé que mi entrenador, a quien yo le tenía gran admiración, estaba serio y enojado y no quería gozar el triunfo, que había sido posible gracias en parte a él y sobre todo a los excelentes jugadores que tenían los Tigres, como Tomás Boy, Jerónimo Barbadillo, Jorge García, Pilar Reyes, Alfredo Jiménez, Alejandro Izquierdo, Sergio Orduña, Leonardo Álvarez, Edú, Ruiz y el “Pillo” Herrera, y nuestro medio de contención, Salvador Carrillo, así como todos los que formaban parte de esa plantilla. Esta actitud y muchas otras posteriores de don Carlos Miloc me han causado asombro, al observar cómo una personalidad tan auténtica y fuerte, no aprende a compartir los triunfos; quizá él pensaba que yo utilizaba esta



Con Don Carlos Miloc, Gerónimo Barbadillo, Chava Carrillo y Tomás Boy.

situación para mi interés político, sin reconocer que mi interés por el deporte en general y por el fútbol soccer en particular, era, y es, consustancial a mi personalidad y no tenía nada que ver con una manipulación política.

Todavía muchos años después, cuando me pidieron que le entregara un trofeo de reconocimiento, él me miró con enojo e indiferencia, pero yo continué tratándolo con atención, afecto y gratitud, porque mis enseñanzas de vida me muestran que es mejor cerrar los ojos al humor negativo, para poder recordar sólo y fundamentalmente, los valores positivos del concierto humano complejo y disímbolo del que formamos parte, y como los jugadores recibieron lo bueno de don Carlos, sólo eso recuerdo del gran Miloc.

De esas nostalgias, tanto del soccer como del fútbol americano, conservo un orgullo prestado, porque reconozco que mis dos ángeles de la guarda que siempre me han blindado de los múltiples problemas que he tenido y de los grandes riesgos en que me he metido por mi tendencia a vivir en la orilla de un desfiladero, fueron los que me colocaron en esas circunstancias históricas en las que puse mi entusiasmo, mi fervor y sobre todo mi pasión; ésa que todavía conservo en cada una de las cosas públicas que me toca hacer, recordando la frase de mi conocido premio nobel, García Márquez, quien dijo que en la vida donde no hay pasión, hay chapuza; o sea, engaño y eso quizá sea cierto en el ritual fantasmagórico del desfile de máscaras que forma parte de los procesos de la convivencia humana, en donde el ser se esconde pensando sólo en el aparecer, destruyendo así su autenticidad y frenando la emisión

natural de valores positivos con que nacemos y cuyo apego a ellos es lo único que nos permite gozar transitoriamente algunos momentos de felicidad, en este, como decían las señoras antiguas, valle de lágrimas, al que, según ellas, Dios nos ha mandado, sin darse cuenta de que el vertedero de nuestras lágrimas es sólo responsabilidad de nosotros mismos y no podemos achacárselo a otras personas, y menos a la figura simbólica o basada en la fe, de un ser superior, que, estoy seguro, no nos mandó sólo a sufrir, sino también a gozar y a ser felices.

Echeverría, Pedro Zorrilla y la universidad

Reitero que mi relación con el presidente Echeverría fue extraordinariamente favorable para la universidad; también, que el trato deferencial que él me brindó me permitió incorporar rápidamente la institución a la normalidad, y gozar de los consejos y el apoyo, así como de la sabiduría convencional política de un presidente de México que, obviamente, tuvo defectos y virtudes, estas últimas ligadas con su deseo inconsciente de recuperar prestigio ante la educación superior, conocedor de que el movimiento del 68, así como los hechos trágicos del 10 de junio de 1971, habían demeritado mucho su imagen y lo habían ubicado en el campo de los políticos represores, encabezados por Díaz Ordaz, todo lo cual formaba parte de la conflictiva histórica de ese momento.

Luis Echeverría apoyó más que nadie a las universidades, y a mí me dio un trato de amigo, del que gocé muchos años después, y que rubriqué con nuestras muy fructíferas reuniones que teníamos cuando él visitaba París y yo trabajaba ahí como embajador de México en la UNESCO. Sus invitaciones, sus microgiras que le gustaba hacer, siempre me dieron amplias satisfacciones, y además mucho aprendizaje, porque a pesar de que mucha gente calificaba a Echeverría como ignorante, tenía un extraordinario acervo de experiencias políticas, que compartía con los jóvenes en general y conmigo en particular.

Su presencia siempre patriótica, su interés permanente por el país, eran los motivos fundamentales de sus preocupaciones, y lo anterior no lo puedo soslayar, al margen de que mucha gente lo considera un personaje siniestro que mandó matar a muchos jóvenes, según dicen, y que metió al país en una enorme crisis financiera por el gasto exagerado que caracterizó su gestión y por la torpeza que para muchos fue característica de su personalidad. Yo

no sé si todas las acusaciones que se le han hecho sean ciertas, o si hay una dosis de verdad y mucho de circunstancia, tanto en su paso por la Secretaría de Gobernación, como posteriormente en la Presidencia. Lo que sí sé es que cada quién habla del baile según le va en él, y a mí y a la universidad nos fue muy bien. Todavía está latente el juicio inexorable de la historia, que a veces no es tan veraz como uno quisiera, porque los procesos históricos los escriben los que triunfan y no los derrotados en la imagen aparente.

Este torbellino de confusión me permite aceptar las críticas y el enjuiciamiento que llevó hasta la cárcel domiciliaria a un gran presidente patriota, que probablemente se equivocó, porque todos tenemos derecho a equivocarnos, pero yo no estoy seguro de que lo haya hecho de mala fe o pensando en él; creo que, a la par con su esposa, María Esther Zuno de Echeverría, ambos antepusieron siempre su sentido nacionalista y su fervor de patria, que se ha perdido en la actualidad.

Circunstancia semejante, aunque en menor grado, sufrió Pedro Zorrilla, que para mí fue un gobernador universitario, intelectualmente muy preparado, que tuvo que tomar decisiones difíciles, muchas de las cuales lesionaban los intereses empresariales, porque la actitud del presidente que lo había distinguido con esa oportunidad lo hizo enfrentarse a una circunstancia histórica compleja, pues mientras la Liga 23 de Septiembre y la guerrilla asolaban al país en general y a Nuevo León en particular, donde causaron la muerte de un gran regiomontano, don Eugenio Garza Sada, los empresarios habían hecho responsable a la aparente tolerancia de Echeverría al pensamiento de izquierda, y a la complicidad de Pedro para aliarse con la CTM y así proteger su capacidad de gobernar; la cual fue blindada por nosotros los universitarios, que, encabezados por mí, recibimos de él apoyo y respeto, además de tolerancia a nuestras diferencias que a veces teníamos con las acciones políticas.

En este ámbito, Pedro Zorrilla fue perdiendo gradualmente su popularidad, y un periódico de la localidad hizo cera y pabilo con su imagen, llegando al extremo mordaz de hacer una tira diaria de caricaturas, denominada *Doctor Z*, dedicada al gobernador. Lo anterior fue seguramente alimentado por los grupos empresariales dominantes, que llevaron su caso hasta solicitar la remoción del gobernador, y me invitaron a mí a ser su cómplice, a lo cual yo me negué rotundamente, porque entre todos mis defectos no figura el de la ingratitud o de la deslealtad; baste decir, como ejemplo, que fui invitado a la Secretaría de Gobernación y ahí Reyes Heróles, en un rasgo dramático y

en presencia de los representantes empresariales e industriales dominantes del Estado, bruscamente les señaló lo que he descrito en mi libro *8º. Piso*: “Señores empresarios -dijo don Jesús- no vamos a quitar a un gobernador porque ustedes nos lo pidan, porque ustedes no son unas damas de la caridad, son unos hijos de la chin...” Y prosiguió: “háganle caso al rector Todd, que está ayudando al gobernador, y a través de la universidad, desarrollen un diálogo, porque lo importante es el Estado y no sus intereses particulares”. Con un cierre brusco de la puerta del bello Salón Verde de la secretaría culminaron las aspiraciones de cesar a Pedro, pero no así los mecanismos que terminaron con que, al finalizar su gestión, Pedro no era bien visto ni saludado en los eventos, porque se había germinado un rencor social en su contra.

Yo no quiero que renazca esa conflictiva, porque ya pasó, pero pienso que no hubo un juicio ecléctico, ya que al margen de los defectos de Pedro, por su estilo francés lento o un poco diletante, o lo que se le inculpaba de su relación con Echeverría, la verdad es que ambos solucionaron el terrible problema de los grupos insurgentes, que en aras de la libertad, del cambio social o de la revolución, mataban a muchos seres inocentes cuando asaltaban los bancos o secuestraban empresarios o, en las guerrillas de Guerrero, asolaban las regiones de la pobreza, y, en aras de su movimiento, mataban soldados por la espalda o eran capaces de cortar en pedazos a los personajes secuestrados, como fue el caso del connotado empresario jalisciense Fernando Aranguren. Echeverría, entonces, terminó con todo eso, quizá con dejos de represión, pero la violencia concluyó en Nuevo León y en México, y la emergencia de López Portillo le permitió un panorama con grandes oportunidades creativas y grandes expectativas, que desgraciadamente él mismo, al final, no aprovechó.

En esa época, la universidad tuvo enormes progresos: se crearon 13 nuevas preparatorias, nuevas facultades; hubo estabilidad académica, triunfos deportivos; se construyeron más de cien mil metros cuadrados, y nuestra cristalización culminó con la incorporación de la Capilla Alfonsina y un gran número de los libros de don Alfonso Reyes, para darle un sustratum histórico a nuestra universidad, a la que Reyes había catalogado como el “faro luminoso” del noreste de México. Además, desde esa época, la universidad está en calma; los estudiantes estudian; los maestros enseñan; hay un incremento en la investigación; la extensión cultural es parte de nuestro espíritu comunitario, y las prestaciones laborales que iniciamos han permitido una gran armonía entre el sindicato y las autoridades.



Con Luis Echeverría, Pedro Zorrilla, en “Los Pinos”.
El presidente siempre atento a la Universidad.

Si eso no se puede ver, es porque debe existir alguna miopía del rencor o envidia, y si eso se logró hacer, no fue por mi persona, sino por un grupo de universitarios que decidimos regresar a la universidad al cauce del conocimiento y la cultura, inspirados en las enseñanzas de Rangel Frías. Todo eso no habría sido posible sin el apoyo de Zorrilla y de Echeverría, y aunque López Portillo también nos favoreció con una amistad y un respeto institucional, él tomó el país con todos trabajando y en calma, y así su frase de: “vamos a administrar la abundancia”, enseñó que las inversiones de Echeverría en Pemex habían sido positivas, y que la estabilidad universitaria de la que él gozó le permitió tomar las grandes decisiones, amparado en una brillantez intelectual manifiesta y en una inteligencia cognitiva que no han tenido muchos presidentes de México; pero con la tristeza de una paupérrima inteligencia emocional y de una frivolidad familiar, que al final lo condujeron a una derrota personal, a una crisis financiera nacional impresionante y a una decisión de nacionalización de la banca que todavía estamos pagando, por el beneplácito del presidente Zedillo para congraciarse con los banqueros.

La universidad amparó mi vida familiar, y así mi esposa Elvira, Lucía y Rodrigo iluminaron mi vida con una estabilidad que no había yo tenido previamente, a pesar de la sobriedad y entereza de Alicia, mi primera esposa, y el gran goce mío de haber procreado a dos caballeritos inteligentes y creativos, que fueron mis hijos Gabriel y Mauricio. Posteriormente, la reflexión profunda me ha enseñado que, para mí, la universidad fue el espacio vital que me permi-

tió ser, existir, hacer, amar, comprender integralmente el fenómeno humano y madurar algunas de mis virtudes intelectuales, lo que no hice al mismo ritmo con mi inmadurez emocional, que siempre quedó como una marca imborrable y generada por mi pasado infantil y de la adolescencia.

Por todas estas razones, cuando alguien me pregunta si en mi largo peregrinar por los puestos públicos y universitarios que he ocupado me fuera dado seleccionar alguno al que yo quisiera regresar para morir en él, siempre señalo: “la libertad que se respira y practica en la universidad es única, y el puesto más importante existencialmente para mí ha sido y será el de rector de nuestra máxima casa de estudios, llamada así no por el tamaño, sino porque está en la raíz del pensamiento filosófico cultural de nuestro acervo histórico, que se ilumina en el siglo XX y que nos permite recuperarnos de nuestra anemia en figuras, personajes o idearios del siglo XIX, con algunos destellos brillantes, y de los siglos XVII y XVIII, en que nuestro Estado sólo fue aquél de nómadas, chichimecas y aventureros.

Por eso, haber estado en la universidad durante la tercera parte del siglo XX, me permitió recoger los vientos del humanismo y encauzarlos hacía la recuperación de la estabilidad, con respeto a la libertad y la creatividad de todos los protagonistas de la misma, al margen de su ideología personal o grupal. Ahí aprendí a comprender, tolerar, aceptar la crítica, amar y tener pasión por mi hacer, y defender con inteligencia mi pensar y, sobre todo, cargar mi instrumentación dialéctica de conocimientos derivados de todas las áreas de la institución, lo cual me dio una aparente solidez cultural, que me ha sido muy útil, sin orgullo prestado, puesto que conozco mis limitaciones, en el encuentro de mi vida actual con la nueva juventud, ésa que respeto, pero que tiene fórmulas de vivir distintas a las corrientes históricas y sociológicas que me permitieron ver la luz del conocimiento.

Actualmente, el mucho saber no es tan importante como el mucho tener; pero, en esa dicotomía, mi lucha está vigente, porque yo creo que el tratar de pensar y tener fantasías e iluminar la imaginación, todavía debe considerarse como la fuente de la creatividad, ésa que me ha caracterizado y que me ha permitido sobrevivir, no en relación con los contrarios de mi vida social, sino en relación con la lucha interna conmigo mismo. Por eso, la cultura, la admiración por lo romántico, han sido los linimentos emocionales que han anestesiado un poco la depresión que a veces aparece en el análisis emocional de la servidumbre humana. Por todo lo aquí señalado y mucho más, yo canto el himno permanente a lo que mi universidad representa.

La Facultad de Derecho: el gran lío

La Facultad de Derecho es la más antigua, históricamente, de la universidad, y de ahí han egresado grandes juristas que han sido gobernadores del Estado, y políticos avezados en la búsqueda del poder. Ni duda cabe de que en esas aulas germinan todos los temas de orden social y criminal, y por supuesto, la formación en el difícil arte-ciencia de ejercer el poder político. Las discusiones que antaño fueron filosóficas y conceptuales, se convierten, acordes con el entorno cultural existente, en simples expresiones de búsqueda de recursos, algunas veces a través del poder y, otras, de los ordenamientos legales que forman la infraestructura del Estado moderno, y nuestra facultad no podía desligarse de este ambiente, que había sido enardecido por la violencia.

Antes de mi llegada a la Rectoría, Derecho, Medicina y Mecánica eran las áreas en donde se hacía y se practicaba la política universitaria, de defensa de las fuerzas de izquierda, que previamente, y a través del poder y de sus contradicciones internas, habían generado una lucha que condujo a la universidad, en general, y a esa facultad en particular, a no cumplir sus objetivos académicos fundamentales, pues a veces los maestros y los alumnos no asistían a clases, por andar en las grillas políticas circunstanciales. Neftalí Garza Contreras, director que duró ocho años en el puesto, junto con Jorge Urencio en la Facultad de Mecánica, líder natural, y las viejas y desmedidas ambiciones de mi maestro Ugartechea, formaban un triángulo que controlaba la esencia política interna de la universidad, en el área digamos institucional o conservadora, y habían formado un frente común para salir triunfadores en el conflicto ideológico con la izquierda radical, representada por Tomás González de Luna, Máximo de León, Juan Ángel Sánchez, Escamilla, Covarrubias, y sobre todo, de la sinrazón de Capistrán o del ex rector Ulises.

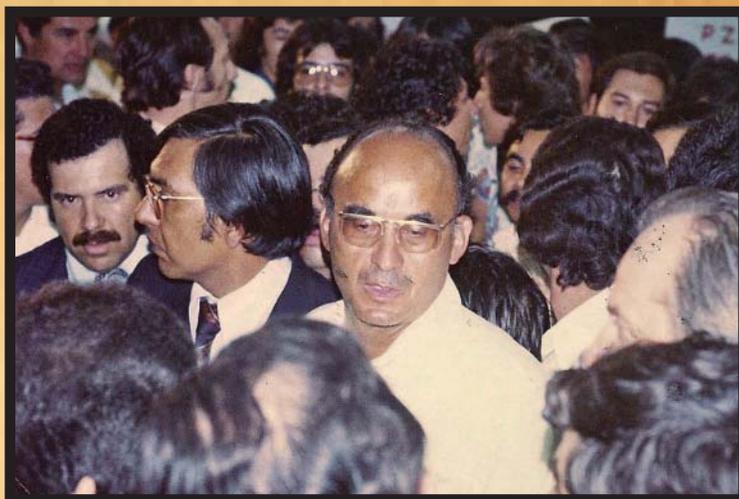
Bajo estas premisas realistas, cuando llegué a la Rectoría, mi obligación moral y práctica era negociar y distribuir el poder para evitar los conflictos internos, y así poder iniciar la estabilización de la institución. Neftalí era un abogado muy distinguido e inteligente, que tenía un grupo político de maestros en el que participaba gente muy valiosa, como Jaime Elizondo, Jesús Lozano; además, el profesor de leyes, Everardo Chapa. Los alumnos, encabezados por Rolando Castillo, y previamente por Francisco Cienfuegos, quien defendió la universidad con particular esmero, y después con el apoyo del líder estudiantil David Galván, concuño de Neftalí, tenían una presencia

que obligaba a ceder a muchas de sus pretensiones y a otorgar posiciones dentro de la estructura administrativa de la universidad.

Recién desempacado, me visitaron Jorge Urencio y Neftalí, y con franqueza, Jorge, dada su simpatía habitual, y además contando con el hecho de que la Facultad de Mecánica había tomado la Rectoría simbólicamente, me señaló: “Oye, Luis. Estamos de acuerdo en que seas rector, pero la Secretaría General la queremos para nosotros; en concreto, queremos que sea el licenciado Jesús Lozano Díaz (compadre de Neftalí Garza Contreras y amigo personal de Jorge). Les respondí con una sonrisa y, por supuesto, diplomáticamente, les expresé: “Bueno, yo creo que ustedes tienen derecho a participar en el gobierno de la universidad, porque gracias a ustedes se pudo convertir la actitud radical, violenta y destructiva del grupo de izquierda en algo capaz de ser conciliable. Estoy de acuerdo. Envíenme a Jesús, para conocerlo bien y cuenten con la nominación, y gracias por su apoyo”. Dada mi aparente rápida aceptación, Neftalí me dijo: “Oye, Luis. Yo necesito que también el jefe del Jurídico sea de mi escuela”. Yo le repliqué de inmediato: “Por eso he nombrado a Francisco González Salazar, egresado de la facultad, hermano de Roque González Salazar, que fue rector y que además fue recomendado por el gobernador”. No recuerdo si lo último fue verdad o mentira, pero fue suficiente para calmar los ánimos y detener la ambiciosa y progresiva búsqueda del control que Neftalí quería tener desde el principio.

Por supuesto Jorge Urencio, el más hábil y menos radical, me recomendó posteriormente al ingeniero Cayetano Garza para el área de deportes, personaje que tuvo gran influencia en la universidad y con quien fundé la Escuela de Organización Deportiva. Además, Jorge, dada su natural bonhomía, tomó en esa reunión y posteriormente, una actitud proteccionista hacia mi persona, y junto con sus alumnos, que estaban muy bien organizados, formó parte del nacimiento de la estabilidad moderna de la institución. Comentando lo anterior con mi compadre Roberto Moreira, a quien yo quería nombrar secretario general, él me contestó: “Mira, compadre; yo te conozco, y a ti no te gusta pelear de oficio, y a mí, tú sabes que la actitud de lucha se me da por naturaleza propia; así que no te preocupes por mí; yo te voy a ayudar siendo tu secretario general sin nombramiento, y tú puedes darle la nominación y encargarle los trabajos que quieras a Jesús Lozano. Seguí el consejo y acepté la madurez de la respuesta. De esa manera logré detener las ansias guerreras de los líderes.

Además de lo anterior, como el maestro Ugartechea estaba molesto conmigo, pero ocupado en la Facultad de Medicina, donde también teníamos



Con el Presidente Echeverría, y el inolvidable Jorge Urencia.

fuerza propia, se pudo equilibrar la situación, proyectando de inmediato a Alfredo Piñeyro para que fuera después el director de dicha escuela. Por su parte, Tomás González de Luna, con su cara seria y adusta, ni tardo ni perezoso se hizo presente para decirme: “La gente de izquierda estamos de acuerdo en que llegues a Rectoría, pero queremos la Coordinación de Preparatorias para nosotros, ya que ahí tenemos parte importante de nuestro grupo político y también sindical”, lo cual era cierto. Acepté de inmediato, para mediar las fuerzas activas de la universidad, y rápidamente nombré a los demás funcionarios, incluso uno que me sugirió la Facultad de Ingeniería Civil, David Fernández Camargo, en el área escolar, y que fue sucedido por mi gran colaborador de todos los tiempos, Orel Darío García, quien primero ocupó el puesto de subdirector escolar; después, de director, y al final, de secretario general. Orel me acompañó en todos los puestos públicos en los que tuve oportunidad de participar, y siempre demostró honestidad, eficiencia administrativa y una gran capacidad de trabajo.

Pero volviendo al tema de la Facultad de Derecho, las cosas empezaron a funcionar adecuadamente, porque Nefalí, sin intervención de la Rectoría, nombró a sus colaboradores, se reeligió y, a través de la familia Castillo, siguió consolidando una hegemonía interna, pero siempre con la esperanza de ocupar algún día la Rectoría de la universidad. “El Gordo”, como le decían sus amigos, jugaba tenis conmigo y casi siempre perdía, lo que causaba una gran tristeza y enojo a sus colaboradores y amigos, pues siempre querían fomentar una rivalidad que yo tenía que amortiguar con un tratamiento de

terciopelo y simpatía personal, pues no era difícil apreciar a un hombre inteligente y sensible en sus rasgos personales, al cual en cierta forma neutralizábamos con la amistad íntima que hubo entre Rolando Castillo, agresivo y a veces furibundo, y mi compadre Roberto, que tiene una enorme habilidad para encauzar el liderazgo de ese tipo de personalidades.



Amador Flores Arechiga,
gran polemista
y tribuno universitario.
Fue rector.

Todo iba muy bien, hasta que, en el quinto año de mi estancia como rector, Neftalí se desesperó y en su afán por llegar a desplazarme y ocupar mi puesto, empezó a presionar a través de sus grupos estudiantiles y a causarme problemas dentro del Consejo Universitario, así como a impedir el ingreso de los auditores a sus estados contables. Todo eso me obligó a citarlo un día y decirle con claridad: “Oye, gordo. Hemos sido buenos compañeros de tenis y hemos trabajado juntos; tú has desarrollado los colegios de ciencias políticas, periodismo y criminología; tu escuela está tranquila y tú puedes poner al sucesor, ya que vas a cumplir ocho años, lo que está fuera de la ley, pero yo te voy a respetar; además, no quiero perder a mi compañero de tenis. Así

que párale a tu presión estudiantil, porque estás causando un conflicto innecesario en la universidad”.

Me miró con cierto dejo de tristeza y rencor y me dijo: “No, Luis. Vamos a seguir adelante, porque la Junta de Gobierno, que dirige el amanerado del licenciado Rangel, no va a poder quitarme, y voy a llevar al Consejo Universitario el caso de los elementos que me están causando problemas, y que, según dicen, son enviados por el doctor Moreira”. Posteriormente, la presión estudiantil fue en aumento. Los jóvenes me seguían hasta mi casa, y para mí era muy difícil dialogar con Neftalí, sin que aparecieran cientos de muchachos, que obviamente eran enviados por él mismo; en tanto, Rolando Castillo continuó organizando la aparente precampaña del director de derecho.

Al mismo tiempo que eso sucedía, los periódicos *El Norte* y *El Diario de Monterrey*, en los cuales Neftalí era jefe del departamento jurídico, empezaron a aliarse con los ataques que él mismo lanzaba contra la universidad, algunos abiertos y otros clandestinos, y a pesar de que durante más de tres meses llevé su caso, gradual y progresivamente ante el Consejo Universita-

rio, respetando el estatus jurídico, pero señalando que ocho años en la facultad estaban fuera de lo convencional, Nefalí siguió con su agresividad, la que me empezó a preocupar, por su alianza con los medios antes descritos y su desacato a la Junta de Gobierno.

Habiendo agotado todas las formas de conciliación, un día, molesto por una publicación en el periódico en contra de Rangel Frías, presidente de la Junta de Gobierno, tomé las cajas de una auditoría externa que habíamos practicado y solicité una reunión privada con los licenciados Alejandro y su hermano Rodolfo Junco, y Abelardo Leal, jefe de redacción, y les mostré abiertamente las cajas con los papeles, y, en un acto dramático, les volteé las hojas sobre el escritorio, y les dije: “Yo los conozco a ustedes y sé de la importancia de su periódico; pero, ¿ya saben a quién están defendiendo?” Y les mostré los datos que señalaban que Nefalí tenía un verdadero feudo y que no respetaba ni la ley ni la rendición de cuentas. El licenciado Abelardo, que fue el único que derrochó cierto grado de comprensión, me mostró su simpatía, y los ataques disminuyeron por parte del periódico, pero no por parte de Nefalí, quien en un desplegado público insultó al maestro Rangel Frías.

Como eso no tenía perdón, convoqué a una reunión con la Junta de Gobierno en pleno; les señalé las causas y solicité su cese, lo cual fue aceptado sin complicaciones posteriores, porque, en una maniobra estratégica que Roberto y yo habíamos diseñado, nombramos como director provisional a su ex líder estudiantil, que tenía ascendencia sobre los muchachos: David Galván. Éste, concuño de Nefalí, después fue director en varias ocasiones, y es que, al ver su oportunidad, no titubeó, y aunque se generó un conflicto familiar, aseguró su trascendencia futura.

Previamente al desenlace final, un día fui informado de que el licenciado Lozano había citado a directores simpatizantes de Nefalí en la sala del Consejo Universitario, pues ahí, con la excusa de que se estaba organizando la construcción de un gimnasio, para lo cual yo le había dado todas las facilidades a Jesús, se empezó a hablar de la posibilidad de iniciar un movimiento en contra de mi persona.

Eso sucedió por la mañana, y a las 5 de la tarde cité yo a Jesús, y simplemente le dije: “Te agradezco lo que has hecho por la universidad, pero a partir de esta fecha estás cesado como secretario general”. Él me replicó: “Luis, no puedes hacer eso, porque se te van a echar encima mecánica y derecho, y no vas a poder con eso”, a lo que le contesté: “Tú escogiste la amistad de

Neftalí y despreciaste la estabilidad de la universidad. Yo respeto tu derecho de escoger a tus amigos, y tú me vas a respetar el derecho de defender a la universidad, que es mi máxima prioridad; así que haz lo que quieras, Dios te bendiga, y entrégale la Secretaría a Orel Darío de inmediato”. Antes te despedirse, y con la cara pálida y desencajada, me dijo: “Luis, ¿por qué?”, y yo le repliqué: “Porque tú y Neftalí están equivocados. Si hubieran querido, podían haber nombrado a Everardo Chapa, hombre valioso, y seguir conservando su oportunidad para el año que entra, pero quieren tumbarme y yo no tengo ningún interés en irme. Además, insultaron al maestro Rangel. Esta decisión no tiene regreso”.

Orel Darío tomó posesión; Roberto habló con David Galván; los alumnos se tranquilizaron; Everardo Chapa continuó siendo excelente profesor, y Jaime Elizondo, quien había entrado como jefe del jurídico después de la renuncia de González Salazar, y con quien yo había hecho una buena amistad, y tenía empatía personal extraordinaria, fue mucho más honesto y auténtico al señalar que, si bien Neftalí era su amigo, él creía que estaba equivocado y que la universidad era un valor primario. Jaime, extraordinario abogado, con una enorme entereza y un carácter muy firme, simplemente se apartó de la problemática y actuó en forma institucional, por lo que conservo el recuerdo de su autenticidad, su profesionalismo y de su alma universitaria.

Posteriormente, tanto Neftalí como Jesús Lozano, cuando me encontraban en algún restaurante y había oportunidad de conversar, aceptaban que se habían equivocado y que yo les había dado todas las oportunidades posibles para rectificar, por lo que no me guardaban ningún rencor, pues consideraban estos eventos como parte de una historia vivida en una época conflictiva de la universidad.

Neftalí murió años después, víctima de un infarto mientras veía la televisión, y así Nuevo León perdió a un excelente abogado; Jesús Lozano falleció tiempo después, de cáncer de colon, y la Facultad de Ingeniería Mecánica perdió a un buen profesor, y David Galván consolidó, con visión futura, la estructura de la Facultad de Derecho, y además fue vicerrector, fundador de facultades en el área rural, y demostró una lealtad a toda prueba a mi compadre Alfredo y a mi persona. Más tarde tuvo que dejar la universidad por una circunstancia producto de una irregularidad administrativa, pero conserva mucha ascendencia en su trabajo en la Unión Ganadera Regional de Nuevo León y en el mundo jurídico de la entidad.

La sucesión presidencial

En el año de 1976 tuve la oportunidad de conversar en varias ocasiones con quien era el precandidato presidencial favorito; me refiero al entonces secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia. Este funcionario, de inteligencia preclara y una juventud que desbordaba entusiasmo, contaba con el apoyo de la mayoría de los gobernadores, que, orientados por el presidente, y dado que era el secretario de Gobernación, estaban casi seguros de que sería el candidato presidencial por el PRI en 1976. Pero, ¡oh, sorpresa! La política mexicana no aceptaba planeación previa, y como no existían encuestas sociales, siempre había un margen de incertidumbre que le daba emoción al fragor político electoral.

En una ocasión en que Roberto Moreira y yo asistimos a la Secretaría de Gobernación para conversar con el secretario y exponerle algunos problemas que teníamos en la universidad, nos llevamos una mayúscula sorpresa, porque en lugar del hombre reposado y tranquilo, a quien le habíamos entregado una chamarra de la Facultad de Ingeniería Mecánica, de la universidad, en una visita que nos había hecho, nos encontramos con un personaje que nos escuchó muy poco y nos soltó una verborrea prolongada y diversa, y haciendo acopio de su elocuencia, brincaba de un tema a otro, sin contestar a las solicitudes y peticiones que originalmente le habíamos planteado. Al salir, Roberto, con su natural ironía crítica, me dijo: “Oye, compadre. Después de oír al secretario, me acordé del licenciado Elizondo, que no sabe escuchar; te aseguro que este señor no va a ser el presidente de la República”. Volteé a verlo, desconcertado, y le dije: “Pues todos los gobernadores están con él, y además Echeverría lo ha señalado frecuentemente como su alter ego”. Roberto replicó: “Para el baile vamos”. Y sí, sus palabras fueron un sombrío pronóstico, ya que unos días previos a la aparente decisión, el presidente utilizó el ingenioso sistema mexicano denominado “el tapado”, y a través de las centrales obreras y del PRI, “destapó” al licenciado José López Portillo.

Con el secretario de Hacienda, López Portillo, nosotros no habíamos tenido mucha relación, porque normalmente nos entrevistábamos con el subsecretario, licenciado Miguel de la Madrid Hurtado, con quien arreglábamos nuestros pormenores de deuda, y habíamos logrado sentar un precedente, al no pagar la retención del impuesto de los trabajadores, generando una demanda indirecta para que se nos aportara el presupuesto correspondiente, que, como siempre, era menor a nuestras necesidades creativas. Con De la Madrid habíamos tenido la confianza y él la tolerancia, porque podíamos

haber ido a dar a la cárcel, por haber retenido piadosamente el impuesto, riesgo que tomamos para pagar la nómina, y que un periódico de la localidad aprovechó para dedicarme las ocho columnas señalando con mayúsculas y a todo color: “Todd hace fraude”, explicando después, en letra pequeña, cuál era el fraude que en teoría yo había realizado. Al final, De la Madrid me pidió que pagara y él nos aportaría la misma cantidad, pero que mantuviera la secrecía de su piadosa oferta, para que los demás rectores, que me seguían en las reuniones de la ANUIES, siguieran mi ejemplo, porque él estaba teniendo problemas con muchos.

Por esos días, José López Portillo visitó Monterrey, al mismo tiempo que el licenciado Moya visitaba la universidad; en esa visita, nadie acompañó al secretario de Hacienda, excepción hecha del licenciado César Santos, secretario general de Gobierno. Durante una entrevista periodística, pudimos conocer el ingenio y la inteligencia de don José, que tenía una gran admiración por Quetzalcóatl. Al ser interpelado por una periodista de por qué calzaba zapatos de color y estilo distintos en cada pie, contestó con velocidad: “Es que mis zapatos son como la economía del país, debe ser mixta”. Y esa tesis, que causó risa en esos momentos, formó parte de una política en donde el Estado dejaba de actuar como empresario mayoritario, y equilibraba su política hacia la participación privada. Posteriormente, y después de haber ganado la Presidencia de la república como candidato único, tuvimos una relación muy afable, que describiremos con algunos datos pormenorizados de nuestra presencia en algunos eventos educativos de su campaña política.

Volviendo al tema de la sucesión, el día del llamado “destape” sorprendió a varios gobernadores mientras comían en un restaurante de la Zona Rosa, en la Ciudad de México, y festejaban el casi inminente lanzamiento de Moya Palencia. Ahí estaban el gobernador de Sonora, Carlos Armando Biebrich, algunos otros y también Pedro Zorrilla, nuestro gobernador. Al calor de una excelente comida y seguramente con la efervescencia de vinos exquisitos de sabor francés y aperitivos de alta concentración alcohólica, alguien les informó que en ese momento se había “destapado” al licenciado López Portillo como candidato del PRI. Seguramente con amargura y cierto grado de coraje, por haberse equivocado, la mayoría de ellos, excepción hecha de Pedro Zorrilla, se dirigieron a Los Pinos y solicitaron una audiencia urgente con el ejecutivo, que en aquella época recibía sin muchos preámbulos a diversos grupos o personajes, porque el presidente Echeverría tenía la costumbre de tener grupos en diferentes áreas de los Pinos e ir moviéndose él físicamente para las entrevistas o reuniones colectivas. Así, según su tesis, coadyuvaba a que existiera mayor

acercamiento entre diferentes sectores de la sociedad, que siempre estaban demandando una audiencia, porque en esa época, las decisiones importantes eran todas tomadas por el presidente, que gozaba de un poder omnímodo.

Según me comentó posteriormente un asistente del general Castañeda, jefe del Estado Mayor, y hombre que medía dos metros de estatura, los acompañó a la audiencia urgente, y ahí observó que Biebrich, que era considerado el gobernador consentido, por su juventud, su carisma y por haber hecho eco a los proyectos sociales del presidente, con aparente franqueza, pero en un tono áspero, le reclamó al presidente diciendo: “Señor ¿por qué usted nos orientó a apoyar al secretario de Gobernación y sin aviso alguno nos cambia el señalamiento, dejándonos a todos muy mal parados?” Echeverría, que no era muy expresivo y frecuentemente tenía una rigidez facial que impedía conocer sus sentimientos, miró fijamente al gobernador, levantó la mano y dijo: “General Castañeda, por favor”. De inmediato, el general tomó del hombro al gobernador, lo hizo girar con cierta rudeza hacia la puerta, levantó sus enormes manos y largos brazos, y lo fue empujando solemnemente hacia el exterior. Quizá lo haya dicho o quizá no, pero me comentaron que le dijo: “Al presidente de México no se le puede hablar así”. Pero las cosas no pararon ahí, pues si bien algunos de los que acompañaban a Biebrich se salvaron, al día siguiente, menos de 24 horas después de dicha entrevista, alguien le encontró al gobernador de Sonora unos lingotes de oro y una acusación de peculado; y muy probablemente se le exigió la renuncia por vía telefónica. Él así lo hizo, y abandonó el país con el temor consiguiente y la cruda moral de haber echado a perder su oportunidad histórica, por no haber entendido que en esa época el presidencialismo y la solemnidad de la investidura no podía ponerse en tela de duda, y que el presidente, al margen de los afectos, era muy cuidadoso de las formas y de su responsabilidad de ser el máximo representante de una gran nación, como es la nuestra.

Zorrilla, muy inteligente, de inmediato convocó a todos los sectores de Nuevo León y se manifestó en favor de la decisión del presidente Echeverría por López Portillo, quien de inmediato vino a Nuevo León durante su campaña y visitó varios lugares. En una ocasión, con cierto grado de humor, le pidió a la diputada Lidia Camarena, con quien después me unió una gran amistad y tuvimos una afinidad intelectual extraordinaria, que me invitara a tomar la palabra, pues parecía que los asistentes se estaban aburriendo. Así pues, le dijo a Lidia, que era su jefa de logística: “Pídele a Todd que hable, para que se despierten los concurrentes”, ya que usualmente las reuniones eran durante la noche.

De todas estas entrevistas, recuerdo con orgullo una que se celebró en la Alhóndiga de Granaditas, en la ciudad de Guanajuato, en la que fui invitado a hablar, pero con el retraso correspondiente a causa de Rosa Luz Alegría, quien después fue la primera secretaria del gabinete en México, en el área de Turismo, y además gozó de los amores del presidente. Mujer brillante, con estudios académicos en ciencias básicas y un tinte tapatío esplendoroso, representó, en la historia del México contemporáneo, un símbolo de apertura en las relaciones personales de los presidentes, que siempre mantenían todo en la clandestinidad; sin embargo, la ruptura del pueblo con su presidente, debido a la crisis económica, dejó a Rosa Luz en la depresión y en la tristeza de quien pudo haber sido y no fue.

Al margen de esta digresión, le insistí a Lidia Camarena, en Guanajuato, que me interesaba exponerle al candidato los temas de la universidad pública y así me concedieron el uso de la palabra, y en lugar de hablar sentado, como lo estaban haciendo todos los oradores, me levanté, tomé el micrófono, que tenía una característica muy primitiva, pues pesaba como tres kilos, ya que era de escritorio, y con él en la mano, y con la elocuencia y el nerviosismo que habían carburado mi fervor oratorio, fui interrumpido como 10 veces por los aplausos, y hasta porras y gritos se oyeron cuando defendí las causas sociales de la universidad pública en la raíz histórica de esa reunión, que tenía que ver con la independencia de México. Después, invitado a cenar por el candidato, le presenté a Elvira, que, como parte del área editorial de la universidad, le hizo una importante entrevista, que fue publicada después en varios periódicos, incluso el nuestro. Así, tras la frase de: “A ver, jovencita ¿qué me quieres preguntar?”, ella le demandó que aclarara si era de izquierda o de derecha; y él, con su gran agilidad mental, contestó que no le gustaban las geometrías políticas, porque las derechas y las izquierdas todas tienen que unirse en el centro. Con esa abstracción, que fue publicada después por muchos diarios, simplemente contestó lo que no daba luz sobre su ideario, que era totalmente distinto al de su amigo personal y compañero de la universidad, el presidente Echeverría, y dejó claro que iba a fortalecer la empresa privada sin perder totalmente la participación del Estado en la economía nacional.

Posteriormente, con don José, como le llamábamos, continuamos sintiéndonos apoyados, porque a través del secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, recibimos múltiples deferencias y soluciones conducentes para los problemas universitarios. También con él continuaban nuestras gestiones que ya habían sido autorizadas por Echeverría, de trasladar los libros de



Pedro Zorrilla, Alberto Santos y yo. Solicitando la Capilla Alfonsina al presidente López Portillo. Así nació la biblioteca actual, con un donativo federal gestionado por nosotros.

Alfonso Reyes a una unidad de la Universidad Autónoma de Nuevo León, y logramos encauzar de nuevo el rumbo para que nuestra universidad fuera la receptora del acervo bibliográfico del gran mexicano universal; y a pesar de que Alicia Reyes maniobró con inteligencia para obtener más recursos para este objeto, el presidente nos exigió conocer la opinión de la comunidad del Estado, y ese reto lo tomé con particular cuidado, logrando reunir las firmas de todos los sectores sociales, con la curiosa coincidencia de que la CTM, con don Raúl Caballero, firmó al lado del arzobispo de Monterrey, y que por los empresarios, Alberto Santos, quien me apoyó enormemente en este tema, firmó al lado de los representantes sindicales y de los representantes de diferentes partidos políticos.

Con ese documento en la mano, y habiendo recibido el apoyo de Jorge Pedraza con Alicia Reyes, y el del ingeniero Bracamontes para construir la capilla Alfonsina, en una visita presidencial, y del brazo de Pedro Zorrilla, quien en forma increíble los empresarios no habían querido que firmara con ellos, y él lo aceptó con madurez y resignación, mostrándose todos esos documentos en un volumen que habíamos preparado con cuidado. De esa ceremonia existe una fotografía histórica, en la que aparecemos: el gobernador, Alberto Santos y yo con el presidente, y en la que él señala con la mano, como con resignación: “Ustedes ganaron, se llevará a cabo esta transferencia bibliográfica del gran Reyes”.

Como el presidente era un hombre muy culto, con una vastísima formación helénica, y un lector muy brillante, aprovechó la circunstancia para pronunciar un valioso discurso sobre la obra de Reyes, lo que dejó impresionados a todos los asistentes y en particular a los miembros del sector privado, que empezaron a cantar loas al presidente, quien les contestó con una frase que después fue terriblemente irónica, en relación con el petróleo, pues dijo: “En México tenemos que aprender a administrar la abundancia”. Esto, después lo tuvo que pagar muy caro ante la opinión pública nacional, ya que esa frase era de soberbia, cuando vino la crisis de 1979, que destruyó las finanzas nacionales, provocó la nacionalización de la banca, el control de divisas, una tremenda inflación y el total deterioro de la figura de un presidente culto, brillante y elocuente, que se perdió en sus relaciones familiares y en las fantasías de su propio narcisismo, pues, como todos sabemos, la soberbia nubla la realidad, y así pasó, y entonces en México la moneda no se devaluó: se derrumbó.

Acciones sindicales y su tratamiento

En esa época, los sindicatos universitarios tenían una gran dosis de impregnación política, porque, posteriormente al movimiento de 1968, los grupos radicales de pensamiento comunista y los menos dramáticos en su actitud, pero activistas, se habían refugiado en los sindicatos universitarios, como un elemento de poder para continuar su lucha ideológica. Nuevo León no había sido la excepción, pues previamente a mi llegada a la Rectoría, se había formado uno de los primeros sindicatos de izquierda de una universidad pública. Sus reuniones se celebraban en el Aula Magna, y fueron promovidas fundamentalmente por Rolando Guzmán, Manir González Martos, Ángel Martínez Maldonado, el maestro Chavarría, y por algunos más jóvenes, como Carlos Ruiz Cabrera y José Manuel Pérez Sáenz, entre otros, lo mismo que por algunos exlíderes del movimiento del ‘68.

Nosotros, los miembros de la llamada “Bata Blanca”: Moreira, Piñeyro y el suscrito, también asistimos y participamos, como representantes de la Facultad de Medicina, en la formación de lo que todavía en la actualidad se conoce como Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma de Nuevo León, que nació bajo la presidencia de Ángel Martínez, y luego tuvo consecutivos secretarios generales, con quienes me tocó dialogar, luchar, comprender y luego convencer, para establecer un sistema permanente de comunicación, que, al margen de algunos problemas que acaecieron durante

mi rectorado, lograron consolidar un sindicato que hasta la fecha continúa en sus luchas laborales, pero con respeto a la estructura institucional.

La relación con el sindicato no era fácil, porque en ese organismo y durante mi estancia en la Rectoría, se mezclaban viejos asuntos políticos con líderes muy radicales, como Maximino Hernández, con nuevas fórmulas de influencia dentro de la distribución del poder universitario, y así, aparecieron los intereses de Tomás González de Luna para recomendar posiciones dentro de la universidad, amparados no sólo por la figura académica-política propiamente dicha, sino también por la fuerza sindical. Todo eso establecía un coctel explosivo, porque había que luchar, por un lado por las demandas justas del sindicato, y por el otro, había que meter las narices en sus conflictos internos y, además, tratar de evitar dañar académicamente a la UANL con las posiciones que se habían obtenido en la distribución consensual del poder.

Mi primera crisis compleja fue la de mi enfrentamiento con un problema añejo, tras encontrarme con que, en los rectorados del ingeniero Ulises y los posteriores, habían cesado a alrededor de 350 trabajadores, quienes permanecían todos los días en la calle, luchando, manifestando y trasladándose de un tribunal a otro, así como presentándose ante el gobierno estatal o ante la representación federal, para exigir que se les reintegrara a la universidad o al menos se les indemnizara como marca la ley. Esa lucha la aderezaban con pintas de camiones, tomas de edificios y publicaciones en los medios de comunicación; en fin, eran parte de una mecha prendida de alto riesgo, pues estaban muy cercanos a la violencia.

Un día, analizando ese tema con mi compadre Roberto, recibí una llamada de la Secretaría de Gobernación, en la que el licenciado Mario Moya Palencia me solicitaba arreglar ese problema, señalándome que el presidente Echeverría me apoyaría en cualquier decisión que yo tomara, lo que me permitió citar a Maximino y dialogar largamente con él, en compañía de Francisco González Salazar, en aquella época jefe del Departamento Jurídico, hasta llegar a un acuerdo, en el sentido de que ellos lo único que aceptarían como acción fundamental era el pago de los salarios caídos y la indemnización legal correspondiente; todo eso, al margen de demostrar si eran o no trabajadores o si era justa esa decisión, aunque muchos de ellos sólo habían realizado acciones políticas y no académicas.

Una vez obtenida esa pequeña ganancia, me comuniqué con Ovalle, el secretario particular del licenciado Echeverría, y si mal no recuerdo, le dije

que necesitábamos una cantidad de aproximadamente 15 millones de pesos de aquel tiempo, para solucionar los casos de cerca de 500 trabajadores que estaban en entredicho. Él, en forma eficiente, en unas cuantas horas me contestó que el presidente me enviaría el dinero al día siguiente, así que esa noche dormí tranquilo, pues yo sabía que el presidente Echeverría me tenía en alta estima y que era muy espléndido en cuanto a los recursos para mantener su imagen en el ámbito universitario. Además de eso, yo percibía en mi encuentro con él un afecto personal, ya que, al margen de la frialdad que lo caracteriza, y de su figura adusta y castrense, me tomaba del hombro y me palmeaba con particular cariño. Por esa razón, tengo que reconocer que él fue un factor fundamental en la recuperación de la estabilidad política y económica de nuestra universidad, que se habían perdido en las luchas internas con influencias externas y en la sed de poder de políticos universitarios, así como por las decisiones erróneas que se habían tomado previamente en las relaciones laborales, pues con la excusa de la libertad, se habían formado escuelas anexas y se había perdido el ritmo institucional.

Al día siguiente llegué, como era mi costumbre, muy temprano a la universidad y cité al licenciado Francisco González, para comunicarle que estábamos en la fase de solucionar este conflicto y que seguramente durante el día llegaría el recurso, por lo que teníamos que preparar expedientes individuales para proceder a la indemnización correspondiente.

Estábamos en esas divagaciones intelectuales, planeando cómo organizar algo que todavía no parecía ser una realidad, y como a las 12 del día, mi secretaria Esperanza, una linda y eficiente colaboradora, con una paciencia increíble y una capacidad taquigráfica impresionante, me avisó que estaba ahí un capitán del Estado Mayor Presidencial, esperando en la antesala del 8°. piso. De inmediato, asombrado, pero también esperanzado, lo invité a pasar a mi despacho, que estaba al lado de una sala de juntas, y comunicaba directamente con un elevador especial, porque era frecuente que los jóvenes se manifestaran en el mismo 8°. piso en forma tumultuosa o pidieran audiencia sin previa cita, y yo, como ha sido mi costumbre, en lugar de hacerme el remolón y sin mucho protocolo, cuando veo que hay gente que me quiere entrevistar, simplemente salgo a hablar con ellos, por lo que siempre he tratado de tener un despacho pequeño, pero grandes corredores en los que puedo atender a grupos numerosos, que es donde mi especialidad verbal rinde mejores resultados, porque me considero bueno para el diálogo tumultuario, pero no muy eficiente para el diálogo muy personal.

Ese despacho, en el cual existían una figura de Alfonso Reyes y unas fotografías antiguas de Pedro de Alba, así como algunas banderas universitarias y trofeos deportivos, tenía una silla blanca móvil, que después, cuanto terminé mi gestión, me fue entregada como recuerdo. Sentado en esa silla, giré bruscamente para pararme y saludar al capitán del Estado Mayor; y ¡oh, sorpresa! La puerta estaba abierta, y el capitán, con tres soldados uniformados, hizo pasar unas cajas y las colocó en el suelo, en la parte lateral, que colindaba con la sala de juntas. Lo saludé con afecto, y él me dijo escuetamente: “Vengo de parte del señor presidente a entregarle los recursos para que usted arregle ese problema laboral que tiene la universidad”. Yo sonreí y esperé a que de su bolsa sacara un cheque que cubriera lo prometido, pero él me dijo: “Aquí está el dinero, en efectivo, porque así quiso el señor presidente que se lo entregara; le manda decir que cuenta con toda su confianza, y que le informe de la solución de ese conflicto”. Con un saludo afectuoso se retiró el representante del Estado Mayor; y yo me quedé con los ojos cuadrados y la boca abierta, pues al voltear a ver las cajas que estaban entreabiertas, vi que estaban llenas de billetes, muchos de los cuales no eran nuevos, ya que estaban usados y sucios.

Enseguida mandé llamar a Francisco y a Moreira, y muertos de risa nos miramos unos a otros y nos dijimos: “¿Y ahora qué hacemos?” y yo le dije a Paco: “llévate este dinero a tu oficina, -que estaba en la orilla colindante con el elevador- y cita a Maximino para iniciar la entrega correspondiente”. Francisco hizo su trabajo, que duró varios días, pues en forma individual fue entregando sobres con recursos y obteniendo los recibos firmados por los trabajadores, donde aceptaban incondicionalmente su renuncia a otras demandas; todo con la complicidad del líder, que, satisfecho con su triunfo, manifestó admiración por mi capacidad de gestión.

Semanas después de que Francisco concluyó su labor, los números de los recibos no checaron, y ante la necesidad de no despertar suspicacias de que algún colaborador hubiera hecho algún abuso, con dolor en el corazón desaparecí ese Departamento Jurídico y creé otro, en el que, por recomendaciones del director de Derecho, el licenciado Neftalí Garza Contreras, coloqué al licenciado Carlos Suárez y al licenciado Jaime Elizondo, al tiempo en que invitaba a un joven y brillante abogado, César Pámanes, a participar. De Jaime, y por supuesto de mi compadre Carlos Suárez, tengo imborrables recuerdos, y ni qué decir de César, que fue y es un amigo generoso, que ha sufrido mucho en su conflicto interno entre su libertad y la opresión cultural.



Jesús Reyes Heróles, destacado político e intelectual mexicano, entonces secretario de gobernación.

Sin embargo, esos acontecimientos anecdóticos no fueron tan trascendentes como mi relación con los líderes sindicales, y reconozco que gracias al apoyo conceptual de Moreira y sobre todo del gran operador que fue Amador Flores, pudimos establecer un diálogo permanente, aunque hubo luchas, paros y manifestaciones, sobre todo en la revisión de los contratos colectivos, pues en uno de ellos, desfilaron

casi 20 mil personas, entre docentes, administrativos y alumnos, para exigir-me el cumplimiento del contrato.

En otros casos, las discusiones largas e interminables siempre estaban sujetas a la amenaza de una huelga y a la politización del proceso. Sin embargo, de todas estas anécdotas y encuentros con Valfré, Carlos Ruiz, José Manuel, Rolando y Elba, una lideresa sindical muy activa, quedaron aspectos positivos para la universidad, pues muchas de las prestaciones que yo llamaba dinero sólido, ya que la inflación era la regla en esa época, están todavía vigentes, y se me recuerda como un rector que dejó sembrada una estructura financiera laboral sólida y justa, o quizá muchos dirán demasiado justa, porque los trabajadores gozaban de múltiples beneficios que otros organismos no habían logrado obtener.

Cuando se sucedían los conflictos anteriormente descritos, yo tenía que hacer uso de toda mi capacidad de gestión; ir a perseguir al presidente Echeverría donde anduviera de gira, para obtener el recurso, lo que hacía acompañado por estudiantes, en camiones, hecho que le gustaba mucho al presidente, o hablaba con el secretario de Gobernación, que posteriormente fue don Jesús Reyes Heróles, quien me tomó un afecto especial, porque decía que como mi padre era de Veracruz, de donde él era oriundo, yo era muy inteligente, porque, según él, en Monterrey había muchos pendejos, ya que tenía una fórmula costumbrista de decir malas palabras, pues el ser origina-

rio de Alvarado, aunque dicen que era de Tuxpan, le permitía, con simpatía, ser muy mal hablado, y todo mundo le perdonaba estas frivolidades, por su preclara inteligencia.

Para que me recibiera, yo utilizaba un truco, que era el de comprar carne de primera calidad, congelada, llegar a la Secretaría de Gobernación en México, y decirle a la secretaria, pues a veces iba sin cita: -“Dígale que aquí está el rector de la Universidad de Nuevo León”, y cuando se le informaba, se oía la voz fuerte y retumbante de don Jesús, que decía: “dígale al doctor que si trajo el salvoconducto”. Por supuesto, se refería a las cajas de carne para asar que se llevaría a su finca en Cuernavaca, para hacer sus comilonas en fin de semana, ya que disfrutaba mucho la comida y la bebida. Desafortunadamente era también un gran fumador de puros, por lo que posteriormente, esto último le causó la muerte por cáncer de pulmón.

Esas entrevistas duraban poco tiempo; sin embargo, la prensa de Monterrey las magnificaba, y decía: “El rector se entrevistó largamente con el secretario de Gobernación”, pero la verdad es que a veces en cinco minutos me resolvía mis penurias económicas y políticas, y recuerdo que siempre me decía con cariño: “Oiga, rector. ¿Aguanta usted ese conflicto?” Yo le contestaba: “Pues sí”, y él decía: “¿Entonces sí aguanta?” “Sí, señor secretario”. “Entonces, aguante”, y se reía y tomaba el teléfono, hablaba con algunos secretarios, volteado de espaldas. Yo regresaba a la ciudad, y milagrosamente se me solucionaban los conflictos y me llegaban los recursos.

El sindicato, desde luego, aunque cambiara de secretarios, conservaba su misma ideología y fórmula de lucha, y era frecuente que se manifestara públicamente como un elemento de presión inmediata, para así obligar al diálogo y establecer largas y penosas negociaciones con Amador Flores y Roberto Moreira, algunas de ellas en el laboratorio de este último en el Hospital Muguerza.

Baste mencionar que una vez, sin ser avisado previamente, de manera repentina se me informó que estaban unas diez mil personas en las afueras de la Torre de Rectoría, y que en el frontispicio de la misma estaban instalando aparatos de sonido, de modo que en unos momentos empezaría el discurso en contra de la Rectoría, por parte de los miembros del Comité Ejecutivo del sindicato. No se me olvida que, todavía en medio de mi letargo matutino, me asomé por una ventana lateral para ver la magnitud del mitin, y me quedé asombrado, pues se veían miles de personas que llenaban el estaciona-

miento, y empezaron a oírse los discursos un poco violentos y contradictorios por mi natural tratamiento de los problemas sindicales.

En contra de los consejos de todo mundo, incluso del secretario general, Jesús Lozano, tomé el elevador y bajé solo, o tal vez acompañado de alguno de mis secretarios, como Juan Roberto Zavala o Kopara o el elegante Villanueva, y me fui caminando hasta el área de la planta baja en donde estaban los líderes y el equipo de sonido, y me ubiqué al lado de la persona que estaba hablando en ese momento, que creo era el licenciado Macías, quien volteó a verme asombrado, pero continuó con su discurso, exigiendo respuesta inmediata al pliego petitorio sindical.

Yo escuchaba con atención, y la gente empezó a murmurar. Una vez que el secretario general terminó de hablar, le dije que me prestara el micrófono, y él, seguramente como lo tomé por sorpresa, me lo entregó con docilidad, así que inicié mi parlamento con un regaño a todos los concurrentes, señalándoles algunos errores que habían cometido en el pliego petitorio, que era necesario corregir para ampliar sus prestaciones, y que me extrañaba que los líderes estuvieran pidiendo menos de lo que deberían pedir en justicia. Por supuesto, fui interrumpido por los aplausos en varias ocasiones, porque no me puse en contra de ellos sino que les corregí errores, y ahí establecí la tesis de que en la universidad el patrón no es el rector, sino los alumnos, que gozan de los beneficios, y que el rector no es enemigo de los trabajadores, sino gestor de ellos, y que además yo creía en la co-gestión sindical, tesis que me había enseñado Ernest Mandel, un filósofo belga, a quien habíamos invitado a la universidad, que señalaba que para conservar las fuentes de trabajo y equilibrar el poder del sindicato y patrón y sobre todo sindicato y autoridad, debían co-gestionar el poder. Ése fue un cambio dramático de la teoría marxista convencional, y sirvió de base para la co-gestión de partidos en el sistema francés, que es uno de los mejores desde el punto de vista conceptual e histórico del ejercicio del poder público.

Al terminar mi discurso, con el aplauso correspondiente, muy superior al que habían recibido los líderes, Carlos Ruiz Cabrera, todavía mi amigo y luchador universitario incansable, tomó el micrófono y dejó encendido el botón del mismo, y se oyó con claridad lo que le susurró a Macías, a quien le dijo: “¿Ya ves, pendejo? ¿Para qué le prestabas el micrófono?”. Todos los manifestantes se rieron y con su rostro lleno de alegría se retiraron en forma pacífica, y gradualmente fueron apareciendo los huecos en los contingentes, y entre risas y abrazos culminó un conflicto que quizá hubiera terminado

con la toma de la Rectoría, lo que era costumbre en las épocas previas a mi gestión, y que habíamos erradicado colocando una muralla del lado del departamento escolar, y rejas, para dejar como salida emergente el elevador especial que el rector tenía directamente al estacionamiento, lo que, una vez que se apagaban las luces, hacía casi imposible la toma de la Rectoría, aunque fue factible para Rolando Castillo, que una vez, con copas entre pecho y espalda, y a media noche, yo creo que trepándose, llegó al 8º. piso y me habló por teléfono, diciéndome: “Aquí tengo tomada su Rectoría”, y soltó la carcajada, y como estaba bien “cuete”, pero también era conocido por su liderazgo y fortaleza, le pasé el teléfono a Roberto y le dije: “dile a ese loco que lo voy a expulsar de la universidad y no va a regresar, así sea tu amigo”. Con la capacidad de convencimiento de Roberto, en diez minutos se acabó la efímera toma, y a la fecha, la universidad no ha tenido conflictos, violencia, o toma alguna de sus instalaciones centrales; además, desde ese tiempo no se han interrumpido las clases por conflictos laborales.

Todas esas acciones que describimos forman parte de bellos recuerdos que todavía alimentan nuestra autoestima, cuando nos encontramos a ex líderes sindicales, y con excepción de algunos, que todavía no digieren mi capacidad de conciliación y en los que observo cierta dosis de rencor, la mayoría reconocen mi esfuerzo de diálogo y tolerancia, y se me manifiestan con particular cariño y expresiones alegres de aquellas vivencias únicas de esa época compleja y difícil; muy política, sí, pero llena de vitalidad universitaria y sobre todo de espíritu creativo y de respeto a lo que yo siempre consideré como un axioma verbal, que es el de la diversidad, necesaria en la universidad, dentro de la unidad de objetivos de la misma.

Los actuales líderes sindicales me saludan con afecto y respeto, y algunos todavía recuerdan que en aquellos tiempos de gran crisis económica, por las devaluaciones correspondientes, y de gran crisis política, surgió una resultante, que fue la de la estabilidad laboral y financiera de la universidad, que no se incrementó más por un error histórico del rector Farías, pues siendo yo subsecretario de Educación Superior federal, y habiendo sido informado por Roberto de que habían sobrado recursos de la homologación y que debían reintegrarse a la tesorería, yo, sin pedir permiso al secretario, Manuel Bartlett, y con el riesgo de que me metieran a la cárcel por no regresar los recursos a la Tesorería de la Federación, le envié al rector Farías más de 60 mil millones de pesos de aquella época, para que homologara los salarios de los profesores con el mismo nivel que los de la UNAM, que es superior a los nuestros.

Sin embargo, Gregorio, listillo, no me hizo caso y distribuyó los recursos como le dio la gana, entre todo mundo, para ahorrarse dinero, y además me chantajeó, porque cuando le reclamé, me dijo: “si quieres, lo consultamos con Bartlett”, y como yo no le había avisado a mi jefe, que además era conocido por su rudeza y su contundencia política, tuve que apachucar y callarme la boca, quedándome con la tristeza de no haber podido darle a la universidad el último impulso que necesitaba y que todavía requiere, que es el de pagarles bien a sus profesores, pues la responsabilidad de enseñar tiene mucho más valor que cualquier otra del sector gubernamental.

Sin embargo, las discrepancias actuales impiden las entregas completas a los objetivos fundamentales de mi Alma Máter, que siempre está corta de recursos, no sólo para cubrir el enorme reto de la demanda sino para darle a la comunidad ese espíritu humanista cultural y científico que se necesita en estos tiempos del capitalismo salvaje y la competitividad internacional.

Sobre los empresarios y mi relación con ellos

Es obvio que Nuevo León tiene una estructura fundamental, diferente a muchos estados de la república, porque aquí, a pesar de una anemia histórica hasta el siglo XVIII, nuestra fortaleza depende del acervo educativo y de la actitud emprendedora. Ésos son los dos pilares que hacen diferente a Nuevo León, que es único y capaz, y lo que lo llevó a ser calificado como el Milagro Industrial de México. Empresarios con iniciativa, capacidad creativa, fuerza financiera y sobre todo aptitud para relacionarse con el sector público, han sido las características esenciales de una especie de vigilancia permanente sobre el gobierno, además de una asociación amistosa, que ha permitido el desarrollo de grandes empresas en el Estado.

Desde la revolución industrial -que así podemos llamarle- en Nuevo León, que se inicia con los textiles y con la fundación de la Cervecería Cuauhtémoc, y posteriormente con la incorporación de la corriente progresista de la Fundidora de Fierro y Acero, se formaron grupos de familias o clanes que tenían una fuerza económica suficiente para condicionar a los gobiernos ciertas actitudes agresivas o ciertas corrientes ideológicas que iban en contra de la propiedad privada o de la libertad empresarial.

La presencia de don Eugenio Garza Sada en la Cervecería y sus derivados, incluido Vitro, con don Adrián y Roberto Garza Sada, y del grupo



Elvira y yo con Eugenio Garza Lagüera, hijo de Don Eugenio Garza Sada, pionero en justicia social, fundador del ITESM.

Fundidora, con los Prieto, así como las corrientes más antiguas de las familias Muguerza, Zambrano, González, etcétera, propiciaron que en mi época de estudiante sintiéramos un orgullo manifiesto por esa fuerza motora de carácter industrial, y posteriormente, en mi encuentro con la oportunidad histórica de ser rector, me tocó conocer a muchos de esos prohombres y coincidir con ellos en algunos temas que me permitían un análisis más objetivo de la realidad humana y circunstancial de ese poderoso ente denominado el Grupo Monterrey.

Por supuesto, y ya lo he comentado, en la Rectoría, mi relación con Alberto Santos fue fundamental, porque, dada su sensibilidad, me permitió estar cerca de prohombres como Bernardo Garza Sada, Jorge L. Garza, Adrián Sada, y después con el grupo de don Humberto Lobo, con uno de cuyos hijos me unió una gran amistad. Gracias a Alberto y a los empresarios que aquí menciono, entre otros, la universidad pudo convivir con esos personajes y se logró anular el estigma del pasado violento de la institución, acercarnos y asociarnos desde el punto de vista del interés del Estado, y propiciar una armonía equilibrada entre los grupos progresistas y sociales de izquierda de la universidad, y los intereses más conservadores de los grupos empresariales. Después, y ya en la Secretaría de Educación, pude tener un mayor acercamiento, establecer una serie de reuniones y profundizar en la amistad con algunos de ellos, que creo interesante describir. Me referiré no sólo a los que, por razones de mi estancia en la Rectoría tuve que conocer y frecuentar, sino a aquéllos con los que me unió alguna amistad y vínculos afectivos,



Alberto Santos, empresario con visión social y gran sensibilidad. Hombre bueno.

y quizá algunos intereses emotivos externos a los temas financiero o comercial, que son el motor de la fuerza empresarial.

Por ejemplo, había conocido previamente a don Javier Garza Sepúlveda, a quien le apodaban “El Manotas”, por tener una extremidad considerable y una voz ronca y explosiva que era notoria a kilómetros de distancia. A través de él pude conocer a su hijo, Javier Garza Calderón, quien representa

ba la unión de dos familias; la de don José Calderón, el famoso llamado “Becerro de Oro” y la familia Garza, ambos accionistas dominantes de la Cervecería Cuauhtémoc. Javier era un muchacho joven, con una sensación de aburrimiento, de hastío y de fastidio, por haber nacido en el seno de una familia muy rica, que, habiendo resuelto su problema económico básico por largo tiempo, quería asomarse a otras áreas del desarrollo personal, y así se le notaba siempre una inquietud por la política, no en el sentido de apoyo exclusivo para sus intereses empresariales, en los cuales nunca ha sido un experto, porque son múltiples los fracasos de sus empresas, a diferencia de sus predecesores, sino más bien porque tenía interés en el poder.

Y es que sucede, que cuando los empresarios tienen dinero, ya no les satisface a muchos de ellos el sólo síndrome de la avaricia, o sea la concentración del producto, sino que necesitan explorar en las áreas del poder político, del influir sobre personas y sociedades, y es cuando se da una asociación a veces delictiva entre la empresa y el poder, porque en nuestro país se ha demostrado que no era fácil, al menos en esa época, justificar cómo el poder económico quería también el poder político, pues este último, en teoría fundamental, debería defender los intereses sociales y no responder exclusivamente a las leyes del mercado.

Javier se había casado con una bellísima mujer de una ternura excepcional, con la que tuvo tres hijos y que responde al nombre de Cordelia Cortés, proveniente de una familia tradicional de la entidad; pero, por razones que desconozco, habían terminado su relación matrimonial, y dada la costumbre de los empresarios de cuidar sus recursos por encima de sus recuerdos amo-

rosos, Javier simplemente la había desplazado de su vida, habiendo condicionado favores y atenciones exclusivamente para sus hijos, por lo que Cordelia tomó un rumbo diferente en la vida, siempre con alegría en su bello rostro, su rubia cabellera y esa sensación de vitalidad en sus ojos profundos de color claro, que son siempre una muestra de categoría y también de presencia afectiva social. Ella es una mujer compleja, que combina la grandeza, heredada obviamente de su familia, y la actitud elegante, con una sonrisa amorosa y contagiosa, y ha cultivado una gran amistad con mi esposa y conmigo, y fue después de eso cuando yo conocí a Javier, cuando decidió casarse con una bellísima americana, oriunda de Oklahoma, que conoció a través de un amigo suyo, en Dallas. Ella, de nombre Cristina, joven, con una belleza, una categoría y una distinción especiales, factores que seguramente se asociaron con la atracción de la vida tranquila y boyante de Javier, para que éste la convirtiera en su segunda esposa, y nos invitó para que fuéramos testigos en la ceremonia nupcial a Elvira y a mí.

En esa circunstancia, invitados al círculo íntimo de sus amistades, lo que seguramente yo, no sólo por el interés financiero, sino por la preocupación de ver un muchacho que necesitaba apoyo y ayuda para entender el fenómeno político y que parecía querer desembarazarse del ritual práctico y monetario que forma parte de todo el quehacer de los grupos familiares empresariales, simplemente me sentí atraído hacia él, y establecimos una convivencia profunda, que se manifestaba en las invitaciones que tanto él como su padre nos hacían para acompañarlos en diferentes actividades, y que nosotros reciprocábamos para evitar cualquier sentimiento de dependencia, tratando de ser siempre los que pagáramos la cuenta, lo cual ellos aceptaban con religiosa solemnidad, porque es común que la gente que tiene mucho dinero, le guste no solamente pensar en los pesos, sino en ahorrar hasta los centavos. Javier quería ser diputado federal y yo estaba en ese tiempo desempeñando precisamente mi labor en la Cámara de Diputados, y después, cuando ya estaba en la Secretaría de Educación, traté de iniciarlo, relacionándolo con algunos de mis amigos políticos, tanto en la federación como en el Estado, para ver si podía interiorizarlo en los procesos primitivos político-partidistas, ya que previamente los grupos empresariales habían tenido interés en colocar diputados, como el caso de Alberto Santos y otros que luego ingresaron a la cámara, por lo que Javier se sintió con la posibilidad de ser parte de ese equipo de nuevos empresarios interesados en la política social.

Viajes, reuniones, a veces prolongadas y con exceso de alcohol, empezaron a crear una especie de ritmo rutinario que me hacía darle un sentido

proteccionista a mi amistad con él, puesto que era menor que yo, y se generó una situación difícil de comprender, porque a veces teníamos que tolerar las intemperancias y las actitudes raras de Javier, además del complejo tratamiento que le daba a su esposa, lo que llegó al extremo de que Javier decidiera solicitar el divorcio, después de haber tenido un hijo sano y fuerte, que posee la nobleza de su madre, y por supuesto, en un momento dado, va a tener toda la riqueza de su padre y de sus abuelos, pero, a diferencia de ellos, a él se le nota una sensación de incertidumbre y de insatisfacción por el tema monetario, y un deseo de realmente trascender y hacer historia.

Todo iba muy bien, hasta que Javier decidió divorciarse de Cristina, y como ella traía un pasaporte de turista, ya que no era ciudadana mexicana, empezó a hacer los trámites para excluirla y exiliarla del país, a fin de quedarse con el producto de su casamiento con ella, que era su hijo. Cristina, muy preocupada, sola y sin ninguna amistad profunda en la ciudad de Monterrey, acudió a nosotros, que vimos el riesgo que eso representaba, y la llevamos con un excelente abogado, en esa época joven, Luis González Parás, quien tomó el caso a su cargo, sin cobrar honorarios, sólo con el deseo de apoyar a una dama que verdaderamente requería auxilio, porque ella no tenía padre, y su madre estaba enferma, pues lo único que Cristina tenía era una belleza externa e interna excepcionales.

Lo anterior le causó a Javier una gran molestia, dándose una enemistad entre él y yo, y aunque mi esposa y yo le teníamos un gran afecto, rompí esa amistad, señalándole: “Javier, tú eres mi compadre, pero Cristina es mi comadre; no me importa que te divorcies de ella o que hagas lo que quieras; es tu vida personal, y cada quien tiene derecho a equivocarse o a rectificar; pero el hecho de que quieras mandarla a Estados Unidos y quitarle el niño, y además le estás ofreciendo una migaja, cuando tú tienes mucho dinero, me hace que piense en que ella también es mi comadre; entonces, perdóname, pero voy a tener que defenderla” e iniciamos un proceso, apoyado en mis relaciones políticas, que llegó hasta a solicitar la asesoría jurídica de personas como Carpizo, que en ese tiempo estaba en la Suprema Corte, después de haber sido rector en la UNAM, y ayudar, con la presión de la oficina jurídica del abogado antes mencionado, para que hubiera un aparato que detuviera el intenso y profundo esfuerzo financiero que estaba haciendo Javier, no para retribuirle a Cristina los años que había vivido con él, sino para expulsarla del país. Esa situación provocó una fuerte y agresiva campaña de parte de él en contra de mi persona, y así la amistad se esfumó, aunque conservé la de Cristina, quien se volvió a casar, ahora con un hombre extraordinario, que le

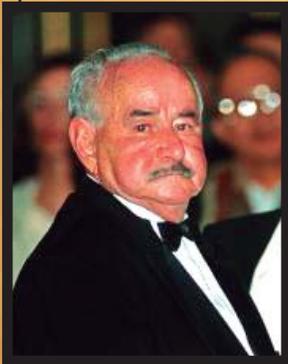
ha dado hijos y felicidad; yo, por mi parte, abandoné a Javier, sin dejar de reconocer, que con un dejo de sentimientos encontrados, porque siempre he tratado de darle una oportunidad extra a la gente para rectificar su rumbo y comprender a veces los fenómenos y las decisiones que se toman y que son producto realmente, no de una actitud de maldad, sino probablemente del ambiente y de su historia familiar, en donde se condiciona el yo por encima del amor, de la justicia o del nosotros.

Lo que aquí describo puede parecer un tema muy simple, pero después aprendí que no hay enemigo pequeño, y que a veces uno deja en el camino huellas permanentes de rencor, que más tarde provocan reacciones y nos ocasionan problemas en nuestra vida política y personal. Me refiero a que, estando ya como secretario de Educación del Estado y gozando de la amistad de la familia Salinas de Gortari, en particular de la mamá, una profesora con una visión educativa excepcional, y de su papá, un prohombre de la economía nacional, el licenciado Raúl Salinas Lozano, quien además había formado a sus hijos en el mundo de la política, y en aquella época, habiéndose destapado ya al licenciado Carlos Salinas como candidato a la Presidencia de la República, apoyado por el presidente de la Madrid, yo esperaba alguna oportunidad por la relación que tenía con la familia. Me refiero a que ya se comentaba que la mamá insistía mucho en que yo podía ser un joven secretario de Educación Pública, ya que ella siempre asistía a la presentación de mis libros, a los seminarios y eventos que organizábamos sobre temas diversos de educación pública, y coincidía en muchos de nuestros puntos de vista; además, nosotros la habíamos invitado a la casa en varias ocasiones, con el fin de, aparte de sentir el apoyo de una dama tan importante, por los cargos que ocupaban sus hijos, convivir con una maestra y con una familia que, de origen de pensamientos de izquierda y oriundos de Michoacán, había conservado todo su estatus personal y su solemne ideología, a pesar de que don Raúl y sus hijos seguramente se habían adaptado a una política más neoliberal, como se demostró posteriormente por la historia reciente de México.

En fin, yo estaba en cierta forma esperanzado, cuando recibí una llamada telefónica de Raúl Salinas, quien me dijo: “Luis, ¿pues de qué lado estás?” Yo, asombrado, le contesté: “Pues estoy con ustedes; siempre he estado de su lado, los he apoyado en mis artículos periodísticos y trabajo en el área del partido”. Me dijo: “No, es que sabemos que tú te llevas muy bien con Lucas de la Garza”, que en aquel tiempo se había salido del PRI para ingresar al PRD, a fin de acompañar a su amigo Cuauhtémoc Cárdenas, a lo que le contesté: “Pues sí, conozco a Lucas desde hace muchos años”. Él continuó:

“Pues sí, pero por vía telefónica ustedes se burlan de mi hermano; le dicen orejón y pelón”, y en efecto, Lucas, como siempre ha sido muy simpático y muy frontal, a veces en broma, por teléfono señalaba esos epítetos, y yo me reía, y le dije: “Bueno, Raúl, conozco a Lucas desde hace muchos años, pero eso no tiene nada que ver con mis intereses políticos”, a lo que él respondió: “Bueno, pues así está la onda, así que dime de qué lado estás”. “Pues estoy con ustedes”, le contesté. Él colgó el teléfono, y yo me quedé pensando y preocupado, porque me había hablado el hermano del presidente electo de México.

Pensativo y reflexivo, decidí llamarle a don Raúl Salinas, que cuando era senador me había otorgado su amistad, siendo yo diputado, y con quien Alberto Santos, Jorge Treviño, Ricardo Cavazos, Juventino González Ramos y yo, conversábamos muy frecuentemente en su casa de Coyoacán, en donde gozábamos de la bonhomía, la amistad y la inteligencia de ese personaje, que en ocasiones, creo yo, aburrido, se refugiaba un poco en su afición al



Raúl Salinas Lozano,
padre de Carlos Salinas
de Gortari, Ex presidente
de México.

cigarro y al alcohol. Este último no le causó problemas serios, pero seguramente el cigarro fue el que terminó con su vida, pues murió por insuficiencia respiratoria, incapaz de vivir en las alturas por la falta de oxígeno que existe en la Ciudad de México. De don Raúl y de su esposa conservo recuerdos maravillosos.

Después aprendí que, a pesar de que don Raúl me había señalado una noche en su casa de la Colonia Vista Hermosa, y ya con algunos coñacs a bordo, que me habían intervenido el teléfono y por eso se habían enterado de mis pláticas con Lucas de la Garza; yo, asombrado, le reiteré mi lealtad a la figura presidencial de su hijo y él por supuesto entendió y sonrió, y me apoyó, de modo que una vez que el presidente tomó posesión, me invitó a ocupar el puesto más importante para mí, desde el punto de vista administrativo, pero menos importante, desde el punto de vista afectivo, que la Rectoría, pero que me permitió ingresar a la compleja, diversa y barroca expresión mundana de la política de la Ciudad de México. Es decir, Salinas me nombró subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, y me brindó especiales deferencias y grandes oportunidades en mi vida, las cuales le agradezco.

Pasado algún tiempo, conversando con amigos del licenciado Raúl Salinas, quien fue el que convenció al presidente Salinas del nombramiento de que hago mención, me comentaron que yo estaba en la lista, por presión de la mamá del presidente, para ser secretario de Educación Pública, que era el sueño de mi vida, pero que, en el momento de la decisión, tomando en cuenta mi relación con Lucas de la Garza y ante el temor que se tenía sobre el nuevo partido que encabezaba Cauhtémoc Cárdenas, Salinas decidió utilizar esa posición para neutralizar un compromiso previo que tenía con Manuel Bartlett, quien, habiendo sido secretario de Gobernación, había sido también su contendiente más importante como precandidato. Ese hecho hizo que entregara a Manuel Bartlett, gran político mexicano, una secretaría que él desconocía totalmente, pues Manuel sabía de educación pública lo que yo sé de trigonometría del espacio, pero aprendió y dada su inteligencia y su gran capacidad de trabajo, su experiencia y su formación previa en Cambridge y en París, es uno de los políticos más distinguidos que he conocido y siempre lo he considerado un gran mexicano, porque me consta que no es oportunista; tiene una enorme capacidad de trabajo; es muy duro en sus formas y fondos y muchas veces intransigente, pero siempre ha tenido un dejo de grandeza en beneficio de su país y un ideario que no ha sacrificado en aras de una oportunidad determinada; en fin, Manuel ganó la Secretaría de Educación, y posteriormente me tocó trabajar con él; y yo perdí una oportunidad histórica, por una intervención telefónica producto de un resentimiento.

Señalo lo anterior porque algunas veces era invitado por un amigo al que aprecio mucho por su nobleza, Miguel Kalifa, a sus comidas de los domingos, en que su mamá, una extraordinaria mujer, llevaba a cabo una planeación culinaria del mediterráneo, con énfasis en la comida árabe, y lo hacía en forma exquisita, rodeada de sus hijos y de toda la familia, al grado de que parecían todos ellos parte del proceso político del Estado. Un día, entre las copas y las verdades, Miguel me dijo: “Mira, aquí está Carpinteiro, que te quiere platicar algo”. Y Carpinteiro me dijo: “Oiga, doctor, lo que pasa es que me encargaron que le interviniera el teléfono de su casa, y le pusimos un micrófono allí cerquita y nos enteramos de lo que usted platicaba con mucha gente, entre ellas con Lucas de la Garza, y yo le informé directamente a Javier Garza Calderón”, quien seguramente le habló a Raúl Salinas y le hizo el comentario de mi aparente deslealtad.

Este es el corolario de una relación de amistad que, con base en mi sentido del “Chapulín Colorado”, de defender lo injusto de su divorcio de Cristina, me condujo a un rencor, a un resentimiento y a una venganza que no

sólo me hizo perder la oportunidad, tal vez de rebote pero existente, de ser secretario de Educación Pública, sino que tiempo después pude darme cuenta de que en el grupo del imperio del capitalismo, como yo le digo, que es El Campestre, y dado que yo había comprado una acción de ese club, se me estorbó para ingresar, por mi aparente ideario social, lo que en la actualidad me satisface, porque esos ambientes demasiado elitistas y con escrúpulos históricos, no tienen cabida en mi personalidad, que es bastante diversa y cambiante, pero sobre todo no acepta solemnes imposiciones de carácter financiero o social.

Ahora, y a la distancia, entiendo cómo las amistades se pierden cuando se pierden los objetivos comunes y cómo los resentimientos y las venganzas son parte natural pero dolorosa, del proceso político circunstancial, pues la verdadera amistad no condiciona ni exige, sólo da; tampoco manipula y menos aún genera sentimientos de venganza o de rencor, porque el perdón es el secreto de la conservación de una amistad plena, ya que sin perdón no hay vida integral.

La descentralización de la universidad: un sueño interrumpido

Una vez que me senté cómodamente por un tiempo en la Rectoría de la universidad, empecé a sentir la necesidad de pensar seriamente en una visión futura de la institución, pues ésta había sido sometida a decisiones circunstanciales y de orden político, y nunca se había establecido un comité de planeación que hiciera prospectiva; o sea, que imaginara el futuro para así actuar en concordancia con las acciones del presente. Para ese efecto, creé la Dirección de Planeación, y nombré para dirigirla a un economista serio y distinguido, Ernesto Bolaños, asesorándome con otro universitario intelectualmente brillante, Eduardo L. Suárez, para que fungiera como una especie de “ombudsman”, figura que había yo aprendido del gobierno sueco y que permitía tener siempre un elemento crítico que impidiera los errores del personalismo que, igual que sucede en el mundo político convencional, pasaba también, por desgracia, en el mundo de la universidad.

Esto es así porque, en otras partes del orbe, las instituciones académicas les dan mayor importancia al profesor y al investigador que al rector o al director, pero en nuestro primitivo país, la figura administrativa y/o política, es más atractiva que la académica, desde el punto de vista del poder y de la extraña escala de valores en México.

Como inicio de mis gestiones de planear para descentralizar, pensamos en el ejido Mederos, de la UANL, y compramos un terreno para la Facultad de Agronomía en el municipio de Marín, bajo la presión justa de Fermín Montes, un joven con pensamiento de izquierda, gran capacidad de trabajo y una honestidad intelectual acrisolada que le permitían un liderazgo auténtico. Con él logramos consolidar la idea generosa de darle a la Facultad de Agronomía un campo experimental real, pues el que tenía previamente en el área de la llamada Ex Hacienda del Canadá, no reunía todas las condiciones requeridas por la escuela para llevar a cabo las prácticas necesarias. Esa gran idea ha funcionado, a pesar de que la demanda por estudiar agronomía ha disminuido. Con Fermín me sigue uniendo una gran amistad, y aunque ya se le quitaron los callos de campesino que tenía cuando lo conocí, pues sus manos son ahora suaves, porque es diputado federal, conserva la misma actitud creativa y honesta.

Otro caso interesante fue el de un líder estudiantil muy radical en esa época, que se granjeó mi amistad por una circunstancia pintoresca que vale la pena describir. Manuel Ramos se llama el ingeniero que ahora es un próspero constructor. En ese tiempo él tenía que salir del país por causas personales o políticas, y me pidió que le ayudara a conseguir una beca en Suiza, lugar que él había soñado conocer, y al cual no era fácil enviarlo, por las razones protocolarias de carácter normativo que existían en las universidades de ese hermoso país de seis millones de habitantes, con un prestigio financiero internacional y una belleza vernácula en su paisaje pintoresco.

Como no era posible la convención académica correspondiente, Manuel insistió en que como quiera quería irse, y así, aprovechando que yo tenía un amigo en Ginebra, el doctor Pribulá, de origen norteamericano, casado con una bellísima mujer de las familias más rancias de Suiza, le hablé por teléfono para preguntarle si no necesitaba un ayudante, pues Manuel haría cualquier tipo de labores, incluso caseras, con tal de quedarse en la confederación helvética, que es la reunión de diferentes culturas, cantones y dialectos y representa realmente el corazón de Europa, con vista a los Alpes por un lado y a hermosos lagos y fronteras múltiples.

El doctor Pribulá aceptó, con ciertas reservas, y Manuel estuvo de acuerdo; le conseguí el boleto para irse a Ginebra, a donde llegó con su natural instinto revolucionario, y se hospedó en casa de Pribulá, para ayudarlo en todas las labores, tanto en las caseras como en las de su finca campestre y en algunos trabajos específicos de mensajero, etcétera, pero ahí empezaron

los problemas. Un día, estando yo tranquilo en mi casa, recibí una llamada de Francisco Pribulá, quien me dijo: “Oye, Luis, este joven resultó muy trabajador al principio, bien portado, y mi esposa y yo lo tratamos con mucho afecto; en fin, las cosas iban muy bien, hasta que nos informaron que estaba organizando, con otros estudiantes, un movimiento de inquietudes sociales, y como ya aprendió inglés, logró integrarse en las juventudes comunistas, minoritarias pero presentes en este país”. Yo me reí y le contesté: “Oye, Francisco, es increíble que ese muchacho no tenga una lealtad personal contigo y se comporte de esa manera; le voy a hablar para llamarle la atención”; y eso hice, y él reconoció que en efecto se había equivocado y que estaba arrepentido, pero como las piedras regresan al río, continuó llevando a cabo sus actividades ideológicas, por lo que fue expulsado de la casa de Pribulá. Pero eso no fue todo, la policía suiza lo detuvo por inmigración ilegal y lo envió de regreso a su casita en Monterrey. Tiempo después, Manuel y yo hemos comentado y nos hemos reído de esa experiencia, y él está muy agradecido, porque le permití conocer Europa. Por supuesto que ya se olvidó de sus pensamientos revolucionarios y ahora es un boyante empresario de la construcción, más interesado en las finanzas que en las ideologías.

Otros temas del programa de descentralización que me tocó planear y realizar fueron la creación de más de 12 preparatorias municipales y de una escuela anexa a la Facultad de Contaduría Pública, en el municipio de Linares. Todas ellas fueron consolidadas después por Piñeyro, cuando organizó la unidad forestal en la facultad correspondiente, así como por los rectores posteriores, que han impulsado campus experimentales de la universidad en esas áreas. Sin embargo, concretar mi pensamiento descentralizador no fue fácil, y sufrí una gran amargura cuando tuve que regresar la Facultad de Veterinaria, de Sabinas a Monterrey, pues al ir a visitar esa unidad, me di cuenta de que no contaba con el mínimo de condiciones ni de laboratorios y lo único que producía un ambiente acorde con la carrera eran una serie de fósiles de cuadrúpedos que se usaban como presentación al visitante, pero la realidad académica era muy pobre, y los únicos que sacaban provecho eran los vecinos de los alrededores de la facultad, al ofrecerles casas de asistencia a los estudiantes; por ese motivo tuve que soportar una manifestación de la comunidad de Sabinas, que estaba molesta porque les había quitado su lugar universitario, misma que tuve que establecer en la ciudad de Monterrey, con laboratorios adecuados y maestros calificados, para así hacer nacer una corriente científica en el importante tema de la medicina veterinaria, fundamental para el fenómeno productivo agroindustrial. Posteriormente Piñeyro, dado su afecto por los canes y habiendo comprado una cantidad importante de perros mastines españoles, por su

admiración hacia la madre patria, giró un poco la temática hacia la medicina veterinaria de atender mascotas, y no sólo a la importancia de la veterinaria innovadora y científica de producir alimentos.

Al margen de todos mis éxitos y fracasos en el proyecto de descentralización, ya en las postrimerías de mi gestión como rector, preparé un documento que mostraba la necesidad de descentralizar el poder de la universidad y atomizar por áreas su quehacer, para lograr vincular los sectores y tener un mejor control de ellos, sin que se perdieran la autoridad moral y la coordinación general del rector. Eso lo hice porque había estudiado y observado personalmente el ejemplo de la Universidad de París, que de haber sido la famosa Sorbona, se había transformado en más de 15 unidades; o el de la Universidad de California, que para evitar la macrocefalia, se descentralizó, y en todo el Estado de Nueva York, donde sucedió lo mismo, o el de universidades españolas, que, siendo conservadoras, han desconcentrado sus acciones. Todo eso es absolutamente contrario a la tendencia absurda, macrocefálica y monstruosa de la UNAM, que tiene más de 350 mil estudiantes.

Todas estas ideas vinieron a mi mente desde una entrevista que tuve con un famoso investigador educativo norteamericano, de apellido Cooper, quien me dejó claramente establecido que una universidad no debería crecer por arriba de los 20 mil estudiantes, porque se haría ingobernable. Por eso fue que preparé un documento en el que consideraba rectorías de área y una estructura administrativa descentralizada para controlar las finanzas y evitar la corrupción, conservando las unidades centrales, como las bibliotecas, las áreas de extensión cultural y servicio social, con la tendencia básica a separar la preparatoria, sin excluirla, ya que esta unidad requiere formación básica, no profesional, aunque por alguna razón histórica, en la universidad mexicana está superimpuesta con el ámbito universal y/o profesional.

Así empecé a cabildear el plan, con todos los detalles, mismo que tuvo buena aceptación por parte del gobernador y de las autoridades federales, y un buen día, con una gran sonrisa en el rostro y cara de triunfador, fui a visitar a mi compadre Roberto Moreira, en su laboratorio, que estaba ubicado en el Hospital Muguerra, y le dije: “Compadre, tú vas a ser el siguiente rector, y te va a tocar hacer esto, que es indispensable para la universidad, porque hay que evitar lo que Piñeyro, con sus fórmulas radicales, quiere implementar, que es la feudalización de la universidad”, cosa que logró después, con el consiguiente daño por el aislamiento y la corrupción, difíciles de controlar por la autoridad central.



Con mi compadre Roberto Moreira.

Roberto me miró, y con su capacidad suprema de fina ironía y su contundente argumentación, me dijo con sencillez y dureza: “Compadre, tú has tenido el poder durante seis años, y te ha tocado que sea total, pero ahora que te vas y quieres que yo me quede, me lo quieres fragmentar, y eso yo no lo voy a aceptar, porque yo quiero todo el poder para mí, porque el poder no se comparte”. Yo, asombrado, traté de replicarle que la academia es más importante que el poder político; pero él, con ese razonamiento, que me reiteró después, cuando quise acompañarlo en su aventura en la Secretaría de Educación con Reyes Tamez, me re-

plicó que Reyes no me iba a invitar, porque yo tenía demasiadas amistades en el mundo político, periodístico y cultural, pues todos sabían que había hecho buenas relaciones durante mi gestión como subsecretario. Así, me reiteró: “No te va a invitar, porque no queremos compartir el poder y tu imagen va a desplazar la nuestra, porque tú eres muy inquieto y todo mundo te conoce”.

Las anteriores consideraciones me hicieron levantarme de la silla con tristeza, y dejar el documento archivado; y para desgracia de la administración de la universidad, el rector posterior, que fue un buen rector, Alfredo Piñeyro, honesto, académico y tozudo intelectual, llevó a cabo su sueño, de buena fe, de feudalizar la universidad, generándose una endogamia autolimitativa que favoreció la formación de feudos y de pequeñas mafias o grupos que se van cambiando entre ellos y se van perpetuando, nominando profesores, lo que en mi época sólo el rector hacía.

Pero ellos lo hacen a veces solamente por sus intereses personales y no de acuerdo al perfil académico que la universidad requiere, lo que favorece la presencia de la sombra de la corrupción, que, increíble pero cierto, ha invadido la universidad en algunas áreas, porque para la institución educativa es muy difícil aislarse del mundo circundante, y como en nuestro país “la corrupción somos todos”, el alma noble de la universidad se contamina

también a veces con el demonio del dinero que, como decía León Tolstoi, es la fuente de todos los males del universo.

Y se cumplieron tres años

En una sesión solemne celebrada en el Consejo Universitario, y con el fin de conocer la opinión de los consejeros sobre mi posible reelección, ya que la decisión final era, por ley, de la Junta de Gobierno, tuve la oportunidad de sentir y vibrar de emoción al observar que todos los consejeros coincidían en que debía ser reelecto. Si bien a la hora de la votación seis miembros del tradicional Partido Comunista se abstuvieron de levantar la mano, ninguno objetó mi desempeño y tampoco la propuesta de reelección que yo mismo había preconizado, señalando que había todavía muchas cosas por hacer; así, escuché a los consejeros expresarse sobre mi persona y hacerlo con toda libertad, porque el consejo en aquella época era de tinte popular; los maestros y alumnos asistían con su vestimenta normal; no había tiempo límite y menos la formalidad fastuosa que inventó mi compadre Alfredo Piñeyro, en la cual se vestía con toga y birrete a los estudiantes de preparatoria, maestros y directores, olvidando que la toga y el birrete tienen una connotación de carácter académico. Sin embargo, esta nueva moda pacificó seguramente la libertad de expresión de los estudiantes, que hacía que las sesiones en mi época, que en ocasiones iniciaban a las 10 de la mañana, terminaran a las 2 ó 3 de la mañana del día siguiente.

En el discurso que pronuncié en esa ceremonia, les recordé con gran emoción a los jóvenes y maestros, la forma en la que había yo llegado a esa digna representación; cómo las características de violencia y sinrazón en las relaciones entre maestros y alumnos habían terminado, y cómo en la pluralidad de ideas, pero respetando la unidad de principios universitarios, habíamos establecido como estrategia permanente el diálogo y el respeto, todo lo cual había consolidado una autoridad moral, que generó un ambiente propicio para el libre ejercicio de las ideas, pero con fórmulas dialécticas y por tal motivo la universidad estaba al margen de cualquier acto violento.

En efecto, habíamos erradicado el porrismo, sin quitarles a los jóvenes su natural inquietud, y los habíamos regresado a las aulas, estableciendo programas académicos y de desarrollo, iniciando nuevas carreras, creando facultades como comunicaciones, políticas y salud pública, innovando maestrías, poniendo en marcha el proceso de formación de doctores y ampliando en

forma casi automática, de acuerdo a los méritos académicos, nuestro sistema de becas al exterior.

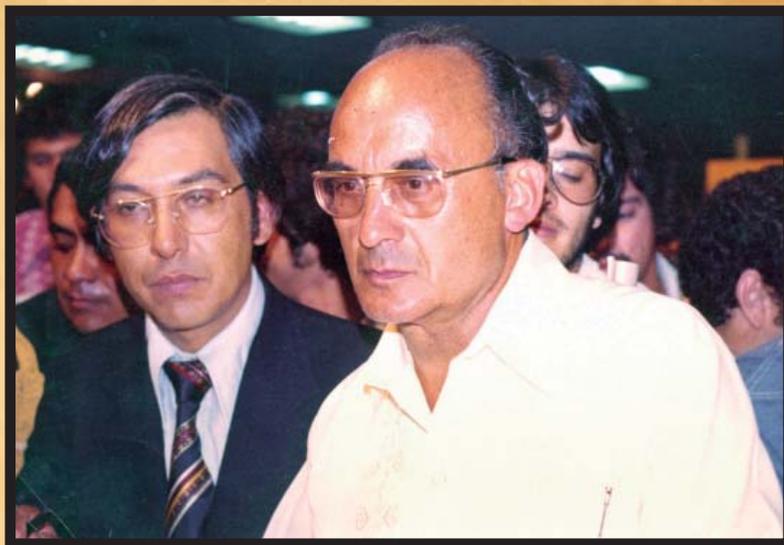
Todo eso permitió que miles de jóvenes -y lo digo con franqueza, a veces de escasos recursos-, tuvieran la oportunidad de irse a estudiar a otras partes de nuestra nación y principalmente al extranjero. Como ejemplo de lo anterior, recuerdo un día en que, en mi oficina, me entrevistaron Patricia Cerda, su esposo y la “Hormiga Atómica”, como le llamaban a una jovencita de corta estatura, pero de gran inquietud, Sanjuana Martínez, quienes me pidieron becas para ir a estudiar periodismo a España. Yo, al igual que lo hacía con muchos jóvenes, sólo les pedí que mostraran calificaciones aceptables y, al margen de la normatividad presupuestal, les apoyaba con algunos recursos, que los empujaban a buscar otros, completando así sus ilusiones y gozando de los beneficios del progrado internacional.

Me acuerdo que Paty y Sanjuana me solicitaron mil dólares para sus becas. Yo les ofrecí 400 dólares y el boleto, y así se fueron y cumplieron su responsabilidad personal y ahora son grandes comunicadoras. En otros casos, yo mismo gestionaba los recursos en forma casi automática, para que ninguna persona que solicitaba apoyo, se quedara sin la oportunidad de proseguir sus estudios.

En fin, la sesión del consejo terminó, y la Junta de Gobierno ratificó mi nominación; así inicie mi segundo periodo, con grandes proyectos en mente; con nuevas e innovadoras fantasías y una capacidad de decisión impresionante, que me permitió iniciar construcciones; implementar y remodelar unidades físicas; abrir la universidad a los intelectuales mexicanos; desarrollar nuevas maestrías en la Facultad de Filosofía e invitar a personalidades como José Emilio Pacheco, el joven Monsiváis, Alí Chumacero, mi buena amiga Martha Chapa, quien fue muy importante para mis relaciones con la Ciudad de México; René Leduc, el filósofo Ernest Mandel y muchos otros que me iluminaron con ideas y respeto.

Posteriormente, y apoyado por Elvira, logré una entrevista con Alvin Toffler, autor del famoso libro *La tercera ola*, en que describe el cambio de la sociedad industrial hacia la sociedad de la comunicación. Él había sido invitado por empresarios a impartir una conferencia en el Casino Monterrey, pero Elvira lo abordó y lo invitó a cenar conmigo; así pude disfrutar cuatro horas de una intensa y productiva conversación, que me permitió aprender muchas cosas y tener una visión más universal y más cosmopolita de los cam-

bios sociales históricos que estaban sucediendo en el mundo y a los cuales la universidad tenía que adaptarse y caminar con ellos.



El presidente Luis Echeverría, siempre comprometido con su sentido histórico y nacionalista.

Durante esa época, mi costumbre de conseguir recursos extraordinarios no se agotó, y mientras el presidente Echeverría estuvo en el poder, continué visitándolo y a veces asediándolo, para conseguir apoyos para la universidad y para el Hospital Universitario. Recuerdo un día en que mis alumnos bloquearon con varios camiones el autobús presidencial en el aeropuerto de la ciudad de Saltillo y, al grito de nuestra institución, logramos que el presidente nos invitara a ser parte de la gira, con el consiguiente malestar y celo del gobernador y de los representantes del Estado de Coahuila, que veían con asombro el trato preferencial que el presidente tenía para con mi persona. Ese día, acompañado de Juan Roberto Zavala y de Manuel Kopara, y por iniciativa de Juan Roberto, que siempre ha sido, dentro de su seriedad, un generador de trabajo e ideas, logré ser invitado a un evento de larga duración, que eran característicos de Echeverría, y pensé presentarle allí mis necesidades presupuestales. En respuesta, él me dio una cita para el día siguiente en el Hotel Camino Real, a las 6 de la mañana. Llegué a tiempo y con premura a la cita, y sobre todo con insomnio, porque la emoción de ver al presidente me había generado inquietud en mis pocas horas de reposo; sin embargo, el presidente, como siempre, puntual, me invitó a caminar con él por los pasillos del patio del hotel y tomándome del brazo, me preguntó: “Señor rector,

¿cuáles son sus necesidades presupuestales en las que yo puedo participar?” Lo dijo seriamente, pero con una sonrisa enigmática, sin dejar su acostumbrado paso acelerado y ondeando la guayabera en el encuentro con la fuerza del viento, ya que esa prenda era su vestimenta favorita.

Y logré, entre cierto grado de agitación, por la marcha forzada a que estaba siendo sujeto, señalarle: “Señor presidente, la universidad necesita 600 millones de pesos y el hospital, para salir de sus carencias, 260 millones”. Sin inmutarse, me contestó: “Señor rector, señáleme si eso es lo mínimo para salir adelante”. “Tenga la seguridad –le respondí- que gracias a usted, la universidad ha podido consolidar su estabilidad y creatividad, y que jamás abusaremos de su confianza”. Con la mirada puesta en el horizonte, como era su costumbre, pero con sus carrillos flácidos y sin voltear la cara, dijo con voz firme: “A ver, licenciado Ovalle, -que era su secretario particular y lo acompañaba a todas partes- extiéndale al rector un cheque, a su nombre, por 860 millones de pesos, cantidad que representaba aproximadamente, en aquella época, 60 millones de dólares, que el licenciado Ovalle me entregó en un cheque personal, tras lo cual me alejé con la gratitud correspondiente y recordando las últimas palabras de: “Señor rector, tiene usted una gran responsabilidad de que su universidad, que tiene el marco del desarrollo de los empresarios, conserve sus raíces populares y produzca el efecto social correspondiente, así como que propicie la permeabilidad cultural y brinde oportunidad a los hijos de obreros y campesinos”.

De inmediato me subí al automóvil y al llegar le mostré el cheque, que estaba a mi nombre, a Juan Roberto, quien me esperaba con paciencia en la recepción, y por primera vez en mi vida, sentí deseos de tomar los 60 millones de dólares e irme a vivir a Suiza, y así se lo señalé a Zavala, que siendo muy meticuloso, no acertaba a comprender si era una broma o estaba yo hablando seriamente. Por supuesto que yo estaba muy sonriente y alegre, porque eso me permitía una estabilidad y una opción de creatividad y, además, solucionar la problemática laboral sindical que siempre estaba presente en una institución que durante muchos años había estado olvidada por la musa de la planeación y de la eficiencia administrativa y financiera.

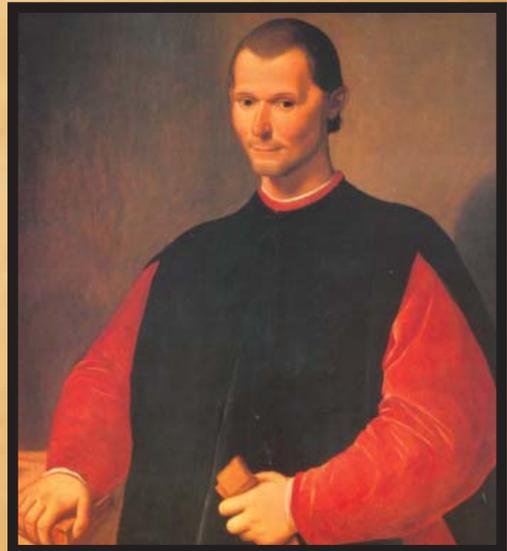
Del presidente Echeverría conservo múltiples recuerdos de circunstancias semejantes, y al margen de que la historia puede tener un juicio diferente, siempre le reconoceré su patriotismo, su deseo de llevar a cabo una justicia equitativa y las oportunidades que exigía para los marginados de la nación, así como el respeto que su esposa le contagiaba por las culturas, vestidos y

comidas autóctonas del gran país que es México y en el que el presidente se sentía, si bien nunca al margen de su oficio político, siempre comprometido con su sentido histórico y nacionalista, y al grito de “Arriba y adelante”, que era su eslogan de campaña y trabajo, y en forma quizá desordenada, pero de buena fe, Echeverría pagaba su precio histórico en las universidades y se presentaba con autenticidad en las Naciones Unidas, defendiendo siempre los intereses supremos de la nación.

Incidentes semejantes se sucedieron durante el tiempo de su permanencia y gestión, y una vez incluso me mandó llamar a Los Pinos, y me dijo que yo era su candidato a la Alcaldía, pero que, dado el cambio de sexenio, esperaría la decisión de su sucesor, pues era respetuoso del cambio de poder y del retiro tradicional que los presidentes hacían al terminar su periodo sexenal. Posteriormente, López Portillo decidió que el candidato fuera el secretario general de gobierno, César Santos, y yo continué como rector y respiré tranquilo, pues nunca me había entusiasmado ir a poner foquitos y pavimentar calles, que, según mi frívola opinión, era la labor fundamental de los alcaldes, lo que por supuesto está totalmente alejado de la realidad.

De la medicina a la política

Durante mi primer año en la Rectoría, un sábado en la mañana en que como era costumbre, asistía al laboratorio de Roberto Moreira, ubicado en el Hospital Muguerza, para conversar con él y reunirnos allí con Alfredo, Amador y otras personas de la universidad, que sabían de nuestros escondites sabatinos y acudían con nosotros para recibir consejos o escuchar algunos comentarios críticos o ser espectadores de las discusiones, en broma y en serio, que los cuatro teníamos en ese lugar, y que culminaban casi siempre con una comida en la que hacíamos los comentarios políticos de los temas acaecidos en los días



Nicolás Maquiavelo

previos, encontré a Roberto con su sonrisa cínica y con un libro en la mano. Roberto me dijo: “Luis, ya que te estás metiendo en eso de la política universitaria, y tienes esa responsabilidad, te quiero regalar este libro; me parece importante que lo leas, porque he visto que tú te basas fundamentalmente en tu instinto natural, y como yo ya leí y estudié ese documento, creo que es imperativo que entiendas lo que es la política real y no los sueños y fantasías que caracterizan tu pensamiento”.

Recibí el libro y de inmediato me encontré con el título correspondiente. Ese libro ya lo había yo hojeado o leído superficialmente en mi adolescencia: *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, libro que ha sido clásico en el estudio profundo de las acciones políticas del ser humano, y que si bien ha sido considerado como sinónimo de diabólico, intrigante e inmoral, la verdad es que ese documento fue, para muchos, el fundador del pensamiento político, ya que tiene un profundo foro de reflexión interna, pues aunque proviene de una época totalmente diferente a la nuestra, allí se recogen símbolos y comparaciones que pueden ser útiles en cualquier circunstancia.

El Príncipe fue escrito en 1513, pero no se publicó sino hasta 1532, cuando ya su autor había fallecido. El autor era un patriota florentino, enamorado de su país, que tenía una concepción republicana, y que sufrió mucho en su participación como emisario-embajador, al tiempo que aprendía las fórmulas y mecanismos de tiranía o de aparente democracia o monarquía que él había observado en sus múltiples viajes, cuando fue secretario de la república florentina. Sin embargo, en la época de los Médicis, cuando se disolvió la república, Maquiavelo fue cesado, encerrado en prisión y torturado, y durante ese periodo, hasta su muerte en 1527, tuvo tiempo para escribir algunos libros que fueron célebres, entre ellos *Los Discursos*, *El Arte de la Guerra*, *La Historia de Florencia*, y por supuesto, su obra máxima, *El Príncipe*, que le dedicó a Lorenzo de Médicis, para el cual se inspiró en César Borgia, hijo del Papa Alejandro VI, en la época en que la iglesia sufría un proceso de corrupción y debilitamiento moral. Lo mismo sucedía en ese tiempo en toda el área italiana en que el gobierno controlaba el poder a través del ejército.

Preocupado por la corrupción y el debilitamiento de la república, Maquiavelo trató de entender cómo, con un fondo patriótico que él preconizaba, se podía separar la ética de la política, para lograr, mediante el poder, generar un estado unido en Italia. Así fue como, en medio de una dicotomía entre su libro *El Príncipe*, que dice lo que las cosas son, y su libro *Los Discursos*, en el que señala lo que las cosas deben ser, Maquiavelo, en su meditación

profunda y en sus muchos años de soledad, llegó a algunas conclusiones que forman parte de ese documento, aparentemente frío y cruel, pero realista, en el que menciona con claridad que para gobernar hay que tener un manual, que para mucha gente se llamaba *El Manual de los Tiranos*, y ese fue el libro que decidió escribir, para asegurar la estabilidad, bajo el concepto de que la supervivencia del Estado justifica cualquier acción que el príncipe; o sea, el que gobierna, tome, al margen de que la misma pueda resultar sangrienta, destructiva o inmoral.

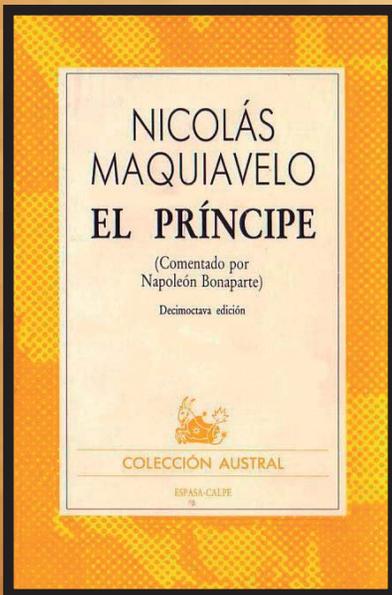
De acuerdo con esa tesis, él señalaba que cuando el poder es hereditario y no hay una inteligencia aguda, no es fácil mantener el control, con la idea de que el rey es amado, sino que es más sencillo mantener el control cuando el príncipe es temido, y que si un príncipe adquiere poder en un país diferente, tiene que hacer varias cosas para conservarlo, y una de ellas es destruir lo anterior; es decir, en esa época, matar a los príncipes antecesores, y en nuestros tiempos, simplemente quitarles el poder a los que lo tuvieron, u otra alternativa complementaria, que es ir en persona a recibir, para vivir y sufrir las leyes propias del área conquistada, todo sobre la base de que el temperamento de las multitudes; o sea, del pueblo, es muy variable y que es muy fácil persuadirlo de una cosa, pero no es fácil que esa persuasión siga presente y permita la estabilidad futura.

Por lo anterior, en muchos casos él decía que hay que creer, pero por la fuerza, y hacía una apología de César Borgia, experto en traiciones y asesinatos, considerando que para ganar amigos hay que tener el control de los intereses y, por supuesto, aparentar ser amado y temido al mismo tiempo, porque en la experiencia que él había adquirido, el temor es más permanente que el amor. Maquiavelo insistía en que construir sobre la opinión de la gente es como construir sobre la arena; esto, que parece antidemocrático, en aquella época era lógico, debido a que la educación de las clases dominantes era extraordinariamente superior a la de las clases populares, y que para conservar el orden, decía él, no hay que meditar mucho en el afecto, sino más bien basarse en la seguridad que se le otorga a la gente, y que es distinto adquirir los méritos por buena fortuna que conservarlos por la religión; pero que, cuando no existe eso, hay que tomar decisiones, aunque tengan que ser crueles, y él siempre insistió en la separación de la Iglesia y el Estado.

Maquiavelo decía además, que el príncipe debe ganar reputación por su misericordia, pero no permitir la tendencia al libertinaje o a la aparente libertad extrema de sus gobernados, puesto que la misma –decía– es auto-

destruktiva, y para evitar que suceda este fenómeno social, debe el príncipe obligar a la unidad y a la obediencia; asimismo, señaló en uno de sus famosos comentarios, que hay dos formas de gobernar: una de acuerdo con la ley, y la otra, por la fuerza, y que allí se introduce el concepto clásico de que el hombre puede gobernar por la ley pero la bestia tiene que gobernar por la fuerza, y que un príncipe siempre debe saber cuándo usar el hombre y cuando usar la bestia, pero que hay que tener cuidado de escoger entre cómo la usa el león y cómo el zorro, porque el león no se protege bien de las trampas y el zorro sí, pero este último no se puede proteger bien de la fuerza de los lobos, o sea, de alguien más agresivo que él.

Insistía también en la necesidad de conservar la fe y la esperanza del pueblo para evitar ser odiado o despreciado, y que el príncipe tiene que otorgar siempre los favores en persona, para que la gratitud sea recíproca y no a través de sus colaboradores, y agregaba con picardía lo que los romanos ya habían practicado: que hay que entretener a la gente con fiestas y espectáculos, para que no tenga tiempo de estar pendiente de las acciones del gobierno, o sea, repite lo que los césares ya habían señalado, de que al pueblo: pan y circo; esto es, seguridad y fiesta. Al final, *El Príncipe*, con sus comentarios, defiende el patriotismo e insiste en que para la unidad de su Italia se requería un liderazgo personal fuerte, inteligente y que no distribuyera el poder; en esto él reiteraba que el poder no debe compartirse.



Este libro estuvo mucho tiempo guardado en el oscuro anonimato del olvido, pero posteriormente los papas, como Clemente VII y después los revolucionarios franceses, americanos y alemanes, lo hicieron su libro de cabecera, y ni qué decir que los emperadores Carlos V, Enrique III y Enrique IV de Francia; el gran Napoleón Bonaparte y Bismarck, decían que dormían con él bajo la almohada, y Hitler y Mussolini presumían de algunas acciones que tomaban, comparándose con lo descrito en *El Príncipe*, pero se olvidaban del libro que equilibra la agresividad inmoral de éste, que es: *Los Discursos*. Así se nota la gran dicotomía de ese gran personaje, pues en dicho libro se manifiestan sentimientos de bondad, de idea-

lización y de amor a su patria, que difieren considerablemente de lo descrito con cierto grado de ironía y cinismo en *El Príncipe*; de allí que esa dicotomía siempre seguirá pendiente de resolver en una acción de gobernar y hay que considerarla como válida en la dialéctica de lo que debe ser, que es moral por antonomasia, y lo que puede ser, que es práctico y que muchas veces se aleja totalmente de la ética del comportamiento humano.

Describo este libro con alguna puntualidad, porque sí tuve oportunidad de, siguiendo el consejo de Roberto, estudiarlo con profundidad y ver si en realidad mi instinto reflexiológico conductista del pasado, me generaba ese romanticismo utópico, o si podía yo estar equivocado y debía seguir los patrones de conducta del poder clásico que Roberto y más radicalmente Alfredo, decían que utilizaban, o que yo debía utilizar, no así Amador, que siempre fue más ecléctico y hacía uso, como yo, de la argumentación y no de la imposición de conceptos clásicos, como el caso particular del poder enfermedad y no del poder sublimación de la actitud de servir, que era la definición clásica griega de la política.

Durante mi estancia en la Rectoría, y posteriormente, esta dicotomía me ha tenido flotando en el aire, y tal vez por temor, o quizás por mi propia naturaleza genética o mi idiosincrasia, basada en mi educación fundamental, no he podido llegar a la frialdad o a la convicción que se requiere en el ejercicio de la política del poder, porque siempre en mi memoria emocional aparece una llamada de atención y una luz que me regresa a las culpas, a los resentimientos y a las incertidumbres infantiles, y me da la justificante para recuperar mi pasado y crear mi futuro con base en valores de bondad, tolerancia y conciliación, y no del fundamentalismo, que me parece transitorio, y además autodestructivo; porque, en efecto, la política de Maquiavelo tiende a ganar con los argumentos que él señala, pero después el triunfo siempre desaparece, porque se enfrenta al mismo mecanismo antitético que lo llevó al poder primario, que es el responsable de que desaparezca su figura histórica; es decir, la violencia, la represión y la inmoralidad destruyen al que las practica, y vuelen a aparecer en el entorno fugaz y transitorio del ejercicio del poder, mientras que la filosofía del bien, el marco ético y la estructura axiológica clara tienen un factor más permanente, aunque al principio pueden producir dolor, como es el caso clásico de la fundación de las religiones.

En fin, ya sea por algún mecanismo de razonamiento o por instinto generado en memorias pasadas, que producen un reflejo determinado, nunca pude incorporarme al tema gélido de la acción política que destruye her-

manos y amigos, y que se basa sólo en el poder por el poder mismo, y esa intuición, que me hacía tomar decisiones después de largas discusiones con mis amigos, en las que tenía que decir la última palabra, fue la que, por los resultados, me permitió sobrevivir en el mundo complejo y difícil de la política en todas sus ramas, incluso la universitaria, que es a la que hago particular referencia.

Posteriormente, mis acciones políticas no tuvieron los triunfos que obtuve en la universidad y fueron sujetas a procesos de triunfos parciales, reconocimientos o derrotas transitorias, probablemente porque el entorno histórico y cultural en donde me movía después de mi estancia en la universidad, era más coincidente con el libro original de Maquiavelo, *El Príncipe*, mientras que el ámbito cultural universitario, dada su natural tendencia a los temas cognitivos y al razonamiento con método científico, y buscando el plus que el romanticismo histórico genera, es más coincidente con el libro de *Los Discursos*.

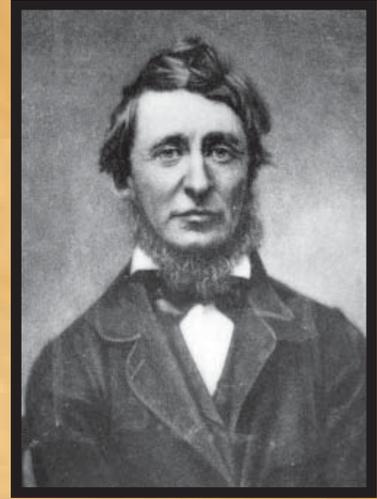
En toda forma, está en el aire la frase reiterada que he utilizado toda mi vida y que señala que: “en la política, en el amor y en el fútbol, lo que importa son los resultados”, pues en ocasiones no importa jugar bien, si la derrota sobreviene, y muchas veces, en un juego equivocado, aparece el triunfo, y al final esto último es lo que se recuerda, y todo eso forma parte de lo que se conoce con el nombre de “la real politique”, y ésta es la que cuenta en el ámbito político, aunque la política de la bondad es la que fortalece tu yo interno. La verdad es que hay que aprender a no esperar que los hombres se comporten como uno lo haría en una circunstancia determinada sino que el otro o los otros reaccionan distinto al pensamiento personal y así se observan muchas traiciones, resentimientos, venganzas y bajeza humana. Todo esto a mi me ha producido siempre una triste decepción y depresión pero “así es la vida y ni modo”.

Sobre el porqué de mi pensamiento en esa época

En múltiples ocasiones he reiterado las razones de mi fórmula conciliadora con sentido romántico hacía una utopía hecha vida personal, trasladada ésta a la vida social; pero, profundizando en todas mis actitudes, he llegado a pensar que quizá mi falta de rigidez y mi poca atención a las normas establecidas se había basado en algunas lecturas originales de un libro denominado *Los grandes anarquistas*, en el que León Tolstoi, Thompkin y los grandes pen-

sadores rusos de finales del siglo XIX, alimentaron mi pensar y me hicieron coincidir, en forma inconsciente, con la filosofía anarquista, que luego Rousseau puso en orden, cuando describió la necesidad del Estado, pero que el célebre profesor de Harvard, Henry David Thoreau, volvió a impulsar en 1849, con su libro *Desobediencia Civil*, que en un principio se llamó *El deber de la desobediencia civil*.

Ese personaje, de raíces francesas y escocesas, que había nacido en Massachussets en 1817, y que después de su estancia en la Universidad de Harvard modificó, no sólo el pensamiento de algunos jóvenes, como el mío, sino que alteró el curso del mundo en muchas regiones, como fue el caso de la independencia de la India, ya que Gandhi, después de leer y difundir ese libro, estableció su teoría de resistencia pasiva y de estar a favor de la justicia no sólo a favor de la ley, hechos que Thoreau ya había vivido en menor escala en Estados Unidos. Pero Gandhi los aplicó en mayor escala, y logró sacudirse al imperio británico, aunque murió al final en su intento, debido a las diferencias religiosas entre islámicos, budistas e hinduistas. Thoreau fue para mí un gran hombre, muy interesante por lo que hizo en 1846, cuando inició la guerra México-Estados Unidos, de proclamarse en deuda de impuestos, ya que no quiso pagar el impuesto de la guerra contra México, señalando que lo que Estados Unidos quería era aumentar el número de esclavos en el sur invadiendo México, y como él era enemigo de esas injusticias, no pagaría los impuestos correspondientes, razón por la que fue encarcelado.



Henry David Thoreau, autor del libro *Desobediencia Civil*.

De todas sus ideas, me impactó mucho su frase: “el mejor gobierno es el que no existe”, y también su capacidad contradictoria, pues él decía que no estaba de acuerdo en descansar un día y trabajar seis, como lo hacían los fundadores puritanos de los Estados Unidos, con base en la Biblia, sino que a él le gustaba trabajar uno y descansar seis, lo que por supuesto era una broma, pero formaba parte de una doctrina bien establecida, en la que consideraba al gobierno un elemento superfluo, aunque posteriormente reconocía que, no habiendo llegado los seres humanos a alcanzar el grado de perfección para que no existiera el gobierno, tenía que haber un buen gobierno, como algo no deseable pero indispensable para proteger la seguridad de sus habitantes.

Thoreau decía también, que ese gobierno debía darles derechos a las minorías y entender que las mayorías frecuentemente se equivocan y que no hay que creer en la dictadura de la democracia, insistiendo en que el ciudadano nunca debe renunciar a su conciencia en los procesos electorales, dándole la responsabilidad sólo al elegido, pues la historia ha señalado que los políticos, legisladores y ministros sirven al Estado, pero no piensan en el juicio moral y en Dios, y que la mejor prueba estaba en que él no podía reconocer un gobierno que toleraba la esclavitud, basada en el color de la piel. Insistía siempre en que la votación es como un juego, y que él tenía muy poca confianza en la virtud del hombre masa, ya que este último había crucificado a Jesucristo; había excomulgado a Copérnico y a Lutero, y había señalado a Washington a Franklin y a Madison como rebeldes. En fin, en su libro *Desobediencia civil*, que impactó el pensamiento del mundo, muestra la importancia del respeto a la libertad, pues señala, que si ésta se oprime, se produce un estado que propicia el dejar de ser, surgiendo el dejar hacer, que es la base del capitalismo de Adam Smith.

La lectura de ese documento me permitió entenderme un poco, porque yo, como Edison, pensaba que en mi oficina no había normas o reglamentos, porque lo que tratábamos de hacer era resolver problemas, y como las leyes, que son represivas por naturaleza, no inducen actitudes positivas del ser humano, empecé a coquetear ideológicamente con los anarquistas, y les decía, en broma, que no me gustaban los rojos de los semáforos y que los respetaba sólo porque eran indispensables, y que tampoco me parecía justa la opresión de la iglesia, pues aunque fui profundamente religioso en mi infancia, no me imaginaba un Dios que castiga y destruye, y tampoco entendía por qué unos pocos, amparados por el estatus social o político, querían controlar el pensamiento y la libertad de muchos que no eran respetados en su esencia individual. Tal vez por esa razón, en mis discursos, citaba frecuentemente a Krishnamurti, quien defiende la conservación de la libertad con la que se nace y proclama una actitud social de autenticidad y no de simulación.

Estos comentarios tienen que ver con mi actitud de no entender las cosas que nos unían a Alfredo a Amador a Roberto y a mí, lo que a veces propiciaba una sensación de tirantez cuando tratábamos algunos temas decisivos, en los cuales, mientras Alfredo se proclamaba como fundamentalista rígido y autárquico, Roberto era pragmático pero intolerante, y Amador, de acuerdo a la conveniencia y mucho más funcional; y yo todavía conservaba mi romántica ilusión de que los seres humanos pueden cambiar y que había



Con Roberto Moreira y Alfredo Piñeyro.

que ejercer el perdón, la tolerancia, y que las ideologías eran artificiales subterfugios para separar a los seres humanos, con la excusa de la búsqueda del poder. Quizá por esa actitud logré tolerar que, cuando yo visitaba la Facultad de Medicina, de la que Alfredo era el director, como él se consideraba un señor feudal, no me daba el trato protocolario de rector, y tampoco pude entender por qué feudalizó la universidad, pues con eso sólo se logró aislamiento, endogamia autolimitativa, permanencia de grupos por largos años en las escuelas y corrupción, convirtiendo a la universidad en una caja de resonancia de la corrupción gubernamental que masivamente ha infiltrado nuestro tejido burocrático y empresarial, fomentando una complicidad tolerante.

La nube de argumentos, actitudes, pensamientos, encuentros y desencuentros fue tomando colores tan disímolos en relación con la “Bata blanca”, que era impresionante, y así, una vez mi maestro Tristán Garza me señaló su admiración por esos cuatro personajes que pudieron haber estado juntos en una tarea común, que era la de preservar los valores de la universidad. Tristán me manifestó además que, conociéndome, él nunca se imaginó que yo pudiera conciliar esos esfuerzos y que más bien él creía que el genio capaz de hacerlo había sido Moreira; pero la verdad tal vez fue, que la única manera de que esos tres volcanes que eran mis compañeros de lucha dejaran de producir lava y fuego, era la que yo practiqué, que fue cubrirlos de un solemne manto de nieve, basado en tolerar, perdonar y hacer caso omiso de la agresión, para lograr que el fuego de aquellas inteli-

gencias y el mío propio, sirvieran para producir la termodinámica política y social que generó la energía que nos permitió a todos llevar a cabo la transición adecuada, de la guerra universitaria del pasado a la estabilidad y la paz creativa del futuro.

Toda proporción guardada, quizá la paciencia, la tolerancia y la solemnidad del presidente de España para entender las diferencias del Partido Socialista, de los franquistas, la presencia del anarquismo y la guerra vasca, fue lo que hizo que España tuviera la transición política que le permitió salir airoso y en paz y respetar la monarquía como forma, para modernizar el sistema político democrático como fondo. Si Adolfo Suárez logró lo anterior con paciencia, quizá yo, con mi tolerancia, también participé en el nacimiento de una nueva época, en la que en la universidad se aprende y se enseña, y el poder existe y se corrompe, pero no impide totalmente el progreso natural y el derecho de la juventud a la libertad que sólo el conocimiento produce.

El Capital. Las largas discusiones sobre el comunismo y el capitalismo

Desde la época en que estuve en la Facultad de Medicina, observaba cómo mis compañeros Máximo de León, José Ángel Cadena, Mateo Sáenz y mis maestros Martínez Cárdenas, Ricardo Peña, Ángel Martínez, hijo, que en aquel tiempo era residente, y los alumnos como Luis Soto, Sergio, Enrique, González y posteriormente Camero y el mismo Alberto Anaya, hablaban sobre el marxismo, con una aparente propiedad, que daba fuerza y contundencia a sus argumentos, y nosotros, los que no estábamos en esa tónica, lo que hacíamos era defendernos con algunos principios religiosos y con mecanismos de razonamiento cognitivo que nos permitían cuestionar algunos aspectos de generalización de la lucha de clases sociales y de la equidad como justicia en el mundo ideal que predicaban nuestros interlocutores.

Por lo anterior, en una ocasión en que estaba yo en el corredor de la Facultad de Medicina, en el área de anatomía, José Ángel Cadena me espetó una pregunta que me dejó intranquilo: “Oye, Luis, ¿cómo es posible que tú discutas con nosotros sobre el comunismo, si nunca has leído *El Capital*, de Karl Marx?” Yo, asombrado por la pregunta, y sin soberbia alguna, sólo le repliqué: “Mira, ahora que estoy dando clases de filosofía y estoy leyendo muchas cosas extrañas, voy a leer a Karl Marx y después hablamos”, y allí empezó mi peregrinar. Adquirí el libro *El Capital* en la librería Cosmos, que

dirigía el gran bibliógrafo y maestro Alfredo Gracia, y por las noches me puse a estudiarlo concienzudamente. Ya estaba preparado para resistir lo incomprensible, desde el punto de vista de la traducción y la redacción, con mis lecturas previas de Kant, ya que de los filósofos que yo había leído, era el que, después de profundizar en dos o tres páginas y voltear a ver la calle que colindaba con mi recámara, en la calle Diego de Montemayor, bruscamente volvía a mi conciencia, para preguntarme “¿qué es lo que estoy leyendo y qué es lo que aprendí?, porque no entiendo nada”.

Como ya estaba acostumbrado a esta negación, que en el fondo probablemente me dejaba alguna impregnación subconsciente, me puse a leer *El Capital*, y en realidad no puedo decir que lo entendí, porque aprendí con algunos críticos, muchos de los cuales también se quejaban de la dificultad para leer esos volúmenes, aunque, ya resumidos, formaban parte de la obra de un gran personaje, como lo fue Karl Marx, quien junto con Federico Engels escribió ese documento.

Marx, quien había nacido en 1818, en Trier, Alemania, y provenía de familias religiosas de origen rabínico, pero que se habían convertido a la cristiandad, era un estudiante del derecho y la filosofía, revolucionario natural desde su juventud, expuesto posteriormente a estudiar el socialismo en París y a escribir sobre la guerra franco-germana. Marx tenía una amistad muy cercana con Engels, y empezó a utilizar la capacidad intelectual y los conocimientos filosóficos de éste, para generar lo que llamó el materialismo dialéctico, inspirado en que la acción y la contradicción forman parte de la búsqueda de la verdad, y que la teoría social y la acción del capitalismo propiciaban la contradicción de la defensa de los intereses del proletariado, y así se llegaría a la revolución, para que el proletariado conquistara la dictadura de la sociedad.

Por otra parte, Marx continuaba sus actividades cotidianas de agitación sobre la guerra prusiana, y estaba convencido desde el principio de que la justicia sólo podía producirse con la violenta ruptura del orden social existente, a través de la tesis económica que él denominó comunismo; de ahí su famoso primer manifiesto, que escribió en 1848, que reza más o menos así: “los comunistas consideran que es superfluo conceder otras opiniones y otras intenciones; ellos declaran abiertamente que sus propósitos sólo pueden ser alcanzados por medio de una revolución violenta, que haga temblar a las clases dominantes actuales, para que los trabajadores, que no tienen nada que perder más que sus cadenas, tengan todo que ganar”. Al final decía: “Trabajadores del mundo, uníos”.

Otras pequeñas muestras de su actividad agresiva y de agitación le impidieron establecerse en un solo lugar, por lo que emigró a Inglaterra, en donde observó el inicio del desarrollo de la sociedad industrial, a través de la cual la tecnología y la organización en empresas estaba generando un grupo privilegiado de patrones que explotaban a una mayoría de trabajadores pobres; además, con niños que trabajaban desde la infancia y a quienes se les otorgaban pequeñas dádivas, sin que se dieran cuenta los patrones, según ellos, de que la única fuerza que producía economía era la del trabajador y no la del dominador.

Esa teoría de que todo el crecimiento económico se debe al trabajo es fundamental en la filosofía de Karl Marx; sin embargo, su vida privada también le ayudó a tener un mal carácter y una actitud de amargura, porque de sus seis hijos, solamente tres sobrevivieron, y de los tres que sobrevivieron, dos cometieron suicidio, lo que le ocasionó una depresión crónica a ese brillante filósofo, y si no hubiera sido porque Engels venía de una familia acomodada, no habría sobrevivido, porque sólo ganaba una guinea a la semana, que no le era suficiente para mantener a su familia. Con todos estos valores negativos en su personalidad, Marx escribió *El Capital* y fundó en 1864 la llamada Asociación Internacional, que fue conocida como la primera reunión internacional de adictos al sistema comunista que él preconizaba, y que dio origen a la segunda y a la tercera internacional, que produjeron ya un desbordamiento de ese movimiento por toda Europa, los Estados Unidos de Norteamérica, China y principalmente inquietud en Rusia.



El Capital fue finalmente completado y publicado en 1866, y la primera traducción a otra lengua que no fuera el inglés o el alemán, fue la edición rusa, en 1872; sus teorías económicas se basaban fundamentalmente en la observación del periodo victoriano inglés, en el que la gente humilde vivía en condiciones sociales paupérrimas y se cometían abusos con el trabajo de la mujer; y con el apoyo indirecto, por la falta de humanismo en las condiciones de trabajo, de es-

critos y libros de personalidades como Charles Dickens, John Ruskin o Thomas Kyle y conservando en lo básico el pensamiento de Engels.

Ellos se levantaban el ánimo mutuamente, hasta que, en un momento de tristeza, por la dificultad de hacer valer su teoría, Engels les dijo una frase cé-

lebre, señalando: “Así como Darwin descubrió la ley de la evolución en la naturaleza orgánica, Marx ha descubierto la ley de la evolución en la historia de la humanidad, a través del fenómeno económico”. En esa forma justificaba el análisis científico de la sociedad que se hacía en ese importante documento.

El método que Marx siguió, tanto en ese libro como en sus demás publicaciones, se basaba en el principio llamado materialismo dialéctico, que fue tomado de Engels, y que explicaba cómo las fuerzas opositoras habían propiciado la revolución en los Estados Unidos. La premisa de ese documento era que la historia de la sociedad había sido siempre la historia de la lucha de clases entre esclavos y patricios o plebeyos, en la época de los romanos; entre lores o entre patronos y trabajadores. En otra elegía de Marx, Engels mencionaba que los seres humanos requerimos principalmente comida y bebida, ropa y refugio, y que eso produce la subsistencia, por lo que todas las teorías económicas y productivas tienen que ir alrededor del fenómeno natural de subsistir, que es omnipresente en la visión de los asuntos humanos; y en la búsqueda del capitalismo dialéctico, él aprovechaba algunas teorías antiguas de economía, como las de Adam Smith o David Ricardo, que le daban al trabajo el gran valor fundamental del desarrollo económico, e incluían también menciones de Benjamín Franklin, quien había señalado que cuando alguien hace un trato en general, ese trato es intercambiar trabajo por trabajo y por lo tanto el fundamento del desarrollo económico es el trabajo; y que David Ricardo había demostrado plenamente que el valor y precio de cualquier objeto debería ser determinado por la cantidad de trabajo que se tenía que hacer para producirlo.

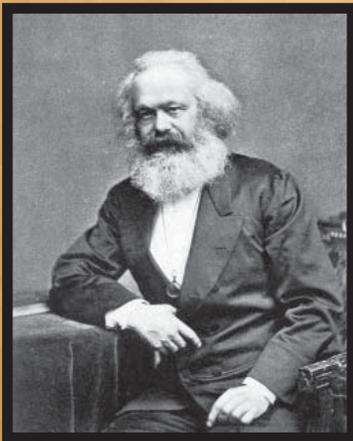
De esa manera, Marx desarrolló su teoría del valor de la demanda, y en su libro *La Crítica de la Política Económica*, mencionaba que lo único que puede vender un trabajador es su propio trabajo, para evitar la pobreza, y que dado que el sistema económico le pone un precio muy bajo a su trabajo, para aprovechar sus horas de esfuerzo en beneficio del capital, lo que está sucediendo es que el capital le está robando en beneficio suyo al trabajador. Todas esas teorías propiciaron una ruptura muy seria con la industrialización y con la mecanización del trabajo, porque se dieron cuenta de que no era sólo el trabajo, sino que la ciencia y la tecnología, pero sobre todo la máquina, podían aumentar y hacer más eficiente la participación individual.

Para defenderse de ese concepto, Marx señalaba que no quería convertir al hombre en un apéndice de la máquina, y que la sobrepoblación, que había descrito la teoría malthusiana, siempre era una consecuencia que beneficiaba

al capitalismo, porque así se producía una reserva de trabajadores que impedía que se pagara lo adecuado, ya que mucha gente tenía necesidad de trabajar, y en esa forma disminuían las oportunidades de la mayoría; mencionaba también que la clase media debería desaparecer y que al final sólo quedarían los capitalistas y los proletarios, y que la lucha entre ambos culminaría con la dictadura del proletariado.

Algo más sobre Marx y sobre mi pensamiento

El método del materialismo histórico descrito por Marx fracasó para encontrar las diferencias obvias entre personas que estaban en el mismo estadio de desarrollo económico, porque a pesar de que la equidad es la base de esa filosofía, factores vitales como la raza, la religión, la nacionalidad y la cultura, imprimen personalidades distintas y necesidades económicas diferentes, porque el género humano, en su diversidad y en su individualismo, tiende a refugiarse en sus propios factores personales y no es fácil que ingrese a una corriente histórica totalmente igualitaria.



Karl Marx

Como consecuencia de estas ideas marxistas, hay ejemplos históricos en Rusia, en China y en otras partes del mundo que practicaron ese fenómeno económico y social durante muchos años e imprimieron una personalidad distinta y cultural a cerca de un billón de individuos, y generaron la revolución rusa, que terminó con el régimen opresivo del zar; la revolución china, con Mao Zedong, y desarrollando una época que ellos justificaban como algo vicariante; o sea, necesario de la dictadura, no del proletariado sino del Estado, que caracterizó a la Rusia de Stalin, que no era un país comunista, como lo había diseñado Lenin, sino un imperialismo dictatorial, que si bien conservaba el ideario, aparentemente produjo terribles injusticias, pobreza, hambre y la muerte de millones de personas que no alcanzaron los satisfactores básicos, y a los que Marx les había dedicado su objetivo original, que era el de la supervivencia. Mucha gente ha dicho, en broma, que si Marx hubiera existido bajo el régimen de Stalin, no hubiera podido vivir una vida prolongada.

Después de la muerte de Marx y de la publicación de la biblia de la clase trabajadora, una serie de notas y volúmenes, hechos y transcritos por Engels, se produjo la difusión y la circulación de ese documento y de *El Capital*. Sin embargo, *La Teoría del Valor del Trabajo*, que fue publicada en 1905, y precursora de la revolución rusa de los famosos diez días que cambiaron el mundo, que describe con brillantez en su célebre libro el periodista Reed, llevaron a Rusia a una época que demostró, sin lugar a dudas, la falta de resultados con base en las teorías marxistas; pues, mientras el capitalismo, basado en el liberalismo económico y acrecentado por la globalización, empezó a producir, según la revista *The Economist*, resultados obvios de mejoría en las clases marginadas, a través de incrementar las fuentes de trabajo y la distribución del dinero, y aunque conservara la desnutrición y la marginación, el enfoque social que Marx había preconizado no se pudo lograr con el comunismo activo, político y económico, y ha sido parcialmente logrado con el liberalismo económico, la teoría de los mercados, la libre competencia y los factores fundamentales de la esencia de la filosofía de Adam Smith, que ha generado un capitalismo creativo, pero por supuesto, todavía injusto.

En todo este laberinto de ideas, interpretaciones y discusiones, que me obligaron a estudiar y a profundizar en los textos comunistas, empecé a sentir realmente la influencia de esos escritos en mi actitud, que ansiaba la justicia; que estaba consciente de la falta de equidad en las oportunidades que nuestro sistema estaba generando; que observaba también la diferencia injusta entre clases sociales; la perpetuación de la hegemonía del sector privado sobre el sector popular; los grandes monopolios, que fueron producto de un estatus económico posrevolucionario que no cumplió sus postulados originales; y por supuesto, recordando a mi padre, siempre tendía a señalar mis ideas en cierta forma ligadas al socialismo utópico.

No obstante mis principios religiosos y mi encuentro en la universidad con diferentes formas de pensar y de ser; el conocimiento de que el ideario de los grandes luchadores sociales se iba desvirtuando en el acompañamiento masivo cultural de un cambio internacional que empujaba a estas personas, una vez pasada su juventud, a un pensamiento más conservador.

Me di cuenta de que el objetivo del quehacer humano y social no se había logrado con esos pensamientos radicales que habían producido millones de muertos y fracasos nacionales en diferentes partes del mundo, y tampoco habían resuelto el tema prioritario de la equidad.

En ese momento, y dada mi experiencia previa con el social-cristianismo de mi amigo Francisco Calvi, y el entorno religioso y político en que yo había estado inmerso cuando estudié la preparatoria, bajo la influencia de un grupo de panistas con idearios muy bien establecidos; de tendencia cristiana, pero con apertura social, empecé a titubear sobre cuál sería el rumbo, hasta que encontré en la teoría de la Revolución Mexicana y del nacionalismo histórico que generó el PRI, un atisbo de solución que justificaba mi simpatía por ese partido, aunque nunca dejé de estar con actitud crítica en forma pública y privada, porque no comprendía al ser humano en su totalidad y en su entorno político, con sus debilidades, con la corrupción consiguiente, con la injusticia de que los mejor calificados no estaban en las mejores posiciones de liderazgo, y allí fue donde la sedimentación ideológica me fue condicionando a un espacio intermedio en el que mi religión y mi creencia en el cristianismo era dominante. El amor a mis semejantes era uno de los objetivos que sostenían ese pensar, y la tolerancia hacia el factor humano, con sus debilidades, produjo un equilibrio, precario, sí, pero con tendencia al eclecticismo, que me permitió un acomodo dentro del sistema, sin perder la fantasía que había originado mi gran utopía.

Posteriormente, he encontrado que el capitalismo salvaje es injusto por naturaleza propia, porque la selección que el mercado hace no toma en cuenta las diferencias en acervo educativo, en capacidad metodológica cognitiva ni en fórmulas esenciales de vida que van más allá del monetarismo ilustrado y del pragmatismo, y que, aunque los resultados económicos en general, en comparación con el socialismo radical previo, son mejores, el mundo sigue inmerso en una enorme contradicción entre los muchos que poco tienen y los pocos que tienen mucho, y en donde el factor económico condiciona las guerras, la política y la comunicación, y se ha impregnado hasta el tuétano en la cultura de la juventud, produciendo una generación de plástico, muy diferente a la nuestra, que tenía agregado un valor romántico.

Concluyo con un colofón anecdótico: pues posteriormente a esa época, tuve la oportunidad de conversar con Fidel Castro, en la ciudad de París, Francia, cuando fui embajador de México en la UNESCO, y profundizando con ese personaje de la historia moderna, le comenté: “¡Qué ironía, Fidel, se están yendo todos tus balseros!”, que era una expresión relacionada con los que emigraban de la isla, en balsas, hacia Florida, y le pregunté: “¿Qué está sucediendo, Fidel, con el socialismo cubano?” Él volteó, me miró de arriba abajo, por su altura y por lo erguido de su físico, enmarcado en traje, de manera excepcional, porque usualmente estaba vestido en traje de color

olivo militar, y me dijo: “Mira, embajador, yo voy a inventar el nuevo socialismo, ése que va a corregir nuestros errores y a tomar algunos sectores de la realidad histórica del mercado, pero no va a sacrificar los principios de la revolución”.

Terminada la conversación, me alejé pensativo, y todavía a la fecha surge en mi interior una sombra de esperanza, que en alguna forma cree que en el futuro próximo tendrá que haber lo que Fidel señalaba: la nueva concepción socialista económica y política del mundo, que conserve los principios básicos de la propiedad, de la diferencia en la competitividad y la oportunidad que esto produce; pero que, como un sedimento justo, dé y cumpla los derechos fundamentales a la salud, a la educación y a la vivienda, así como el derecho al trabajo y a la libertad en toda su esencia.

Si lo anterior es una utopía, me quedo con ella, con la esperanza de que el comunismo, que se ha perdido en la tormenta dinámica del cambio histórico y se ha refugiado en un materialismo sin ética, regrese a encontrar que haya más satisfactores en el proceso axiológico del hombre, que los propiamente ligados al mercado o a la economía liberal.

Sobre la mujer

El famoso filósofo alemán, Schopenhauer, definió a la mujer como un “bello animal de cabellos largos e ideas cortas”. En esto último estaba totalmente equivocado, pero como dicen sus biógrafos, lo hizo probablemente porque su madre fue amante de otro filósofo contemporáneo, y ésa fue la razón de ese odio subconsciente del gran pensador, que en muchas cosas estuvo en lo cierto. Su definición de la mujer fue totalmente errada, y a las pruebas nos remitimos.

Resulta que la mujer, según estudios recientes de neurociencias, es



Mi madre, Doña Carmen, mujer de gran ternura y mucha paciencia.

más inteligente que el hombre; aunque usted no lo crea. Sí, me refiero a la apertura intelectual de su conciencia, es decir, las bellas damas, sin las cuales –ni con las cuales- no podemos vivir, son capaces de tener una amplitud de la percepción consciente de circunstancias, hechos o visiones futuras; a esto último se le ha llamado el sexto sentido femenino, que no es más que la gran amplitud de visión que la mujer tiene del problema, que es superior a la del hombre, que tiene restricciones, debido a que éste tiene más capacidad de focalización y por eso es mejor para las matemáticas, pero no de amplificación de una determinada circunstancia.

Además, la mujer tiene en su distribución hemisférica una mayor sensibilidad propioceptiva para detectar, a través de los sentidos, estímulos que al sexo masculino se le dificultan más para entender o para percibirlos, y todo esto, valga la gran paradoja, se acompaña de una gran resistencia al dolor, muy superior a la del cromosoma XY del hombre, seguramente debido, en su evolución filogenética, a su capacidad para soportar los dolores de parto que son muy agudos.

Por otra parte, y probablemente derivada de algunos cambios bioquímicos en la transmisión de las neuro-hormonas, la mujer tiene una mayor percepción para la alarma, o sea, para los estados de riesgo, pues según los psicólogos modernos, la mujer más buena, cuando es estimulada equivocadamente, puede ser más mala que el hombre más malo, y recuerdo la anécdota del famoso escritor francés, autor de la *Comedia Humana*, Honorato de Balzac, quien envió a su mamá a consultar a un psiquiatra, para explicarse por qué su madre lo había tratado tan mal en la infancia y en la adolescencia y lo había recludo en un internado, a donde acudía esporádicamente sólo a pagar la cuota, sin demostrarle cariño alguno; además, lo golpeaba frecuentemente, cuando el niño cometía algún acto desordenado; en fin, lo agredía de manera permanente y lo hacía sufrir, como él la llamó “en forma sádica”.

Cuando el psiquiatra evaluó a su mamá, pensando como Honorato, que era una enferma mental, después de múltiples sesiones y análisis que se hacían en esa época -derivados de los estudios de Charcot-, el médico, que al fin cita a Balzac, le dice: “Tu madre no está loca”; él sonrío y toma un respiro profundo de satisfacción y tranquilidad; pero de inmediato el facultativo le reitera: “No está loca, simplemente es mala”. Lo anterior explica por sí la aseveración previamente citada, que recogí en mi experiencia con una gran psiquiatra, Bárbara Hibner, a quien le tengo un gran cariño, y fue una revo-

lucionaria en su terapéutica, ya que curaba con la única pócima que alivia los problemas del mundo: el amor.

Volviendo a nuestro análisis de la mujer, su fortaleza también está documentada en su resistencia a las infecciones y sobre todo, en la prevención natural que tiene contra las enfermedades degenerativas como la arterioesclerosis y las enfermedades del corazón y del cerebro, que son las principales causas de muerte en la edad adulta. Esto es así porque los estrógenos protegen sus paredes vasculares, impidiendo las trombosis, que son mortales, y que el hombre sufre más frecuentemente; por esa razón mueren más hombres que mujeres previamente a la aparición de la menopausia, en la que, al disminuir los estrógenos, la mujer empieza a tener problemas semejantes a los del hombre.

Esta protección biológica se acompaña también de una propensión a la mentira, pues si bien una mujer puede mentir sin inmutarse -y eso está demostrado por los estudios del detector de mentiras-, tampoco las cree fácilmente, por la amplitud de conciencia previamente descrita; en síntesis, es muy mentirosa y muy difícil de engañar.

Estas lucubraciones filosóficas y médicas son seguramente producto de la necesidad de que la mujer sea más fuerte y más inteligente que el hombre, como mecanismo eugenésico para preservar la especie, pues si no hubiera mujeres, no podría haber niños y la procreación se detendría, en contra de los principios naturales de la evolución descritas por Charles Darwin en su libro *El origen de las especies*.

Pero basta ya de teorías, y vayamos a los hechos de lo que la mujer ha significado para mí en mi ya larga evolución biológica. Por supuesto, la primera que recuerdo, y eso debe ser natural, fue mi señora madre, doña Carmen, que me cuidó en mi primera infancia y siempre estuvo a mi lado en mis problemas derivados de ser hijo único y de mi incapacidad de adaptación a los fenómenos traumáticos de la relación familiar entre mi padre y mi madre.

Doña Carmen me demostró siempre una gran ternura y mucha paciencia; por eso quizá, a veces yo la juzgaba como pasiva, pues a pesar de que fui un niño travieso, inquieto y con mucha vitalidad y energía desbordada, no recuerdo más que un par de ocasiones, tal vez, en que ella me haya soltado una sonora cachetada por alguna actitud grosera de mi parte, a pesar de que en esa época se estilaba golpear a los niños con reglas, cintos, o someterlos a

castigos físicos prolongados; mi madre siempre fue considerada por muchos como alguien que me mimaba demasiado, desde la forma en que se expresaba de mí, llamándome “Chacho” o “Luisito” hasta su lucha permanente para que yo tuviera todos los satisfactores y oportunidades para mi óptimo desarrollo personal.

Quizá por eso mi madre cometió el error de ser aparentemente poco importante para mi propio juicio personal, pues yo, en mi mecanismo de fantasías crónicas, añoraba la presencia inteligente, simpática, firme y muchas veces llena de ira de mi padre, a quien veía con gran admiración, a diferencia de mi mamá, a quien veía sólo con comprensión. Obviamente, yo estaba equivocado, y mi gran amor por ella, guardado, almacenado por años y poco demostrado, como un mecanismo de autoprotección, se desbordó en el momento en que mi madre murió víctima de una leucemia monocítica, pues al verla con la palidez cérea de la muerte, sus bellos ojos verdes fijos, que yo tuve que cerrar, y con la inmovilidad pétrea de su figura, en ese momento la descarga de emociones acumuladas me hizo llorar y sacudirme a mí mismo, y a ella entre mis brazos, con un terrible sentimiento de culpa, porque siempre le había negado el reconocimiento consciente de mi amor.

En esa posición estuve casi una hora, hasta que un primo mío, en esa época sacerdote, Joaquín Garza Fox, me fue retirando gradualmente de ese apego físico tardío, explicándome con voz mística, la razón de la vida y de la muerte. Con premura y para evitar una exposición crónica al duelo, decidí enterrarla ese mismo día en el panteón de Dolores, donde yace, acompañada de su madre y de su hermana Isabel, porque los restos corpóreos de mi abuelo, que fue alcalde de Monterrey, reposan en el panteón municipal, en la llamada “Rotonda de los regiomontanos ilustres”.

Después de ese paréntesis de cariño en relación con la importancia de mi madre, viene a mi mente otro personaje que ejerció influencia sobre mi durante mi niñez, pero muy negativa: mi nana María, una mujer bien intencionada, que derivaba sus frustraciones en un afecto empalagoso sobre mi persona, con un sentimiento permanente de protección, que me impedía tener la vida social de los niños de esa época. Tampoco me dejaba presumir mis dotes físicas en actividades como la gimnasia y los deportes, ya que María me exigía ponerme pantalones cortos, con la burla consiguiente de mis compañeros y me llevaba hasta la puerta del colegio, sin soltarme la mano, hasta que la maestra venía a recogerme, y así se establecía una especie de represión crónica a mi frustrada libertad.

María, sin embargo, siempre me demostró bondad, pero a veces la ignorancia hace más daño que la maldad, y eso es lo que yo percibo en relación con la problemática infantil que presenté, por mi familia poco funcional, que se agravó con esa actitud maternal prestada, que llegó al extremo de que, cuando me inscribí en cuarto año en un nuevo colegio, ella insistía en tratar-me como a un niño pequeño, aunque yo tenía casi 10 años. Por supuesto que en ese momento rompí relaciones con ella y luché por mi libertad infantil. Después veía a María de vez en cuando, luego supe que se había casado y murió recientemente casi a los 100 años de edad. Por supuesto que la ayudé a ella y a su familia, como ayudo a otras personas que a veces lo necesitan.

Regresando al tema de la fortaleza de las mujeres y de su lucha permanente por ser iguales que el hombre -con lo cual yo bromeo, ratificando mi tesis de por qué quieren bajar de nivel, si son superiores-, tengo que reconocer que ellas han luchado por los famosos derechos civiles, idénticos a los del género masculino, y muchas mujeres en la historia del mundo han sido ejemplo de esta lucha, entre ellas Mary Wollstonecraft quien, en 1792 luchó porque la mujer tuviera sufragio.

Esa mujer luchó para modificar el concepto de que la única función importante de la mujer era la de tener hijos a través del matrimonio, y fue una luchadora permanente para la igualdad educativa y económica. Escribió un libro llamado *Vindicación de los derechos de la mujer*, traducido a varios idiomas, y que fue calificado por algunos pensadores de esa época como un libro escrito por una mujer que semejava la filosofía de una serpiente. Ella, igual que George Sand en Francia, y después, en el siglo XX, Simone de Beauvoir, han sido ejemplos de luchadoras justas que buscan favorecer la igualdad de oportunidades educativas y de trabajo, la que todavía en México, a pesar de los esfuerzos de mujeres como María Elena Chapa y muchas otras damas en el país, no se refleja en las posiciones de elección popular, pero poco a poco van insertándose en las oportunidades académicas o laborales.

Lo que aquí señalo es totalmente discordante con la filosofía islámica y un poco también con la oriental; en fin, la verdad es que, según la experiencia histórica, en la que la mujer ha participado en los cambios fundamentales de la civilización, existe un contrasentido entre las limitaciones que la sociedad les impone y la realidad sobre la importancia de su presencia en todas las actividades cotidianas y políticas, y de su participación en el cambio histórico de la sociedad.

Muchas otras mujeres han tenido influencia sobre mi forma de ser y de hacer; algunas, como mi primera novia, en la Facultad de Medicina, me abrieron los ojos a la luz del deseo y fortalecieron mi autoestima, después de una fragorosa y tenaz lucha, porque a pesar de mis discursos románticos y de mi actitud poética y meditabunda, fue necesario, como lo he comentado en otras partes de este libro, un encontronazo con la realidad para iniciarme de lleno en la vida sexual juvenil, en la que a veces corrí con demasiada velocidad y pluralidad de afectos, debido a mi inseguridad y a mi incertidumbre psicológica. De ella, como de mis otras novias que tuve cuando estudiaba medicina y de algunos amores de ocasión, conservo en general muy bellos recuerdos, porque quizá gracias a esa actitud perseverante de demostrarme a mí mismo mi capacidad de seducción y luchar contra los complejos de fealdad que me habían inculcado mis tías en mi infancia, mis compañeros de escuela y la arpía bondadosa de María, mis encuentros amorosos me proporcionaban la vitamina necesaria para conservar mi ego en un estado adecuado.

Mi encuentro con el amor salpicaba en ocasiones momentáneamente mis emociones, pero otras me llevó a actitudes lánguidas, de carácter depresivo y romántico épico, como el caso de una alumna, de quien me enamoré perdidamente o de mi colega laboratorista, quien me acompañó durante mucho tiempo en mis fantasías románticas y a veces cursis. La seriedad de una relación sólo se consolidó en mi encuentro con mi primera esposa, Alicia, con quien, dado su carácter tímido y la formal seriedad exigida por sus padres, aprendí a mezclar el amor con la razón, y en virtud de la necesidad de una estabilidad y la presencia social de esta bella mujer, tuve que modificar mi actitud, no permanentemente, pero sí en el encuentro de la cristalización de una visión futura, y probablemente habiendo sedimentado ya la inmadurez que genera el llamado “donjuanismo”, que, como dice Gregorio Marañón, es una actitud de debilidad. El donjuan insatisfecho es un hombre frágil, mientras que Amiel, otra figura de Marañón, el tímido y prudente, representa la figura sexual y costumbrista de mayor fortaleza y trascendencia.

Como el tema de mi primer casamiento y de mis hijos ya lo esboqué en el volumen anterior, y ratifico que Alicia fue una mujer ejemplar y yo sólo un torbellino de confusión, y me refiero a que, si califico cómo ha sido mi vida en la llamada inteligencia emocional, podría decir que he vivido siempre en la cresta de un desfiladero, mirando por un lado al cielo y por el otro, manoteando para ser reconocido por la presencia de un dios en el firmamento, pero volteando continuamente al despeñadero, absorbiendo quizá con masoquismo los riesgos consiguientes.

Todo eso es como caminar en una cuerda floja: de un lado puede existir una red, pero del otro, lo más atractivo, sólo existe lo incierto de lo desconocido. Así, igual que los alpinistas que gozan la adrenalina, en mis relaciones personales he tenido satisfactores, por la crisis y por el riesgo, no por la estabilidad o la duración de mi presencia. Y finalmente, una mujer que ha tenido influencia sobre mi personalidad adulta es mi actual esposa, Elvira, de la que hablaremos en otro apartado de este documento, porque merece un análisis especial, dada su jerarquía y la armonía de cuatro hijos que, aunados a los dos de mi primera esposa, forman el horizonte que le da objetivos, luz y esperanza a mi vida y que me mantienen vivo y activo, alimentado de mi mayor fuerza, que es la de la creatividad.

Ciencia o religión

Mi formación religiosa fue la convencional de un niño y adolescente de clase media, por lo que, exceptuando los primeros tres años, el resto de mi formación primaria y secundaria se desarrolló en escuelas particulares,, como el Instituto Regiomontano y posteriormente el Franco Mexicano; es decir, fui sujeto a la impregnación cultural de una religión totalmente convencional, pero amparada en la necesidad metafísica y espiritual de explicar el mundo y los seres humanos.

Durante mi época de lector crónico, me impresioné por la gran obra de quienes han sido llamados los Padres de la Iglesia. Me refiero –entre otros- a San Agustín de Hipona, quien vivió del año 354 al 430 después de Cristo, y cuyo pensamiento impulsó la religión católica en la Edad Media. Posteriormente, la lectura a la que me obligaron mis confesores sacerdotes de la parroquia catedral, quienes de vez en cuando me invitaban a ser un monaguillo robótico y asustado, fue la de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), quien con su enorme bibliografía -increíble que un solo hombre la haya escrito-, marcó el camino del Renacimiento.

Para mí, estos dos personajes representan, cada uno en su época, un intento de acercar la ciencia a la religión, por supuesto, con las limitaciones producto de su tiempo, y todo sobre la base del pensamiento platónico y aristotélico, pues la influencia helénica sobre el alma y los dioses, necesarios para la felicidad del hombre, se observa en los tratados que forman parte de la obra de estos dos monstruos de la teología. El primero, un obispo que recogía la influencia del imperio romano, porque había nacido en Hipona,

que era el lugar en donde actualmente está Argelia, un ser humano con muchos defectos, pues hasta un hijo ilegítimo tuvo, de nombre Adeodato, y cuya conversión fue génesis de su pensamiento metodológico científico y político. El segundo, Santo Tomás, originario de Nápoles, el principal representante de la tradición escolástica y fundador de la escuela tomista de teología y filosofía, es conocido también como Doctor Angélico o Doctor Común.

Ambos, por supuesto, son muy importantes para la doctrina de una iglesia que ha sufrido serios procesos de adaptación histórica; que tuvo una escisión en el siglo XV, con el pensamiento de Lutero, que rompió con los cánones oscurantistas y primitivos; además, la iglesia sufrió también los fenómenos de la servidumbre humana, al involucrarse en guerras, intrigas cortesanas y hasta perversas manipulaciones políticas, como fue el caso de la época de los Borgia, todo con la excusa de que el pensamiento de la Iglesia era superior al pensamiento del Estado.

San Agustín había dejado muy claro en su libro *Las Confesiones*, que escribió cuando tenía 33 años de edad, su concepto de la gracia y de la doctrina del pecado original, comparando a los hijos de Adán: Abel, como origen de la Ciudad de Dios y Caín, como precursor de la ciudad del mundo. Este libro, *Las Confesiones*, ha sido catalogado como la más grande autobiografía jamás escrita. Posteriormente y basado en sus debilidades y errores, él, como estudiante de la Universidad de Cartago y experto en la vida y obras de Platón, Aristóteles y Cicerón, se manifiesta profundamente con el concepto de que todas las religiones que no habían aceptado la influencia de Cristo y la infalibilidad de la *Biblia* habían producido una conciencia de culpa sin satisfacción espiritual.

El análisis de San Agustín es psicológico, social y político y trata de explicar la tragedia de la caída de Roma -ya que el imperio había sido derrumbado por la invasión de los godos, bajo el rey Alarico-, como consecuencia de la corrupción y el paganismo. Agustín mencionó con claridad que la felicidad no radica en la prosperidad, en el poder o en la gloria, sino fundamentalmente en tratar a otra persona como a uno le gustaría que lo trataran; por supuesto, esto es una doctrina que tuvo su origen en Jesucristo. La Ciudad de Dios, entonces, se basa en el amor a Dios; esta ciudad no debe tener fronteras y debe estar abierta a toda la humanidad. Con lo anterior justificaba la influencia mundial que debería tener y tiene la iglesia de Cristo en Roma, o sea, El Vaticano.

Santo Tomás de Aquino, de la Orden de Predicadores, en su obra *Suma Teológica*, que incluye más de treinta documentos escritos por él, según dicen, empieza a hablar de la escolaridad, de la armonía y compatibilidad entre la razón y la fe. Él argumenta que la fe se deriva del conocimiento de las sagradas escrituras y de la razón natural, tesis que encontró en Platón y Aristóteles y que ambas fórmulas del conocimiento vienen de Dios, según la lógica aristotélica.

En su *Suma Teológica*, Tomás defiende la existencia de los ángeles y la autoridad de la *Biblia*, y aclara que el objetivo de la ciencia es solamente impartir el conocimiento de Dios, pues no puede existir como un ente aislado. Ratifica que la razón debe tratar primero de encontrar a Dios, luego tender de manera natural hacia Dios, y en tercer lugar, con el ejemplo de Cristo, seguir el camino del hombre para acercarse al supremo hacedor. Señala todo eso, insistiendo y ofreciendo la teoría de los sacramentos y el problema del estudio de la moral como mecanismo de la felicidad humana, e incluye, asimismo, profundos comentarios sobre la riqueza, el honor, la fama, la gloria y el poder en contrasentido a veces con otras emociones como el amor, el odio, el deseo, el hambre y la ira. Así, describe las diferentes clases de pecados mortales y delitos de la sociedad y culmina con la tesis clásica de las virtudes cardinales, insistiendo en la pobreza, la castidad y la obediencia, en el ámbito de la liturgia religiosa.

Resumiendo su pensamiento, podemos mencionar que su clasificación de las cuatro clases de leyes es muy atractiva, porque él dice que existen la ley eterna, que viene de la forma en que Dios gobierna el universo, es decir, no está sujeta al tiempo; la ley natural, que es la que rige la razón, implantada desde el nacimiento en todos los hombres, y que proviene de la ley eterna; todo esto lo inclina a uno a obrar con rectitud y a buscar objetivos y fines morales en la vida; luego menciona la ley divina, que es aquella con la que el hombre se comunica a través de las revelaciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, y la cuarta y menos importante para él, es la ley humana, necesaria, porque dice que el hombre es un animal social, que requiere organi-



Santo Tomás de Aquino,
Notre Dame de París.

zación y gobierno, pero que, aunque recomienda la monarquía, lo que ha sido muy criticado, y justifica la esclavitud como un pecado original, trata siempre de acercarse al pensamiento científico pero conservando la idea de Aristóteles de que el hombre es el centro del objeto de la creación, y la de Ptolomeo, de que el centro del universo es la Tierra. Todo esto ha sido considerado la estructura de la iglesia, derivada de las enseñanzas de Cristo y del libro grande, o sea, la *Biblia*.

Posteriormente y con la llegada del pensamiento de Descartes, de Galileo, de Newton y la teoría de la evolución de Darwin, la Iglesia ha sufrido cuestionamientos y críticas, desde el punto de vista de la ciencia, así como, una vez instalado el pensamiento social marxista, la injusticia y la falta de equidad en los procesos del desarrollo político y humano, han sido siempre fuentes que, si se abordan sólo con el método cartesiano, generan una percepción de insatisfacción en cuanto a los objetivos y resultados de la iglesia católica y protestante, sin dejar de reconocer que otras iglesias tienen fundamentos similares.

Al mencionar lo anterior, recuerdo que en mi juventud, mi padre me regaló un libro de historia universal de un autor italiano de nombre César Cantú, y en uno de los tomos, muy voluminosos por cierto, se dedicaba exclusivamente a explicar la diferencia de las religiones; lo leí con mucho interés y llegué a la conclusión, en aquella época, conclusión que todavía mantengo, de que la mayoría de las religiones, incluso la budista, la islámica y otras, tienen una infraestructura de pensamiento común y se acercan a las definiciones clásicas de Santo Tomás y San Agustín. Esto es, los procesos de revelación que acompañaron a los profetas islámicos, como Mahoma o Buda, o al pensamiento proteccionista de Confucio o de otras variedades del pensar religioso, tienen un abordaje semejante, aunque la operación, liturgia y administración de esos pensamientos son totalmente distintos, por lo que aquí quizá valga el concepto de la ley natural mencionada previamente, que es con la que todos nacemos.

Durante el siglo XVIII y en el XX, en que me tocó ingresar a este planeta, la Iglesia ha sufrido fuertes sacudidas, y aun así ha continuado su importante función, no sólo en el pensamiento filosófico y espiritual, sino en su influencia política y social, porque los avances científicos antes eran muy lentos, por lo que la actitud conservadora de la iglesia institucional se adaptaba también gradualmente; sin embargo, el actual advenimiento de grandes cambios en el proceso de modificar el medio ambiente a través de la ciencia o del arte,

en el cenit de la sociedad de la comunicación, ha empezado a producir una presión muy difícil de sostener, por la inflexibilidad del pensamiento cristiano en muchas áreas en donde la ciencia planetaria y biomédica han generado múltiples preguntas que me llevan a la conclusión que me enseñaron algunos brillantes maestros de la orden jesuita, en la que se insiste en que la religión tiene que basarse en el poder de la fe y de la esperanza y que la ciencia se basa en la reproducibilidad de un fenómeno determinado. Por lo anterior, cuando se conjugan y se tratan de acercar hacia el punto de la razón pura, se produce un conflicto y una dicotomía difícil de encontrarle el punto medio y el eclecticismo correspondiente.

Me refiero a Newton y sobre todo a Hawkings, que dicen que el universo sí tiene fin, en contra de la teoría clásica de la Iglesia o de Darwin, que con su concepto de evolución, pone en duda la génesis, y recientemente, con la fecundidad asistida, que a la fecha ha producido cuatro millones de seres humanos, aunque la iglesia todavía no la reconoce como un método natural, y ni qué decir de los conceptos de muerte asistida (eutanasia) y de la clonación, como elementos terapéuticos modernos e indispensables, que se han ido incorporando al desarrollo científico y tecnológico, sin el permiso ni la autorización de la iglesia.

Lo anterior puedo constatarlo con mis conversaciones personales con el brillante cardenal mexicano, Javier Lozano, quien está muy bien preparado en las ciencias biomédicas, pero al llegar al punto de la clonación, en que yo en broma le señalo como “imagen y semejanza de Dios”, es decir, todos estamos clonados, él no acepta en forma alguna estos avances. Por otra parte y aunque hay algunos síntomas de esperanza, la fraseología convencional repele en automático el uso del condón y el aborto, este último, olvidando a Santo Tomás, que decía que la vida se inicia hasta el tercer mes, en que el producto tiene relación con su madre, y otros temas sobre los cuales, la actualidad, la realidad y la velocidad de cambio le están exigiendo a la iglesia un proceso mayor de capacidad de adaptación. Todas las consideraciones que aquí señalamos tuvieron un impacto sobre mi persona, lo que me permite sintetizar algunas conclusiones de mi actitud personal, importantes en el marco de lo que aquí escribo, no como un testimonio egocéntrico, sino como un documento que pueda serles útil a otras personas en su desarrollo personal y social.

Me declaro creyente de un Ser Superior, y respeto la *Biblia*, aunque hay algunas cosas que no puedo comprender, porque están alejadas de mi forma-

ción metodológica, pero creo en la sabiduría que explica la mayor parte del ser, el hacer y el quehacer existencial del género humano. Me inspiran y me es imposible contradecirlo, las parábolas, comentarios y la vida de Jesucristo, hombre-Dios que marca una génesis histórica no sólo religiosa en la forma de ver la vida; también creo que la Iglesia es una entidad indispensable para organizar esos pensamientos y darles acceso a la sociedad en general; que tiene una influencia popular, y en forma indirecta, también política.

Sin embargo, no percibo racionalmente la participación de los sacerdotes en la política del poder, pues considero que la política de la ley divina es superior, como decía Santo Tomás, y que la dignidad y el comportamiento del clero tiene una alta dosis de responsabilidad, por la influencia que a través del espíritu, ejerce sobre los feligreses. Por eso me enferma, reconociendo que son seres humanos, aceptar el colmo de la injusticia en la pederastia, no así en la natural atracción sexual que puedan tener y que deben excluirla de su hábito cuando sobrepase sus valores religiosos fundamentales, pero lo que sí me parece criminal es que se aprovechen de la influencia que tienen sobre la mente de las personas, con fines de perversión sexual.

En relación a la liturgia y a las formas, así como al comportamiento de los sacerdotes, mi actitud no es demasiado crítica en la necesidad de su convivencia sexual con el otro sexo; por eso, en cierta forma, simpatizo con la posibilidad de que los sacerdotes católicos puedan casarse, igual que lo hacen los luteranos. Obviamente no estoy de acuerdo, dada mi experiencia médica, en la satanización que la iglesia haga de la homosexualidad, pues la tendencia biológica y la adecuación de la biología a la cultura son evoluciones normales de comportamientos distintos que se basan en el respeto a la individualidad que cada ser humano tiene y de sus intereses y gustos personales.

Tal vez el lector piense que soy un católico híbrido y que no defino una actitud determinante, pero creo que quizá mi incertidumbre e indefinición en la forma pero no del fondo, es simplemente un reconocimiento de mi limitada inteligencia y de la falta de conocimientos profundos sobre esta temática, por lo que siempre reconozco lo que comprendo y no pongo en tela de duda la posibilidad de que exista otra alternativa a mi pensamiento y a mi método lógico que se deriva de una educación determinada.

En el fondo, por supuesto que todos los días, al amanecer, me enamoro de la creación natural y de la belleza de la biología hecha al servicio del hombre, y en el contacto con el amor y la preocupación genuina por mis semejantes,

percibo la influencia de un supremo ser espiritual, así como en el análisis de valores justifico totalmente a los griegos, que decían que el mundo del alma era superior al mundo del cuerpo, y ante el dolor, la amargura o la pérdida, encuentro un refugio y un apoyo en el pensamiento hecho emoción de creer en las sabias palabras del Padre Nuestro y en la humildad indispensable para decir: “que se haga tu voluntad y no la mía”. Esta aceptación es un antídoto de la soberbia, que para mí es el principal pecado capital, porque no tiene regreso, por lo que no debe estar sujeta a las magníficas, necesarias y muy humanas reglas del perdón.

Concluyo señalando que, como dijo el Dalai Lama: “los problemas de este mundo se pueden resolver con pasión hacia el otro, tolerancia y perdón”, y recordando una frase de un jesuita, de apellido Chávez, que le dijo a un agnóstico que lo criticaba: “Recuerda a Pascal, el filósofo, que dijo: “más vale que lo creas, no vaya a ser cierto”.

Periodismo. La prensa debe criticar no gobernar

Durante el tiempo de esta descripción histórica de mi vida personal, la prensa ha sido un factor importante en mi desarrollo como periodista novel, amateur o constante articulista, y también me ha sido útil como gimnasia de mi autoformación literaria. Lo más obvio, quizás, es que me ha permitido hacer presencia social y participar en las polémicas nacionales y locales sobre temas disímolos, que han tenido que ver con mi formación universal previa, adquirida en el tiempo en que fui rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

La otra parte de mi contacto con la prensa escrita y electrónica ha sido la relacionada con mi exposición permanente a su crítica durante las diferentes posiciones que la universidad y mi país me han permitido ejercer, desde los albores de mi quehacer institucional universitario en la Escuela de Graduados, como después en la Facultad de Enfermería, en la Dirección de Investigación Científica y finalmente en la Rectoría. Siempre he considerado a la prensa como “un mal necesario” para la sociedad y como un amortiguador del narcisismo y la soberbia que caracterizan a quienes acceden a los puestos de poder, tanto político como académico o administrativo.

Mis recuerdos son imborrables, tal vez por el contacto muy cercano con los medios de comunicación y la ansiedad que genera en el yo interno estar sujeto a la crítica por sus acciones y a los cambios en el ejercicio de las deci-



Con Elvira, Carlos Payan,
Fundador de la jornada y Javier Wiener.

siones que se llevan a cabo, en ocasiones producto de la opinión de terceros, que, desde un escritorio o en una entrevista o por una frase mal expresada, desde el punto de vista de la retórica, desatan una andanada contradictoria de críticas, las cuales producen una serie de amortiguadores, útiles para atenuar el natural individualismo y narcisismo, pero también son capaces de ejercer, desde lo que se llama el cuarto poder, una influencia dominante en la resultante social de las acciones y sobre todo en la opinión

sobre lo que las cosas parecen ser, que en esta época de la comunicación es más importante, a veces, de lo que las cosas son.

Viene a mi memoria, como un recuerdo representativo, que un día estaba yo en la rectoría, para una cita otorgada previamente por mi secretaria Esperanza a un periodista del medio tradicional de Monterrey, *El Norte*, que en la actualidad, a través de varias unidades en los estados y de una muy importante, denominada *Reforma*, en la Ciudad de México, reproduce un imperio en el sistema de comunicaciones y del periodismo escrito, que forma parte ya del cotidiano ejercicio de la libertad de expresión, puesta en el epíteto de la llamada libertad de prensa, importante función antitética del Estado, que ha generado, a veces, no sólo tendencias malvadas, sino también actos heroicos, incontables ya, de los casos de periodistas asesinados en el ejercicio del libre albedrío y la libre expresión, constitucional esta última.

En México, el ejemplo por excelencia es el del doctor Belisario Domínguez, sacrificado por el ejercicio de las acciones críticas, contundentes, auténticas y honestas de ese facultativo y periodista en la época dictatorial del famoso prohombre de la maldad, y asesino de Madero, Victoriano Huerta.

Perita, como la llamaba yo, me señaló con apremio: “Doctor, ya está aquí afuera el periodista; es un joven que quiere entrevistarlo”. De inmediato, como ha sido mi costumbre, pues no es mi estilo esconderme y menos rehuir

cualquier conversación, lo que me ha causado graves problemas, pero también satisfacciones, hice ingresar al joven, quien vestido adecuadamente, con voz modulada y cortés, y cierto grado de angustia y temor en sus ojos, me dijo: “Soy del periódico *El Norte*; me llamo Ramón Alberto”. Ese muchacho, que posteriormente se convirtió en un prestigiado director editorial del periódico *El Norte*, es ahora autor de una idea creativa a través del periodismo electrónico, de los supercanales de información.

En esa ocasión, según me enteré después, había sido enviado por sus directivos para que tomara una especie de examen, ya que mucha gente decía: “vayan a hablar con el rector, porque es muy fácil de entrevistar”; aunque otros expresaban: “tengan cuidado con el rector, porque es capaz de envolverlos con su labia y no contestarles exactamente las preguntas clave que ustedes tienen que formularle”. En fin, para mi propia satisfacción, resulta que yo representé en esa época una especie de filtro académico para evaluar a los periodistas, y seguramente, en el caso de Ramón, la evaluación fue positiva, porque ese muchacho, ahora hecho un adulto triunfador, fue creciendo y ocupando gradualmente importantes posiciones en el arte-ciencia crítico del periodismo mexicano.

Innumerables son los momentos difíciles que tuve que sortear en relación con diversos acontecimientos que se dieron en los puestos públicos que ocupé; el periodismo escrito y televisivo no siempre fue muy benigno con mis acciones, razón por la cual a veces me despertaba con la ansiedad y el complejo de leer o ver una verdad a medias o una mentira que parecía verdad y que generaba una opinión adversa en el ámbito social, pero más profunda en mi autoestima, ya que todavía, con toda la experiencia que los años me han dado, me impacta ver mi nombre en un medio o en una noticia negativa y saber que estoy limitado e imposibilitado para aclararla, y que, al margen de lo que se pueda decir posteriormente, una vez que el golpe está dado, ni Dios lo quita.

De ahí la importancia de la noticia periodística, pues sucede igual que lo que dice Jesús en el Evangelio: “¡Ay de aquel que escandalice! Más le valiera atarse al cuello una piedra de molino al cuello y tirarse al río”. Así, un medio que escandaliza, sabe que algo quedó de su noticia en el ánimo y en la mente de los lectores.

Todo lo anterior se neutraliza porque, conforme avanzó la sociedad de la comunicación y la época de la celeridad en la presentación de las noticias

en el ámbito periodístico o televisivo, empezó a formarse una especie de defensa psicosocial mental que genera un gran síndrome de olvido, que se acompaña, además, de la anestesia social y del endurecimiento de la piel, cuando la noticia es contumaz o aislada; pero cuando es persistente y continua, propicia una memorización inconsciente.

Como todo mundo lo sabe, las noticias publicadas por escrito pasan rápidamente al área del olvido, y el efecto cada vez más importante, del incremento de noticias televisivas o electrónicas o a través del internet, ha ido produciendo un verdadero proceso masificador de las conciencias que, como respuesta, hace que la memoria gire su propia estructura cortical hacia otro lado y atenúe su efecto, impidiendo a la mente la reacción que corresponde al miedo a la noticia, germinando así una autodefensa. En toda forma y al margen de que mucha gente -como mi compadre Piñeyro-, decía que simplemente no leía los periódicos, la verdad no es que uno quiera, sino que debe conocer la verdad relativa, ya que ésta también representa un paso importante en el género democrático y en la imagen que permite el liderazgo auténtico, no simulado, en una posición pública.

En ese medio de comunicación he conocido a varios personajes que considero importante mencionar, porque han sido un factor trascendente en el desarrollo de mis actividades públicas. El primero de ellos es el fundador del periódico, don Alejandro Junco de la Vega, un simpático y agradable viejecito, que visitaba frecuentemente la sala en la que trabajaba el licenciado Abelardo Leal, director editorial de ese medio durante muchos años. Don Alejandro tenía una sonrisa pícara, y obviamente había vivido épocas muy difíciles en la historia del proceso del periodismo mexicano; y ya en su vejez postrera, observaba con comprensión y paciencia los errores que cometían los hombres del poder; no así el licenciado Abelardo Leal, quien siempre conservaba una actitud beligerante y crítica, con una fina ironía y un humorismo que dejó huella en ese medio; y de vez en cuando -y eso lo practicó conmigo-, con tolerancia y perdón, así como un humanismo y un aprecio por la juventud.

Y es que don Abelardo, si bien fue el artífice de toda una serie de hechos muy críticos en contra el rector José Alvarado, del gobernador Pedro Zorrilla y por supuesto en contra de los políticos que ocupaban puestos previamente y que tenían una aparente ideología de izquierda; conmigo conservó esa capacidad inflexible e insobornable, pero en ocasiones yo notaba un aprecio y una advertencia, que me hacían a veces alterar las decisiones conducentes y corresponder a su confianza con una serie de visitas frecuentes que yo le

hacía, para pedirle algunos consejos o sugerencias en los diversos aspectos de la vida universitaria que me tocó dirigir.

Don Abelardo Leal dejó posteriormente ese periódico, molesto y con cierto grado de maltrato financiero, como es costumbre en los órganos del poder económico, y se fue a trabajar en la competencia, donde duró poco tiempo, debido a una penosa enfermedad que lo llevó a la muerte. De él tengo excelentes recuerdos, y, por supuesto, también está en mi archivo personal toda una historia de críticas que yo combatía con el simple razonamiento de reconocer de inmediato cuando había cometido un error, destruyendo así las armas crónicas que podían instrumentar una verdadera campaña. Para mí era muy difícil trabajar en un clima armónico con ese medio, siendo como era yo, totalmente leal al gobernador del Estado, Pedro Zorrilla, a quien me unía un entrañable afecto y sobre todo una enorme gratitud.

Don Abelardo representó también para mí un maestro en el arte de escribir, porque a él debo mi didáctica periodística de usar párrafos cortos, pues siempre me decía: “Doctor, hay que ser suave en la forma, pero duro en el fondo; ésa es la mejor manera de convencer, y no se le olvide que a los lectores hay que dejarlos respirar; le recomiendo escribir párrafos cortos, con el fin de que puedan digerirse y oxigenar así la mente del que los lee”. Esas fueron sus recomendaciones cuando yo colaboraba con ese periódico.

Hasta la fecha, sigo sus consejos en mis textos periodísticos, y reconozco mi limitación literaria, pues sólo los grandes escritores, como García Márquez o Carlos Fuentes, o aquéllos que gozan de una pluma privilegiada, como Borges o el maestro Alfonso Reyes, son capaces de escribir, como le dije una vez bromeando a García Márquez, sin puntos y aparte y a veces casi sin punto y coma, y es que la belleza de su exposición literaria es tan atractiva, que deja a veces un hito respiratorio que permite continuar leyendo sin la respiración lectora que Abelardo Leal me recomendó siempre.

Recuerdo que en una ocasión, en París, le expresé a García Márquez mi opinión sobre sus libros, y mi admiración por su narración continua, y él me dijo que él era un amateur; que el verdadero profesional de la narración había sido Alejo Carpentier, un gran escritor, que fue capaz de instrumentar libros y novelas con mucha profundidad social, sin realmente dejar respirar al lector.

Otro personaje, que obviamente era el más importante de ese medio de comunicación, administrativamente, fue el licenciado Alejandro Junco de

la Vega, que así se hace llamar, quien fue un caballero preparado por sus padres para estudiar periodismo en la Universidad de Texas en Austin, igual que su hermano Rodolfo, quien goza de una sensibilidad humana diferente, aunque conserva la misma política crítica y también el ansia que Alejandro muestra últimamente, de no sólo querer criticar o enderezar los rumbos que los políticos toman equivocadamente en sus decisiones cotidianas, sino que al parecer tiene ansias de gobernar y de ser un factor de poder, no solamente de crítica social.

Alejandro es un hombre muy inteligente, con una gran capacidad analítica, y quizás fue el creador en México del periodismo electrónico, a través de Internet y del banco de datos generado por los discos ópticos, ya que, según recuerdo, cuando la Universidad de Colima, que fue primera en ese tema en el área educativa, inició sus programas, Alejandro ya había iniciado, a través de lo que llamó Infosel, la comunicación electrónica generada como estrategia moderna de su periódico.

Su hermano, importante también, aunque minoritario en las acciones, y por lo tanto no responsable de las decisiones trascendentes, es el licenciado Rodolfo Junco, a quien me unió una gran amistad y vi siempre en él a un hombre sensible, amante del arte, con mucho componente humano y con un dejo de romanticismo histórico y de presencia humanista que me permitían comunicarme rápidamente con él y hacerle presentes mis preocupaciones, así como comentarle con franqueza mis errores y mi incertidumbre en el laberinto político de la toma de decisiones, en donde en ocasiones los intereses creados son más fuertes que la unidad volitiva personal, en la que uno debía trascender con su propia verdad.

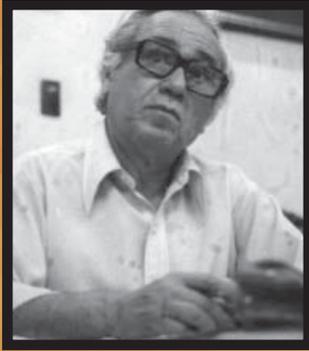
No obstante, cuando traté de llevar a mayor extremo nuestra amistad, Rodolfo simplemente cortó por lo sano, y yo entendí que la virtud y defecto de ese periódico es que no tienen interés en establecer relaciones emocionales con ninguna persona que pueda tener o alcance a una posición pública; esto es, su capacidad crítica los aísla como personas y les impide la otra parte del fenómeno humano, que es el de la comprensión y la sensibilidad. Es decir, ese periódico, muy profesional, quizás el más profesional de México, con gran impacto periodístico y social, y que defiende la libertad de expresión, ha caído en su propia autocritica y probablemente en un proceso de desgaste histórico, porque teniendo en su mira fundamentalmente intereses y no emociones, y dada su cercanía con el ideario empresarial, que tiene como objetivo los satisfactores económicos y no la presencia del deber cumplido, le

genera una dicotomía que muchas veces ha contaminado su forma de pensar y de actuar. Para ellos, tal vez lo más importante sea fortalecer su estructura económica, a través de convertirse en un poder fáctico, y después analizar realmente lo que es la verdad ecléctica, y no como diría el gran poeta “la verdad sospechosa”.

De todas maneras, ese importante medio continua vigente como conciencia crítica, en ocasiones parcial, pero con un gran prestigio entre las clases media y alta de nuestra sociedad, y es una especie de estandarte indirecto de los grupos de pensamiento conservador o de reacción, que aprovechan que el medio tiene una gran penetración en los procesos electorales, para hacer valer sus intereses a través de los candidatos, que en la época moderna ya no son los intelectuales o los políticos o los líderes de opinión, sino que ahora también son los empresarios, que no contentos con tener el poder económico, quieren tener también el poder político, ya que se han dado cuenta de que este último recicla el poder económico, como ha sucedido en la triste historia de los gobiernos mundiales y en particular del nuestro, en donde cada día es más penetrante la influencia del dinero, tanto en la noticia como en los procesos electorales.

Igual decíamos esto en el caso de la salud, ya que mueren los pobres y sobreviven los ricos, y en el caso de las elecciones, perecen los políticos pobres que no tienen recursos y sobreviven los ricos, que tienen capacidad para utilizar los medios en su beneficio, generando así una imagen carismática de presencia popular. Y ¡qué mejor ejemplo que el de las pasadas elecciones presidenciales!, en las que los medios se encargaron de destruir la imagen y derrumbar a un candidato, aparentemente popular, con buenas ideas, pero que se perdió en el mesianismo, y luego tuvo el infortunio de haber sido atropellado, primero por la imagen y luego por él mismo: me refiero a Andrés Manuel López Obrador.

Sin embargo, durante mi estadía en diferentes posiciones, no todo fue negativo, pues si bien *El Norte* fue ganando terreno y considerables adeptos, el periódico más serio del Estado era, y lo fue en mi época, *El Porvenir*, fundado por un gran periodista y dirigido por la familia Cantú, cuyo jefe de redacción fue mi gran maestro y amigo, posteriormente nombrado por mí director de la Facultad de Comunicación, el maestro Francisco Cerda. Él era no sólo una persona crítica y representaba un periodismo activo liberal, sino que también era un gran ser humano, con una gran capacidad de comprensión y de penetración en el mundo universitario, donde se le respetaba



El gran periodista,
Francisco Cerda Muñoz.

por su bonhomía, su adustez, su poco interés por las finanzas, su vida bohemia y su arte literario, ya que no era escritor solamente, sino que tenía también la capacidad editorial de conducir un ideario hacia una fórmula de convivencia social.

Es decir, la penetración de las ideas era más poderosa en esa época y se reflejaba en el periódico *El Porvenir*; pero la imagen, el carisma y la presencia, tendientes a la modernidad, del periódico *El Norte*, triunfaron, porque se adecuó a la corriente histórica del liberalismo económico y del monetarismo ilustrado, que caracterizan a la actual sociedad mundial de la globalización.

Otro medio que se apareció en mi camino y que también ha sido parte de mi formación literaria pero sobre todo de mi conocimiento de los pormenores del laberinto del poder ejercido a través del periodismo, fue *El Diario de Monterrey*, el que posteriormente se convirtió en *Milenio* y que ahora tiene una gran cadena de radio y televisión, que genera una impregnación masiva y conductista muy reiterada en nuestra sociedad, y que ha sido dirigida, primero por un personaje de la radio, don Jesús González, hombre muy bondadoso, con ideas visionarias, que sabía perdonar y que se adaptó a la época del idealismo y del liberalismo en la fórmula social, seguido por su hijo Francisco González, personaje con una enorme capacidad empresarial, con un instinto innato para los negocios y una simpatía que equilibraba su natural agresividad en algunas circunstancias.

De hecho, yo me quejaba frecuentemente por algunas acciones que Francisco les indicaba a sus colaboradores, y se me respondía siempre con alguna breve frase como: “Oye, Panchito así es. Es una persona a la que todos queremos, pero así es; así es su forma de ser, y no lo vas a cambiar”. Otros amigos, como Alberto Santos y Jorge Chapa, con quienes yo me confesaba de mis errores y pedía su apoyo en el área empresarial, siempre lo exculpaban, señalando: “Es un hombre muy bueno y muy generoso”, cosa que yo al final tuve que aceptar, pues Francisco se interesaba por la crítica y también por la innovación empresarial, pero conservaba un sentido muy humano, lo que me demostró una vez que me pidió ayudar a un gran editor, Felicitos Leal, a conseguir un trasplante de riñón para tener oportunidad de supervivencia. Es decir, Panchito no era una pieza o una máquina de hacer periodismo,

como era el caso de Alejandro Junco; era simplemente un empresario metido en el mundo de la comunicación, con intereses claros y amplios, que respetaba el quehacer de gobernar sin dejar de cuestionarlo; él continuaba con las críticas periodísticas y televisivas, pero no era su interés influir, imponer u ocupar posiciones de gobierno; o sea, su poder era netamente empresarial y no fáctico en el ejercicio político, como sucedía en otros medios.

Francisco y yo sosteníamos serias discusiones con nuestro mutuo amigo e inteligente joven, en aquella época, Enrique Regules, compadre del presidente Carlos Salinas, y con Ricardo Canavati, muy amigo de Francisco, que fue un personaje importante en mi comprensión del fenómeno político nacional, y a quien llegué a apreciar y a admirar por su capacidad humana. De hecho, esas discusiones a veces se prolongaban largas horas en el restaurante “El Granero”, al calor de unos jaiboles, y en ocasiones se perdía un poco la compostura y la propiedad, lo que no produjo jamás ninguna desavenencia fundamental; aunque por supuesto yo respetaba el ejercicio crítico de su periódico y él respetaba mi particular forma de ser. De esa manera, yo toleraba y él me comprendía, y a la fecha, gracias a él, estoy trabajando con un gran periodista, a quien quiero dedicarle más tiempo, porque ha sido pionero en la televisión denominada social y conserva ante todo su capacidad crítica y su experiencia a toda prueba en las entrevistas de personajes extranjeros, nacionales y locales: me refiero al arquitecto Héctor Benavides.

Este personaje resume los valores regionales costumbristas; su enorme capacidad de trabajo, presencia crítica exagerada, pero sin flagelar conciencias o exponer lo personal en aras de lo sensacional, ha estado presente en mi historia desde mi época de rector hasta la actualidad. Su labor social también es admirable y le guardo profundos recuerdos. Después conocí a muchos otros comunicólogos, pero son de la siguiente época que describiré en el siguiente volumen de esta autobiografía. Sin embargo quiero reiterar mi admiración por el arquitecto Benavides quien es la síntesis humana de un periodista con sentido social.

La universidad, pionera en desarrollo sustentable

Durante mi estancia en la Rectoría, conocí y por supuesto ratifiqué en su nombramiento a un joven entusiasta, licenciado en derecho, oriundo de la ciudad de Saltillo, que respondía al nombre de Ricardo Mier Ayala. Ese caballero provenía de una familia de rancio abolengo de esa bella ciudad de

múltiples recuerdos, y gozaba de prestigio, buenas relaciones públicas, un léxico jurídico propio y una gran pasión. Un día me comentó con amplitud y profundidad: “Doctor, no sé si tú estás enterado, pero hay una corriente histórica en el mundo actual- me estoy refiriendo a 1974-; se trata de que necesitamos preservar el medio ambiente, ya que pronto el mundo crecerá en forma exponencial y agotaremos todos los recursos naturales, pues estamos golpeando en forma inmisericorde al medio ambiente con la contaminación del aire y los ríos, y produciendo cambios en la atmósfera, que propiciarán temperaturas distintas y llevarán a la ruina, en breve lapso, a nuestro orbe, si no tomamos las medidas necesarias”. Lo miré fijamente, sin saber si reírme por la dramatización protocolaria de los hechos o razonar que, en mucho de lo que Ricardo decía, había una gran verdad.

Él insistió y señaló: “ya he convencido a los profesores de biología de crear una fundación; en esa forma, la universidad será pionera en la conservación del medio ambiente; es importante entonces que tú formes parte de esa fundación, que se llama Bioconservación, a la cual ya he invitado a algunos prominentes biólogos de la Ciudad de México, y, por supuesto, cuento con el entusiasmo del biólogo Jiménez y también del biólogo Salvador Contreras, que son maestros en la facultad y que han estado luchando contra el director Castillo, que en aras de su ideología de izquierda, se ha olvidado de su misión fundamental, que es la de preservar la biología del Estado”.

¡Está cañón!, como dirían los jóvenes de hoy. La fuerza de su argumentación y la insistencia, así como su autenticidad, me obligaron de inmediato a tomarlo en serio y a organizar con él algunos mecanismos de investigación, y sobre todo, de difusión, a través de carteles que él distribuyó en toda la república, en los que se hacía mención de la importancia de ese tema y del descuido que nuestro país y la mayor parte del mundo estaban teniendo para preservar y consolidar lo que después de una reunión en Río de Janeiro, en los años 90, se denominó como “desarrollo sustentable”; o sea, incluir en el concepto del desarrollo económico y social, que era el tema preferido a finales del siglo XX, la importancia de que este desarrollo compartido se acompañara del cuidado y preservación del medio ambiente, incluyendo mecanismos para evitar la contaminación del aire, que ya estaba siendo ejemplar desde el punto de vista cuantitativo en la Ciudad de México, por la contaminación por CO₂ y nitratos, y que ya se iniciaba en Monterrey, por los residuos industriales y la contaminación del aire a través de la explotación de las pedreras.

En efecto, desde el maestro Eduardo Aguirre Pequeño, que había sido un apasionado en forma indirecta de la investigación biológica en la universidad, aparte del ingeniero Limón, que en la Facultad de Ingeniería Civil medía la contaminación del aire y del agua, más algunos esfuerzos por preservar la riqueza forestal, destruida por la comercialización de la madera, no existía una política nacional sobre este importante tema, que en la actualidad forma parte de las prioridades para la preservación del medio ambiente.

Comentando con Roberto y con los maestros de la Facultad de Biología, me divertía poner en franca contradicción el pragmatismo de Moreira con la concepción idealista de Mier Ayala y con la persistente tozudez científica de Contreras y de Jiménez, para lograr interesar a miembros distinguidos de la comunidad universitaria y a empresarios, sobre lo importante que era que la universidad participara en estas nuevas ciencias del desarrollo.

Ricardo continuó siendo nuestro representante en México y, acompañando de su colaborador móvil, un brillante chofer joven, de nombre Víctor, me acompañaba en mis aventuras de visita a Los Pinos o de seguimiento a las giras del presidente Echeverría, y en la administración de las relaciones que la universidad tenía con algunas secretarías federales; y, por supuesto, era nuestro acompañante social en las entrevistas que con motivo de la gestión de recursos tenía yo que llevar a cabo frecuentemente en la Ciudad de México, realizando viajes relámpago de ida y vuelta y algunas estadías más prolongadas, que aprovechábamos para divertirnos y conocer las entrañas de la burocracia federal.

De Mier Ayala conservo recuerdos muy especiales; admiro su visión pionera y sé que continúa con el mismo entusiasmo, en el tema que ha sido la pasión de su vida; además, le agradezco haber introducido en mi vida universitaria a una dama activa, leal y solidaria de todas mis acciones, como lo fue la licenciada Lourdes Grajales, quien posteriormente se encargó de la oficina, y desde allí coordinaba nuestros viajes y les daba seguimiento a todas las diversas actividades que tenía yo que desarrollar en esa todavía bella Ciudad de los Palacios.

Lourdes era una activista de los quehaceres universitarios, bella en su presencia física, y con una lealtad a toda prueba; además, fue partícipe del cuidado de mi esposa Elvira, quien por razones de seguridad tuvo que ir a pasar los últimos meses cuando estaba embarazada de Lucía, a México, donde residió en un apartamento que nos prestó el embajador, emérito ahora,

Roque González Salazar, distinguido diplomático y universitario, quien me trató siempre con especial deferencia y me abrió las puertas de todas las embajadas del mundo, desde su posición de oficial mayor, por lo que mis viajes de trabajo y diversión siempre tuvieron su halo protector. Él era hermano, como lo mencioné previamente, de Francisco González Salazar, quien me acompañó moral y físicamente durante mis principios en la universidad y como amigo permanente.

La fundación cuya iniciativa fue de Ricardo Mier Ayala, tuvo una actividad muy prolífica, y le dio prestigio nacional a nuestra institución; además, me hizo reflexionar en la jerarquía del tema de la relación entre el medio ambiente y el hombre, ambos dentro del choque cultural entre el individuo que desea preservar su especie, y el sistema de autodestrucción social, que parece insistir en -a través del progreso-, destruir los valores fundamentales de la naturaleza.

Mi experiencia en ese campo me dio solidez en la comprensión de lo que yo he llamado “la sociedad de la oxidación”, en la que, como me lo señaló claramente Albert Szent-Györgyi, Premio Nobel, cuando visitó Monterrey, y me brindó su amistad, el uso de pesticidas, fertilizantes o preservativos en la comida, genera una desviación de la carga electromagnética del núcleo, dañando el círculo de electrones y propiciando procesos oxidativos permanentes sobre la célula, que alteran su señal genética y predisponen a las enfermedades degenerativas como la arterioesclerosis, e incrementan enormemente la frecuencia de cánceres, que desde el siglo XX y hasta la fecha alcanzan cifras terriblemente preocupantes.

Esa oxidación es producto también de la exposición del aparato respiratorio a diferentes agentes, que en concentraciones elevadas de CO₂ y los nitritos, irritan las células respiratorias; y si a eso se le agrega la contaminación por plomo, ocasionan lesiones permanentes que propician la fisiopatología descrita con antelación. Posteriormente a mis entrevistas con Szent-Györgyi, llegué a la convicción de que es muy difícil impedir los procesos oxidativos, pues aunque ahora se usa la llamada comida orgánica, que en teoría no tiene contaminantes, en la realidad no puede escaparse a los vientos dominantes ni a los mecanismos transgénicos. La verdad es que desde hace años estoy convencido de que hay que utilizar antioxidantes como fórmula para neutralizar la acción dañina de los mecanismos oxidativos, y por eso y por el ejemplo de Szent-Györgyi y Linus Pauling, desde hace más de treinta años ingiero de cinco a ocho gramos de vitamina C todas las mañanas, y a veces la

acompañó de betacaroteno o de la vitamina E, o de algún otro derivado de la granada; en fin, simplemente creo en la teoría, que si bien no ha sido documentada científicamente, de que las dosis elevadas que los autores famosos y el que esto escribe hemos ingerido, desde el punto de vista de la razón deductiva, sí muestra congruencia, razón por la que a la vitamina C que tomo diariamente, le agrego un concentrado de sustancias probióticas de origen vegetal, que tienen el mismo efecto.

Actualmente, el mundo ha dado muestras de preocupación por temas como el calentamiento global, derivado de la disminución de la capa de ozono; la deforestación, con la pérdida de la enzima de la vida, como es la clorofila; la contaminación de ríos y mares, sobre todo por derivados del petróleo, y el permanente incremento de la contaminación aérea. Mi familia ha sido influenciada por este tema, quizá por mi preocupación personal, y actualmente mi hijo Rodrigo es un apasionado defensor del medio ambiente y estudió una maestría en la más prestigiada facultad de derecho en ese tema, que es la de la Universidad de Vermont, donde cursó el tema de derecho ambiental, que representa el esfuerzo normativo que la sociedad requiere para impedir que, con la excusa del progreso y de la producción de riqueza financiera, hipotequemos el futuro ambiental de nuestros hijos y, por supuesto, la salud pública del mundo.

Además, es evidente que la falta de alimentos, la posible carencia de agua y los cambios climatológicos, son problemas a los que la ciencia moderna tiene que enfrentarse con creatividad e ingenio, pero sin olvidar la importancia de conservar la prioridad de la vida biológica y pública sobre el liberalismo económico, el dios de los mercados y la carrera incansable por tener más, poseer más, querer más, sufriendo así la inconformidad permanente que provocan la ansiedad y la depresión, y propician las dependencias para anestesiar la conciencia.

Sobre este tema, Ricardo Mier Ayala fue el visionario que le permitió a la universidad incorporarse a esa tendencia moderna, que actualmente representa una alta prioridad política, económica y social en todo el mundo.

Los candidatos de la sucesión

Roberto Moreira era, para mí, el candidato natural para la Rectoría de la universidad, porque desde la época del licenciado Eduardo Elizondo como

gobernador y de Héctor Fernández como rector, Roberto había sido una pieza clave y fundamental en el concierto político intrauniversitario; lo avalaban su capacidad de análisis de situaciones del poder; su inteligencia muy lúcida, y un cinismo crítico que le impedía entrar a la auto simulación y le permitía conservar siempre el realismo, indispensable para la toma de decisiones políticas, que aseguran el éxito, si se basan en la metodología lógica y científica adecuadas, y garantizan un porcentaje amplio de fracasos si se basan sólo en la emoción o en la intuición.

Moreira es un excelente jugador de ajedrez; de hecho, fue subcampeón estatal en sus tiempos de estudiante; tiene, además, una extraordinaria capacidad persuasiva de carácter intelectual que convence, aunque, para espíritus mediocres, en ocasiones es insultante, no sólo la inteligencia sino también el cinismo humorístico que caracteriza a los grandes políticos y a los pensadores luminosos, ya que, como se ha sabido recientemente, la parte más profunda de la corteza cerebral es la que permite la sofisticación del pensar hecho broma o ironía, en tanto que la otra misión básica del cerebro es la de la negociación, atributo que no tiene el animal irracional.

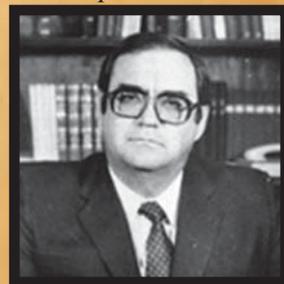
Por esa razón, en su paso por la universidad, Roberto había tenido muchas oportunidades de participación, y su permanente presencia conmigo, durante seis años, le había dado la experiencia cotidiana de las relaciones con estudiantes, de los asuntos financieros y de los planteamientos académicos de carácter práctico. Era también un excelente consejero para un soñador en algunos temas, como era mi caso, pues su frialdad me impidió tomar rumbos con base sólo en mi actitud romántica; así, el binomio del analista, que era Moreira, y del sintetizador creativo con elocuencia verbal, que era yo, formábamos una dupla muy completa en el análisis y en la solución de los problemas universitarios. Por todo lo anterior, Roberto era el candidato idóneo, ya que contaba además con mi afecto personal y con el respeto fraternal, que por no tener hermanos, tengo para con aquellos que comparten mis momentos alegres o tristes y mi problemática personal, para la que Roberto siempre tenía el consejo práctico adecuado, que generaba el equilibrio.

Otro personaje de la llamada “Bata blanca” era Amador Flores Aréchiga, hombre muy bien dotado intelectualmente y con una gran capacidad para el debate; quien tenía una tendencia polémica, pero siempre con un sentido paternalista cuando la gente se rendía ante sus argumentos, y aunque su actitud era en algunos casos soberbia y en sus comentarios, su disciplina y su virtud de ser totalmente abstemio, le impedían a veces la nube protectora que

anestesia las conciencias bajo el influjo de ciertas dosis de alcohol. Amador no era muy simpático para la gente, en lo general, pues sólo se manifestaba cariñoso cuando demostraba su superioridad y producía la rendición dialéctica, por lo que mucha gente lo calificaba de “sangrón”, como se dice en el argot común de la región, lo que tal vez era reflejo de la inseguridad que escondía, protegiéndose con la máscara de la parsimonia o de la solemnidad de su propia vanidad. Su labor en la relación sindical y su conocimiento de áreas específicas de la universidad, como medicina y ciencias agropecuarias, le daban un valor que, agregado a su capacidad de debate en el Consejo Universitario o en las reuniones masivas, lo hacían un miembro distinguido de un grupo que veía en la universidad no sólo el poder y el usufructo monetario, sino algo inserto en el juicio moral.

Su valor también fue sometido a todas las pruebas. Baste recordar el día en que se enfrentó a unos estudiantes que querían tomar el Hospital Universitario, atravesándose en medio de la lluvia de balas para recoger a un muchacho herido. Con esa acción mostró su temple y entereza. Quizá su único tendón de Aquiles es su falta de magnanimidad en algunas circunstancias, pues no perdona fácilmente y lo que generaba una dicotomía entre el personaje capaz de defender con gallardía, en público, cualquier argumento, y aquél que, en los pasillos del poder, devaluaba su personalidad. Como todos los seres humanos, tiene grandes virtudes y algunos defectos, y solo fue rector interino porque las circunstancias se enfocaron dramáticamente en otro sentido.

Me refiero hacia Alfredo Piñeyro, oriundo de un municipio fronterizo, Anáhuac. Su papá era un hombre fuerte, rígido y dominante, y su mamá, una mujer con una enorme dosis de ternura. De esa combinación nació un hombre con una sección amarga, acre, y con cierto grado de resentimiento, por una cicatriz en su cara, producto de una quemadura infantil, lo que dio lugar a una personalidad muy estricta, que veía el orden como la solución de todo, y no tenía capacidad de negociación en temas torales; además, poseía un narcisismo extraño, con dejos de rasgos y actitudes fundamentalistas y con una gran admiración por el pueblo alemán, que estaba totalmente justificada por la grandeza de esa nación, pero que se contaminaba cuando los recuerdos históricos de la época de Hitler y del nazismo hacían que buscara el poder como objetivo y no como estrategia, y si a eso le agregamos que Alfredo era



Alfredo Piñeyro,
hombre fuerte, rígido y
dominante.

un enamorado del sistema feudal, como él mismo lo señalaba, y admiraba a los guerreros, como Hernán Cortés, o los monarcas, como el caso de Carlos V de Alemania, su personalidad, aun desde estudiante, era única y su dialéctica muy poco móvil. En mi caso particular, yo tendía mucho a competir con él y a generar cualquier acción para ganar, situación que nos produjo durante toda la carrera una actitud de competencia, que se acentuaba cuando nos encontrábamos, dadas nuestras altas calificaciones, en el Departamento de Fisiología, con el nombramiento de instructores.

En la otra vertiente, la de su madre, quien también le había impregnado su pasado y su personalidad, Alfredo podía ser generoso, siempre y cuando se le reconociera su superioridad; era muy comprensivo de las acciones femeninas, por lo que no me sorprendió la gran cantidad de mujeres que incorporó a su cuadro básico administrativo, cuando ocupó la Rectoría, porque aseguraba que las mujeres son menos corruptas que los hombres, lo cual creo que es cierto.

En ese conjunto de factores disímbolos de la personalidad, Alfredo y yo fuimos cultivando una profunda amistad que lo motivó a invitarme como padrino de una de sus hijas, Amanda, a través de lo cual logramos una excelente convivencia, muy afectuosa, siempre y cuando no existiera una discusión o un argumento, porque en ese momento olvidaba su ternura y se convertía, no en un rival dialéctico, sino en un enemigo, ya que su sentido quijotesco del existir desbordaba la realidad, y se pronunciaba por un comportamiento lleno de fantasías hidalgas y de actitudes rígidas y cerradas, que él justificaba en su propia metodología. Basta mencionar como ejemplo, que obligó a todos sus hijos a estudiar medicina, bajo la tesis de que era lo mejor para su formación integral, lo cual puede ser cierto, pero sacrificando la libertad de elección de sus vástagos y generando un paternalismo que fue contemporizado con inteligencia y paciencia por Ofelia, la bella dama con quien se casó, hija del maestro Garza Ondarza, y quien yo le había presentado durante nuestra estancia en el Departamento de Fisiología. Ella fue una gran mujer, que lo amó y comprendió sus valores positivos, que eran muchos, como la autenticidad y la honestidad intelectual, y que toleró sus actitudes extrañas, estoicas a veces, pero frecuentemente dictatoriales. De esa gama de sentidos y contrasentidos surgió una familia maravillosa de hombres y mujeres de éxito profesional, con un amor permanente y un recuerdo activo que le continúan profesando a su padre hasta después de su muerte.

Alfredo no figuraba entre mis candidatos para ser rector, pues dada mi personalidad conciliadora y comprensiva, no podía comprender ni visualiza-

ba con claridad cómo una persona con sus características podía ser rector de una universidad, que en ese tiempo tenía grandes conflictos y que requería tolerancia y perdón, virtudes que estaban lejos del esquema axiológico de mi compadre. Sin embargo, dada la situación impredecible, en la que yo no calculé el comportamiento poco diplomático de Roberto ante un profesional de la política, como don Alfonso Martínez Domínguez, y la aparente recomendación de Santiago Roel, secretario de Relaciones Exteriores, así como el pensamiento práctico del gobernador, de que mi sucesor tendría que ser de la llamada “Bata blanca”, para que yo le asegurara estabilidad provisional, lo nombró para ponerlo a prueba, pensando que en poco tiempo lo iba a retirar. Pero Alfredo, no sólo por su inteligencia, sino por su simbiosis con el pensamiento del político, se identificó muy bien con las actitudes rígidas y fuertes, así como con la bravura que caracterizaba a don Alfonso. En esa forma sobrevivió y fue un excelente rector, aprovechando la inercia de la estabilidad que yo había dejado e impulsando innovaciones académicas y haciendo uso adecuado del poder, con el paternalismo del victorioso, para dar un mayor impulso a la fortaleza académica que la universidad necesitaba, pues si bien en mi época la transición y la organización básica habían sido la característica, ahora, con la universidad en paz, se requería impulsar fuertemente la cuestión básica, como la academia y la profesionalización.

Y por qué me tuve que hacer político

Fue evidente que mi ingreso a la universidad como rector representaba una aventura para mi pensamiento metodológico científico y médicamente crítico, pues estaba acostumbrado al fenómeno de la reproducibilidad, que es el que tiene que ver con el pensamiento científico propiamente dicho, y así la política representó para mí una fuente de aprendizaje que no me fue difícil percibir, porque habiendo leído de niño múltiples libros y repasando mis textos clásicos previos, había aprendido que la nuestra era una época que había nacido probablemente de las ansias de libertad de la revolución americana y de la revolución francesa, igual que de las conjunciones históricas que habían producido la independencia en múltiples países de América Latina.

Los conceptos de Thomas Paine, en su libro *Common Sense*, (Sentido común), o los de Thomas Jefferson en la vista a la Declaración de la Independencia de Norteamérica, se unían a toda la corriente histórica de mi ídolo revolucionario, Napoleón Bonaparte, y me daban una visión que me llevaba fácilmente a comprender lo que había sucedido después de ese periodo, que

forma parte de un parteaguas histórico en el mundo, y cómo el fin del feudalismo había dado lugar a la emergencia de una clase media; después, con las ideas y conceptos de Rousseau, en la famosa doctrina de la soberanía de la gente y del mando de la mayoría, se iniciaba lo que ahora se conoce con el nombre de sufragio universal y proceso democrático integral, que también tenía lugar de alguna manera en el campo experimental que la universidad representa.

Lo anterior me permitió entender perfectamente bien los principios de la génesis democrática, y como la universidad, reitero, era un campo experimental, pude comprender el fenómeno posrevolucionario francés, que creó el siglo de la burguesía y todas las acciones de esta nueva ola, tanto culturales como económicas o del gobierno, que reflejaban los valores de esa clase; o sea, que eso justificó por qué Karl Marx siempre se opuso a lo que él llamó civilización burguesa, y en su manifiesto comunista de 1848, él y Friedrich Hegel estaban conscientes de que si la burguesía seguía así, su mandato iba a durar cientos de años.

Entonces, había que crear una fórmula masiva para defender a las fuerzas productivas, que permitiera a las nuevas generaciones estar amparadas en contra de la sociedad dominante, que, por su naturaleza de ejercer el poder, iba a oprimir a las clases populares, lo que explicaba mucho del papel de la universidad en México y de la nuestra en particular, en donde el 80 por ciento de nuestros alumnos tenían la oportunidad de desarrollar permeabilidad social y cultural; es decir, tener mejor formación profesional que sus padres y mayor oportunidad al ingreso productivo.

Eso, que justificó la universidad en mi época, ya empieza a ser obsoleto en los tiempos actuales, porque de acuerdo con la teoría de la clase media capitalista y los conceptos de Adam Smith en la doctrina de dejar hacer, de permitir el desarrollo de un individualismo extremo y resistirse a cualquier control o regulación del gobierno, la historia le ha dado la razón parcialmente, y ha generado una sociedad de libre economía, de empresa ligada fundamentalmente a las necesidades del mercado y basada en la competencia libre, lo que ha cambiado totalmente la concepción social de la universidad mexicana, y nos ha empujado a entrar en una corriente histórica que se magnifica con la globalización económica, cambiándonos la ruta, de una universidad humanista con ciencia abstracta y con la filosofía de la reflexión existencial, a una institución ligada totalmente al fenómeno antes señalado, que se agrava además por la teoría de Thomas Robert

Malthus, que hace más de doscientos años pensó que el gran crecimiento demográfico iba a generar cambios importantes en el análisis económico y en los fenómenos de carácter productivo, así como una problemática seria para la alimentación mundial.

Esta situación no ha sido totalmente cierta, pero sí ha generado mil millones de seres humanos desnutridos y una falta de equidad en el acceso a la nutrición, que es larva permanente de la necesidad de un nuevo proceso revolucionario mundial.

Aprendí, también, que nuestra institución sufría la época de la sensibilización estética o del arte crítico que John Rusking muestra como la estandarización de la cultura del siglo XIX, en la cual, los temas del hombre y la pobreza de las masas fueron los favoritos de escritores con mucha influencia, igual que sucedió con la emancipación de la mujer, que venía emergiendo del servilismo de la Edad Media, y que se midió claramente por aquel famoso libro de Mary Wollstonecraft, *Reivindicación de los Derechos de la Mujer*, y todos los procesos anteriores de la equidad influyeron mucho en la llamada “Constitución Nacionalista”, que describieron Hamilton y Madison en lo que ellos llamaron el federalismo, y que fue completada en los Estados Unidos de Norteamérica por la influencia de un francés muy joven, pero muy perceptivo, Alexis de Tocqueville, en su libro *La Democracia de América*; eso, más la teoría de Henry David Thoreau, profesor de Harvard, sobre la resistencia civil, y después el gran libro de Harriet Beecher Stowe, que es *La Cabaña del Tío Tom*, empezaron a generar una ansia de justicia y de equidad y un doloroso desgarró en contra de la discriminación racial, que culminó en la famosa guerra civil norteamericana.

Desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia, mi conocimiento previo me permitía entender perfectamente bien el papel de nuestra universidad, que en esa época dedicaba un paupérrimo esfuerzo y presupuesto a lo que se conocía con el nombre de ciencia básica, que en ese entonces desperdiciaba mucho la creatividad natural cultural inmersa en la identidad mexicana; por eso y gracias a los personajes de mis lecturas de cuando era joven, sobre medicina y ciencia, en quienes me inspiraba, recordaba cómo Vesalius, el famoso anatomista, o Harvey o Leeuwenhoek, inventor del microscopio; o Linnaeus, con su tema genético; o el conde de Buffon, Caviar, Curier o Lamarck, generaron, en el siglo XIX, un interés por la ciencia que desde la época de Descartes no se había visto en el mundo. Esta situación le daba a ese tema algo particular, sobre todo en la medicina, área en que yo, desde joven,

había leído con mucha atención, incluidos los libros de biología de Charles Darwin y su famosa teoría de la evolución orgánica en aquel famoso libro: *El origen de las especies*, que formuló los principios de la selección natural; y aunque Darwin había sido desde entonces, y continúa siendo, objeto de ataques muy amargos por parte de los religiosos, que pensaban que contradecía la Biblia y degradaba al hombre, contó con el soporte entusiasta de gente muy brillante, como Thomas Huxley y Herbert Spencer, que le dieron una correlación entre la posibilidad de que existiera un Dios, pero un Dios que también generaba un proceso evolutivo.

A todo eso habrá que añadir la belleza de los descubrimientos médicos de Edward Jenner, en la vacuna contra la viruela, que salvó a millones de seres humanos; o de Louis Pasteur, a quien yo admiro por la teoría del germen; o de Joseph Lister, que aplicó los descubrimientos bacterianos de Pasteur para la cirugía antiséptica; o de Koch, quien descubrió el bacilo de la tuberculosis y que además generó lo que se conoce con el nombre de medicina preventiva.

En fin, la influencia del siglo XIX, con sus filósofos Auguste Comte, Herbert Spencer y toda la escuela alemana, me había producido un entorno confuso, si ustedes quieren, pero interesado en algo más que no fuera solamente el deseo de tener prestigio social o tener asegurado mi ingreso económico, y eso me permitió una actitud de grandeza que era producto de mi infancia dolorosa, de mi profunda contradicción intelectual entre lo que moralmente consideraba correcto y lo que yo estaba haciendo, creándose un resentimiento, un sentido de culpa.

En fin, las debilidades produjeron en mí una capacidad conciliadora, que fue quizás lo que me salvó de ser un rector más, de éstos que duraban breves lapsos y que no dejaban ninguna huella, para ser un rector que consolidó seis años de estabilidad y que dejó algunas huellas permanentes; pero, sobre todo, que demostró que la universidad podía trabajar con pensamientos diferentes, siempre que hubiera un objetivo común; es decir, las ideas del comunismo de la Unión Soviética que influyeron en muchos de mis compañeros, con citas de Lenin, Stalin o de Trotsky, y que tenía como libro de texto la famosa obra de Lenin: *El Estado y la Revolución*; así como los conceptos de Nicolás Maquiavelo, el florentino de brillantez excepcional, que en su libro *El Príncipe*, todavía vigente, nos da clases del realismo de la política, que también tuve que utilizar algunas veces en mis decisiones en el área experimental que la universidad representaba.

Por supuesto que las clases que había impartido en la Universidad La-bastida me permitían, en algunas ocasiones, en mis discursos, en forma si ustedes quieren superficial, entender el pensamiento de Johann Fichte o de Nietzsche o de la teoría de la política, de Hegel, que fue elaborada en aquel famoso libro de los derechos, y que contiene los ingredientes esenciales para entender el fascismo, el racismo, el nacionalismo; los principios del liderazgo del gobierno, de la autoridad y de cómo trabaja el fenómeno del poder, y que se llama *Philosophy of Right*. Sin embargo, y a pesar de que yo había sido testigo del sueño fascista que Adolfo Hitler describe en su libro *Mein Kampf*, (Mi lucha), que había generado la tristeza de la Segunda Guerra Mundial, mi capacidad crítica se había conservado probablemente en función de mi admiración por Napoleón, en su biografía ilustrativa del fenómeno humano y de las debilidades insertas en el quehacer de un gran personaje como fue éste, y también de las recientes investigaciones del siglo XIX y principios del siglo XX, de Pavlov, que me dieron la oportunidad de entender el conductismo social y no solamente la reflexología médica. Tuve, desde luego, gran admiración por Sigmund Freud y por sus ideas, que mostraban que el sexo y los sueños tienen que ver con las respuestas que los seres humanos tenemos ante determinadas actitudes o circunstancias individuales y sociales.

En fin, mi paso por la Rectoría y mis conocimientos previos, un poco dispersos, algunos de ellos todavía no suficientemente claros, pero que habían germinado una sensibilidad de respeto a los valores de la inteligencia y también de la generosidad, me dieron un toque político que, aunado al realismo de Makiavelo y a la asesoría del gran analista que era Roberto Moreira, me permitieron esa transformación del método científico mental a un método más tolerante, el del método político circunstancial, que en México llega a veces al extremo de alejarse tanto de la ciencia, que yo, bromeando, decía: “la política en México no es ni ciencia ni arte, es apenas artesanía”.

Así sobreviví y logré usar la política como estrategia para mi objetivo, que era probablemente trascender ante mí mismo y ante los demás e impregnar de algún recuerdo histórico el concepto de inmortalidad en las ideas, que por supuesto es una utopía, pero que todos llevamos dentro de nuestro ser y qué mejor lugar para el romántico, que el campo fértil de la juventud que todo duda y todo permite, hasta el error, que es el de la belleza hecha misión de la universidad.

Mis viajes



Mi comadre Bárbara, una psiquiatra que cura con amor.

Recuerdo con mucha claridad un viaje que hice al viejo continente; ese evento representó probablemente la tercera o cuarta ocasión en que yo, atraído por la seducción de la clase media, de conocer Europa, había pasado tiempo en lugares estratégicos de ese continente, que recoge a veces nuestros deseos, sueños y fantasías, con base en las películas que reproducen nuestros afectos o emociones, y si bien había ido previamente con mi primera esposa, acompañados por el doctor David González y Bárbara, su esposa, y otra vez en forma muy dramática, con una persona que confundió mi entraña emocional, antes de a mi ascenso a la Rectoría, el que aquí voy a describir es un viaje que permanece vívido en mi memoria y en mi existencia.

Un día, ya comprometido con Elvira, fuimos a Laredo, Texas, para comprar algunas cosas que convencionalmente utilizábamos y quise aprovechar para escaparme un poco de los avatares de la Rectoría, en la que, como era época de vacaciones, había un cierto clima de tranquilidad, no usual en aquella circunstancia histórica, y le dije: “Elvira, vamos a Laredo, y nos regresamos en la noche”. Ella estuvo presta y contenta, y así, acompañados de mi secretario móvil, nos trasladamos a esa ciudad, clásica en la cultura de la compra en la frontera, pero que ha sido desbordada por otra más atractiva, que es McAllen. Nos fuimos platicando; el viento era tibio, aunque raro, porque en el mes de julio en Monterrey se sufren particularmente ondas climáticas de gran intensidad. Una vez allá, me sentí con un poco de culpa acumulada, porque mi trabajo en la Rectoría me impedía dedicarle mucho tiempo a Elvira, y además, ella había demostrado una lealtad y una paciencia a toda prueba, para que yo pudiera desenredar mis laberintos de compromiso matrimonial previo.

Ya en ese lugar, con gusto empecé a visitar algunas tiendas que conocía desde la época en que mi madre y mi padre me llevaban, y le compré algunos pequeños regalos, que fui sumando y colocando en una caja de las que se usan para los cosméticos, y se los entregué en forma, digamos, festiva y con sentido del humor, diciéndole: aquí están los regalos que te debo de tantas

cosas que no te he dado, y son muestra de que te tengo mucho cariño; ella sonrió, abrió la caja y le dio mucho gusto, porque en esa época todavía no estaba sofisticada en el arte-ciencia de la enfermedad de las compras, y representaba para ella mi esfuerzo personal por adquirirlas para entregárselas en ese momento.

“Muchas gracias”, me dijo con ojos luminosos, una faz tranquila y la ternura que me inspiraba en esa época, cuando todavía el amor pasional hacía presa de nuestro temperamento y lo sofisticaba en la sensibilidad de la fantasía del amor utópico que esconde el monstruo que todos llevamos guardado, y que a veces aparece, cuando ya existe el compromiso matrimonial, porque previamente a él, nos comportamos como pequeños corderos listos para la inmolación; pero, una vez que el compromiso está hecho, se establece la lucha de contrarios y el conflicto por el poder que es parte consustancial a la estructura matrimonial. Lo anterior, como decía Simone de Beauvoir: “es la lucha por dominar y después de dominar, despreciar”, y si alguno logra esto, se pierde el interés. Por esa razón, siempre se vive en la grieta del conflicto, que al mismo tiempo que alimenta la inquietud, le da una simiente y un germen de nutrición al amor pasional. Y en ese momento, al ver su ternura, su gratitud, la belleza de su rostro, su cuerpo menudo, precioso; la piel tersa de color blanco, sin llegar a la luminosidad del marfil, sino más bien enmarcada en una cubierta de un color ligeramente moreno pero con una sedosa y tersa superficie, bruscamente le pregunté: “¿Conoces Europa?” Ella me miró como diciendo “¿qué pregunta es ésa?”, y me dijo: “No, nunca he ido, pero me gustaría ir algún día”.

En aquel momento –tal vez habíamos ido a comer y yo había tomado algunas copas de vino o brindado con ella como usualmente lo hacíamos, con un poco de champaña, con lo que la quería impresionar-, me brotó una inquietud ferviente, y rápidamente, como es mi costumbre, cristalicé una fantasía en realidad y le dije: “¿Por qué no nos vamos ahorita, como lo planeamos previamente?”, a lo que ella contestó: “¿Cómo?, si no traje ropa”. “Eso es lo de menos -le expresé-, en la universidad todo está tranquilo; voy a hablar por teléfono con mi compadre Roberto, para decirle que me voy a escapar una semana, y que si hay algún problema, lo podemos resolver vía telefónica”.

Ella me miró fijamente y me dijo: “No estás jugando, ¿verdad?” “No”, le respondí; “tengo unos boletos que siempre traigo en mi maletín, porque me los regaló el Laboratorio Hoechst para ir a un congreso en Alemania, al que

no pude ir, y conservé ese regalo que es producto de una investigación que hice en un diurético de esa compañía, que se llama furosemida, en el cual trabajé, demostrando los efectos fisiológicos que ese fármaco tiene sobre el riñón, y como premio me invitó a ese congreso y me envió dos boletos de primera clase para viajar Monterrey-Houston-Frankfurt. Los tengo en el maletín, así que podemos cambiarlos. Con los ojos muy abiertos y con un dejo de incredulidad, pero a sabiendas de que a veces tomaba yo ese tipo de decisiones rápidas y un poco fuera de lo normal, me sugirió: “Vamos a comprar algo de ropa, al cabo es verano allá, y no necesitaré muchas cosas”.

Yo pensaba que me iba a decir que no, por los problemas inherentes a los avisos familiares y porque Lucía estaba pequeña, y todos esos quehaceres convencionales que se usan para estorbarse a sí mismos los rasgos de audacia. Pero fue todo lo contrario, y me dijo: “sí, estoy de acuerdo; vamos a comprar ropa y un veliz; aquí tengo el pasaporte y la visa y nos podemos ir”. O sea, ella aceptó mi apuesta, y yo ya no pude echarme para atrás, por lo que tomé el teléfono y hablé con Roberto, quien, también asombrado, me dijo: “tú sabes lo que haces; yo me encargo del negocio; nada más no digas, porque si no, se te van a echar encima la prensa y los empresarios”, como era tradicional en esa época. Ella de inmediato le encargó la niña a su hermana y una enfermera experta.

Una vez que logré aplacar y neutralizar mis propias inquietudes, le dije a Elvira: “Vámonos al aeropuerto y preguntamos a qué hora sale un vuelo para Houston”. En forma increíble, llegamos al aeropuerto y conseguimos un vuelo vespertino que podía hacer enlace con uno a París en horario nocturno. Ni siquiera me tomé la molestia de avisar, como era tradicional, en Inmigración, que viajaríamos a un lugar dentro de Estados Unidos; pero como en ese tiempo no había tantos problemas migratorios, pasamos desapercibidos. Tomamos el avión a Houston y llegamos al aeropuerto; nos encaminamos al área de expedición de boletos de Air France y allí nos señalaron que nuestros boletos no eran útiles si no estaban aprobados por la línea original, que era Lufthansa. Ni tardos ni perezosos, corrimos hasta el otro extremo del aeropuerto para cambiar los boletos y para que nos autorizan la transferencia, porque el avión estaba programado para salir en hora y media, y logramos nuestro cometido, gracias a la paciencia y dulzura de la encargada de la venta de boletos, que nos preguntó: “¿A dónde van?” Y le dije: “a París”. “Bueno”, respondió y procedió a hacer los cambios; luego regresamos, nos registramos, nos asignaron nuestros lugares, y sin avisarle a nadie, pasaportes y visas en mano, tomamos el avión nocturno y llegamos al otro día por la tarde a la Ciudad Luz.

Al bajarnos del avión, y después del desvelo correspondiente, me pregunté: “¿A qué hotel iremos?”, y me dije: “Pues no sé”. Nos dirigimos a la oficina de turismo que estaba en el aeropuerto y pedí un hotel, pues el único que se me ocurrió, porque había estado una vez en París, era un hotel cercano al Museo del Louvre, museo famosísimo en todo el mundo. La persona que nos atendió, dijo: “aquí hay un hotel pequeño, de ochenta dólares, que se llama Cambon”. “Pues allí me hace el favor de registrarme”, le señalé, y ella automáticamente me dio el voucher para el hotel y un pase para el taxi, como parte de un programa que tenían en esa época. Así, llegamos como a las seis de la tarde a registrarnos en el hotel, que estaba ubicado en un área muy estratégica, desde el punto de vista del comercio parisino, porque quedaba a unas cuadras de las avenidas Rivoli y Saint Honoré, donde están la mayoría de las tiendas elegantes y también muy cerca, precisamente, del Museo del Louvre, del Jardín de las Tullerías, de La Comedia Francesa, y en fin, de toda la parte antigua de esa bella ciudad, que recoge el cosmopolitismo, pero enmarcado siempre en un ambiente romántico que combina la frivolidad con la intelectualidad.

Muy contentos, Elvira y yo, tomados de la mano, entramos en el hotel con nuestro pequeño veliz y solicitamos el registro. Estaba yo llenando los datos y entregando el pasaporte, cosa que era una rutina en ese tiempo, cuando bruscamente alguien me tocó la espalda y me dijo: “Hola, señor rector. ¿Cómo está usted?. Volteé asombrado, y dije: “Es increíble que en este rincón del mundo me encuentre a gente de Monterrey; pues estoy nada más tomándome unas pequeñas vacaciones; le presento a mi esposa”. Ella se asombró, porque nuestro contrato matrimonial todavía no era público; lo saludamos, y yo, esquivamente, dije: “con permiso, fue un gusto saludarlos. Ojalá se diviertan mucho”, y nos fuimos a esconder en nuestro pequeño cuarto, en el tercer piso de ese hotel, que recuerdo con mucho cariño, porque en esa calle, años después, mi mujer pasaba tiempo admirando las modas características de la Casa Chanel, tienda famosa mundialmente, establecida por una mujer de nombre Coco Chanel, quien fue una llama incandescente en el mundo de la moda y que tuvo amoríos interesantes, uno de ellos con el famoso músico Stravinsky.

Así empezó la diversión; eran pocos días y había que atender a Elvira e impresionarla, y al margen de cualquier preocupación, visitamos los museos tradicionales, los restaurantes famosos sobre los que yo había leído o había visitado en mis viajes anteriores. Recuerdo que una vez en el restaurante Maxim’s, una noche, tomando champaña o vino blanco, llegó a tal grado mi



Restaurante Maxim's, París.

ha sido objeto de inspiración para melodías y películas o comedias románticas.

Una de ellas, que me impresionó mucho, es la opereta *La Viuda Alegre*, cuya música suave y armoniosa y su bello vals, forman parte de nuestras melodías preferidas que escucho cuando siento la necesidad de regresar a mi consciente romántico y a mis sentimientos profundos, que aparecieron durante mi infancia y que siguen vigentes, a pesar de que la cultura, las tradiciones y las normas, a veces lo quieren desprender a uno de su propio yo afectivo y hacerlo simplemente un yo intelectual.

Ya a punto de retirarnos del lugar, y al calor de las copas, me resbalé de una de las sillas que están horizontalmente ubicadas una frente a otra, que es lo tradicional en los restaurantes franceses, y caí al suelo, y cuál no sería mi sorpresa cuando los meseros, que parecen condes, por la vestimenta y por el trato deferencial que dan y que tienen una característica muy sui géneris en París, de ser solemnes y elegantes, pero fríos en su trato, se portaron muy amables y me levantaron. Después supe que era porque jamás les habían dado una propina de la naturaleza de la que yo les había otorgado, producto de mi inconsciencia, derivada del romanticismo y del alcohol, que anula la autocrítica y nos hace cometer actos fuera de lo convencional.

De ese viaje guardo recuerdos imborrables; uno de ellos es el que me hizo conocer el carácter y el temperamento de mi ahora esposa, porque ya en plan alegre y continuando con la ingesta de los exquisitos vinos franceses, celebramos el 14 de julio, día de la Revolución Francesa; el ambiente en la calle era muy festivo y estábamos gozando con los jóvenes que gritaban por Champs-Élysées y se agrupaban en La Concorde para festejar con cerveza o vino el aniversario de la revolución que marcó un parteaguas histórico

en 1789. Ya estando allí, medio celoso y obcecado, recordando algún novio anterior de mi esposa, me porté un poco insolente y agresivo, y ella, con mucha parsimonia, elegancia, firmeza y dureza, empezó a discutir conmigo y a no dejarse llevar por mi corriente agresiva, en la que le exigía cuentas de algo que había existido fuera de mi contexto histórico y personal. En medio de esa discusión, se nos acercó un policía, y preguntó en francés primero y después en inglés, si estábamos bien; ella se asombró y le contestó: “Sí, por supuesto; no hay problema”. Se fue corriendo y me dejó solo en la plaza. Cuando volteé y la busqué entre el tropel de jóvenes que estaban clamando y exhalando gritos a favor de la revolución, no la encontré. Triste y asustado, me fui caminando despacio hasta razonar que el único lugar a donde podía haber ido era el hotel, y en efecto, al llegar al hotel me enteré que ella había recogido la llave y la puerta de la habitación estaba cerrada, por lo que toqué, y ella me señaló que si iba a seguir con esa agresividad, mejor no entrara al cuarto”. No le hice caso y le seguí diciendo que me abriera la puerta, y le grité. Ella me exigió que me comportara como un caballero. De pronto me senté en una silla que estaba afuera, a un lado del cuarto, en el piso correspondiente; me recargué, me dio mucho sueño y me dormí en el suelo, y medio recargado en la silla, y así amanecí a las seis de la mañana, en que se dignó abrirme la puerta para que entrara.

Interesante y nostálgica es la época dramática de la juventud, ésa que lucha por encontrarle a la circunstancia algo que gozar, algo que genere vitalidad y presencia, y también madurar el reconocimiento de cómo vagar en un factor externo, que impide que la secuencia normal del trato entre dos personas pueda regresar a la posición original del diálogo, y conservar, dentro de la dialéctica de la emoción contradictoria, el amor pasional y después afectivo, que representa el romanticismo hecho esencia de supervivencia de nuestra emoción.

De ese viaje podríamos decir mucho más, pero el recuerdo está vigente y los resultados son presentes en una familia bella, inteligente, unida, con la energía misma de la crisis hecha amor y de la expresión dramática de un viaje con cierta dosis de locura, en una ciudad con un espacio precioso de visión de la historia del mundo y con un entorno ambiental aderezado con nuestra expresión afectiva, por el quehacer del alcohol, que allí me enseñó que puede representar beneficios para tu expresión pero que también puede, y así lo describiremos posteriormente, representar altos riesgos, cuando domina y condiciona los factores fundamentales de nuestra vida.

Otros viajes ilustrativos

Para mí siempre fue y es un atractivo visitar la Ciudad Luz. Algo tiene París, que genera una emoción compartida, que la hace aparecer como la ciudad alternativa de los sueños o como la ilusión de haber alcanzado lo máximo en materia de exposición cosmopolita y de la frivolidad mundana. Esa ciudad es una fórmula histórica y hedonista, por su sofisticación de los placeres culinarios, su belleza arquitectónica, su exposición al arte; todo eso en un sentido profundo y en un sentido histórico de épocas que cambiaron el rumbo de la civilización contemporánea. Por eso, mis viajes empiezan usualmente en esa ciudad y se han desbordado a otras áreas del continente europeo principalmente, porque soy muy alérgico a buscar nuevas rutas en áreas bellas en lo natural pero complejas en el tratamiento del medio turista.



Gunila Von Bismark, descendiente directa del canciller Otto Von Bismark, nuestra amiga de Marbella “Parece una Barbie”.

Con esa idea en mente, un día en que nuestros hijos, Elvira y yo decidimos viajar, nos dirigimos, después de París, a Marbella, hermosa ciudad del Mediterráneo, en España, que nos habían recomendado unos buenos amigos que teníamos en Estados Unidos. En el curso del vuelo a Málaga, ciudad donde está ubicado uno de los aeropuertos, observamos a un personaje del jet set, que para Elvira fue fácil reconocer, porque aparecía frecuentemente en las revistas de moda; particularmente en la revista *¡Hola!*, que leen las señoras y todos aquellos a quienes les gusta contemplar con actitud superficial a los personajes de España, de otras partes de Europa, y de todo el mundo, y que se ha convertido en el órgano mayoritario de difusión de actividades sociales. Elvira me dijo: “oye, esa señora muy guapa que va allí adelante y que parece una barbie, es Gunila Von Bismark”, por lo que yo, al bajar del avión, me le acerqué y le pregunté si ella era el personaje que aparecía en las revistas. Muy amable y con excelente acento español, esa bella mujer, descendiente directa del canciller Otto Von Bismark, quien gobernó Alemania antes de la Primera

Guerra Mundial, simplemente se mostró complacida e indagó sobre nuestro origen y el tipo de trabajo que yo desarrollaba; su conversación fue muy interesante, intelectual y abierta; en fin, esa hermosa mujer, delicada, de ojos azules, cabello rubio, que parecía verdaderamente una barbie viviente, hizo empatía de inmediato con Elvira y conmigo, y como algo natural, nos invitó a visitarla en el Marbella Club, que es un lugar a donde ella asistía regularmente, en el cual muchos miembros de la llamada nobleza europea, artistas de cine, políticos y toreros, disfrutaban sus vacaciones.

El lugar era una unidad hotelera colindante con el mar, con todo el glamour de la sofisticación en la cocina, la bebida y las festividades nocturnas que se estilaban en esa época, y que se practicaban rutinariamente en dicho espacio. Agradecemos la invitación, y ella la extendió a que ojalá pudiéramos acompañarla a Montecarlo, a una cena con unos amigos suyos muy importantes, para que conociéramos a personajes que valían la pena, y que ella, como era famosa por sus relaciones públicas en Marbella, los conocía por su prestigio y sus antecedentes, y por la presencia “real” de su madre, que tenía un departamento muy bien ubicado en Mónaco.

Llegamos con todo y niños a Marbella en donde las olas, la visión azul del Mediterráneo y la fina atención hotelera realmente embriagaban e intoxicaban los sentidos; allí decidimos aceptar la invitación y nos trasladamos a Montecarlo. Nos hospedamos en el famoso Hotel de París, que así se llama, ubicado frente a un famoso casino, que yo había visto en las películas, y en donde artistas de la talla de Humprey Bogart o de Tyrone Power, en la época de mi juventud, habían filmado películas, entre los mantos verdes de las ruletas, el bakarará, el blackjack y los dados, y luego las películas tradicionales, en las que usualmente los perdedores sufrían el Mal de Werther, o sea, se suicidaban dramáticamente, tras haber perdido todas sus pertenencias.

Para asistir a la cena organizada por la señora Von Bismark, tuvimos que dejar a los niños solos, controlados por vía telefónica, para poder estar en un restaurante muy elegante, en un ambiente muy sofisticado, y con personajes a los que posteriormente acompañamos a la famosa discoteca Jimmy, que es un área donde se puede conversar en el exterior, y luego uno puede ingresar al centro del baile y sufrir el fragoroso ruido característico de las discotecas; pero, dada su naturaleza colindante con la playa y el viento en la parte externa, se puede entablar una conversación y hacer una reunión muy interesante desde el punto de vista intelectual.



Elvira, en Mónaco, con Roger Moore el famoso “Santo” y quien que más veces ha interpretado al personaje James Bond.

Nos tocó convivir en nuestra mesa con un personaje que había sido asesor del desaparecido presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, el famoso historiador y crítico Arthur M. Schlesinger y con artistas de la talla de Roger Moore, uno de los James Bond y el Santo de las películas; la bellísima actriz Nastassja Kinski, y Roberto Rossellini, hijo de Ingrid Bergman; también estaban en ese lugar Regine, que era la dueña de esa discoteca y de otras en París y en Nueva York, y un joven francés, compañero de Regine, que tenía todas las características de la elegancia y del trato

del jet set, y como era mucho menor que ella, aparentaban una relación extraña. Elvira recibió elogios por su belleza mexicana y por la vestimenta que habíamos comprado previamente, que la hacía lucir con mucha dignidad y categoría en ese ambiente colmado de personas con antecedentes de ser protagonistas en las revistas de moda o sociales.

En medio de todo ese espectáculo y de personajes, raros para mí, pero muy atractivos para Elvira, que era una asidua lectora de esas revistas, entablé conversación con Schlesinger y con el joven compañero de Regine, y ellos me invitaron a jugar tenis al día siguiente, bajo la premisa de que yo les había señalado que sabía jugar tenis, porque tenía una cancha de tenis en mi casa y practicaba ese deporte desde mi juventud. Al mismo tiempo Nastassja Kinski, cautivadora por naturaleza propia, con una coquetería muy especial, conversaba a diestra y siniestra, en un inglés perfecto, en tanto que su nuevo marido, un árabe, no la dejaba ni moverse, porque la tenía casi amarrada a la silla, abrazándola y con actitud romántica y pegajosa, que por supuesto en ese momento yo envidiaba, dada la belleza de esa mujer, que competía con otra modelo, Maud Adams, que había salido en películas con Roger Moore.

Éste, quien es todo un caballero, estaba acompañado por su esposa, una mujer con mucha propiedad, y él, bromeando, dijo que había conocido las mujeres más bellas del mundo cuando filmaba sus películas, pero que las mexicanas, y en particular mi esposa, tenían una belleza especial. Este elogio

aumentó el ego de Elvira y la hizo sentirse orgullosa y contenta; es decir, como la mujer tiene muy sensible su capacidad de recepción al elogio, una adulación de esa naturaleza siempre le produce un festín emocional interno. Mientras todo eso sucedía, durante la cena yo contactaba continuamente a mis hijos por vía telefónica. Lucía y Rodrigo discutían y peleaban, pero como estaba en línea directa esa área con el hotel, estábamos tranquilos, y así disfrutamos intensamente una noche especial con esos personajes tan interesantes.

Al día siguiente, y ya repuesto de mi largo desvelo, acudí al llamado Montecarlo Royal Sporting Club, que según ellos era el lugar al que el príncipe Rainiero de Mónaco y su hija Carolina asistían con regularidad, y en ese centro jugaban partidos de tenis figuras internacionales. Llegué puntual, como ha sido siempre mi costumbre, y me encontré con la sorpresa de que no tenía más que unos tenis y un traje de baño, y no contaba ni con raqueta ni con bolas para jugar, así que me introduje en una tienda cercana, y como pude compré, a precios carísimos, unas camisetas y unos calcetones y luego pregunté si me podían rentar una raqueta; por supuesto, el jefe del área se me acercó y con una mirada extraña, me dijo: “aquí no se rentan raquetas pero con todo gusto se la prestamos”.

Con mis armas en la mano atravesé la cancha, donde ya estaban tanto el joven y apuesto francés, como el historiador y empezamos a jugar. Mi juego con Schlesinger fue muy agradable, pues era un hombre mayor, serio, a quien pude contrarrestarle fácilmente su energía y ganarle en los tres sets; pero el siguiente partido, ya con mucho apetito, derivado del fragor gástrico de la noche anterior, fue un reto que me hizo el joven, de que jugáramos y apostáramos las copas posteriores al juego, pues según él, era un hombre muy bien preparado, y había sido maestro de tenis en Francia, y empezamos a jugar. En efecto, jugaba con elegancia, sobriedad, medida y un estilo que parecía de película; y yo, como buen mexicano, jugaba en forma más tosca y atrabancada pero con gran efectividad, sobre todo en los llamados tiros en la red, y como en Monterrey siempre hacía gimnasia antes de jugar ese deporte, lo fui orillando, orillando hasta que llegó el momento en que perdió el partido, y desesperado y molesto gritó: “no puede ser” y aventó la raqueta, estrellándola en una malla que rodeaba la cancha.

El acto de desesperación de ese corcel del jet set o vividor del mismo, me causó mucha risa, pero también una gran satisfacción, porque le demostré que los mexicanos también sabemos jugar tenis y sabemos ganar, y además,

usualmente conservamos la serenidad y no nos molestamos al perder, porque lo consideramos algo natural, mientras que esos personajes de la frívola cosecha de los aparentes nobles, con sus pseudonombres y con todo su linaje, son bastante torpes, comunes y quizá más corrientes que los originales de la clase media, como es mi caso particular.

En esa reunión iniciamos una gran amistad con Gunilla y con su esposo Luis Ortiz, un andaluz simpatiquísimo que tenía una resistencia pavorosa al whisky y a la Coca Cola, que era su bebida favorita, y que reñía con la actitud siempre sobria de Gunilla, que lo único que tomaba en sus fiestas era una Coca Cola, pero bailaba con gran elegancia, lo que me había demostrado al sacarme a bailar la noche anterior en la discoteca, en que yo me sentía como el osito torpe del Álamo, de Santiago, bailando con una extraordinaria danzarina que se envolvía en su falda al ritmo de la música y se movía con una simetría impresionante, mientras yo, que nunca he sido bueno para esos avatares, simplemente la miraba y hacía como que practicaba el arte de bailar, cuando lo que estaba haciendo era realmente gimnasia nocturna.

Allí conocimos también a otros personajes muy interesantes, como Paul Anka y nos encontramos con un amigo que había conocido yo en los Estados Unidos, Paul Olivier, quien tenía un hijo con parálisis cerebral, y con quien hicimos una extraordinaria amistad. Él me contactó con un personaje americano que había descubierto una sustancia en Brasil que curaba rápidamente las heridas, y quería que yo la investigara en México, cosa que hice posteriormente; y en efecto, tenía una propiedad antibiótica, pero no pudimos consolidar el estudio, porque el amigo inventor murió y su esposa quiso usufructuar el invento sin la formación metodológica adecuada, y como yo tenía en Monterrey un equipo de personas avezadas en el tema de la ciencia, no podíamos extender dictámenes que no fueran congruentes con la realidad.

Nuestros viajes para visitar a Gunilla en Marbella fueron frecuentes, y en una de esas ocasiones, en el famoso hotel, Elvira, mi mujer pidió un café, pero en vez de café, le sirvieron una taza de café revuelto con sosa cáustica con la que habían lavado la vasija, y eso le causó gastritis y esofagitis, pero gracias a Dios que yo tenía a la mano unos frascos de melox, y le di a tomar para neutralizar el efecto de la sosa cáustica diluida; Elvira sufrió mucho del esófago, pero no generó estrechez en el mismo, que es el riesgo inminente en ese tipo de situaciones. De inmediato hice del conocimiento de Gunilla lo que había pasado y ella se peleó con los directivos del hotel, y el miedo de que los demandáramos asomó a sus ojos y nos trataron como si fuéramos los

reyes de Persia; no nos quisieron cobrar nada, y así nuestros hijos y nosotros disfrutamos de una semana de vacaciones gratuitas derivadas de ese accidente fortuito en ese famosísimo hotel de Marbella; aunque siempre me quedó la duda de que si hubiera yo hecho una demanda jurídica, la cantidad que hubiéramos podido obtener por alto riesgo hubiera sido enorme, pero como en realidad yo no quería perjudicar al cocinero que había cometido ese error, simplemente acepté sus atenciones y dije que había sido un accidente y que no tenía interés en hacer ninguna acusación.

Tiempo después, Gunilla vino a México y se hospedó en nuestra casa, acompañada de su esposo Luis; asistieron a la ceremonia de confirmación de una de mis hijas, Isabella, y establecimos una amistad que se cristalizó con la presencia de Karen Alemán, quien usufructuaba una casa de Miguel Alemán en Acapulco, y de las hijas de esa bellísima mujer, que fue novia, digamos, de Miguel Alemán, expresidente de México y con la cual había tenido una hija que tenía un restaurante en Cuernavaca. En fin, este ingreso al jet set sufrió una repentina crisis, pues estando en una mansión en Acapulco, a la que fuimos invitados, nos dimos cuenta de que estábamos rodeados por un grupo numeroso de homosexuales, gente que al calor de la droga y el alcohol practicaba la frivolidad, por lo que no había ningún componente humano intelectual o valioso, y como yo en particular y menos mi esposa, le entramos a ese tipo de situaciones, nos conformamos con una suave y agradable bebida alcohólica o vino de mesa.

Esa tarde decidí, después de una violenta discusión con personajes envueltos en su nube alcohólica, que ese mundo no era para nosotros, así que rechacé una invitación para cenar en la casa de Miguel Alemán, donde estaba hospedada Gunilla, y ella se molestó, porque pensó que en la discusión que se había fraguado con los jóvenes afeminados, yo debería haber apoyado más intensamente a Luis, su esposo, quien había hecho una serie de cosas raras, sujeto seguramente a la influencia del whisky con Coca Cola en dosis exageradas.

A partir de ese momento, me asusté y reconocí que yo no estaba hecho para ese mundo, el mundo del glamour, el mundo de la frivolidad, el mundo de la apariencia, pues aunque Gunilla siempre estaba muy elegante y sobria, muchos personajes de ese medio están sujetos a una serie de adicciones y de satisfactores que les producen una tendencia a vivir de una manera muy rápida, y a aparentar sobre todo, porque a veces están protegidos por personajes muy turbios, como era el caso de mi amiga Gunilla, que era la consentida

del naviero árabe Adnan Khashoggi, famoso por su capacidad de vender y contrabandear armas a los rebeldes del continente africano.

Como ese ambiente y esa clase de personas no están en mi directorio postal ni en mis objetivos de vida, ni me alimentaban de algo más profundo, lo que sí había logrado al contacto con Gunilla, Elvira y yo decidimos enfriar un poco la relación, y aunque posteriormente nos encontramos con Gunilla en un restaurante en París, y nos saludó con gran cariño, los rumbos se fueron separando; pero nos quedamos con los recuerdos alegres y festivos de la exposición superficial al mundo donde mi amiga había ganado el segundo lugar en el premio de mayor asistencia a fiestas, pues había asistido a 260 fiestas en un año, mientras que la del primer lugar, que había sido Linda Christian, una actriz muy famosa en su tiempo, ganó porque logró asistir a 300 fiestas; eso quería decir que esos personajes viven para y por las fiestas, y como yo tenía que trabajar y todavía tenía muchas ganas de ser creativo y de impulsar mi proyecto personal político y social, simplemente hice una graciosa huída y abandoné ese campo de batalla al que no pertenecía.

Otros viajes sí me dieron una enorme experiencia y fueron un gran alimento espiritual; pero, más que todo, en el mundo del arte y de la ciencia, que tienen objetivos diferentes pero proyectos comunes y que se practican con base en un romanticismo histórico y un plus emocional que contagia y que es más profundo y más real que la vida artificial antes descrita.



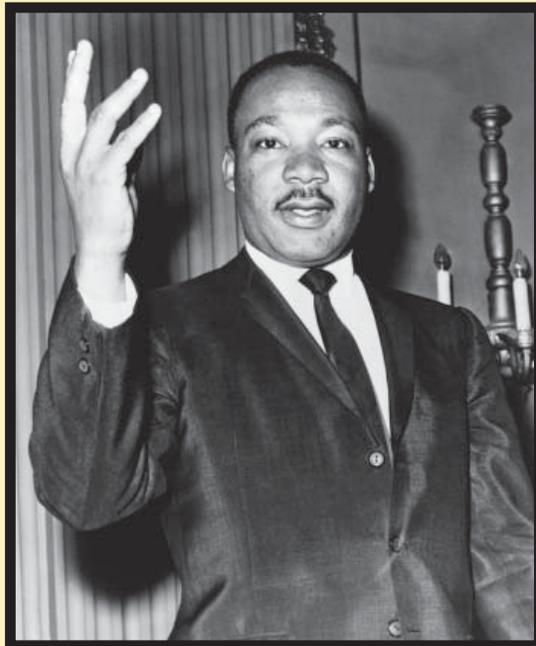
Rodolfo Ríos

Contexto Internacional 1968 – 1979

En el inicio de 1968, Vietnam del Norte, con el Viet Cong, lanzó una ofensiva sobre diferentes ciudades de Vietnam del Sur, en un intento por dañar las bases militares estadounidenses. Las fuerzas de los Estados Unidos repelieron el ataque; el presidente Johnson señaló que esa ofensiva vietnamita fue un fracaso, y destacó la gran labor de los soldados norteamericanos.

También en 1968, en sus discursos, Martin Luther King Jr. se manifestó en contra de las guerras que Estados Unidos ha sostenido, y catalogó a su país como una de las naciones que más crímenes ha cometido en la historia. Además, apeló al buen juicio de esta sociedad, y le pidió que reaccionara y recapacitara; de lo contrario, Dios los iba a poner en su lugar. Como era de esperarse, las declaraciones de Luther King Jr. fueron recibidas con agrado por diversos grupos activistas, pero con desagrado por el gobierno.

Después de que diversos grupos radicales se mostraron inconformes con los discursos y declaraciones de este pastor en pro de los derechos de los afroamericanos, el 4 de abril de 1968, mientras se hospedaba en un motel



Martin Luther King Jr.

(Lorraine Motel) en Memphis, Tennessee, Martin Luther King Jr. fue asesinado de un disparo por un segregacionista blanco. El presidente Johnson declaró ese día Luto Nacional en los Estados Unidos.

Mientras la popularidad de Johnson iba en picada, en marzo de 1968, Robert F. Kennedy, senador de los Estados Unidos, anunció su candidatura para buscar la Presidencia de su país. Algunas encuestas lo colocaban con elevada popularidad, incluso muy por encima del presidente, que declaró que no buscaría contender por la Presidencia norteamericana.

Robert F. Kennedy ganó las elecciones primarias de California y se perfilaba para ser el candidato a la Presidencia de los Estados Unidos por el Partido Demócrata, pero en la madrugada del 5 de junio de 1968, mientras caminaba por un pasillo en la cocina del Hotel Ambassador, fue atacado por un joven de 22 años, de ascendencia palestina. Murió en la madrugada del día 6, y el presidente Johnson declaró el 9 de junio Día de Luto Nacional.



El presidente Richard Nixon con Henry Kissinger, su secretario de seguridad.

Richard Nixon fue el candidato republicano para contender por la Presidencia de los Estados Unidos. Entre sus primeros discursos figuró la promesa de darle una salida digna a la guerra de Vietnam. Ganó la Presidencia en noviembre de 1968.

Pasemos a Francia. En la Universidad de La Sorbona, los estudiantes se enfrentaron a la policía, y cientos de ellos fueron arrestados. Sin embargo, esto no impidió que se diera origen a la huelga de los sindicatos franceses, con la participación activa de estudiantes y profesores. Jean Paul Sartre, filósofo, escritor, -a quien se otorgó el Premio Nobel de literatura, que no aceptó- conjuntamente con otros cientos de intelectuales, apoyó el movimiento de huelga. Millones de trabajadores se manifestaron, al principio pacíficamente, pero al final salió a relucir la violencia, sobre todo por parte de los estudiantes.

Las protestas se extendieron hasta llegar a México, con el movimiento de 1968, que contó con estudiantes de la UNAM y del IPN; también participaron profesores, obreros y profesionistas. Todo inició cuando un juego de fútbol americano, donde participaron la vocacional 2, del IPN, y la preparatoria Isaac Ochoterena, de la UNAM, terminó de forma violenta, en un pleito entre ambas escuelas. La policía tuvo que intervenir para someter a los belicosos y poner fin a la gresca.

A raíz de lo anterior, los estudiantes se manifestaron, conjuntamente con el entonces rector de la UNAM, Javier Barros Sierra. Condenaron los hechos anteriores, y pidieron que los universitarios se levantaran en un movimiento estudiantil, con el lema: “¡Únete, pueblo!”.

El gobierno del presidente Díaz Ordaz usó la fuerza del ejército y de la policía para contener las manifestaciones y evitar que se suspendieran las olimpiadas en nuestro país. El resultado fue la masacre de manifestantes en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Algunos historiadores señalan que fueron cientos los muertos, pero los números del gobierno se quedaron en las decenas solamente.

En temas deportivos, en septiembre de 1968, el tenista afroamericano Arthur Ashe ganó el US Open a Tom Okker. Sería recordado por sus acciones sociales y por sus grandes contribuciones al tenis mundial.

Los juegos olímpicos de México, inaugurados el 2 de octubre, se llevaron a cabo pacíficamente. Empero, los corredores estadounidenses Tommie Smith y John Carlos, en el podio de ganadores, levantaron la mano empuñada, en señal del “poder negro”, y debido a ello fueron suspendidos del equipo olímpico.

A principios de 1969, el presidente Richard Nixon estaba ya convencido, según escribió Henry Kissinger, de que en la guerra de Vietnam no se podía obtener una clara victoria. En sus primeros discursos, dijo que los norteamericanos debían comprender que nada se arregla si se están gritando mutuamente, y que ya era hora de que los Estados Unidos tomaran la bandera de pacificadores.

Para finales de enero de 1969, se reunieron en Francia los líderes de Vietnam del Norte y de Vietnam del Sur, así como representantes de los Estados Unidos. La idea de Nixon era conseguir la paz en el conflicto,

pero no quería que pareciese una capitulación (rendición) por parte de su gobierno. Quería que Vietnam del Norte y Vietnam del Sur llegaran a un acuerdo, pero los representantes de Vietnam del Norte no aceptaron la petición del retiro mutuo de tropas. Mientras se realizaban las negociaciones, Nixon ordenó bombardear Camboya, con sus B52, pues lo consideraba punto estratégico para la batalla. Para marzo de 1970, mientras que el presidente de Camboya, Norodom Sihanouk, se encontraba fuera de su país, diversas fuerzas conservadoras exigieron que las tropas de Norvietnam salieran de Camboya. Debido a eso, se llevó a cabo una votación sorpresa, y la Asamblea General de ese país decidió expulsar del gobierno a Sihanouk, que fue reemplazado por el general Lon Nol, simpatizante de los Estados Unidos y, obviamente, anti norvietnamita. Lo anterior generó batallas entre Vietnam del Norte y Camboya.



Manifestaciones contra la guerra de Vietnam.

fuego. Al final, cientos fueron arrestados y otros hospitalizados. Un estudiante murió. En consecuencia, gran cantidad de estudiantes se manifestaron pacíficamente.

Cuando hacían una breve escala en Bagdad, nueve judíos fueron acusados de espionaje, y asesinados. Posteriormente, se invitó al pueblo iraquí a que se regocijara por la muerte de estos israelíes; la ejecución se convirtió en un evento social. Por otro lado, surgió la figura de Yasser Arafat como líder de la Organización para la Liberación de Palestina.

En el mundo del espectáculo, el 29 de marzo de 1969, John Lennon, integrante de los Beatles, contrajo matrimonio con Yoko Ono, situación que causó polémica entre los seguidores de este grupo inglés, por considerar que

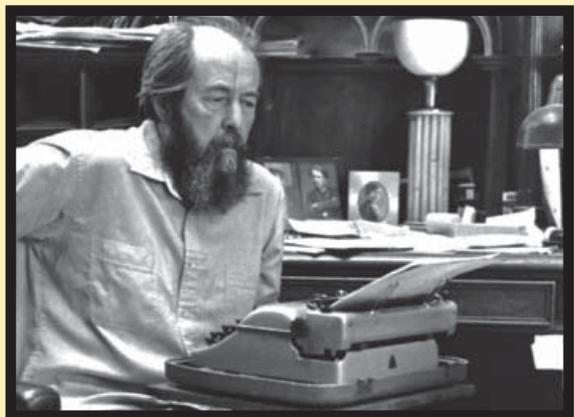
ella fue la causa de la separación de la banda y responsable del distanciamiento entre los miembros que la integraban. Yoko Ono y Lennon compusieron la famosa canción “Give peace a chance”, en que pedían la erradicación de la violencia.

Por otra parte, mientras el ex presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower moría por una falla en su corazón, se hacía el primer trasplante de corazón artificial a un ser humano. Los científicos responsables del éxito obtenido fueron Denton A. Cooley y Domingo Liotta.

En agosto de 1969, Charles Manson hablaba de su objetivo de hacer una guerra racial, así como de eliminar a las personas ricas. Dentro de su locura, hablaba de un holocausto cercano, y de que lo pronosticaba la canción “Helter Skelter”, de los Beatles. Increíblemente, convenció a jóvenes para llevar a cabo sus actos. El primero de ellos, ejecutado por Susan Atkins y otros seguidores, consistió en asesinar a Sharon Tate, esposa del productor de cine Roman Polanski. Charles Manson sería encontrado culpable del asesinato, y sentenciado a pena de muerte, que fue revocada por abolirse esa pena en el Estado de California, y por tanto intercambiada a una sentencia a cadena perpetua.

El presidente Nixon anunció que retiraría tropas de Vietnam, lo que inició con el retiro de unos 25,000 efectivos. Su secretario de seguridad, Henry Kissinger, lo urgió a trabajar de forma rápida para sacar al ejército de Vietnam, pues de lo contrario, las manifestaciones públicas irían en aumento, por el gran descontento de la sociedad.

En el mundo de la literatura, en noviembre de 1969, el escritor Alexander Solzhenitsyn fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos, debido a que denunció que la censura le había impedido publicar sus libros. Ganaría el Premio Nobel de literatura en 1970, situación que causó descontento al gobierno soviético.



Alexander Solzhenitsyn,
Premio Nobel de literatura en 1970

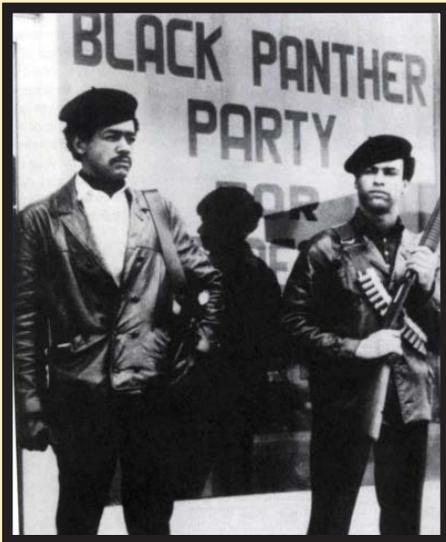
Para cerrar el año de 1969, se llevó a cabo el famoso concierto libre de Woodstock, donde se reunieron multitudes de hippies y amantes del rock and roll. Es considerado uno de los festivales más famosos y grandes en la historia de la música.

A principios de 1970, específicamente el 2 de febrero, el matemático y filósofo inglés, considerado por muchos como el mejor en su área, Bertrand Russell, muere a los 97 años de edad. Nos deja un impresionante legado de escritos ligados siempre a la búsqueda de conocimiento con base en el método científico.

En los Estados Unidos continuaron las manifestaciones en diferentes campus universitarios, que desataron el enojo de políticos partidarios de la invasión en Vietnam. En una conferencia de prensa, el gobernador de Ohio, James A. Rhodes, dijo que quienes protestaban contra la guerra de Vietnam eran las peores personas en Estados Unidos, y simpatizantes del comunismo. De igual forma, en la Universidad de Kent State, elementos de la policía dispararon contra estudiantes, debido a que éstos no se querían dispersar y calmar sus clamores. Se reportaron algunos muertos y heridos.

Se registraron otros enfrentamientos en Hartford, Connecticut, donde afroamericanos partidarios de las “Panteras Negras” pelearon contra puertorriqueños. Las autoridades estatales decretaron el “Toque de Queda” para

menores de 18 años, que iría de lunes a viernes, desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana del siguiente día.



El grupo de las “Panteras Negras” hacía acto de presencia.

Retomando los bombardeos y enfrentamientos en Camboya, en junio de 1970, el presidente Nixon anunció que retiraría sus tropas de ese país, pero advirtió que, si fuese necesario, bombardearía de nuevo las posiciones vietnamitas enemigas. Ante esto, se mantienen unos miles de soldados norteamericanos en Camboya y se reportan abusos hacia la población de la zona; es decir, los soldados estadounidenses aprovechan su poder para lesionar a los camboyanos.

Pasando a Latinoamérica, en Chile se celebraron elecciones, y Salvador Allende fue el candidato presidencial triunfador. Las noticias no son agradables para Washington, pues lo consideran un socialista, y se rumora que dentro de la Casa Blanca se trabajó en una estrategia para impedirle tomar el poder. Para finales de octubre de 1970, fue asesinado el jefe de las fuerzas armadas de Chile, el general René Schneider. Los rumores señalaron que se interpuso en el camino de la CIA para eliminar a Salvador Allende. Sin embargo, a pesar del ambiente agresivo e inestable, Salvador Allende tomó posesión como presidente de Chile el 4 de noviembre de 1970. Entre las primeras propuestas del presidente chileno están la de nacionalizar gran parte de la industria básica chilena, lo que abrió los ojos de Washington y le causó desagrado.



Salvador Allende

En este año de 1970, particularmente en el mes de septiembre, el Frente Popular para la Liberación de Palestina tomó como rehenes cinco aviones, uno de ellos israelí, pero gracias a una reacción rápida y estratégica, se logró abortar el secuestro; sin embargo, los otros cuatro aviones no corrieron con la misma suerte, y fueron llevados a Jordania. Ya en ese país se trabajaba en negociaciones para liberar a presos palestinos.

Fue en ese septiembre de 1970 cuando también surgió la guerra en Jordania, en lo que se conoce como Septiembre Negro. La situación fue que Yasser Arafat, con su Ejército para la Liberación de Palestina, trató en ese momento de tomar el poder y recibió apoyo del gobierno de Siria, que le envió tanques para cumplir con su misión. Fue así como la Liga de Estados Árabes se reunió para detener esa guerra. El rey Hussein acusó a Yasser Arafat de querer destronarlo. Arafat replicó que Hussein estaba a favor del imperialismo estadounidense, y era aliado de los israelíes para derrotar a los estados árabes. Por su parte, el líder libio, Moammar al-Gaddafi, acusó a Hussein de ser un lunático.

En Estados Unidos de América, el 3 de noviembre de 1970, el gobernador de California, Ronald Reagan, fue electo para un segundo período.

Pasamos ahora a la zona de África donde Milton Obote, presidente socialista de Uganda (antigua colonia inglesa), arriba a una reunión del Commonwealth, a finales de enero de 1971, en Singapur. Mientras, su jefe militar, Idi Amin, planeaba un golpe de estado en contra de Obote.

La estrategia de Amin tiene éxito, y toma el poder en Uganda, sacando a Obote de la escena. Entre las primeras acciones de Amin, libera a presos políticos e impide el curso de las actividades políticas. Además, los líderes militares que no apoyaron su golpe de estado son asesinados. A muchos de ellos se les cortó la cabeza. También fueron eliminados diversos intelectuales opositores a Idi Amin. Por su lado, Edward Heath, en Inglaterra, reconoce el gobierno de Amin.

Continúa el enfrentamiento en Vietnam, donde miles de tropas de Saigón, apoyadas por militares norteamericanos por tierra y aire, invaden Laos, y logran que las fuerzas comunistas se internen a fondo en la zona de Laos, convirtiéndose en un nuevo frente para alimentar la contienda.

En abril de 1971, diversos campesinos regresan al sur de Vietnam, encontrando destrozos y saqueos en sus tierras. Muchos de ellos están inconformes con la ocupación en Saigón y demandan la salida de las tropas norteamericanas de territorio vietnamita. Para octubre de 1971, las tropas estadounidenses en suelo vietnamita disminuyeron a menos de 200,000 efectivos.

Una encuesta de mayo de 1971, en los Estados Unidos, llamada “Harris Poll” revela que el 60% de los estadounidenses se opone a la Guerra de Vietnam. El *New York Times* trabaja en un análisis de la guerra, gracias a documentos que obtiene de militares retirados. La administración de Nixon se muestra molesta y trata de impedir a toda costa que se publiquen esos documentos.

Diversos enfrentamientos en Pakistán, por parte del presidente Kahn, han dado como resultado la muerte de intelectuales, al igual que de civiles inocentes. Pakistán del Este quiere independizarse de Pakistán del Oeste. Lo anterior atrae los ojos de Estados Unidos, y tanto Nixon como Kissinger discuten la situación. Henry Kissinger consideró que, si Pakistán del Este se independizaba, sería un campo propicio para la infiltración comunista.

En Marruecos, diversos militares toman el palacio de Hassan por varias horas, y dan muerte a alrededor de 30 personas. Los militares leales a Has-

san retoman el poder y los generales responsables del intento de golpe de estado son castigados y relacionados con el gobierno de Libia, como el autor intelectual. Fue así como en Libia, en julio de 1971, se recibió con júbilo la intentona de derrotar el régimen del Rey Hassan II. Por lo tanto, Libia dejó de tener relaciones bilaterales con Marruecos.

Para finales de julio de 1971, el líder de Egipto, presidente Sadat; el líder de Libia, presidente Gaddafi, y delegados de Siria y Sudán, concluyeron en una reunión que en Marruecos se ejercía represión sobre la población, y condenaron el régimen actual.

Pasemos a Irlanda. En agosto de 1971, se recrudece la violencia en la parte norte, por lo que los británicos lanzan la operación “Demetrio”, con el fin de poder arrestar a los beligerantes, sin derecho a juicio. Quedan prohibidos todos los desfiles. La policía británica cuenta con una serie de listas, con nombres de personas involucradas en las manifestaciones violentas; algunos señalan que son obsoletas, pero de igual forma se detienen a cientos de personas. Los británicos refuerzan sus posiciones en la frontera, para impedir más violencia y el tráfico de armas.

A mediados de agosto de 1971, miles de trabajadores hacen estallar una huelga en Londonderry, como protesta por las detenciones llevadas a cabo por los británicos. Jack Lynch, jefe del gobierno de la República de Irlanda, demanda que se ponga freno a las detenciones. En enero de 1972, rebeldes irlandeses incendian la Embajada Británica en Irlanda; además, muchos negocios de británicos son destruidos e incendiados. Diversas bombas estallan en Inglaterra, puestas por los beligerantes irlandeses.

En diciembre de 1971 se reunió el grupo de los 10 (G-10), conformado por Bélgica, Canadá, Francia, Italia, Japón, Holanda, Reino Unido, Suiza, Suecia y Estados Unidos. El objetivo era firmar el acuerdo Smithsonian, que ponía fin a los tipos de cambios fijos que fueron establecidos en la Conferencia de Bretton Woods de 1944, y que se basaban en el estándar del oro. Así, los tipos de cambio fluctuarían con el mercado.

En febrero de 1972, la Suprema Corte de Justicia de California, Estados Unidos, consideró que la pena de muerte era demasiado cruel, por lo que a todas las personas que estaban sentenciadas a pena de muerte, incluido Charles Manson, se les conmutaba el castigo por cadena perpetua.



Leonid Brezhnev y Richard Nixon.

algo en contra de ellos. Por tanto, Nixon viajó a la Unión Soviética, para demostrar su buena relación con ese gobierno, y sostuvo pláticas con Leonid Brezhnev, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ambos líderes firmaron un acuerdo para regular las armas nucleares.

Brezhnev viajó también a los Estados Unidos para reforzar el acuerdo entre ambos presidentes para el desarme nuclear, y corroborar así que las diferencias entre ambas potencias se habían diluido, y que al parecer podían coexistir pacíficamente.

En el continente africano, surgió en Burundi una rebelión por parte de los hutu en contra de los gobernantes dictatoriales tutsi. A finales de abril de 1972, los militares tutsi atacaron con ferocidad a sus compatriotas hutu. Las acciones dejaron entre 200,000 y 250,000 muertos.

En mayo de 1972, un grupo rebelde denominado RAF (Red Army Faction) o Fracción del Ejército Rojo, una de las organizaciones terroristas más activas y agresivas en la República Federal de Alemania, detonó bombas en Hamburgo. Diversos miembros del RAF fueron arrestados, incluso Ulrike Meinhof (cofundadora de la fracción).

La Guerra de Vietnam vuelve a ser motivo de críticas, debido a que en junio de 1972, la estrategia fue bombardear y usar el temido napalm (gasolina gelatinosa con gran poder de combustión) para bajarle la moral al Viet Cong. Sin embargo, lo que se consiguió fue que miles de niños vietnamitas fueran televisados con sus caras de terror, mutilados, quemados, huyendo como podían de las embestidas militares.

En junio de 1972 sucedió en los Estados Unidos el famoso escándalo conocido como “Watergate”, Cinco hombres fueron arrestados por entrar sin autorización en las oficinas del Partido Demócrata, en el complejo de Watergate. El objetivo de los allanadores era instalar cámaras de grabación para escuchar la estrategia de los demócratas en las subsecuentes elecciones.

Posteriormente, se demostró que el presidente Nixon tenía un aparato de grabación en la Casa Blanca. Una de las grabaciones dejaba en claro que había intentado obstruir la justicia y encubrir la incursión en las oficinas de los demócratas en Watergate. Diversos miembros del gabinete de Nixon fueron encontrados culpables, como es el caso de Gordon Liddy y James W. McCord. El mismo Nixon fue encontrado culpable, lo que a la postre fue causa de que renunciara a la Presidencia de los Estados Unidos, el 8 de agosto de 1974. Es el único presidente que ha tomado esa determinación en la historia de ese país, pese a que antes había ganado la reelección, con un 60% de la votación a su favor.

Durante las olimpiadas de verano de Munich, en septiembre de 1972, un grupo de palestinos, afiliados a la organización terrorista Septiembre Negro, entraron en la Villa Olímpica y asesinaron a 11 atletas israelíes. En los hechos perdieron la vida cinco miembros del grupo terrorista y un policía alemán.

A mediados de diciembre de 1972, Henry Kissinger comentó que las negociaciones entre los Estados Unidos y Vietnam del Norte, para llegar a un acuerdo de paz, no habían sido satisfactorias, desde el punto de vista de Nixon. Posteriormente, el presidente norteamericano ordenó un nuevo bombardeo sobre Vietnam del Norte, en lo que se conoció como Operación Linebacker.

Sin embargo, a principios de 1973, se intentó establecer paz entre ambas naciones y se firmó lo que se conoce como los Acuerdos de Paz de París, cuyo objetivo era detener la Guerra de Vietnam. Empero, los combates continuarían hasta el 30 de abril de 1975. En una votación en la Casa de los Representantes de Estados Unidos, la mayoría demócrata votó en contra de dar recursos para continuar los bombardeos sobre Camboya. Sin embargo, la Casa Blanca hizo caso omiso de esto, y atacó de nueva cuenta esa zona. El Senado estadounidense reforzó su posición y eliminó todo presupuesto que pudiera ser usado para los bombardeos en Camboya y otras partes de Asia. Por su parte, Kissinger trabajaba para tratar de obtener la paz entre ambas naciones.



Guerra Egipto - Israel. 1973

Por otra parte, una zona de Egipto continuaba ocupada por fuerzas israelíes, y el canal de Suez estaba cerrado a la navegación, situación que causó la indignación de estudiantes universitarios egipcios, que reclamaron dureza de su gobierno para expulsar a los invasores. El gobierno de Israel se preparó para defenderse ante la amenaza de una posible guerra entre las dos naciones.

El presidente de Egipto, Anwar Sadat, se mostró frustrado y molesto por la falta de entendimiento entre su gobierno y el de Israel, por lo que habló con el Rey Faisal, de Arabia Saudita, y le ofreció un acuerdo para utilizar el petróleo como arma en la guerra venidera entre egipcios e israelíes. Fue entonces cuando, en octubre de 1973, Sadat se embarcó en una guerra contra Israel, buscando expulsarlos del territorio ocupado, ayudado por Arabia Saudita con dinero, y por los sirios, con efectivos militares y equipo.

Los israelíes lanzaron su ofensiva, pero fueron superados por sus enemigos. Además, los países europeos, al igual que Estados Unidos, fueron amenazados con cerrarles la llave del petróleo si continuaban dando apoyo al gobierno de Israel. Inició entonces un embargo petrolero que causó diversos problemas para los países europeos, mismo que no sería levantado hasta marzo de 1974. Israel se apoya en los Estados Unidos para mantener la lucha. Por su parte, Henry Kissinger advierte al embajador soviético que si la Unión Soviética envía tropas para apoyar a Egipto, también Estados Unidos hará lo propio.

Después de diversos enfrentamientos y considerables bajas, las Naciones Unidas y el gobierno de la Unión Soviética negocian entre ambos países beligerantes para buscar un acuerdo de paz, por lo que, a finales de octubre, los líderes militares se reúnen en el kilómetro 101 en Sinaí, con el objetivo de firmar un cese al fuego.

A principios de 1974, el presidente Nixon envió un mensaje a su pueblo, presumiendo mejores relaciones con China y la Unión Soviética, y que la paz en Vietnam estaba por lograrse. Sin embargo, en su mente se encontraba la

gran preocupación del caso Watergate, y de su fracaso en el intento de evitar que siguieran las investigaciones contra miembros de su gabinete y contra él mismo, lo que, como dijimos, lo hizo finalmente renunciar a la Presidencia de su país.

Por ejemplo, en agosto de 1974, los juicios de la Suprema Corte de los Estados Unidos contra Nixon, revelarían que con uno de sus colaboradores, Haldeman, discutió sobre la posibilidad de utilizar a la CIA para bloquear la investigación de Watergate. Todo esto fue evidencia grabada, lo que sería conocido como “the smoking gun”. Para el 9 de agosto, Nixon se vio acorralado, y terminó por renunciar a la Presidencia. Fue entonces cuando Gerald Ford se convirtió en el presidente número 38 de los Estados Unidos de América. En uno de sus primeros actos, perdonó a Nixon por cualquier acto que hubiera hecho durante su Presidencia.

Además, Ford anunció a la nación que se producirían más alimentos, y que la economía norteamericana tendría que reducir su consumo de gasolina, debido sobre todo al hecho de que aproximadamente un tercio de la gasolina provenía de fuentes foráneas.

Por otro lado, a principios de diciembre de 1974, el Congreso Norteamericano aprobó cortar fondos para la invasión llevada a cabo en Saigón. El presidente Ford, por su parte, trató de llevar las relaciones bélicas al terreno diplomático. Vietnam del Norte se preparó para arrasar Saigón y hacer que los soldados rivales huyeran de esa localidad, en lo que marcó el principio del fin de la guerra de Vietnam. A finales de abril de 1975, el presidente Ford anunció que la Guerra de Vietnam había terminado para los norteamericanos. El presidente de Vietnam del Sur reprobó la decisión del gobierno estadounidense y lo acusó de no haber cumplido su promesa, dejando abandonado a Vietnam del Sur. Consecuencia de ello fue que las fuerzas de Vietnam del Norte entraron al palacio en Saigón, y reclamaron el gobierno.

En el año 1975, en Inglaterra, Margaret Thatcher fue electa líder del Partido Conservador, y se convirtió en la primera mujer en dirigir ese partido. Sería conocida como “La Dama de Hierro” y como una destacada política en la Cámara de los Comunes, del Reino Unido.



Margaret Thatcher

En otros rumbos, terminó la paz que imperaba entre Irán e Irak. La CIA y el Sha de Irán inician hostilidades en contra de Irak y de su posible asociación con la Unión Soviética. Resulta complicado comprender tanta agresividad entre países vecinos, y esto fortalece en nosotros la idea de que la violencia está impresa en los genes del ser humano. En agosto de 1975 se firmó, en Finlandia, el llamado Pacto de Helsinki, en el que participaron los Estados Unidos, la Unión Soviética, Canadá, Turquía y la gran mayoría de los países europeos. El acuerdo buscaba que se cumplieran 10 puntos básicos: Igualdad y respeto a la soberanía, abstenerse de amenazas y de recurrir a la fuerza, no violar las fronteras entre países, respetar la integridad de los estados, arreglar las diferencias por medios pacíficos, no intervenir en asuntos internos, respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales, cooperación entre los estados, cumplimiento de buena fe en cuanto a obligaciones de carácter internacional.

Mientras tanto, en San Francisco, Sara Jane Moore intentó asesinar de un tiro al presidente Ford con un disparo, pero falló en su intento. Esto ocurrió a unos cuantos días de que Lynette Fromme, de la “Familia Manson”, también intentara asesinar a Ford. Ésta fue sentenciada a cadena perpetua por sus acciones. Posteriormente se sabría que Moore, quien había sido informante para el FBI, también fue sentenciada a cadena perpetua.

Para finales de ese año 1975, y a raíz de la aparición del libro de Edward O. Wilson, titulado *Sociobiología. La Nueva Síntesis*, surgió la sociobiología como un campo de la ciencia que se centra en el estudio de la biología relacionada con las conductas sociales de la cooperación, la agresión, entre otros. Para 1976, los esfuerzos compartidos de British Aircraft Corporation y Aerospatiale lograron que el avión supersónico Concorde, realizara sus



Steve Jobs y Steve Wozniak

primeros vuelos comerciales. Mantuvo una carrera de operación de 27 años, con sus principales destinos en Londres, París, Nueva York, Washington, entre otros.

En el mundo de la computación se inicia lo que sería una de las compañías más exitosas en esta materia. Hablamos de que, para abril de 1976, Steve Jobs y Steve Wozniak forman Apple Computer Company. Muchos de nosotros sa-

bemos el furor que han causado y siguen causando los productos de hardware y software que elabora esa creativa e innovadora compañía.

Entre los eventos bélicos de 1976, recordamos el famoso caso de finales de junio y principios de julio, cuando un grupo de palestinos secuestró un avión de Air France en Grecia y, gracias a negociaciones con el presidente Idi Amin, de Uganda, el avión aterrizó en ese país. Gran parte de los 248 pasajeros eran israelíes.



El presidente de Uganda, Idi Amin.

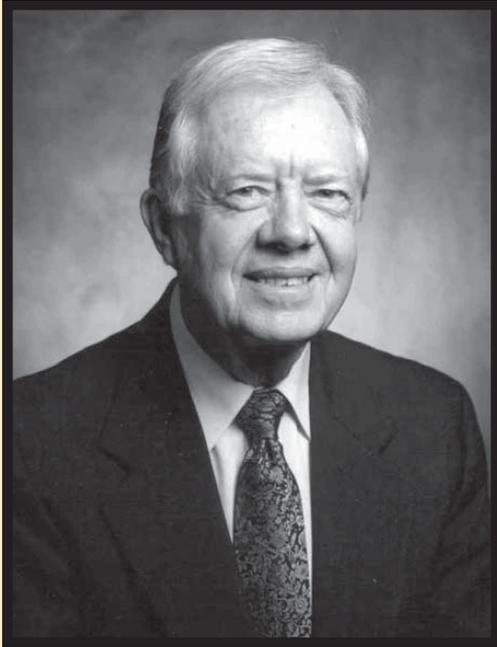
Los reflectores están ahora sobre Idi Amin. Ése era su plan original. Entonces, al iniciarse las negociaciones con las Naciones Unidas, Amin solicitó que, tanto Israel, como otros países con pasajeros secuestrados, acataran lo que demandaban los secuestradores palestinos.

Sin embargo, se planeó la Operación Entebbe, que llevaron a cabo Fuerzas de Defensa de Israel. Un centenar de militares israelíes de élite fueron transportados a las cercanías de Entebbe (aeropuerto donde se encontraba el avión secuestrado).

En esta operación, se logró rescatar a 103 pasajeros secuestrados, pero en la refriega murieron todos los secuestradores, tres rehenes y cuarenta y cinco soldados ugandeses. Por otro lado, cinco de los comandos israelíes resultaron heridos, y el comandante de la unidad de asalto, Yonatan Netanyahu, murió en la operación.

También a principios de julio de 1976, una nuevamente unificada Vietnam quiere olvidarse de todos los estragos que dejó la guerra con los Estados Unidos –que perdieron estos últimos- y trata de reanudar relaciones con sus vecinos, particularmente en la zona del sudeste asiático. Entre sus objetivos inmediatos figuran Filipinas y Tailandia.

El dirigente chino, comunista y revolucionario, Mao Zedong, considerado estratega militar, filósofo, poeta, líder político de la Revolución China, muere el 9 de septiembre de 1976.



Presidencia Jimmy Carter.

Mientras tanto, en los Estados Unidos, el Partido Demócrata eligió a Jimmy Carter como su candidato a la Presidencia. En uno de sus primeros discursos a la nación y a sus seguidores, Carter dijo que con su liderazgo llevaría a los demócratas a la victoria y a recuperar la grandeza norteamericana. Por otro lado, el presidente Ford gana la nominación del Partido Republicano para contender contra Carter en las próximas elecciones estadounidenses. Al final, Jimmy Carter venció a Ford y se convirtió entonces en el presidente número 39 de los Estados Unidos.

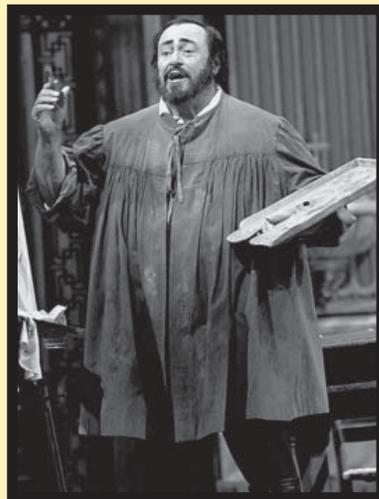
Inició su mandato en 1977, y a partir de ese momento habló de un nuevo comienzo, de una nueva dedicación en su gobierno, para generar un nuevo espíritu en la población norteamericana. Carter hacía hincapié en la necesidad de disminuir el gasto en energía de los Estados Unidos, así como de utilizar energías alternas, como la solar.

Carter luchó por los derechos humanos, y gracias a ello, logró convencer al sha de Irán, Mohammad Reza Pahlevi, de que liberara a más de 300 presos políticos, y que le permitiera a la Cruz Roja visitar a otros para atenderlos.

En otro continente, España se encontraba en un período de transición y búsqueda de democracia. Desgraciadamente, se presentó lo que conocemos como “La Masacre de Atocha”, cuando algunos españoles e italianos, pertenecientes a la extrema derecha, entraron en un despacho de abogados y les dispararon a mansalva, matando a 5 de ellos.

También en España, se registró un gran desastre aéreo, cuando dos Boeing 747 (uno de KLM y otro de Pan Am) chocaron en la isla de Tenerife, con saldo de 583 personas muertas. Ha sido, hasta la fecha, el accidente aéreo con mayor número de víctimas.

El año de 1977 marcó el debut del ahora ya desaparecido tenor italiano, Luciano Pavarotti, en los Estados Unidos, en una producción de la PBS sobre *La Bohème*, de Puccini.



Luciano Pavarotti.

En abril del mismo año, el autoproclamado presidente de Afganistán, Mohammed Daoud Khan, visitó la Unión Soviética. El gobierno soviético no estaba contento con los movimientos de Daoud Khan, pues removió de su gabinete a figuras socialistas y militares soviéticos. Comienza a crecer el disgusto entre ambas naciones. Por otro lado, en Pakistán, el pueblo se encuentra inconforme con las recientes elecciones del parlamento, pues las considera fraudulentas, y demanda la salida del primer ministro, Zulfikar Ali Bhutto.

Surgen en este año de 1977, dos grandes fenómenos: por un lado, en la parte de tecnología y software, sale a la venta la Apple II, una de las primeras computadoras fabricadas en serie por la empresa Apple Computer. Mientras tanto, como fenómeno del cine, surge una película denominada *Star Wars: Episode IV – A New Hope*, que se convertiría en una franquicia muy exitosa y en un movimiento cultural mundial.

En España, por primera vez después del régimen de Francisco Franco, se llevan a cabo elecciones democráticas, lo que marca un nuevo comienzo para los españoles, a quienes se les abren nuevas puertas hacia un mejor futuro.

Mientras tanto –volvemos a los Estados Unidos–, el presidente Carter firma un tratado con el presidente Torrijos, de Panamá, con miras a ceder a este país el control del Canal de Panamá en 1999. Hasta esa fecha, Estados Unidos tendría el control y defensa del mismo, ante cualquier amenaza que pudiera obstaculizar el tránsito de barcos. Diversos miembros del Congreso de los Estados Unidos se oponen a este tratado, entre ellos Ronald Reagan.

El mismo año, el Sha de Irán, Mohammad Reza Pahlevi, visita los Estados Unidos. El presidente Carter dialoga con él, a fin de mejorar la situación de los presos políticos. El sha, a su vez, trata de mejorar la imagen de Irán en

el campo de los derechos humanos. Para finales de año, Carter le devolvería la visita al sha de Irán, y describiría a ese país como un lugar de estabilidad.

En cuanto al área médica, continúan las investigaciones para tratar de erradicar la viruela, enfermedad infecciosa causada por el *Variola virus*, que, de no ser tratada a tiempo, puede ser mortal en ciertos casos. Incluso, en ese año de 1977, se hablaba de que el mal ya había sido eliminado en todo el mundo, pero faltaría la declaración oficial por parte de la Organización Mundial de la Salud.

Abre el año de 1978 con una crisis en la economía de la Unión Soviética, que se atribuye a la carrera armamentista que ha tenido por la Guerra Fría con los Estados Unidos. Encuestas señalan que los soviéticos han visto poco del progreso prometido por su gobierno y caen en la depresión, por lo que aumenta el consumo de vodka. Algo de lo que sí pueden estar orgullosos es de la calidad educativa de su país, pero eso genera también personas capacitadas sin trabajo adecuado que desempeñar.

Por otro lado, en la zona de Latinoamérica, surge un escándalo por la muerte de Pedro Chamorro, dueño del periódico nicaragüense *La Prensa*. Se presume que fue asesinado, debido a que su periódico era crítico de la dictadura de Anastasio Somoza. Surgen diversas y violentas protestas en las calles, en demanda de libertad en ese país. Estados Unidos, bajo el mandato de Carter, le corta la inyección de recursos al gobierno de Anastasio Somoza, en busca de que se instaure la democracia en el país; por otro lado, Venezuela brinda su apoyo a los rebeldes sandinistas, que tenían ideologías socialistas y nacionalistas, bajo el ideario de Augusto Nicolás Calderón Sandino.

En otro rumbo, los ciudadanos de Irán se manifiestan en contra del régimen de Mohammad Reza Pahlevi; gran cantidad de escritores y publicistas exigen libertad de opinión, de prensa, y de pensamiento. Por su lado, los abogados piden que se eliminen las torturas que la policía de ese régimen inflige a los ciudadanos. Los líderes religiosos también participan activamente en contra del gobierno iraní. La respuesta del mandatario iraní es enviar tropas contra los protestantes en Teherán, quienes repelen las agresiones con bombas molotov.

Desde el exilio, el ayatola shiita iraní, Ruhollah Jomeini, inicia protestas en contra del sha, Exige que deje el poder, y urge a la población a que se levante en su contra para derrocarlo y poner fin a su mandato. En Pakistán,

mientras tanto, el ex primer ministro, Zulficar Ali Bhutto, es encontrado culpable de asesinato de un contrincante político, por lo que es sentenciado a muerte.

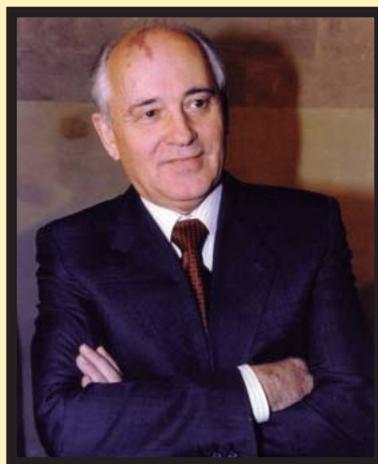
En febrero de 1978, fue capturado en Estados Unidos el asesino serial Ted Bundy, cuyo nombre era Theodore Robert Bundy, quien se caracterizaba por asesinar mujeres. Algunos estudios señalan como cerca de cien el número de sus víctimas.

En ese 1978, firman los acuerdos de Camp David el primer ministro de Israel, Menachem Begin, y el presidente de Egipto, Anwar el Sadat, en presencia, como testigo y mediador, del presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter. Los acuerdos contemplaban la paz entre ambos países, particularmente en las franjas territoriales y sus divisiones.

A fines de octubre de 1978, el presidente Carter se dirige al pueblo norteamericano para decirle que la inflación sigue creciendo durante su administración, y plantea la necesidad de reducir el déficit del presupuesto, así como de incorporar la competencia empresarial como política federal. Mientras tanto, en Arkansas, Bill Clinton, es electo gobernador, a los 32 años de edad.

Dentro de los grandes cambios en la religión católica, en octubre de 1978 hace su aparición Karol Józef Wojtyła, quien se convirtió en el jefe del Estado del Vaticano y, por supuesto, en el papa Juan Pablo II, que para los católicos es el representante de Dios en la Tierra.

En la Unión Soviética, Mikhail Gorbachev sigue escalando peldaños en la política, pues es nombrado secretario del Comité Central de Agricultura del Partido Comunista, con lo que prepara su camino hacia la dirigencia máxima de su país. En tanto, el presidente de Afganistán, Nur Muhammad Taraki, se encuentra en Moscú, con el objetivo de solicitar tropas soviéticas al presidente Brezhnev, para contener la insurgencia civil que se vivía en su país, pues los afganos no lo querían en el poder. Sin embargo, sus peticiones fracasan.



Mikhail Gorbachev.

En España, a finales de 1978, se lograba con éxito la aprobación de un referéndum en la constitución de ese país, con el objetivo de eliminar el régimen dictatorial de Franco y darle paso a un régimen social, de democracia, y sustentado en la legalidad.

El inicio del año 1979 marca la mejoría en las relaciones internacionales entre China y los Estados Unidos, todo dentro de lo que las reglas diplomáticas dictan. Nuevamente se mueven las piezas del ajedrez político internacional, para hacerse frente el tradicional socialismo y capitalismo.

Para mediados de junio de 1979, tanto el sha de Irán, como su familia, huyen de su país, para refugiarse en Egipto. Esto provoca júbilo entre la población iraní. Al mismo tiempo, el ayatola Jomeini triunfa en sus planes y se le permite volver a Irán. A su retorno, Jomeini empieza a tomar fuerza y es aclamado por los ciudadanos iraníes. Pero en su megalomanía de poder, pide la salida del primer ministro Bakhtiar. Diversos seguidores de Jomeini se apoderan de armas e inician una revolución en las calles, ocasionando que Bakhtiar pierda el control de Irán y tenga que salir por la puerta de atrás.

En Afganistán, muere su presidente, Taraki, y es sucedido por el vicepresidente, Hafizullah Amin. Los soviéticos muestran su descontento por la muerte de Taraki. Por su lado, el nuevo presidente, Amin, declara que Taraki murió debido a una enfermedad prolongada.

De nueva cuenta surgen conflictos bélicos en este año de 1979. Los beligerantes son Vietnam y China, en lo que se conocería como el Conflicto Sino-Vietnamita, en donde la reciente creada República Socialista de Vietnam fue apoyada por la Unión Soviética, contra la República Popular de China, apoyada por Kampuchea Democrática (Reino de Camboya).

Sigue la crisis energética en los Estados Unidos y el presidente Carter trata de establecer medidas económicas para solventarla. Por esas fechas, el precio del crudo rondaba los 15 dólares por barril, nada comparado con los precios recientes, que han llegado a superar los 100 dólares por barril. La popularidad de Carter cae dramáticamente entre el pueblo norteamericano. Incluso, se dice que está por debajo de la de Nixon con el escándalo de Watergate.

También se encuentra en crisis el gobierno de Inglaterra, con alto desempleo y baja calidad de los servicios públicos. El pueblo se siente con baja mo-

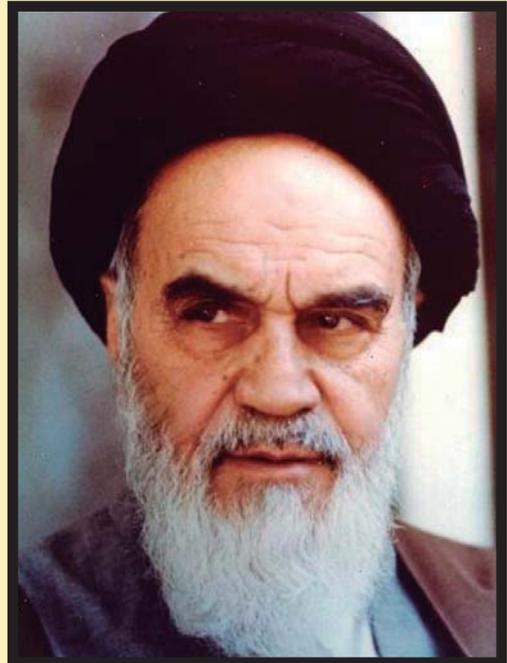
ral, y los sueldos que perciben no alcanzan para nada. Para poner fin a todo lo anterior, se postula la figura de la conocida “Dama de Hierro”, Margaret Thatcher, quien es electa Primera Ministra de Inglaterra.

En el continente africano, Idi Amin, presidente de Uganda, lucha contra Tanzania, debido a que rebeldes en su contra están refugiados en ese país y exigen la salida de su gobierno. Existe una grave crisis en Uganda, debido a malos manejos de su administración. La gente se siente intranquila con el gobierno de Amin. La lucha se torna complicada para Amin, quien, al verse perdido, abandona Uganda para ir a refugiarse en Arabia Saudita.

Volvemos a Nicaragua, donde la dictadura de Somoza es insostenible, y con el fin de detener el movimiento popular en su contra, dirigido por los sandinistas (Frente Sandinista de Liberación Nacional), el todavía presidente ordena bombardear aquellas ciudades que estén en manos de los opositores, con lo que lleva a su país a una guerra civil. México rompe relaciones diplomáticas con Nicaragua, y los gobiernos de Cuba, Panamá, Venezuela, Costa Rica y el nuestro, envían armamento y tropas para derrocar esa dictadura. Somoza redacta su renuncia el 29 de junio de 1979, y huye a Miami, Florida, en los Estados Unidos.

En Irán, el Ayatola Jomeini muestra abiertamente su descontento contra los Estados Unidos e Israel, por considerar que han ofendido a la Meca. Se llevan a cabo agresiones a las embajadas norteamericanas en diferentes ciudades, empezando por Pakistán. El Ayatola es el líder supremo de Irán el 3 de diciembre de 1979.

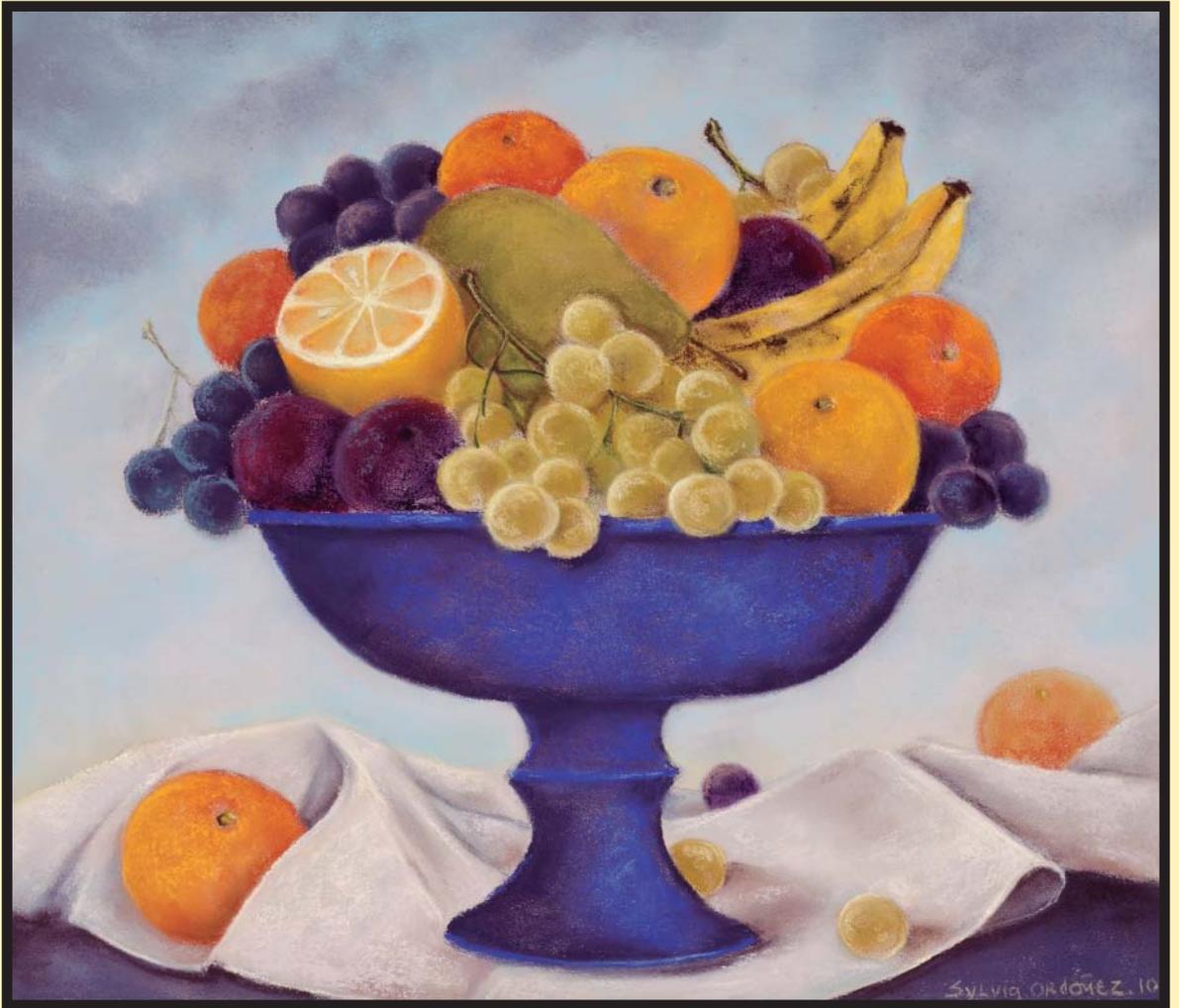
A finales de diciembre de 1979, efectivos soviéticos de la KGB, disfrazados como militares de Afganistán, ingresan en el palacio de gobierno de ese país, y dan muerte al presidente Amin y a diversos miembros de su guardia real. Se hace correr la versión de que los



Ayatola Jomeini.

mismos guardias de Amin lo habían asesinado, y que él era espía de los Estados Unidos y que tenía juntas secretas con personas de la CIA y parte del imperialismo estadounidense. El presidente Kamal asume el poder en sustitución de Amin.

El presidente Carter se dirige al pueblo norteamericano, diciendo que le parece sorprendente la actitud de los soviéticos en relación a la invasión de Afganistán y muestra su desacuerdo con esas acciones.



Sylvia Ordóñez

Contexto Nacional 1965 – 1979

Para 1968, continuaba el propósito de los gobiernos anteriores de fomentar el desarrollo industrial, mediante una política de estímulo y protección a la industria, con lo que se garantizaba el mercado nacional a empresas mexicanas y extranjeras que producían en el país. El incentivo para atraer la inversión extranjera a nuestro país consistía, como ahora, en posibilitar utilidades mucho más altas a las empresas, con menos impuestos que en sus países de origen.

Asimismo, y a propuesta del presidente Gustavo Díaz Ordaz, en 1970 se expidió una nueva Ley Federal del Trabajo, con la que, aunque se reglamentaba el otorgamiento de viviendas a los trabajadores, se estimulaba más a los inversionistas privados, a través de mayores incentivos fiscales y el control del gobierno sobre las organizaciones sindicales.

En 1967, existían en el país 136,000 establecimientos clasificados como industriales, aunque sólo 407 de ellos se agrupaban como empresas mayores, y el Producto Interno Bruto había venido creciendo, y lo hizo hasta 1970, en un promedio del 6% anual. Sin embargo, la producción agrícola, que desde la época del presidente Lázaro Cárdenas se había venido exportando y creciendo a un ritmo del 5.7% anual, se contrajo drásticamente, hasta llegar a sólo un 3.8%, con los consecuentes problemas en la balanza de pagos.



Para 1968 se continuaba fomentando el desarrollo industrial.

Por otra parte, para 1970 teníamos una de las tasas de crecimiento poblacional más altas del mundo, del 3.4%, y llegamos a los 48 millones 310 mil habitantes. Con esto, se coronaba ya el proceso de transformación de México, pues para ese mismo año, el 47% de la población vivía en comunidades de 15,000 o más habitantes y una buena parte se concentraba en las ciudades de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla. Esta explosión demográfica, aunada al proceso de urbanización y a mejores condiciones de salubridad en las ciudades, planteaba la necesidad de ampliar los servicios escolares a un ritmo muy difícil de alcanzar para los gobiernos federal y estatales.

En este contexto, el uno de diciembre de 1964, había ocupado la Presidencia de la República el licenciado Gustavo Díaz Ordaz, quien había sido diputado federal, senador, y secretario de Gobernación con el presidente



Presidente Gustavo Díaz Ordaz.

Adolfo López Mateos. Durante su gobierno, continuó el fomento al desarrollo industrial del país, y se construyó una buena parte del Metro de la Ciudad de México, que, para 2006, transportaba ya a un promedio de 3.9 millones de pasajeros al día.

Desde el inicio de su gestión, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz se enfrentó al vertiginoso crecimiento de la población escolar en todos los niveles; y, a pesar de incrementarse notablemente el número de centros educativos y de maestros, cada año se quedaba sin escuela un número creciente de niños. En el campo de la educación media superior y superior, existía entre los jóvenes un sentimiento de inseguridad de lograr la admisión en esos niveles, y las medidas del rector de la UNAM, Dr. Ignacio Chávez, en el sentido de que, para mejorar el rendimiento académico y elevar la calidad de la enseñanza, los pasantes escribieran tesis y presentaran exámenes profesionales, fueron obstaculizadas por la Facultad de Derecho.

Al mismo tiempo, preparatorianos de todo el país exigían el “pase automático” a las escuelas profesionales, pues se oponían a los exámenes de admisión o a cualquier otro requisito para pasar al nivel superior. Como la

Facultad de Derecho se declaró en una prolongada huelga, las autoridades de la UNAM tomaron la decisión de que las clases se impartieran fuera de las aulas universitarias, lo que provocó que los huelguistas tomaran esos edificios y sitiaran, en el edificio de Rectoría, al rector y a la mayoría de los directores de escuela. Con ello, el rector Ignacio Chávez presentó su renuncia.



El 1º de agosto de 1968, el rector de la UNAM encabezó una manifestación de protesta.

A mediados de 1966, la Universidad Nacional tuvo un nuevo rector: Javier Barros Sierra. Sin embargo, continuaba el malestar entre los universitarios, quienes, además, acusaban al gobierno de gastar enormes cantidades de dinero para organizar las olimpiadas, en lugar de invertirlo en educación.

En 1968, una riña entre estudiantes preparatorianos de la Ciudad de México hizo que la policía interviniera en las aulas universitarias, con lo que se inició una serie de manifestaciones de protesta, como la del 26 de julio, que fue impedida por la policía, que encarceló a varios estudiantes. Con esto, las manifestaciones de protesta contra la intervención policiaca arreciaron por todo el país, y el uno de agosto el propio rector encabezó una en los alrededores de Ciudad Universitaria. A partir de ese momento, la inquietud estudiantil, que recibió el apoyo de una buena parte de la sociedad, dio lugar a una serie de gigantescas y ordenadas manifestaciones de protesta contra la opresión, la corrupción y la demagogia.

Como el 19 de septiembre, el ejército, apoyado por tanques, ocupó la Ciudad Universitaria y encarceló a numerosos estudiantes y profesores, el rector Barros Sierra presentó su renuncia, la que retiró ante la petición de la comunidad académica. Aunque el gobierno entregó la Ciudad Universitaria, la inquietud continuó, con lo que el movimiento social crecía diariamente, pues en él participaban no sólo estudiantes de la UNAM y del IPN, sino también profesores, intelectuales, obreros, profesionistas y médicos del ISSSTE y del IMSS, con los que la administración había tenido un serio conflicto durante el primer año de gobierno.

Con una clara falta de sensibilidad política, y tal vez temeroso por la magnitud y frecuencia de las manifestaciones, el presidente y su gabinete no negociaron, y su respuesta fue la represión. Así, el dos de octubre de 1968, el gobierno mexicano masacró, en la Plaza de Las Tres Culturas, de Tlatelolco, en la Ciudad de México, a cientos de jóvenes y adultos mexicanos, ahí reunidos.

La matanza se dio durante una manifestación pacífica convocada por el Consejo Nacional de Huelga, del propio movimiento, y fue ejecutada



Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

por elementos del Ejército Mexicano y el grupo paramilitar conocido como “Batallón Olimpia”. Aunque en su momento el gobierno reportó sólo veinte muertos, la realidad no pudo ocultarse, y aunque no se pudo precisar el número por el ocultamiento que hizo el régimen, se deduce que llegó a varios cientos de muertos y otros cientos de heridos, desaparecidos y encarcelados. Al ocurrir esta masacre, Octavio Paz y Carlos Fuentes denunciaron internacionalmente al régimen de Díaz Ordaz.

En su quinto informe de gobierno, y después de calificar a quienes participaron en los movimientos de protesta, como “filósofos de la destrucción”, el presidente Díaz Ordaz, refiriéndose a lo acontecido en 1968, dijo: “Por mi parte, asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica, por decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado”.

Empero, el movimiento estudiantil mexicano, en el que participaron intelectuales, profesionistas, profesores y obreros, con una dirigencia colectiva, marcó el fin de una época autoritaria en nuestro país. Fueron determinantes, para ello, la fuerte influencia de la filosofía crítica de Herbert Marcuse, plasmada en sus obras: *Eros y la civilización* y *El hombre unidimensional*, así como los movimientos de protesta estudiantil de febrero de 1968, en

Berlín, encabezados por el anarquista Rudy Dutschkey, y, sobre todo, los del mismo año, en Francia, que cuestionaban al gobierno de Charles de Gaulle, en demanda de libertad política, religiosa y sexual.

Diversos pensadores coinciden en que, a causa de este movimiento estudiantil, y a partir de la matanza del 2 de octubre, que dejó clara la nula capacidad del régimen para negociar y establecer acuerdos, hubo un rompimiento de la sociedad con su gobierno, lo que paulatinamente modificó la naturaleza autoritaria del poder en México y dio paso a un proceso de transformación social y de transición a la democracia, que se ha reflejado en la vida nacional, como la Reforma Política, que legalizó a los diversos partidos políticos y permitió que pudieran participar en las elecciones presidenciales y locales.

Sin embargo, es necesario señalar que, al concluir el movimiento estudiantil con la matanza de Tlatelolco y la gran represión que se dio por todo el país, emergieron diversos grupos guerrilleros, el más importante de los cuales fue la Liga Comunista 23 de Septiembre, de inspiración marxista-leninista, que, mediante acciones violentas, pretendía poner fin al que llamaban régimen capitalista de México. Esta Liga, dirigida desde la ciudad de Guadalajara, tenía ramificaciones en las más importantes ciudades del país, como México, Chihuahua y Monterrey.

Entre sus acciones armadas, que, a decir de ellos, tenían como propósito la obtención de recursos para la lucha clandestina y la liberación de rehenes políticos, sobresalen el secuestro del cónsul de los Estados Unidos en Guadalajara, Terrance George Leonhardy; el del empresario tapatío, Fernando Aranguren, y el fallido intento de secuestro, y asesinato, del empresario regiomontano Eugenio Garza Sada.

La lucha de este grupo terminó con la llamada “Guerra Sucia”, movimiento armado de contrainsurgencia, con el que desaparecían militantes y simpatizantes de guerrilleros -trascendió que los retenían y torturaban en prisiones secretas-, y con la Reforma Política de 1977, que legalizó la existencia del Partido Comunista Mexicano.

Entre el 12 y el 27 de octubre de 1968, se realizaron en nuestro país -únicos hasta ahora en Latinoamérica-, los Juegos de la XIX Olimpiada, en la que participaron 5,531 atletas de 113 países, en 18 deportes y 172 especialidades. En la inauguración participó el presidente Díaz Ordaz, quien,



En Octubre de 1968, se realizaron en México los Juegos de la XIX Olimpiada.

ante los medios de comunicación nacionales y de todo el mundo, recibió una rechifla general de los asistentes. Asimismo, entre el 31 de mayo y el 21 de junio de 1970, tuvo lugar en México la IX Copa Mundial de Fútbol, con la participación de 16 selecciones del mismo número de países. Brasil se coronó como campeón mundial.

Más adelante, el uno de diciembre de 1970, ocupó la Presidencia de la República el licenciado Luis Echeverría Álvarez, quien había sido oficial mayor de la Secretaría de Educación Pública y secretario de Gobernación con el presidente Gustavo Díaz Ordaz. Dado el cargo que ostentaba durante la masacre de Tlatelolco, y tal vez con la idea de demostrar que no había sido su responsabilidad y que por el contrario ahora privaba un espíritu diferente, se esforzó en realizar una campaña de acercamiento con estudiantes y maestros de universidades y escuelas normales.

A lo largo de su sexenio recorrió el país, y celebró reuniones con maestros y alumnos, para conocer las necesidades de las instituciones educativas, a las cuales daba soluciones inmediatas. En su régimen, se crearon numerosas escuelas agropecuarias por todo el país; se fundó la Universidad Autónoma Metropolitana y se estableció el Colegio de Bachilleres, para dar cabida a numerosos jóvenes que no tenían cupo en ese nivel. Asimismo, integró a su gabinete a un número muy importante de egresados de la UNAM, los que llegaron a un 78%; dio trabajo a muchos otros en su gobierno e incrementó notablemente el presupuesto de la UNAM.

Sin embargo, esta política de acercamiento con los jóvenes universitarios se vio empañada cuando, el 10 de junio de 1971, una manifestación estudiantil en la Ciudad de México, en protesta por la represión oficial, fue masacrada por una unidad de la policía, conocida como “Los Halcones”. Al disparar contra los estudiantes, causaron 17 muertos y cientos de heridos. A esta matanza se le conoció como la del “Jueves de Corpus Christi”. De inmediato, el presidente se desligó de los hechos y, para esclarecerlos, pidió la renuncia del entonces jefe del Departamento del Distrito Federal, Alfonso Martínez Domínguez, quien siempre negó haber sido el responsable.

La apertura política del presidente Echeverría hacia la izquierda se vio empañada también cuando, en 1976, su gobierno dio un fuerte golpe a la libertad de expresión, al manipular la asamblea de cooperativistas del periódico *Excélsior*, para quitarle la presidencia a Julio Scherer y nombrar en su lugar a Regino Díaz Redondo.

Desde 1968, Julio Scherer, una de las figuras fundamentales para el periodismo y la libertad de expresión en México, había sido designado por la cooperativa como director general de *Excélsior*, donde impulsó un periodismo crítico hacia los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría. Además, bajo su dirección, *Excélsior* fue considerado uno de los principales diez periódicos del mundo.



Julio Scherer, figura fundamental para la libertad de expresión en México.

Sin embargo, el problema mayor del país era que un número verdaderamente alarmante de niños se quedaba sin escuela, y que la educación que se impartía era de poca calidad. Para intentar resolver el problema, Echeverría nombró como secretario de Educación al ingeniero Víctor Bravo Ahúja, quien había sido rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. De inmediato, el nuevo secretario buscó mejoras económicas para los maestros; estableció por todo el país cursos de actualización magisterial; reformó los métodos de enseñanza, y elaboró nuevos y mejores libros de texto. Con todas estas medidas, el régimen logró cierta mejoría.

Igualmente, y a efecto de fomentar la investigación científica, necesaria para el avance del país, así como para que sirviera como asesor del gobierno

federal en la planeación, coordinación, sistematización y encauzamiento de las actividades vinculadas con la ciencia y la tecnología, en 1970 se creó el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT).

En esa época, grupos armados de izquierda perpetraron una serie de secuestros y asaltos a bancos y, dadas las desigualdades sociales que imperaban



Lucio Cabañas, líder de un grupo guerrillero de la década de los 70.

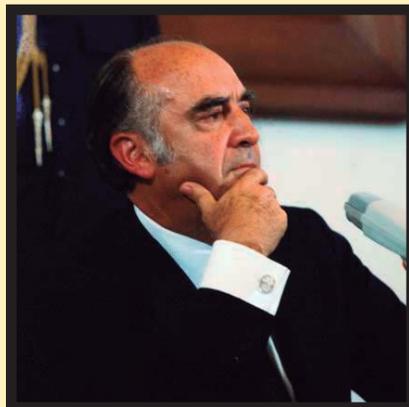
en el Estado de Guerrero, estalló un movimiento guerrillero encabezado por Genaro Vázquez Rojas y, a su muerte, por Lucio Cabañas. La insurrección terminó con un enfrentamiento con el ejército, donde perdió la vida Cabañas, y otros participantes fueron hechos prisioneros. Para la conclusión del mandato del licenciado Echeverría, la mayoría de los grupos guerrilleros habían sido neutralizados, al encarcelarlos o desaparecerlos.

Por otra parte, y a propuesta de Echeverría, la Organización de Las Naciones Unidas (ONU) aprobó la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, que complementó la Declaración Universal de Derechos Humanos. A la muerte del presidente chileno Salvador Allende, derrocado por el ejército y grupos de la derecha, el presidente otorgó asilo a su viuda, Hortensia Bussi, y a numerosos exiliados de países de América del Sur.

Durante el gobierno del licenciado Echeverría, México sufrió una grave crisis económica, pues, a efecto de combatir la pobreza y mantener los empleos, se aumentó fuertemente el gasto público y se incrementó notablemente la deuda externa. El tipo de cambio, que desde 1950 había sido de \$12.50 por dólar, llegó al final del sexenio a \$20 por dólar.

El uno de diciembre de 1976, asumió la Presidencia de la República el licenciado José López Portillo, quien previamente había sido subsecretario de la Presidencia en el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz; y, con el presidente Echeverría, director general de la Comisión Federal de Electricidad y, más tarde, secretario de Hacienda y Crédito Público. Aunque no tuvo oposición, pues los partidos políticos no presentaron candidatos, y el que intentó hacerlo, el Partido Comunista, no estaba registrado en la Comisión Federal Electoral, con lo que quedó fuera de la contienda, obtuvo casi 15 millones 500 mil votos, lo que representaba el 87% de los sufragios emitidos.

Dados los fenómenos de recesión, inflación y desempleo, que incidían negativamente en la vida del país, López Portillo llamó a una estrategia conjunta entre sociedad y gobierno, a la que llamó “Alianza para la Producción”, con la que se pensaba habría grandes inversiones y se crearían innumerables empleos. De esta forma, y durante los primeros años de su gestión, retornó la confianza a los empresarios y con ellos al país. Durante su gobierno se realizaron obras en carreteras, presas, aeropuertos, servicios médicos, energía y, muy especialmente, en educación primaria. Asimismo, y con la idea de llevar tranquilidad y seguridad jurídica al sector agropecuario nacional, pues por todo el territorio del país había una profunda inconformidad por la expropiación de 37 mil hectáreas, que en noviembre de 1976 había hecho el presidente Luis Echeverría, a agricultores de Sonora, cuya productividad y prosperidad eran ejemplo, el gobierno del presidente López Portillo otorgó a los propietarios afectados una sustancial indemnización, con lo que quedó zanjado el problema.



José López Portillo,
presidente de México.

Una de las más importantes metas para el futuro del país, razonadamente aceptada por la población, fue la que se fijó, desde el inicio de su administración, el presidente López Portillo, en el sentido de disminuir el crecimiento poblacional en el sexenio, como se hizo, de 3.5 a 2.5%. Esto se logró, con respeto a la libertad de la pareja a decidir el número de sus hijos, mediante profusas y muy bien diseñadas campañas de sensibilización. Es de mencionar que, a partir de 1930, nuestro país registró importante incremento demográfico, debido a que se había logrado reducir la mortalidad infantil e incrementar la esperanza de vida. Así, en 1965, alcanzamos un crecimiento de 3.5% anual.

Igualmente, durante el gobierno del licenciado López Portillo, y realizada por su secretario de Gobernación, el prestigiado político, jurista e ideólogo Jesús Reyes Heróles, se llevó a cabo la Reforma Política, que legalizó a todos los partidos que obtuvieran un número mínimo de sufragios en las elecciones legislativas, y se estableció también una doble representación en la Cámara de Diputados: los de mayoría relativa, de acuerdo al número de votos que habían obtenido, y cien diputados de representación proporcional, según los

votos obtenidos por los partidos. Para algunos pensadores, “éste fue el paso decisivo para que México transitara de un régimen de partido hegemónico, a uno de pluripartidismo y poder compartido”.

A pesar de esta relevante obra, y ante la consternación de la mayor parte de los mexicanos, por diferencias de carácter constitucional con el presidente López Portillo, en cuanto a la visita del Papa Juan Pablo II y la celebración de una misa en la residencia oficial de Los Pinos, así como otras con Margarita López Portillo, hermana del presidente y directora de Radio, Televisión y Cinematografía, que dependía de la Secretaría de Gobernación, de la que era titular, en 1979 salió del gabinete presidencial el licenciado Reyes Heróles.

Contexto local: de la época

Para mediados de 1970, Nuevo León tenía 1 millón 700 mil habitantes, de los cuales el 73.6% vivían en la Ciudad de Monterrey y en los municipios de Guadalupe, San Nicolás, Garza García, Santa Catarina, Escobedo y Apodaca. De ellos, según el Censo General de Población de 1970, el 63% constituían la población económicamente activa, y se dedicaban, el 17%, a la agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca; el 37.5%, a la industria; el 12 %, al comercio y el 22 % a servicios.

La industria seguía siendo la actividad más importante de la entidad, y representaba el 11 % de la producción nacional, en sus cuatro principales ramas: industrias metálicas básicas, minerales no metálicos, sustancias químicas, y productos alimenticios. En la actividad comercial, Nuevo León registraba más de 15,000 establecimientos, que daban empleo a 51,000 personas.

En 1967, asumió el cargo de gobernador el licenciado Eduardo A. Elizondo, quien previamente había sido tesorero general del Estado y rector de la Universidad de Nuevo León. Su gestión concluyó en junio de 1971, cuando, en desacuerdo con una nueva Ley Orgánica de la Universidad, aprobada por el Congreso del Estado, presentó su renuncia.

Durante su gobierno, como había sucedido con las administraciones anteriores, se destinó el 55% del presupuesto estatal a educación, aunque, como dijo en su primer informe de gobierno: “el crecimiento demográfico supera las posibilidades económicas para dar educación a todo aquel que la pretende”. Igualmente, y con la idea de impulsar la educación superior,

durante su administración se autorizaron y establecieron tres instituciones de educación superior, que todavía dan servicio a los nuevoleonenses: Universidad Regiomontana, Universidad de Monterrey y Centro de Estudios Universitarios.

Asimismo, y con la participación de un consorcio de bancos locales, que otorgaron los créditos necesarios, se puso en marcha el programa de drenaje pluvial para la entonces área metropolitana de Monterrey, que evitó la inundación de calles, sobre todo del primer y segundo cuadros de la ciudad, y con ello la desarticulación, en época de lluvias, de la vida ciudadana. Durante su gobierno, se realizaron diversas obras de urbanización, como la ampliación de la Avenida Cuauhtémoc, pasos a desnivel y puentes, como los realizados sobre el Río Santa Catarina, a la altura de las avenidas Pinos Suárez y Cuauhtémoc y el puente Guadalupe.

Es de mencionar que, en el piso 28 del Edificio Latino, en el cruzamiento de las avenidas Juan Ignacio Ramón y Escobedo, el 24 de febrero de 1968 inició sus transmisiones el *Canal 12, XHAW*, propiedad de don Jesús D. González, y cuyo gerente era Francisco A. González. El mismo Jesús D. González fundó, en 1974, *El Diario de Monterrey*, que actualmente continúa dando servicio, ahora con el nombre de *Milenio, Diario de Monterrey*.

Por otra parte, y como el desarrollo económico del país se había desacelerado, la educación superior entró en crisis, producto de la insuficiente oferta educativa y la baja calidad, a lo que se unía un fuerte cuestionamiento, por todo el país, a los gobiernos federal y estatales, a los que se acusaba de corruptos y represores. En su tercer informe de gobierno, 1970, el licenciado Elizondo reconocía: “Al igual que en todo el país, padecemos insuficiencia de cupo, faltantes de importancia en otros elementos de educación superior, déficit de operación, etc.”

Un año después de la masacre de Tlatelolco, se habían iniciado en Nuevo León una serie de marchas y huelgas universitarias. En tal virtud, el gobierno del Estado se vio precisado a expedir una nueva Ley Orgánica de la Universidad. En ella, se establecía que el Consejo Universitario designaba al rector y las juntas directivas de cada facultad o escuela, a su director; asimismo, se ratificaba el derecho de sufragio estudiantil, equivalente a una tercera parte de los votos computados.

A partir de ahí se agudizaron los problemas, pues el gobernador Elizondo acusaba a la universidad de hacer planes de expansión, sin consultar al

gobierno estatal, y el rector, ingeniero Héctor Ulises Leal, solicitaba un porcentaje determinado del presupuesto anual del gobierno. Después de una multitudinaria manifestación pacífica por el centro de Monterrey, donde con mantas se hacían burlas al gobierno del Estado, el gobernador Elizondo logró que el Congreso del Estado aprobara una nueva Ley Orgánica de la Universidad. En ella se planteaba que ahora la autoridad máxima de la institución sería una Asamblea Popular de Gobierno Universitario, que integrarían 37 representantes de las cámaras empresariales, sindicatos obreros, campesinos, asociaciones de profesionales, medios de comunicación, Congreso del Estado y la propia universidad. Ante tal propuesta de injerencia externa en la vida de la universidad, y la demanda insatisfecha de acceso a la educación superior, continuaron los conflictos, a los que se sumaban otro tipo de demandas ciudadanas de servicios básicos, a un ritmo muy superior al que el gobierno de Nuevo León podía brindar.

Como el gobierno retuvo los sueldos a los maestros universitarios, emprendió acciones contra los manifestantes en las calles, y legales contra el rector Leal, llegó a Monterrey, enviado por el gobierno federal, el secretario de Educación, ingeniero Víctor Bravo Ahúja, quien integró un comité de siete ex rectores, que propusieron al Congreso del Estado una nueva Ley Orgánica, que de inmediato se aprobó. En desacuerdo con esta nueva Ley Orgánica, que regresaba la máxima autoridad de la institución a los propios universitarios, el 5 de junio de 1971, el licenciado Elizondo presentó su renuncia al cargo de gobernador del Estado. En el texto de su renuncia, manifestaba: "...promulgar y hacer público el decreto referido significaría actuar en contra de mis convicciones de universitario y de ciudadano. Vetarlo implicaría problemas sociales y políticos muy graves y complejos. Ante esta situación, considero mi deber retirarme del honroso cargo que ostento".

El mismo día, el Congreso del Estado nombró gobernador sustituto, por el resto del periodo, al licenciado Luis M. Farías, quien había sido dos veces diputado federal, y en ese momento era senador por Nuevo León. Dado que el clima de inestabilidad social e inseguridad continuaba en el Estado, propiciado por las demandas de acceso a la educación superior, rápidamente se decretó el pase automático de las preparatorias a las licenciaturas de la propia universidad, y se establecieron cuotas bajas, con subsidio estatal. Además, la nueva Ley Orgánica de la Universidad le concedía ya su autonomía, por lo que, a partir de entonces, junio de 1971, lleva el nombre de Universidad Autónoma de Nuevo León.

Paralelamente el gobernador Farías emprendió un vasto programa de obras públicas, concluyendo también las iniciadas por el gobernador Elizondo, como el drenaje pluvial y la reconstrucción de caminos, dotación de servicios básicos, etc. Asimismo, emprendió la ampliación y adecuación de la Avenida Colón, y diversos puentes y pasos a desnivel. En ese mismo periodo se propuso e inició un proceso de desconcentración urbana e industrial, al crear polos de desarrollo fabril fuera de Monterrey, como el Parque Industrial de Linares, al que más adelante le siguieron otros en diversos municipios de la entidad.

Sin embargo, por esa misma época y como secuela de aquel gran movimiento social que culminó en 1968 con la masacre de Tlatelolco, se generó, por todo el país, un movimiento de guerrilla urbana que atacaba al sistema político mexicano para sustituirlo o debilitarlo. Entre sus más dramáticas acciones estaba el secuestro de empresarios y funcionarios connotados, por quienes se solicitaban elevados rescates.

En ese ambiente de actuación guerrillera, que había llegado ya a Monterrey con constantes enfrentamientos entre policías y guerrilleros, se daba también un fuerte desencuentro entre el gobierno del presidente Echevarría y el sector empresarial de Nuevo León, que consideraba lesiva la intervención del gobierno federal en la actividad comercial, a través de CONASUPO, pues la consideraban una invasión al campo de la iniciativa privada.

En este contexto, al concluir su periodo el licenciado Farías, y con el claro apoyo del presidente Luis Echeverría Álvarez, el uno de agosto de 1973, llegó a la gubernatura del Estado el Dr. Pedro G. Zorrilla Martínez, quien, entre otras cosas, había sido secretario de Gobierno en Tamaulipas y procurador general de Justicia del Distrito Federal.

Un mes después de la toma de posesión del licenciado Zorrilla como gobernador del Estado, se dio uno de los incidentes que mayormente han convulsionado a los nuevoleonenses, cuando, el 17 de septiembre, don Eugenio Garza Sada, uno



Pedro G. Zorrilla Martínez,
gobernador de Nuevo León.

de los empresarios más queridos en el Estado, fue interceptado por un grupo guerrillero que pretendía secuestrarlo. Quedó moribundo en el pavimento, y falleció cuando era conducido al hospital.



Al funeral de Don Eugenio Garza Sada, lo acompañaron aproximadamente 200 mil personas y acudió el presidente de la república Luis Echeverría.

Su funeral, tal vez el más multitudinario en la historia del Estado, fue acompañado por cerca de 200 mil personas, y a él acudió el presidente Echeverría, quien declaró que don Eugenio “había sido sacrificado por un grupo de fanáticos o enajenados que no entienden cómo un creador de industrias desempeña una tarea de alto progreso”. En respuesta, uno de los más destacados voceros de la iniciativa privada regiomontana, don Ricardo Margáin Zozaya, expresó que todo lo que sucedía en el país era incrementado por la dirección del gobierno nacional, que llevaba a cabo políticas contrarias al “interés general del pueblo mexicano”.

Este choque ideológico y verbal entre la iniciativa privada regiomontana y el gobierno del presidente Echeverría, contaminó y fue deteriorando la relación del gobierno estatal con los grupos social y económicamente más importantes de la entidad. Para junio de 1974, las Cámaras de Industria

y Comercio, Centro Patronal y Cámara de Propietarios de Bienes Raíces denunciaban en la prensa que el gobernador Zorrilla no los recibía, y realizaron también un paro de labores en protesta por su indiferencia.

Hasta la conclusión del régimen del licenciado Echeverría, en Nuevo León continuaron las diferencias entre el gobierno federal y el sector empresarial, muy especialmente por su oposición a la política de gasto público, al crecimiento de las empresas gubernamentales y en especial a la intervención de CONASUPO en la actividad comercial. Los discursos y pronunciamientos de las cámaras empresariales en la prensa, radio y televisión, eran llamados constantes a la defensa de las libertades individuales, a la participación cívica, y en contra de lo que consideraban tendencias totalitarias del gobierno del presidente Echeverría, a quien responsabilizaban de la crisis financiera nacional, la devaluación del peso, el descenso de la producción y la pérdida de empleos.

Por su parte, el presidente no buscaba diálogos con el sector empresarial de Nuevo León. Por el contrario, su gobierno acusaba a los empresarios del desequilibrio financiero de la República, por su falta de colaboración y sobre todo porque muchos, decía, habían sacado, en dólares, sus capitales del país. En este ambiente de confrontación, a lo que se sumaba un fuerte crecimiento demográfico, producto de la migración del campo de Nuevo León y de otras entidades del país, llegó a Monterrey la violencia desatada por la guerrilla urbana y un mayor y bien fundamentado ejercicio de la crítica.

Apasionado de la administración pública el gobernador Zorrilla Martínez, se propuso modernizarla y transformarla con constantes innovaciones para, como él decía, actuar no sólo para las presentes generaciones, sino para las futuras y para servir mejor a los que menos tienen. Con su reforma de la administración pública, buscaba el aprovechamiento máximo de los recursos humanos, financieros y materiales del Estado, así como el establecimiento de un sistema de personal más justo para los trabajadores del gobierno estatal y una mejor comunicación de ellos con los ciudadanos, especialmente en la atención a los servicios prestados.

Para esto, y con la idea también de racionalizar y simplificar el aparato administrativo, creó la Comisión de Administración Pública, como eje central de este proceso de reestructuración, y en febrero de 1975 se publicó la Ley Orgánica de la Administración Pública del Estado de Nuevo León. Asimismo, Zorrilla impulsó el proceso de ciudadanización, al dar participación a los

nuevoleoneses en los asuntos públicos de la entidad. Para esto, se creó, de acuerdo con la Ley de Urbanismo y Planificación, el Consejo General de Urbanismo, y se dio participación a los ciudadanos en diversos consejos, patronatos y juntas, como el Consejo Estatal de Salud y las Juntas de Operación, Administración y Mantenimiento del Agua Potable.

Sin embargo, y en la confrontación que se daba entre el presidente Luis Echeverría y los grupos económicamente más poderosos de Nuevo León, el gobernador Zorrilla Martínez lógicamente tomaba posición al lado del gobierno federal, con lo que constantemente recibía, orquestadas por estos grupos, críticas a su administración. Casi al concluir el sexenio federal, estas diferencias se agudizaron, y como el presidente había presentado al Congreso de la Unión un proyecto de Ley de Asentamientos Urbanos, en febrero de 1976, los empresarios regiomontanos celebraron una reunión de análisis y discusión del proyecto, lo que desató una serie de ataques del presidente y sus funcionarios contra quienes participaron, a quienes calificaron de fascistas y golpistas.

La respuesta de los organismos empresariales no se hizo esperar, y las diferencias continuaron. En noviembre del mismo año, 1976, el gobierno federal expropió 100 mil hectáreas en el Estado de Sonora, acción que el sector empresarial de Monterrey calificó como “dolosa e ilegal expropiación”, y convocó a un paro nacional de labores de la industria, comercio y servicios, el que se dio el día 24 del mismo mes, en 53 ciudades de 14 estados del país. Además, en Monterrey, todos los anuncios luminosos permanecieron apagados la noche de ese día. Es importante anotar que, a partir de esta confrontación y de la muerte de don Eugenio Garza Sada, se inició un importante proceso político en el que, primero en Nuevo León y después en el país, los empresarios iniciaron una clara estrategia en búsqueda del poder político, conteniendo por alcaldías, diputaciones, senadurías y gubernaturas, a través del PRI y del PAN.

Como el uno de diciembre de 1976 ocupó la presidencia de la República el licenciado José López Portillo, de inmediato los representantes de los organismos privados de Nuevo León firmaron el Convenio de Generación de Empleos–Inversión y el Programa de Productos Básicos. Con el nuevo presidente y la firma de estos convenios, concluían las discrepancias y volvía la confianza del empresariado hacia las instituciones, con lo que se inició un fuerte crecimiento de empresas y grupos que invertirían no sólo en Monterrey y en el país, sino también en el extranjero.



Centro Cultural ALFA, conocido como Planetario ALFA.

Ejemplo de ello fue el Grupo Alfa, que se integró con las empresas HYLSA, Empaques de Cartón Titán, el 25% de participación en TELEVISIA y otras empresas, el que operaba exitosamente en ramas tan distintas como acero, petroquímica, papel y celulosa; televisores, maquinaria agrícola, fibras químicas, motores, alimentos, aparatos para el hogar, turismo, etc...

Este mismo grupo inauguró, el 11 de octubre de 1978, el Centro Cultural Alfa, conocido en todo el país como “Planetario Alfa”, que desde entonces da servicio, a nuevoleonenses y visitantes, en cinco áreas: un museo con sala IMAX Dome, con capacidad para 379 personas, que fue una de las primeras cinco del mundo; un aviario al aire libre; un observatorio astronómico; un pabellón del universo y un jardín de la ciencia.

El día 31 de enero de 1979, el papa Juan Pablo II visitó, por primera ocasión, la ciudad de Monterrey. Para recibirlo, se congregaron, en el seco lecho del río Santa Catarina, a la altura del ahora llamado Puente del Papa, más de un millón de personas. Ahí mismo ofició una misa, que dedicó a los obreros, y en su honor utilizó un casco de los que ellos usan.

En esta misma etapa, 27 de mayo de 1978, el equipo Tigres, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, conquistó, por primera ocasión, el Campeonato de la Liga del Fútbol mexicano, en juego contra los pumas de la UNAM, que concluyó con un marcador global de 3-1. Este fue el primer título de liga obtenido en la historia del balompié regiomontano.

Por su parte, el gobierno del Dr. Zorrilla realizaba una serie de obras urbanas y viales en Monterrey, de las cuales destacamos el Anillo Intermedio, con once kilómetros en total, y las canchas deportivas en el río Santa Catarina. Sin embargo, el mayor esfuerzo se dio en educación, pues en su último informe el gobernador decía que durante su administración se construyeron y equiparon 3,775 aulas, 143 laboratorios, 221 talleres y mil 700 anexos escolares.



Leticia Tarragó

Quinta Etapa: 1979 - 1985

La Salud Pública y la Maestría en Política. Diputación Federal

Y terminó la rectoría y empezó la salud

Durante la campaña de Alfonso Martínez Domínguez por la Gobernatura de Nuevo León, y siendo yo rector de la universidad, permanecí al margen de las luchas intestinas del poder que se practicaban en el PRI, pero la realidad era que muchos directores de facultades utilizaban la coyuntura histórica para hacer presencia en el partido y, por supuesto, don Alfonso, con su inteligencia política innata, aprovechó esa situación para empezar a manejar los hilos del control de la universidad e impedir que yo tomara la decisión total de mi sucesión.

Como lo señalo en párrafos anteriores, la decisión había sido tomada, y las características de los diálogos que se tuvieron las describo puntualmente en el libro 8º. *Piso, aventuras de un duende*, por lo que no insistiré en ese tema. Sólo señalaré que don Alfonso, un mes antes de que concluyera mi segundo período legal en la Rectoría de la universidad, me llamó y me ofreció un puesto muy importante. Me dijo: “joven doctor, usted, después de haber sido rector, no puede ocupar una posición sencilla, así que le voy a crear una especie de súper secretaría, que va a incluir la supervisión del desarrollo social, la salud y la educación, en la cual esté usted por encima de los demás secretarios y acuerde directamente conmigo”. En fin, don Alfonso siguió tra-

tando de seducirme, y yo, conocedor de que los políticos a veces excluyen para abajo y a veces hacia arriba, me di cuenta rápidamente de su maniobra, pues una posición etérea, que no está en la normatividad administrativa, no conduce a ninguna oportunidad real.

Con base en ese pensamiento que pasó por mi mente, le contesté de inmediato al viejo zorro, diciéndole: “Mire, don Alfonso; yo me conformo con algo sencillo. Considero que la Coordinación o la Secretaría de Salud del Estado sería un puesto ideal para mí, porque soy médico, y además conozco bien las entrañas de la salud pública de nuestra entidad; y como es un área que ya existe, no requiere usted hacer ningún esfuerzo extra ni se necesita un presupuesto diferente al actual”. Don Alfonso me respondió: “Bueno, doctor, pero ese es un puesto menor y ya se lo tengo prometido al doctor Kutugata, pero si usted quiere, para mí usted tiene alta prioridad; le concedo su deseo; sin embargo, medítelo, porque es mejor lo que le ofrecí previamente”.

En agosto de 1979 y ya con el nombramiento en la mano, firmado por don Alfonso, arribé a la Secretaría de Salud del Estado, que en esa época se llamaba Servicios Coordinados de Salud Pública en el Estado de Nuevo León, porque había una jefatura federal con convenio estatal y, dada la naturaleza centralizadora de nuestro país, una norma de carácter federal que marcaba los lineamientos sobre la salud pública de México, y así, cada estado firmaba un convenio de coordinación, lo que implicaba que para nombrar a un secretario o a un director de la coordinación, el gobernador tenía que contar con la anuencia del secretario de Salud federal. Pero don Alfonso, como era su costumbre, no pidió permiso, a diferencia de Zorrilla, que en una época previa me había solicitado ocupar ese mismo puesto, a lo cual se opuso el secretario Jiménez Cantú. Con estos pensamientos tomé posesión y me entregó la secretaría un médico afable y buen administrador, el doctor José Cavazos López, quien había estado allí durante un tiempo.

La oficina estaba ubicada en el antiguo Palacio Federal, edificio que actualmente, ya remodelado, alberga en sus instalaciones al organismo denominado CONARTE, hijo del Instituto de la Cultura, creado éste cuando tuve la oportunidad de ocupar la posición de secretario de Educación, en el gobierno del doctor Jorge A. Treviño. Ese edificio tiene belleza arquitectónica, porque está formado por una estructura de tres pisos, con una base ancha y un concreto que cimienta una fachada señorial, lo que le da una imagen moderna, a espaldas del Palacio de Gobierno, construido desde principios del siglo XX por el entonces gobernador, general Bernardo Reyes.



Antiguo Palacio Federal. Actualmente el edificio alberga al organismo denominado CONARTE.

Al entrar, por cierto con mucho orgullo, pues se trataba del templo de la salud pública del Estado, me imaginé que encontraría algunas unidades modernas, escritorios tipo escandinavo y muchas cosas más; pero los hechos resultaron totalmente distintos, y tuve que enfrentarme con la triste realidad. El edificio estaba totalmente destartado en su interior, además de que había un sinnúmero de corredores sinuosos y estrechos; en las áreas colindantes con el patio central, había unas cortinas de madera y un enrejado, en el que los corredores se miraban uno a otro desde la oficina central, y podía verse en la parte inferior, un área sucia, y en la parte superior, unos bellos murales empolvados.

En fin, así estaban las oficinas, y así estaba también la salud pública de nuestra entidad, porque la burocracia había hecho mella en ese sector, y la mayoría de los servidores públicos tenían ya muchos años allí; y por su antigüedad e inoperancia crónica, era difícil actualizarlos y aún más movilizarlos, dada la jerarquía que tenía el Sindicato de Trabajadores de la Secretaría de Salud federal.

Por ese motivo, procedí de inmediato a tratar de modernizar el área, en lo físico, y pude adecuar algunas instalaciones; invité a algunos funcionarios universitarios a colaborar conmigo, en particular al siempre dispuesto licenciado Juan Roberto Zavala. En otras áreas encontré viejos amigos,



Eduardo Aguirre Cossio

como el doctor Arnulfo Treviño Cervantes, quien ocupaba y siguió ocupando la Dirección de Atención a la Salud, y el doctor Eduardo Aguirre Cossío, hijo de un nuevoleonés prestigiado, el famoso maestro, doctor Eduardo Aguirre Pequeño, en el área de Control Sanitario, en donde había un enjambre de inspectores, todos a la usanza tradicional, inmersos en un sistema mínimo, pero permanente, de corrupción, que dificultaba, tanto el tratamiento de los problemas de esa naturaleza, como la supervisión de carnicerías, bares, negocios de alimentos.

Lo mismo ocurría con el sistema estadístico, de modo que, cuando me fue presentada la información casuística, lo primero que se me ocurrió, dada mi experiencia previa en metodología científica y en estadística a mano -que era como lo hacía yo en mis experimentos básicos-, fue pedir que me citaran a los encargados de recabar la información que formaba parte del famoso patrón estadístico de las enfermedades epidemiológicas, así como aquellas derivadas de infecciones, enfermedades coronarias, el dengue, etcétera, que en ese tiempo ya estaba presente; y todo un sinnúmero de padecimientos que en un sistema de salud deben estar bien registrados, ya que forman parte de lo que es el concepto moderno de la epidemiología.

Pero, ¡oh, sorpresa! Resulta que las personas que recopilaban los datos eran personal de intendencia, por lo que las curvas de crecimiento demográfico y los aspectos epidemiológicos de enfermedades no eran muy creíbles; así que de inmediato giré instrucciones para que viniera gente de la universidad y elaborara un verdadero patrón estadístico, bien hecho; y cambiamos mucho la fórmula para la obtención de datos, dándole la responsabilidad a personal profesional, con el apoyo de pasantes en servicio social.

En ese ambiente inicié mis actividades, y me encontré con que, en el área de Educación para la Salud, existía una situación distinta a la convencional, porque allí sí tenían unas oficinas más o menos elegantes, y trabajaba un grupo de profesores que llevaban a cabo la integración de la salud con la educación. Con esta área inicié una actividad que me era propia, dada mi experiencia en el sistema educativo, y que me fue muy benéfica. La jefa, a quien además ratifiqué en su puesto, era la licenciada María Elena Chapa, gran política del Estado de Nuevo León, que ha ocupado diferentes puestos

en el área federal, como senadora y diputada, y que actualmente defiende los preceptos de la equidad de género en el Instituto de la Mujer. María Elena tenía en su grupo de colaboradores a algunas profesoras muy bellas, desde el punto de vista físico, e inteligentes, y formaba con ellas, como lo he mencionado antes, un equipo distinto a lo convencional.

Un día en que estaba dictando uno de mis artículos, de los que enviaba diariamente al periódico *El Norte* o a otros medios nacionales, lo que formaba parte de mi disciplina para hacer presencia periodística, me desesperé, porque la secretaria que me tomaba el dictado, la cual había yo recibido de herencia, no era muy versada en la taquigrafía, y dada la velocidad verbal que utilizo para expresarme, y las dificultades para una persona normal de seguir mi ritmo y de corregir de manera automática mis expresiones, adjetivos, sustantivos, pronombres, etcétera, no podía con el trabajo. Exasperado ya por la situación, pues además, un día había llegado tarde, dije: “traíganme una secretaria que sepa tomar taquigrafía y que sea buena”. Alguien me susurró al oído que la mejor era la secretaria de la licenciada María Elena Chapa, y la mandé llamar; unos minutos después llegó, muy modesta, con una presencia sencilla, una secretaria que tenía una imagen de confianza, quien de inmediato, y sin preguntar nada, dijo: “yo sí le puedo tomar su dictado, doctor”.



María Elena Chapa, jefa del área de Educación para la Salud.

Se trataba de Leonor Rodríguez Capetillo, quien me acompañó durante casi treinta años de mi vida en el servicio público y que fue parte importante de la historia de todos mis fenómenos individuales y sociales, periodísticos y financieros, ya que dada su cordialidad y sus características de discreción y sencillez, me inspiró absoluta confianza, confianza que se fue consolidando a través del tiempo. Volveré a mencionarla en futuros encuentros, en diversas áreas del sector público.

Como la Secretaría de Salud tenía pocos recursos, me di a la tarea de gestionar otros presupuestos estatales y federales, inclusive algunos apoyos locales, haciendo una verdadera reestructuración, lo que me permitió contratar a más de 800 personas y establecer centros de salud en 20 lugares estratégicos de las áreas marginadas. Algunos eran pequeños, pero cinco o seis eran muy grandes, los cuales fortalecieron la presencia pública de don Alfonso Martínez Domínguez, ya que él siempre decía: “cuando uno hace una obra -y esas

fueron sus palabras- hay que celebrarla y, por supuesto, difundirla; es decir, cacarearla y luego salpicar, como comúnmente hacen las gallinas cuando ponen un huevo”. Ésa era su frase favorita.

Don Alfonso estaba muy contento con nuestras iniciativas, pero un día me llamó a mi oficina muy molesto y me dijo con franqueza: “Oiga, doctor, ¿por qué está usted nombrando tanta gente sin preguntarme? ¿No sabe que yo soy el gobernador y que toda esa gente debe debérmela a mí?” Y le contesté: “señor gobernador, resulta que la mayor parte de esa gente va a puestos de intendencia o de administración, y consideré que con tanto trabajo que usted tiene, no querría perder el tiempo en revisar los perfiles de esas personas, que son mínimos, pues no corresponden a puestos de alto nivel”. “No, doctor -me dijo. Usted tiene que saber que, en la política, todo aquel que entra al gobierno me lo tiene que deber a mí y no a ustedes”. Le sonreí y posteriormente le preparé una agradable sorpresa a mi jefe, el gobernador de Nuevo León.

Fue durante una reunión que se celebró en el Teatro Montoya, a la que lo invité, precisamente para la entrega de diplomas y de nombramientos, a la que don Alfonso, a quien le gustaba ser “el muerto en el entierro” y “el hombre prominente en cualquier asunto”, asistió con gusto, y allí le manifesté, frente a alrededor de mil personas presentes en el evento: “don Alfonso, en este acto, 800 personas aproximadamente van a recibir de usted, en propia mano, su nombramiento”. Él volteó, asombrado, y contestó: “Doctor, ¿800? Nos vamos a tardar mucho tiempo”, a lo que le repliqué: “Usted me dijo que quería que todo mundo le agradeciera y aquí están; se los traje para que cada uno le exprese su agradecimiento personalmente, así que nos tenemos que aguantar”.

Con resignación, pero sabedor de que estaba dándole la razón, don Alfonso tardó alrededor de cuatro horas en entregar los nombramientos, en un evento aburrido y en medio de un calor infernal, porque el teatro no tenía aire acondicionado; pero cada una de las personas que recibieron su nombramiento, le decía, porque así eran mis instrucciones: “muchas gracias, señor gobernador, a usted le debo mi trabajo”. Al terminar, don Alfonso me invitó a comer, y en la comida, riendo, me señaló: “doctor, me dio usted una lección, pero yo también le voy a dar una a usted; porque resulta que, en la política, a mí me gusta rodearme de generales, para ser yo el general de generales. Recuerde que yo soy el general de generales y que las últimas decisiones las tomo yo. Así que, de ahora en adelante, si usted va a nombrar a alguien, me hace el favor de avisarme para que la persona vaya al palacio a

expresarme su gratitud antes de ocupar su puesto”. Así era la política de un viejo eficiente y práctico, que además nos dejó múltiples enseñanzas.

La Secretaría de Salud. Nuestra visión

Después de haber tomado posesión y de llevar a cabo algunos cambios de personal, tanto en el área cercana como en la relacionada con el tema financiero, empezamos nuestro trabajo, respetando a los servidores públicos que tenían ya muchos años laborando en la dependencia y que representaban un acervo de experiencia que nos permitía aprender rápidamente el fenómeno de la salud pública y tomar las decisiones adecuadas que se requerían en una entidad que tenía resueltos algunos temas, por su aparentemente elevado nivel de vida, pero con múltiples carencias, principalmente en las áreas marginadas del área metropolitana de Monterrey.

Trabajando mano a mano con Juan Roberto Zavala, Arnulfo Treviño Cervantes y Eduardo Aguirre Cossío, fortalecimos un proyecto que tenía un marco administrativo de un conocedor del mundo laboral y sindical, el contador público Eloy González Canales, buen hombre, que fue muy importante por su apoyo generoso, y que nos brindó un servicio útil y discreto, ayudándonos, tanto en nuestra relación con el sindicato -que era muy poderoso-, como en el conocimiento de los pormenores de algunos factores de corrupción que incidían en los inspectores sanitarios, que, como todos sabemos, a veces recibían la característica “mordida” para no levantar una denuncia o para no imponer una sanción por alguna infracción cometida en el sector epidemiológico de la salud pública de la entidad.

Contamos también con la asesoría siempre presente, sobre todo en el campo de la política, de Roberto Moreira, quien se había alejado un poco por el desánimo que le causó el haber perdido la oportunidad de ser rector y conformarse sólo con asesorar a Piñeyro, pero se podía contar con él en algunos aspectos de nuestra relación con el gobernador Martínez Domínguez, quien era un zorro conocedor de todos los laberintos de la política y que, si bien no conocía mucho de medicina o de salud pública, sí defendía a capa y espada los intereses de los sectores obrero y campesino y el de las fuerzas sindicales. Don Alfonso, que había iniciado su trayectoria en el quehacer del ISSSTE y en los grupos sindicales, posteriormente en el PRI y luego en la Regencia del Distrito Federal, no era muy amante de proteger la salud como tal, si la misma protección implicaba sacrificar los intereses de los grupos do-

minantes, pues fue un político muy práctico, que nos dejó muchos ejemplos y enseñanzas en su paso por el gobierno del Estado.

Así inicié la lucha para quitar las pedreras del Cerro de las Mitras, y si bien todavía se conservan en la parte posterior, logré, por presión que ejercí cotidianamente, que don Alfonso negociara con los dueños de tales explotaciones, quienes con la extracción del material de construcción, sólo beneficiaban a unos cuantos; y de esa manera se terminó con la contaminación ruidosa que sufrían en forma manifiesta los habitantes de esa área de nuestra ciudad. También tuve muchos problemas para cerrar bares y cantinas, aun las que estaban muy sucias; el cierre de una de ellas me costó una regañada, no directamente del gobernador, porque él no lo hacía frecuentemente de esa manera, y respetaba mucho mi autoridad universitaria previa; sin embargo, al día siguiente de que cerré un bar que era controlado por la CTM, apareció en la prensa una serie de manifestaciones en contra mía, y yo, ingenuamente no sabía de dónde venían esas réplicas y esos ataques. Comentando el tema con un amigo personal, que en ese entonces era el director de Comunicación Social del Gobierno, un abogado oriundo de la Ciudad de México, quien luego de un tiempo murió en un accidente automovilístico, el licenciado José Hernández Piana, él me señaló: “no, Luis, es que con don Alfonso no te puedes poner a hacer esas cosas sin preguntarle; él me ordenó que pusiera en la prensa esos ataques contra ti, para pararte un poco y neutralizar tu personalidad individual, pues a él le gusta que lo tomes en cuenta para todo”. Una vez aprendida la lección, siempre confrontaba a don Alfonso con preguntar concretas, como: “¿Qué le parecería que sus hijos estuvieran expuestos a esto?” Y, “oiga, don Alfonso. ¿Qué le parece? Usted no se va a morir por tomar, porque nunca toma, pero sí se va a morir por fumar”, cosa que al final resultó cierta. Con esos comentarios, lo convencí de que se hicieran algunas iniciativas de ley en contra del tabaquismo, que en esa época era muy difícil que se aprobaran, aunque en la actualidad se han hecho realidad.

Pero cuando le toqué el punto clave al gobernador, fue cuando le propuse que estableciéramos unos centros de salud en las áreas marginadas, de manera prioritaria en los basureros, en donde vivían los llamados pepenadores, personas que se dedicaban a recoger basura, sustancias, instrumentos y todo lo que tuviera algún valor, en medio de un gran hacinamiento y una insalubridad terrible; y don Alfonso, que era muy visionario, aceptó la idea y autorizó un presupuesto por conducto de don Víctor Gómez, ese gran tesorero que tuvo Nuevo León, y nunca ha podido volver a tener uno igual, con una gran sensibilidad política, un enorme acervo financiero profesional y una

integridad a toda prueba. En esa forma, se me autorizaron unos recursos y durante los tres años que estuve colaborando con don Alfonso, construimos alrededor de 12 centros de salud comunitarios, situación que él se encargó de dar a conocer nacionalmente, señalando: “no se le olvide, doctor: en la política, cuando uno hace algo, debe cacaraquearlo, como las gallinas cuando ponen un huevo, y luego tiene que ponerse en el agua y salpicar el prestigio; y recuerde que a mí me gusta ser general de generales; yo soy el máximo general”. Con esas enseñanzas de lo que a don Alfonso le gustaba, como lo mencioné antes: “ser el muerto en los entierros”, trabajamos de acuerdo y logramos algunos avances importantes en cuestiones de salud pública.

Como nunca dejé mi presencia magisterial en el Hospital Universitario, cuando tenía dudas sobre algún tema, como en el caso de la epidemia de dengue, simplemente solicitaba ayuda, y les pedí su colaboración también a la Universidad de Texas y a la Universidad de Tulane en Nueva Orleans, para que los expertos en enfermedades tropicales cubrieran nuestras deficiencias con motivo de ese padecimiento endémico, que forma parte de las nuevas epidemias en las áreas calurosas o costeñas de nuestro país, y por supuesto seguí las recomendaciones del Departamento de Salud Pública de Houston, de fumigar a lo largo de lo que llamamos el Cañón del Huajuco, o sea, la entrada de los vientos dominantes que llegan de Tamaulipas a través de la zona naranjera de Montemorelos, Linares, Allende y Villa de Santiago, pero don Alfonso me paró en seco; me espetó una crítica, diciendo: “mire, doctor, ya no me siga fumigando esa zona, no importa lo que digan sus teóricos, porque va usted a matar todas las abejas de los apicultores”, que en efecto eran los productores de la miel de abeja que tenía una gran fama en el país, y agregó: “mire, prefiero que se mueran de dengue a que se mueran de hambre, así que párele a sus fumigaciones”. Como ya había hecho las fumigaciones preliminares, bajo mi tesis de que es mejor pedir perdón que pedir permiso, logré, con una organización comunitaria, detectar los casos de dengue, y fumigar alrededor de esos lugares, para evitar que el mosquito, que es de vuelo corto, pudiera transmitir la enfermedad y propagarla a otras áreas. Así me anoté un éxito parcial.

Durante mi gestión en esa dependencia, tuve, como lo he mencionado, el apoyo de Leonor Rodríguez Capetillo como secretaria, lo que me permitió, gracias a su celeridad taquimecanográfica y a su excelente ortografía, colaborar en los medios periodísticos del Estado y del país, participando diariamente en el periódico *El Norte*, con artículos sobre aspectos políticos y costumbristas, y como lo había hecho en la universidad previamente, siempre

que alguien me criticaba porque estaba haciendo un análisis del gobierno que no le parecía conveniente, yo le contestaba con una frase que he utilizado reiteradamente y que dice: “a mí me compra el gobierno mi tiempo, pero no me compra mi conciencia”. Es decir, cuando hay una ambivalencia entre lo que debo hacer como funcionario o lo que tengo que hacer como médico o como educador, siempre escojo lo segundo, porque eleva mi autoestima y aumenta mi generosidad interna, lo que me permite sobrevivir dentro de mi conflictiva personal.

Una vez que restablecimos los canales de comunicación y logramos apaciguar al sindicato, mi vida en la Secretaría de Salud fue más tranquila, por lo que decidí continuar con mis actividades de investigación clínica en el Hospital Universitario e iniciar mis autoenseñanzas sobre la Resonancia Magnética Nuclear, que ya en esa época había desarrollado un amigo mío, así como a establecer relaciones con científicos norteamericanos brillantes y premios Nobel, como fue el caso de Albert von SzentGeörgyi, para realizar investigaciones sobre el cáncer y otras enfermedades; en fin, el mundo médico, que ha sido siempre el salvaguarda de mi quehacer creativo, nunca me abandonó, y desempeñando mi trabajo como secretario de Salud, combinaba fácilmente mis conocimientos médicos con aquéllos de orden político y de salud pública.



Con el Gobernador Alfonso Martínez Domínguez.

yo estoy muy contento donde estoy”; “sí -replicó don Alfonso-, pero yo no estoy contento con que el Distrito X Federal de San Nicolás esté en manos del PAN, porque yo creo que el PAN no debe ganar ni una diputación, ni una alcaldía; es más, si por mí fuera, ni una regiduría”. Ésa era la tesis de arran-

Todo iba muy bien en la Secretaría de Salud y estaba contento porque había logrado impregnar de mi vitalidad a algunas áreas que “estaban dormidas “, por lo que me sentía satisfecho, hasta que un día me citó don Alfonso Martínez Domínguez en su oficina, y me dijo: “oiga, doctor: usted ya cumplió su ciclo en la Secretaría de Salud y ahora lo necesito para que sea diputado federal”; yo, asombrado, le respondí: “don Alfonso,

que de don Alfonso, y luego insistió: “usted acaba de ganar el campeonato de fútbol con los Tigres, y tiene mucho prestigio en la comunidad; además, en la universidad todavía se acuerdan mucho de su obra y es un candidato ganador para el distrito en donde está ubicada la universidad, que es el de San Nicolás, que ahora está en manos del PAN”.

Sin salir de mi asombro, no pude más que decir: “bueno, don Alfonso, pues ésa es su decisión; a mí no me gusta mucho la política del PRI, pero sí creo en su ideología y estoy encantado de atender sus indicaciones; dígame cuándo debo entregar”, y en ese momento apareció la sonrisa festiva y ganadora de don Alfonso. “Cuenta con todo mi apoyo -me dijo-, vaya a hablar con Ricardo Canavati, que es el alcalde de San Nicolás, para que le proporcione recursos para su campaña, pues quiero que me recupere ese distrito, y usted seguirá contando con mi amistad y mi apoyo”; y todos esos jeroglíficos verbales que los políticos utilizan para decir cosas sin que se entiendan bien pero que se entiendan lo suficiente para saber qué es lo que quiere el hombre del poder. Posteriormente, ya enterado por el gobernador Martínez Domínguez de que me había seleccionado para ser candidato del PRI a diputado federal por el X Distrito de San Nicolás de los Garza, empecé a planear mi salida de la Secretaría de Salud y a incorporar a gente de confianza para la planeación de la campaña.

Dado que el gobernador tenía una buena impresión del doctor Amador Flores Aréchiga, quien había sido rector interino de la universidad durante un mes y medio, después de mi salida de la Rectoría, se me informó que mi buen amigo Amador, miembro del grupo de la llamada “Bata Blanca”, había logrado seducir al gobernador; dados los conocimientos previos que tenía de un proyecto universitario de salud, que iniciamos durante los últimos años de mi rectorado, con el apoyo de la Fundación Kellogg, y era la persona designada para suplirme. Con la característica clásica de un rostro adusto y una actitud polémica, pero con una dosis de preclara inteligencia, Amador representaba una personalidad muy interesante, tanto en el ámbito universitario como en el del servicio público.

Durante mi gestión como rector de la universidad, Amador se había encargado principalmente de las relaciones laborales, pero sobre todo del enfoque político con el sindicato y con sus miembros, que no sólo representaban una organización gremial sino que eran producto de un sistema bien establecido por el Partido Comunista para la formación de cuadros, en el cual se incluía por supuesto, como parte de su proyecto de poder, el control de

sindicatos universitarios, como el que también existía en la Universidad Nacional Autónoma de México y en otras instancias del país, algunos más radicales que otros. Amador es un médico de origen tamaulipeco, que tiene una característica fundamental en su vida personal, pues es austero, pero sobre todo goza de la ventaja de ser abstemio, ya que no bebe una gota de alcohol; pues de niño sufrió, ese hecho lo dejó marcado permanentemente con una aversión al complejo y siniestro mundo del alcohol, que si bien representa un fenómeno costumbrista y además da satisfacciones inmediatas, todos sabemos que en el fondo produce trastornos de personalidad y alteraciones de la conciencia, lo que dificulta en algunos casos la toma de decisiones, aunque en otros los hace más lúcidos.

El doctor Flores Aréchiga fue siempre una figura importante en la universidad, durante mi trayectoria como rector, ni duda cabe; su gran capacidad polémica, su fortaleza, su carácter y su inteligencia, reitero, formaron parte de la estrategia de una “Bata Blanca” que se revolvía entre diferentes formas de ver la vida, pero con un objetivo común, que era el de darle a la universidad su valor fundamental en sus objetivos básicos, pues tanto Alfredo, como Roberto, Amador y yo, creíamos en la universidad y en sus fenómenos académicos y, por lo tanto, respetábamos y protegíamos las características indispensables que debe tener una institución educativa, como son las de fortalecer el conocimiento, difundir la cultura, proyectar hacia la sociedad los beneficios de la profesionalización y también los derivados de conservar su conciencia crítica ante la comunidad. Sin embargo, durante toda su trayectoria en los puestos que ocupó, a veces se ha acogido a un grupo de entusiastas a su lado, pero ha tratado con desplantes, frialdad y despotismo a quienes no le son afines; además, su personalidad, que es realmente grandilocuente y con una gran capacidad de liderazgo, se pierde a veces en la falta de reconocer valores ajenos, cuando, por una posición determinada, sacrifica algunas formas elementales que se presentan en la búsqueda del poder. Amador fue un buen jefe de los Servicios Coordinados de Salud Pública en el Estado durante el tiempo que desempeñó esa función; implantó programas sociales nuevos, afines a los que tenía en la universidad, y les dio seguimiento a algunos proyectos que nosotros habíamos establecido; pero su forma personal de tratar a los seres humanos le impidió ese brillo que merecía, por lo que el siguiente gobernador, Jorge Treviño, ya no le dio ninguna opción de desarrollo institucional.

Con una gran tristeza en el corazón, me despedí de mi importante puesto en el área de la salud, pero fugaz en el quehacer político circunstancial,

y me encaminé hacia un terreno desconocido; todo por supuesto, con el premio del campeonato de los Tigres, que habíamos ganado al Atlante en 1982, que fue el segundo de Liga y el tercero en total de aquellos en que me tocó participar como presidente de los Tigres de la Universidad Autónoma de Nuevo León. También habíamos ganado dos campeonatos de fútbol americano, y todo eso había beneficiado la autoestima social de la universidad, de lo cual he hablado previamente, y así, con la ayuda de José Manuel Pérez Sáenz, Homero Santos, mi compadre Roberto Moreira y muchos de nuestros exalumnos de la Facultad de Medicina, como el caso de Francisco Medellín, quien posteriormente me traicionó; pero eso forma parte del ritual normal, que, como decía Napoleón Bonaparte, tenemos los que hacemos muchos favores, y que, al final de alguna circunstancia, nos encontramos con tres tipos de malagradecidos: los primeros son los olvidadizos, los que dicen: “no me acuerdo de que tú me hayas hecho un favor”; los segundos son los soberbios, que señalan: “tú no me hiciste ningún favor; yo me lo merecía”, y los terceros, que son los peores, son los rencorosos, porque dicen: “¿Por qué chin... me hiciste favores?; me hiciste sentir mal, y desde entonces te odio”.

En mi vida he encontrado de los tres tipos de malagradecidos, pero los más ingratos son los que, en efecto, sufrieron una especie de insulto al recibir un favor o una atención en la búsqueda de un trabajo o en la solución de un conflicto o simplemente el perdón por haber cometido algún error; de estos últimos tengo muchos ejemplos y uno de ellos quizá sea el de Francisco Medellín, a quien le tuve particular cariño, porque tiene una esposa maravillosa, y que cuando llegó a la Oficialía Mayor de la Secretaría de Educación, simplemente me borró de su memoria; todo, por supuesto, con la ventaja de que él se hizo millonario, y yo sufrí seis años de mi vida muy difíciles durante el posterior régimen estatal de Fernando Canales, del que hablaré en otra ocasión; pero bueno, esos son gajes del oficio y hay que olvidarlos.

Así empezó una nueva fase de mi carrera; y, como decía Arturo de la Garza, hermano de Lucas: “ahora sí, Luis, vas a tomar tu maestría, pues tú siempre has querido ser gobernador y no puedes ser gobernador si no tomas la maestría que la diputación federal implica”; y tomé mi maestría como diputado federal; fui presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología, pero no pude obtener el doctorado de gobernador, porque la vida da oportunidades pero no da certidumbre, y además, como lo he señalado frecuentemente: “en la política, en el amor y en el fútbol, no siempre gana el mejor sino el que está en el área y mete los goles”.

Olinalá y casa de abajo. Y continúa mi vida personal

Durante esa época, y previamente, nosotros habíamos vivido -me refiero a mi familia y a mí-, fundamentalmente de los ingresos salariales convencionales y fuimos auxiliados por una venta de acciones, que gradualmente hice, de la compañía Fonar Corporation, que era aquella que había diseñado e implementado mi amigo Raymond Damadian, el inventor de la resonancia magnética nuclear, y que en un momento dado tuvieron un incremento extraordinario, lo que me permitió acumular algunos recursos para, al margen de mi desastrosa administración económica, dar cierta estabilidad a mi esposa y a mis hijos, y no tener la ansiedad que siempre da el estar pendiente de pagar las colegiaturas o las mensualidades de los autos, los gastos de la casa o los viajes, que forman parte de la problemática de la economía familiar.

En ese tiempo, mi esposa quería cambiarse de donde vivíamos, una modesta casa en Colinas de San Jerónimo, que nos resolvía los problemas, pero estaba en una ubicación que no era lo que usualmente las jóvenes esposas quieren para tener un estatus social. Ella insistía en que, como yo había vivido en la Colonia del Valle durante mi primer matrimonio, ella también quería vivir en esa área, por lo que empezó a buscar por esa zona, y como es muy persistente, tenaz y tozuda para conseguir lo que quiere, al fin encontramos una casa muy agradable, que es en la que todavía vivimos, y que pertenecía a Rafael Adame, un prestigiado arquitecto oriundo de Linares, artista, que había diseñado para él una pequeña casa con un estilo muy *sui géneris*; con amplios espacios en la sala y el comedor, gran altura y unos balcones que se asoman a la sala; y por el otro lado da lugar a unas salidas en el segundo piso donde hay tres recámaras y una pequeña estancia; tiene toda una estructura



Con José Luis Cuevas

de madera en la zona interior y nos resultó muy atractiva desde la primera vez que la vimos, por lo que de inmediato cerramos el trato y a partir de allí fue nuestra casa y la última que probablemente vayamos a tener, a la que después, y ante la insistencia de Elvira, agregamos el terreno de la parte de atrás, que compramos para integrar un área de aproximadamente 1,000 metros cuadrados, en donde se ubicaron

estratégicamente, gracias al mismo arquitecto, una alberca, una biblioteca y un estacionamiento. En esa casa, que se ha ido llenando gradualmente de recuerdos, de piezas artísticas y de algunas cosas que compramos en nuestros viajes, es donde se han desarrollado mis actividades fundamentales, exceptuando cuando he estado fuera de Monterrey, en una de cuyas ocasiones, la rentamos a un grupo de empresarios y después la recuperamos y la volvimos a remodelar, y en ella se han llevado a cabo fiestas con interesantes personajes, como el expresidente Carlos Salinas de Gortari, exgobernadores de Veracruz y de Nuevo León, artistas como Agueda Lozano, José Luis Cuevas y Raúl Anguiano; intelectuales como José Emilio Pacheco, Emilio Carballo, Guadalupe Loaeza entre muchas otras personalidades. Todos ellos y un sinnúmero de políticos y de grandes personalidades han recibido en ella las finas atenciones de Elvira, que tiene una gran habilidad para atender y diseñar buena mesa y un buen ambiente para, a través del calor social, generar una serie de relaciones, algunas circunstanciales y otras permanentes.

En esa casa y durante el tiempo a que hago mención, nacieron Isabella y Carolina, y por supuesto Rodrigo pasó sus primeros años junto con Lucía, que nos había acompañado en diversas casas modestas que tuvimos que rentar durante mi estadía en la universidad, y siempre, durante nuestra estancia en ese hogar, nos acompañaron dos fieles colaboradoras que cuidaban a los niños: Vero, una mujer joven de una gran ternura y Conchita, la famosa Conchita, excelente enfermera, que con dulzura y ex-



Conchita, excelente enfermera,
con mi bella hija Isabella.

quisitez en el trato a nuestros hijos, formó parte de la protección, salvaguarda y seguridad de los niños, la que hay que tener cuando uno tiene una vida tan agitada con un torbellino de compromisos, viajes y factores colaterales a las posiciones administrativas y políticas públicas que he ocupado.

Por supuesto que de esa época en la Secretaría de Educación recuerdo a muchos amigos, algunos de ellos exalumnos míos, que por mi instinto natural de estar en contacto con la juventud, protegía y apoyaba para que obtuvieran alguna beca, y que formaban parte de toda una interrelación importante que nunca me ha faltado, porque si alguna cualidad he tenido es rodearme de gente joven, para aprender de ellos y no estar en la soberbia de una vejez hecha estatismo sino más bien de una vida cambiante, dinámica y

adaptada a las nuevas circunstancias del cambio histórico y de la velocidad contemporánea.

Sobre mi pequeño refugio en Olinalá

Durante mi época de rector, casi al terminar la gestión, y tomando ventaja de mis relaciones públicas, logré que la empresa Hojalata y Lámina me otorgara un descuento importante y también la empresa Ladrillera Monterrey, y así logré construir una casa, en un terreno que había comprado en Olinalá, desde que era médico activo dentro del grupo del Centro de Especialidades Médicas. Se trataba de dos propiedades: un terreno de 2,000 metros cuadrados, y otro en la parte posterior, casi de la misma dimensión; éste último tuve que venderlo durante mi penuria económica cuando regresé de París, pero siempre conservé el primero, en donde el ingeniero Joel González me construyó una casa, muy bonita externamente, poco funcional, pero muy agradable, enmarcada en un bosque donde hay álamos y algunos pinos que adquirí y donde se me permitió construir una cancha de tenis, porque era mi deporte favorito en ese tiempo, que por cierto fue la última que permitieron que se construyera en ese sector; en esa área plantamos árboles y plantas de ornato, y creamos un jardín muy atractivo, que Gerardo Martínez, un artista hecho arquitecto, amuebló y llenó de pequeños detalles, que le dan un ambiente muy cálido. Tenemos también una muy buena cava, que yo alimentaba gradualmente con algunos vinos que adquiríamos en la frontera o que habíamos enviado desde París, en los años en que fungí como embajador ante la UNESCO en esa ciudad.

Esa pequeña cabaña, como la llamamos, todavía existe y tiene en la parte superior dos recámaras, una estancia y una sala, y en la parte inferior, otra área; en fin, es muy vertical y tiene un techo de dos aguas, una pequeña entrada de piedra, y todavía conserva un ambiente romántico; ha sido muy importante en mi vida, porque me ha permitido un refugio cuando he tenido crisis, tanto afectivas como administrativas o derivadas de la decepción por ciertas deslealtades, o al no sentirme realizado en mis actividades por la incompreensión externa; en fin, es como un refugio que también forma parte de hermosos recuerdos y de grandes fiestas que allí se desarrollaron, pues en ella han estado personalidades como don Alfonso Martínez Domínguez, ya que allí nos juntábamos a planear algunas estrategias políticas durante mi estancia en la Rectoría, y posteriormente invitamos a personajes como Pelé y a algunos colegas de la Ciudad de México, que estaban en el mundo político y a quienes les agradaba ir a pasar unas horas de esparcimiento.

Todo lo aquí descrito, por supuesto que es sólo material pero forma el marco de vida de tu instinto de propiedad que es consustancial a tu estructura básica del vivir, porque compensa la incertidumbre de la vida misma; sin embargo ahora se demuestra que más importante fue el hogar propio en el área urbana que forma tu espacio cotidiano; en fin, mis casas ahí están y fue bueno que no pueden hablar, porque tendría miedo de lo que podrían contar.

La campaña para diputado federal

Con el entusiasmo de entrar a un territorio desconocido pero con la energía vital y la creatividad heredada de mi participación política en la universidad, tomé con entusiasmo esa nueva oportunidad que don Alfonso, con toda picardía, me había ofrecido, para solucionarle un problema que era el de su frustración, que hacía pública, de saber que un distrito importante del área metropolitana, el X Federal de San Nicolás, había sido ganado previamente por el Partido Acción Nacional, ya que ese partido tenía alcaldes y ahora había lanzado como candidato a uno de sus místicos miembros, el prestigiado ingeniero Prieto, quien además tenía mucha ascendencia en la comunidad. Sin embargo, el viejo político colmilludo sabía de mi buen prestigio en la universidad, de mi reconocimiento popular por los triunfos de los Tigres de Fútbol Soccer, así como de mi carisma personal en el ámbito deportivo, por lo que “mató dos pájaros de un tiro”: por un lado postulaba a un candidato ganador, y por el otro se quitaba de encima a un funcionario criticón y un poco desobediente, como era mi caso particular.

Para consolidar la campaña, ingresé en el mundo de la realidad, que es el mundo del poder político, en el que ya no había mucho romanticismo universitario y en donde ni el carisma académico ni el deportivo ayudaban para las maniobras personales que se requieren a fin de hacer concurrir diversos intereses, pues en una campaña de esa naturaleza y en esa época, había que estar bien con el alcalde, que era un avezado político, que además había tenido serias diferencias conmigo durante mi estancia en la universidad, el licenciado Ricardo Canavati, quien posteriormente se convirtió en un excelente amigo y, sin quererlo, en un maestro del realismo político del país. Además, había que tomar en cuenta al sector obrero de la CTM, al grupo del doctor Roberto Campos, que controlaba una gran parte política del PAN, y muchos otros factores, que hacían de San Nicolás un municipio difícil, ya que, por un lado había control sobre los ex-empleados de Cervecería en la llamada

Colonia Anáhuac, y por el otro, había muchas áreas marginadas que tenían, digamos, inclinación por el PRI, amén de que también allí había influencia del grupo recién creado por Alberto Anaya, en el Predio Tierra y Libertad.

Para organizar la campaña recurrí, como siempre, a mi compadre Roberto Moreira, a quien le encargué el proceso político propiamente dicho, de preparar la evolución electoral; de atender, con su preclara inteligencia, los aspectos políticos y de asesorarse con abogados en esa rama, así como establecer la formación preelectoral para que, el día de las elecciones, estuviera en las casillas la representación adecuada, y con la ayuda de nuestros amigos universitarios, pudiéramos realmente hacer frente a la existente organización del PAN, que había demostrado su eficiencia, pues habían ganado las elecciones previas y con el ingeniero Prieto, ellos tenían, decían, asegurada la permanencia en el poder ante la representación federal en ese municipio eminentemente panista. Roberto, con su gran habilidad y su característico cinismo, simplemente se encargó del diseño electoral y se comunicó conmigo para exigir lo primordial en este tipo de procesos electorales: el recurso financiero; el maldito dinero, que es la fuente de todos nuestros males, y en esa ocasión, también fue la fuente de algunos conflictos que quisiera comentar y que tenían que ver con nuestra relación con el alcalde.

Por indicaciones de don Alfonso, fui a visitar a Ricardo Canavati, quien, como buen político, me ofreció todo su apoyo, se mostró muy prolífico, muy activista en mi favor, y además me señaló que nos iba a ayudar económicamente, para lo cual nos dio un apoyo original. Esos recursos, que Ricardo sabía eran su fuente de poder, nos los fue entregando posteriormente a cuentagotas y en medio de un sinnúmero de sinsabores, originados tal vez porque Ricardo no olvidaba todavía algunos encuentros no muy agradables que habíamos tenido en un artificial conflicto, pues él manejaba, y fue el gestor del nacimiento del organismo que se conoce como Fomerrey, lo que hizo con mucha habilidad, y yo, por indicaciones del presidente Echeverría, había tenido que “meter mis narices” en Tierra y Libertad, que era un área también de exposición a los objetivos de Fomerrey; es decir, estábamos en territorios con objetivos comunes y por lo tanto habíamos tenido algunas diferencias. Además, con su gran habilidad política y sus excelentes relaciones con la prensa, de vez en cuando hacía sentir su poder para debilitar mi imagen personal, al menos éstos eran los comentarios que me hacía Roberto, mismos que yo, con mi capacidad conciliadora y mi ausencia de centro del rencor, olvidaba rápidamente, pero quizá Ricardo no los había olvidado.

No obstante, las cosas evolucionaron bien desde el punto de vista de la simbología de la campaña, que era la organización, los mítines, los discursos y sobre todo algunas reuniones en las que me hacía acompañar de algunos jugadores de los Tigres campeones, que le daban un toque deportivo y triunfador al evento, lo que lo hacía más atractivo y les recordaba subliminalmente que yo había sido el presidente del equipo campeón de Fútbol Soccer e indiscutiblemente que la parte creativa y estratégica de la campaña fue alimentada por la enorme dosis de entusiasmo y de nuevas ideas que caracteriza la mente privilegiada de José Manuel Pérez Sáenz, exlíder sindical del Partido Comunista y de la universidad, ahora mi amigo, porque juntos habíamos creado en la universidad el Departamento de Comunicación Audiovisual y habíamos hecho muchas cosas valiosas basadas en el apoyo que yo le había otorgado, y en la gran capacidad creativa de este personaje, quien hasta la fecha continúa brindándome su amistad y una original entrega emocional. Así se inventaron canciones, los llamados jingles, y hasta un hombre con un mural sobre la espalda; en fin, nos divertimos extraordinariamente durante la campaña y logramos penetrar rápidamente en el ánimo de los electores.

Sin embargo, un día determinado, por un accidente del destino, yo, para evitar estar lejano de los asistentes a un mitin, adelanté mi silla para dar una imagen popular, pero según me di cuenta después, al hacer eso, desprecié a la candidata a diputada local que me acompañaba en ese momento, que era una dama buena pero también de raíces políticas, quien se sintió ofendida con esa situación y de inmediato fue a quejarse con Ricardo sobre ese incidente; esa situación pasó desapercibida para mí, pero un día eso hizo que ella explotara y me sacara de balance. Me refiero a que Ricardo, informado equívocamente de mi actitud, por la diputada, se molestó y tomó una actitud agresiva conmigo durante una visita del presidente López Portillo. Pasada la crisis, Ricardo se dio cuenta de que había magnificado el problema, me buscó en la Unidad de Resonancia y allí hablamos durante cuatro o cinco horas, hasta que él me dio una gran lección, pues de un contrasentido figurativo nació una gran amistad.

Así se celebraron las elecciones y le gané por amplio margen a Luis J. Prieto; sin embargo, al día siguiente tuve la sorpresa de que los 46,000 votos se habían convertido en 60,000, y molesto, fui con don Alfonso y le reclamé, porque no había necesidad de eso, a lo que me contestó, con su habitual parsimonia: “Eso fue sólo para que me la deba y le sea fiel al sistema”.

La diputación federal

La Legislatura LXII, de la que formé parte como diputado federal, tuvo su sede en un nuevo, amplio y hermoso edificio, que sustituía al tradicional e histórico recinto de la Avenida Donceles, en el centro de la Ciudad de México, el cual había sido testigo de todas las peripecias posrevolucionarias y del nacimiento de la gran república que tiene consolidada su estructura constitucional en Querétaro, pero que, trasladados los poderes a la capital, estableció en Donceles el centro parlamentario de la Cámara de Diputados. Ese lugar, que actualmente es ocupado por la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, es un recinto de la época neoclásica porfiriana, llamémosle así, pues tiene recuerdos arquitectónicos franceses y está ubicado dentro de la corriente que el presidente Porfirio Díaz dejó entrar a México gracias a la influencia y a la admiración que él sentía por Francia.

El nuevo edificio era más funcional y se respiraba en él un ambiente con cierto grado de compromiso y responsabilidad; pero, como estaba en la fase final de construcción y algunas áreas no estaban totalmente terminadas, se percibía una especie de actitud de transición, de seriedad republicana hacia un ambiente festivo y de gran comunicación entre los diputados, al margen del partido político al que pertenecían. Las oficinas todavía no se instalaban allí, porque el edificio estaba aún en fase de integración, sino que fueron ubicadas provisionalmente cerca de la Avenida Reforma, colindantes con un hotel denominado Casa Blanca, y allí, en ese edificio, se llevaban a cabo las reuniones de las comisiones y se practicaban los estudios de las iniciativas de ley que se deseaba promulgar.

En las primeras sesiones se analizaron caso por caso las elecciones, y casi en todas ellas había una actitud contestataria por parte del Partido Acción Nacional y del Partido Comunista, que en esa época estaba muy bien representado por intelectuales y personajes que le daban a las reuniones un ambiente verdaderamente democrático, como el caso de Rolando Cordera y Herguenson. En cuanto al PAN, había más que todo una actitud crítica de observar, ya que todos y cada uno de los diputados teníamos que pasar el trago amargo de los novatos como yo, de la calificación, y posteriormente el aplauso, y la bienvenida, cuando esta última era otorgada. A mí me tocó como defensor de oficio José Carreño, escritor y periodista, que en ese tiempo conocía bien los pormenores de la Cámara de Diputados y había sido seleccionado por el líder Humberto Lugo Gil, quien con su ayudante cotidiano, el actual y combativo veracruzano Miguel Angel Yunes, era realmente

nuestro jefe y por allí pasaban todas las llamadas consignas del presidente, para que tuviéramos nosotros la mayoría consiguiente y se tomaran las decisiones acordes con el Poder Ejecutivo.

Al nombrarse los integrantes de las comisiones, algunos nuevoleonenses fuimos seleccionados para ocupar puestos importantes, como: Jorge Treviño, quien fue presidente de la Comisión de Hacienda; Ricardo Cavazos, vicepresidente de la Comisión de Programación; Alberto Santos, en el área de Industria y Comercio, y yo, en una comisión recién instalada en la legislatura por Beatriz Paredes, que se denominaba Comisión de Ciencia y Tecnología, y quizás por influencia de don Alfonso Martínez Domínguez o porque no había mucha tela de donde cortar, fui nombrado presidente de esa comisión, siendo el vicepresidente un oaxaqueño muy simpático y muy bronco, que siempre se me atravesaba, porque él consideraba injusto que fuera yo el presidente de esa comisión, por mi poca experiencia, porque él tenía mayor presencia política en su Estado natal; pero, la diferencia era obvia, pues yo sí tenía un antecedente académico a través de la universidad, que me daba prestigio y le daba a esa comisión un dejo de seriedad.

En la Cámara de Diputados, y ya en ejercicio de nuestras funciones, me divertía, no por las iniciativas que se discutían, porque ya sabíamos el final que iba a tener cada una de ellas, y entre bostezos y aburrimiento, soportábamos unos largos y tediosos discursos críticos en adjetivos y otros hasta con tono hiriente, pero siempre respetuosos, pues las fórmulas de discusión más bien eran una excusa para los medios de comunicación, sobre todo en el caso del Partido Comunista, que sabía que, dada su minoría, no tenía ninguna posibilidad de acceso a la toma de decisiones real, por lo que utilizaba la tribuna un poco en forma barroca, para sus discursos y para pronunciamientos conceptuales, pero con poca eficiencia;



En la Cámara de Diputados.

no así el Partido Acción Nacional, que sí tenía una minoría mayor, y entonces negociaba y trataba de infiltrar algunas iniciativas a la mayoría priísta; y con la firme prestancia, seriedad y prudencia que caracterizaba a su líder, quien además hablaba poco y ordenaba a través de su secretario particular, se llevaban a cabo las largas y a veces grandilocuentes discusiones sin término real o beneficio para la nación.

Yo estaba contento, porque mis compañeros de Nuevo León eran gente valiosa, y con ellos me divertía en forma mayúscula, sobre todo con Juventino González Ramos, un político simpatiquísimo, que había sido secretario particular de Livas y había ocupado posiciones políticas importantes, quien se pasaba el día criticando a todo aquel que le pasara por enfrente; y cuando uno, por ejemplo, iba al baño, había que tener cuidado porque en ese momento soltaba una acre y amarga ironía, siempre humorística, hacia esa persona; otro de mis compañeros era Alberto Santos de Hoyos, empresario prominente de nuestro Estado, con el que me había relacionado en mi época de rector, ya que gracias a él pudimos recuperar e institucionalizar un poco la comunicación con Tierra y Libertad; aunque posteriormente se convirtió en un político siempre desubicado de una realidad en la que él no podía ingresar, porque, a pesar de su gran sensibilidad social, Alberto no negociaba mucho en términos de su propio juicio moral, y se convertía a veces en un autocrítico partidista y en una persona a quien el mismo líder temía, porque estaba totalmente fuera de control, ya que sólo obedecía a sus principios; él quería realmente hacer las cosas bien por su país, y no entendía que, aparte de lo que debía ser, nosotros sólo podíamos alcanzar, en esa época, lo que podía ser. No obstante, el romanticismo de Alberto, su enorme dosis de simpatía, su carisma y principalmente su vinculación empresarial, le daban una gran fortaleza y una imagen excepcional, por lo que desde entonces a la fecha ha sido un hombre muy respetado y un empresario con sensibilidad social, que en la actualidad se dedica fundamentalmente a labores de filantropía.

También conviví con Jorge Treviño, quien, siendo amigo personal del presidente Miguel de la Madrid, había sido seleccionado para ganar un distrito rural, sencillo y para ocupar posiciones importantes en la Cámara. De la Madrid nunca olvidó que Jorge había vivido en su casa, y lo unía a él una gran amistad, lo que hizo que lo fuera proyectando gradualmente a través de un área muy promocionada, en la que Jorge es un experto, como lo es el tema fiscal y hacendario, todo hacia lo que fue después su consolidación mayor y su triunfo para ser gobernador de Nuevo León, en donde desarrolló

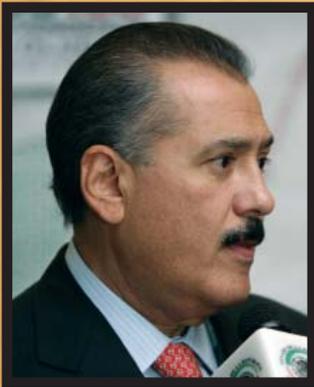
un gobierno verdaderamente trascendente en obra y muy humano, con un gran acervo cultural y una profunda visión de carácter político-conceptual, con rituales un poco emanados de su formación francesa, pero siempre con una gran autenticidad y honestidad profesional.

Otro compañero con quien me trenzaba en discusiones interminables es Ricardo Cavazos, economista egresado de la Universidad de Nuevo León; brillante profesionista, experto en temas de los que yo realmente conozco poco; sin embargo, dada mi capacidad de rápido aprendizaje y mi interés por todo y por intervenir en todas las discusiones, protagonizábamos complejos y prolongados conflictos verbales, sobre todo cuando existían algunas bebidas alcohólicas de por medio, con la festividad y los comentarios de nuestros compañeros. También estaban en esa cámara otros colegas de la CTM y representantes del sector agrario, que eran más tranquilos y sencillos que nosotros, y no se entremezclaban mucho en nuestra vida profesional y social, no así Alberto y yo, que cuando nos aburríamos, nos íbamos a jugar tenis al Hotel Camino Real, en donde él me demostraba su combatividad en ese deporte; pero como yo practicaba casi a diario ese deporte en la cancha que tenía en mi casa, le ganaba; allí pude constatar que Alberto era un verdadero luchador, y no le gustaba perder. Eso dio lugar a una gran amistad que todavía permanece y que se cristalizaba junto con los otros colegas en las reuniones que teníamos a veces, cuando terminábamos temprano nuestras actividades, en los restaurantes de la Zona Rosa, como el Bellinghouse u otros establecimientos ubicados en esa área, en donde comíamos y nos pasábamos alegres y festivas tardes, discutiendo, para luego ir a terminar con nuestros huesos en el hotel Casa Blanca, en donde, por la cercanía de las oficinas, estaba nuestra residencia profesional.

Las sesiones eran prolongadas, pero sólo sesionábamos tres meses dos veces al año, y eso nos permitía, al terminar temprano los viernes, regresar a nuestro terruño a pasar el fin de semana con la familia o haciendo labor política de naturaleza distinta a nuestras labores parlamentarias. Sin embargo, como había dicho mi buen amigo Arturo de la Garza, esa presencia en la Cámara fue como una maestría política para mí, ya que aprendí cómo se lanzaban las iniciativas, cómo el presidente mandaba a sus secretarios o subsecretarios a dialogar con nosotros para explicarnos el origen de las mismas, y también reconocí que aunque siempre se decía, no existían las consignas presidenciales, la verdad es que los mismos diputados nos hacíamos pasivamente responsables de la opresión aparente, pues con frecuencia, cuando se lanzaba una iniciativa de ley, nosotros íbamos a preguntarle al líder cuál era

la línea, en lugar de que hiciéramos caso omiso a la aparente línea y discutiéramos con base en nuestro criterio personal y experiencia.

Todo eso me hizo pensar en algo más profundo, que era que, en esa época, dada la naturaleza y la inercia del PRI, los priístas en realidad no estábamos sujetos a reglas totalitarias sino que estábamos siendo cómplices de una actitud de esperar que un mensaje superior nos enseñara el camino a seguir. Esa actitud borreguil formaba parte de una cultura política, ya que desde la posrevolución se había consolidado la actitud de un presidencialismo extremo y un temor a contradecir la decisión presidencial, porque si bien la revolución significaba la muerte, en la posrevolución eso significaba la muerte política, ya que de un sexenio a otro se comunicaban las aparentes deslealtades y los personajes o actores de la política quedaban al margen de la lucha por el poder.



Manlio Fabio Beltrones,
compañero de legislatura.

Tuve otros compañeros muy prominentes, como Genaro Borrego, quien posteriormente fue gobernador de Zacatecas; Manlio Fabio Beltrones, quien anda todavía tratando de husmear la candidatura presidencial, y en fin, un sinnúmero de recuerdos y vivencias de esos tres años de lucha entre nosotros mismos y en contra de nosotros mismos, para ir fortaleciendo los conocimientos de la política real de México. La diferencia con otros diputados era que cada uno de los que Martínez Domínguez había seleccionado para ocupar un escaño, teníamos un oficio, un beneficio y una capacidad de participar en las áreas técnicas que establecían los conceptos profundos y permanentes de las leyes; así, entre un poco de técnica, un poco de política y algo de autodisciplina, pasaron los años con gran velocidad y fuimos testigos y partícipes de eventos importantes, entre los que recuerdo con particular asombro la Nacionalización de la Banca por López Portillo, quien hasta lloró, y habló del orgullo de su nepotismo, y así recuerdo hechos nostálgicos de él, quien fue un hombre brillante, culto y profundo, pero enmarcado en un ambiente familiar que le mostraba, al margen de su gran capacidad intelectual, una gran debilidad emocional y sobre todo un gusto imperial por las mujeres, lo que debilitó su oportunidad histórica y le dio una imagen de frivolidad que seguramente él no quería, pero que sufrió al encontrarse con un ambiente en donde la adulación hizo que el presidente empiece a sentirse una deidad; y

en el que, dada su capacidad de recordar la historia, seguramente se imaginó ser un César romano o un visionario que iba a cambiar el país; y si bien al principio así parecía, posteriormente su régimen fue un fracaso económico y generó una serie de situaciones muy tristes para la nación, pues la inflación, la deuda externa y las devaluaciones, que se habían iniciado con Echeverría, se magnificaron por las decisiones inoperantes.

De esa época recuerdo mi gran amistad con Don Raúl Salinas Lozano que era senador y padre del que fue después presidente Carlos Salinas. Don Raúl tenía una inteligencia preclara, simpatía y era un bohemio. Su relación conmigo fue siempre cordial y gracias a él fui después subsecretario de educación federal. Lo recuerdo con mucho cariño.

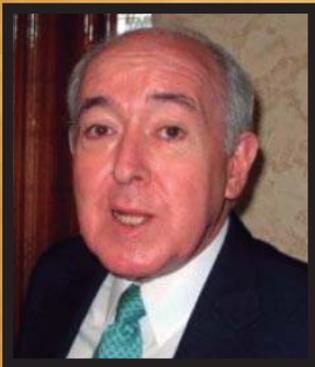
Y cómo me fue con la Diputación Federal

Al margen de que en ese trienio legislativo tuve la oportunidad de convivir con Jorge Treviño, Alberto Santos, Ricardo Cavazos y un sinnúmero de amigos que se hacen en el devenir cotidiano de la vida parlamentaria, así como de conocer más pormenorizadamente su caracterología, se dieron algunos eventos impactantes, de carácter político durante mi presencia en el Congreso de la Unión. De todos ellos, quizás los que más recuerdo son los que a continuación describo:

Esa época fue de contrasentidos económicos nacionales muy interesantes, porque se descubrieron grandes yacimientos de petróleo en el Golfo de México; se iniciaron fuertes inversiones petroleras y se aseguró una enorme producción de barriles que propiciaron una economía solvente y una presencia internacional en el siempre complejo pero boyante mundo del petróleo. Nuestro país había llegado a demostrar su aparente autonomía, basada en lo que alguien llamó “el oro negro”, y fue entonces cuando el presidente López Portillo, en una reunión con los empresarios de Monterrey, señaló: “hay que administrar la abundancia”. Esa frase, que rubricó un discurso en el Club Industrial, si mal no recuerdo, generó un gran entusiasmo, sobre todo en personajes como Bernardo Garza Sada, que tenía un gran liderazgo y con quien yo había establecido buenas relaciones durante mi época de rector; hombre admirado, creativo, elegante, de finas formas y firmes fondos, que junto con Diego Sada, habían hecho de Alfa un imperio envidiable. En ese tenor aparecía para México un panorama lleno de esperanzas; sin embargo, al poco tiempo, al calor de la aparente abundancia y

ante el temor de una inminente devaluación, sobrevino una terrible salida de capitales y fuga de recursos, y ese temor, acrecentó los riesgos poniendo en peligro la economía nacional.

Como respuesta a una serie de medidas, todas infortunadas, en las que López Portillo y sus asesores, sobre todo Carlos Tello, no pudieron controlar el desasosiego y el miedo de los empresarios, fomentando un desbalance de pagos impresionante, se llevó a cabo un pronunciamiento durante un informe del presidente de la República. En él, López Portillo manifestó ante el Congreso, de lo cual fui testigo vivo y activo, que había empresarios ricos y empresas pobres y que los bancos habían sido saqueados por los personajes del mundo de las finanzas; que los habían saqueado pero que no lo volverían a hacer y que por lo pronto decretaba la “nacionalización de la banca”. En esa reunión estaba presente el presidente electo, Miguel de la Madrid, quien juntó las manos para aplaudir, pero no concretó los aplausos, ante el brillante y atractivo discurso del culto presidente López Portillo, quien lloraba, de verdad, la pena del país, y declaraba la guerra a la banca privada, llevando a cabo lo que muchos consideraron una locura, entre ellos nuestro amigo Eugenio Clariond, quien a la larga tuvo toda la razón, porque el país entró en una serie de tropiezos que no sólo agravaron la crisis motivada por la devaluación sino que generaron un par de años de grandes efectos sociales negativos, debido al crack financiero, por la ruptura de una bolsa que se había fomentado artificialmente. En dicho evento flotaba también en el ambiente la frase que pronunció López Portillo, al ser cuestionado porque su hijo había ocupado una posición pública de importancia; el presidente replicó diciendo: “el orgullo de mi nepotismo”, y de esa manera logró, no solamente asombrar, por su frialdad ante los trágicos eventos económicos del país, sino también ser motivo de mofa y de burlas, perdiendo toda la gran figura presidencial que había consolidado.



Ricardo Cavazos,
compañero diputado.

Durante la reunión en el congreso, nosotros, los diputados del PRI, aplaudimos con entusiasmo, porque la vehemencia, el calor y la pasión que el discurso generaba, daban fuerza y una respuesta netamente efectiva. No obstante, algunos personajes, como Jorge Treviño y Ricardo Cavazos, al terminar la sesión, se mostraron, por un lado, entusiastas, pero por el otro, críticos, principalmente Jorge, que vio cómo De la Madrid, a

quien le tocaba el paquete, volteaba con asombro hacia las paredes del bello recinto, enmarcado en los colores nacionales, y en su mirada se vislumbraba el pánico a una decisión tomada, cuya responsabilidad de ejercer le tocaría a él. La historia es bien conocida: el país entró en una crisis financiera y el presidente De la Madrid tuvo que ser el amortiguador político y sufrir una sobrecrisis, por el temblor destructivo que en forma insólita generó una serie de tragedias derivadas del cataclismo y el terror sísmico que afectó a la ciudad de México, en las cuales se hizo patente la falta de liderazgo político, pero, sobre todo, administrativo, en la ejecución de los programas de salvamento.

El presidente López Portillo, a quien conocí y traté de manera superficial, a diferencia del presidente Echeverría, era un personaje muy impactante, con una personalidad magnética, una gran lucidez intelectual y una vastísima cultura, que lo hacía improvisar frases y pronunciar discursos con gran contenido histórico, emulando a los griegos y a los romanos. En el marco de todo el proceso de la historia del mundo y en la historia de la nación, México nunca había puesto tan grandes esperanzas en un solo hombre, aunque éste, al igual que Napoleón Bonaparte, adolecía de un “talón de Aquiles”: su patología emocional, que lo hacía depender de sus acciones familiares y de sus fantasías amorosas, que hicieron que mostrara en forma pública su preferencia por Rosa Luz Alegría, quien fue la primera secretaria de Estado en México, en la cartera de Turismo.

Mientras se sucedían los desvaríos amorosos del Presidente, que le causaban fragilidad a ese gran intelectual, su esposa, quizás por un rencor subconsciente o en forma intencional, asumió una actividad paralela, llena de frivolidad, de aparente monarquía y de realeza convencional, y paseaba su figura con jóvenes apuestos, involucrándose en la cultura con su gran capacidad en el arte musical y llevando a todas partes del mundo un México que parecía ser una copia del arte nuevo francés, en donde ella, con vestidos aparatosos, una belleza deslumbrante y una personalidad fuera de serie, metía la historia de México en una bolsa de frivolidades y actitudes muy distantes de la realidad nacional, representada en ese tiempo por la pobreza, la marginación y la ignorancia.

También me tocó vivir algo que me impactó sobremanera, el proceso de desafuero en contra de un hombre brillante, el director de Petróleos Mexicanos, Jorge Díaz Serrano, quien había sido lo suficientemente inteligente y prolífico en su carrera como para generar una producción petrolera y una

organización única en el mundo económico internacional, derivado de la industria del petróleo.

Ese hombre, un intelectual muy profundo, con un gran acervo histórico, fue sujeto, seguramente, porque nunca ha quedado claro, a una invención, o al menos a la exageración de un programa de compra de barcos en el que, según la Contraloría, se había amasado una gran fortuna a su favor, y ese hecho desencadenó una serie de decisiones administrativas y políticas que culminaron con el desafuero que tenía que aprobar la Cámara de Diputados, y, posterior al mismo, el juicio y el encarcelamiento de ese personaje.

En esa sesión, yo sentí realmente un gran pesar, porque no entendía qué estaba sucediendo; me parecía extraño, aunque sabía que en efecto existía una corrupción de carácter histórico en los altos niveles, pero también sabía que había cierta salvaguarda costumbrista para hacerla pública, y ese caso, igual que el injusto caso de Eugenio Méndez Docurro, un valiente científico que también había pisado la cárcel por un error de visión, estaba produciendo una situación dolorosa, pues la Cámara tenía que ser el verdugo para cortarle las alas a una persona que había dedicado muchos años de su vida, con eficiencia y eficacia, y con elegancia, diría yo, a los intereses productivos y económicos de la nación, por lo que, cuando se lanzó la votación, me puse de pie y me fui al baño, no sé si voluntariamente o por una necesidad fisiológica real, pues quizás en mi ánimo personal no me nacía la crueldad de poner en la cárcel a un personaje a quien todos admirábamos; esa ha sido una de mis debilidades como ser humano: mi dificultad para tomar decisiones radicales y crueles que generen terribles episodios traumáticos en la vida de otras personas.

Muchos calificaron esto como debilidad, y es posible que así haya sido, pero yo creo que responden a un sentimiento de justicia derivado, aunque no lo crean, de mi posición astrológica, pues habiendo nacido dentro de las fórmulas convencionales de la llamada Libra, tiendo a ser ecléctico, a buscar la conciliación, a buscar la justicia en todas las acciones de la vida y también a averiguar cuál es realmente el efecto profundo de una decisión de esa naturaleza, porque no es lo mismo meter en la cárcel a un criminal que a una persona que está en un mundo político en donde ese tipo de cuestiones, todo mundo sabe que existen, y algunas, como sucedía en la antigüedad, se desarrollaban con cierto grado de elegancia y prudencia, pero que forman parte de una cultura de corrupción que en la actualidad ya es sistemática y ha llegado hasta la médula de la vida nacional.

Esos dos eventos, agregado al encarcelamiento por parte del licenciado De la Madrid, de mi amiga Lidia Camarena, porque lo había cuestionado en una de las sesiones del Congreso anterior, cuando era secretario de Hacienda, me produjeron una fórmula ambivalente de ver la política, pues con Lidia había tenido una muy grande y grata amistad, así como un respeto intelectual a la personalidad de una mujer atractiva en su presencia física, aunque no muy romántica en su trato humano; pero al margen de todo su afecto por mi persona, las opciones que me dio para participar en la campaña de López Portillo me hacían tenerle una enorme gratitud, y por la convivencia que tuvimos, tanto en las comidas como en fiestas que ella celebraba en su casa, me hicieron considerarla mi amiga, y así sufrí también el efecto de la decisión del presidente De la Madrid de encarcelarla y hacerle perder su visión futura y su estabilidad emocional.

La Cámara de Diputados en aquella época era distinta a la actual, pues durante nuestra gestión había elementos técnicos capaces, y también algunos políticos con iniciativa propia y con ese romanticismo histórico que desaparece con el tiempo, y existía una lucha ideológica, aunque las decisiones siempre fueron favorables al Ejecutivo, dada la naturaleza mayoritaria del PRI y la tendencia natural de los diputados a buscar la línea para actuar en consecuencia con las indicaciones del señor presidente. Mi experiencia fue muy enriquecedora, porque viajaba continuamente a la ciudad de México, y por el contacto con grandes personajes de la política, de los cuales todavía disfruto con el recuerdo imborrable de don Raúl Salinas Lozano, padre del expresidente Carlos Salinas.

Sintetizo esta fase de mi vida, señalando que para mí fue un aprendizaje, primero el sentirme sojuzgado y disciplinado, y sobre todo enmudecido por el líder Lugo Gil, quien seguramente por instrucciones de don Alfonso, no me permitía expresarme verbalmente, pues me imaginé, y así lo comentaron algunos amigos, don Alfonso me castigó señalándole a Lugo Gil lo siguiente: “Oye: Todd es muy bueno para hablar, pero no obedece líneas; nunca sabemos cómo se va a comportar, así que, cuidado con darle muchas oportunidades, porque se sale de los cauces tradicionales de nuestro proceso político”. Y en efecto, siempre fue así hasta que un día, en una sesión en la que se discutía la Ley del ISSSTE, cuando la secretaria de la cámara vino y me dijo que, dados mis conocimientos médicos y sociales, el líder me pedía que defendiera la implementación de la nueva ley ante los embates de la oposición de izquierda a la Cámara de Diputados, salió a flote mi verdadera personalidad, y pronuncié el discurso real que me caracteriza; allí, durante

un largo y muy sistemático parlamento, propicié un ambiente ardiente en defensa de los trabajadores y de las luchas sociales.

Fue tan llamativa mi novel participación en ese momento, pues muchos no me conocían, que al finalizar el discurso, tanto los diputados como quienes estaban en las salas del área superior como espectadores y miembros del Sindicato del ISSSTE, aplaudieron rabiosamente y empezaron a gritar vivas a todos los enunciados que yo había preconizado, y cuando bajé de la tribuna, Lugo Gil se acercó y con una mueca que aparentaba una sonrisa, me felicitó; la ley fue aprobada y desde entonces fui respetado por mi elocuencia, de tal manera que un viejo general, que había sido diputado en cuatro ocasiones, me dijo algo que recuerdo con orgullo: “es usted un orador que no le pide nada a los grandes oradores que yo he conocido, como Lombardo Toledano, Alejandro Gómez Arias, Nemesio García Naranjo, Cabrera y todos esos próceres de la posrevolución, que han pronunciado memorables discursos y que formaron parte de un grupo en el que Vasconcelos y sus discípulos utilizaron siempre el proceso cultural, la información internacional y sobre todo la retórica bella de la expresión verbal para externar sus conceptos y producir convicciones y persuasiones sociales”.

Aun con esos reconocimientos, fueron pocos los eventos en los que se me dio la libertad de poner en práctica mi tendencia participativa y protagónica, pero en el equilibrio entre la disciplina, la rebeldía, algunas expresiones tormentosas y el grupo político con el que convivía, así como las experiencias personales fuera de la cámara, se me ha dado siempre una imagen de recuerdo favorable; más aún, gracias a haber sido presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología, tuve la posibilidad de convencer al entonces director general del CONACyT, doctor Héctor Mayagoitia, de aportar 860,000 dólares para la Universidad Autónoma de Nuevo León, y con esos recursos comprar el primer equipo de uso clínico de Resonancia Magnética Nuclear que existió en América Latina y del cual mi universidad y yo fuimos pioneros en el ámbito internacional, porque muchas personalidades e investigadores de Estados Unidos venían a utilizar el equipo que durante más de un año fue el único en todo el país y generó amplios recursos para el Hospital Universitario.

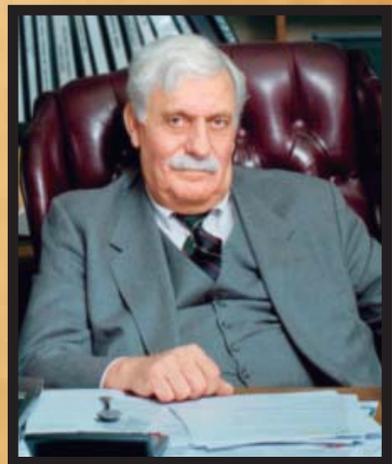
Por supuesto que mi capacidad de gestor de recursos, la bondad de Héctor Mayagoitia y la invención de mi amigo Raymond Damadian, formaron ese triángulo que permitió que yo conserve todavía con orgullo ese título de haber sido pionero en el importante campo de la imagen diagnóstica, que

actualmente forma parte de un instrumento extraordinariamente eficiente, no sólo para los diagnósticos a través de la imagen, sino también para el estudio funcional de las neurociencias. Me refiero a que con la resonancia magnética funcional, se ha abierto el campo de las neurociencias que permiten entender la bioquímica del comportamiento humano, que era el sueño de Cricks, premio nobel, y que se logró gracias a eso, y a la autoría de Damadian sobre la imagen, lo que debe ser fuente de orgullo para mi amigo, quien nunca entendió el verdadero valor de su invento.

¿Y cómo nació la resonancia magnética nuclear?

Durante mi gestión como diputado federal, logré tener una relación muy estrecha con el entonces director general del CONACyT, ingeniero Héctor Mayagoitia, a quien le contaba mis penas, mientras comíamos en un restaurante ubicado por la calle Reforma, muy cerca del edificio del periódico *Excelsior*; allí le conté mis peripecias para traer a Monterrey, en 1981, el primer aparato prototipo de resonancia magnética nuclear, diseñado por el doctor Raymond Damadian y que había funcionado exclusivamente para algunos estudios anatómicos muy burdos y para estudio de curvas de relajación bioquímica en diferentes padecimientos o trastornos orgánicos; sin embargo, en esa época yo insistía en que había que comprar un nuevo aparato para practicar imágenes más finas de nuestros pacientes en Nuevo León.

En efecto, mis pininos en ese, entonces nuevo campo de la medicina, se originaron por mi amistad muy cercana con el doctor Raymond Damadian, que describo en mi libro anterior, en aquel tiempo joven médico de Nueva York, casado con una bellísima mujer de Long Island de nombre Donna, que había sido mi compañero en la Washington University, y de allí había salido a estudiar biofísica con el famoso doctor Solomon, en la Universidad de Harvard, en Boston. Allí, Raymond, con la inquietud que le era característica, aprendió y tuvo una incógnita extraordinaria, que le ayudó a diseñar una forma de pensar distinta a la convencional en relación con la vitalidad de la célula. Me refiero, en este campo de la biología, a



Raymond Damadian.

que tradicionalmente los biofísicos, los químicos y los biólogos se habían hecho una pregunta básica sobre el origen de la energía que tiene la vida para mantener una diferencia de potencial transmembrana, es decir, que debería haber una fórmula química interna para explicar por qué un electrodo dentro de la célula y otro afuera, generan una diferencia potencial de 80 milivoltios, pues eso significa que hay una fuente de energía interna que es la que produce esa diferencia, y que es realmente la que genera la vida biológica.

Con ese pensamiento, la mayoría de los investigadores de esa época habían coincidido en que el ATP, que ya era considerado una bomba energética, era el que a través de empujar sodio hacia afuera e incorporar potasio hacia adentro de la célula, en una fórmula muy compleja de una ecuación denominada De Nerds Físico, era el responsable de esa situación; a eso le habían llamado “la bomba de sodio” y era una especie de teoría aceptada por la mayoría de ellos. No obstante, dada la capacidad contestataria y crítica de Raymond, él siempre se había preguntado, y así se lo había mencionado al doctor Salomon: “¿cómo es posible que exista suficiente ATP; es decir, fósforo, para generar esa energía?”, y dudaba de la misma, por lo que había impulsado una teoría de una especie de iones que se pegaban entre sí y que viajaban a través de laberintos o conductos dentro de las mitocondrias para generar una especie de diferencia energética básica y fundamental para la vida celular.

Como Raymond no tenía pruebas de su “estirada” teoría, trató de impulsar un proyecto de investigación que inició allí y siguió después en Pensylvania, mediante el cual podía demostrar que no había suficiente fósforo en la célula para poder explicar lo que convencionalmente decían la mayoría de los investigadores. Para lograr lo anterior, y después de múltiples esfuerzos, críticas y polémicas, como era su característica particular, y sigue siendo, Raymond buscó en la resonancia magnética, una fórmula para encontrar el elemento químico en un análisis sencillo, ya que este método había sido diseñado por Purcell y Bloch, y con él ganaron el Premio Nobel en 1948, y lo utilizaban para medir elementos químicos a través de conocer la radiofrecuencia emitida por los mismos en sus movimientos internos de adecuación de los átomos y de los núcleos de éstos, los que en un momento dado, al liberarse de una carga energética, envían una señal de radiofrecuencia y esa señal de radiofrecuencia puede medirse y la medición de la señal es proporcional a la concentración de la sustancia.

Insistiendo en su fórmula, mi buen amigo Raymond, tozudo y luchador, dijo que quería medir la concentración del fósforo dentro de las células, y de

esa manera nacieron una serie de estudios que culminaron cuando él se dio cuenta de que sí es posible saber, midiendo la radiofrecuencia, cuánto fósforo puede haber en la célula; y más asombrado quedó, cuando se percató de que el fósforo era muy poco y no explicaba lo que los fisiólogos tradicionales querían explicar.

Al llegar a esa etapa, se le terminó el dinero, y como es frecuente en Estados Unidos, los grants o apoyos financieros del Instituto de la Salud se dan por programas prioritarios, y dentro de esos programas prioritarios no estaban esos estudios que Raymond quería realizar y que le habían causado serios disgustos con su predecesor, el doctor Solomon; entonces él, como cualquier otro hombre inteligente, presionado por factores económicos que le impedían continuar con sus investigaciones, buscó alternativas, y solicitó al Instituto Nacional de Salud un apoyo para estudiar el cáncer, tema que sí estaba dentro de las prioridades del instituto, y ese estudio, según él, era para demostrar que en el cáncer hay cambios energéticos dentro de la célula, muy particularmente en los relacionados con el ATP y la llamada bomba de sodio.

Finalmente, Raymond logró demostrar que, en efecto, el tejido canceroso tiene una radiofrecuencia distinta a la del tejido normal, por lo que se da una actividad biológica diferente, producto de una señal genética equivocada, y como parte de su presión para seguir estudiando la concentración de fósforo, Raymond descubrió que esa señal de las células cancerosas podía ser puesta en puntos y que con miles de puntos podía formarse una pequeña imagen, y eso lo hizo meditar profundamente.

Posterior a esa conclusión, Raymond llevó a cabo un estudio experimental de cáncer en ratones, en los que se puede desarrollar fácilmente el cáncer de hígado, y averiguó, que en efecto, esos puntos de tejido canceroso daban lugar a una imagen; y con ese descubrimiento en la mano, muy contento, lo envió a una importante revista de ciencia: *Science*. Ésta publicó, si mal no recuerdo, en 1972, la primera imagen de un hígado canceroso en un ratón, por resonancia magnética nuclear, y esa fórmula hecha realidad y publicada en esa importante revista, es probablemente la primera imagen de resonancia magnética nuclear de un tejido vivo, y debe ser reconocida como tal, porque el pensamiento básico de Damadian es precisamente el que dio lugar a la gran ciencia de la imagenología, actualmente parte del armamento médico convencional que se utiliza para diagnosticar, estudiar y salvar millones de vidas.

Más tarde, Raymond, ya entrado en carrera y con la velocidad de su energía personal, se preguntó: “¿y por qué no hacer una imagen de un ser humano?” y allí empezó la historia que el Comité del Premio Nobel de Suecia no reconoció, por razones políticas circunstanciales, pues la verdad real, y soy testigo de ella, es que Raymond hizo la primera imagen de resonancia magnética, tanto de ratones como de humanos, y merecía el Premio Nobel.

Y sigue la historia de la resonancia, ahora aplicada a la clínica

Con los experimentos básicos desarrollados previamente, Raymond tomó una importante y trascendente decisión: aceptó una oferta para regresar a su universidad original en Upstate, New York, y allí empezó a planear la construcción de un enorme campo magnético, en donde cabía un ser humano en forma integral, para lo cual tuvo dos colaboradores muy entusiastas y entregados a su proyecto, que fueron Larry Minkoff, un joven delgado, y el otro un hombre obeso y alto que trabajaba en la parte electrónica fundamentalmente. En ese tiempo, Raymond se dio cuenta de que para que pudiera existir un enorme campo magnético, era necesario un gran acelerador de energía que requeriría un sistema de enfriamiento, pues igual que todas las fuentes de energía, incluyendo las modernas y atómicas, ya que ese proceso genera calor y por lo tanto requiere de un sistema anexo de enfriamiento para impedir que el calor destruya los objetivos principales de la investigación y del trabajo.

Un año tardó Raymond en diseñar, construir, y con gran esfuerzo, fabricar ese aparato, cuya fotografía aparece impresa en la historia gráfica de la resonancia magnética nuclear, y está actualmente en el Salón de Ciencia y Tecnología del Instituto Smithsonian en Washington, y un día de 1973, en el mes de junio, si mal no recuerdo, Raymond logró que Larry Minkoff metiera su delgado cuerpo en ese aparato, y realizó la primera imagen de tórax en la que se veían a colores los pulmones, el corazón y más o menos bien la estructura morfológica del organismo, con lo cual se había logrado, históricamente, la primera imagen de resonancia magnética nuclear en un ser humano.

Posteriormente, Paul C. Lauterbur diseñó una innovación, y otro investigador inglés, Peter Mansfield, logró focalizar este tipo de absorción de la radiofrecuencia para obtener imágenes más concretas. A estos dos investigadores les fue entregado el Premio Nobel, porque, como es frecuente en la

ciencia, se cometió una injusticia, y por razones de su comportamiento político tan dramático y agresivo, Raymond fue desplazado, a pesar de que existen pruebas, evidencias y testimoniales de que fue él quien logró la primera imagen. Pero todo eso es harina de otro costal, y para nosotros lo importante es lo que a continuación describiremos:

Conociendo yo esa investigación y habiendo estado presente en el laboratorio de Raymond, por invitación de éste, y estando ya en aquella época en la Rectoría de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Raymond me insistió en que le ayudara, comprándole un equipo, pues él ya había tomado la decisión de salirse de la universidad y organizar con unos amigos que tenían recursos financieros, una compañía, lo que hicieron instalándose originalmente en un almacén o garaje de una casa en Long Island, que fue donde se construyeron los prototipos de los primeros aparatos de resonancia magnética nuclear que existieron en el mundo.



Raymond Damadian, con su primer aparato de Resonancia Magnética Nuclear.

Con eso en mente, regresé a Monterrey, pensando que quizás estaba asistiendo a un evento histórico, desde el punto de vista de la medicina diagnóstica y que debería incorporarme al mismo, dada mi cercanía con el genio, que era mi amigo Raymond Damadian, por lo que, rápidamente, como es mi característica, invité al presidente del Patronato Universitario, en aquella época Octavio Rocha, a conversar, y le expliqué la situación. El, un hombre bueno y atento, se mostró muy interesado en aportar una cantidad para comprar el primer aparato de resonancia magnética nuclear, y de esa manera autorizó 100,000 dólares, que fueron complementados con un presupuesto especial de 300,000 dólares, aprobados por el entonces subsecretario de Educación Superior y después gobernador de Coahuila, licenciado Eliseo Mendoza Berrueto, quien lo autorizó, con la visión y la convicción de que estábamos asistiendo a un parteaguas histórico real, y en esa forma, con los 400,000 dólares se compró el primer aparato, que se instaló en el área de la

Unidad de Radiodiagnóstico, que el Hospital Universitario había implementado por iniciativa de mi compadre Alfredo Piñeyro, quien había construido lo que en la actualidad es una de las unidades de imagen más importantes del país.

Allí, en un corredor y con el apoyo posterior del gobernador, un arduo trabajo y la colaboración del doctor Rolando Sanmiguel, de pasantes en servicio social, entre los que sobresalió el doctor Mario Alonso Treviño, y del doctor Guillermo Elizondo, un médico muy brillante, pudimos iniciar los trabajos de resonancia magnética nuclear y llegar a tener fama internacional. En ese tenor vale la pena señalar, que fui invitado y reconocido en Erlangen, Alemania, lugar donde estaba ubicada la compañía Siemens, que había estado trabajando en el tema, pero había llegado tarde a la cita con la historia, por los adelantos que Raymond había hecho, mismos que eran conocidos en todo el mundo.

Ya por otra parte, los médicos empezaron a estar atentos al gran potencial que tenían este tipo de actividades, pues nosotros llevamos a cabo investigaciones, no de imagen, porque no era fácil ver los cambios patológicos, pero sí de química aplicada, utilizando lo que se llamaba las curvas de relajación, que son el tiempo que tarda la radiofrecuencia en rebotar; por eso se llama resonancia, y cuando se extingue esa radiofrecuencia, se producen las curvas que muestran la concentración de la sustancia. Con esas premisas experimentales, logramos ser los primeros investigadores en el mundo en encontrar que la llamada psicosis manícodepresiva, que ahora se denomina enfermedad bipolar, tiene cambios bioquímicos de hidrógeno en el lóbulo frontal, que es el área estratégica de la sensibilidad del pensar y del sentir cerebral, estudios que presentamos en un congreso internacional en Viena, en donde estaban presentes más de 500 psiquiatras, quienes aplaudieron efusivamente, porque por primera vez se reconocía un cambio bioquímico en una psicosis orgánica. Con ese orgullo y el prestigio derivado del mismo, empezamos a recibir a investigadores de diferentes partes de Europa, pero sobre todo del Instituto Anderson, de Houston, Texas, que querían investigar una enfermedad llamada distrofia muscular progresiva, y cuyo modelo experimental estaba hecho en gallinas; de lo cual se deriva una simpática anécdota que quiero compartir.

Resulta que una vez, habiendo yo autorizado que vinieran a Monterrey unos investigadores hindús que trabajaban en el Instituto Anderson; ellos prepararon sus gallinas, que tardaban mucho tiempo en desarrollarse, para

generar experimentalmente la enfermedad, y una vez que lograron preparar 20 de esos especímenes y estuvieron listos, se vinieron en una camioneta, y ¡oh sorpresa!, que al llegar a la frontera sin ningún papel que especificara que existía un convenio experimental, nuestros agentes aduanales los detuvieron y como los caballeros tenían un color de piel moreno profundo, parecido al nuestro, pero un poco más pajizo, por su origen hindú, simplemente no les creyeron que eran investigadores prominentes de la universidad y del Instituto Anderson de Houston y los hicieron permanecer en la frontera, burlándose y mofándose de ellos, porque creían que estaban fingiendo que no hablaban español. Ante esa compleja situación, recibí una llamada telefónica a través de la cual se me informó lo que estaba sucediendo, y rápidamente, en mi calidad de secretario de Salud, les pedí que me comunicaran con el inspector en jefe de la aduana, y a él, entre bromas de su parte y mi seriedad, le dije: “está usted echando a perder un proyecto de investigación que va a afectar a miles de seres humanos”. Por supuesto que él reviró de inmediato, aceptó su culpa y dejó pasar a los investigadores, quienes estuvieron varias veces en nuestra unidad y allí descubrieron una de las causas bioquímicas de la distrofia muscular progresiva.

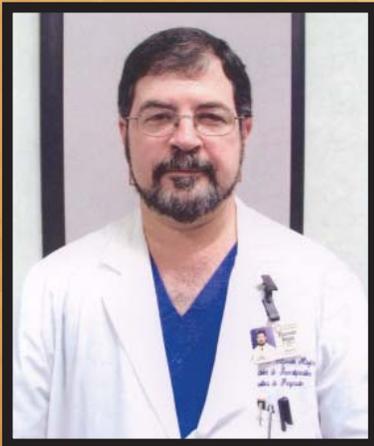
Todo eso, más nuestras investigaciones anteriores, nos dieron cierto prestigio; pero la imagen, que era lo importante, no había respondido a nuestras expectativas, a pesar de que el maestro Rolando Sanmiguel, quien había sido mi profesor de anatomía, nos estaba ayudando a diseñar un mapa anatómico de la resonancia, y de que teníamos colaboradores muy entusiastas y trabajadores; así, con la visión de saber que teníamos que ampliar nuestros conocimientos, me fijé muy bien en un personaje que actualmente es el jefe de la Unidad, Guillermo Elizondo Riojas, quien, con sus estudios de posgrado, fue realmente el activista y promotor de este método de imagenología, ganando así un enorme acervo y prestigio nacional para nuestro hospital. Todo estaba bien, pero, repito, la imagen no era la que correspondía a nuestros deseos.

Así se lo informé a Raymond, quien de inmediato se dedicó a inventar un nuevo aparato, que tuviera la fuerza magnética suficiente a fin de generar la imagen adecuada para diagnóstico y cuyo costo era de un millón y medio de dólares. Allí empezó otra de mis peregrinaciones, que, como lo mencioné antes, culminó cuando el ingeniero Mayagoitia me autorizó 860,000 dólares y yo llegué con toda mi ingenuidad, con ese dinero en un cheque, a nombre de la Facultad de Medicina, siendo ya diputado federal por Nuevo León, y al entrevistarme con el rector, el doctor Alfredo Piñeyro, a éste, por

sus características fundamentalistas, simplemente no le gustó que yo hubiera conseguido dinero para algo que él no entendía, por lo que me dijo: “Luis, eso no va a funcionar ahorita sino hasta dentro de veinte años y no creo que valga la pena que utilices ese dinero en comprar un aparato cuya eficacia o función no está todavía bien documentada”. Yo, sin salir de mi asombro, por lo radical de mi compadre y por la tristeza de haber gestionado recursos para ese objeto y encontrarme con que Alfredo los quería usar para su departamento de farmacología, fui casi implorando con el único que podía mover las férreas y radicales tozudeces de Alfredo, que era mi compadre Roberto Moreira.

Roberto, más visionario, comprendió rápidamente la situación, invitó a cenar a Alfredo, y en una reunión en el restaurante Luisiana, después de múltiples gestos de molestia, y gracias a la presión y a la simpatía de Roberto, Alfredo cedió por fin, y endosó el cheque, que envié rápidamente a la compañía, que en aquella época ya se llamaba FonarCorporation, y con él se pagó parcialmente el primer aparato de resonancia magnética nuclear clínica que existió en toda América Latina y el segundo del Continente Americano, pues un personaje de la Cleveland Clinic había comprado también el primero. Después, Alfredo tuvo que reconocer que gracias a ese aparato y a

la cantidad de pacientes que venían de todo el país, él pudo, no sólo pagar el remanente sino resolver muchas de las carencias que tenía el hospital, pues son de todos conocidas las tristes condiciones del Hospital Universitario en materia presupuestal.



Guillermo Elizondo Riojas, con formación de imagenología.

A partir de allí empezamos a hacer investigaciones clínicas, y Guillermo regresó de la Universidad de Harvard, donde estuvo trabajando en su formación de imagenología, y fue el gestor de investigaciones publicadas en el famoso American Journal of Medicine, con las cuales demostramos, por primera vez, que la hipófisis, una glándula del cerebro crecía durante el embarazo y que los abscesos hepáticos amibianos, que se iban a curar, tenían una capa fibrosa a su alrededor; en fin, nos hicimos famosos, pero como es mi costumbre, no nos hicimos ricos, porque no compramos un aparato para uso privado. El que sí tomó la idea y adquirió un aparato para uso privado, fue el doctor Ricardo

Rangel, quien logró tener un equipo que mal pagó, con dificultades, a mi amigo Raymond; y en efecto, con él obtuvo muy buenas ganancias, por haber sido el primero que lo utilizó en el área privada, al tener acceso a pacientes del Hospital Muguerza, del San José, etcétera, mientras que el nuestro, dada su condición universitaria, tenía el prestigio, pero ya mucha gente prefería ir a otras áreas para su diagnóstico.

¿Cuál fue realmente nuestro mérito en este campo?, quizás haya sido el azar de haber conocido al brillante investigador e inventor del aparato, o tal vez nuestra mano suelta, al haberle enviado rápidamente los primeros 100,000 dólares a Raymond, gracias a la generosidad de Octavio Rocha, o a lo mejor fue la fórmula humanista del ingeniero Mayagoitia, que sabía que los pacientes requerían nuevas tecnologías y le apostó a nuestra convicción de que esto era un hito histórico en imagen para el mundo; no lo sé, pero lo que sí creo que fue lo adecuado, fue mi audacia de apostarle a algo que tampoco yo entendía muy bien y para lo cual, no sólo aporté los recursos institucionales sino también un apoyo personal, pues tenía un poco de dinero guardado, que le envié a Raymond, porque en esa época, su compañía ya estaba participando en el mercado de valores de Nueva York, y me pidió que si podía, le comprara acciones, pues él creía que iban a subir y con eso nos beneficiaríamos todos.

Confiado en él, le envié a Raymond a uno de mis excelentes colaboradores, Manuel Kopara -quien después murió trágicamente-, para entregarle mis ahorros, que eran 50,000 dólares, y me olvidé del tema, con la agradable sorpresa, al año siguiente, de que las acciones que se habían comprado a un dólar habían subido a 17 dólares; pero, dada mi inexperiencia en la bolsa de valores, no quise vender mis acciones, porque pensé que lesionaba a Raymond, y así sufrí la caída gradual y progresiva de dichas acciones, con el menoscabo de mi capital, que me hubiera servido para darme estabilidad. Sin embargo, algo salvé, y con eso pude comprar la casa en la que actualmente vivo, y mantenerme mientras realizaba mis actividades como diputado, ya que no recibía ningún salario extra, más que el del presupuesto normal de la Cámara, que en ese tiempo no era tan ostentoso y oneroso como en la actualidad. Raymond fue entonces, para mí, un hombre que me permitió trascender, y que me decía: “Luis, ya te hice famoso”; y yo le contestaba: “sí, pero ahora te toca hacerme rico”, y él sonreía, porque nunca le interesó el dinero, basta señalar que habiendo ganado en la Suprema Corte americana un juicio por 260 millones de dólares contra General Electric, Raymond continúa viviendo en su misma casa; si acaso, ha cambiado el auto; sigue trabajando de

12 a 14 horas diarias en su compañía, y el dinero lo reinvierte para salvar la empresa de la crisis financiera internacional.

Años después, la resonancia magnética obtuvo el Premio Nobel y como lo señalé, Raymond fue excluido del mismo, pero mientras, millones de pacientes han disfrutado de las ventajas de tener un diagnóstico preciso y un tratamiento adecuado; éste es verdaderamente el premio social que Raymond y los demás investigadores que le siguieron, deben sentir como orgullo de su contribución en beneficio de la humanidad. Yo fui testigo, y como estaba cerca del área, pude meter un gol que me permitió ser el único extranjero que ha presidido la Sociedad Americana de Resonancia Magnética Nuclear, lo que logré a pesar de que muchos me miraban con extrañeza y con actitud discriminatoria, por ser mexicano, y, reitero, no me siento halagado por mí sino por mi país, porque aunque no parezca cierto, todos sabemos que en esa época, había una tendencia sutil de discriminación a los hispanos, en las grandes oportunidades históricas.

Gratos recuerdos de un gran hombre que, como todo en la vida, ha tenido ciclos de progreso y ciclos de tozudez; que inventó, gracias a su inteligencia y tenacidad, el aparato de Resonancia Magnética Nuclear, y que en la actualidad sufre una gran depresión por no haber ganado el Premio Nobel, que lo ha inducido a enfriar las relaciones con todos sus amigos, que lo queremos y lo respetamos, y se ha autoinmolado socialmente, pues no desarrolla más actividad que la de su trabajo, aunque tiene la satisfacción de haberles distribuido a sus hijos, dos jóvenes brillantes, y a su hija, una enfermera con una enorme bonhomía, algunas de sus oportunidades para generar ingresos. A Raymond, la historia le debe lo que seguramente él no sabe, que es que la resonancia magnética nuclear desbordó la imagen y ahora es parte de los programas de comprensión de la bioquímica del comportamiento humano, de la bioquímica orgánica y de todo ese nuevo universo que la ciencia tiene para encontrar respuestas a cientos de preguntas que todavía no tienen la solución integral para conocer la belleza de la función humana y la posibilidad de alterarla, para hacer que los seres humanos tengamos una vida más prolongada y mejores fórmulas en nuestro quehacer existencial cotidiano.

Por supuesto que todo esto son recuerdos, pero la ciencia y la tecnología siguen vigentes en su aceleración histórica, y desafortunadamente, en muchos casos, por el liberalismo económico y la globalización, han perdido el marco ético del comportamiento.

Y regresamos a Monterrey.... La campaña de Jorge Treviño

Después de mis pocas pero interesantes participaciones en la Cámara de Diputados, y habiendo comprendido más profundamente los procesos políticos parlamentarios de México, regresé a Monterrey con la mirada puesta en mi actividad médica fundamental, y sobre todo en la continuidad del proyecto de resonancia magnética nuclear que habíamos incorporado al Hospital Universitario, y que estaba trabajando a todo vapor.

Atendiendo ya mis asuntos médicos, en mi oficina de la Unidad de Imagen del Hospital Universitario, y contento con las nuevas opciones que se abrían en ese campo, logré tranquilizar mis ánimos políticos y empecé a pensar en las actualizaciones y modificaciones que teníamos que hacer a nuestro programa del Centro de Especialidades Médicas, del cual había sido yo su primer presidente y socio fundador; sin embargo, el hombre propone y Dios dispone, y en esas fechas sucedió algo, en lo que ya había pensado pero que no estaba seguro, porque en la política no puede uno cantar victoria si no tiene el papel en la mano; así, recibimos la buena noticia de que nuestro buen amigo y compañero de la Cámara de Diputados, el licenciado Jorge Treviño, había sido nominado candidato por el Partido Revolucionario Institucional a la gubernatura del Estado de Nuevo León.

Jorge, como lo he comentado anteriormente, había sido nuestro compañero en la cámara y había presidido la Comisión de Hacienda, un área importante que seguramente le fue otorgada por sus conocimientos y sus relaciones muy personales con el presidente de la República, licenciado Miguel de la Madrid Hurtado, ya que Jorge había vivido en la casa del presidente, en la cual se habían asistido él y varios de sus compañeros que estudiaban derecho, en la época en que nuestro amigo fue



Jorge Treviño.

estudiante de esa disciplina, en la Ciudad de México. Una vez difundida la noticia y confirmado el hecho, que previamente le había sido mencionado a Jorge por otro amigo personal de él, compañero de estudios en Francia, el licenciado Manuel Bartlett, todos sus compañeros fuimos a felicitarlo y a ofrecerle nuestro apoyo y nuestra ayuda, como se hace convencionalmente en estos casos.

Jorge tiene la característica de ser muy formal, muy circunspecto y además muy propio en todas sus relaciones, quizás un poco chapado a la antigua, pero con un gran humorismo y una parsimonia que inspira respeto, pero sobre todo afecto y ternura en muchos casos, porque aparenta ser, sin serlo, un hombre candoroso y genuinamente preocupado por aspectos más humanos que la sola relación política interpersonal.

Una vez que empezó a organizar su campaña, Jorge me citó en su casa, ubicada en la colonia San Agustín, y en el comedor, al calor de unas copas y de unos bocadillos de queso, en el marco de algunos cuadros muy mexicanos y de un mobiliario de tipo colonial, de madera, con una visión amplia y generosa, por un lado hacia la Sierra Madre y por el otro hacia un gran jardín en el cual había una alberca, me dijo con toda seriedad: “Luis, quiero que colabores conmigo en la campaña, y que seas presidente de la Comisión de Salud en el PRI durante la campaña, para que prepares el proyecto de gobierno en esa disciplina”. Por supuesto que acepté de inmediato, y empecé a hacer funcionar mi mente, pensando en algunos programas que podía presentarle, como parte de un proyecto transformador de la salud pública en la entidad.

Durante la misma, como siempre, le pedí su colaboración a mi compadre Roberto Moreira, al licenciado Juan Roberto Zavala y a toda mi gente de la universidad, con la que seguía en contacto, con quienes desarrollé un arduo trabajo, organizando una serie de eventos y elaborando importantes proyectos que formaron parte de un plan interesante que le presentamos al candidato al final de la campaña; y posteriormente: el triunfo de Jorge Treviño, que fue un evento muy festejado en su casa, por la noche, al que asistimos todos sus amigos y en el que se sirvieron sendas copas y botana, en un ambiente de gran alegría, que compartimos con su esposa, Cristina Larralde, una mujer muy inteligente, de ascendencia regiomontana, proveniente de una familia muy tradicional; lo acompañaron asimismo empresarios, políticos, compañeros de Jorge de la escuela y la familia Treviño, muy conocida también en la entidad.

Pasados algunos días de haber sido electo gobernador, me mandó llamar a su casa; yo esperaba mi ratificación como secretario de Salud, pues había iniciado la campaña con un proyecto que lograría, según yo, darles a todos los habitantes de Nuevo León una tarjeta de salud para que con ella pudieran ser atendidos en cualquiera de los hospitales de la entidad, siempre y cuando se lograra la coordinación entre la medicina social y la medicina privada. Ese proyecto, que es factible, no se pudo realizar nunca, aunque ahora ha sido superimpuesto, en parte, a través del llamado Seguro Popular, dado que no existe ninguna disposición de la medicina privada para atender en forma social algunas emergencias o casos especiales ni tampoco hay coordinación entre las instituciones de salud.

De nuevo en la casa del licenciado Jorge Treviño, sentados en un cómodo diván y conversando de muchas otras cosas, porque Jorge tiene el estilo francés, que trata el tema fundamental al final de la conversación, para lo cual se requiere de una serie de preámbulos, comentarios laterales, el brindis festivo con alguna copa o una comida previa, y en fin, al llegar al momento del café es cuando en Francia, y así lo aprendió Jorge, se toca el tema delicado, independiente todo eso del sistema norteamericano, en donde el tema lo tratan iniciando con una brutal introducción; se llega a los acuerdos, y posteriormente se come y se toman las bebidas que haya necesidad de tomarse, para mantener el ambiente adecuado, Jorge me hizo una pregunta muy sencilla y muy interesante, por la retórica de la misma: “Luis, ¿quieres tomar la cartera de ministro de Educación de la entidad?”; lo miré asombrado y le pregunté: “¿de Educación?” Y dijo: “sí, Educación”, a lo que le respondí: “por supuesto, Jorge, para mí ese es un tema que me interesa mucho, del cual como tú sabes soy un apasionado y lo he estudiado profundamente, porque creo que es la base fundamental del desarrollo de un país como el nuestro y en particular de Nuevo León; para mí sería un gran honor ocupar esa posición”.

Él replicó: “Bueno, la verdad es que tengo que cabildear esto con el sindicato, pues ya vinieron conmigo y me dijeron que ellos no quieren a nadie que no sea un maestro, y de hecho me señalaron algunos candidatos, a lo que yo les contesté que el gobernador soy yo y que, según la ley, el que nombra al secretario es el gobernador, por lo tanto, yo tomaré la decisión correspondiente; sin embargo, estoy recibiendo algunas presiones de Jongitud para que no se te incorpore a esta cartera, pero tú cuenta conmigo; vamos adelante, prepárate, haz tu proyecto y ponte a estudiar los temas”. Así inició la que ha sido una de mis aventuras más importantes en el sector público y

que describiré posteriormente, porque forma parte de un acervo histórico y anecdótico que debo compartir.

La toma de posesión de Jorge fue por cierto muy elegante; su discurso, muy bien elaborado, un poco titubeante, por lo cual mucha gente pensó que Jorge tenía temor; pero la verdad es que, y nosotros lo sabíamos, él sufría de un padecimiento llamado “temblor idiopático”, que no tiene nada que ver con tener miedo o tener ansiedad; es simplemente que, cuando uno utiliza los brazos en cierta posición, firme, como es el caso de tomar el micrófono, empieza a darse una reacción que genera un temblor muy fino; eso es parte del síndrome del temblor idiopático, y no tiene ninguna repercusión patológica. No obstante, el planteamiento en su toma de posesión fue muy brillante y de una gran profundidad, pues expresó con gran claridad su criterio de gobernar y el proyecto de cómo hacerlo, lo que cumplió con éxito en los seis años de su gobierno.



Rafael Coronel

Contexto Internacional 1979 – 1985

Iniciando enero de 1980, se sigue armando el escenario de la nueva guerra que van a perpetrar los Estados Unidos de América de nueva cuenta en contra de la Unión Soviética, esto a través de Afganistán. Fue así que el presidente Carter ganó la aprobación del congreso norteamericano para levantar el bloqueo que se tenía impuesto a Pakistán para armarse, pues Carter consideró que la presencia de tropas en Afganistán era una invasión. Toda esta situación causó descontento al gobierno de India, por ello la primera ministra Indira Gandhi piensa que todo esto es una estrategia beligerante entre soviéticos y estadounidenses, quedando ellos en medio del conflicto.



Soldados Rusos en Afganistán.

Por su parte, la agencia de noticias soviética Tass, comenta que las declaraciones de Carter son propagandísticas, así como dotadas de hipocresía y mentiras. Por su parte Carter habla de consecuencias severas hacia la Unión Soviética por su comportamiento y lanza un embargo de granos, así como mantener la presencia de flotas militares en el océano Índico. El embargo es aprovechado por los argentinos, quienes quieren que sus granjeros suplan de granos a los soviéticos y sacar provecho de ese nicho de mercado.

A Carter le preocupa la presencia de los soviéticos en Afganistán, sobre todo por la influencia que pueden tener hacia las reservas de petróleo ubica-

das en el Golfo Pérsico y es por ello que urge a su gobierno a tomar medidas en el asunto, buscando que los soviéticos salgan de ese país. Por su parte el senador Edward Kennedy acusa a Carter de estar promoviendo una histeria de guerra dentro de los Estados Unidos.

Mientras tanto, en febrero de 1980, el Arzobispo salvadoreño Óscar Romero continúa predicando para defender a los derechos humanos en su país y en el mundo entero. Sin embargo sería asesinado hacia finales de marzo de 1980 sería asesinado cuando ofrecía misa en la capilla del hospital de la Divina Providencia, fue victimado por un francotirador a los 62 años de edad.

En abril de 1980, el Ayatolá Jomeini se queja de la opresión que tienen los Shia en Iraq y les urge a realizar una rebelión en contra de Saddam Hussein, por su parte el líder iraquí habla en contra de esas manifestaciones diciendo que no tienen importancia y que la victoria está de su lado.

Por otro lado, con motivo de fomentar el apoyo a la reciente revolución iraní, un grupo de estudiantes del Islam toman la embajada estadounidense en ese país y a su vez tuvieron cautivos a 53 ciudadanos norteamericanos. La situación se tornó delicada cuando a finales de abril de 1980 el gobierno de Estados Unidos intentó realizar un rescate de los ciudadanos estadounidenses en la mencionada embajada, en lo que se conoció como operación garra de águila, derivando en una falla total de la misma, pues se destruyen dos aviones y mueren 8 norteamericanos. El Ayatolá Jomeini atribuye a la intervención divina el fracaso de la misión del gobierno de Carter, mientras que el presidente de Estados Unidos se compromete a rescatar a los ciudadanos secuestrados.

En este año es cuando el gobierno de Fidel Castro da la oportunidad a que cualquier ciudadano cubano que quiera abandonar la isla e irse a los Estados Unidos, en Miami, es libre de hacerlo. Mientras que el presidente Carter abre las puertas de Florida para que los refugiados cubanos puedan entrar a ese país. Pero diversos medios norteamericanos, señalan que los cubanos que están llegando a Estados Unidos son criminales que estaban en la cárcel de Cuba.

Pasando a Corea del Sur, después del asesinato de Park Chung-hee (presidente de ese país), el entonces primer ministro Choi Kyu-hah pierde el poder a manos del general Chun Doo-hwan, quien establece una ley marcial para calmar las protestas de más de 50,000 estudiantes en contra del ré-

gimen autoritario, la ley marcial se ampliaría a todo el país con el fin de eliminar la asamblea nacional, así como queda prohibida la prensa y las reuniones políticas.

Sin embargo los estudiantes y ciudadanos no se quedan tranquilos y preparan una demostración en contra de la ley marcial, se calculan números de aproximadamente 100,000 participantes. Sin embargo las fuerzas militares aumentan la presión para dismantelar las



Chun Doo-hwan

protestas, en donde lo que se conoce como la masacre de Kwang-ju, alrededor de 70,000 tropas militares embisten en contra de los manifestantes, los reportes señalan la muerte de al menos 2,000 protestantes.

Volviendo al conflicto en Afganistán, el presidente Carter pide que los jóvenes de 18 a 20 años se registren para un “draft” en relación a la invasión registrada por la Unión Soviética en territorio afgano. La popularidad de Carter está muy baja, incluso se habla de que está peor que la que tuvo Nixon cuando renunció por los escándalos de su mandato.

Surge en este tiempo el escándalo de Billy Carter, hermano del presidente de los Estados Unidos, pues se le vincula con el gobierno de Libia, habiendo recibido montos por 220,000 dólares, aunque algunos señalan que el monto superaba los 2 millones de dólares. La prensa acusa al hermano del presidente de ser agente libio, buscando intereses de ese país en los Estados Unidos.

Por otro lado, en la convención nacional de los republicanos, se perfila Ronald Reagan para ser el candidato a contender por la presidencia de los Estados Unidos. En su discurso de aceptación a representar a los republicanos, habla sobre la familia, la libertad, la paz y el trabajo, además de que no se va a quedar con los brazos cruzados mientras observa que su país es consumido por un liderazgo mediocre. El candidato contra el compitió fue el mismo Carter.

De igual forma, en este año se llevan a cabo los juegos olímpicos en la Unión Soviética, pero debido a la invasión realizada por ese país a Afganistán,

los Estados Unidos realizan un boicot a esas olimpiadas, al no participar en ellos. A esta medida se suman otros 65 países que no acuden tampoco, entre ellos México.

Recordando el tema del dictador Anastasio Somoza, el presidente Carter se niega a darle asilo en los Estados Unidos, por lo que Somoza se va a Paraguay, en donde se encontraba otro dictador: Alfredo Stroessner. Pero mientras paseaba en automóvil, Somoza es asesinado por medio del disparo de una bazuca, por el grupo guerrillero argentino denominado: Ejército Revolucionario del Pueblo que era liderado por Enrique Haroldo Gorriarán Merlo.

Retomando a Saddam Hussein en Iraq, declara nulo el pacto de no agresión a Irán, por lo que Hussein lanza un ataque por tierra y aire para invadir a su vecino. Situación que Reagan crítica, diciendo que esta guerra es causada por la débil política internacional y de defensa del presidente Carter. En cuanto al enfrentamiento, el Ayatolá Jomeini habla de victorias obtenidas por sus ejércitos ante las fuerzas iraquíes, describiendo que sus soldados no solamente pelean por sacar a los invasores, sino que también quieren castigar a los Suníes, ya que Jomeini es Shia, ambas siendo ideologías del Islam.

Después de los debates entre Reagan y Carter, para la presidencia de los Estados Unidos, Ronald Reagan gana por una victoria amplia y se convierte en el presidente número 40 de los Estados Unidos.



John Lennon.

Como dato interesante, a finales de este año Microsoft e IBM firman un acuerdo para que la empresa de Bill Gates le provea de software de sistema operativo a la microcomputadora del gigante fabricante de computadoras. Esto marcaría un notable éxito en esta empresa y su liderazgo en el mercado de la tecnología. La primera computadora IBM con el sistema operativo de Microsoft salió al mercado en abril de 1981.

También, en este año, un fanático (Mark David Chapman) seguidor de los Beatles y particularmente de John Lennon

le dispara a este último para darle muerte. Causando la tristeza de millones de fanáticos quienes adoraban a este cantautor.

Para 1981, Ronald Reagan se sienta en la silla presidencial de los Estados Unidos y promete a su pueblo un gobierno de prosperidad económica con una economía saludable que logre proveer igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos norteamericanos. Se trabaja en una medida de recortes al presupuesto norteamericano, pero Reagan promete no tocará la seguridad social de los ciudadanos. En otro tema, continúan las tensiones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos debido a la invasión afgana por parte de los soviéticos.



Presidente Ronald Reagan.

En otro tema, ante la falta de Mao Zedong, Madame Mao (que usaba el seudónimo de Jiang Qing) es sentenciada a muerte por un tribunal de China, debido a los crímenes que se cometieron durante la Revolución China, particularmente la muerte de miles de personas, pero ella alegó siempre que solamente cumplió órdenes de su esposo. Incluso se dice que llegó a decir lo siguiente: “Mi papel era ser el perro enojado de Mao. Si él estaba molesto con alguien y decía que había que mordearlo, entonces yo lo mordía”. Sorpresivamente su sentencia fue cambiada a cadena perpetua.

Dentro de este año de 1981, el líder del movimiento solidario en Polonia, Lech Walesa, que posteriormente sería presidente de ese país, luchaba a favor de los derechos de los trabajadores y se empezaba a hacer famoso por su ímpetu de organizar huelgas para exigir igualdad de condiciones a los obreros dentro de las empresas de su país.

En este 1981 siguen los problemas dentro de El Salvador, pues surgen las primeras insurrecciones del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), tomando el nombre de un líder comunista fusilado en un levantamiento armado en 1932, Agustín Farabundo Martí. Este grupo, lanza diferentes ofensivas contra el gobierno en turno, por lo que empezó a fortalecerse militarmente, con lo que amenazó con una guerra prolongada en ese país.

Para esto, el gobierno de Reagan se queja en relación a que la Unión Soviética está enviando armas a los comunistas salvadoreños beligerantes y por ello promoviendo la inestabilidad de ese país. Por lo que Estados Unidos quiere prevenir el ingreso de la ideología comunista – socialista dentro de El Salvador. Mucho se ha dicho que el conflicto derivado del FMLN, que se tradujo en una Guerra Civil en el Salvador, fue atrás de bambalinas un enfrentamiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, dentro de lo que ahora conocemos como Guerra Fría. Pues se confirmaría que los elementos de las Fuerzas Armadas de El Salvador (FAES) recibieron entrenamiento por parte de las fuerzas militares estadounidenses, mientras que su contra parte en el conflicto, el FMLN, mantuvo contacto en estrategias militares con la URSS.

Por otro lado, mientras el gobierno de Reagan se dispone a hacer recortes en los puestos de gobierno federal para reestructurar deuda, Margaret Thatcher en Inglaterra anuncia un aumento de impuestos, para compensar el desequilibrio que se tiene en el presupuesto inglés. Ambos países tratan, con sus respectivos medios y estrategias, por aliviar el desempleo y la inflación que aqueja a cada una de sus naciones. Por ejemplo en la localidad Brixton, al sur de Londres, surgen protestas y actos de vandalismo debido a que los pobladores no cuentan con empleo. Se habla de cifras de desempleo, en esa comunidad, superiores al 20%.



Ku Klux Klan

A raíz de la violencia en que vivimos en la actualidad y que ha marcado la evolución del hombre, así como haciendo énfasis en el daño que hace el tener fanatismo a ideologías racistas, comento el terrible caso de Michael Donald, un joven afroamericano de Alabama que fue seleccionado por miembros del Ku Klux Klan para golpearlo y luego colgarlo en un árbol. Al final, un juez declaró culpable al clan de ese terrible acto de violencia y asesinato, cargándole la suma de 7 millones de dólares para compensar a la madre del fallecido, la señora Beulah Mae Donald. Esa cantidad de dinero, hizo que el clan cediera sus oficinas centrales a la madre de Michael, situación que los llevó a la bancarrota para la posterior disolución de esa organización en 1987. Gracias a la búsqueda de justicia, se logró dismantelar una de las organi-

zaciones más terribles y temibles que hayan surgido de la mente irracional del hombre, en los Estados Unidos.

A 79 días de que Ronald Reagan tomó el cargo de Presidente de los Estados Unidos, sufre un intento de asesinato cuando salía de una conferencia en el hotel Washington Hilton, en Washington DC, tanto Reagan como algunos policías y el secretario de prensa fueron heridos por los disparos. El presidente norteamericano fue herido en el pecho, pero gracias a la rápida intervención de los doctores, se le salvó la vida. El perpetrador de los hechos, John Hinckley, Jr., fue encontrado demente y recluido a una institución mental, en donde permanece hasta la fecha. Curiosamente Hinckley declaró que hizo esto para impresionar a la actriz Jodie Foster.



Intento de asesinato del Presidente Ronald Reagan.

El perpetrador de los hechos, John Hinckley, Jr., fue encontrado demente y recluido a una institución mental, en donde permanece hasta la fecha. Curiosamente Hinckley declaró que hizo esto para impresionar a la actriz Jodie Foster.

Otro atentado, que causó aún más impresión que el de Reagan, fue el 13 de mayo de 1981 contra el Papa Juan Pablo II, donde Mehmet Ali Ağca le disparó cuando el Pontífice estaba paseando en la Plaza de San Pedro en el Vaticano. Juan Pablo II sobrevivió al atentado, quedando con heridas en el brazo, la mano y el abdomen. Pero lo más sorprendente fue que el Papa visitó en 1983 a su agresor, con el objetivo de platicar con él y otorgarle el perdón, mostrando así la grandeza de su persona y el amor que profesa la religión católica.

En temas, un poco más alegres para el mundo, el Príncipe Carlos de Inglaterra hace su esposa a Diana Spencer, contrayendo nupcias en la iglesia de la Catedral de San Paul en Londres. Posteriormente Diana Spencer sería conocida como Diana, princesa de Gales y comúnmente como Lady Di.

Retomando la historia dentro de México, son épocas donde el socialismo coquetea con el gobierno y gran parte del pensamiento de los mexicanos abraza a este sistema económico, debido a esto el entonces presidente López Portillo invita al presidente de Cuba Fidel Castro para que venga a México y así ambos mandatarios puedan discutir su perspectiva en relación a Centro-

américa. Esto marcó una gran relación entre México y Cuba, pues tenía 22 años que Castro no estaba en México. La reunión se llevó a cabo en las bellas playas de Cozumel, Quintana Roo.

Recordando los enfrentamientos dentro de El Salvador, entre las guerrillas y el gobierno en turno, la situación sigue escalando, en donde cada bando da alarde sobre sus pequeñas victorias. Por lo que el líder del FMLN, Guillermo Ungo, comenta que ningún bando será capaz de derrotar a su contrincante y por ende incapaz de lograr acuerdos y paz en ese país. Tanto Francia como México reconocen al FMLN como una fuerza política opositora del gobierno salvadoreño. De igual forma el presidente de Venezuela, Luis Herrera Campins, habla en su visita a la Casa Blanca que no está de acuerdo con la intervención estadounidense dentro de Nicaragua, además de que no favorece ningún tipo de intervención norteamericana en Centro América.

Mientras tanto, en Guatemala se reportan miles de muertos dentro de la Guerra Civil que se está llevando a cabo en ese país, incluso se le denomina hoy en día como el Genocidio Guatemalteco. Muchos historiadores refieren a que el inicio de esa guerra fue por la intervención estadounidense dentro de ese país, con el objetivo de derrocar el gobierno de Jacobo Arbenz, gracias a un golpe de estado perpetrado por la CIA.

Volviendo a la situación en Egipto, el presidente Sadar se encuentra festejando la ofensiva en contra de Israel en relación al Canal de Suez, con un desfile en el Cairo. Sin embargo un grupo radical islamista liderados por Khalid Islambouli disparan contra el presidente egipcio, dándole muerte e hiriendo a otras personalidades como fue el caso del vicepresidente egipcio Hosni Mubarak. Gracias a la rápida intervención de las fuerzas armadas egipcias, se logra detener, juzgar y sentenciar a muerte a Islambouli.

Debido a estas terribles acciones violentas, el ahora presidente de Egipto, Mubarak, curiosamente se dirige al pueblo hablando sobre la necesidad de lograr igualdad dentro de la sociedad egipcia y no una sociedad de clases privilegiadas y que sean diferentes al resto de la población. Todo esto lo resume como el objetivo de la nueva justicia social que buscará su gobierno. Resulta increíble leer que los líderes, llegan con ideas frescas de renovación, igualdad, equilibrio y promoción de una especie de socialismo, pero una vez que se sientan en la silla del poder, se les olvidan todas sus promesas y caen en lo que ellos mismos criticaron y denunciaron como injusto.

Para 1982, las tensiones entre Libia y los Estados Unidos suben de nivel pues el gobierno de Ronald Reagan considera que Gaddafi es un dictador y terrorista, por lo que imponen un embargo a las importaciones libias de petróleo. Por su parte Gaddafi arremete también contra Reagan diciendo que el verdadero terrorista es él.

En otros conocidos conflictos armados, en abril de 1982, el gobierno argentino envió tropas a las islas Malvinas o también conocidas como Falkland Islands, que estaban bajo dominio británico, pues las considera parte de la Tierra de Fuego y por ende de su propiedad. La respuesta de Margaret Thatcher fue de igual forma enviar



Soldados Argentinos durante la “Guerra de las Malvinas”.

tropas para repeler esa invasión argentina. Este conflicto, conocido como Guerra de las Malvinas o Guerra del Atlántico Sur, tuvo su desarrollo entre el 2 de abril de 1982 con la invasión y ataque argentino a las islas, terminando el 14 de junio del mismo año cuando se estableció un cese al fuego y la recuperación de las islas por parte del gobierno de Thatcher.

Siguiendo dentro de Inglaterra, en Londres se lleva a cabo un atentado contra el embajador israelí, perpetrado por grupos palestinos. Fue entonces que se desata un nuevo conflicto bélico entre Israel y Palestina. Los primeros enfrentamientos señalan el uso de artillería pesada y cohetes hacia el norte de Israel. La respuesta de este país es bombardear los cuarteles de la Organización para la Liberación de Palestina e invadiendo el sur de Líbano, logrando que las fuerzas libanesas se replieguen. Por increíble que parezca, los enfrentamientos entre judíos y palestinos continúan presentándose a lo largo de la historia de la humanidad.

Ante estos embates de guerra, se llega al acuerdo de que tropas francesas, americanas e italianas formaran parte de los cuerpos de paz para mantener el orden en Líbano. Además para ayudar a que las fuerzas armadas para la liberación de palestina de Yasser Arafat puedan salir del país de forma segura

y evitar futuros enfrentamientos. Fue así que los combatientes fieles a Arafat y él mismo, salen hacia Grecia, buscando un nuevo cuartel general para sus operaciones, mismo que encontraron en Túnez.

Casi a finales de agosto, se eligió a un nuevo presidente de Líbano que fue Bashir Gemayel, quien prometió ser un presidente del pueblo, fue asesinado, junto con otras 25 personas, por una bomba. Su asesinato fue adjudicado Habib Tanius Shartouni, un miembro sirio del partido nacional socialista. Después de esto Ariel Sharon, comandante en jefe, pide a la milicia libanesa cristiana que busquen a los terroristas dentro de Líbano, logrando miles de palestinos asesinados en esa inútil búsqueda. Surgen marchas, dentro de Israel, para demandar la renuncia del primer ministro de ese país, miles de personas se congregan solicitando lo anterior.

Por otro lado, las guerrillas en el Salvador preocupan al gobierno en turno, pues han detectado que cada vez actúan con mayor coordinación, lo que aumenta su peligrosidad. Por lo tanto el embajador estadounidense en ese país, Deane R. Hinton, advierte que la ayuda de Estados Unidos hacia El Salvador se puede detener, si el gobierno no hace nada para detener y esclarecer la muerte de miles de civiles.

De igual forma, diversos medios masivos de comunicación en los Estados Unidos, acusan al gobierno de Ronald Reagan de estar apoyando a las operaciones militares en contra del gobierno en Nicaragua, para eliminar al presidente en turno.

Pasando a la Unión Soviética, muere el líder Leonid Brezhnev a los 75 años, el día 10 de noviembre de 1982. En su lugar el es jefe de la KGB, Yuri Andropov, es elegido como Secretario General del Partido Comunista y máximo líder de la Unión Soviética que le duraría solamente hasta 1984.

Entrando al año de 1983, este fue designado como el año mundial de las comunicaciones, por parte de las Naciones Unidas. Dentro de este tema, es importante señalar que en el tema del Internet, la red de computadoras denominada Advanced Research Projects Agency Network o mejor conocida por ARPANET, creada por el departamento de defensa de los Estados Unidos, migra al protocolo TCP/IP (protocolo de transmisión y protocolo de internet). En este punto, la compañía IBM sacó al mercado su computadora personal denominada IBM Personal Computer XT, con un sistema operativo PC-DOS 2.0-3.20/SCO Xenix, Intel 8088 a 4.77 MHz y una memoria de

128KB – 640KB. También, dentro de este año, sale al mercado el software Lotus 1-2-3 compatible con las computadoras IBM, en lo que fueron los inicios de las hojas de cálculo computacionales.

Fue el año en el que el presidente Reagan se refiere a la Unión Soviética como un imperio malévolo y diabólico, situación que debe tratarse con cautela y estar atentos a la maldad del comunismo y socialismo. Por ello Reagan, habla de la capacidad tecnológica de su país para poder detectar e interceptar misiles enemigos y prevenir un desastre en Norteamérica. Esto fue conocido como la iniciativa de defensa estratégica (SDI). El programa recibió muchas críticas y algunos científicos lo catalogaron como imposible con la tecnología actual, faltando mucho por aprender y desarrollar para lograr este objetivo. El proyecto de Reagan llegó incluso a ser catalogado como “Star Wars”, haciendo alusión a la popular película de George Lucas.

De igual forma, en este 1983, el Pioneer 10 se convierte en la primera sonda espacial que haya llegado hasta la órbita de Neptuno. Recordamos a esta nave debido al mensaje que contenía, en el caso de encontrar otras civilizaciones inteligentes en el espacio, el mensaje era una placa de oro con dos figuras humanas (hombre y mujer), así como un esquema de nuestro sistema solar, con la posición de nuestro planeta en el mismo. También en 1983, la física norteamericana Sally Kristen Ride se convierte en la primera mujer estadounidense en estar en el espacio exterior.

Por otro lado, el grupo terrorista italiano con ideas de Marx y Lenin, denominado Brigada Roja (Brigate Rosse), caracterizado por secuestros, vandalismo, robos y violencia política recibe un fuerte golpe, pues 25 de sus miembros son sentenciados a cadena perpetua debido a encontrarlos responsables de la muerte de Aldo Moro (ex Primer Ministro de Italia).

Mientras tanto, el planeta nos recuerda que aunque este dormido, su poderío se puede manifestar en cualquier momento y prueba de ello es el volcán hawaiano denominado Kilauea que es uno de los más grandes del mundo y que tuvo su última erupción en 1983, pero continua con actividad hasta la fecha. Los nativos consideran que en ese volcán vive su diosa del fuego, denominada Pelé.

En cuanto a los deportes, el tenista sueco Björn Borg se retiró de las canchas, después de ganar 5 títulos consecutivos de Wimbledon, que es el torneo de tenis más antiguo en el mundo, pues data de aproximadamente

1868 y por ello es considerado como uno de los trofeos más prestigiosos en este deporte blanco.

Como dato curioso, dentro de este año, se pide a los automovilistas del Reino Unido y de Hong Kong que usen el cinturón de seguridad de forma obligatoria al operar su automóvil. Sin embargo, el primer país que pidió el uso obligatorio del cinturón de seguridad fue Australia en 1970.

Recordando el conflicto entre Inglaterra y Argentina, diversos ciudadanos argentinos manifiestan su preocupación por familiares desaparecidos durante la breve guerra, sin embargo la respuesta de los ingleses es que ellos no guardan ninguna información confidencial al respecto. Por otro lado, diversas organizaciones de derechos humanos argentinas, denuncian la existencia de campos secretos en donde se castiga y tortura a supuestos criminales, también el Vaticano critica al gobierno argentino y su dureza militar y dictatorial hacia sus ciudadanos. En octubre de este año se llevaron las primeras elecciones democráticas en Argentina, después de 7 años de dictadura militar.

Hablando del fin de otras formas de gobierno represivas, en Polonia se pone fin a la ley marcial y se les ofrece amnistía a los prisioneros políticos. Mientras que en Sri Lanka, las guerrillas Tamil cingales, que son una minoría de esa población, se enfrentan contra los militares de ese país, matando a 13 de ellos. La represalia del gobierno es mayor dejando un saldo de miles de muertos tamiles y cuantiosas pérdidas materiales en sus propiedades. Todos estos enfrentamientos serían conocidos como “julio negro”, en donde el gobierno atacó a la población tamil, debido a que ellos controlaban la mayoría de los trabajos en el gobierno de Sri Lanka, gracias al esquema establecido por el colonialismo inglés, situación que el líder electo de ese país quiere remediar y eliminar. De aquí surgen las relaciones beligerantes entre los tamiles y los sinhalese.

Entrando a septiembre de 1983, el vuelo de las aerolíneas coreanas número 007 es derribado por un avión de combate soviético, esto cuando el avión entró en el espacio aéreo de los agresores. Mueren en este ataque, los 269 pasajeros, incluido Larry McDonald, un congresista de los Estados Unidos. La respuesta soviética es que efectivamente dispararon en contra del avión, pues no sabían que era un vuelo comercial.

De igual forma el vuelo del Golfo número 771, con ruta de Pakistán, Karachi y Abudabí, se estrella en los Emiratos Árabes Unidos, después de

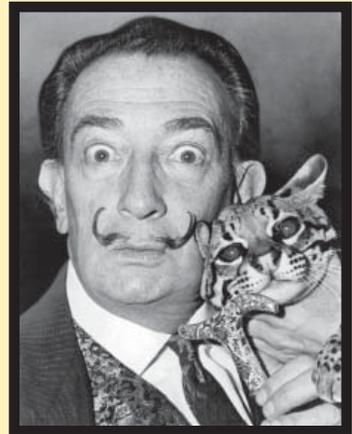
que explotó una bomba en el compartimiento de equipaje. En esta ocasión mueren 117 pasajeros.

Volviendo a los Estados Unidos de América, el presidente Reagan anuncia la disponibilidad del sistema GPS (Sistema de Posicionamiento Satelital), además de que el 2 de noviembre de 1983, el mismo presidente norteamericano crea un convenio federal para en ese día sea feriado y se celebre el día de Martín Luther King Jr.

Para finales de octubre de 1983, se llevan a cabo las primeras elecciones democráticas en Argentina, después de un período oscuro de gobierno militar. Fue entonces que en diciembre, con la elección oficial del presidente argentino Raúl Alfonsín, se da por terminado el régimen militar y se da paso a la democracia.

En temas artísticos, Salvador Dalí anunció la creación de la fundación Gala – Salvador Dalí, en el Castillo de Púbol, casi llegando a Navidad de 1983. Este célebre pintor donó diversas obras a la fundación y durante los inicios de la fundación fue dirigida y presidida por él mismo.

Entrando a 1984, el que se convertiría en un gigante dentro del mercado computacional, es decir la compañía Apple, lanza a finales de enero su popular máquina Apple Macintosh, entrando en una carrera por conquistar el mayor número de usuarios, compitiendo con compañías como IBM en su momento, la Macintosh o Mac fue la primera que contaba con un “ratón” y una interface gráfica para el usuario, en estas fechas fue un éxito comercial.



Salvador Dalí.

En el tema deportivo, se llevan a cabo las olimpiadas de invierno en Sarajevo, evento que tuvo una duración del 8 al 19 de febrero de 1984, con la participación de más de 1200 atletas, entre hombres y mujeres, con 49 naciones compitiendo. Por otro lado se tienen también las olimpiadas de verano en Los Angeles, California, participando alrededor de 6,500 atletas de 140 naciones, donde la Unión Soviética anunció un boicot a los mismos juegos debido a la pugna que enfrentó con los Estados Unidos.

Por otro lado, mientras Reagan se reunió con el teniente naval Robert Goodman, después de salir de cautiverio en Siria, en la casa Blanca y también después de establecer relaciones diplomáticas con el gobierno del Vaticano, en la Unión Soviética Konstantin Chernenko sustituye a Yuri Andropov como Secretario General del Partido Comunista.

A su vez, ante los acontecimientos entre Irán e Irak, donde el primero acusa al segundo de usar armas químicas y se pide la intervención de las Naciones Unidas; el presidente Reagan hace un llamado para la prohibición de ese tipo de armas en todo el mundo.

Recordamos también la explosión de la mina de carbón Miike, conocida como la mina de carbón Mitsui Miike ubicada en Omuta, Fukuoka y Arao Kumamoto en Japón, dejando a 83 muertos. De igual forma recordamos el secuestro del jefe de la CIA en Beirut, William Francis Buckley, y su posterior muerte en cautiverio, así como otros actos de secuestro por palestinos con el fin de lesionar a los judíos.



Transbordador Espacial Discovery

En otros avances científicos y tecnológicos, dentro del afán del hombre por conquistar el espacio, se lanzó el transbordador espacial Discovery realizando investigaciones en la Estación Espacial Internacional. Para junio de 1985 esta sonda espacial terminó su travesía, siendo recordada porque transportó al primer árabe musulmán al espacio (Sultan bin Salman bin Abdulaziz Al Saud).

En cuanto al colonialismo, particularmente dentro del Reino Unido, éste país firma un tratado con la República del Pueblo Chino con el objetivo de devolver Hong Kong a China. Mientras que, también en temas del Reino Unido, existe un atentado de asesinato a Margaret Thatcher por parte del Ejército Pro-

visional Republicano Irlandés, en un bombardeo al hotel Brighton, donde por buena suerte no tuvieron éxito, logrando fuertes daños a la habitación de la Primer Ministra, pero nada grave en su persona. Sin embargo, en otro atentado que sí tiene éxito, es el de Indira Gandhi que fue perpetrado por dos de sus guardaespaldas en represalia por el ataque al Templo Dorado durante la operación estrella azul. Rajiv Gandhi queda como primer ministro de India.

Fue también en este año cuando se presentan graves reportes por parte de la BBC, en donde se tiene que miles de personas de Etiopía están muriendo por hambre y desnutrición y millones se encuentran en riesgo de caer presa de esa terrible situación. Por lo anterior, diversos países de la Unión Europea se avocan a crear un fondo para tratar de eliminar la hambruna en ese país y darle alivio a esa población con comida.

Para noviembre de 1984, tenemos que dentro la carrera presidencial de los Estados Unidos, Ronald Reagan le gana, con un 59% de la votación, a Walter F. Mondale, para continuar con su segundo período como Presidente del pueblo norteamericano. Públicamente fue reconocido el 21 de enero de 1985, jurando así ser el presidente electo ganador. Hablando de democracias pioneras, contamos con el caso de Brasil, que después de 21 años de dictadura militar, gana Tancredo Neves, sin embargo no tomó posesión debido a que muere antes de poder jurar ante la bandera de su país e iniciar su mandato, fue sucedido por José Sarney.

En cuanto a temas médicos, recordamos a William J. Schroeder, quien se convirtió en el primer paciente en recibir un corazón artificial (Jarvik 7) y dejar un hospital con el mismo, desgraciadamente murió 620 días después por una infección de los pulmones. De todas formas, esto sirvió para abrir paso a nuevos horizontes médicos en el área médica de la cardiología. Siguiendo en el tema médico, la FDA (Food and Drug Administration) aprueba el analizar las donaciones de sangre para buscar el VIH, dentro del territorio de los Estados Unidos, con el fin de evitar que se propague este tipo de enfermedad.

Surge en la Unión Soviética la figura de Mikhail Gorbachev, al convertirse en Secretario General del Partido Comunista Soviético y por lo tanto líder de ese mismo país, iniciando la transformación de su nación y abriéndose camino para convertirse en el futuro presidente. Entre sus primeras acciones destacan la reorganización económica, así como la modernización tecnológica y el incremento en la productividad agrícola e industrial, así como las re-

formas a la burocracia soviética para que fuesen más eficientes, aumentando su productividad, disminuir el absentismo y detener la corrupción. Todo lo anterior con el fin de que la economía soviética se pareciera a una empresa y lograr así salir del atraso económico en que se encontraba ese país. Esto fue conocido como “Perestroika” que significa reestructuración, al final lo que consiguió fue el fin de la de Gorbachev y la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En temas de genios, Ruth Lawrence, consiguió graduarse en matemáticas en la Universidad de Oxford, a los 13 años de edad, para convertirse en la mujer británica más joven en obtener un grado universitario y la más joven en graduarse dentro de la Universidad de Oxford. Su título lo obtuvo con menciones honoríficas y actualmente se desempeña como profesora asociada de matemáticas en el Instituto de Matemáticas Einstein.

Este año de 1985 no estuvo exento de tragedias y accidentes, algunos de los que recordamos fueron el del vuelo Delta 191 que se estrelló cerca de Dallas, matando aproximadamente a 137 personas, así como el vuelo de Air India 182 que estalló al sur de Irlanda matando a los 329 pasajeros que llevaba. Pero la tragedia que más recordamos en este año, fue la del terremoto de 8.1 grados Richter en la ciudad de México, en donde fallecen alrededor de 10,000 personas y deja a más de 90,000 personas sin hogar y a más de 30,000 lesionados.

Para cerrar 1985, como dato curioso, el entonces presidente de los Estados Unidos de América, Ronald Reagan, vende los derechos de su autobiografía a Random House, en unos 3 millones de dólares.



Sylvia Ordóñez

Contexto Nacional 1979 – 1985



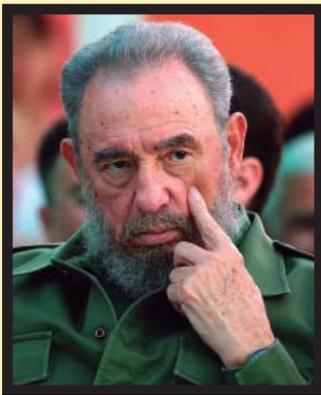
Por esta época, y con el descubrimiento de vastos yacimientos petrolíferos en nuestro país, lo que se pensó permitiría una gran exportación de petróleo y con ella el ingreso de muy importantes recursos económicos a México, se auguraba una rápida recuperación de la economía, lo que se dio por un corto tiempo. Esta confianza en el resurgimiento de nuestra economía provocó que el gobierno incrementara el gasto público y el dinero circulante, y que se aumentara considerablemente la deuda pública, externa e interna, lo que desencadenó una acelerada inflación y la pérdida de competitividad con el exterior. Con ello, se redujeron sustancialmente las exportaciones.

En esa misma década, la economía mundial entró en una severa recesión, lo que obligó a los países desarrollados a adoptar políticas restrictivas del gasto y proteccionistas de sus plantas productivas. Como consecuencia de lo anterior, el gobierno del presidente López Portillo se vio precisado a endeudar más al país y, para 1982, México pagaba, sólo por intereses de la deuda externa, 14 mil millones de dólares, lo que, a decir de economistas de la época, representaba la mitad de las exportaciones de bienes y servicios.

La recesión mundial y esta enorme deuda produjeron un marcado descenso del Producto Interno Bruto y un incremento en la inflación, por lo que, en 1982, falto de recursos, el gobierno se vio obligado a decretar la interrupción del pago de la deuda externa, lo que motivó una crisis internacional, pues varios países siguieron nuestro ejemplo. Dado este colapso de la economía mexicana, se redujo la capacidad de consumo de la población; hubo una mayor inflación y se dieron una serie de devaluaciones, que hicieron que el

valor de nuestra moneda pasara de 27 a 90 pesos por dólar. Al finalizar la administración del presidente López Portillo, la deuda externa llegaba a 76 mil millones de dólares.

Dado que las inversiones del Estado en obra pública y desarrollo social se veían restringidas, pues no se captaban suficientes recursos, y el sistema financiero internacional limitaba los créditos a México, en esta época entró en vigor en nuestro país el Impuesto al Valor Agregado (IVA), que, aunque tuvo su origen en España, en el Siglo XIV, actualmente se aplica en muchos países, especialmente entre los integrantes de la Unión Europea, y consiste en un gravamen sobre el consumo, que en cada transacción comercial entrega el consumidor final al vendedor, quien lo transfiere al fisco. La novedad de este impuesto es que no tomaba en cuenta las condiciones económicas de los contribuyentes, sino sólo las operaciones económicas realizadas, y que con él se resolvían problemas de doble tributación y de deterioro de los ingresos de estados y municipios.



Fidel Castro

En el aspecto internacional, el gobierno de López Portillo se opuso al régimen dictatorial nicaragüense de Anastasio Somoza; invitó a Fidel Castro a visitar nuestro país, después de 22 años de no hacerlo, y ante el pleno de la Organización de las Naciones Unidas, propuso, y fue aprobado, el Plan Mundial de Recursos Energéticos. Asimismo, se restablecieron las relaciones diplomáticas entre México y España, que se habían interrumpido en 1939, tras la Guerra Civil española, pues sólo reconocíamos como gobierno legítimo de España el de la República en el exilio. En un gesto de buena voluntad hacia los mexicanos, el entonces presidente español, Adolfo Suárez, visitó oficialmente México, y López Portillo viajó a España.

Por esa misma época, 1979, el papa Juan Pablo II visitó nuestro país para inaugurar la III Reunión de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, en Puebla, y recorrió también las ciudades de México, Monterrey, Oaxaca y Guadalajara, donde millones de mexicanos salieron a las calles para vitorearlo.

Por estos años continuaba la migración hacia las ciudades y, consecuentemente, el descenso de la población económicamente activa

en el campo y, con ello, de la producción agropecuaria, lo que originaba importante pérdida de divisas, pues todavía en 1960 representaba el 42% de las exportaciones, y para 1980 bajó al 10%, en tanto que se fortalecía la industria manufacturera, que en 1970 representaba el 35% del valor de las exportaciones. Sin embargo, por un corto periodo se retrajo, pues en 1980 bajó hasta el 19.5%.

La migración acentuaba las disparidades económicas y sociales, y radicalizaba los problemas y carencias, producto de la concentración y dispersión poblacional, pues para el Estado era tan caro llevar los servicios a las grandes ciudades, como dotar de ellos a las poblaciones pequeñas y aisladas. Por su parte, a decir de la *Nueva Historia de México*, de El Colegio de México, durante esta etapa, el comercio, rubro en que se incluyen hoteles y restaurantes, fue el más importante de la economía nacional. Si a esto se sumaran el 10% de los servicios financieros y el 18% de servicios personales, nos hablarían de la preeminencia de los servicios en nuestra economía.

En agosto de 1981, y con la idea de abatir el rezago educativo, atendiendo a las personas mayores de 15 años que por alguna razón no tuvieron la oportunidad de aprender a leer o a escribir y ayudar a preparar a quienes no han terminado su educación primaria o secundaria, para que la concluyan, se creó el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos. En el decreto de creación, se establece que, sin perder su relación con el sector educativo, el instituto debe impulsar la educación de los adultos, mediante un programa con contenidos y temas que tomen en cuenta las experiencias, saberes y conocimientos de las personas.

Por esa época, el país entró en una severa crisis económica, que ya mencionamos, producto del alza en los intereses de la deuda externa y la caída en los precios del petróleo, con lo que hubo un creciente desempleo, y muchos empresarios, con la idea de protegerse, sacaron del país sus capitales, en dólares. Por ello, y casi al término de su mandato, el presidente López Portillo nacionalizó el sistema bancario y decretó el control de cambios como una medida, a decir de él, para frenar la fuga de divisas.

En su informe ante el Congreso de la Unión, el uno de septiembre de 1982, en el que explicaba a la nación la situación económica por la que atravesaba el país, y su decisión de nacionalizar la banca, el presidente dijo: “Si las crisis fueran claramente previsibles, nunca se presentarían. Hay factores desconocidos que operan sobre una nación en curso, cuya inercia no

es siempre fácil de cambiar. Las medidas de ajuste que tomamos, siempre en función del interés nacional, corresponden a las circunstancias que se presentan y que por la naturaleza de expectativas subjetivas, no siempre anticipamos, para no precipitar lo que tenemos. Cuando ellas ocurren, actuamos conforme a un plan de decisiones alternativas”.



Miguel de la Madrid

empresarios, obreros y campesinos, de acuerdo con los cuales el gobierno subsidiaba, parcialmente, los productos básicos, en tanto que productores y distribuidores se comprometían a no aumentar los precios.

Al mismo tiempo, De la Madrid Hurtado renegoció, con mejores condiciones, la deuda externa y aplicó un programa de austeridad en el gasto público. Dada la importancia de los maestros en el proceso educativo, en 1984, por acuerdo presidencial, los estudios en las escuelas normales se elevaron a rango de licenciatura; se estableció el bachillerato como requisito de ingreso, y se agregaron a la docencia las funciones de investigación y difusión cultural.

En febrero de 1985, un infortunado suceso empañó las relaciones de México con los Estados Unidos, pues fue secuestrado, torturado y asesinado, en Guadalajara, Jalisco, el agente de la Drug Enforcement Administration (DEA), de los EUA, Enrique Camarena Salazar, junto con su piloto mexicano, Alfredo Zavala Aguilar, cuyo cuerpos fueron encontrados en el rancho “El Mareño”, cerca del poblado La Angostura, en el Estado de Michoacán. Aunque al principio el gobierno estadounidense minimizó el asesinato de su agente, un grupo de funcionarios y los medios de comunicación de ese

país iniciaron una campaña para exigir que se investigara y se castigara a los culpables.

Del asesinato, las autoridades norteamericanas culparon al capo Rafael Caro Quintero, quien fue detenido en Costa Rica y extraditado a México, donde se le condenó a 40 años de prisión.

Desde que llegó al poder, y dada la severa crisis por la que atravesaba el país, acentuada con la disminución de los precios del petróleo y los intereses de la deuda externa, el presidente Miguel de La Madrid Hurtado se propuso reducir el déficit público (que en 1982 había llegado al 17% del PIB), con la elaboración del Plan Global de Desarrollo, la firma de Pactos de Crecimiento Económico con los diversos sectores sociales, suprimiendo regulaciones y reduciendo el número de empresas paraestatales, de 1155 al iniciar su gobierno en 1982, a 412 en 1988. Durante el sexenio, continuó el estancamiento de la actividad productiva y una fuerte inflación.

A esta política económica, que en México se inició con la administración del presidente de La Madrid, se acentuó con Carlos Salinas de Gortari y ha continuado con las siguientes administraciones federales, se le da el nombre de neoliberalismo económico, la que, de acuerdo a diversos tratadistas, tiene como características principales la eliminación de controles oficiales a favor de la producción privada de bienes y servicios; la desincorporación de empresas públicas y la concesión a particulares de los servicios públicos más importantes, como las comunicaciones y el transporte. Así, conforme a estas políticas, y con importantes recortes al gasto público, alza de intereses para atraer capital extranjero, incremento de impuestos, eliminación de subsidios a los alimentos y venta de empresas estatales, se cumplía también con los lineamientos del Fondo Monetario Internacional.

Al mismo tiempo, el presidente emprendió lo que llamaba la Renovación Moral de la Sociedad, mediante una campaña anticorrupción en los cargos públicos, que resultó en la detención y enjuiciamiento de



Jorge Díaz Serrano, había sido Director de PEMEX y Senador de la Republica.

dos personajes de la política mexicana: Jorge Díaz Serrano y Arturo Durazo Moreno. El primero había sido director de PEMEX, y hubo necesidad de desaforarlo, pues por entonces era senador de la República. Se le acusó de fraude a la empresa paraestatal y estuvo en prisión 5 años. El segundo, alias “El Negro”, quien entre 1976 y 1982 había sido jefe de Policía y Tránsito en la Ciudad de México, fue detenido en Puerto Rico, a petición de las autoridades mexicanas, y extraditado a nuestro país en 1986. Se le condenó a 16 años de prisión.

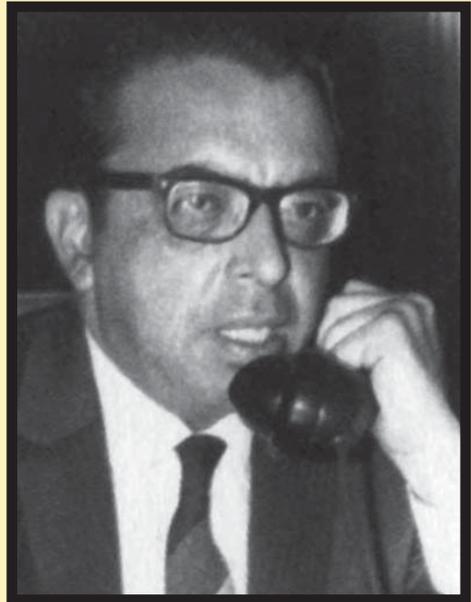
Todas estas medidas se tradujeron en menor inversión de los sectores público y privado, lo que se vio reflejado en más bajo crecimiento económico y aumento en la inflación, con lo que se deterioraba el nivel de vida de la población y se incrementaba la pobreza extrema, con sus consecuentes fenómenos de marginalidad, aumento de la migración hacia los Estados Unidos e incremento de la criminalidad. Para mediados del sexenio -1984-, la población de México llegaba a 75 millones, con una tasa de crecimiento anual del 2.2%. La mayoría de esta población habitaba en zonas urbanas; es decir, en poblaciones de más de 15 mil habitantes, donde un mayor número de mujeres se insertaban en el mercado laboral y participaban en la política, tanto a través del voto, como en puestos de elección popular.

Contexto local: de la época

Al Dr. Zorrilla Martínez le sucedió en la gubernatura de Nuevo León, don Alfonso Martínez Domínguez, quien ocupó el cargo el uno de agosto de 1979, después de haber sido dos veces diputado por la Ciudad de México y una vez por Nuevo León; coordinador general de ISSSTE y regente del Distrito Federal. Aunque si bien para esta fecha reinaba ya la concordia entre los sectores sociales más importantes de la entidad y existía un espíritu de confianza y de trabajo que hacía crecer a empresas y grupos, el nuevo gobierno se enfrentaba a un fuerte crecimiento demográfico y, con ello, al fenómeno del precarismo, pues aproximadamente medio millón de personas vivían, en el área Metropolitana de Monterrey, en terrenos invadidos, y numerosas familias llegaban diariamente a la ciudad, procedentes del campo de Nuevo León y de otras entidades del país.

De inmediato, y con participación del gobierno federal y de la iniciativa privada de la entidad, el gobernador implementó el Programa Tierra Propia, para “regularizar la propiedad; para otorgar los títulos que den seguridad

y para constituir un patrimonio para las familias más humildes”. Dada la agilidad de su administración, para 1982, el 57% de los 60 mil lotes se habían escriturado a los precaristas que los habían ocupado. Además de la seguridad jurídica y de la constitución del patrimonio de los precaristas, don Alfonso pensaba que, al ser dueños del terreno que habitaban, lo cuidarían, haciéndole mejoras y promoviendo y colaborando en la introducción de los servicios más elementales, así como que a la larga pagarían estos servicios y los impuestos catastrales.



Don Alfonso Martínez Domínguez

En este programa, con la anuencia de los colonos y, al final, de sus dirigentes, se incluyó el predio conocido como Tierra y Libertad, con 228 mil metros cuadrados de superficie, el que había venido funcionando con una estructura política de corte maoísta y severa falta de servicios públicos, así como desalojos violentos y disputas entre ellos mismos. Para marzo de 1984, el Programa Tierra Propia era un éxito, pues ya había entregado 66 mil títulos de propiedad al mismo número de familias. Paralelamente, el gobierno de Nuevo León impulsaba, a través de Fomento Metropolitano de Monterrey (FOMERREY) y la Promotora de la Vivienda de Nuevo León (PROVILEÓN), la construcción de viviendas en lotes de urbanización progresiva y la paulatina introducción de todos los servicios públicos.

Otro grave problema al que se enfrentó Martínez Domínguez desde el inicio de su gobierno, fue una intensa sequía, al grado de que, para 1983, Monterrey sufría, a decir del propio gobernador, “la más grave falta de agua en su historia, estando la ciudad a punto de colapso”, pues, como máximo, la ciudad recibía 4,800 litros por segundo, cuando sus necesidades mínimas eran de 10,000 litros. Los nuevoleonenses de entonces veíamos con tristeza y preocupación cómo los pozos se quedaban sin agua y cómo la Presa de La Boca había venido reduciendo su nivel, hasta llegar a 18 millones de metros cúbicos, el más bajo desde su construcción en 1954.

Aunque de inmediato se perforaron nuevos pozos y se construyeron tanques de almacenamiento y redes de distribución, no fue suficiente, por lo que el gobernador buscó, y obtuvo, el apoyo del gobierno federal para resolver, por muchos años, el problema. Así, a fines de 1981, se puso en marcha el Plan Hidráulico, previo acuerdo en el sentido de que el gobierno federal cubriría el costo general, y el gobierno del Estado el de la distribución del agua a barrios y colonias.



Presa Cerro Prieto

Las obras más importantes en este plan fueron la Presa Cerro Prieto, con capacidad para almacenar 400 millones de metros cúbicos; el acueducto Linares-Monterrey, con 133 kilómetros de longitud y 2.10 metros de diámetro; la Planta Potabilizadora de San Roque, con capacidad para purificar 12 metros cúbicos de agua por segundo, y el anillo de transferencia, que interconecta

los acueductos Linares-Monterrey, Santiago I y II, Mina y la Huasteca. Al mismo tiempo que se emprendían estas obras, el gobernador Martínez Domínguez puso en marcha una muy bien diseñada y ejecutada campaña, con el nombre de “Cultura del Agua”, con la que se exhortaba a la población, y se logró, a utilizar mejor el vital líquido. Para finales de la administración, 1985, el 93% de las familias del área metropolitana de Monterrey tenían agua en sus casas y todas las cabeceras municipales del Estado tenían el servicio de agua potable entubada.

Otra importante obra realizada en esta etapa fue la regeneración de 40 hectáreas, en el centro y corazón mismo de la ciudad de Monterrey, que se había deteriorado a lo largo del tiempo, pues tenía drenaje deficiente y calles angostas, lo que ocasionaba un permanente congestionamiento de tráfico y malos olores, que contaminaban el ambiente. Al construir la Gran Plaza (la Macroplaza), una de las más grandes del mundo, en 120 mil metros cuadrados, y en el resto del terreno construcciones con el mismo concepto arquitectónico de volúmenes sólidos y espacios abiertos, los regiomontanos tuvimos un moderno complejo urbanístico de áreas verdes, con edificios coloniales y nuevas y amplias construcciones, que es la referencia urbana



La Gran Plaza situada en el corazón de Monterrey.

más importante de Monterrey, por sus edificios con valor histórico, centros de recreación, edificios públicos, comercios, etc...

Para preservar el patrimonio histórico, se conservaron el Palacio de Gobierno, el Palacio Municipal, el Palacio Federal, la Capilla de Los Dulces Nombres y la iglesia del Sagrado Corazón. De inmediato se construyeron el Palacio Legislativo, la Torre Administrativa del Gobierno del Estado, la Biblioteca Central Fray Servando Teresa de Mier, el Teatro de la Ciudad y el edificio administrativo del INFONAVIT.

Por esta misma época, y para dar mayor protección a los niños, las mujeres y la familia, se hicieron importantes reformas a la Constitución Política del Estado y a los códigos Civil y Penal, que, garantizaban su derecho a la salud, a la alimentación y a la recreación. Asimismo, en 1982, se puso en marcha, con aportaciones del gobierno del Estado e iniciativa privada, una importante institución: la Casa Paterna La Gran Familia, que continúa dando albergue y formación a numerosos niños y adolescentes de ambos sexos.



Héctor Cantú Ojeda

Sexta Etapa: 1985 - 1989

Regresamos al mundo de la Educación

La Secretaría de Educación

Mi designación de secretario de Educación y Cultura del Estado, unos días después de la toma de posesión de Jorge Treviño como gobernador, fue muy importante para mí, pues me permitió iniciar mis trabajos en un área que me ha sido muy atractiva por naturaleza propia, como lo es la de la educación pública de México, ocasión en la que, dada mi experiencia previa en la universidad y mis antecedentes como maestro, me permití expresar toda aquella vehemencia y fervor que reiteradamente había enunciado, en los que señalaba que la educación es el alma espiritual de un pueblo y que en ella está la cuna de la solución de todos los problemas del país; es decir, tenía una mística de trabajo y un gran entusiasmo, impregnado de pasión; esto último es muy importante en cualquier trabajo o actividad, pues cuando no hay pasión, como dice García Márquez, hay chapuza, lo que quiere decir que se manipula o que a alguien se le engaña.

Una vez que recibí el nombramiento, me presenté en la Secretaría de Educación y Cultura y recibí las oficinas de manos de la profesora María de los Angeles Martínez Montemayor (+), a quien llamaban Maquela, que era quien había capeado el temporal administrativo y político que había dejado el profesor Romeo Flores Caballero, mismas que estaban ubicadas por

la calle Matamoros, en el cuarto piso de un edificio nuevo; mi despacho era muy amplio, cómodo y se respiraba en él un ambiente favorable y propicio para el trabajo, y fue ahí a donde me llevé conmigo a Leonor, mi eficiente secretaria, y a Juan Roberto Zavala, y le pedí su consejo a Jorge Pedraza, quien previamente había estado en el Consejo Nacional de Fomento Educativo.

Esa secretaría había sido ocupada por personajes relacionados principalmente con el mundo magisterial y político, pero en la última ocasión, el secretario de Martínez Domínguez había sido Romeo Flores Caballero, quien es un profesor de historia de México, con posgrado, influencias políticas y una inteligencia muy clara; todo esto contrastado negativamente con un sentido pobre de grandeza y una tendencia a hacer juegos siniestros en las relaciones interpersonales. Romeo había dejado huella en la Secretaría de Educación a través de un enorme conflicto sindical que había existido en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, SNTE, y en el cual, dados los problemas inherentes a la lucha interna, se había tenido que desaparecer el Comité Ejecutivo Estatal, y el área federal del sindicato había enviado a un representante provisional para llevar a cabo el proceso de diálogo y de participación en el sistema educativo que el SNTE acostumbra desarrollar.

Asimismo, Romeo había dejado, probablemente por sus famosas intrigas, un ambiente lleno de presencia política frívola, que se vio aumentada por la enemistad que había existido entre Carlos Jonguitud Barrios, en aquella época líder moral del magisterio, y el gobernador anterior, Alfonso Martínez Domínguez. Ese conflicto entre el exgobernador de San Luis y el entonces gobernador de Nuevo León, había traspasado las barreras de lo personal, invadiendo las estructuras administrativas de la Secretaría de Educación de Nuevo León. Lo anterior, aunado a las características políticas de Romeo, había dejado un verdadero maremágnum de conflictos internos, acompañado de una serie de prestaciones laterales, así como de concesiones y comisiones que generaron un embrollo difícil de desenredar, pero sobre todo, muy complejo, porque la relación sindical, tomando en cuenta que Jorge se había impuesto al nombrarme en contra de los deseos del sindicato, la situación no era muy favorable.

Esa situación se ejemplifica con el hecho de que, en una de las primeras comparecencias públicas en que me tocó participar, en una escuela secundaria, un representante del sindicato pronunció un discurso muy agresivo

contra mi persona, pues señaló con claridad que el magisterio no tenía por qué soportar que sus jefes o directores o secretarios fueran personas que no habían tenido el adiestramiento magisterial de la normal, y que la educación no necesitaba ni médicos ni ingenieros ni abogados, y particularmente insistió: eso de que pongan un médico en la secretaría, cuando tenemos muchos maestros capaces de ocupar esa posición... etcétera, etcétera...

Yo, asombrado al principio por la contundencia de esas expresiones, me puse rápidamente a reflexionar sobre la respuesta que le daría, que fue demasiado simple; terminaba él su participación y como me tocaba a mí clausurar el evento, simplemente señalé: yo creo que la educación es un problema de todos y afecta a toda la nación, y por supuesto no excluye actividad profesional alguna; es más, está inserta en la familia, en la educación continua comunitaria, en los medios de comunicación y en toda la estructura paralela social que la educación representa. Por supuesto que el magisterio es elemental y fundamental, pero vale la pena señalar, y así lo expresé casi al final de mi alocución: “La verdad -en tono de broma, dije yo- es que yo estoy aquí porque soy médico, y ¿saben ustedes, profesores, por qué tuvieron que enviar a un médico a esta posición? porque ustedes, los maestros, la tienen enferma, y tengo los datos, los números y la casuística que muestran que México no tiene la calidad de la educación que nuestro país merece”.



Con Jongitud Barrios y Antonio Jaimes,
buenos amigos sindicales del SNTE de aquella época.

Volteé a ver a mi interlocutor, emisario de la Ciudad de México, y observé que se puso pálido, y como ya no tenía capacidad de réplica y mi discurso fue clausurado con ruidosos aplausos y entusiastas manifestaciones de aprobación, no tuvo más que tragarse sus palabras y por consiguiente ir a intrigar en contra mía ante la comunidad magisterial del sindicato nacional, en el centro.

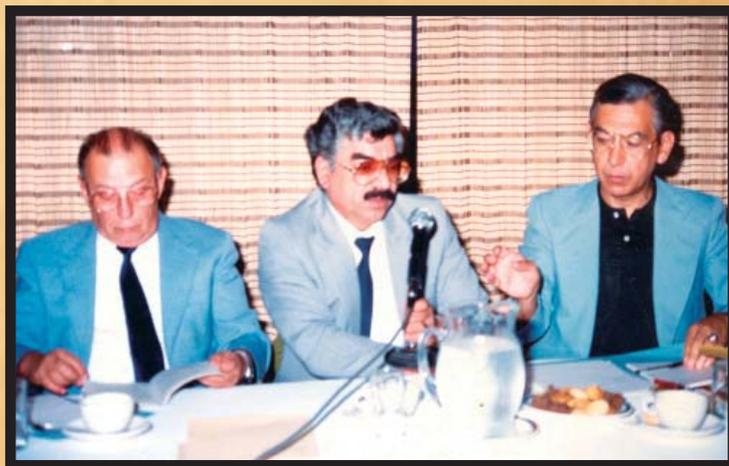
Ese comité ejecutivo improvisado o comisión federal del SNTE tenía entre sus miembros a un personaje con el que posteriormente trabé una gran amistad, el maestro Pascual Juárez, y un líder con de nobleza manifiesta, Antonio Jaime, quien posteriormente fue secretario general del SNTE, oriundo de Morelia, con quienes tuve que empezar a dialogar y a sentir la presión natural cotidiana de un organismo que estaba acostumbrado a poner, a quitar y a mandar; en fin, todavía conserva una hegemonía antinatural en el proceso de las relaciones laborales; es decir, el SNTE era y sigue siendo el amo de las decisiones en materia educativa.

Gracias a mi capacidad de diálogo, persuasión, conciliación y tolerancia, logré ganarme gradualmente el aprecio y el afecto del maestro Juárez, y aunque tuve algunos conflictos en cuanto a la respuesta pública del sindicato, con desplegados agresivos al principio en contra de la autoridad del gobernador y de la mía, se me ocurrió una idea audaz, que me pareció prudente: solicitar una entrevista con el líder moral, Carlos Jonguitud, hombre muy poderoso, que controlaba la educación nacional en aquella época, y después de haber presionado a través de amigos comunes para conseguir una cita, invité a comer al maestro Jonguitud a un restaurante por el sur de la Ciudad de México, lugar que yo sabía él frecuentaba, y allí llegué con atención y saludos de parte del gobernador.

Nos sentamos, pedimos sendas copas de whisky, pues el maestro era amante de saborear un whisky denominado Old Pharr, y luego comimos con gran parsimonia y encaminamos nuestra tertulia a temas principalmente de orden educativo; durante la conversación, el maestro Jonguitud replicaba con frecuencia con alguna temática política del poder y yo le sacaba la vuelta a la fraseología conductista a la que él me quería llevar, insistiendo siempre en: “maestro, yo creo que usted debe saber que los niños son lo más importante, y a veces uno ve cómo hay niños con problemas de aprendizaje, desvalidos, que sufren y se encuentran en una gran problemática, porque no los tomamos en cuenta; por lo tanto, considero que hay que individualizar esa atención, para que cada niño tenga oportunidades de acuerdo a su capacidad”.

En fin, esa tesis, en la que todavía creo, de individualizar la educación y evaluar en función de aptitudes, tiene un sentido humano, que el maestro Jonguitud, hombre inteligente, comprendió de inmediato; además, le comenté de paso que sus posiciones en la secretaría y los compromisos personales y comisionados que tenía serían respetados, y le señalé que necesitábamos hacer un esfuerzo entre los dos, para que Nuevo León recuperara su prestigio y se estabilizara la relación armónica con el sindicato, en beneficio de los niños y jóvenes del estado.

La receta funcionó; don Carlos, tocado en su fibra de maestro, me mostró inmediatamente simpatía, y después, los ataques, desplegados y manifiestos que el sindicato había estado publicando en contra mía, disminuyeron, y luego desaparecieron por completo; es decir, había yo practicado la receta que en la época actual no se ha logrado alcanzar, que es la de tratar a los líderes sindicales como maestros y tocarles su vena magisterial y emocional; no como políticos, porque este último rubro es muy poderoso y muy difícil de convencer, porque están buscando siempre y justificándose las ventajas laborales agregadas y su presencia de poder dentro de los sistemas de poderes fácticos que existen en las relaciones políticas nacionales y locales. Así se logró integrar de nuevo un comité ejecutivo local, con personajes magisteriales de nuestro Estado, y consolidar un ambiente de excelente relación armónica, dentro de las potencialidades y las dificultades siempre inherentes, porque el sindicato tenía una enorme presencia política, y además existía una gran confusión en cuanto a la distribución de plazas, porque muchos de ellos te-



Rogelio Páez, inolvidable y Armando Chávez,
líder del SNTU en Nuevo León.

nían dos y hasta tres plazas en diferentes planteles, por supuesto imposibles de cumplir, pero que había que pagar.

En esa circunstancia, Armando Chávez, el secretario general, fue un elemento fajador en lo laboral y muy tenaz en su gestión sindical, pero con una nobleza que le permitió acercarse a mis sentimientos profundos de proteger la relación educativa, evitar los paros de labores y las actividades subversivas que generaban problemas a los estudiantes.

Posteriormente, al empezar a profundizar plenamente en la selección de algunos maestros que pudieran realmente darle el enfoque académico educativo fundamental al nuevo proyecto, que por instrucciones de Jorge Treviño habíamos iniciado, me topé de inmediato con la presencia del profesor Ismael Vidales Delgado, quien tenía ya un gran prestigio, y ha sido una persona muy importante en mi quehacer histórico educativo, porque desde ese tiempo su personalidad seria y formal pero enérgica en el fondo, me ha dado un panorama muy amplio de lo que realmente significa ser maestro, que quiere decir que está impregnado, que tiene la experiencia vital existencial de haber estado frente a grupo y que además goza de una disciplina y de una creatividad extremas. Vale la pena mencionar que en su tropel bibliográfico creativo, el profesor Vidales ha generado más de 100 libros sobre temas educativos y ha ocupado posiciones muy importantes en el ámbito local y también nacional.

Elegir a Ismael Vidales para el área de secundaria no fue difícil, y los planteamientos que él inició y desarrolló tuvieron un impacto académico real en una de las áreas más complejas, desde el punto de vista estratégico, porque la etapa de la secundaria representa una crisis existencial entre la adolescencia y su problemática y el fortalecimiento de las ciencias básicas, para formar ciudadanos adecuadamente preparados para el inicio de su práctica profesional en otra área; y para la Coordinación de las Escuelas Normales seleccioné a un maestro muy reconocido, Jesús García que tenía muchas raíces en el normalismo del Estado y pudo perfectamente neutralizar todas las inquietudes políticas que existían en la normal, y que eran un contagio de la actitud nacional, en donde las normales, en lugar de ser como su nombre lo indica, las normadoras del proceso educativo, se habían convertido, dada la naturaleza de su formación original, en todo un centro político de izquierda, que buscaba afanosamente la antítesis crítica y el ejercicio del poder.

En ese ambiente, el maestro García, gran conocedor, pudo sobrellevar la temática, y así impulsamos la educación normal y le dimos una categoría

superior a la media nacional, que, conforme lo aprendí posteriormente, en mi trabajo como subsecretario, era verdaderamente, en muchas áreas del país, zona de tragedia, por la falta de recursos, lo sucio de sus instalaciones, lo inexistente de su formación básica fundamental y también, reitero, por el atropello político que hacían los alumnos de sus objetivos básicos; y en esta lucha me acompañaron, como siempre, Juan Roberto Zavala, como la mano operadora y activa de la mayor parte de los programas, ya que lo designé director de Educación Superior; al profesor Félix de León en Educación Básica, a Juan Francisco González en el área de Recursos Humanos, y a Leonor Rodríguez, quien había estado conmigo previamente en la Secretaría de Salud y después durante mi gestión como diputado federal, ubicando su oficina en la Unidad de Resonancia Magnética Nuclear, y que fue un factor muy importante, porque conocía mi forma particular de ser, de pensar, de hacer y de dictar, y mi curva acíclica de creatividad, que se acompaña a veces de periodos de latencia; ella sabía que yo trabajaba por crisis y que había que estar pendiente las veinticuatro horas, cuando esa intensidad de trabajo me acaecía, y también que yo dejaba las cosas en cierta forma paralelas, pasivamente, y ese era el tiempo que ella aprovechaba para recuperar terreno y espacio y realizar otras labores importantes dentro de la oficina de la Secretaría de Educación.

Otro departamento importante fue el de Educación Especial, que era una de las más desprotegidas, porque existía una confusión fundamental en su objetivo básico, ya que se pensaba que los niños que tenían problemas de aprendizaje o problemas físicos eran seres humanos extraños, distintos, raros, que había que excluir y por lo tanto había que ponerlos en escuelas especiales; eso generaba una discriminación instintiva y una sensación de rechazo que nunca comprendí porque se daba así, y que existía dentro de la norma del sistema educativo nacional.

Para esa área designé a la doctora María Eugenia Rangel, bella mujer, de personalidad inquieta y con una formación psicológica y educativa profunda, de raíces muy intelectuales por parte de su padre, un gran médico y de su tío, el maestro Raúl Rangel Frías. Ella me sugirió la creación de un instituto de educación especial y de investigación, y ya establecido, lo dirigió; en él implementamos una verdadera infraestructura con método científico, que analizaba los problemas desde el punto de vista de estudios, entrevistas, análisis casuístico, producción de documentos y libros, y posteriormente sugería las soluciones conducentes.



María Eugenia Rangel

Con María Eugenia se dio inicio a lo que ha sido una de mis tesis básicas, que no se ha podido consolidar y que es la de demostrar que la individualización del proceso educativo, con base en estudios psicológicos, médicos, del ambiente social y de la figura familiar, es importante para crear una especie de evaluación individual que permita conocer las características y vocaciones de los alumnos y así inducir la profesionalización y/o la meditación profunda integrada a las aptitudes de aquello a lo que un joven puede aspirar, lo que se logró demostrar y se publicó un documento, que fue muy trascendente, pero que no causó impacto nacional, y hasta la fecha seguimos con la tozudez de masificar el proceso educativo, con lo cual excluimos a los menos privilegiados socialmente, y también genética y ambientalmente, y evaluamos a todos por igual, como si los niños y los jóvenes pudieran aprender lo que uno quiere y no lo que ellos pueden o son capaces de hacer.

La doctora Rangel integró en el instituto a psicólogos y educadores, y así llegamos a la conclusión de que era necesario que los niños de lento aprendizaje, al igual que todos los demás, tuvieran un enfoque inserto en el sistema y no fuera de él; eso que tratamos impregnar en la educación normal, se logró parcialmente, porque todavía existen una serie de procedimientos que muestran que hay niños normales y niños anormales, cuando en una buena tesis humana, científica y biológica, todos somos simplemente anormales, porque todos somos diferentes, y el individuo normal mediocre, como diría el famoso escritor José Ingenieros, no existe más que en las fórmulas matemáticas estadísticas en las que se señala una media y dos desviaciones estándar dentro del proceso denominado Campana de Gauss, que nos permite señalar que existen algunos universos que están en los extremos, que son los llamados anormales, pero en un buen análisis psicosocial, cada niño tiene una característica distinta, única, especial, y por lo tanto no puede ser considerado dentro de la normalidad.

En otras áreas de la secretaría fui muy cuidadoso en escoger a profesores y maestros reconocidos, porque estaba consciente de que, dada la naturaleza de mi formación, que no incluía la formación normal, mi obligación moral y además práctica, era la de asesorarme, preguntar y escuchar opiniones de

personas que habían tenido experiencia frente a grupo, y así Mirna Flores, Yolanda Blanco, quien posteriormente fue secretaria de Educación; Anastasia Rivas (Tachita) y muchas otras mujeres, formaron parte de un equipo que pudo trabajar gracias a que el marco administrativo, laboral y político había sido parcialmente resuelto por la influencia del gobernador, de Rogelio Páez mi gran amigo, y por mi inquietud de siempre conciliar y darles al sindicato y a sus líderes el lugar que se merecen en esa realidad, en donde ellos co-gobiernan en el sistema educativo, y hay que reconocerlo y enfrentarlo, convenciéndolos de que el poder del saber es más importante que el poder político circunstancial de un sindicato o de una organización gremial.

Por supuesto que la historia recoge los resultados y las opiniones de maestros que todavía recuerdan esa época, acompañan mi nostalgia positiva y mi autoestima, y también del sindicato, que tiene una memoria histórica positiva y lo ha reconocido a través de brindarle a Jorge Treviño una ceremonia especial, en la que lo señalaron como el gobernador que más apoyo ha dado a los trabajadores; y es que nuestra época fue rica y pletórica de justicia laboral y de iniciativas académicas, algunas factibles y otras que se quedaron en el marasmo absurdo que rodea la estructura educativa, en donde la centralización y la burocracia federal marca normas y ritmos, haciendo a un lado lo que el maestro Rangel llamó “las culturas regionales”.

Así, lo que parece ser en nuestro país, es que todo mundo quiere que vayamos hacia abajo para encontrar la media o la mediocridad, y no permite que podamos ir hacia arriba, para encontrar focos de excelencia que generen atractivo social y orgullo por el estudio. Nuevo León, a pesar de todo, siempre ha sido uno de los líderes en el sistema educativo nacional, pero nos queda la duda de que lo anterior sea debido a que nuestro ingreso económico per cápita es de los más altos del país, y aunque la educación en Nuevo León sigue siendo una preocupación demostrada, porque el 50 por ciento del presupuesto se dedica a ese rubro, y algunos de los esfuerzos son motivo de orgullo, la realidad es que todavía estamos muy lejos de entrar a la competitividad internacional que exige la época contemporánea en materia de educación y vinculación con la sociedad.

Lo que aquí describo puede parecer fatalista, pero es completamente real, y espero que algún día terminen todos esos alardes demagógicos de algunas personalidades que hacen proyectos y planes, como fue el caso del exsecretario Reyes Tamez, en los que señalan que vamos a ser los mejores de América Latina y que nos parecemos a las escuelas suizas, y que en breve lapso estaremos

en las competencias de los mejores del mundo; pero todo ese “rollo” termina cuando se hacen las evaluaciones formales y se documenta que, en el área más estratégica del sistema educativo, que es la enseñanza de las matemáticas, sólo medio mexicano egresado de secundaria tiene altas aptitudes, o sea, el .5 por ciento, mientras que el 30 por ciento de los niños de los países nórdicos o de Japón tienen aptitudes para poder entender el pensamiento matemático y el modelo programático científico que el mismo produce.

Y para mayor asombro, en una ciudad lejana, como es la de Singapur, dos de cada tres niños tienen altas aptitudes matemáticas; “¿y eso qué significa?”, preguntaría algún neófito, pues significa que los niños que saben contar bien, saben pensar bien y saben producir bien, y que esa generación de excelencia produce ciencia, tecnología, trabajo integrado al desarrollo, y sobre todo da opciones económicas que permiten la distribución de la riqueza y el ingreso a los países en desarrollo real en los cuales no hay esa pobreza y esa marginación; en donde la ignorancia y la pobreza derivada de ésta propician lacerantes ejemplos vivos de injusticia, de esa que nunca debe existir entre la niñez, porque ésta debe estar protegida por los derechos sociales inalienables que todos los seres humanos tenemos para conservar nuestra dignidad y nuestra calidad de vida.

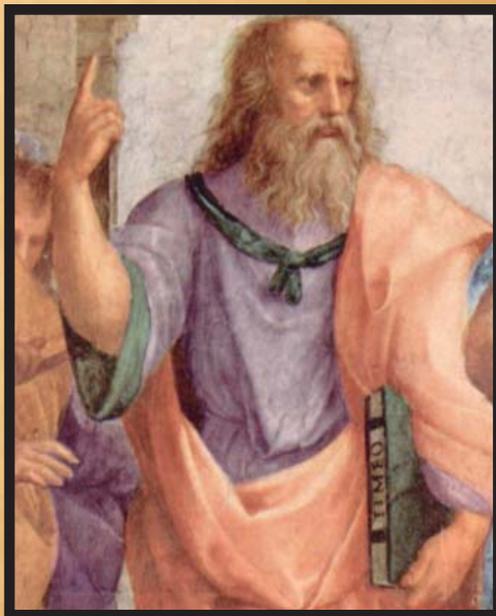
Y cómo la cultura alimentó mi espíritu y la educación la trascendió

Como lo he descrito en el volumen anterior, yo era un niño que se defendía de su soledad interna y externa a través de la lectura y el deporte. De lo primero nace mi interés por los temas históricos y metafísicos, y obviamente, por el conocimiento como un mecanismo para aumentar mi autoestima y disminuir mi minusvalía, producto de mi choque familiar cultural. No sé cómo, pero llegaron a mis manos los libros de los griegos, y recuerdo que cuando leía a Platón, que se describía como un espectador de todos los tiempos y de todas las existencias y como alguien gentil y noble por naturaleza, que deseaba siempre la verdad, me identifiqué con ese pensamiento, que formaba parte de mi abstracción subconsciente permanente, pues Platón y sus ideas filosóficas, políticas y éticas, siempre se referían a la importancia de dar, amar y educar. Esto se documentaba por su gran amistad con Sócrates, en la época de la Guerra del Peloponeso y de los años 400 antes de Cristo, en la cual los espartanos conquistaron Atenas, pero no le quitaron la luz cultural e histórica que la misma generó y que todavía ilumina las buenas ideas del mundo.

Sócrates fue un amigo incondicional, que en aquella época fue ridiculizado por escritores cómicos, como Aristófanes, por su pobreza y su relación con su mujer y sus hijos, y por su fealdad física, pues se piensa que tenía una gran cabeza y una protusión del globo ocular, que parecía hipertiroidea, una nariz chata y labios gruesos, y que caminaba como un pelicano por las calles. Sócrates se olvidaba de esas muestras de ironía, que según él representaban inteligencia, y se dedicaba a inducir a sus alumnos a que aprendieran por sí mismos y también a que supieran defender sus opiniones basándose en la razón y generando pregunta, no sólo respuestas. Esta actitud ha sido parte de mi filosofía educativa, que rechaza la memorización, y que igual que lo hizo Sócrates, preconiza hacer despertar las aptitudes de cada persona; además, Sócrates no era dogmático, creía en el respeto a la pluralidad, y sólo decía: “Los principios señalan que ningún hombre desea hacer el mal y que la virtud se basa en el conocimiento, y que todos los errores se basan en la ignorancia”; también decía que era mejor sufrir la injusticia que producirla, es decir, tenía un método y una inspiración con ideales morales y religiosos.

Ese texto ha inducido a mi defensa natural a buscar en el ser humano la bondad y a justificar frecuentemente los errores por ignorancia, así como a tener una actitud permanente de perdón, que me ha sido muy criticada. El sentido patético de la existencia también se mostró con la vida de Sócrates, pues a pesar de su grandeza, fue acusado falsamente de ateísmo y de corromper a los jóvenes, y por esa razón se le condenó a muerte, muerte que sufrió después de haber ingerido la famosa poción denominada cicuta.

Por su parte, Platón, después de haber regresado de múltiples viajes, estableció su famosa academia, en donde la teoría de las ideas era más importante que la teoría de los objetos, ya que la primera, decía él, es eterna, y ahí mostraba lo que es la base de la educación, que la personalidad sólo puede ser formada por ideas inmateriales; o sea, del espíritu. Todos estos con-



Platón

ceptos se expresan con claridad en *El Banquete*, su obra maestra, que quizá sea una de las obras de ficción en prosa mejor compuestas y más perfectas, donde se muestra la belleza y la verdad imaginativa y en donde el tema fundamental es el amor. En ese documento se recogen las ideas expresadas previamente por Sócrates y expresadas brillantemente en su continuo diálogo con Agatón, con Aristófanes, el cómico Aristodemo, Fedro, Alcibíades, el de la famosa cola, y en los que se manifestaba la adoración al dios Eros, el dios del amor y la importancia de este sentimiento en el conocimiento universal, pues Fedro decía que el hombre y la mujer enamorados son los únicos que pueden morir por otra persona, y que el amor es la base de la vida y de una muerte honorable, y que el amor proviene de la virtud y la felicidad; y Pausanias distinguía claramente el amor del cielo y el de la tierra y el amor del cuerpo y el del alma. Aristófanes, por su parte, contribuía al tema en cuestión al explicar el mito del ser humano original, que es un hombre-mujer con dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas en forma esférica; lo anterior generó la revancha de los dioses, según él, y así se dividió esta criatura en dos, con dos brazos, dos piernas y una cabeza, por lo que en el futuro el hombre está buscando siempre la otra mitad de la división original, o sea, lo que ahora se conoce con el nombre de su media naranja; por ello, la unidad de una mitad que no es la tuya causa problemas. Además, Agatón presumía que en las primeras fases de la vida existió el caos y que sólo el amor pudo poner el orden en el mismo, y que para enseñar había que amar, y que el amor no es dios o demonio sino un intermediario entre el hombre y su Dios. Previamente, Sócrates había dicho que el amor identifica al que ama y que éste desea reproducir su sentimiento, su pasión, su devoción a través de enseñar a otro a amar, y que eso es la base de las leyes, de las instituciones y de la filosofía de la búsqueda permanente del infinito que está inmersa en el deseo de saber.

Posteriormente, la filosofía política de Platón se condensa en los tres tratados: *La República*, *El hombre de Estado* y *Las leyes*, y en todos ellos, Platón señala la utopía del bien común, que sólo se consigue en el reino del cielo, y que el ansia del saber y el respeto al conocer es fundamental para conservar un espíritu amoroso permanentemente. Con esas ideas, Aristóteles, el tutor de Alejandro Magno, fue el primer hombre que señaló la unidad que debe prevalecer en el universo, y la importancia de la enseñanza de la lógica, la mecánica, la física, la astronomía, la meteorología, la botánica, la zoología, la psicología, la ética, la política, la economía, la literatura y de que todo debía tener poesía y ética, y así creó el Organón o instrumento que llamó la ciencia de las ciencias y en el cual exigía que se enseñara a leer y a entender

bien y a pensar y contar bien, conforme Arquímedes y Pitágoras lo señalaron después, y a amar para dar, y siempre pensar en el espíritu y no en el cuerpo. Él, además, fundó la biología.

Todos esos conceptos que se expresan en la literatura helénica, me mostraron que la visión de educación no está equivocada, aunque es totalmente impráctica en la sociedad actual, pues la teoría básica de individualizar y evaluar por aptitudes, así como enseñar con preguntas y no con respuestas memorizadas, se basa en el pensamiento de Platón, y mi idea fundamental de formar a los maestros como entes universales y no como técnicos de la pedagogía, tiene su fundamento en las enseñanzas socráticas y en mi respeto al método y a la ciencia en Aristóteles, todo esto enmarcado en el sentimiento de amor didáctico, que se refleja en la actitud importantísima del padre hecho maestro y de la tolerancia y no de la reprobación, así como del perdón y no de la venganza.

Esas ideas, expresadas en múltiples participaciones que he tenido en mi vida dentro del mundo de la educación, han sido aplastadas por la masificación y burocratización del proceso educativo, así como por la búsqueda del poder individual por encima de dar el poder a los demás, por eso lo negativo de la política infiltrada como una siniestra telaraña en la médula y en el corazón del sistema educativo nacional, amén de que lo anterior chocó con la idea de considerar al maestro como un operador y no un inspirador; y al final, toda mi forma de pensar se derrumba cuando el amor a lo material, que es la base de la juventud actual, desborda el amor a lo espiritual, que los griegos defendieron, lo que genera el pulpo en crecimiento progresivo de la corrupción, que es simplemente el reflejo de la inseguridad y del miedo hecho ansiedad permanente, por no encontrar claros los objetivos del quehacer educativo para formar un ser fundamentado en el amor y no en la competencia o en el tener.

En mi época de secretario de Educación del Estado, escribí algunos libros, y cuando los vuelvo a leer en la actualidad, me doy cuenta de que quedaron ahí como muy buenos argumentos, irrefutables en muchos casos, pero flotantes en el cieno espeso de la mediocridad, ésa que, como los pantanos, puede arrastrar hasta a las aves, a las que, aunque son dueñas del firmamento y de las fantasías, al poner sus plantas en el suelo para poder respirar, las absorbe el entorno y las conduce a ser mediocres, igual que la arena movediza, y desaparecen en ella, muriendo así sus ansias de volar hacia el cenit de lo desconocido, que es hermano de la inmortalidad.

Por todo eso, ahora comprendo mi actitud de buscar siempre el complemento perdido de mi vida, y al no encontrarlo, sólo en alguien lo busco: en el gran universo de la medicina y la educación, y así mi diosa mitológica, que fue Minerva, se unió con Esculapio, el de curar, aliviar y comprender, y la incertidumbre de vivir aunque siempre presente, se alivió en la fantasía de la utopía de los sueños de grandeza y de lo que yo denomino romanticismo histórico.

La educación, psicología y psiquiatría

Siendo el sustrato fundamental del proceso educativo el de la formación integral de los niños y de los jóvenes, el conocimiento básico del comportamiento es primordial para incorporar todos los aspectos de la personalidad en el análisis y en la programación correspondiente, a fin de mover las almas que están insertas en la fisiología de la razón, de la emoción, de la genética y de la evolución primaria del estudiante.

Educar sólo informando, sin ingresar a la conciencia de los niños, es una fórmula ineficiente que no permite aprovechar la rica y compleja diversidad que emana de la profundidad de la personalidad de un individuo. De ahí que la aparición histórica de Sigmund Freud y del psicoanálisis a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, generando una revolución nunca antes vista, para abrir el estudio de la mente, forma parte de la necesaria modernización y comprensión de la educación moderna.

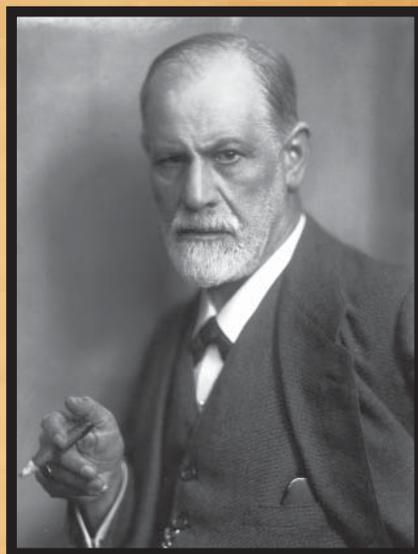
Durante mi formación de médico había estado expuesto a algunas de estas ideas, que habían consolidado un grupo de psiquiatras de esa época, mismo que amparados por el interés del director Dante Decanini, quien era un enamorado del psicoanálisis, empezaron a desarrollar una fortaleza de conceptos y de terapéutica médica que alteró el ritual de la vieja psiquiatría del aislamiento, el oscurantismo, el fanatismo religioso o la agresividad de la lobotomía o el electrochoque, que eran los instrumentos que se utilizaban en el pasado para tratar las enfermedades mentales. Por supuesto que nadie pensaba en la psiquiatría o en la psicología profunda como apoyo para el sistema educativo integral.

En mi diario recorrer por el Hospital Universitario, en mis años de práctica, me encontré con personajes como el maestro Rubén Tamez, la bondad hecha persona de Rubén Hinojosa, la prestancia del maestro García Robles

y la inteligencia juvenil de Hernán Solís y hasta la de mi compañero, muy entusiasta, aprendiz de la poesía hecha psiquiatría, Homero Garza, quienes defendían con ardor el psicoanálisis.

Asistiendo a las conferencias de los maestros, me interesé profundamente por el tema, probablemente por mi patología personal o porque siendo un tema nuevo, despertaba toda mi curiosidad; después, mi interés se hizo no sólo individual o familiar sino también educativo, y durante mi estancia en la Secretaría de Educación diseñé con María Eugenia Rangel un proyecto de educación especial, que fue quizá, desde el punto de vista conceptual, el más importante de mi gestión.

Siguiendo mi natural avidez por la lectura, me puse a revisar los libros de Sigmund Freud y quedé admirado por el misterio de la mente humana y cómo Freud había entendido y tratado de explicar el placer, la represión, el odio, el amor, la maldad, la generosidad y hasta la razón del incesto filial, mismo que se expresa muy bien en la obra griega Edipo. Así, Freud explica con claridad la influencia de la conciencia y la diferencia con el subconsciente, así como los temas sexuales básicos de las neurosis, la importancia de la sexualidad infantil, los sueños, la represión, así como la resistencia y los mecanismos de transferencia; todo eso, llegando al extremo de hacernos entender las fobias humanas y de analizar las aparentes



Sigmund Freud

distracciones inconscientes que son respuestas reflexivas y que tienen una razón de ser que requieren estudio y la explicación correspondiente.

Freud nació en Freiberg, en Moravia, de padres rabinos y siempre mencionaba que siendo el hijo mayor de una madre amorosa que murió a los 95 años, había sido marcado como un personaje que debería tener éxito y ser un ganador en la vida; fue fuertemente influenciado por la teoría de Darwin y decidió convertirse en médico, graduándose en la Universidad de Viena, y en un viaje que hizo a París, conoció a Charcot, un neurólogo que había trabajado en la hipnosis y en la histeria y que, basado en esas experiencias,

inició un método científico asociando la sugestión que la hipnosis produce a través de la asociación libre, que posteriormente fue la base de la psicología freudiana. Freud es, sin lugar a dudas, el fundador de la psiquiatría moderna y fue el primero que demostró que las neurosis no eran enfermedades en sí mismas sino exageraciones de estados psicológicos que todos los seres humanos padecemos en algún momento. Sus experiencias lo convirtieron en el más prolífico escritor científico de nuestro tiempo y de su trabajo hay cantidad de volúmenes, entre los cuales impresiona mucho el relacionado con la interpretación de los sueños, pues esa área estaba totalmente vedada para la comprensión humana. Su teoría general se basa en que la mayor parte de nuestra mente está sumergida en el inconsciente, mismo que de vez en cuando se vuelve consciente y es el que causa la neurosis, las frustraciones, los resentimientos y las culpas, y en el que aparece como un instinto profundo lo que llamó la libido, o sea, la energía psíquica sexual, en términos amplios, que influye las leyes, la religión y la creatividad artística, siendo el instinto sexual la fuente de toda la génesis creativa del ser humano.

Insistía también en que hay tres áreas distintas en nuestra mente: la primera es aquella que adquirimos con la herencia y que está estructurada en nuestra constitución orgánica y mental, cuyo propósito es el placer y el deseo, y en la que, como dijo posteriormente Thomas Mann, no hay Dios o demonio, ni tampoco moralidad. La segunda sección del pensar tiene que ver con el ego, el cual está consciente de lo que sucede en el mundo a su alrededor y reconoce las tendencias naturales, no necesariamente legales, que le permiten prevenir el conflicto con las leyes de la sociedad; el ego es entonces el mediador, y finalmente, señaló con claridad Freud, el tercer elemento es el superego, que debe ser definido en forma genérica como la conciencia, pues el superego tiene la evolución más sofisticada del desarrollo de la mente humana y es el que muestra lo prohibido y se convierte en el sustituto teórico de los padres, generando una actitud permanente, pues aunque es inconsciente, el superego actúa como un réferi entre el ego, los ideales morales y las reglas de comportamiento y cuando alguno de los tres factores no está en armonía, sucede que el ego permite la ruptura de las leyes y el superego produce los complejos de culpa e impide el desarrollo normal de la libido, que se va creando desde que el niño recién nacido siente placer al estar unido a su madre o cuando se da la relación muy estrecha de la niña con la mamá, pero enamorada de su padre, viendo a su progenitora como una competencia, explicando así la figura mitológica griega de Edipo, que mata a su padre por celos.

En síntesis, Freud declara que todas las neurosis tienen que ver con una alteración en la función sexual y que esto también incluye explicar los mitos del hombre primitivo y todos los factores de la resistencia, la transferencia y la interpretación de los sueños que muestran los conflictos internos y que son los que fundamentaron la innovación de su método terapéutico del psicoanálisis que tuvo y tiene una repercusión, no sólo sobre la psicología individual, sino sobre la sociología y la cultura; de ahí que su trabajo fue tan valioso como el de Newton en física o el de Copérnico y aunque al final se presume que Freud fue presa de la adicción a la cocaína y de la depresión por la invasión nazi a Austria, que lo obligó a irse a Inglaterra a proseguir sus estudios, las que le generaron, según algunos estudiosos, problemas inmunológicos que le produjeron un cáncer de boca, del que murió en 1939.

Mi involucramiento en el estudio de la psiquiatría formó parte de mi interés individual, pues cuando tenía tendencia melancólica, depresiva o autodestructiva, asistía con regularidad a platicar con Rubén Hinojosa, quien curaba, decía yo, por su bondad y posteriormente al más brillante estudiante de su generación, César Garza Guerrero, quien por su alta percepción intelectual, produjo importantes libros y estudios científicos sobre el tema del psicoanálisis; pero todos los psiquiatras que he conocido, no han podido producir los resultados prácticos, rápidos y necesarios que el paciente requiere, habiéndose convertido ese importante procedimiento terapéutico en algo muy individual, selectivo y muy caro, y estando todavía alejado de la nueva ola de la psiquiatría que está sacudiendo el mundo a través del conocimiento de, como dijo el premio nobel Cricks, la bioquímica del comportamiento humano. Valga entonces mi respeto y mi reconocimiento a la teoría que permitió iniciar la comprensión de lo que los griegos llamaron “el alma” y que convertido este fenómeno al alma e identidad de un pueblo, como lo es el sistema educativo, tiene un componente altamente jerárquico en una sociedad que se precie de ser justa.

Con esos antecedentes como aficionado a la psiquiatría, que según Bob Gulding, con quien tomé un curso específico, mi persona tenía características sui generis para entender y tratar enfermedades mentales, pero como mi super yo me mostraba mis limitaciones individuales, jamás me creí ese elogio o diagnósticopresuncional de un gran psiquiatra moderno, discípulo de William Adler y quien diseñaba una técnica de integración racional al proceso inconsciente, misma que en forma más moderna y práctica, preconiza Keith Ranieri, uno de los hombres más inteligentes del mundo por su I.Q., quien ha diseñado un método de cuestionamiento racional, mismo que yo en lo

particular, he aprendido parcialmente y me ha permitido una mayor comprensión del fenómeno racional hecho emoción y asociado con trastornos de la personalidad que limitan el aprovechamiento de toda la rica gama con la que la inteligencia y la sensibilidad pueden apoyar al sistema educativo individual y social.

Todas las digresiones tienen que ver con algo práctico pero sencillo que María Eugenia Rangel y yo logramos iniciar como un proyecto de educación especial durante mi gestión en la Secretaría de Educación del Estado y que nos permitió generar un método que llamamos, de evaluación individualizada, y una teoría que nunca se ha puesto en marcha, pero que documentamos con los niños de educación especial, bajo la tesis de que no hay que excluirlos, ya que todos somos, en cierta forma, sujetos a tener un enfoque especial y que la personalización del enfoque educativo, después de analizar la historia clínica familiar social y patológica de un niño y de seguir cada semestre su evolución vocacional, evaluándolo por aptitudes y no por lo que el sistema masificado obliga, podía generar un mayor aprovechamiento de las ventajas inherentes a cada ser como individuo totalmente diferente a cualquier otro.

Como corolario de esta hipótesis que he defendido durante años para evitar la masificación del proceso de la educación pública en México, María Eugenia y yo insistimos en que la sensibilidad, que forma parte de la mitad del componente cerebral orgánico, siendo el 35% la parte intelectual y el 15% la automática, debe ser considerada también dentro de los mecanismos de formación educativa integral, para en esa forma aprovechar la gran cantidad de niños excluidos por su limitada capacidad intelectual derivada de la pobreza y la desnutrición, y lograr el sueño del educador que es el de la equidad en la distribución de los dones biológicos, ya sean intelectuales o de la sensibilidad, pues esta última nunca se pierde, ya que se conserva al margen de la desnutrición.

Por supuesto que todas esas ideas están ahí, siendo admiradas en lo teórico pero nunca hechas realidad en un sistema educativo que defiende la masificación, propiciando la mediocridad que impide nuestro pleno desarrollo.

Seguimos con la SE y la Academia

Después de haber regularizado las relaciones con el sindicato, e instalado bien las estructuras administrativa y académica, trabajé al lado, principal-

mente, de profesores con bonhomía demostrada, como fue el caso del licenciado Arnoldo Leal, gente buena de Villa de Santiago, quien siempre estaba a mi lado con su presencia afable y generosa, así como del profesor Javier Castillo, un hombre muy trabajador y carismático, casado con la, en ese entonces, directora de la Escuela de Ciencias de la Educación, licenciada Argelia García, mujer muy profesional y con una dosis de alegría y seriedad, que estaba siendo alimentada en forma indirecta por las experiencias y los programas de investigación que llevábamos a cabo con la doctora María Eugenia Rangel.

En ese ambiente con influencia magisterial permanente, hubo la circunstancia propicia para desarrollar áreas de creatividad y mejorar, de la mejor manera, lo que es el fondo principal y el objetivo de esa secretaría, que es la vida académica y el conocimiento de los niños y de los jóvenes, así como la formación magisterial; esta última, como lo he mencionado anteriormente, muy olvidada, aunque fundamental en el proceso de educar, porque si una escuela tiene un buen maestro o un buen director, será una buena escuela, pero si el director o los maestros no tienen interés, la escuela será una mala escuela. Eso es elemental, al margen de los avances tecnológicos de la informática y de los nuevos programas de carácter innovador.

Nuestra preocupación fue, desde entonces, difundir una serie de ideas, y así publicamos un libro que se denominó *Anatomía de la Educación*, en el cual enfocamos el problema del proceso educativo nacional; y posteriormente otro libro, *El Mexicano del Siglo XXI* que escribí junto con uno de los más connotados líderes del sindicato, el profesor Pascual Juárez, oaxaqueño, de piel morena, auténtico, intelectual y con quien establecí una excelente relación personal; ese libro fue muy comentado, porque lo hicimos “a la limón”, es decir, él escribía las páginas pares y yo las páginas nones; el prólogo fue, en uno de los casos, del doctor Federico Mayor Zaragoza, ya en aquella época muy conocido por su influencia educativa en la UNESCO; y en el otro, del maestro Carlos Jonguitud, líder moral del magisterio en esa época, a quien habíamos convencido de darle un impulso real al proceso académico, no sólo al proceso laboral.



Pascual Juárez

Con el maestro Jonguitud y con Antonio Jaimes, quien fue secretario general del sindicato nacional posteriormente, tuve una extraordinaria relación; tan es así, que en las giras sindicales que él hacía, por ejemplo, una que recuerdo bien, a Morelia, me invitó a convivir con sus líderes. Las giras las hacían en autobús, por lo que en las comidas, en las cenas; en fin, al calor de algunos alcoholes, se fue generando una estrecha relación, sobre todo con Antonio Jaimes, a quien recientemente me encontré, y recibí de él mismo afecto, a pesar de que cuando llegué a la secretaría de educación y cultura, era el encargado del sindicato y fue él quien le hizo los planteamientos rígidos y duros a Jorge Treviño, acerca de que no debía llegar un médico a esa posición. Pero quizás esa sea mi habilidad: el transformar las cosas que parecen malas y hacerlas conciliables, buenas, porque mucha gente confrontaba y radicalizaba los procesos, dando lugar a una serie de resentimientos que impiden la conciliación de emociones y por lo tanto se lesiona y se deteriora la estructura administrativa o académica de una institución.

Las tesis fundamentales que preconicé desde esa época, lo que sigo haciendo, tuvieron que ver con temas que me parecían de sentido común, pero que chocaron con la inercia de la parafernalia del sistema educativo nacional, en el que políticos sin conocimiento o administradores burocráticos han generado toda una retórica que no resulta, en términos de calidad, y que sólo sirve para vestir los discursos políticos o para darle posiciones de poder a cierta gente, y allí se hace el semillero de la conflictiva cortesana; y en última instancia, los que pierden, son los que deberían ser los únicos beneficiarios reales del sistema: los niños y los adolescentes, y con ellos el país mismo.

De esa manera aprendí que la masificación del proceso es un problema, porque es excluyente, y sobre todo me di cuenta de que los mejores índices educativos estaban en proporción directa con los ingresos económicos, y que la gente marginada o humilde tenía los peores índices educativos; eso me preocupó, porque significaba que la ignorancia y la pobreza iban a continuar en un círculo vicioso que se retroalimenta a sí mismo, y que las diferencias de clases sociales iban a seguir basadas en que el conocimiento de las élites económicas iba a estar por encima de las estructuras populares que tienen derecho a la equidad, y qué mejor que este proceso de equidad fuera el sistema educativo en sí.

En virtud de lo anterior preconicé la individualización del proceso, basándome, no nada más en sueños o fantasías sino en un importante estudio que María Eugenia Rangel había llevado a cabo, y a través del cual se habían

identificado perfectamente las causas físicas, biológicas, familiares, sociales y de evolución psicológica vocacional que podían irse marcando a través del tiempo en los jóvenes, y en esa forma encauzarlos a desarrollar sus aptitudes de acuerdo a lo que ellos pueden hacer, no a lo que nosotros queremos que hagan y es que una de las grandes tragedias del sistema educativo en México, es considerar que todos los mexicanos somos iguales y debemos aprender lo mismo, y que además, debemos aprender lo que nos digan los administradores; ahí está el meollo del asunto, pues resulta que los seres humanos somos disímbolos genéticamente y también en nuestra formación cerebral y tenemos aptitudes distintas e inclinaciones vocacionales y motivaciones que no siempre están de acuerdo con lo que el sistema nos señala.

Aunque en aquella época era muy difícil individualizar el proceso educativo, nosotros iniciamos el ideario de ese proyecto, que actualmente es factible de realizar, por los avances de la informática y de la comunicación en tiempo real, y por el análisis integral que se puede hacer de un niño o un joven para ir conociendo sus avances y descubriendo su potencial. La individualización quedó marcada como idea; el estudio está presente, y seguimos esperando que eso y la no reprobación sean los puntos fundamentales que le den a la educación una verdadera correlación entre lo que se puede y lo que se debe hacer, pues lo que se debe hacer, a veces es lo que se puede extraer de las opciones que los estudiantes pueden desarrollar por sí mismos.

Desde ese tiempo inicié mi crítica a la reprobación prematura, porque es increíble que en preescolar se presentaran casos en que los maestros reproban a niños de cuatro años de edad, como si la evolución cerebral fuera uniforme, sin tomar en cuenta que los niños tienen una capacidad de evolución distinta y que en ese momento histórico cronológico de su vida, lo que importa son sus habilidades, su metodología, el aprendizaje de las matemáticas elementales, el arte-ciencia de leer y escribir, y no el de adquirir conocimientos repetitivos que después tengan que evaluarse con base en la memorización; en fin, esas cosas quedaron allí desde nuestra gestión y forman parte todavía de una sugerencia que continuamente hago a los administradores de la educación, quienes parecen insensibles o miopes, pues no han podido ver la calidad de esa idea.

Otra tesis que marqué con claridad fue la de reformar las normales, para darle al maestro un ambiente universitario, no en el sentido en que se interpretó, de que el magisterio tenga que depender de las universidades, sino en el sentido de que la universidad, en su concepto de universalidad, debe estar

impresa en el corazón del sistema educativo, pues si hay algún profesional que sea universal, es el maestro; por lo tanto, si lo anterior es cierto, por qué el sistema educativo está divorciado del sistema universitario mexicano. Y la respuesta ha sido dada por algunos historiadores, en el tenor de que la prisa que se tuvo en la época del general Lázaro Cárdenas para formar maestros, hizo que al principio sólo se tuvieran maestros egresados de la primaria y posteriormente, si bien nos iba, de la secundaria, eso justificaba en cierta forma esas decisiones, pero las épocas cambian y el magisterio actual requiere una mayor formación previa.

Sin embargo, tiempo después, cuando el magisterio y las normales empezaron a formar profesionales pospreparatorianos y licenciados, impartieron maestrías y llegaron las universidades pedagógicas, no había razón alguna para continuar defendiendo esa pesada losa histórica que señalaba que el maestro sólo debía aprender a ser maestro y no debía aprender los conocimientos que le permitieran enseñar las materias comprendidas en su programa. El mejor ejemplo de esto, que ratifiqué cuando fui subsecretario de Educación Superior, fue la tragedia de las normales, instituciones que si bien en Nuevo León son ejemplares, en otras partes del país causan lástima, porque son formadoras de técnicas didácticas, pedagógicas e históricas enmarcadas en una politización muy frívola, con ideas socialistas absurdas, pero carentes de formación básica; es decir, no siguen el concepto fundamental de la universidad clásica, que nació en el siglo XIII, en París, en Cambridge, en Oxford o en Salamanca, con la idea de que la universidad debe fomentar temas básicos, para que se genere el humanismo y se produzca un conocimiento que después se profesionalice.

Las normales fueron, entonces, mi preocupación, y traté intensamente de hacer llegar esas ideas al sistema federal, pero me topé con la estructura burocrática y orgánica que señala que la norma federal manda, hecho que tanto nos lastima en el país, porque tiene que ser rígida y marcada por unos burócratas que están sentados detrás de un escritorio en la Secretaría de Educación Pública, y eso es lo que nos obliga a no aprovechar lo mejor que tiene cada estado, que es, como decía el maestro Raúl Rangel Frías: su cultura regional. En fin, la normal se fortaleció en Nuevo León, y Juan Roberto Zavala puso mucho entusiasmo en la Dirección de Educación Superior, al igual que el maestro Jesús García, y logramos en cierta forma darle un ambiente más universal; pero la contradicción histórica de que el magisterio debe estar al margen de la universidad, nos impidió concretar lo que todavía seguimos proponiendo, que es la creación de la Universidad Normal

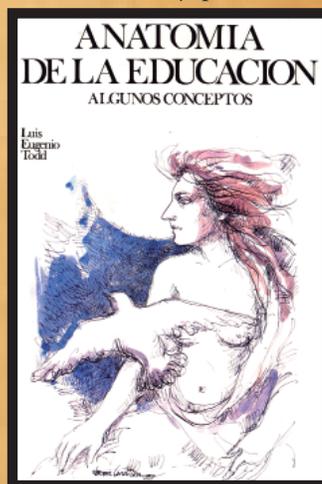
del Magisterio, con una estructura departamental, como una universidad moderna, con enseñanza de ciencias básicas, física, química y biología, con laboratorios adecuados y una biblioteca de primer mundo, donde se hagan investigaciones científicas educativas que tanta falta hacen, y se lleve a cabo extensión cultural. Es decir, una normal que podría ser la solución a la falta de formación real y de actualización moderna que tiene el magisterio, al que se le exige mucho y no se le proporcionan los instrumentos necesarios para lograr los objetivos que se quieren obtener.

En esa misma época, empezamos a pensar seriamente en la descentralización, ya que la centralización nos estaba ahogando, y si a eso le agregamos la politización y el gremialismo que buscaba el quehacer del poder, la estructura estaba sujeta al vaivén de los caprichos personales sexenales o de relaciones intergremiales o del aprovechamiento que hacía el sistema del sindicato para vivir y para sobrevivir; que fue uno de los problemas más serios que ha tenido el mundo académico mexicano, ya que el maestro, aprovechado por el PRI para votar antes y ahora por Nueva Alianza, se dio cuenta de que su única capacidad de gestión estaba en su fuerza política, y la aprovechó para hacerse presente en la toma de decisiones electorales, olvidando que su misión fundamental es la toma de decisiones académicas, y que las elecciones y el poder espurio de la política es menos importante que el poder del conocimiento.

Por supuesto, esa lucha de los contrasentidos entre poder y conocimiento, continua con supremacía de la política sobre el saber, y en ese camino que va rumbo al abismo, la resultante será la cronicidad del subdesarrollo, la permanencia de la pobreza y la confusión de los valores del existir, y por ende, nuestra dependencia económica y la pérdida de la soberanía nacional.

Anatomía de la educación **El perfil del Mexicano del Siglo XXI**

Mi encuentro con el sistema educativo básico nacional y en particular el local, me enseñó muchas cosas que han sido fundamentales en mi proceso intelectual y me han acompañado toda mi vida, bajo el concepto, si ustedes quieren, general, pero siempre importante, de que el alma de un país y su espíritu están en el sistema educativo y



que éste genera identidad cultural, formación integral y aptitud profesional y produce además un incremento en la sensibilidad propioceptiva que da lugar al sentimiento de solidaridad, o sea, a amar a los demás y amarse a uno mismo. En ese encuentro entre el yo individual y el yo social, la educación es la que propicia la armonía y, por ende, aprender a ser es parte importante, igual que aprender a hacer o incorporarse al fenómeno productivo y de trabajo, y por supuesto aprender a fortalecer la propia identidad del yo en el encuentro cultural con el nosotros.

Con base en esas tesis, que despertaron mi sensibilidad, logré iniciar un proceso de autoformación, que me ha servido, como lo señale antes, en el transcurso de mi existir. Inspirado en lo anterior, publiqué un primer libro con el nombre de *Anatomía de la Educación*, en el cual incluí mis conceptos y mi formación médica en el proceso de neurociencia del fenómeno educativo; la capacidad del cerebro de pensar a través del 35% de su masa cortical, incluyendo también la capacidad de sentir, que representa el 50%, y el remanente del 15%, que es el automatismo que nos permite la vida vegetativa.

Analizando esas cifras, uno puede fácilmente hacer objetivo que el sistema educativo carece de un antecedente anatómico y fisiológico, porque siempre le da importancia al conocimiento; ejemplo: “¡qué inteligente es mi hijo!”, y no a la sensibilidad, para decir: “¡qué sensible es mi hijo!”, y hace a un lado la mitad del cerebro, desde el punto de vista de su desarrollo, lo que en países como el nuestro genera una gran desventaja, ya que la desnutrición, la pobreza y la crueldad de la vida, en una familia poco funcional, altera usualmente el área cognitiva. Por eso, los niños que no se alimentan bien del seno materno o no comen bien durante los dos primeros años de vida, no se les desarrollan adecuadamente las neuronas y son condenados a no tener las mismas oportunidades de memorización, de raciocinio y de velocidad de integración cerebral, o a no tener alternativas para utilizar su proceso intelectual.

Pero, ¿y la sensibilidad? ésa no se altera, y las células están allí, listas para aprovecharse en el fenómeno de la educación. ¿Qué quiere decir eso?, Que una persona sensible, aunque no tenga capacidad de memoria, puede aprender a hacer cosas indispensables para la vida de trabajo o de la comunidad, como son: utilizar sus habilidades manuales o sensibles para desarrollar técnicas o entrar en el mundo del arte o de la artesanía o simplemente para poder comprender mejor el fenómeno humano y desarrollar su inteligencia emocional, porque está bien, que existen dos tipos de inteligencia básica: la

intelectual, que es a la que me refería, dependiente de la evolución biológica nutricional, y la emocional, ésa que no depende de la nutrición, sino más bien de la reiteración y de la práctica de un fenómeno determinado.

Esas tesis, que pudieran haber parecido revolucionarias en esa época, y que siguen sin ser atendidas, me condujeron a una especie de deseo instintivo de crear un proyecto nacional que cambiara la educación mexicana, y aunque no lo he logrado, porque el entorno ha sido complejo y difícil para que una idea generosa como esa pueda propagarse, he querido dejarlo plasmado, primero en el libro *Anatomía de la Educación*, cuyo prólogo fue elaborado por mi buen amigo Federico Mayor Zaragoza, ex director general de la UNESCO, y después en el perfil de *El Mexicano del Siglo XXI*, en el que trabajé al alimón con el profesor Pascual Juárez, quien conocía bien la realidad magisterial mexicana. Entre los dos, en páginas pares e impares, respectivamente, plasmamos nuestros puntos de vista, y pudimos soñar con un nuevo México, basado en algunas premisas educativas fundamentales que a continuación describo:



Mi buen amigo Federico Mayor Zaragoza, ex director general de la UNESCO, prologó el libro *Anatomía de la Educación*.

Tanto el profesor Juárez como yo pensamos, no obstante que representábamos dos corrientes distintas, él originario de Oaxaca y yo de Monterrey, que el sistema mexicano masificado es excluyente por naturaleza propia, lo que quiere decir que en nuestro país, el sistema obliga a que todos los niños aprendan lo que en el propio sistema está establecido y no da libertad u oportunidad para la creatividad, ni evalúa en forma individual la capacidad vocacional de cada alumno.

¿Qué produce esto? Genera, en efecto, un gran orgullo, porque México ha logrado aumentar la cantidad del sistema educativo y eso nos ha permitido el desarrollo de libros de texto y programas curriculares, algunos básicos, otros cambiantes cada sexenio, y da lugar a un sistema uniforme, pero resulta que el sueño de que todos los mexicanos puedan aprender, chocó con la rea-

lidad de que no hay malos estudiantes sino malos sistemas, porque un buen sistema debería, en teoría, encontrarle al estudiante para qué es útil y cuál es su aptitud para aprender.

Por otro lado, la tesis de individualizar el proceso educativo, que es uno de mis sueños, misma que comenté con el doctor Federico Mayor durante mi estancia en la UNESCO, forma parte de un programa que estoy convencido es el ideal, es decir, que se debe analizar desde la infancia la nutrición, el desarrollo biológico, las enfermedades, el ambiente familiar, el ambiente social y la gravedad de la problemática psicológica familiar; ir viendo a cada quien como un ente distinto, y que el maestro le haga al alumno una evaluación semestral, a fin de encontrarle gradual y progresivamente sus aptitudes, y entonces y sólo entonces, apretar el botón en el mundo de la oportunidad vocacional y fortalecer la educación para enseñarle al alumno lo que puede y quiere aprender, no lo que el maestro o el sistema desean que aprenda.

Ese sueño era inalcanzable en aquella época, por la falta de un sistema de informática que permitiera el análisis individual, pero en la actualidad es totalmente factible. Sin embargo, no ha sido considerado por las múltiples autoridades que han desfilado por la secretaría de Educación Pública, que en su afán político y en su soberbia de pensar que la educación es algo que está integrado a la retórica de la historia o al conocimiento empírico, y no una ciencia, la han desperdiciado. ¿Y a la fecha qué sucede? Que este sistema de masificación produce un enorme grado de exclusión, porque en el sistema va incluida la estupidez de reprobar a los niños desde los primeros años, como si la evolución cerebral y cognitiva fuera igual en todos los casos; además, ha generado una especie de exclusión de aquéllos que no se sienten parte de la media estadística de dicho sistema, como los muy inteligentes, que al darse cuenta de que van tratando de ser neutralizados por la masa estadística, abandonan su inteligencia o se deprimen o se decepcionan de sí mismos y de sus oportunidades, o peor aún, al sentir que no están dentro de la media y que no reciben las aprobaciones magisteriales o las calificaciones correspondientes, simplemente se excluyen, abandonan sus estudios, se unen a los marginados o a los ignorantes y perpetúan el ciclo de la pobreza. Esa crueldad de masificar es una aberración, en un país que busca la equidad a través de la educación, y a pesar de eso, cualquier proyecto como el nuestro, que trate de señalar lo anterior, se hace a un lado, porque se presume que la norma, la centralización y la organización obligan a crear una especie de hombres-borregos-robots, que van trabajando al mismo ritmo al que la sociedad, o la aparente cultura, los está conduciendo.

En ese documento nos preocupamos también por lo que todavía está vigente, que es la centralización del sistema educativo, norma nacional que fue necesaria en la época en que Vasconcelos creó la Secretaría de Educación, porque los alcaldes no sabían leer, pero desde la Constitución de 1917 está establecido que el municipio, o sea la familia política de la nación, es el responsable del proceso educativo. Esta concentración ha producido un macrosistema, con una enorme burocracia educativa central y un gran poder en lo político, pero no en la capacidad de administrar el saber. La centralización, decía Rangel Frías, excluye la regionalización, y México no es un país homogéneo, como Suiza, o como algún país europeo pequeño, México es un país heterogéneo, distinto, con razas indígenas que forman parte de nuestros antecedentes culturales, con aspectos geográficos y geopolíticos totalmente diferentes; y en ese México, la norma nacional que fue necesaria en otra época, produce una verdadera invasión, ante lo que llamamos: la pasividad estatal o regional.

Pero aparte de lo anterior, es impresionante ver, y me ha tocado constatarlo a lo largo de mi vida, cómo este fenómeno de la centralización y del incremento en la macrocefalia de la Secretaría de Educación, ha llevado al país a una politización frívola, porque los maestros, mal comprendidos y mal pagados en su origen, fueron aprovechados por el sistema político para votar, no para enseñar, generando así una gran influencia del gremio en el quehacer del poder y olvidándose del magisterio, -que es el alma nodal del sistema- y de su responsabilidad en el poder del saber, lo que produjo, otra vez, un sistema antitético y aparente, donde el Estado que quiera distinguirse, no puede, porque está sujeto a una norma, y el que está mal, simplemente continúa igual, porque no le alteran sus condiciones; y si a esto le agregamos el tercer factor, que enseguida mencionaremos, veremos cómo vamos a, como diría Chesterton: “buscar en un cuarto oscuro un sombrero negro que no existe”.

Reiterando lo anterior, volvemos la vista hacia el área que es el corazón del sistema educativo: la formación de sus maestros; la llamada educación normal, que en su génesis tiene la palabra normadora y es la responsable teórica de investigar, formar, difundir e integrar los aspectos básicos del conocimiento y de la ciencia al proceso educativo; de allí nació la Normal Mexicana, que en general, es una tragedia nacional, pues he visitado personalmente muchas escuelas normales en el país y he podido constatar que carecen de: a) Educación básica en ciencias como física, matemáticas y biología; b) Instrumentación adecuada; 3) Bibliotecas y métodos de autoestudio, además de

estar inmersas en un sistema político que genera cierto grado de liberalismo aparente y de un socialismo criollo que cree que la política es parte del proceso, y que va abonando e inundando el sistema de retóricas y de expresiones ideológicas y no de lo que debe ser una educación normal básica en física, matemáticas, química y biología, para que los maestros puedan aprender lo que luego tienen que enseñar a los alumnos, y después educación didáctica y pedagógica; añadiendo que, hoy en día, la normal no tiene concepción universitaria, porque por razón histórica, en la época de Lázaro Cárdenas, hubo la imperiosa necesidad de preparar profesores normalistas en forma apresurada; y aunque posteriormente ese apuro histórico dejó de existir, se continuó con la formación de profesores a la ligera, sin ciencias básicas. Por lo tanto, la normal no tiene estructura universitaria ni extensión cultural y menos aún investigación científica educativa, para comprender los cambios que existen históricamente en el proceso mundial, nacional e internacional.

Esa triada, a la que decidí llamar “El Triángulo de las Bermudas”, porque en ella desaparecen todas las buenas intenciones, se ejemplifica en forma sencilla, analizando cómo, después de Torres Bodet, nuestro país ha tenido extraordinarios secretarios de educación, brillantes políticos o intelectuales, y a pesar de eso, el sistema educativo va en caída libre en cuanto a calidad, y aunque hemos logrado en cierta forma ampliar la cantidad ¿de qué nos ha servido, si la educación se basa en el conocimiento aplicado que requiere calidad del proceso?, por lo que actualmente la calidad es un problema todavía sin resolver, y los sistemas de evaluación nos siguen confundiendo, porque evalúan comparativamente a unos y otros en forma igual, como si fueran del mismo rebaño estadístico, sin tomar en cuenta la dispersión del universo humano de los estudiantes.

Reiteramos que si bien todos sabemos que en México hay un sistema heterogéneo, y no homogéneo, lo obliga a una evaluación masificada y no individualizada; pues si bien es bueno, como con las evaluaciones realizadas por PISA o la prueba Enlace, saber en general cómo están los alumnos en cuanto a conocimientos básicos, no tiene ninguna importancia la evaluación comparativa o estadística, porque las cifras disminuyen de acuerdo con los contenidos o las ventajas de uno u otro Estado, ya que lo correcto sería, como lo he recomendado en una de mis propuestas, que la evaluación sea con cada estudiante, para saber cómo está y en qué va siendo mejor, porque cada quién tiene un mundo distinto, como reza el dicho: “cada cabeza es un mundo”, y cada persona, en su micromundo cultural, tiene una fórmula distinta, única e indivisible de ver la vida y su potencial.

El sistema, entonces, debe cambiar y guiarse por recetas sencillas, como la de individualizar el proceso, aprovechando la informática y evaluando a los alumnos por lo que pueden ser, no por lo que el sistema quiere, y de manera individual, con ellos mismos, no entre ellos mismos. Además, la descentralización debe hacerse realidad, conservando la norma y desapareciendo la macrocefalia educativa, para generar lo que en otros países es la Secretaría de Educación, o sea, una unidad pequeña, con norma, sí, para mantener la unidad nacional; que investigue, para saber qué es lo que está pasando y cómo se puede reproducir el fenómeno; que evalúe, para saber cómo están los diferentes estados; que apoye a aquellas entidades que requieren una nueva programación, y que tenga también el espíritu de investigar nuevas tecnologías educativas, pero aplicadas al proceso. Esa pequeña unidad, que se llamaría Secretaría de Educación, permitiría la generación de verdaderas áreas de desarrollo descentralizado y la explotación de la cultura regional, que hasta la fecha está en el olvido.

Al mismo tiempo ratificamos que hay que separar la política del poder, del mundo sensible y del firmamento etéreo de la política del saber, y para ello se requiere que los problemas sindicales o políticos se traten en las áreas correspondiente para que no invadan el quehacer educativo propiamente dicho, y si después de individualizar, descentralizar y despolitizar, creamos la Universidad Normal del Magisterio, le daremos al maestro autoestima y reconocimiento social, para que esté consciente de que, como en otros países del mundo, estar en una escuela normal es una prerrogativa de orgullo y de excelencia, en la que se integre el concepto de universidad moderna y departamentalizada, que haga investigación, educación básica y educación pedagógica y didáctica. De esa manera, se integrarían todas las normales en un tronco común, porque en la actualidad hay normales con diferentes características, y se crearían universidades regionales para formar nuestra élite magisterial, lo que les permitiría elevar su autoestima y una autodignidad que supliría las condiciones con salarios y mejores prestaciones laborales.

Y si a todo esto le agregamos el sistema de no permanencia, sin reiteración del conocimiento, por parte del magisterio, aprobando la permanencia real del maestro y la aportación económica de acuerdo a los resultados y la competitividad interna de los directores de sus escuelas, podríamos producir un ambiente distinto, en donde el maestro, para seguir siendo maestro, tiene que demostrar que lo es, no sólo por tener la plaza incorporada desde el principio, es decir, la permanencia debe ganarse como mérito, no como cronología; y también el director, que debe tener la capacidad y los

conocimientos para ser el foco académico y no basarse en el tiempo o en la presión sindical circunstancial para llegar a ocupar esa posición. Asimismo, las autoridades no deben ser políticos que busquen el poder, ya que en forma increíble, como sucede actualmente, hasta quieren ser candidatos a la presidencia de la República, sino personas que conozcan de educación, que tengan experiencia en el tema y que sepan que su importancia va por encima de la importancia espuria y transitoria del poder.

La utopía que aquí se describe es mucho más factible que la de Tomás Moro, de la *Sociedad Ideal*, o la de Juan Jacobo Rousseau, que es la de un *Estado sin Estado* propiamente dicho, en el que todos los seres humanos hagamos lo correcto y con un juicio moral adecuado, pues sólo se requiere el concurso racional de los elementos que integran una sociedad, al reconocimiento real, no solamente en el verbo político, de que sin una educación de calidad, el país nunca alcanzará los niveles de competitividad y de internacionalización que requiere, y que si bien tenemos el orgullo de una enorme identidad cultural que nos fue legada por nuestros antepasados, nos vamos a perder en la tremenda vorágine del desarrollo científico y tecnológico, que en una fórmula de falta de respeto al marco ético del comportamiento, caracteriza a la sociedad actual.

Nuestra misión debe ser: educar para ser, para vivir, para amar, para el quehacer y después para tener, y no sólo educar para tener y tener y después no saber qué hacer, como parece ser la tónica actual de la vida moderna, con la consiguiente depresión, la ansiedad y las adicciones concomitantes a la falta del ser espiritual en aras del dios mercantil.

Otra vez mi gran maestro, el licenciado Raúl Rangel Frías

Mis actividades en la Secretaría de Educación estaban restringidas a lo que se llamaba el área del Estado, la cual incluía todos los maestros estatales, su sección sindical y también los aspectos relacionados con la cultura de la entidad. Por lo anterior, la actividad era parcial, aunque dominante desde el punto de vista de que Nuevo León siempre había tenido una secretaría estatal fuerte y conservaba la delegación federal, que por razones propias de la distribución sindical del poder, estaba en aquella época en una serie de complejos entredichos administrativos, porque al igual que en otras partes del país, los estados tenían su pequeña secretaría estatal, que en el caso de Nuevo León



Con mi gran maestro el Lic. Raúl Rangel Frías

no era así, pero también una aportación federal y además existía un representante de la Secretaría de Educación Pública. En fin, esa parafernalia era producto de la terrible, compleja e ineficiente centralización que se padecía y que seguimos padeciendo, en términos de que no se ha entendido que la regionalización de los procesos es elemental para generar autoestima de grupo y avances científicos en el tema educativo propiamente dicho.

Sin embargo, gracias a las circunstancias históricas y gubernamentales, a mí me tocaba de nuevo una oportunidad manifiesta de volver a convivir en temas y objetivos comunes con mi gran maestro, el licenciado Raúl Rangel Frías; como lo he descrito en párrafos anteriores de este libro, el maestro había tenido un gran período de, digamos, reposo, posterior a sus actividades gubernamentales, a su interés productivo en el área literaria y a su estudio profundo y permanente de la vida y obra de Alfonso Reyes. En esa época de retiro y reflexión, se incorporó a las actividades bancarias, y tenía una oficina en un edificio ubicado por la calle Zaragoza, donde hacía funciones de asesor jurídico en temas bancarios.

Ahí fui y lo invité personalmente a participar en la universidad; trabajó y desarrolló importantes actividades en el instituto que formamos *ad hoc* para él, de investigaciones humanísticas, y posteriormente fue un asesor permanente, de carácter profundo y helenista, en temáticas que tenían que ver con objetivos, principios y funciones del concepto de la universidad, por lo que, encontrándonos de nuevo cuando fue delegado de Educación Federal, me

produjo un gran beneplácito. Nuestras actividades eran entonces paralelas, porque él recogía las indicaciones normativas federales, tenía que atender a la Sección 21 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y su ubicación física estaba en un edificio que había sido construido en un área lejana del centro de la ciudad, con una estructura muy compleja y una arquitectura verdaderamente triste y fea; pero así habían sido construidas todas las que se llamaban unidades de descentralización educativa en todo el país.

Probablemente eso fue producto de algún contrato de esos favoritos que le generaban grandes ingresos a lo que en aquel entonces se llamaba el CA-PFCE, que era el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas, mismo que al tener una estructura descentralizada, daba poco acceso a la supervisión directa del gobierno, y se prestaba para muchos negocios de carácter material, dado que su presupuesto era de gran volumen, pues tenía la gran responsabilidad de atender la construcción y el mantenimiento de las unidades del sistema escolar nacional.

El maestro Rangel atendía en su gran oficina ubicada en ese edificio, y yo lo visitaba frecuentemente, conversábamos y escuchaba de él sus sabios consejos. Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, nos fue llegando mucha información a la Secretaría de Educación del Estado, en el sentido de que el maestro Rangel tenía unas personas a su lado que no le estaban dando ni el servicio ni la atención ni los consejos adecuados, en cuanto al sistema administrativo general y tampoco en cuando al sistema computacional -que en aquella época era nuevo-, y menos aún en cuanto a los reductos financieros de las negociaciones o “transas” que se hacen con algunos funcionarios del sindicato o de fuera de él, para lograr plazas o conseguir dobles o triples posiciones en el sistema federal.

Por supuesto que nunca tuve la audacia de señalarle al maestro Rangel esas irregularidades, pero tanto Juan Roberto Zavala como Jorge Pedraza y yo, estábamos vigilantes de que el maestro estuviera bien cuidado, desde el punto de vista de su colaboración administrativa interna. Durante esa circunstancia histórica, el maestro Rangel sufrió un desprendimiento prematuro de retina, enfermedad que le agravó un problema vascular ya existente en los vasos pequeños de la retina y que le ocasionaba dificultad para leer y muchos trastornos visuales, problema tal vez generado alguna razón de carácter congénito, ya que seguramente la familia Rangel tenía esa característica de estiramiento del globo ocular o problemática vascular, que producía esas enfermedades de la retina, que también son coadyuvantes con la hipertensión

arterial. En fin, el maestro no tenía capacidad visual adecuada, y por su edad, se preocupaba poco por los detalles administrativos, por lo que se los encargaba a sus secretarios particulares adjuntos.

Todo eso sucedía sin ninguna información externa concreta, hasta que un día Jorge Treviño, el gobernador, me invitó a acompañarlo en un viaje a México, para visitar al secretario de Educación, licenciado Miguel González Avelar, quien lo había citado para hablar sobre la delegación federal en Nuevo León, que dirigía el maestro Rangel. Ni tardos ni perezosos, Jorge y yo abordamos el avión, si mal no recuerdo fue el de Alberto Santos, y nos dirigimos a la bella Ciudad de México, a la que llegamos ya entrado el crepúsculo, que todavía podía perfilar en su horizonte las siluetas de los volcanes, y nos dirigimos a la oficina del señor secretario, que en aquel tiempo, como era costumbre, estaba situada alternamente, precisamente en el edificio del CAPFCE, en el sur de la capital.

Atento y solemne solía ser el secretario, y además un poco rimbombante en sus actitudes y en su retórica, en la que era muy puntual en la utilización de los términos y los analizaba con profundidad. El gobernador y yo nos sentamos en una sala cómoda, amplia, integrada por sillones de cuero, y con la luz crepuscular; allí escuchamos con asombro la lo siguiente: “señor gobernador, yo creo que hay muchas irregularidades en la Delegación Federal de Educación de Nuevo León; de hecho, me han enviado información que dice que hay una serie de actividades de corrupción, por lo que considero que es necesario e inminente que a ese señor, que no me acuerdo de su apellido, creo que es un maestro que le dicen Rangel, le iniciemos un proceso de auditoría, llevarlo hasta las últimas consecuencias, y por supuesto, despedirlo, porque no se pueden permitir irregularidades administrativas en nuestra secretaría”.

Jorge y yo nos miramos uno al otro con asombro, y Jorge, con su natural educación, señaló: “Vamos a esperar a hacer un estudio adecuado, para conocer los pormenores de los hechos que se le imputan al licenciado Rangel”. La respuesta del secretario fue lacónica, y dijo: “no, no, eso ya urge y hay que tomar medidas inmediatas”. En ese momento, yo, con mi costumbre protagónica y un poco mal educado, sin respetar la jerarquía de ambos interlocutores, intervine, con una sola pregunta: “Oiga, señor secretario, ¿de veras conoce usted bien quién es don Raúl Rangel Frías?” Él volteó a verme asombrado, me miró feo y me dijo: “¿Por qué me está usted preguntando eso?”, y le respondí: “Pues mire, el maestro Raúl Rangel Frías fue rector de la univer-

sidad, fue gobernador del Estado y es una figura intelectual muy conocida en el ámbito de México; es amigo personal de Octavio Paz, de Novo, de José Alvarado y de todos los grandes prohombres que formaron la generación de la autonomía universitaria; para nosotros es un ícono histórico, que está allí por razones de que se le reconoce su capacidad y por su experiencia previa”. Él volteó a verme y dijo: “Es que yo no sabía esos datos, doctor, pero entonces ¿ustedes qué sugieren? Porque la verdad es que estamos muy preocupados”.

En ese momento empezó a bajar el tono de voz, pues se dio cuenta de su ignorancia supina sobre la figura de un maestro de México; y yo, viendo la coyuntura favorable, arremetí de nuevo, diciendo: “yo pienso, señor secretario, que el maestro Rangel no ve bien y aprovechando esa situación, su secretario le pasa frecuentemente firmas o cheques de cosas que son verdaderamente incómodas, como el caso que seguramente usted conoce, de una persona que dijo llamarse Guadalupe, y se le dio una plaza vacante por embarazo, resultando que Guadalupe era una persona del sexo masculino”, y obviamente allí hubo una concesión por parte de un secretario, que es quien realmente hace los pequeños negocios de esos actos de corruptela administrativa circunstancial.

Se dirigió de nuevo a nosotros, y con voz entrecortada, y consciente de que había cometido un error, le dijo al gobernador: “Bueno, señor gobernador, ¿entonces qué vamos a hacer?” Yo volví a tomar la palabra y le dije: “señor secretario, si el gobernador está de acuerdo, yo no tengo ningún inconveniente en encargarme de las dos dependencias; creo que ya es tiempo de que se integren, porque en Nuevo León hay un buen concierto de intereses y hay un buen proceso estatal, ya que el Estado le dedica más del 60 por ciento de su presupuesto total al sistema educativo, y considero que es el momento para integrar y favorecer un poco el proceso de descentralización de la que tanto se ha hablado en los últimos años”; volteó y le preguntó al gobernador: “¿está usted de acuerdo?” y Jorge dijo: “por supuesto que sí; creo que el doctor Todd es suficientemente capaz y conoce bien el sistema, para llevar a cabo este tipo de integración, y nos sería muy útil, porque así no tenemos que hacer dos convenciones sindicales distintas y tampoco atender dos procesos que son realmente idénticos y comunes, pues hay escuelas federales y estatales en las mismas áreas”. “Muy bien”, contestó el secretario. Entonces Jorge, dirigiéndose a mí, me indicó: “Luis, entonces te encargas de las dos y le informas al secretario, y tú hablas con el maestro Rangel”.

Con esa tarea, difícil para mí, de decirle al maestro Rangel que ya no iba a estar allí, tuve que hacer un proceso verdaderamente diplomático y

pensé que no era factible que yo pudiera decirle al maestro que iba a dejar de ocupar una posición por algunas críticas o interpretaciones equívocas que se habían hecho de parte del secretario González Avelar; entonces se me ocurrió, en el vuelo de regreso a Monterrey, una idea que le hice patente de inmediato al gobernador; le dije: “Jorge, ¿Por qué no creamos un Instituto de la Cultura, que es imperativo para Nuevo León en este momento? Se trata, Jorge, de que, como tú sabes, en la época de Alfredo Piñeyro desaparecieron lo que era el Departamento de Extensión Cultural de la universidad, y su último jefe fue el licenciado Jorge Rangel, el gran esteta, pintor y músico; Alfredo, muy a su estilo, pensó que eso era un semillero de jovencitos vividores, que tocaban la guitarra, se divertían, y como no es muy amante de cosas como la revista universitaria y ese tipo de actividades que alimentan a la juventud en su interés musical, simplemente lo disolvió, y ahora están fuera personalidades de la pintura como Gerardo Cantú y Guillermo Ceniceros; personalidades de la literatura, de la música, de la escultura, y en fin, toda la gente de prestigio local anda fuera de la universidad y fuera del control gubernamental; creo que es momento de que creamos un instituto que tenga labores académicas que compensen un poco la falta de éstas en la universidad, pues en ellas lo que se está desarrollando es algo semejante a lo que se hace en la SAT del TEC, o sea, eventos caros de grupos o sinfónicas o exposiciones estéticas de personajes internacionales, pero uno o dos al año, y el resto del tiempo tenemos un vacío cultural que debemos llenar, dándole a ese instituto esencia de formación académica con diplomados y departamentalización interna a las áreas de la cultura y también de difusión de las actividades del gobierno en esa importante materia del espíritu que es la expresión cultural”.

Jorge, dada su sensibilidad y su profundo acervo humanístico, comprendió de inmediato la idea y me dio luz verde para iniciar la planeación y la normatividad de ese instituto, lo cual hice con la mayor premura posible, apoyándome en la experiencia de Juan Roberto Zavala y de Jorge Pedraza, y encargándole a mi esposa Elvira que fuera la secretaria particular, sin sueldo, pero cuidando al maestro Rangel, y ubicándole su oficina en el Teatro de la Ciudad. Así nació el Instituto de la Cultura; y un día me presenté por la mañana con el maestro Rangel y le sugerí que, dado que la delegación era una carga administrativa, que él ya me había manifestado aburrida, y con base en su formación básica y el espíritu humanista de la ciudad, que se lo debíamos en gran parte a él, le pregunté si quería encargarse de ese tema, con el mismo salario, las mismas prestaciones y con una bonita oficina ubicada en el Teatro de la Ciudad, que estaba en el centro, para así facilitarle su trasla-

do, ya que la zona donde estaba la delegación estaba muy lejos y le era muy difícil trasladarse, siendo además la carga administrativa poco estimulante. El maestro Rangel me miró con su parsimonia natural, señalándome: “sí, mi rector -como él me decía-, estoy totalmente de acuerdo y por supuesto que me quiero desembarazar de esas molestias administrativas innecesarias; acepto con todo gusto; dígame al señor gobernador que empezaremos a trabajar de acuerdo con mis jóvenes alumnos del taller de artes plásticas y de música y teatro”, que él mismo había formado en su paso por la Universidad de Nuevo León y por el Gobierno del Estado.

El maestro trabajó, tuvo tiempo para publicar varios documentos; fue cuidado con esmero por Elvira, y ella, dada su inquietud natural por apoyar las estructuras de relaciones públicas y su interés por los aspectos culturales, tuvo una importante colaboración para que el maestro, tranquilo, difundiera, enunciara sus conceptos y se organizara lo que fue el precursor de lo que actualmente se llama CONARTE, pues el Instituto de la Cultura dependía de la Secretaría de Educación; en ese tiempo se estableció el Museo Metropolitano, que era estatal, lográndose obtener para ello el espacio del antiguo palacio municipal, después de muchas negociaciones con los jueces y magistrados que estaban instalados en ese lugar, a quienes les ofrecí un lugar en el edificio donde estaban mis oficinas, ubicado por la calle Matamoros, exceptuando el cuarto piso, para que se instalaran, y como las mismas tenían aire acondicionado y eran nuevas, les resultaron muy atractivas y no pudieron rechazar la oferta; y también se planeó y se construyó el museo MARCO.

Se organizaron asimismo muchas otras actividades que el maestro Rangel proyectó, y que se hacían gracias a que el gobernador Jorge Treviño sí entendía la importancia de la cultura como fenómeno político y social. Un recuerdo de esa bella época, es que cuando algunas cosas parecían pérdidas o confusas, yo asistía a la casa del maestro Rangel, en la colonia El Rosario y lo consultaba; escuchaba sus comentarios y oía con atención sus disertaciones filosóficas, casi siempre de carácter helénico pero con sentido práctico, y tanto Pedraza, como Zavala y yo, con mucho escrúpulo, le dábamos el lugar adecuado que se merecía el más grande humanista que ha dado nuestra entidad y que en ese tiempo estaba siendo sacudido por la incomprensión del proceso político-administrativo federal y por la ignorancia de muchos que no reconocían cuál es realmente el valor de la esencia de la educación y del humanismo y la cultura, en proporción con lo que es la actividad político-administrativa.



El Lic. Raúl Rangel Frías, Martha Chapa, Elvira y yo.

Durante mucho tiempo estas acciones no fueron conocidas por la familia del maestro Rangel, porque no era prudente, ni presumir ni señalar que había habido suspicacias de parte de esos empleados federales transitorios, así que a veces sentía yo que, sobre todo Elenita, la esposa de Eugenio Clariond, me miraba con cierto grado de recelo, y Jorge Pedraza me señaló una vez que ellos pensaban que yo le había arrebatado la posición al maestro; pero después, gradualmente, fui aclarando las cosas y señalando que en verdad fue una salida de emergencia, para evitar que en algún momento se arriesgara la dignidad de nuestro prohombre. De esa familia conservo muy buenos amigos: los Rangel, que son toda una esencia en Nuevo León; y guardo grandes recuerdos de una época de gran reconocimiento al intelecto, con las figuras de don Edelmiro, del doctor Ernesto Rangel, de mis amigos Ricardo y Jorge, y también con la presencia de esos Rangel, que muchos años estuvieron vigilando y salvaguardando la poesía y el romanticismo, como es el caso de un buen amigo nuestro Ernesto Rangel Domene, poeta y músico, y que fue compañero de Pedro Garfias y quien falleció recientemente. También de esa familia proviene mi excolaboradora y amiga, bella mujer, interna y externamente, María Eugenia Rangel, quien tiene una presencia psicológica y filial única.

Todo esto que se platica rápidamente, fue parte de un aprendizaje muy profundo que abrevé de las enseñanzas, del ejemplo y de toda la esencia de la vida en sus acciones y en sus palabras, que mostraba el maestro Rangel,

quien no escondía sus defectos, pues podía mostrarse, como diría Balzac: “en el medio de la comedia humana”, pero a quien siempre pudimos admirar, porque era la bonhomía hecha persona, sin intereses ni pragmáticos ni monetarios, con una raíz tradicional muy profunda y, sobre todo, con ganas de enseñar; así era el gran maestro de Nuevo León.

Del nacimiento de Marco y otros museos

En una mañana plácida, estaba yo sentado tranquilamente en mi oficina, en el cuarto piso de la Secretaría de Educación y Cultura del Estado, cuando recibí una llamada telefónica; en ella se me hacía una amable invitación de parte del empresario Diego Sada y de la señora Margarita Garza Sada de Fernández de Ruiloba, para asistir a una reunión en la casa de un viejo amigo mío, excompañero de la escuela, actualmente en una fase triste, Ricardo Guajardo, pues me querían comentar un tema relacionado con la cultura en la entidad. Sabedor de la importancia de Diego y de su capacidad creativa, y habiéndolo conocido desde su época de gloria en la empresa Alfa, acepté de inmediato la invitación a esa reunión-comida, que formó parte de un proyecto general que se consolidó para beneficio del Estado de Nuevo León y que vale la pena describir.



Con Diego Sada e invitados durante la planeación de MARCO.

Al llegar a la elegante residencia de mi excompañero Ricardo, percibí de inmediato el nivel social de los concurrentes; se encontraban allí distinguidos empresarios, mujeres interesadas en el ámbito cultural, y principalmente, un grupo bien compacto en torno a un pensamiento común, que era el de que Nuevo León requería un museo de arte contemporáneo que le diera prestigio y relevancia a nuestro reciente “boom” cultural, que en ese tiempo estaba emergiendo, gracias al seguimiento que el gobernador Jorge Treviño le estaba dando a la visión humanista y cultural de don Raúl Rangel Frías y a que había consolidado el Instituto de la Cultura que dirigía el propio maestro, dependiente de la Secretaría de Educación y Cultura, cuyas oficinas estaban ubicadas en el Teatro de la Ciudad y colindaban con la Biblioteca Fray Servando Teresa de Mier y Noriega y con las grandes obras de la Macroplaza, algunas de ellas que se recibieron inconclusas pero fueron terminadas gracias a la eficiencia y celeridad de Jorge, que había hecho a un lado cualquier intento de lucimiento personal para terminar la infraestructura que estaba pendiente de acabados, y darle a la Macroplaza el contexto armónico y bello que le caracteriza actualmente.

Sin mucho preámbulo y como acontece en las reuniones empresariales, al calor de algunos martinis exquisitamente preparados, y otras copas, Diego Sada me hizo una pregunta que no tenía más que una sola respuesta, que fue: “Oye, Luis, ¿estás dispuesto a colaborar con nosotros para conseguir que el gobernador nos ayude con el fin de obtener algunos recursos complementarios para crear un gran museo en la ciudad de Monterrey? Sabedor de que los hombres que estaban allí tenían el aval de la economía y del prestigio social de la entidad, no tuve más que contestar de inmediato: “Por supuesto. Díganme en qué puedo ser útil”. Diego y doña Margarita Garza Sada de Fernández Ruiloba, señalaron: “Nuestro interés es tener un museo de arte contemporáneo, en colaboración con el gobierno, pero administrado por nosotros, puesto que, como tú sabes, Luis, el gobierno es transitorio y cambia, y con los cambios a veces se modifican mucho las ideas y los objetivos; nuestra idea es que el gobierno participe, pero que nosotros seamos los encargados de la administración, para darle al museo un toque permanente”, idea que fue secundada inmediatamente por comentarios de los diversos personajes presentes, y se fue generando un ambiente muy propicio, quizás al calor del buen vino de Bourdeaux, que siempre se servía en las reuniones de Diego Sada, o probablemente porque en efecto había una sinergia de entusiasmo para darle a Nuevo León un destacado espacio en la cultura, que era la misma preocupación de Jorge Treviño, y que nosotros habíamos demostrado ya, al crear el Museo Metropolitano, actualmente llamado así y ubicado en

lo que antes había sido el Palacio Municipal, en donde en 1915, mi abuelo atendía los pequeños asuntos del municipio de Monterrey, espacio histórico que posteriormente fue ocupado por el Tribunal Superior de Justicia, y que en ese tiempo, la gran cantidad de expedientes que allí se acumulaban, ensuciaba el panorama físico y la presencia histórica de dicha construcción.

Posterior a esa reunión, Diego Sada me pidió que concertara una cita conjunta con Jorge Treviño, pero previamente pedí hablar con el gobernador, a quien con todo cuidado le expliqué que había un interés manifiesto de parte de un grupo de empresarios importantes para construir, mantener y encargarse de un museo de arte contemporáneo. Jorge, muy atento y como siempre dispuesto a colaborar, me escuchó con atención y fue cuando se me ocurrió utilizar el argumento que yo denomino de “la mentira piadosa”, que sólo uso para decirles a los pacientes que no están muy graves, cuando en realidad sí lo están, o cuando tengo algún pequeño desliz, aunque sea mental, con alguna muchacha, y entonces le niego a mi esposa ese detalle. El concepto de “mentira piadosa” está justificado en medicina, y quizás esté justificado también para no ofender con algunos desvíos mentales a las personas a las que uno ama y con las que uno vive. La mentira entonces fue: “Ellos están dispuestos a aportar cinco millones de dólares si tú pones otros cinco millones”; Jorge, asombrado, dijo: “Luis, me parece interesante, vamos a darles una cita y a conversar con ellos para ver en qué forma podemos trabajar en ese tema tan importante para el Estado”; y así, como que las cosas van a suceder y suceden, se llevó a cabo dicha reunión en el salón de juntas del Palacio de Gobierno -a la sombra de la pintura de Bernardo Reyes, con el arco del precioso adoquín que forma el piso del palacio, construido en 1895, y en un ambiente, como siempre, de solemnidad gubernamental.

Al inicio del evento tomé la palabra para señalar: “Jorge, aquí tienes a los empresarios que están dispuestos a aportar cinco millones de dólares, y el gobierno también está dispuesto a poner otros cinco millones de dólares para iniciar la construcción del museo”; fue entonces que, tanto Jorge como los empresarios se miraron desconcertados, porque ninguno había hecho una promesa formal, pero de esa manera quedaron comprometidos, pensando que la contraparte ya había decidido ejercer esos recursos para crear un museo, y todos salimos contentos de la reunión; en ese momento Diego se me acercó y me dijo: “Oye, Luis, si esto se hace, te voy a regalar una caja de champagne”, a lo que yo, sonriendo, le contesté: “pues se va a hacer y vas a tener que cumplir tu compromiso”; y así abandonamos el recinto oficial, pero antes le expresé con cuidado a Diego: “hay que conseguir un local, un

espacio, un terreno cercano a la Gran Plaza, para que el museo tenga un marco de atracción conforme a las bases de renovación que esa área de Monterrey ha tenido desde la época de don Alfonso Martínez Domínguez”. Con ese último comentario, nos despedimos al bajar las escalinatas del palacio, y allí empezó otro proceso.

Sabedores de la necesidad de buscar un terreno, revisamos los espacios existentes y encontramos que había uno ligado a la Avenida Constitución, se trataba de un área muy grande que colindaba con la calle Zaragoza, y cuyo dueño parecía ser una persona con muchos recursos económicos pero de raíces sencillas y además tenía un manifiesto interés por acercarse al área gubernamental; era un espacio en el que después se instaló un restaurante de cabrito, pues era bastante atractivo, ya que daba frente al Río Santa Catarina y tenía una vista directa al oriente, al Cerro de la Silla, por lo que podía ser un marco majestuoso para un museo que originalmente debería costar diez millones de dólares. Para entonces, ya se habían iniciado las gestiones para el plano y el proyecto de obra diseñado por el gran arquitecto Ricardo Legorreta, quien había ganado premios internacionales y gozaba de la amistad de algunos de los empresarios que estaban en el consejo de planeación de dicho edificio.

Así pues, invité a Héctor Martínez, propietario de los terrenos, a mi casa, pensando que al calor de los whiskies que le ofrecía podía tocarle el corazón y hacerle que donara dicho espacio, y poco a poco me fui adentrando en el tema, para ver si en esa forma lograba infiltrar mi idea y anular el egocéntrico acuerdo comercial, tocando las fibras sensibles que todos tenemos y que se despiertan a veces con el uso restricto del alcohol. Al terminar la reunión, el único que había sufrido los embates del alcohol era yo, pues ya estaba mareado, y Héctor no sólo no tenía ningún síntoma de efecto tóxico, sino que, además, se había negado rotundamente a regalar algo, pues solamente estaba dispuesto a venderlo en una cantidad muy elevada, ya que se había dado cuenta, por su instinto comercial, que nosotros, el gobierno, necesitábamos el terreno para cumplir con el compromiso previamente establecido; en fin, terminó la reunión; yo me quedé sin lograr mi objetivo y él se fue muy presto a esperar nuestra contrapropuesta financiera, lo que me causó un gran desánimo y no pude dormir esa noche, no sólo por la cruda correspondiente sino también por la decepción de darme cuenta que no era fácil tocar la fibra emocional a un empresario nato, ya que en la esencia del emprendedor, el interés por obtener una ganancia financiera, siempre está primero que la amistad y que la relación humana, y como el dinero, que es el diablo que se

atraviesa en todos los problemas, estaba presente, este último tuvo, como es natural, éxito, y no consolidó ninguna acción de nobleza empresarial.

Al día siguiente me fui a llorar un rato, simbólicamente, con don Víctor Gómez, el tesorero del Estado, y en medio de mis lamentos, él mencionó que había un terreno muy bueno, que estaba listo para una construcción que la empresa Vitro quería establecer en el centro de la ciudad, y que qui-



Museo MARCO

zá si hablábamos con la familia Sada, Adrián o Federico Sada, podíamos lograr que su papá, quien era realmente el presidente de la compañía, nos atendiera y escuchara para generar una permuta. Como don Víctor Gómez era un hombre con una gran habilidad política natural y una honestidad acrisolada, y tenía un gran respeto por parte de la comunidad, pues todos los pronunciamientos que él hacía eran muy bien vistos, con ese tema en mente nos entrevistamos don Víctor y yo con los directivos de Vitro, y

logramos, gracias a la habilidad del tesorero, que se permutara ese terreno por otros que tenía el gobierno en lo que hoy se conoce con el nombre de Valle Oriente y que ya desde entonces se vislumbraba que esa zona, que comprendía áreas residencial y comercial, sería cara, y que le convenían a la empresa, que en ese tiempo tenía un gran auge financiero nacional e internacional, mismo que posteriormente fue perdiendo de manera gradual, debido a la competitividad y a la globalización. Gracias a toda esta parafernalia de solicitudes y entrevistas, logramos que el terreno se permutara, con algunas ventajas fiscales que don Víctor encontró para favorecer a la empresa, y así, sin tocar mucho el corazón, sino más bien los intereses, se hizo la transferencia correspondiente y se estableció, con un presupuesto de once millones de dólares, el principio y el final de ese hermoso proyecto que es actualmente el Museo de Arte Contemporáneo, que una vez en fase de instalación y con las múltiples reuniones que llevamos a cabo para planear la estructura orgánica y normativa del consejo, ambas partes: el gobierno y los particulares, acor-

damos que la administración estuviera a cargo de los empresarios, pero que existiera siempre un representante del gobierno para asegurar el efecto social y evitar que se convirtiera en una élite exclusiva para grupos socialmente privilegiados.

Para efecto de lo anterior, se nombró de inmediato a don Víctor Gómez como representante del Gobierno en la Junta Directiva del organismo, y todo estaba muy bien equilibrado por lo empresarios y el gobierno, hasta la llegada del gobernador Sócrates Rizo, quien simplemente le quitó toda la responsabilidad, la fuerza y la presencia al Estado, para quedar bien con los empresarios y que éstos olvidaran sus antecedentes de izquierda, y les entregó el museo; así, ese museo, que fue dirigido por Diego Sada y sobre todo por doña Margarita Garza Sada de Fernández, empezó a tener un gran auge y actualmente cumple ya veinte años bajo la dirección de Nina Zambrano, hermana de uno de los más grandes empresarios activos y presidente del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, el ingeniero Lorenzo Zambrano, personaje que es motivo de orgullo para nuestra entidad por sus triunfos, su trascendencia y su presencia internacional. El Museo MARCO, que nació bajo esa utopía, ha sido considerado como uno de los mejores en el rubro de museos de arte contemporáneo en toda América Latina, y tiene un gran prestigio en la comunidad, ya que grandes artistas han desbordado en él su expresión emocional en el arte plástico, y es considerado como parte de nuestra forma natural de ser y como un ícono cultural en Monterrey; sin embargo, como todo tiene un pequeño “Talón de Aquiles”, es increíble que ese museo con tanto prestigio y con tanto acervo directivo empresarial, no tenga un patrimonio artístico propio, ya que sólo se hacen exposiciones de carácter temporal de acuerdo a convenios o contratos con otras instancias, lo que muestra el egoísmo de la clase empresarial regiomontana, que guarda y atesora sus obras de arte en su casa, pues algunos de ellos hasta en los baños de sus grandes mansiones tienen obras de autores del impresionismo o de personajes como Diego Rivera, Frida Kahlo, Rufino Tamayo, David Alfaro Siqueiros, los grandes muralistas, pintores y artistas mexicanos, pero no las donan ni las prestan en comodato, como se hace en los Estados Unidos, para que tengan un efecto permanente de presencia y puedan ser apreciados por mucha gente.

Todo lo anterior es símbolo de nuestra naturaleza conservadora y egoísta que quiere hacer del arte algo personal, diferente por supuesto al concepto de los habitantes de ciudades tan pequeñas como Jalapa, Veracruz, cuyo patrimonio histórico estético es mucho mayor que el de Monterrey, porque allí

ha habido donativos y una manera más abierta de exponer la cultura hacia lo social. Este tema debe ser motivo de preocupación, porque la grandeza de ese museo debería acompañarse del efecto social que se planeó desde la época de Jorge Treviño; pero, para lograr lo anterior, hay que desprenderse de algunas obras caseras que están por allí escondidas, y mostrarlas para que las disfruten las clases populares de la ciudad de Monterrey, de Nuevo León y de todo México, pues el museo ya ha desbordado el ámbito local.

Otro museo

Previo a todo eso, y con base en una observación hecha por el maestro Rangel Frías, llevé a cabo una campaña para recuperar el edificio del antiguo Palacio Municipal de Monterrey, que ya había sido desplazado por el edificio que construyó Leopoldo González Sáenz, para que el primero se convirtiera también en un museo local de Historia de Nuevo León. Para lograr lo anterior, me entrevisté con el gobernador, quien me dijo, con toda la seriedad y simpatía que le caracteriza: “Luis, a ver si convences a los jueces que están allí instalados; si lo logras, adelante, que se haga allí un museo”. Yo, como no me gusta rendirme fácilmente, fui y platicué con los magistrados en sus oficinas, en las que había un cúmulo de expedientes que eran acompañados por ratas o ratones que pululaban por los callejones del palacio y que además se alimentaban seguramente de algunos fragmentos de los expedientes que estaban almacenados y que son característicamente manuscritos, pues en esa época todos deberían tener el registro clásico escrito y manual.

El clímax de esta operación llegó, cuando en una reunión con los jueces y los magistrados, amigos míos, profesores de la universidad, quienes habían comprendido mi interés pero se resistían, les señalé: “señores magistrados, con todo el respeto que me merece el Poder Judicial, yo creo que este no es un lugar adecuado para ustedes, ya que es inhóspito, no tiene aire acondicionado, está sucio, hay mucha acumulación de basura, y el edificio es necesario históricamente para la presencia y difusión de nuestra cultura en Monterrey; por eso, les ofrezco el nuevo edificio en donde está instalada mi oficina”, que era el de la Secretaría de Educación y Cultura, por la calle Matamoros, entre Escobedo y Zaragoza”; ellos dijeron: “¿Pero, y cómo le vamos a hacer”, y yo les respondí: “Miren, el edificio es de cinco pisos, con estacionamiento y aire acondicionado, me voy a quedar solamente con el piso en donde estoy instalado con mi personal directivo, y el resto se los dejo a ustedes”; los jueces se miraron unos a otros, indecisos, y al insistirles yo en que estarían en un



Antiguu Palacio Municipal de Monterrey,
hoy convertido en el Museo Metropolitano.

lugar cómodo y agradable, manifestaron que si eso se podía llevar a cabo, ellos estaban de acuerdo en trasladarse al nuevo edificio. Salí de la reunión muy contento, me fui de prisa a mi oficina, y cité al sindicato, y allí empezaron otros problemas.

Resultó entonces, que el sindicato se opuso, porque una gran cantidad de personal afiliado iba a ser transferido a lugares que para ellos no tenían las condiciones adecuadas para trabajar; la lucha duró un par de semanas, hasta que pude convencerlos, pues se hicieron algunas adecuaciones en edificios ubicados en la calle Pino Suárez, y allí fue instalado el personal de los diferentes departamentos de los pisos que se desocuparon para los jueces, quedándome exclusivamente con mis colaboradores más cercanos, y allí atendía los aspectos generales y luego me movilizaba a los lugares correspondientes para realizar mi trabajo.

Como en ese tiempo se había hecho ya la integración con la parte federal, y habíamos adaptado también el Instituto de la Cultura para el maestro Rangel Frías, era fácil para mí acordar mejor en el despacho del área federal, ubicado en un edificio nuevo, bastante mal hecho pero muy amplio, en una zona incómoda, pero con instalaciones que permitían integrar las diferentes áreas; esa circunstancia física me permitió que los jueces se salieran y que el viejo Palacio Municipal quedara vacío; y con la ayuda de un joven arquitecto,

muy entusiasta, que ahora se ha burocratizado mucho, Eliseo Garza Salinas, se diseñó una especie de museografía para la unidad de exposiciones plásticas estéticas; se conservó el área central del patio, que es muy bella; se remodeló la plaza Hidalgo y se instaló lo que fue el Museo de la Ciudad de Monterrey, que posteriormente se transfirió al municipio, para convertirse en el Museo Metropolitano, del que mi esposa Elvira fue directora durante tres años, en la gestión de Ricardo Canavati. Ella, con su natural entusiasmo y capacidad de trabajo, le dio una presencia histórica y estética muy impactante, por las relaciones que ha cultivado con artistas nacionales y extranjeros, y fue capaz inclusive, de traer las exposiciones de las Sonrisas Olmecas y la Gran Cabeza Olmeca, que fue inaugurada por los príncipes de Asturias, Felipe y su esposa Letizia, todo esto ha llenado un espacio al que desafortunadamente, en administraciones recientes, no se le ha dado la proyección adecuada debido a la burocratización, y al no existir relaciones públicas bien manejadas, el museo ya no es lo que fue en la época del alcalde Ricardo Canavati, quien con todo el entusiasmo y la apertura que lo caracterizan, le brindó a mi esposa Elvira la oportunidad de que ella lo desarrollara. Con ella al frente, el espacio plástico dio lugar a conferencias y exposiciones de gran prestigio y de alto nivel, que ahora ya sólo quedan en la memoria como un acto que fue borrado por las posteriores administraciones municipales.

Valga entonces considerar, que el interés por el arte y el humanismo, que era ejemplar en el gobierno de Jorge Treviño, fue secundado por mi actividad creativa y mi inquietud, logrando así el Museo MARCO, de gran prestigio internacional y el Instituto de la Cultura, precursor de lo que ahora se llama CONARTE, y que fue abanderado en sus inicios por el gran humanista don Raúl Rangel Frías. Por otra parte, también es importante mencionar que, para ese gobierno, el reconocimiento a lo humano fue hecho manifiesto con la implantación de la llamada Medalla al Mérito, que fue una idea que Jorge había aprendido del Estado de México, y que yo, entusiasmado, implementé y normé para presentarla al gobernador, quien la corrigió y la aceptó, y así nació un área de reconocimiento a los valores del Estado, actualmente vigente, y que forma parte de ese recuerdo, reitero, del acervo cultural que Jorge, como gobernador, pudo visualizar y que tuvo la visión de permitirme utilizar mi inquietud y mi vitalidad de esa época para coadyuvar a llevar a cabo proyectos originales y fortalecer la estructura cultural que ha seguido implementándose, convirtiendo a Monterrey, no solamente en una ciudad empresarial o con acervo educativo básico sino en un área potencial con una gran fuerza cultural.

Todo ese potencial dio lugar al Foro Universal de las Culturas y a la implementación de nuevos museos, que fueron posibles gracias también a la perspicacia cultural y a la habilidad política y administrativa del exgobernador Natividad González Parás, quien giró bruscamente el concepto empresarial hacia una nueva fórmula de darles al conocimiento y a la ciencia, al humanismo y a la cultura, una corriente histórica adecuada para el siglo XXI.

De lo anterior tenemos entonces que decir, que: después de Rangel Frías, quien fue el autor del “boom” cultural de Nuevo León, Jorge Treviño fue el impulsor y tomó la estafeta de esa fórmula de explosión de la belleza que la cultura representa, y después Natividad González Parás la cristalizó con la nueva conceptualización, aquí señalada, de la famosa Sociedad del Conocimiento. Hoy en día, toda esa corriente está vigente y el nuevo gobierno está también acorde con las responsabilidades que tiene el Ejecutivo de seguir la corriente humanista y cultural que ha fortalecido nuestra presencia como entidad histórica en el país y ha logrado equilibrar las fuerzas exclusivas de los empresarios y del mercantilismo, así como del monetarismo ilustrado, a una tendencia espiritual y artística que conserva la raíz e identidad y nos permite ser un ícono cosmopolita no sólo monopolita, como éramos antes.

Y conocí a Albert von SzentGyörgyi, Premio Nobel

En una ocasión, estando en mi despacho de la Secretaría de Educación y Cultura, recibí una llamada telefónica de mi buen amigo Raymond Damadian, inventor de la imagen por resonancia magnética nuclear, quien después de saludarme, me dijo, en su excelente inglés neoyorkino: “Luis, tengo aquí, en mi oficina, al Premio Nobel Albert von SzentGyörgyi, que fue quien sintetizó la vitamina “C” y además ganó un premio Lasker, por su descubrimiento de la proteína contráctil del músculo cardíaco; el doctor SzentGyörgyi tiene noventa y dos años pero ha encontrado una serie de mecanismos que permiten explicar el cáncer; se refiere -dijo Raymond-, a cambios en la energía electromagnética del átomo, que producen una señal genética diferente, la cual, a través del estímulo de la oxidación externa previa, altera la cadena metabólica y hace que las células crezcan desordenadamente”.

La explicación me dejó pasmado por la simpleza con que se expresó, y porque SzentGyörgyi, a quien yo había conocido por la bibliografía, era un científico de gran prestigio mundial. Y entonces repliqué: “¿en qué puedo serte útil, Raymond?” Y él respondió: “Albert está interesado en probar una

droga nueva que él ha desarrollado a través de combinar unos derivados químicos del germen de trigo y la vitamina “C” como elementos que pueden revertir el proceso oxidativo que genera el cáncer; esto ya lo ha demostrado de manera experimental en ratones, pero como en Estados Unidos son muy complicados los trámites en la oficina de autorización de las drogas, quiere saber si tú puedes ayudarlo a probarla en México”, además, seguramente él sabía, que en nuestro país era más fácil y más barato hacer ese tipo de investigaciones.

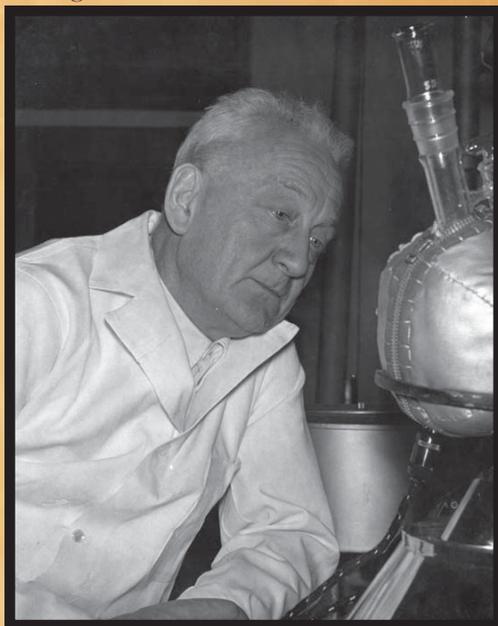
En aquella época yo era todavía el encargado de la unidad de Resonancia Magnética Nuclear del Hospital Universitario; estaba permanentemente en contacto con Raymond y me interesaba desarrollar algunos proyectos de investigación, porque al margen de que eso me mantenía con la gimnasia intelectual activa en mi tema básico, por lo regular venían acompañados de algunos estímulos económicos que me eran necesarios, porque mis ingresos nunca estaban al nivel de los satisfactores que me exigían mi vida personal y familiar. Dos semanas después llegó el profesor SzentGyörgyi, que en aquel tiempo era el presidente de la Sociedad Americana contra el Cáncer, acompañado de su esposa, una linda mujer de nombre Marcia, de aproximadamente cincuenta años de edad, y que representaba el quinto matrimonio del profesor, que había, por su edad, 92 años, sufrido la muerte de algunas de sus esposas previas, aunque también había algunos divorcios en su historia clínica familiar.

Albert, con gran ingenio y perspicacia, con sus ojos azules que destacaban detrás de unos lentes circulares, su cabello rubio rojizo, y un poco encorvado por la edad, conservaba una gran personalidad y una inteligencia excepcional; baste decir que en los días en que me tocó atenderlo en la ciudad de Monterrey y después, cuando me invitó a formar parte de la Sociedad Americana contra el Cáncer, en su casa en Woodland, Massachussets, siempre conservé vivo el recuerdo de una llama luminosa de inteligencia, que en sus últimos años se lentificaba durante el atardecer, pero que en los discursos matutinos o conferencias científicas aparecía de nuevo y volvía a enseñarnos, ese gran hombre que fue Albert SzentGyörgyi.

Invitado a comer a nuestra pequeña casa en Olinalá, Elvira y yo lo atendimos con esmero y nos asombró ver que, sin parpadear, se tomaba un par de wiskys directos, y después gozaba de los vinos franceses que nosotros, para presumir, servimos en la cena familiar, y conversaba con toda propiedad, lo cual me llamaba mucho la atención, por lo que le pregunté en qué se basaba su

juventud. Y él me respondió: “Luis, tengo treinta años de tener un linfoma en el cuello, y lo tengo guardado y detenido a base de puros medicamentos anti-oxidantes, porque mi teoría, que además creo que es lo último que voy a hacer en mi vida, puede ayudar a detener el avance impresionante que tendrá en el futuro el cáncer, debido a que la sociedad contemporánea está utilizando muchos preservativos en los alimentos, y en la agricultura insecticidas o fermentos, y todos ellos son oxidantes que alteran la señal genética de las células”.

El profesor SzentGyörgyi me platicó, durante las conversaciones nocturnas que sosteníamos, cómo había descubierto la vitamina “C”; esa anécdota tiene un carácter histórico interesante, y forma parte de la realidad de un personaje que, en su encuentro con la Segunda Guerra Mundial, se adhirió a la resistencia húngara, porque él era oriundo de ese bello país de magiares y de eslavos, en donde la música y la belleza de sus mujeres es el marco para una cultura profunda y una identidad histórica que va más allá de las raíces convencionales de la vieja Europa. Comentaba el profesor que, estando él en una reunión secreta, planeando cómo atacar los reductos de los nazis en Hungría, que habían conquistado su país, y cómo minar las fuerzas de inteligencia alemanas, descubrió un detalle particular en una manzana que había cortado para comérsela esa noche, a la luz de unas lámparas artificiales de petróleo, en uno de los sótanos de una vieja mansión húngara. A la mitad



Premio Nobel Albert von SzentGyörgyi.

de la manzana, Albert le había agregado paprika, una sustancia que tiene un sabor picante y salado y que acompaña bien el sabor neutro que tienen las manzanas. “Entonces -dijo Albert-, me di cuenta de una cosa muy rara: la mitad a la que le había puesto paprika estaba blanca y la otra mitad, a la que no le había agregado ninguna sustancia, se había puesto color caoba; en ese momento me entró la idea de que algo tenía la paprika que impedía la oxidación de la manzana, porque, como todos sabemos, las manzanas partidas y puestas en el exterior, empiezan a oxidarse y a tener un color característico”.

Con esa premisa, y con base en que Albert era un profesor de química muy reconocido, la resistencia húngara decidió enviarlo clandestinamente a Inglaterra en barco, para salvarlo de la muerte a la que lo habían sentenciado los soldados alemanes. Una vez allí, se inscribió en la Universidad de Cambridge, una de las más antiguas de Europa, cuyo origen data del año 1208. En esa universidad, trabajando sobre su idea original, fue capaz de sintetizar la vitamina “C”, por lo cual obtuvo el Premio Nobel de Medicina. Después, los norteamericanos lo invitaron a trabajar en Estados Unidos, en Boston, Massachussets, donde compró una bellísima casa, en un lugar cercano a la península Hyannis Port, que es el lugar donde habitaba el famoso Clan de los Kennedy. En esa residencia con vista al mar, continuó sus investigaciones, y demostró que la proteína del músculo cardíaco se contrae, por lo que obtuvo el Premio Lasker y múltiples reconocimientos internacionales.

Por supuesto que recibí con agrado su visita, y le ofrecí apoyarlo para investigar el medicamento que había demostrado su efecto en ratones y que él quería probar en seres humanos, sabiendo que en el Hospital Universitario, mucha gente tenía cánceres incurables, y se aferraba a cualquier esperanza. Probamos el medicamento in vitro, con resultados muy eficientes; pero, cuando se inyectaba por vía endovenosa a los perros, cosa que nosotros hacíamos previamente a cualquier investigación en seres humanos, el medicamento, que era un derivado de una sustancia del germen de trigo y de la vitamina “C”, por alguna razón generaba hemólisis, es decir, destruía las células rojas en la sangre y producía pequeñas trombosis en los animales; eso nos alarmó y nos impidió utilizarlo en seres humanos.

Posteriormente estuvimos en contacto con Albert, y lo visitamos con frecuencia en Massachussets, y de allí nació una extraordinaria amistad que me dio una inspiración y una experiencia personal y científica inolvidable, pues en mi encuentro con el profesor SzentGyörgyi, aprendí que la vejez es un artificio del pensamiento, pues ese caballero de noventa y dos años de edad, que tenía una mujer bella y joven para su edad, cuando le pregunté cuál era su secreto para vivir tantos años, me dijo en tono de broma pero con un acento muy claro y muy enérgico: “Mi secreto es: poca comida, mucha vitamina “C” y buenas esposas; esto último es lo más difícil de conseguir, porque para que un ser humano viva muchos años requiere hacer ejercicio, comer poco y tener muchas ilusiones”. Marcia, su esposa, sonrió con benigna expresión, y mostró en su mirada una ternura hacia aquel viejo, que en su época, y según las fotografías, había sido un galán muy atractivo, y que ahora, a pesar de su edad, conservaba su belleza intelectual, basada en su lucidez y en su fino sentido del humor.

Muchos años después de que murió el profesor SzentGyörgyi, a los noventa y seis años de edad, lo que aquí describo fue confirmado por estudios experimentales a largo plazo en simios y en bioterios, donde miles de ellos han sido sometidos a dietas elevadas y otros a dietas reducidas, unos con ejercicio y otros sin él, y se ha documentado que Albert SzentGyörgyi tenía toda la razón en lo de la dieta pero falta confirmar si su teoría de múltiples esposas como medicina de longevidad sea cierta; por lo pronto, yo ya tuve suficiente con mi experiencia personal en el matrimonio.

Música – Bátiz

Durante el tiempo que fungí como secretario de Educación de Nuevo León, y posterior a ello, cultivé una amistad muy profunda con un hombre muy interesante, por su prosapia. Me refiero a un gran músico mexicano, Enrique Bátiz, a quien conocí primero en forma muy superficial, durante el gobierno del presidente Echeverría, en una gira que hizo a la Argentina, a la que me invitó el presidente, y coincidimos en el avión. Durante el viaje, la simpatía de Enrique y su fórmula libre y cautivadora, pero sobre todo la admiración natural que yo sentía por el director de una sinfónica, nos permitió iniciar una amistad que se hizo manifiesta durante algunas giras de Echeverría, en las que Enrique Bátiz, su músico preferido, nos deleitaba principalmente con temas sinfónicos mexicanos de Moncayo, de Ponce, y en fin, de esa gama diversa que tiene nuestra música en todos los aspectos de las formas musicales, incluyendo la sinfónica.

Una vez que tomé posesión en la Secretaría de Educación y utilizando mis relaciones en la Ciudad de México, lo invité a venir a Monterrey, y aprovechando sus conciertos como director invitado de la Sinfónica de la UANL, teníamos breves espacios de esparcimiento para comer, divertirnos, tomar



Enrique Bátiz.

unas copas y encontrar siempre que, Enrique es un hombre que admira enormemente la belleza femenina, y dada su personalidad, tiene una capacidad cautivadora de rápida y efímera duración. Él me permitió escuchar y admirar de cerca una de las cosas más maravillosas para mí en la vida, como lo es la música sinfónica, y en particular la música clásica, sin dejar de reconocer que también la música popular, sobre todo aquella que tiene un componente bohemio romántico, enciende mi atención y mi presencia existencial, para escuchar lo que Beethoven llamó con propiedad “el idioma de Dios” y que otros autores han señalado como uno de los mecanismos de comunicación interhumana más honestos y auténticos.

La música, decíamos Enrique y yo, no miente, el verbo sí; la música no hace simulaciones, y en los discursos de los seres humanos sí las hacemos; la música no tiene manipulación, simplemente es lo que es, y su autenticidad en el ritmo bellissimo del arte, va impregnando la emoción y la sensibilidad del fenómeno humano; tan es así, que está bien documentado que en particular la música de Mozart tiene un efecto antidepresivo, y otras instrumentaciones generan efectos estimulantes, creativos, y además acompañan la parte importante de la función cerebral que es el área mayoritaria de la sensibilidad, pues aunque la música es por característica propia, un ensayo matemático instrumental perfecto, cuando llega a la excelencia, el impacto del intelecto y de la asociación neuronal del área cognitiva, semejante a las matemáticas, tiene un efecto sobre el área emocional, digamos sobre el sistema límbico cerebral.

Enrique y yo nos reunimos muchas veces en esa época, y posteriormente, cuando mi familia y yo nos fuimos a vivir a la Ciudad de México, debido a mi posición como subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, se fortaleció nuestra amistad y en momentos en que él o yo teníamos algún problema, nos brindábamos apoyo; y es que, aparte de ser un excelente director, le gustaba mucho estar presente en el quehacer del poder; nos reuníamos, comíamos, tomábamos unas copas, y al calor efervescente de esa juventud compartida, hicimos una hermandad, con la cual yo bromeaba y le decía que yo era su hermano menor, cuando la verdad es que él es cronológicamente menor que yo.

Una vez que lo invitamos a Monterrey a la casa de un buen amigo mío, gran empresario, Jaime Rodríguez, que tiene una fundación y es poseedor de una gran bonhomía, Enrique llegó tarde, porque el avión que le habíamos enviado había sufrido una serie de contratiempos por un temporal en

el Estado de México, lugar donde Enrique dirige todavía la sinfónica de ese importante bastión de nuestra patria. Al entrar, podemos describir una interesante escena: se abre la puerta y aparece bruscamente el maestro Bátiz con un impermeable negro de piel, completamente empapado y ante la atención de los invitados que lo estaban esperando, simplemente saluda y señala: “Luis, yo creo que ustedes querían que me muriera, porque ese avión parecía un batidero en la tormenta que nos sorprendió y hasta las luces se apagaron, así que lo primero que quiero hacer , ya que vengo aquí con todo cariño invitado por ti, es tomarme una copita de tequila para quitarme el miedo”.

Así inició el concierto didáctico, que era la idea que Jaime había preconizado y para la cual había reunido a varios empresarios y a gente importante de la comunidad de Nuevo León en su casa, y una vez que Enrique se repuso de su aparente angustia aeronáutica, dijo: “A ver, ¿dónde está el piano? Y Jaime le mostró un piano de cola, bellissimo, de color blanco, con toda la presencia estética de un instrumento que además era seguramente de una marca de prestigio mundial, dada la acuciosidad de Jaime para cuidar los pequeños detalles. Enrique tocó las teclas, haciendo un brusco giro de dedos y expresó: “Qué bonito piano, qué elegante, pero esta tecla no sirve”, lo cual permitió que todos nos pusiéramos a reír, porque en dos segundos se dio cuenta de que la tecla tenía un defecto de tonificación, debido tal vez a que no había sido debidamente balanceada, ya que las teclas se levantaban en diferente forma. De inmediato, el oído experto de Enrique le dio una información que nos comunicó en tono de broma; sin embargo, se sentó, como es costumbre en esos artistas, se concentró y nos deleitó con música clásica y composiciones personales, entre las cuales insistía mucho en la del romanticismo, aunada a su propia interpretación personal. Y es que, además de ser un gran director de una sinfónica, Enrique fue un extraordinario pianista, y así inició su carrera, ganando premios en el Conservatorio de Música de la Ciudad de México.

La velada fue muy agradable; la gente estaba asombrada por la bonhomía y la simpatía de Enrique, que de vez en cuando se interrumpía y explicaba las características del arpeggio, su historia y la razón de su existencia; en fin, toda una enciclopedia, simpática y crítica, sentado ante ese bellissimo piano de cola larga y de un color blanco marmóreo. Posteriormente, al reunirnos para cenar, una de las damas invitadas, que se preciaba de ser conocedora del tema, al calor de las copas, se le acercó, y antes de que se sirvieran los excelentes platillos que Jaime acostumbraba dar, le dijo: “Oiga, maestro, plátiqueme un poco más de Mozart, que fue un hombre que esto y que lo otro,

y que tuvo ciertas características. Enrique, como es su costumbre y tiene una gran capacidad para descontar, se puso de pie y le contestó: “Señora, no se dice así, y le corrigió el acento en Mozart, que no tiene acento en la A sino que tiene acento fonético en la O”. Y luego le siguió diciendo: “Señora: ¿por qué no hablamos mejor de algo que los dos sepamos?” Todo eso ocurrió ante la presencia de los concurrentes, de modo que la pobre mujer se quedó pasmada, pues quería presumir de sus conocimientos con alguien que estudió ocho años de posgrado en Polonia y tres más en otros países del mundo; que habla cinco idiomas y tiene realmente conocimientos históricos de la música clásica. Todos sonreímos; la fiesta siguió; el ambiente fue muy generoso y aunque todo lo ocurrido mostró la personalidad de Enrique, eso no fue suficiente para mostrar al personaje.

En otra ocasión, dirigiendo la Orquesta Filarmónica del Estado de México, en el Teatro de la Ciudad, y observando que una de las asistentes estaba masticando chicle y hacía un ruido que molestaba, y con la capacidad de percepción acústica que tiene Enrique, paró la orquesta a mitad de una sinfonía importante y dijo: “Señora, ¿puede usted tirar el chicle?”. Por supuesto la señora se puso roja o morada y sacó el chicle de su boca; Enrique continuó su concierto, y todavía al terminar, tuvo la humorada de señalar: “ahora les voy a tocar el submarino amarillo de los Beatles, a ver si a esa sí le entienden, porque veo que aquí hay muchos que presumen de entender y que no saben que en realidad los Beatles también tenían un acento sinfónico que voy a describir”: ni tarda ni perezosa, la sinfónica empezó a tocar música de los Beatles, con un paso, una armonía y una belleza que seguramente los jóvenes de Liverpool nunca se imaginaron, porque sin dejar de reconocer que esa música abrió una parte histórica en términos de la revolución musical en la juventud, detrás de esa aparente nueva tónica musical de ruido y de velocidad vertiginosa para adecuarse al fenómeno histórico de la época, la música de los Beatles tiene un fondo profundo que permite instrumentarla y adaptarla a la armonía de una sinfónica grande con todas las áreas que un grupo de esa naturaleza tiene, tanto las cuerdas como los sonidos a través de los instrumentos de aire o los instrumentos de percusión, todo lo cual nos demostró el gran conocimiento y la profundidad de mi maestro y amigo Enrique Bátiz.

Insisto en la calidad de este personaje y en su misión comercial para difundir la música clásica, pues gracias a él se inició la grabación de los CD's de música clásica, ya que previamente no existían más que cassetts, y los CD's que permiten, por registro láser, una gran realidad acústica, fueron en Méxi-

co la consecuencia de toda la intensa presión que Enrique ejerció para abrir ese mercado, y de la aceptación que de eso tuvieron áreas tan importantes como la Orquesta Sinfónica de Londres, la Orquesta Sinfónica de Boston y muchas otras en Europa, que iniciaron con Enrique la edición de este tipo de música, que podía ser considerada como algo ritual en el mundo comercial.



Con mi amigo, el gran director de orquesta Enrique Bátiz.

Pero Enrique siempre puso especial atención en difundir la música mexicana, y al calor de la belleza de danzón y al calor y la belleza de danzón A. Márquez de Moncayo, música de C. Chávez, de Revueltas y de Ponce, México volvió a tener el lugar que siempre ha tenido en el ámbito musical mundial, ya que hay pocos países que tienen la fuerza cultural impresa a través del fenómeno musical como es el nuestro, dicho en términos sencillos, Enrique, además de ser un bohemio ilustrado, un desordenado afectivo, con varios matrimonios, el último muy maduro y estable, es un patriota que quiere a su país y lo quiere poner siempre en primera línea en el tema de su competencia. Todo eso me dio un espacio de vida que me ha acompañado, como lo mencioné, en todos mis momentos, aunque sin ser un experto, porque no me gusta ser un experto en lo que verdaderamente me gusta disfrutar, sí he sido un fanático cautivo de la música clásica, pues aprovecho todo el tiempo en que puedo escuchar música; y a pesar de que, reitero, a veces la música popular es atractiva, siempre coloco en la retaguardia de mi presencia acústica, música clásica, y he llegado a coleccionar más de siete mil diferentes temas musicales.

Siento una gran admiración por el genio de Mozart, con la diversificación musical que éste tiene; la fuerza contundente de Beethoven y la angustia profunda de Brahms o la solemnidad de Mendelssohn o la gama de melodías incluso hasta Haydn y también por supuesto la música simbólica alemana de Wagner, que tiene una connotación especial y una gran perfección, y además forma parte de la profunda cultura del narcisismo nacionalista que sufrió Alemania en la época de Hitler, ya que este último admiraba mucho esa música; yo también admiro la solemnidad en la exposición de la ópera que preconizó Mozart con Don Giovanni pero también la corriente italiana operista y músicos como Vivaldi, que dio lugar a toda una serie de movimientos renacentistas que han permitido precisamente que el término clásico esté vigente.

Cuando mis hijos me preguntan por qué sólo escucho música clásica, les reitero que lo popular se va y lo clásico se queda, pues si uno oye una música popular en repetidas ocasiones, ésta tiende a generar un síndrome de aburrimiento o de fastidio, mientras que la música clásica, puede escucharse cuantas veces se desee y nunca produce un síndrome de olvido en la impregnación cerebral auditiva de este fenómeno que Dios nos dio para comunicarnos, para instrumentar el amor a través del aire y de las ondas hertzianas que la comunicación auditiva produce.

La amistad con Enrique ha continuado; él no para de trabajar y ha sido invitado a múltiples lugares para poner en alto el prestigio de México; sigue casado y tiene dos hijos, jóvenes chiquillos que alimentan su autoestima y le impiden envejecer, pues todavía conserva toda la actitud de devaneo romántico, de broma y de ironía que tienen los seres inteligentes, ya que, además de que es músico por naturaleza propia y un matemático abstracto y armónico, es un hombre inteligente con un sentido exagerado del humor; en eso Enrique, su bonhomía y su afecto son únicos. De esa manera, yo gané en mi carrera política algo muy difícil de encontrar: un nuevo y buen amigo, permanente, que jamás se niega a brindar una atención, lo cual yo le recíproco con la misma fórmula de dar, servir y preocuparme por el compañero, no de formas ni intereses políticos, sino del compañero de la vida y del fenómeno existencial enmarcado en el amor fraternal, gozando el horizonte que se visualiza perfectamente al escuchar con cuidado y atención la música que despierta lo mejor que el ser humano tiene.

Recientemente hablé por teléfono con el maestro y me comentó que estaba perdiendo peso y deprimido, y que le estaban dando antidepresivos; lo noté lento y confuso y me dio invadió una gran tristeza al darme cuenta como

algunos colegas médicos no entienden que el uso de esas drogas representa un albur de riesgo y que lo mejor para la combatir la depresión es el ejercicio físico que te hace liberar endorfinas y te alivia el trastorno bioquímico cerebral.

Más de la Cultura y de Martha Chapa Secretaría de Educación-Cultura

Durante mi gestión como secretario de Educación y Cultura, posteriormente ampliada a la Delegación Federal, le di mucha importancia al área cultural, como lo he mencionado previamente, y gracias a eso se pudo organizar el Instituto de la Cultura, que dirigía el maestro Raúl Rangel Frías, con Elvira, mi esposa, como su secretaria y asistente personal, para lograr que el maestro tuviera todo el apoyo indispensable para desarrollar su fase creativa. Esto fue posible porque el maestro, de inmediato, dado su prestigio y con nuestro soporte, invitó a sus viejos amigos y alumnos del Taller de Artes Plásticas, como Gerardo Cantú; del taller de artes literarias y otros expertos del área musical, así como a Luis Martín, para dirigir el Teatro de la Ciudad y encabezar además lo que era un programa conjunto de extensión cultural, pero al mismo tiempo de formación a través de diplomados, que en forma de estructura mixta gubernamental, con tinte académico, podía dar un enfoque diferente a lo convencional que existía antes.

Eso era muy necesario, porque con la desaparición de la extensión cultural, que había implementado mi compadre, el doctor Piñeyro, en la universidad, el Estado se había quedado sin un área de proyección para sus artistas locales, y como el último secretario de Extensión Cultural de la universidad había sido Jorge Rangel, tanto él como los antes mencionados apoyaron con entusiasmo las ideas y se logró también, gracias al trabajo tesonero de Elvira, generar un ambiente propicio para el desarrollo cultural local y para iniciar cierto grado de relación con artistas nacionales y extranjeros.

En esa corriente de aprovechar la génesis cultural de los años sesenta, y proyectar la extensión cultural, pero ahora en el ámbito gubernamental, iniciamos algunas relaciones que fueron importantes en mi desarrollo personal, como la del apoyo que siempre tuve de la pintora regiomontana, hija de un maestro mío, urólogo, Martha Chapa, quien se casó con un médico también amigo mío, Federico Ortiz Quesada, y vivían en la Ciudad de México, donde tenían una extraordinaria capacidad de relaciones públicas con los artistas más importantes en el ámbito nacional.



Con Elvira, Andrés Henestrosa y Martha Chapa,
la gran pintora de las manzanas, en nuestra casa.

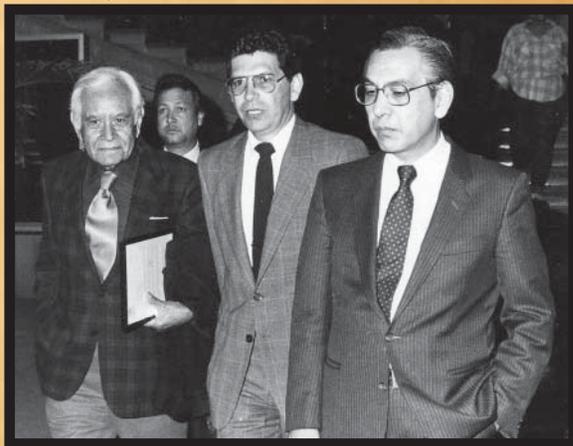
Además, Martha, como experta culinaria, seducía a la clase política incluyéndola en los eventos culturales, y ése era un factor muy importante, no sólo desde el punto de vista de su expresión plástica y de su especialidad, que era pintar las bellísimas manzanas que le caracterizan sino también de su especialidad culinaria, y con ella me tocó conocer en el mundo del arte, a artistas como Raúl Anguiano y a Juan Soriano, con quien posteriormente tuve una excelente amistad. Por otra parte y al margen de eso, la amistad de Sonia Garza Rapport con el niño terrible de la pintura, José Luis Cuevas, me permitió invitarlo a iniciar de manera conjunta con los otros personajes, relaciones más o menos profundas que tuvieron un impacto en la exposición plástica y en la expresión cultural de nuestra ciudad en la época a que hago referencia.

Martha, como una gran artista, no sólo de la pintura sino también del trato humano, me dijo un día: “Luis, te quiero invitar a mi casa a cenar, con algunos personajes que seguramente te interesa conocer, y creo que tú estás en excelente disposición de tener este tipo de contactos para beneficio del

Estado”. Acepté gustoso, y le agradecí a Martha con todo cariño, y ya en su hermosa casa, al calor o al sabor de exquisitos platillos mexicanos, preparados con sofisticación, Martha me permitió conocer a Ernesto Zedillo, quien posteriormente fue presidente de la República; a Pedro Aspe, quien fue secretario de Hacienda, a artistas como Pita Amor, y por supuesto al maestro Rufino Tamayo, con quien ella tenía una gran amistad.

En ese tenor de incrementar las relaciones culturales del Estado, invitamos a Rufino Tamayo para que expusiera en el Museo de Monterrey, en ese tiempo ubicado en el área de la Cervecería Cuauhtémoc, y pudimos conocer también a su esposa Olga, y llevar a cabo una integración entre el interés de la iniciativa privada por participar en la promoción cultural y la responsabilidad gubernamental de impulsar la cultura; de ese tiempo recuerdo con cariño a doña Márgara Garza de Fernández, quien siempre atendía nuestras invitaciones, y además las reciprocaba con algunas lujosas cenas y reuniones interesantes, desde el punto de vista intelectual; en ellas pudimos conversar con don Rufino, a quien una vez le pregunté por qué le habían puesto ese nombre, tomando en cuenta sus raíces de origen oaxaqueño, o cuál era la génesis de su nominativo, y alguien de la iniciativa privada me dijo: “Luis, por qué le haces esas preguntas, no hay ninguna razón”. Y yo le contesté: “siempre hay una razón para todo, hasta para saber las causas por las que un ser humano tan brillante y tan gran artista como el maestro Tamayo se llama de esa manera, ya que ése es un nombre italiano que proviene de una familia que cultiva viñedos y que tiene una gran producción de vinos en el sur de Italia”.

Mi amistad con José Luis Cuevas se inició gracias a que lo invitamos a exponer algunas de sus obras, y así pude realmente interiorizarme en la vida de un interesantísimo personaje de la política y de la plástica mexicana, porque José Luis no sólo ha sido un pintor y escultor extraordinario, que ha superado viejas y nuevas barreras, sino que, además, su participación en la literatura periodística cáustica y crítica formó parte de todo un ritual de glamour que rodeó



Con el Gobernador Jorge Treviño y nuestro amigo, el excelente pintor Rufino Tamayo.

su personalidad y que hasta la fecha sigue conservando, con una presencia diferente y solidaria con los artistas jóvenes, capaz de sentir y disfrutar de una amistad, todo dentro de un aparente narcisismo y de una megalomanía, que es exclusivamente una pose, porque en el fondo José Luis es un hombre tierno, generoso y, cándido, diría yo, que tiene una conversación excepcional y un conocimiento del ámbito cultural muy preciso, además de contar con amistades tan importantes como las de García Márquez, Octavio Paz (+) y Carlos Fuentes, personajes todos ellos que pude conocer gracias al afecto y al cariño que este artista me ha dispensado desde que lo conocí, mismo que yo he reciprocado con la misma gratitud y una gran admiración.

Me refiero a que en la inauguración del Museo de Cera en la Ciudad de México, en que se develó su estatua, él me pidió que fuera yo el orador y que expusiera su vida, por lo que tuve que leer y revisar su trayectoria, y quedé asombrado de las características íntimas revolucionarias en el arte y en la forma de ver la vida de este gran amigo; así, diserté con elocuencia en ese lugar, que estaba atiborrado de admiradores del maestro Cuevas y de representantes políticos de la Ciudad de México, y al concluir mi participación, él me dijo: “Luis, fue increíble; yo nunca había conocido mi vida, hasta que te oí describirla a ti, porque en realidad muchos de los pasajes que mencionaste se habían quedado fugazmente en mi memoria”; a lo que le contesté: “Maestro, se me hace que me estás vacilando, porque conozco poca gente con la capacidad de memorización que tienes tú, y además, no sólo eres experto en la pintura y en la escritura, sino también, algo que nadie sabe, es que tú y Carlos Fuentes son expertos en cine y son capaces de señalar, no sólo los nombres de las películas, sino de los actores, las actrices, los directores, los productores y hasta de los que dirigen el sonido de determinada película mexicana o extranjera”. José Luis sonrió, y aunque la modestia no es su especialidad, trató de simular agradecimiento, porque según él, yo tenía mejor memoria de su vida que él mismo.

Grandes recuerdos tengo de José Luis Cuevas, de su esposa Bertha(+), y de su nuevo amor Beatriz del Carmen con quien posteriormente en la Ciudad de México cultivamos una extraordinaria amistad, debido a que su casa en San Ángel estaba muy cercana a la nuestra, y era muy frecuente que Bertha pasara al mediodía a la casa, tocara la puerta y entrara para tomarse un par de tequilitas, que era su dosis normal, con Elvira y conmigo, antes de ir a atender al maestro y a cuidarlo, mismo hecho que ha sucedido con su actual esposa Beatriz, quien además se ha dedicado en cuerpo y alma y con cariño a cuidarlo y a estar al pendiente de todas sus, a veces, pequeñas chiflaciones

de carácter infantil, y con lo anterior, sacrificar su propia expresión estética, porque la actual esposa de José Luis es una gran pintora, pero sobre todo ha demostrado ser un extraordinario ser humano.

Con esa fórmula de Martha Chapa y sus relaciones, y de José Luis Cuevas y el conocimiento profundo de la clase intelectual de México, para mi esposa y para mí fue muy sencillo interiorizarnos y conocer muy de cerca toda esa pléyade de fórmulas un poco coloniales a veces, del ritual del área metropolitana de la Ciudad de México; allí nos dimos cuenta de las fórmulas verbales, de la diferencia regional con nosotros los del norte, en su expresión de comunicación fraterna; de los tipos de comida y bebida que se servían en las fiestas; en fin, fue una enseñanza extraordinaria el haber tenido la oportunidad de conversar con personajes como Octavio Paz, el mismo Carlos Fuentes, con quien posteriormente seguimos cultivando una amistad, distante pero presente; con Soriano, que es un personaje con un sentido de la ironía y del humor excepcional; con Anguiano y su esposa escandinava, que lo cuidaba mucho, y el famoso retratista se dejaba querer y con su conversación explicaba cada una de las líneas y trazos de sus figuras, sin dejar atrás a nuestra artista local, aunque vivía en México, Martha Chapa, que vinculaba tanto la cultura como la política y con la habilidad de su esposo, Federico Ortiz, que en ese tenor, formaban una pareja inexpugnable y muy presente en la vida social de México. Todas esas relaciones surtieron efectos benéficos para el Estado de Nuevo León, porque nos permitían invitar a los personajes a venir a impartir conferencias, a presentar exposiciones itinerantes y sobre todo a apoyar el ritmo y compás que Jorge Treviño le estaba dando al gobierno. De todo eso me queda una gran satisfacción y recuerdos existenciales muy profundos.

Continúa Jorge Treviño: Colaboración

Continúa la SE

Es evidente que un secretario de Educación, como fue mi caso particular, requiere, para desempeñar su creatividad y establecer programas y proyectos que tengan alguna naturaleza trascendente, del apoyo del gobernador, pues sin él uno se mete en el laberinto de las demandas financieras y de la política cortesana, perdiendo así la energía creativa que debe caracterizar a cualquier funcionario, más aún si está en la secretaría que requiere precisamente creatividad, en función de encontrar y difundir el conocimiento. Por supuesto, con Jorge siempre existió la actitud de parte mía, de respeto a su investidura gubernamental, sin olvidar nuestra relación fraternal, y de parte de él, su

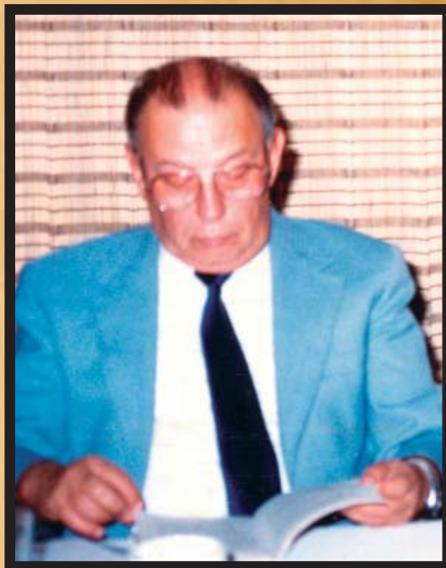
seriedad y características únicas en cuanto a su formalidad; él daba las indicaciones pertinentes pero siempre después de escuchar opiniones y de tratar de buscar el lado positivo del tema, es decir, Jorge fue un gobernante, no sólo constructor de obra física sino constructor en muchos de temas de la administración pública que tenían que ver con apoyos en el momento oportuno a proyectos que tenían una consonancia social; ¿Qué más puede uno pedir para generar una serie de ideas y trasminarlas en el tejido magisterial, para mejorar un poco lo fundamental de un país, que es la educación, ya que ésta representa el alimento espiritual de sus niños y jóvenes?.

Además de todo eso, Jorge tenía muy claro que los maestros, si bien costaba muchos recursos al Estado, en su enfoque individual no estaban bien remunerados y no gozaban de prestaciones ni de una seguridad adecuada que les permitiera una estabilidad para, en esa forma lograr una armonía entre la administración y el magisterio. Por supuesto que entendí perfectamente bien su idea y le propuse a Jorge varios aspectos de beneficio que queríamos incluir en la convención sindical.

Así, empezamos a reestructurar la administración, y en ese tiempo llegó a la secretaría un personaje que vale la pena describir con cuidado, porque su labor conmigo y en el Estado de Nuevo León fue valiosísima, en el concierto histórico de la llamada época de don Víctor Gómez, quien fue tesorero del Estado, hombre de gran prestigio y trascendencia en la entidad. Me refiero a Rogelio Páez (+), caballero de una honestidad acrisolada, enorme capacidad de trabajo, tenaz y con una gran intensidad en sus convicciones, pero sobre todo muy conocedor de la política estatal y de lo que se podía hacer, sin chocar con lo que se debía hacer, siendo poseedor de una memoria inigualable, pues se sabía los nombres de los maestros, dado que había trabajado muchos años como director de Control Presupuestal del Gobierno y era capaz de saber si uno o varios maestros tenían plazas alternas; además, tenía un capacidad de organización administrativa muy preclara. Rogelio fue una persona muy importante en mi época de secretario de Educación y a él se le debe la estabilidad del sistema que nosotros logramos y el arreglo, no total, pero fundamental, de la dispersión de plazas y de la cantidad de “aviadores” que existían, que no trabajaban y ni siquiera asistían a ver si todavía estaba su hangar, como yo decía, bromeando.

Rogelio trabajó conmigo posteriormente en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos, y fue capaz de hacer un cambio dramático en la administración, en la profesionalización y en la justicia social de los trabajadores

de la institución. De él tengo muy gratos recuerdos, por su sincera amistad, su falta de interés financiero, su imagen, igual que la de su hermano Ricardo y la de su otro hermano, director en una gran empresa de Monterrey, pues son de esos regiomontanos que hicieron germinar el prestigio del acervo empresarial administrativo y la raíz norestense que nos caracteriza como un pueblo de trabajo y de lucha, como decía el maestro Reyes: “El regiomontano, cuando no es hombre de saber, es un hombre de sabiduría. Es un héroe en mangas de camisa, un paladín en blusa de obrero, un filósofo sin saberlo, un gran mexicano sin posturas para el monumento, y hasta creo que es un hombre feliz”, y si algún personaje conjunta esos atributos, ése fue Rogelio Páez.



Rogelio Páez González.

Para los maestros, nuestra época, y así lo han expresado ellos, fue una época de grandes conquistas en prestaciones sociales, ya que tanto Jorge como yo sabíamos que la problemática de la inflación que había aquejado al país con motivo de las devaluaciones y del mal manejo económico, que desde el régimen de López Portillo, estaba afectando la entraña de la raíz gremial, y por eso probablemente era muy fácil que se generaran movimientos y paros de labores, que estaban justificados, porque el maestro tenía salarios muy reducidos y a veces tenía que realizar, además de su noble función, trabajos administrativos o manuales para completar; había casos en que el maestro manejaba un taxi, pues le era más redituable esa labor que el salario que recibía por impartir conocimientos. De las múltiples prestaciones que, agregadas al convenio nacional por parte del Estado, se otorgaron al magisterio, principalmente al de la Sección 50 al principio y posteriormente transmitidas al de la Sección 21, basta mencionar una que dejó huella permanente, que fue la de establecer lo que se denominó la Jubilación Dinámica, ya que esa prestación era indispensable, porque los maestros se jubilaban con un salario base que, al no tener dinamismo financiero era aplastado por la inflación, y había casos en los que el maestro recibía como jubilación el equivalente a trescientos pesos reales, con los cuales era y es imposible sobrevivir, además de que representaba una burla para ellos. Entonces yo, con la ayuda de Rogelio

Páez, un gran funcionario, planeé y le presenté a Jorge Treviño el proyecto de la jubilación dinámica, que consistía en que el maestro tuviera la opción de jubilarse y de recibir los incrementos naturales anuales que se retribuyen con motivo del aumento de precios. Eso, que llamamos Jubilación Dinámica, se llevó a cabo de común acuerdo con Armando Chávez, en ese entonces líder de la Sección 50, en una forma inteligente y racional, pues el documento se esbozó, se describió y se incorporó a la parte normativa y jurídica, pero quedó muy claro en sus párrafos que sería un acuerdo entre el sindicato y la autoridad, siempre y cuando existiera la disponibilidad presupuestal calculada, para que el ISSSTELEON, en ese caso, no fuera a sufrir los efectos financieros del acumulo de ese tipo de ganancia agregada al profesor jubilado.

Los primeros casos de maestros que recibirían la jubilación dinámica los seleccionamos Armando Chávez y yo, escogiendo a quienes estuvieran enfermos o tuvieran algún antecedente especial que les permitiera gozar de esa prestación, porque no se podía hacer en forma general, ya que teníamos una masa crítica en la nómina, de maestros que habían iniciado sus servicios a los dieciséis años de edad, por lo que para los cuarenta y seis años ya estaban listos para jubilarse, aunque todavía tenían una gran capacidad para seguir participando en el proceso educativo de la entidad.

Armando fue y es una persona de la que conservo gratos recuerdos, pues logramos éxitos comunes, como el caso particular de la jubilación dinámica que, aunque mal comprendida por el gobernador siguiente, fue un avance extraordinario de justicia, pues aquellos maestros de mi época, que tenían salarios reducidos y que se jubilaban, tenían que sufrir las inclemencias de la inflación y a veces era ridículo que un maestro estuviera jubilado con trescientos pesos, porque el peso ya se había devaluado, pero lo justificaban diciendo que le estaban pagando según el contrato y conforme a lo establecido previamente, sin tomar en cuenta la inflación, que fue muy brutal, derivada de las crisis financieras del gobierno de Echeverría, primero, y después del de López Portillo.

Con aclaración y perfecta congruencia entre las posibilidades y las demandas sociales, se inició ese proceso y todo mundo estaba contento; así culminó el régimen de Jorge Treviño, con una conquista permanente y muy valiosa, pero, como todo tiene un pero, resulta que al concluir ese periodo sexenal sucedió lo siguiente:

Sócrates Rizzo tomó posesión y venía con todo el apoyo del Presidente Carlos Salinas de Gortari y con una tendencia muy autoritaria y una presen-

cia como de “nuevo rico” de la política, porque se rodeó de familiares y de personas que tenían características ideológicas un poco confusas; pero que, en aras de demostrar su triunfo, denostaban lo que se había hecho previamente y querían reiniciar todos los procesos, grave error basado en la soberbia, que se da en muchos funcionarios que creen que todo lo anterior está mal y que sólo está bien lo que ellos piensan. Con esas ideas en mente, Sócrates nombró a un maestro de nombre Edilberto Cervantes, como secretario de Educación, y éste, de un plumazo excluyó a Juan Roberto Zavala, que conocía bien el proceso educativo, pues había ocupado esa posición durante dos años, y también a Rogelio Páez, que había estado interiorizado, caso por caso, de los profesores jubilados y de las razones por las cuales se hacía indispensable la convención sindicato-autoridad; y así, para quedar bien o para sentirse importantes, empezaron a jubilar, sin enterarse adecuadamente de los anexos que calculaban el presupuesto, con base en lo cual se daban cierto número de jubilaciones, por ejemplo: se nos presentaban 100 solicitudes y solamente se jubilaban 30, porque era para lo que existía disponibilidad en el presupuesto, todo de común acuerdo con el sindicato.

En cambio, con esas nuevas autoridades, que borrarón el pasado, llegaba el sindicato y les pedía 100 ó 200 jubilaciones, y como el contrato decía que había que dárselas, se las autorizaban, y tres años después tronó económicamente el ISSSTELEON , porque se había acumulado un superávit de necesidades y no había reservas para afrontarlo, lo cual fue consecuencia de la ceguera, la miopía y la negligencia política de creer que sólo ellos tenían la razón, y por no haber escuchado o haber dejado en alguna posición intermedia a los funcionarios anteriores, aunque fuera por algún tiempo. Yo, por supuesto, estaba ya fuera de la secretaría, trabajando bajo las órdenes de Salinas de Gortari, como Subsecretario de Educación Superior e Investigación Científica, y Jorge era ya exgobernador; por lo tanto, el proceso dramático que dio lugar a manifestaciones, crisis y conflictos que duraron mucho tiempo, fue consecuencia de los errores del nuevo régimen, porque nosotros planeamos perfectamente esa temática, pues Jorge en particular, es muy cuidadoso en la planeación financiera y tiene una gran experiencia en el área fiscal.

Dejo pues constancia de lo anterior, señalando también, que dentro de ese apoyo solidario del gobernador y de un ambiente muy favorable para las múltiples innovaciones académicas que llevamos a cabo en las distintas áreas, es indispensable la tarea de conjunto, pues está claro que una persona no hace nada sola, ya que requiere para realizar los cambios, un equipo de

trabajo. Por tanto, recuerdo con afecto, de entre muchos otros funcionarios que nos apoyaron, al profesor Félix de León y a la profesora Mirna Flores, en primarias; al prestigiado profesor Ismael Vidales y a la profesora Yolanda Blanco, en secundarias; a un maestro de la UDEM que había sido lasallista, experto en planeación, el doctor José Luis Quintero; a mi fiel amigo Juan Francisco González, con su lealtad a toda prueba y su organización administrativa, que encabezaba la difícil tarea de los recursos humanos y que contribuyó también enormemente en el tema de la jubilación dinámica; y a Jaime González, un simpático caballero que conocí en el área de educación y que coordinaba el área administrativa, juntamente con José Rodríguez, quienes me profesaron siempre una gran lealtad; recuerdo también con aprecio al profesor Mario López, muy trabajador, a la profesora Magaly Pompa, inquieta y activa, al profesor Tomás Mendoza, persona de una gran lealtad, y al profesor Miguel Ángel Arreola, quien luego fue una figura importante en el gobierno de Fernando Canales; y en la Delegación Federal, con la influencia gremial previa de la Sección 21, pero buscando lo mejor para el desarrollo académico de esa área, colaboraron: el profesor Ciro Meza, toda una institución y con una gran experiencia, en primarias; Gustavo Garza en las secundarias generales; Guillermo Belloc, con gran creatividad en la implementación de la educación técnica; y en otras áreas fundamentales, la profesora Santa Amparo y la profesora Sofía, en Preescolar y Educación Inicial, la licenciada Romelia Hidalgo, el profesor Tomás Rangel, gran maestro que tenía un reconocimiento casi místico por parte de sus compañeros, por su seriedad y su autenticidad, así como a Santiago Banda, persona muy leal y con una gran capacidad de trabajo; éstos últimos fueron parte de un gran equipo de funcionarios federales, que complementado con el equipo estatal y con el apoyo de Juan Roberto Zavala, Arnoldo Leal, Javier Castillo, Leonor Rodríguez, Arturo Garza y de múltiples asesores externos a los que yo consultaba, dependiendo del tema, logramos una impresión permanente de calidad educativa por encima del promedio nacional y una atención particular al magisterio.

Mención aparte tienen José Manuel Pérez Sáenz y Homero Santos, pues con José Manuel había tenido un antecedente muy importante en la Universidad, con la creación del Departamento de Audiovisual, por lo que los invité particularmente a que le diéramos a la Secretaría de Educación un tono distinto a lo convencional y a que aprovecháramos la enorme creatividad que lo caracteriza para implementar una comunicación interna y externa que permitiera salvaguardar la buena imagen que el sistema educativo del estado ha tenido y que a veces se veía desvirtuado por los movimientos gremiales y

sindicales o por algunas interpretaciones políticas frívolas, como había sucedido en el régimen de Martínez Domínguez.

Hasta aquí este volumen porque en el siguiente describiré mi experiencia en el área federal, en la diplomacia como embajador, como candidato a la gubernatura y después la del CECyTE que lo rescite y al final la sentencia de la edad madura, la vejez y las decepciones de lo humano, mis depresiones, alegrías y en fin la comedia humana con luces y sombras.



Gerardo Cantú

Contexto Internacional 1985 – 1989

Señalado como año internacional de la paz por las Naciones Unidas, 1986 fue un año en donde se empezaba a vislumbrar la conformación de lo que sería la Unión Europea, comunidad política y económica que en la actualidad la forman 27 miembros, con centros políticos en Luxemburgo, Bruselas y Estrasburgo.

En este año los avances computacionales siguen su rumbo, pero en esta ocasión tenemos que surge el primer virus para el sistema operativo MS-DOS, denominado Brain, desarrollado por Basit y Alvi Amjad, con el primer propósito de proteger de piratería sus desarrollos de software de su empresa Brain Computer Services.

Hablando de las misiones espaciales, el Voyager 2 hace contacto con Urano, mientras que recordamos el caso del Challenger, que explotó al ser lanzado, matando a los 7 astronautas, incluyendo una maestra escolar, convirtiéndose en un terrible desastre en la industria aeroespacial.

Siguiendo con los desastres de este año, nos encontramos con el de Chernóbil, que es un accidente nuclear de los más graves en la historia de acuerdo a la Escala Internacional de Accidentes Nucleares matando a miles de personas y teniendo que reubicar a más de 300,000 rusos por el riesgo de la radiactividad. El costo de este desastre se calculó en su momento en miles de millones de rublos, causando una parálisis en la economía soviética.



Lanzamiento de la Voyager 2.

Retomando el punto de que este año, 1986, es un año de la paz declarado así por la ONU, se lleva a cabo la Declaración de Sevilla sobre la Violencia, en donde se reunieron diversos científicos convocados por la Comisión Nacional Española de la UNESCO, en Sevilla España. Los puntos que fueron el sustento de esa declaración fueron:

1.- “Es científicamente incorrecto decir que hemos heredado una tendencia a hacer la guerra de nuestros antepasados animales.”

2.- “Es científicamente incorrecto decir que la guerra o cualquier otro comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana.”

3.- “Es científicamente incorrecto decir que en el curso de la evolución humana ha habido una selección para un comportamiento más agresivo que otros tipos de comportamiento.”

4.- “Es científicamente incorrecto decir que los humanos tienen un” cerebro violento”.

5.- “Es científicamente incorrecto decir que la guerra es causada por” instinto “o cualquier otra motivación única.”



Manuel Negrete, Mundial de Fútbol de México 1986.

los sudamericanos iban ganando 2 a 0, pero la máquina alemana logró empatar, para que al final una genialidad de Maradona le diera el triunfo a los albicelestes por 3 a 2.

Dentro de los aspectos deportivos, recordamos con agrado el Mundial de Fútbol de México 1986, en donde se marcaron bellos goles, como el logrado de “tijera” por Manuel Negrete, anotado al equipo de Bulgaria y lo que significó el pase a cuartos de final, cayendo en una serie de penales contra Alemania, en un partido controvertido. En la final de este torneo, también recordamos el gran partido disputado por Argentina y Alemania, en donde

Hablando de temas económicos, la revista The Economist introdujo el “Índice Big Mac”, con el objetivo de medir el poder adquisitivo de las personas de diferentes países, al ver el precio al cual se vende una hamburguesa Big Mac de McDonald’s en diferentes puntos del orbe y compararlos con ese mismo producto en los Estados Unidos, para ver si

esas monedas están sobrevaloradas y subvaloradas en relación al dólar norteamericano.



Siendo declarado como el Año Internacional de la Vivienda para las personas sin hogar por la Organización de las Naciones Unidas, inicia 1987. Uno de los descubrimientos, que siguen causando preocupación en nuestros días, es que en esa época diversos científicos, en reunión en Nueva York en la ONU, declaran que en la Antártida se ha detectado un agujero en la capa de ozono.

En este año se le practica una operación de próstata al presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, dando motivo a que muchos de sus detractores y críticos, cuestionen su capacidad para seguir gobernando al poderoso país norteamericano. En este periodo fue que Reagan, durante una visita a Alemania, presiona a Gorbachev para eliminar el muro de Berlín. A finales de este año, estos dos líderes mundiales, firmaron un tratado para la eliminación de armas nucleares. Siguiendo con temas de nuestro vecino del norte, recuerdo la noticia en relación al tesorero del estado de Pensilvania, Budd Dwyer, quien tras haber sido encontrado culpable de fraude, conspiración y robo, se suicida al tomar un revolver y dispararse.

En temas de negocios entretenimiento, en febrero de 1987 la compañía de aviación British Airways se privatiza, con el objetivo de cotizar en la bolsa de Londres. Mientras que la American Motors Corporation es adquirida por Chrysler Corporation. En este tenor, Michael Eisner, directivo de The Walt Disney Company, conjuntamente con el Primer Ministro Francés, Jacques Chirac, firman un acuerdo para construir una locación de Disney en París, conocido actualmente como Disneyland Paris, como un lugar de entretenimiento, compuesto de parques de diversiones, hoteles, restaurantes y lugares para hacer compras de mercancía y ropa.

Por otro lado en temas científicos, tenemos en la parte astronómica que la supernova 1987A es observada gracias a telescopios. También los soviéticos lanzan la nave Soyuz TM2, con dos astronautas a bordo, en miras de poner en marcha una estación espacial. Además en la parte médica, la Food and Drug Administration aprueba el uso de la droga AZT o comúnmente conocida como Zidovudina para su acción en el combate en contra del virus del SIDA.

Dentro del gobierno de Inglaterra, el Partido Conservador del Reino Unido, liderado por Margaret Thatcher, es reelegido para un tercer periodo, todo esto dentro de la elección general de 1987. Esta figura mítica de Margaret, le sigue dando un aire exitoso a todo el gobierno británico, haciéndolo honor a su sobrenombre de: “La Dama de Hierro”.

Aquí también recordamos al denominado “Papa viajero”, es decir a Juan Pablo II, quien en marzo publicó su encíclica *Redemptoris Mater* y para no variar, sale de viaje a Uruguay y para abril realiza una visita a Chile, para septiembre visitó Estados Unidos, particularmente Miami y para finales de diciembre de este año, publicó otra encíclica denominada *Sollicitudo Rei Socialis*.

En temas menos alegres, recordamos el atentado terrorista de la ETA, llevado a cabo en el Hipercor en Barcelona, esto logrado al colocar un aparato explosivo en un coche bomba, combinado con litros de gasolina, que le quitó la vida 21 personas, lesionando también a 45 más. También en este sentido el trágico estallido del vuelo 858 de Korean Air, donde mueren 115 personas. Lo anterior debido a que unos terroristas coreanos son los responsables del hecho. ETA llevó a cabo otro atentado en diciembre, cuando plantó un coche bomba en la casa cuartel de Zaragoza, dejando 11 muertos (incluyendo 5 niñas) y 88 personas heridas.

En otro tema, la justicia ciega para haberse logrado cuando después de haberse escapado en diversas ocasiones, en Francia es juzgado Klaus Barbie, alto oficial de la SS y de la Gestapo durante el régimen nazi, conocido también como el carnicero de Lyon, siendo encontrado culpable de crímenes de guerra y en contra de la humanidad y sentenciado a cadena perpetua.

Volviendo a hablar de arte, en París, se subasta el cuadro de Van Gogh titulado “Los girasoles”, por un precio record, en ese momento, de 320 millones de francos. Resulta irónico que Vincent Van Gogh vivió en la miseria y depresión, tal vez por falta de litio, o tal vez algo de dinero para

solventar así la tristeza de su alma, o tal vez esa misma depresión es la que lo inspiraba su creatividad artística.

Hablamos del viernes negro y ahora recordamos el lunes negro que se vivió en el Dow Jones norteamericano, que registró una de sus peores caídas desde la crisis de 1929, cuando perdió 500 puntos. Claro la caída fue muy breve, iniciando en Hong Kong, continuando por Europa hasta que al final llegaría a los Estados Unidos.

Para cerrar este año, con agrado remembro la nominación como Director General de la UNESCO, de mi amigo Federico Mayor Zaragoza, llevándose esto a cabo en noviembre de este 1987.



Pintura “Los girasoles” de Van Gogh.

Llegando a 1988, año bisiesto, el congreso de los Estados Unidos niega la propuesta de Ronald Reagan de ayudar a la Contra nicaragüense con dólares norteamericanos (se habló de más de 20 millones de dólares). Mientras sucedía esto, en la Unión Soviética, el tribunal supremo reivindica la memoria de Nikolai Bujarin y Alexei Rykov, ejecutados por el régimen de Stalin. Además de que siguen las estrategias para llevar a cabo la conocida Perestroika (reestructura) al mando de Gorbachev, buscando reformar y transformar el sistema socialista bajo el esquema empresarial de innovación.

En temas médicos, la Organización Mundial de la Salud, declara el 7 de abril, como el Día Mundial contra el consumo de Tabaco. Lo anterior con justa razón, pues el fumar tabaco, así como el aspirar humo del mismo es una de las causas de muerte más frecuentes en los Estados Unidos y en el mundo. La misma OMS calcula que a nivel mundial mueren aproximadamente más de 5 millones de personas al año por fumar tabaco, es decir es responsable de la muerte de 1 en cada 10 personas. De continuar así, se calcula que para el 2030, según la OMS, tendremos más de 8 millones de muertos por fumar tabaco.

En este 1988, se establece con sede en Chicago Illinois, la iglesia evangélica luterana (rama de la teología cristiana creada por Martín Lutero) en los Estados Unidos, siendo una de las iglesias protestantes más grandes de ese país, teniendo en la actualidad más 4 millones de miembros.

Dando una vuelta al mundo tenemos que en México es elegido Carlos Salinas de Gortari como presidente, mientras que George H.W. Bush es también elegido presidente para los Estados Unidos y en la Unión Soviética es Mikhail Gorbachev es denominado como Presidente del Presidium del Soviet Supremo y por ende jefe del Estado Soviético. Mientras que en Chile, el plebiscito de nacional de 1988 decreta que Augusto Pinochet deje el poder.

Recordamos también, en los temas trágicos, el atentado del vuelo 103 de Pan Am, en donde fue sujeto al terrorismo al explotar en pleno vuelo, esto sobre la ciudad escocesa de Lockerbie, matando a más de 250 personas, se culpó a ciudadanos libios de la autoría de tan lamentable hecho, sin embargo Libia se negó a entregar a los culpables, por lo que la ONU ha mantenido sanciones hacia ese país.

Para 1989, una de las noticias más sobresalientes en México fue la encarcelación del dirigente sindical petrolero, denominado Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, Joaquín Hernández Galicia, alias La Quina. La operación fue llevada a cabo por el ejército mexicano, entrando a la casa del líder sindical, encontrándole posesión ilegal de armas y por ello recibiendo una condena de 35 años, junto con él, cayeron algunos de sus allegados, siendo destituidos de sus cargos. Iniciaba Salinas de Gortari con mano dura su gobierno.

En temas de guerra, es durante este período que el conflicto de Afganistán versus la Unión Soviética, llega a su fin, cuando las tropas soviéticas lanzan un comunicado admitiendo la total salida de sus tropas en territorio afgano. Se declara entonces un triunfo para los guerreros afganos y se establece una buena relación con los estadounidenses, pues al final ellos fueron, quienes detrás del telón, los apoyaron para vencer a los rusos. Sin embargo, como todos sabemos, en el futuro esta relación se deterioraría por diversos ataques terroristas.

En este año conmemoramos el accidente petrolero del Exxon Valdez, en donde aproximadamente 40 millones de litros de petróleo son derramados en la zona de Alaska, particularmente en la zona de Prince William Sound. Esto representó una de las peores tragedias ecológicas a nivel mundial, matando un gran número de flora y fauna marina, así como muchos otros animales como pelícanos, gaviotas, etc. Una vez más el “excremento del diablo” haciendo de las suyas.

En mayo se presenta una crisis dentro del gobierno de Panamá, pues el presidente Manuel Noriega, no reconoce los resultados de la elección, en donde pierde con Guillermo Endara. La reacción de Estados Unidos no se deja esperar y el presidente Bush envía casi 2,000 tropas a proteger a los ciudadanos estadounidenses que se encuentran en suelo panameño. Al final, el presidente Endara, gobernaría Panamá desde 1989 a 1994, todo gracias a la intervención militar de los Estados Unidos.

Siguiendo en este año, no olvidamos que aproximadamente un millón de ciudadanos chinos realizan una manifestación, reclamando mucho mayor democracia en su país. Estas manifestaciones derivan en reunirse en la Plaza de Tian'anmen, mientras que el gobierno de China ordena a sus militares disolver ese movimiento. Al final esto derivó en una reacción violenta del ejército chino, en donde las cifras varían, pero la cruz roja china declaró 2,600 muertos. A todo este movimiento y su resultado se les conocería como la masacre de Tian'anmen o el incidente del 4 de junio.



Plaza de Tian'anmen

Por último, para cerrar este 1989, recuerdo la Revolución Rumana, gestada con el objetivo de deponer el régimen comunista de Nicolae Ceausescu. Obteniendo como resultado, al final, el fusilamiento de este dictador, junto con su esposa, después de ser juzgados por una corte marcial.



Guillermo Ceniceros

Contexto Nacional 1985 – 1989

El 19 de septiembre de 1985, el país se conmocionó, pues un terremoto de 8.5 grados en la escala de Richter, y diversas réplicas, sacudieron la Ciudad de México y los estados de Michoacán, Guerrero, Jalisco y Colima. En la Ciudad de México, se perdieron gran cantidad de vidas y hubo cuantiosos daños materiales.



El terremoto de 1985

Ante la incapacidad del gobierno para reaccionar de manera rápida y eficaz ante el desastre, la sociedad misma inició las labores de rescate de numerosos cuerpos, y de personas que habían quedado atrapadas vivas entre los escombros de casas y edificios. Para esto, la población se organizó en brigadas, reforzadas por estudiantes de medicina, ingeniería, arquitectura y ciencias. La UNAM suspendió clases, para que los estudiantes pudieran colaborar en estas tareas, y de todos los estados de la República diariamente llegaban al DF expertos en rescate, así como dotaciones de agua y víveres, que se recolectaban entre la población en general.

Durante esos días, y hasta el final de la administración, hubo descontento entre los mexicanos por la tardanza e incompetencia del gobierno para enfrentar esta emergencia, pues además, en un principio, el primer mandatario rechazó la ayuda internacional ofrecida, y tuvieron que pasar varios días para que se restablecieran los servicios de agua y electricidad para más de un millón de usuarios que habían quedado sin ellos. Notorio también fue que el presidente se tardó tres días antes de dirigirse a la nación.

Aunque en un principio el gobierno reportó el fallecimiento de entre 6 mil y 7 mil personas, más adelante, al tenerse mejor información, el cálculo se elevó a 10 mil muertos y más de 4 mil personas rescatadas con vida de entre los escombros. Se tiene un cálculo de 30 mil estructuras (edificios, casas, hospitales, etc.) destruidas y 68 mil con daños parciales. En Ciudad Lázaro Cárdenas, Michoacán, el 60% de las viviendas sufrieron daños, de medianos a graves, y en Ciudad Guzmán, Jalisco, se registraron 50 muertos y la destrucción de una gran cantidad de viviendas y edificios públicos. En el estado de Guerrero, se perdió una vida y se dañaron algunas viviendas y hoteles.



Diego Armando Maradona,
en la XIII Copa Mundial de Fútbol.

Entre el 31 de mayo y el 29 de junio de 1986, se celebró en México la XIII Copa Mundial de Fútbol, con lo que nuestro país fue el primero en Latinoamérica, en el que se ha llevado a cabo dos veces este torneo. En el evento, en que quedó campeón Argentina, participaron equipos de 24 países; se jugaron 52 partidos y se anotaron 132 goles. El Balón de Oro le correspondió a Diego Armando Maradona.

Con el propósito de participar en mayor grado y con las ventajas que tenían países más desarrollados, México se incorporó en 1986

al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y de Comercio (GATT), comprometiéndose, entre otras cosas, a eliminar los precios oficiales de referencia, a sustituir los controles directos por aranceles y a reducir el arancel máximo a 50%.

Con esta incorporación, se pretendía también combatir las prácticas desleales del comercio internacional, en la consideración de que la uniformidad en los aranceles aumentaría la eficiencia en la administración pública federal y evitaría el riesgo de que los sectores económicamente más poderosos influyeran negativamente en el comercio, como lo habían venido haciendo al exigir altos niveles de protección, en detrimento de la economía nacional. Más adelante, el GATT fue remplazado por la Organización Mundial del Comercio (OMC).

Casi al concluir el sexenio, 1988, se realizaron las elecciones presidenciales en las que contendieron: por la izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas; por el PRI, Carlos Salinas de Gortari y por el PAN, Manuel Clouthier. El día de las elecciones se detuvo el sistema electoral de cómputo y el Secretario de Gobernación, Lic. Manuel Bartlet, oficialmente anunció “que el sistema de cómputo se había caído”.

En la noche del mismo día de la elección, a las 20:00 hrs, Manuel Clouthier, Cuauhtémoc Cárdenas y Rosario Ibarra, del Partido Revolucionario de los trabajadores, haciendo a un lado sus diferencias electorales, se habían presentado en la Secretaría de Gobernación, denunciando la ilegalidad del proceso. Inmediatamente después, con el 50% de las casillas computadas, el ingeniero Cárdenas se declaró vencedor, con una tendencia de 42% a su favor, por 36 % de Salinas de Gortari.

Como los resultados oficiales de la votación dieron el 50% para Carlos Salinas, 31% para Cuauhtémoc Cárdenas y 17% para Manuel Clouthier, se iniciaron una serie de protestas por el supuesto fraude electoral y varios actos multitudinarios, con lo que sus seguidores pensaban que el ingeniero Cárdenas los llamaría a defender el voto. Sin embargo y gracias a su cordura, esto no sucedió, pues de darse, tal vez habría habido serios trastornos en nuestro país.

En medio de una fuerte polémica, en la que una buena parte de la sociedad mexicana consideraba que las elecciones celebradas el 6 de julio de 1988 habían sido fraudulentas, el 1º. de Diciembre de ese mismo año



Con el Presidente Carlos Salinas de Gortari.

tomó posesión como presidente de la República el Lic. Carlos Salinas de Gortari, quien había sido Secretario de Programación y Presupuesto en el gobierno de Miguel de La Madrid.

El proceso de cambio económico, iniciado en México durante el gobierno del licenciado

Miguel de La Madrid, continuó con Carlos Salinas, ahora con el enfoque del liberalismo social, que plantea la aplicación de políticas neoliberales, con responsabilidad social, buscando lograr una economía fuerte y una mejor distribución de los ingresos entre la población y con ello, la elevación de los niveles de bienestar, es decir la llamada justicia social.

Así, con una visión de largo plazo y el afán de transformación y mejoría de la sociedad, puso en marcha ambiciosos programas de modernización para revitalizar la economía, estimulando las exportaciones, apoyando el libre comercio con los Estados Unidos, poniendo en marcha el Programa Nacional de Solidaridad y Celebrando el Tratado de Libre Comercio con Canadá y Estados Unidos.

Una de las primeras acciones de su gobierno fue la puesta en marcha del Programa Nacional de Solidaridad, como esfuerzo gubernamental de movilización y asignación de recursos públicos para combatir la pobreza, mediante un enfoque novedoso de programas sociales, con la participación de las comunidades en la definición de las prioridades y en la ejecución de las obras. La estrategia era que el gasto de solidaridad y la participación comunitaria logaran un incremento en la cobertura y una mejoría en la calidad de los servicios educativos y en su infraestructura; en la introducción del agua potable y el servicio eléctrico a miles de comunidades; en la construcción de clínicas y hospitales y carreteras, caminos y vialidades, lográndose, con éxito, la organización y participación de la sociedad en esas tareas.

Otro de los aspectos de la modernización de la economía fue la privatización de empresas públicas. De la venta de algunas de ellas el Estado obtuvo aproximadamente 23 mil millones de dólares, los que se usaron en amortizar la deuda pública interna y en la reducción de los intereses. En este proceso sobresale la privatización de la banca, que se hizo mediante subastas públicas, aunque se había iniciado ya en la administración de Miguel de La Madrid, al vender los primeros paquetes accionarios, con lo que el sector privado podía tener el 33% del capital social de cualquier banco.

Contexto local

En 1985, continuaba el acelerado crecimiento poblacional que se había venido dando en Nuevo León durante las últimas décadas, casi al doble de la media nacional, lo que incidía en el aumento del desempleo y la marginación social, así como en la demanda de la población de servicios básicos, tanto en el Monterrey metropolitano, como en el resto del Estado. Para 1986 se había regularizado ya la tenencia de la tierra en los sectores faltantes del predio Tierra y Libertad, y se emprendía la de otros, como Granja Sanitaria y Obrerista.

Aunque consecuentemente, se había venido afectando el crecimiento industrial de la entidad, a pesar del Pacto de Solidaridad Económica impulsado por el presidente Miguel de La Madrid, en el que participaban los sectores campesino, obrero, industrial y comercial, se daba ya paz laboral y tranquilidad en los centros de trabajo, y para 1985 se contaba con más de 20 mil contratos colectivos de trabajo registrados en la jurisdicción local. En esto influía también una destacada lucha de los nuevoleonenses contra la inflación.

El uno de agosto de 1985 asumió el cargo de gobernador del Estado el licenciado Jorge A. Treviño Martínez, quien había sido director de la Administración Fiscal Regional del Noreste, de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y diputado federal en la LII Legislatura. De inicio, tuvo que hacer frente a restricciones monetarias en el panorama nacional, y a severos programas de austeridad en el gasto público. Entre las primeras acciones de su gobierno, orientadas a generar empleos, que sistemáticamente continuaron durante el sexenio, se cuenta la implementación de programas de apoyo financiero y técnico a la industria, y muy especialmente a la de exportación. Con este propósito, se crearon el Consejo Estatal de Financiamiento y Desarrollo Industrial, el Fondo de Garantía y Fomento a la Microindustria y la Comisión de Fomento a la Industria Maquiladora de Exportación.

Sin embargo, y dadas las dificultades económicas por las que había venido atravesando, la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, S. A., considerada por algunos autores, junto con la Cervecería Cuauhtémoc, símbolo de la industrialización de la ciudad, se declaró en quiebra, y el 8 de mayo de 1986 cerró sus puertas, por lo que perdieron su empleo un poco más de dos mil trabajadores. La Fundidora, entonces una de las más grandes del mundo, tuvo el primer alto horno de América Latina, cuya imagen aparece en el escudo del Estado de Nuevo León; y el número tres, que todavía existe en el Parque Fundidora de nuestra ciudad, llegó a producir 100 mil toneladas anuales de acero. Este horno fue declarado monumento y está protegido por una ley de patrimonio.

Esta empresa se había constituido el 5 de mayo de 1900, durante la administración gubernamental del general Bernardo Reyes, con más de 70 accionistas, cada uno de los cuales aportó por lo menos 100 mil pesos, para comprar los cien mil títulos, que daban un capital social de 10 millones de pesos, con lo que se iniciaba la industria siderúrgica mexicana. De entre los accionistas que adquirieron mil o más títulos, mencionamos a los siguientes: Antonio Basagoti, León Signoret, Eugenio y Tomás H. Kelly, Tomás Mendirichaga, Vicente y Antonio Ferrara, Valentín Rivero, Manuel Iglesias, Isaac Garza, Francisco Belden y Daniel Milmo. Desde su apertura, y durante muchos años, la empresa funcionó con holgura económica, hasta que, en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX, se obtuvieron préstamos de la banca internacional y se produjeron diversas huelgas, una de las cuales paralizó la producción por 45 días. A partir de 1972, el gobierno federal compró el 25% de las acciones y la compañía adquirió, para su operación, más préstamos millonarios en dólares.

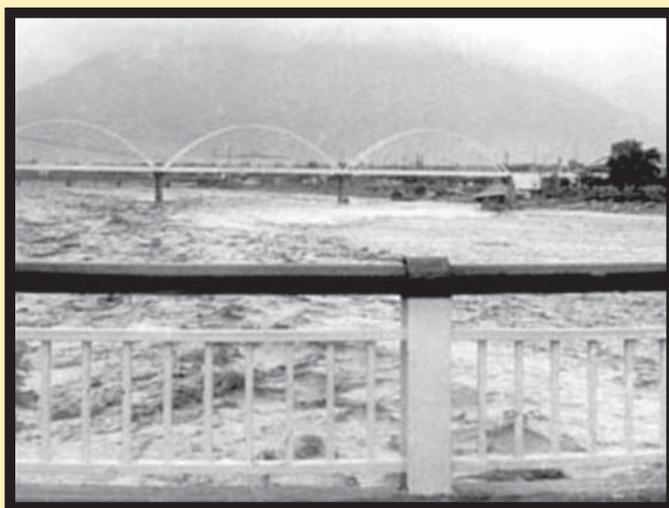
Aunque de 1980 a 1985 continuó recibiendo apoyos económicos del gobierno federal, y préstamos de la banca internacional, la empresa operaba al 60% de su capacidad, y sólo tenía en funcionamiento el Alto Horno No. 3, con lo que la dirección de la empresa pasó a manos del gobierno federal. A pesar de poner en marcha un Programa de Modernización y Expansión, la deuda se volvió impagable, por lo que se declaró en quiebra a la empresa y cerró. A partir del 12 de mayo de 1986, los trabajadores y sus familias realizaron una serie de marchas y, en una de ellas, a decir del sindicato, se reunieron 50 mil personas en apoyo a los trabajadores.

Por su parte, el gobernador Treviño Martínez hacía gestiones para que los trabajadores fueran indemnizados conforme a la ley, y expresaba que

su compromiso moral y político estaba siempre con los trabajadores y sus familias, “estableciendo un fondo de auxilio para que, mientras se llevaban a cabo las negociaciones, no faltara lo indispensable en sus hogares”. Asimismo, acordó que las escuelas que sostenía la Compañía Fundidora pasaran al sistema estatal, para que los hijos de los trabajadores no resultaran afectados.

Aunque las marchas continuaron, el 16 de junio, el Comité Ejecutivo Nacional del Sindicato de Mineros y la Comisión negociadora de los trabajadores aceptaron el cierre de la planta y una indemnización de 3 meses y 32 días por año para los trabajadores con una antigüedad menor a veinte años y dos días adicionales para quienes tuvieran mayor antigüedad.

En septiembre de 1988, el Huracán Gilberto, que había asolado al Caribe y al Golfo de México, entró el día 14 a nuestro país, por la Península de Yucatán, como uno de los ciclones tropicales más devastadores del Siglo XX, y se enfiló hacia Tamaulipas, con categoría 5 y vientos de 270 kilómetros por hora.



El Río Santa Catarina, durante el Huracán Gilberto.

Ante el avance del huracán, el gobierno de Jorge Treviño, a través de los medios de comunicación, advertía reiteradamente a la población del peligro que se corría, pidiéndoles mantenerse alejados de arroyos y ríos y proveerse de agua y alimentos. El huracán entró el 17 de septiembre por el municipio de Linares, comenzando su trayectoria de disipación en la Sierra Madre, el Cañón de La Huasteca y sobre la zona metropolitana de Monterrey, dejando en menos de un día, 300 milímetros de lluvia.

La intensidad de las lluvias y el desbordamiento de ríos y arroyos ocasionaron pérdidas de vidas humanas, que, aunque no se han podido precisar, se estiman en 200, y la destrucción de más de 6 mil viviendas, muchas en asientos irregulares, así como la destrucción de caminos, puentes,

calles, vados, y severos daños a los servicios de energía eléctrica, teléfonos, transporte y agua.

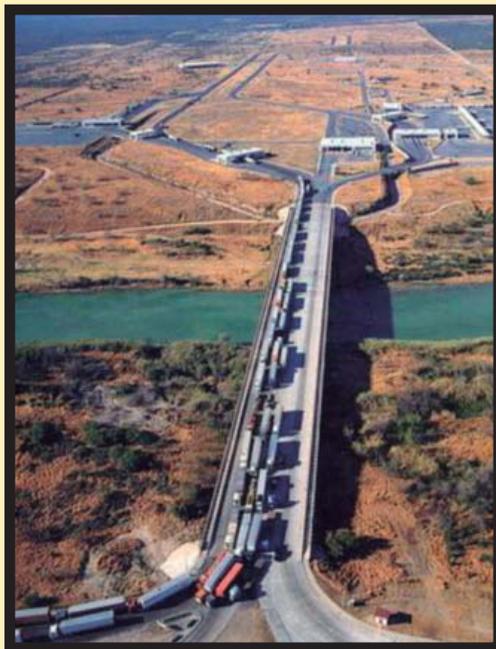
Inmediatamente después del desastre, el gobierno del licenciado Treviño, en coordinación con el gobierno federal, inició la reinstalación de los servicios básicos, la reparación de lo dañado, así como, junto con la Asociación Gilberto, la reconstrucción, mejoramiento y construcción de viviendas. Asimismo, y en el puente que como prolongación de la Avenida Gonzalitos conecta los municipios de Monterrey y San Pedro Garza García, se erigió el monumento llamado “La Flama de la Solidaridad”, en recuerdo de quienes perdieron la vida, y de todos aquellos que, arriesgando su seguridad personal, se dieron a la tarea de ayudar a los demás.

Diseñado para ser la columna vertebral del transporte colectivo del área metropolitana de nuestra ciudad y ahorrar horas hombre de transporte, en 1988 se inició la construcción de la primera etapa del metro, con 18.5 kilómetros de largo, que, partiendo de La Exposición Ganadera, en el municipio de Guadalupe, termina en la colonia San Bernabé, de Monterrey. Esta línea quedó concluida y fue puesta en operación el 25 de abril de 1991.

La obra la concibió y llevó a cabo el gobierno del licenciado Treviño Martínez, quien creó para ello el Sistema de Transporte Colectivo METRORREY, que la ejecutó y administró. A su inauguración tenía una capacidad diaria para transportar 220 mil personas, en 50 carros, pero estaba diseñada para ampliar su cobertura a 400 mil usuarios, con 46 carros adicionales. Este sistema de transporte ferroviario elevado es totalmente eléctrico, por lo que no contamina, y cuenta con 17 estaciones de transferencia.



Con la idea largamente acariciada –desde la época en que el gobernador Bernardo Reyes adquirió ese territorio para hacer de Nuevo León un estado fronterizo– de tener un puente que uniera a nuestra entidad con los Estados Unidos, el gobierno de Jorge Treviño Martínez proyectó y obtuvo los permisos y el apoyo del gobierno federal y el de los Estados Unidos, y construyó, conjuntamente, con la ciudad de Laredo y el Condado de Webb, del Estado de Texas, un puente internacional, de 8 carriles, en la localidad Colombia, del municipio de Anáhuac.



Punte Internacional Colombia.

Para la construcción de este puerto fronterizo, Colombia, que asegura a nuestro Estado acceso directo a uno de los mercados más grandes del mundo, el gobierno federal expropió, en 1989, y a favor del gobierno de Nuevo León, 332 hectáreas del Ejido Colombia, para la construcción del puente y demás instalaciones, y construyó ahí edificios para una aduana y oficinas migratorias. Desde su inauguración, ha traído beneficios económicos y sociales al municipio, a Nuevo León y al país, pues a través del Centro de Facilidades al Comercio Exterior, se han impulsado las exportaciones, mediante modernos sistemas, instrumentos y mecanismos de comercio exterior.

En 1988, a petición del gobierno del Estado, el presidente Miguel de La Madrid cedió a Nuevo León 114 hectáreas de terreno, en lo que fue la Fundidora Monterrey, para crear un parque ecológico, y en noviembre de ese mismo año nació el Fideicomiso Parque Fundidora, representado por el propio gobernador Treviño Martínez y un comité técnico que procedió a dismantelar las instalaciones que ahí existían y a regenerar el terreno, que tenía desperdicios de escoria y otros residuos, procediendo a la creación de la zona arbolada.

Concebido para funcionar a través de un sistema de autosuficiencia económica, su operación está a cargo de un fideicomiso, y a través del

tiempo se le ha dado, mejorándola, su actual infraestructura. Ahí mismo, en abril de 1991 y en un terreno donado por el gobierno del Estado, el sector empresarial de Nuevo León construyó el Centro Internacional de Negocios CINTERMEX, que cuenta con un Centro de Convenciones y áreas para exposiciones permanentes y temporales.

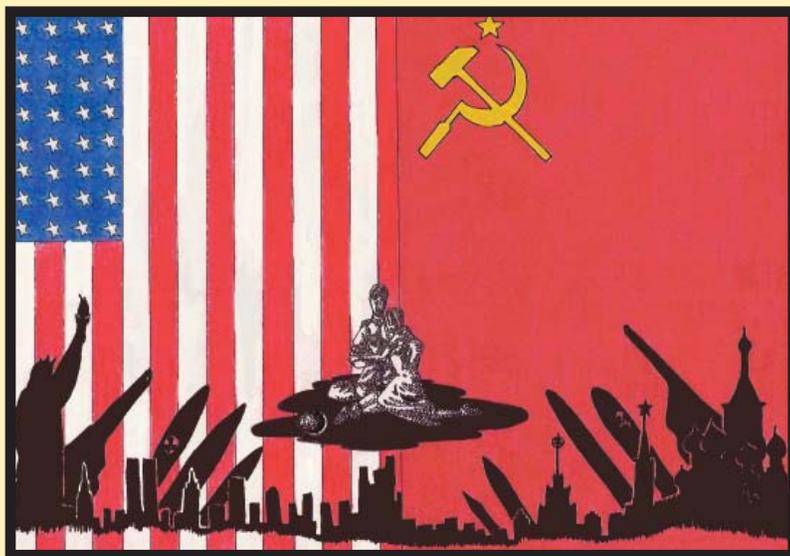


José Luis Cuevas

Mi visión de la época

En lo internacional

Mientras yo sufría mi catarsis personal, al encontrarme con nuevos retos llenos de incertidumbre, e iniciarme en la adaptación a la crisis que ha estado presente toda mi vida, el mundo se reacomodaba sociológica e históricamente, debido a la moderna dinámica de los cambios, sí, pero también a una conflagración latente en el quehacer del poder global, en donde todavía las cicatrices de la Segunda Guerra Mundial no habían logrado sacudir las entrañas de los nacionalismos ni impregnar integralmente el pensamiento de los líderes, que, temerosos de buscar la paz, se refugiaron en la llamada Guerra Fría, en la que todos desconfiaban de todos.

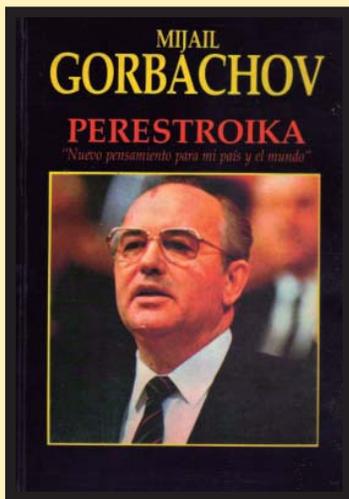


La Guerra Fría

En esa época, Brezhnev y los sucesores de Nikita Krushchev se habían refugiado en su ideario socialista, pero todavía con la actitud militar heredada de Stalin y con la idea de consolidar su poderío nuclear, para hacer frente a la supremacía de los Estados Unidos en ese tema. En esas circunstancias, Rusia no quería perder un aparente liderazgo internacional en su llamada guerra de las galaxias, pues buscaba demostrar superioridad científica y tecnológica

en la lucha estratégica por conquistar el espacio, pero el orgullo tecnológico de la investigación rusa iba dejando gradualmente su paso a la imperativa hegemonía norteamericana en ciencia e innovación tecnológica.

Todo eso generó en la Unión Soviética una gran preocupación, pues la gente pensante de ese gran país, con su enorme y profundo dolor histórico, estaba consciente de que el comunismo, que había costado millones de vidas para consolidar su posicionamiento mundial, no respondía a los ideales de Marx o al proyecto de Lenin, y estaba siendo rebasado por la realidad, que hacía que el liberalismo económico y el capitalismo que preconizaban los Estados Unidos y las nuevas potencias europeas, mostrara mucho mejores resultados que los que ellos tenían en el fenómeno económico de su propia nación. Esto dio lugar a serias reflexiones que hacían difícil justificar el control de Alemania Oriental y de los pueblos que ya estaban despertando por la ignominia de la hegemonía rusa, como Checoslovaquia y Polonia, que mostraban signos de descomposición y de revolución interna.



La Perestroika

En estas circunstancias llegó Gorbachov, y aunque al principio conservó el proyecto clásico de nación que el comunismo ruso e internacional habían definido, poco a poco, y a través de la confrontación con la realidad, lo fue modificando, mediante lo que él llamó la Perestroika, e inició el despertar de nuevas estrategias económicas y políticas, que fueron también espacios de apertura para lograr el diálogo y la comunicación con el continente americano en general y con Estados Unidos en particular, para, con el temor de la guerra nuclear, quitarle un poco de gelidez a la llamada Guerra Fría, que había sido iniciada por Stalin y mantenida durante muchos años.

También, seguramente, la observación de la cada vez más importante presencia de China en el mundo, y de cómo ese país sí había sido capaz de mostrar apertura, recibiendo al presidente Nixon, les producía un flanco abierto, peligroso para su poderío tradicional. Así, con todas estas agravantes, ese gran personaje inició la reforma política y económica, que culminó con la caída de un ícono histórico de opresión y de segregación: el Muro de Berlín, y, posteriormente, con la rendición del sistema comunista tradicional.

Mientras eso sucedía, y aunque la guerra de Corea ya había dado un respiro, se inició la conflagración violenta e ineficiente que fue la guerra de Vietnam, en donde viejos residuos coloniales franceses alimentaron la necesidad de una revolución, que fue alentada por los vientos del socialismo y por la conflictiva que, entre Vietnam y Camboya, había justificado la presencia de los Estados Unidos, como siempre, con su intervención en conflictos internos, en busca de satisfacer sus instintos imperialistas.



Guerra de Vietnam

Esa guerra de los Estados Unidos de Norteamérica se había agregado a algunas revoluciones sociológicas y políticas y a nuevos despertares culturales, que fueron atenuados por el aparente éxito del proyecto económico del republicano Ronald Reagan, pero que formaron parte de un mosaico de problemas y dificultades internos de los Estados Unidos, y que, aunados a la problemática internacional de Rusia, China y Vietnam, obligaron a las fuerzas conservadoras tradicionalistas y radicales de los Estados Unidos a doblar un poco las manos y entender los fenómenos sociales que surgían en ese gran país.

En tanto, Martin Luther King moría asesinado, y el movimiento racial se radicalizaba con las llamadas panteras negras; sucedían eventos que, como símbolos, empezaban a consolidar el poder negro - así lo llamaban-, que tuvo su mayor expresión durante las Olimpiadas de 1968, en México, donde los ganadores de las carreras de velocidad levantaron el puño, lo que también se manifestó en las victorias de Mohamed Alí, en el boxeo, y en la aparición de un nuevo fenómeno sociológico cultural, el de los Beatles, que con la belleza de su música, alimentaron el existencialismo característico del movimiento de los hippies.

Éstos, sin saber qué buscaban, mostraban que la juventud estaba insatisfecha y, por ende, se entregaba al desparpajo, a la droga, a la

música violenta y ruidosa, y la marihuana empezó a tener una presencia permanente, como muestra de una ansiedad no resuelta, que daba lugar a intoxicaciones más serias, como aquéllas del ácido lisérgico, y a comentarios tan desesperados como los de Jim Morrison, coincidentes con las muertes prematuras acaecidas en ese tiempo, que como íconos de la desesperación, eran un pésimo ejemplo para la juventud. Así, el rebelde sin causa, James Dean; el rey del rock and roll, Elvis Presley, y por supuesto el fenómeno de la beatlemania, fueron respuestas acordes con el pensamiento norteamericano práctico, y justificadas como causa o efecto de la injusta guerra de Vietnam.

En esa forma, los Estados Unidos estaban deshilachando internamente su tejido social, y a pesar de su tozudez imperial, tuvieron que reconocer su injustificada presencia en Vietnam y la innecesaria pérdida de miles de vidas jóvenes, todo lo cual los condujo, por primera vez en su historia, a perder una guerra y a retirarse con vergüenza de Saigón, lo que rompió con los discursos políticos previos y provocó el germen posterior de una falta de credibilidad en el gobierno.

Mientras tanto, en Europa, con mayor fundamentación filosófica, se inició el pensamiento revolucionario de una nueva juventud, harta del paternalismo y del autoritarismo, que, al grito de: “prohibido prohibir”, se lanzaba a las calles en Berlín, Francia, España, y salpicaba en todas partes la influencia existencialista de Jean Paul Sartre o el surrealismo de André Breton o del movimiento de “libertad para todos”, que empezaba a surgir, quizá como producto del inicio de la sociedad de la comunicación, que oportunamente había descrito Alvin Tofler, personaje que conocí gracias a la tenacidad y audacia de mi esposa Elvira.

Esta situación, entremezclada con los cambios sociológicos, propició el grito libertario del movimiento de 1968, que se trasladó a California, a Nueva York y hasta a los países sudamericanos, que en ese momento empezaron a tratar de liberarse de los cacicazgos militares que habían causado miles de muertes de inocentes, que también querían luchar por un espacio libre para ellos y para sus descendientes. Eso, por supuesto, afectó a nuestro país, y con la excusa de las olimpiadas, se produjo el caldo de cultivo que, en aras de un marxismo criollo, más las ansias justificadas de libertad, dio lugar al movimiento de 1968, que describimos en otra área de este libro, tanto en la presencia histórica convencional, como en la influencia que éste tuvo para con nuestra universidad.

Se antoja increíble, pero tal parece que los contagios de las crisis sociológicas aparecen en geografías distintas, sin aparente conexión. El Ché Guevara continuaba en su tesis revolucionaria latinoamericana, y moría inmolado en Bolivia, propiciando con su vida y su muerte un ícono ejemplar, que era seguido, al menos como pose o como respuesta a la incertidumbre, por millones de jóvenes, que veían en el Ché un ejemplo de revolución, de libertad y de ruptura de la juventud con la generación del orden y de la autoridad. Ésta, en los Estados Unidos, no se había dejado ganar, sacrificando al presidente Kennedy y a sus ideas libertadoras y democráticas, para posteriormente, con sus actitudes conservadoras, inmolar a Robert Kennedy, quien murió asesinado en Chicago.

En ese proceso histórico que describimos con simpleza, pero de acuerdo a como lo percibimos en nuestra época, continuó la inacabable guerra entre Arabia e Israel, y la presencia de Nasser, que combatía al estado israelita, y se inició el movimiento de Yasser Arafat, para defender al pueblo palestino, todo lo cual producía también una percepción de preocupación mundial por la larva revolucionaria que se incubaba en los países árabes y que, contaminada por el fundamentalismo islámico, estaba dando lugar a una situación internacional que volvía, insisto, a generar una actitud violenta y desesperada de la juventud, que cometió crímenes tan estúpidos como el de Charles Manson y otros grupos aparentemente religiosos, que, con la excusa de una metafísica extraña, se autodestruían o combinaban el tema de la violencia, las drogas y el sexo, para generar una aparente respuesta social y cultural, pero totalmente contradictoria.



Yasser Arafat

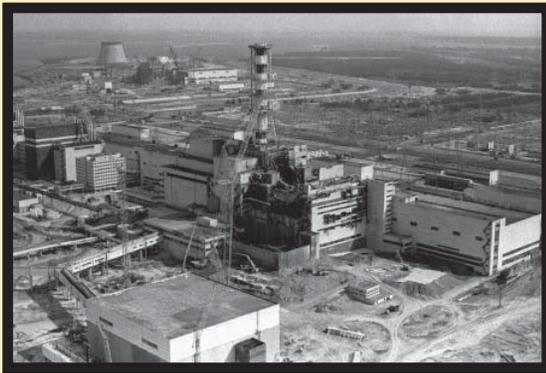
Igual, pero en menor grado, en África, los dictadores, como Idi Amin en Uganda, se hermanaban con los dictadores sudamericanos, aunque con motivaciones distintas, y en Afganistán, en Irán y después en Iraq, empezaron a surgir semillas de violencia, que aparecieron posteriormente, en el curso de la historia reciente.

En Cuba, la revolución seguía vigente, pero el bloqueo norteamericano empezó a producir efectos negativos en lo económico, y reactivó la lucha del

pueblo cubano por su independencia; en España, la transición política fue ejemplar con las actitudes: noble y generosa de Adolfo Suárez, e inteligente y solemne del rey Juan Carlos. Posteriormente, fue consolidada por la habilidad de Felipe González. Todo eso permitió a España sacudirse los yugos del franquismo, y, como dijo el poeta León Felipe: entrar a un nuevo mundo con todos y a tiempo, lo que mostró en México la posibilidad de una transición, que fue desbordada por la cola del movimiento marxista, que propició la revolución del 68, aplastada con la represión de Díaz Ordaz.

En tanto, Lech Walesa, en Polonia, presumía los efectos de un socialismo laboral moderno que buscaba el poder, pero con un razonamiento distinto a las tesis leninistas. Así, la presencia de esas ideas impactó por el surgimiento de una figura cautivadora y atractiva, que, dentro de su ámbito, que es la iglesia, propició una actitud transformadora.

Me refiero al Papa Juan Pablo II, quien, habiendo sido partícipe del conflicto entre Polonia y Rusia, mostraba una cara aparente de revolución dentro de una de las instituciones más conservadoras del mundo, como lo es la iglesia católica, y aunque no pudo cambiar todo lo que él quería, sí propició una imagen de transformación, que fue un ejemplo para la juventud.



Una área de la planta nuclear de Chernobyl.

Al tiempo que todos estos cambios políticos y sociológicos sucedían, el desarrollo de la ciencia en el mundo del átomo empezó a mostrar los riesgos de la soberbia, con la tragedia de Chernobyl, que culminó con la muerte y morbilidad de miles de seres humanos. Esto demostró que la ciencia, que a veces produce grandes beneficios e innovaciones tecnológicas que parecen darle al mundo una esperanza de nuevas fuentes de energía o de tratamientos médicos transformadores, también cobra su precio, cuando, al calor del instinto comercial y del aprovechamiento fenicio del proceso productivo, no se le da el valor adecuado a la protección y a la conservación del respeto a la dignidad y a la seguridad del ser humano.

Tampoco se toma en cuenta el factor ambiental como elemento de progreso, pero también como un insumo que debe ser cuidado con toda prudencia, para evitar que, en aras del aparente desarrollo económico, se pierda el mejor aliado del hombre, que es el ambiente que le rodea, lo alimenta, lo preserva y le da una expectativa y una visión del futuro que él siempre debe reconocer y cuidar.

En esa época, el desarrollo científico y tecnológico continuó su aceleración histórica, y se hicieron grandes investigaciones en el mundo de la química, que fue integrándose con la física, y que ahora se ha integrado también con la biología; ni qué decir de los enormes avances en medicina en general y en cirugía en particular, y los programas de trasplante de corazón, con Christian Barnard en Sudáfrica; la cirugía vascular, con De Bakey o de Cooley en Estados Unidos, y los trasplantes renales en Boston, con David Hume, o en Francia, con Humburge, y también la informática, la cibernética y la genética, que empezaron a ser parte, ya no solamente de la teoría, sino de aplicaciones prácticas en beneficio de la calidad de vida de millones de seres humanos.

Si a esto le agregamos mi contacto personal con la resonancia magnética nuclear, el trasplante renal y la investigación de la membrana celular, podemos entender cómo, no sólo me preocupaba lo que sucedía en el ámbito internacional político y económico, sino también en mi micromundo científico y personal, pues este último jamás lo he olvidado, bajo la tesis de que los factores de cambio en la civilización son: la ciencia, que transforma el medio ambiente, y el arte, que espiritualiza las conciencias.

Así, todavía continúo con mi lucha infructuosa por convencer de que, mientras la política no se acerque al método científico, el mundo continuará en el desierto perdido de su propia arena de frivolidades, arrasado por la plaga de la enfermedad del poder, ésa que no posee anticuerpos.

En lo nacional

México, mi gran país, el de mis sueños, el de la historia que aprendí a través de los libros y del ejemplo de mi padre, viejo revolucionario, estaba encontrando, en el concierto de su propia historia, cómo conservar su identidad cultural y gozar los aparentes beneficios de una revolución social; los presidentes de la post revolución y de la época de las instituciones

empezaron a marcar un rumbo diferenciado de la improvisación que había caracterizado la política de los años 30 a los 50, y por eso se propuso una filosofía de protección a la industria, para garantizar así el mercado nacional y proteger nuestras empresas a través de lo que se llamaba “economía mixta”, pero con predominio y rectoría del Estado.



Alex Berger, entonces esposo de la actriz María Félix, fungió como mediador para la obtención de un crédito francés, con el que el presidente Gustavo Díaz Ordaz, construyó el Metro de la ciudad de México.

Conocí al presidente Gustavo Díaz Ordaz, y aunque no tuve oportunidad de mirarlo a los ojos, sabía que, durante su época, el desarrollo económico mexicano, medido por los estándares internacionales, era bueno, y que ese personaje adusto, rudo en su apariencia y en su verbo, había aprovechado la política de sustitución de importaciones y expedido una nueva ley del trabajo para otorgar vivienda a los trabajadores y dar incentivos fiscales, con lo que su programa económico había podido crecer a un ritmo del 6% anual, pero había sufrido la tasa de crecimiento poblacional más alta del mundo, pues México abundaba con sus niños y jóvenes en un porcentaje del 3.4 por ciento al año, e iniciaba la explosión demográfica, aunada a la concentración urbana. Desde su arribo al poder, a este presidente le preocupó el crecimiento demográfico, y aumentó enormemente la construcción de escuelas e implementó el metro en la Ciudad de México, pero sin una visión prospectiva de Estado.

Después, por la gran demanda de los jóvenes, el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, empezó a aplicar un examen de admisión en la institución.

La respuesta estudiantil no se hizo esperar, y exigió el pase automático, lo que provocó la renuncia de Chávez, a quien conocí en uno de mis primeros viajes internacionales, pagado por la industria farmacéutica, a Londres. Yo lo admiraba, no sólo porque era excelente médico, sino también un pensador profundo. Un día en que nos encontramos por accidente en el hotel Britannia, en Londres, le pregunté por qué recomendaba en sus libros que no fumáramos, no tomáramos alcohol y que cuidáramos el efecto del café en el corazón. Él simplemente me contestó: “No se preocupe, doctor; es que yo escogí a mis padres, que son indios tarascos longevos, y por eso voy a vivir muchos años”, y así fue. Se adelantó al descubrimiento de que la genética y la apoptosis, o sea la muerte cerebral programada, están vigentes en nuestro proceso de longevidad.

Sin embargo, el país no podía estar tranquilo, pues la actitud frontal del presidente, y la influencia ideológica internacional del despertar juvenil hicieron crisis, y durante una riña de preparatorianos en la Ciudad de México, en 1968, que motivó la intervención policiaca, empezó el movimiento estudiantil con gigantescas y ordenadas manifestaciones de protesta, encabezada una de ellas por el rector Javier Barros Sierra, quien renunció a su posición.

Así, este movimiento de los estudiantes, a través de su Consejo Nacional de Huelga, y con el apoyo de profesionistas médicos del ISSSTE y del Seguro Social, y con la presencia del Partido Comunista, de las juventudes jesuitas y en fin, de jóvenes que defendían cosas sencillas, pero difíciles de conseguir, como la participación en el gobierno, y la apertura y la democratización de los procesos electorales, condujo a lo que todo mundo conoce: la masacre en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, y la reacción de los intelectuales y de grandes escritores, como Octavio Paz y Carlos Fuentes, que renunciaron a sus puestos diplomáticos por la represión del régimen de Díaz Ordaz, que nunca tuvo sensibilidad para cambiar, pero que asumió íntegramente toda la responsabilidad.



Con el gran escritor y amigo Carlos Fuentes.

Los jóvenes mexicanos estaban influenciados por el libro de Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*; por el ejemplo del anarquista Rudy Dutschke, y por el movimiento francés contra Charles de Gaulle; en fin, por todo eso que, como señalé en otra parte de este libro, surgió increíblemente en diferentes lugares, con distintas culturas, pero por alguna razón al mismo tiempo. También en México repercutió en la vida de muchos de nosotros, sobre todo los de mi generación, que habíamos sido educados en el orden y en cierto grado de fundamentalismo religioso e histórico, pero que ahora teníamos que entender el nuevo movimiento libertador que los jóvenes exigían; pero, sobre todo, el derrumbe de la estructura de la autoridad convencional. Eso me sucedió a mí, y me produjo una dicotomía entre el respeto que yo tenía a los mayores, y el ver que ahora los jóvenes no nos respetaban a nosotros.

Todas estas alternativas existenciales, hechas después políticas, me sacudieron, pero instintivamente me acercaron a la juventud, y así me convertí, como lo he mencionado antes, en un contacto de equilibrio en mi microárea de trabajo, que era la Facultad de Medicina. Por supuesto que mi capacidad de adaptación comprendió lo que no entendió el gobierno, que era que nosotros los adultos teníamos que adaptarnos, comprender y tolerar las nuevas inquietudes de la juventud, que quería tener también su oportunidad histórica de participar y de transformar las instituciones del país, que durante nuestra época habían sido manejadas con un doble lenguaje: el de la apariencia y, muy escondido, el de la realidad. Ese movimiento provocó la pérdida de muchas vidas inocentes y un gran desprestigio internacional para México durante las olimpiadas.

En ese concierto, el 1 de diciembre de 1970, asumió la Presidencia de la república el licenciado Luis Echeverría Álvarez, a quien conocí y traté en diferentes ocasiones, por lo que pude percibir su sentido patriótico y su fervor nacionalista, pero también reconocer su herencia autoritaria, que él quería transfigurar en una nueva visión revolucionaria. Sin embargo, su participación, conforme la costumbre de las instituciones, le había hecho ser -sin querer, porque eso me consta-, cómplice de Díaz Ordaz, y después, por accidente y pasividad quizás, también corresponsable de la matanza del 10 de junio de 1971.

Esas situaciones, analizadas con el riesgo de equivocarme, me han llevado a la conclusión de que Echeverría tenía un enorme complejo de culpa, que quiso neutralizar con una actitud abierta y colaboradora hacia el quehacer universitario nacional en lo general y en lo particular. De eso sí soy testigo,



Con el presidente Luis Echeverría Álvares y mi familia.

por el apoyo que dio a nuestra universidad, a la de Nuevo León, y por sus gastos exagerados para atenuar la conflictiva social, con los llamados caminos de mano de obra, la estatización de muchas empresas y el aporte a la educación superior; decisiones que él tomaba con la mejor buena fe.

¿Quién puede olvidar que durante su época se fundaron la Universidad Autónoma Metropolitana y el Colegio de Bachilleres, y que las universidades tuvieron las más altas recuperaciones presupuestales, ya que en el régimen de Díaz Ordaz habían sido llevadas a la inopia financiera? Además, Echeverría reconoció la importancia de la educación superior; y la descentralizó.

Sin embargo, al margen de eso, nunca se pudo quitar el atavismo autoritario, que mostró en su manejo del problema del periódico *Excélsior* y la renuncia de Julio Scherer, así como en el de la presencia de guerrillas en el Estado de Guerrero. Su actitud, muy autoritaria, contra la Liga 23 de Septiembre provocó la muerte de muchos jóvenes guerrilleros radicales, lo que fue un ejemplo de que ésa era una época de transición y de que a ese presidente le tocó la más difícil circunstancia: conservar algo del orden autoritario y abrirse a la nueva corriente revolucionaria de una juventud que, en buena tesis, no sabía exactamente a dónde iba.

Echeverría mostró en ese tiempo un asomo de interés por la ciencia, y creó el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; brindó su apoyo a

Salvador Allende, el gran prohombre revolucionario de Chile, quien murió en el martirio; tuvo cercanía con Fidel Castro, y la formación de un grupo político de jóvenes economistas y universitarios dejó una huella de su interés por la juventud y por el cambio; pero quizá la problemática financiera y su falta de lucidez en los temas modernos, lo condujo a la devaluación y a la crisis económica consiguiente.

En esas circunstancias, el 1 de diciembre de 1976, recibió la Presidencia José López Portillo, quien se irguió como una figura cautivadora y seductora, y como no tuvo rival en su proceso electoral, llegó con la mayor fuerza que un presidente de México haya tenido en sus inicios en la época contemporánea. Él también, soy testigo, encontró un país en recesión, con inflación, desempleo y con la devaluación consiguiente, y respondió a todo eso con lo que llamó “Alianza para la Producción”; con las reformas fiscales que favorecían a los empresarios, y la construcción de obras públicas: presas, aeropuertos y fuentes de energía; pero, sobre todo, con la información que hizo pública, y que había sido heredada de Echeverría, de que México tenía una superproducción de petróleo, y que había grandes y vastos yacimientos en todo el país. Esto lo llevó a iniciar su actitud mesiánica con aquella frase de: “tenemos que aprender a administrar nuestra abundancia”.

Lo anterior generó importantes apoyos por parte de los grupos empresariales; pero posteriormente vino la gran decepción, pues aunque decretó el Impuesto al Valor Agregado y continuó la relación con España y Cuba, e inició el proceso de reforma política y dio entrada a la participación de la oposición, su particular forma de ser y su grandilocuencia personal, lo llevaron a lo que muchos presidentes de México han sufrido, que son: la pérdida del sentido de la realidad y la concepción mesiánica del poder, patologías que los conducen a serios y drásticos errores.

Valga mi opinión y mi conocimiento de ambos personajes, en mi caso particular y en el de la universidad que me tocaba dirigir, para reconocer que beneficiaron grandemente a nuestra institución, y señalar que quizá lo más difícil de comprender para muchos es cómo un médico como yo puede percibir, más fácilmente que muchos, las diferencias entre ambos personajes de la misma generación, que habían tenido grandes ventajas en su oportunidad histórica y en su actitud innovadora; pero que el primero, Echeverría, había sido conducido a un camino que se hacía divergente entre la conservación de un estatus autoritario y su deseo instintivo de tomar una actitud revolucionaria antiimperialista y antiyanqui, en defensa

de los trabajadores agrícolas. Esto le fue creando una imagen nacional e internacional desvirtuada, y propició la desconfianza de los sectores empresariales y del Fondo Monetario Internacional.

En sus discursos en las Naciones Unidas, yo me sentía orgulloso de ver cómo defendía al país; pero seguramente los hijos de Breton Woods, o sea, del orden económico mundial, pensaban de manera diferente, y si a esto le agregamos el egocentrismo del empresariado mexicano y la fuga de capitales que se propició a finales de su sexenio, se puede explicar cómo las buenas intenciones quedaron destrozadas por la crisis económica. Y si consideramos su presencia en la represión, de 1971, ese ser humano, quien, reitero, tenía una convicción patriótica extraordinaria, está todavía en el rincón del juicio popular, porque así como los mexicanos tenemos tendencia a ser totemistas; o sea, a adorar a nuestros ídolos, con la misma facilidad los destruimos.

Similar fenómeno sucedió con López Portillo, a quien al principio adoramos como prototipo de un presidente lleno de vitalidad, con una amplia cultura y un verbo excelso, que fue perdiendo gradualmente su presencia por las actitudes monárquicas de él y de su esposa; por sus amantes o frivolidades emocionales, y por la nefasta influencia familiar, aunada a, como dijo él mismo, la actitud de empresas pobres, pero empresarios ricos y la fuga de nuevo de capitales.

Todo esto lo hizo tomar decisiones desafortunadas, como fue el caso de la nacionalización de la banca. Así, se convirtió, de ídolo del éxito, en personaje del drama y de la tragedia, igual que otros, pues aun los grandes próceres de la historia del mundo, como Napoleón Bonaparte, tropezaron a veces con sus propias debilidades emocionales, a pesar de poseer una gran inteligencia intelectual.

Después de estos dos trayectos históricos de nuestra nación, con una actitud bipolar en el proyecto económico y político, llegó a la Presidencia Miguel de la Madrid, un hombre formado en el proceso de la burocracia federal, pero con conocimientos modernos sobre los procesos hacendarios y, sobre todo, dotado de una hermenéutica jurídica y una bonhomía que en ocasiones limitaba sus decisiones y lo obligó a ser lo que yo llamé un día, en un discurso que pronuncié enfrente, de él, el presidente de la templanza; o sea, el que tuvo que aguantar toda la herencia negativa de decisiones poco afortunadas. Habrá que señalar que su pérdida de imagen se vio agravada por el terremoto de 1985. Al no haber una adecuada respuesta del sector público

ante la tragedia, el presidente sufrió un agregado más a su deteriorado liderazgo.

Sin embargo, De la Madrid inició lo que se llamó el neoliberalismo, y tuvo una visión de adaptación al fenómeno económico que hizo triunfar en forma definitiva las tendencias de Adam Smith, y que formaba parte de la apertura de los mercados, de la presencia de la globalización y de la sociedad de la información.



Los presidentes Miguel de la Madrid,
Carlos Salinas de Gortari y el Neoliberalismo.

De la Madrid fue, sin duda, un presidente serio, adusto y visionario, lo que le permitió después a Carlos Salinas llevar a cabo la apertura del Tratado de Libre Comercio y lograr el éxito transitorio que tuvo en su liderazgo, pero con beneficios definitivos para el

concierto económico y social de la nación. A De la Madrid le guardo un particular respeto, pues tuve la oportunidad de conocerlo indirectamente a través de su amistad con el exgobernador Jorge Treviño, y fui testigo del apoyo, no sólo al amigo, sino también al Estado, y de cómo, durante su época, pudimos desarrollar acciones transformadoras.

Y es que existía la protección presidencial, que siempre es importante en el quehacer político de nuestra inmadurez histórica, en la que el presidencialismo y su figura representativa influían aun en las pequeñas decisiones de los estados y hasta de los municipios.

De esos tiempos conservo recuerdos más lúcidos y presentes, y mi opinión está probablemente sujeta a cierto grado de contradicción con lo que mucha gente piensa o pensó en ese momento circunstancial de una época que fue tan cambiante y tan diferente de un día para otro, lo que propició una percepción negativa inconsciente de la comunidad del país, al ver sólo los defectos y los problemas.

Sin embargo, como en mi caso yo disfruté de los beneficios, mi visión es más optimista y un poco más llena de compasión y de reconocimiento, ya que mi vida personal y la vida de las instituciones que me tocó coordinar salieron avantes con luz, vitalidad y con un factor de transformación, de los que me siento particularmente orgulloso. Pero, como lo he dicho en muchas ocasiones, cada quién platica según como le fue en el baile, y a mí me tocó bailar bien, y así tiene que ser mi opinión, y así es...

En lo local

Si bien fue difícil el análisis nacional, yo creo que para exponer mi visión personal de lo que sucedía en la localidad, no requiero de mucha reflexión o interpretación, pues la verdad es que Nuevo León, por su acervo educativo y su capacidad emprendedora, se adaptó mejor que otras entidades del país a los cambios históricos, y si bien la figura de Pedro Zorrilla, con quien me tocó trabajar cuando éramos 1.7 millones de habitantes, era la de un universitario inteligente y con prosapia académica, mi cercanía a su persona y los beneficios de su amistad y de su protección institucional me orientaron de inmediato a proceder a la defensa de un régimen que fue vilipendiado, maltratado, vejado por algunos sectores de los medios de comunicación, y despreciado al final por el grupo empresarial, que pidió su remoción varias veces; pero él fue protegido por la universidad, que recibió de él el respeto a la autonomía y el apoyo a los nuevos conceptos universitarios, que nos permitieron recuperar la estabilidad de la institución, y todo eso sólo lo tenemos que pagar con lealtad y gratitud.

Todo lo anterior, sin dejar de reconocer que las circunstancias de la muerte de don Eugenio Garza Sada y la actitud de izquierda de Echeverría le fueron endosadas a Pedro Zorrilla, quien se vio obligado a apoyarse en las centrales obreras tradicionales y, sobre todo, en nuestra universidad, para poder transitar los seis años de



Pedro Zorrilla, universitario inteligente que fue Gobernador de Nuevo León.

su régimen constitucional. Por supuesto, la historia a veces la escriben los vencedores. Así se decía en la antigüedad; pero ahora, desafortunadamente, la escriben los medios de comunicación, y muchas de esas opiniones son frívolas, superficiales, y no tienen el sedimento del tiempo; pero como el fenómeno cíclico biológico también se repite en las fuentes del poder, después de Zorrilla y de nuestra presencia en la universidad, surgió una figura diferente, que con una actitud más sencilla y una metodología muy práctica, y sin salpicar mucho el poder, pudo hacer crecer su presencia política en la entidad.



Con el Gobernador Alfonso Martínez Domínguez.

radical, y aunque existían algunas llamaradas de lucha social, como el caso de Tierra y Libertad, ese gobernador, con su natural instinto y experiencia en el quehacer de que “el que manda no se equivoca, y si se equivoca, vuelve a mandar”, resolvió con simpleza los problemas políticos y generó grandes obras de beneficio para la comunidad. De don Alfonso recibí respeto y atención, pero también percibí, como en todos los grandes políticos, un dejo de desconfianza y una fórmula de no permitir que nadie a su lado pudiera gozar de los rituales de la admiración o del narcisismo o de las vanidades que a veces propicia el uso del poder, y que quizá es lo que un político busca en su fuero interno: sentirse amado y reconocido.

De ese hombre aprendí muchas cosas y consolidé mi idea actual de que la política no es lo que uno aprendió que debe ser; o sea, la política romántica, sino que, como decía don Alfonso, hay que aprender que en la política no hay ángeles ni querubines, y que existe maldad y perversión, por lo que él,

de acuerdo con la tesis de Maquiavelo, hizo de la política lo que la política puede ser y, así, simplemente gobernó, y gobernó bien, dejando su huella permanente en el proceso histórico de la entidad.

Para mí, la época de oro

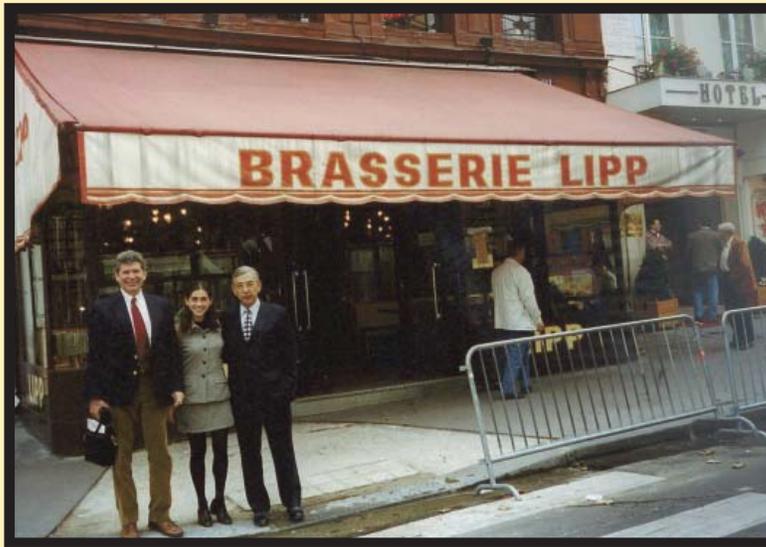


Con el Gobernador Jorge Treviño Martínez, cuando me dio posesión como Secretario de Educación y Cultura del Estado.

Al aludir a la época de oro, me refiero a mi análisis sobre la gestión de Jorge Treviño, quien no está dotado de las características naturales de lo que se exige en la política mexicana, pues carece de verbo fluido y contundente, excepto cuando se refiere a aspectos académicos y jurídicos; ni tampoco es un personaje desconfiado y cruel, y menos aún practica la intriga cortesana interna, sino que es esencia limpia, pura y abierta de un hombre bueno, bien hecho en su naturaleza personal, con excelente formación académica y una disciplina que en ocasiones llega a ser estoica, y con una adustez y solemnidad que le impiden comunicarse con los espíritus frívolos, pero que le permiten una penetración muy profunda con personalidades pensantes o con una concertación humanista coincidente con los propósitos, orígenes u objetivos de ejercer el poder para crear y no sólo para el poder por sí mismo como autosatisfacción.

Para mí, que he trabajado con muchos gobernadores en forma directa o indirecta, el mejor gobernador, que llena mis expectativas como habitante

del Estado y que con aciertos y defectos produce una diferencia algebraica positiva en los diferentes ámbitos del quehacer político, que son múltiples y variados, es Jorge Treviño, porque en el tema de la conceptualización logró que el Estado tuviera un rumbo, y a pesar de que llegó en el entredicho de la elección, el apoyo pragmático de su gran amigo y también profundo y culto personaje, que es Lucas de la Garza, le permitió sumar ambas personalidades para resolver problemas, y esto de inicio produce, para mí, admiración, porque en general los gobernantes no quieren competencia marginal, ya que en el fondo son personajes inseguros.



En París, con el Gobernador Jorge Treviño Martínez
y mi talentosa y bella hija Lucía.

Pero Jorge, y así sucedió también con mi persona, permitía la creatividad, y nunca mostró celo personal o institucional; por lo contrario, brindó su apoyo sin limitaciones extralógicas; es decir, de entrada, a los proyectos, y pudo conservar su calidad de ser humano en la selva patológica de la política mexicana, lo que es ya demostración de una fortaleza impresionante, porque, en el fondo, las raíces que vectorizan el esfuerzo social vienen de los valores humanos, y si esto se aprovecha, aparecen la lealtad, la gratitud, el trabajo en equipo, la distribución de responsabilidades y también la entrega de premios conjuntos. De otra manera, la intriga, los celos, los resentimientos, la falta de tolerancia y el afán de ser el ave que cruza sola el cielo en las tempestades, desperdicia muchas de las virtudes de la política, que es la concertación de voluntades.

Además, la obra pública de Jorge Treviño fue excepcional. Su visión para planear el metro, con el apoyo de Alberto Santos; la solución al problema de la demanda de agua, que había iniciado don Alfonso Martínez Domínguez, y que Jorge completó; la apertura de la frontera, con el puente Colombia; la construcción de los museos y la recuperación del espacio de Fundidora, con un acertado manejo de la crisis laboral, así como una excelente respuesta al desastre ocasionado por el huracán Gilberto, le permitieron, a pesar de las permanentes críticas, ya crónicas, de algunos medios de comunicación, terminar con un equipo humano que le respondió en todo momento, porque él practicaba la generosidad y recibía reciprocidad en la mayoría de los casos. Su figura deja una estela histórica de seriedad, pero quizás la simbología que pueda ejemplificar su verdadero éxito fue que el medio de comunicación que durante los seis años quiso hacer cera y pabilo de su persona, habiendo logrado en algunos casos generar incertidumbres, tuvo finalmente que reconocerlo, y en una de sus célebres columnas periodísticas, en un acto de grandeza que es excepción en ese medio, señaló los aciertos de la gestión de este gobernante, y para mí eso es una muestra significativa de que siempre triunfa la verdad.

Por supuesto que en todas estas consideraciones sobre las diferentes visiones de gobernar que percibí, va implícita también mi emoción, y aunque a veces quiero describir con objetividad y analizar con sentido crítico hechos y circunstancias, muy probablemente mi error consiste en poner la parte cerebral de mi sensibilidad por delante de la actitud crítica contestataria que se practica en el mundo intelectual; o quizás mi escala de valores, que les da a ciertas actitudes humanas más profundidad que a otras, es la que se muestra como una fórmula que alumbra mi óptica de ser y de pensar, y por supuesto influye en mi análisis personal de situaciones o personajes de la vida pública o social del Estado y del país.

Como este documento no es una biblia, ni requiere dogmas, y menos tiene la soberbia de considerarse al margen del error, manifiesto y expreso con claridad que en él va implícita la fuerza del corazón hecho alma, en el sentido griego, y que quizás éste no está ubicado en el quehacer tradicional de la visión de Estado, en donde el intelecto, la frialdad y la crítica dominan el conocimiento, actitud que Napoleón Bonaparte ejemplificó con una bella frase: "...el hombre de Estado debe tener el corazón en el cerebro".

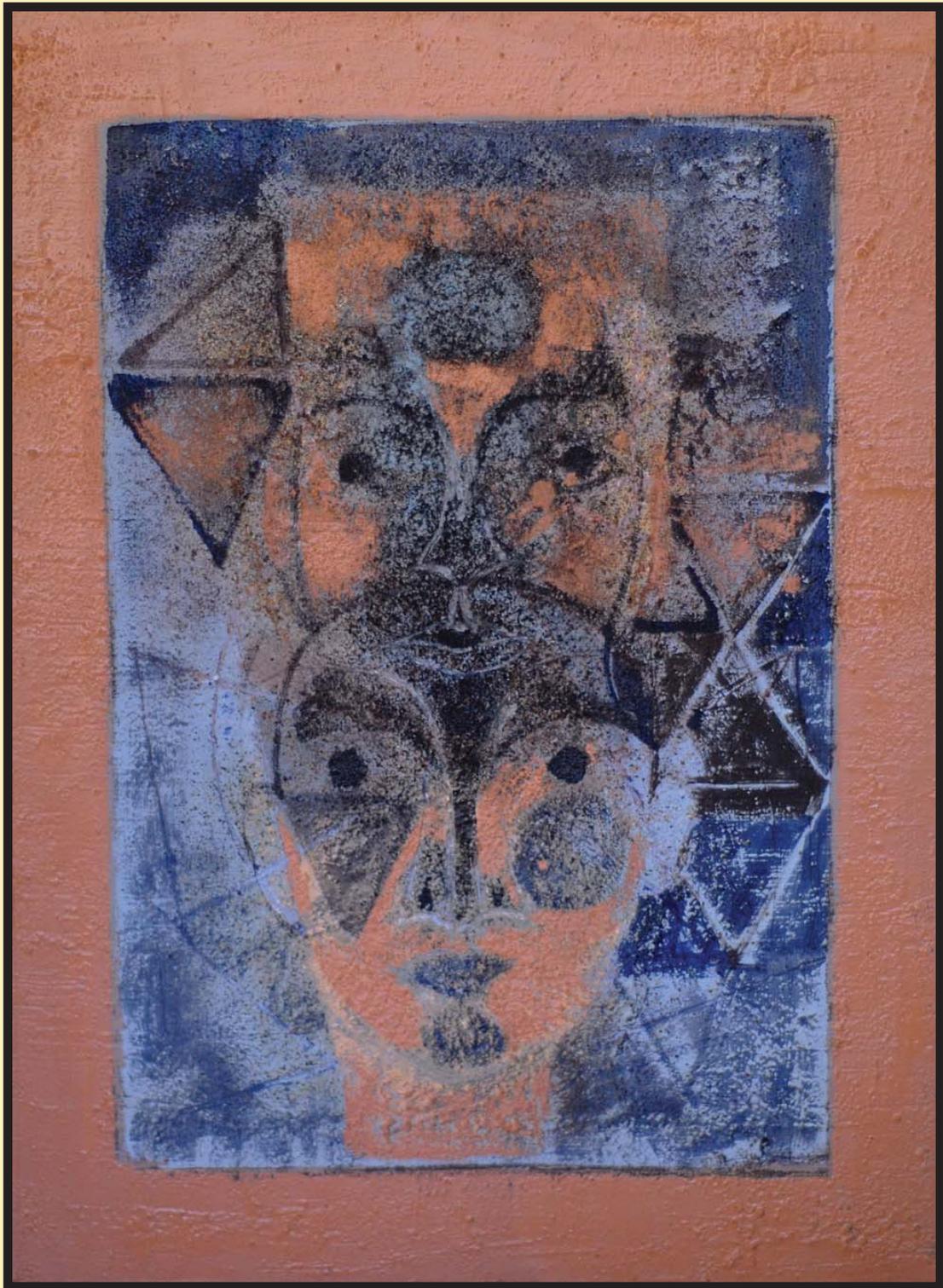
Señalado lo anterior, quizá mi corazón está en la parte de la emoción, como es su misión helénica correspondiente, y mi razón se alimenta no

sólo de la metodología circunstancial de la concepción crítica natural de la soberbia de la academia, sino de lo que se llama conciencia abierta, que es un mundo desconocido, pero que existe y que está ahí, y es el que expresan con más claridad los niños y los viejos sabios que ya dejaron el oropel del elogio y abandonaron la máscara de la simulación, para presentarse así, con realismo, como somos y como deberíamos siempre parecer... en ese tenor y con las salvedades previamente señaladas, se podrá entender cómo mi opinión reconoce otros valores en el diagnóstico de una personalidad pública que llega con su inteligencia, en su oportunidad determinada, pero con su bagaje de virtudes y defectos, y que en sus acciones muestra su forma personal de hacer y deshacer; que acierta, pero que también se equivoca, y al final sólo quedan los fríos resultados, éstos que hay que ver y después juzgar, porque solamente lo que se puede medir nos conduce a conclusiones, y lo demás a especulaciones; así, entonces, cuando se mide la obra y la actitud de Jorge Treviño, se tiene que aceptar que fue el mejor de su época, como gobernante y como ser humano.

Epílogo:

Con estas consideraciones muy personales, creo prudente concluir mis recuerdos históricos de esa bella época que culminé en 1989, cuando inicio mi presencia histórica existencial en el ámbito federal, con el nombramiento de Subsecretario de Educación Superior que Carlos Salinas me entrega y en donde me refugio en la selva de la política federal para hacer explotar mi creatividad a nivel nacional. Posteriormente fui nombrado Embajador de México en la UNESCO, posición que ocupé durante 4 años y al regresar mi candidez política me hizo ser candidato ciudadano a la Gubernatura de Nuevo León, bajo la seducción de Alberto Anaya, ya en esa época un político práctico, con una máscara distinta a la original del luchador social.

Me recuento con la administración pública, gracias a Natividad González Parás, que me dio la opción de estar presente en el área educativa y de la ciencia del estado, durante 6 años, posteriormente Rodrigo Medina prolonga mi presencia vital en mi mundo personal y de trabajo y culmino con mi regreso a mi raíz, a la vieja madre que nunca olvido, a la UANL, mi universidad. De todo eso hablaremos en el tercer tomo, que se iniciará en 1989 y culminará con...



Guillermo Ceniceros

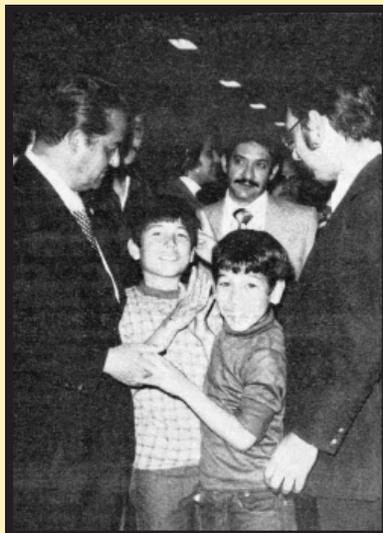
Galería de Fotos Universitaria

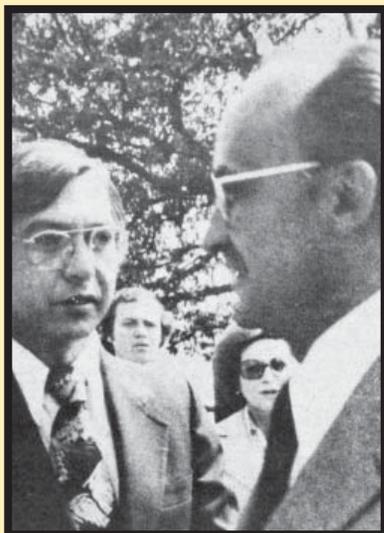
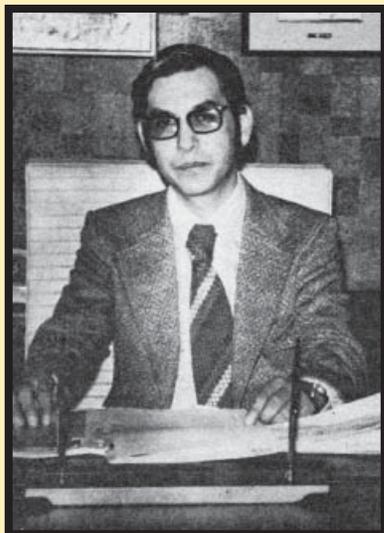
Presencia Histórica





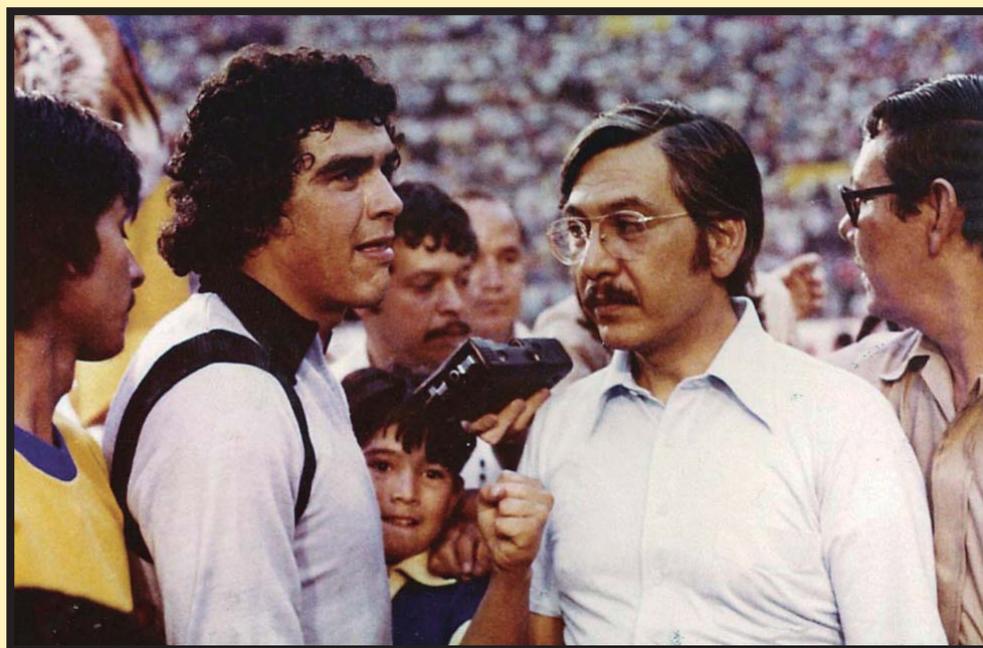












Anatomía de una Utopía. Tomo II, de Luis E. Todd, se terminó de imprimir en enero de 2013, en los talleres de _____ . En su composición se utilizaron los tipos Book Antiqua de 9 puntos y New Baskerville de 9, 10, 11, 14, 20, 22, 28 puntos. El diseño y el cuidado de la edición, estuvo a cargo de Ing. José Jesús de León Rodríguez. El tiraje de esta edición consta de _____ ejemplares.

